SENDERO DE ESTRELLAS

MARTA RENATO

UNA JOVEN CURANDERA LUCHA
CONTRA LAS SUPERSTICIONES EN PLENO SIGLO XVI

MAEVA

MARTA RENATO

SENDERO DE ESTRELLAS

Una joven curandera lucha
contra las supersticiones en pleno siglo XVI

MAEVA

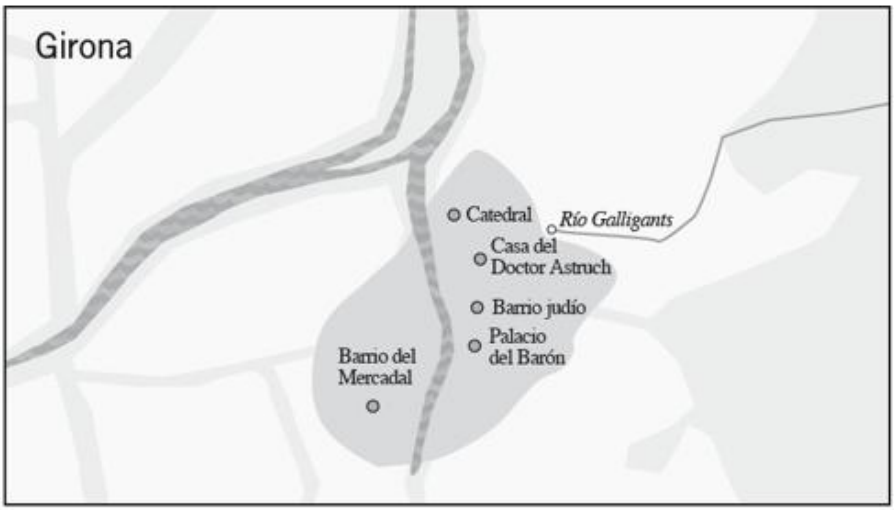
Índice

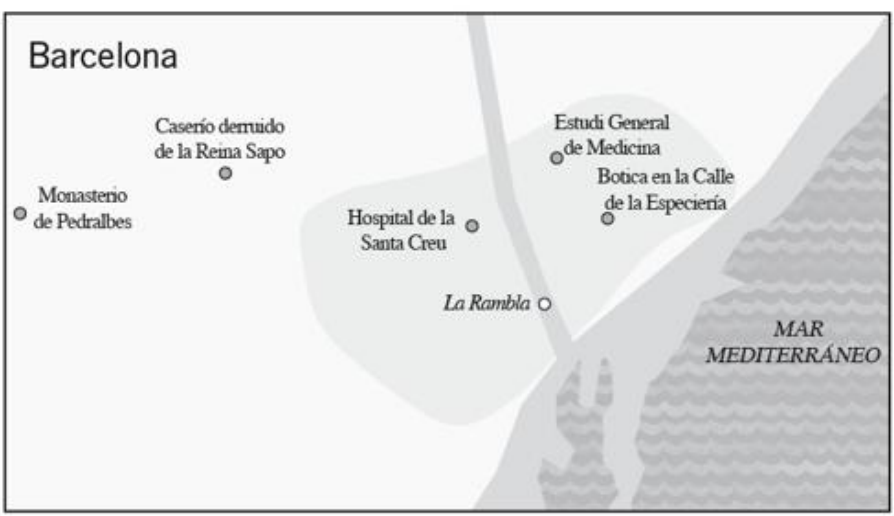
Portada
Dedicatoria
Escenarios de la novela
Prólogo
Primera parte. FEBRERO - MAYO 1522
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Segunda parte. MARZO - AGOSTO 1527
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Tercera parte. AGOSTO 1527 - MARZO 1528
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Cuarta parte. AGOSTO 1528 - FEBRERO 1529
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Quinta parte. MARZO - MAYO 1529
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Sexta parte. MAYO - JUNIO 1529
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos

Para mi hija, Sara, que con su sonrisa ilumina incluso mis días más nublados

Escenarios de la novela


Girona
Catedral
Río Galligants
Casa del
Doctor Astruch
Barrio judío
Palacio
del Barón
Barrio del
Mercadal


Barcelona
Caserío derruido
de la Reina Sapo
Estudi General
de Medicina
Botica en la Calle
de la Especiería
Monasterio
de Pedralbes
Hospital de la
Santa Creu
La Rambla
MAR
MEDITERRÁNEO

Prólogo

El lenguaje de las montañas casi olvidado;
las palabras de los remedios casi borradas;
la magia de los rituales casi extinguida.

LA PLUMA DE la curandera se deslizaba sobre el pergamino. Resguardada en la cueva y rodeada de sus utensilios de herborista, escribía las letras una tras otra, incansable, con la esperanza de que la tinta preservara las enseñanzas de sus antepasadas. Y hubiera deseado disponer de más tiempo. ¡Eran tantas las recetas, los conjuros y las constelaciones celestes! Antes era suficiente con transmitirlas a las aprendic es junto al calor de la hoguera, o con compartirlas en las reuniones de los solsticios. Lo que olvidaba una, lo recordaba otra, y entre todas tejían la red de sabiduría. Pero ahora quedaban pocas, muy pocas. Escondidas y dispersas, ya nada perduraba de las comunidades de antaño. Y el conocimiento ancestral corría el riesgo de desaparecer.

La receta que transcribía aquella noche era peligrosa, igual que muchas otras. Resultaba útil para curar fiebres nerviosas y ataques de espasmos, pero, empleada con malicia, podía aletargar a un adversario o embotarle el entendimiento. Por esa razón escribía en la lengua que compartían las curanderas de los Pirineos, con su propio alfabeto de formas redondeadas.

En el lado opuesto de la mesa, su aprendiz y compañera, ya una mujer adulta, la ayudaba con la dedicación de siempre, trazando los dibujos de plantas e ilustrando las cartas astrales y los tratados de rituales y usanzas. También, en los ratos muertos, adornaba los márgenes de las páginas con pequeñas estrellas. Aquella noche había alineado frente a ella los ingredientes que estaba dibujando: flores de saúco pintadas de azul, porque así se veían a la luz de la luna, el momento óptimo de recolección; tallos de saxífraga moteados de pardo, pues debían obtenerse de plantas que hubieran pasado sed mientras crecían en grietas de rocas, y las partes más gruesas de la raíz de la valeriana.

Habían recogido las hierbas en el berrocal laberíntico, su lugar más místico y respetado, donde se encontraban ahora. Las leyendas de la zona mantenían alejados a los forasteros y, si alguno osaba adentrarse, se desorientaba enseguida. Durante cada estación se refugiaban allí unas semanas para trabajar con tranquilidad.

La curandera se preguntó si aquella sería su última primavera, pues sentía que las fuerzas empezaban a fallarle. Con un suspiro, puso el punto final a la página: un remedio más preservado para la posteridad.

Primera parte

FEBRERO - MAYO 1522

Beleño negro

Hierba peluda y robusta, de olor amargante, que prefiere los caminos frecuentados por el ganado. Sus hojas y semillas se utilizan en remedios que calman el dolor y mejoran la respiración. Cambiante y traicionera, causa alucinaciones, estupor y locura pasajera a su antojo. La luna nueva apacigua los efectos indeseados y aspirar el humo transmite sus virtudes sedantes.

Capítulo 1

Melers de Cerdanya

TRAS SEIS JORNADAS de camino, Feliu divisó el lugar donde debía pasar sus años de penitencia. La aldea no era más que media docena de casas apiñadas sobre una colina y un pequeño campanario que sobresalía entre los tejados de pizarra. Alrededor, campos parcheados de nieve y cumbres congeladas.

Feliu escondió las manos frías dentro de las mangas de la sotana y asió las riendas a través del tejido de lana. Los cascos de la mula hacían crujir la escarcha a cada paso. La espoleó; el sol se estaba escondiendo detrás de las montañas y quería llegar a su nuevo hogar antes de que oscureciera.

En la aldea, el único movimiento apreciable eran dos columnas de humo que se elevaban desde unas chimeneas. Entró por el callejón principal, pero nadie salió a recibirlo; todas las casas tenían las puertas y las ventanas cerradas. Detuvo su montura junto a un abrevadero, saltó al suelo y se frotó las piernas agarrotadas. Acarició distraído el cuello de la mula y se angustió al pensar que debía pasar varios años en aquel lugar hostil. Quizá merecía el castigo; su comportamiento había sido una vergüenza para su antigua parroquia.

Identificó sin dificultad la casa destinada al sacerdote, situada en la plaza, junto a la iglesia. Tras dejar al animal en el establo, se dirigió a la puerta de la vivienda y esta cedió al primer empujón: tal como esperaba, no estaba cerrada con llave. El interior era húmedo y olía a moho. Avanzó a tientas hasta que dio con la chimenea de la sala de estar, amontonó unos trapos viejos y encendió el fuego con su pedernal.

En la repisa de la chimenea encontró una vela y, a la luz tenue de la llama, exploró las diferentes estancias. La vivienda acusaba los meses de dejadez: los muebles estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo y excrementos de ratón. En el dormitorio, las sábanas arrugadas sobre la cama estaban salpicadas de manchas amarillentas. Tal vez su predecesor había muerto entre aquellas sábanas y nadie se había ocupado de lavarlas.

Con la idea de la muerte hormigueándole sobre la piel, Feliu arrastró un butacón y lo encaró hacia la chimenea. Mientras añadía

leña, una corriente violenta y breve hizo temblar el fuego y sacudió los postigos. Se percató entonces de que en el alféizar de la ventana había un rosario blanco. Lo enredó entre los dedos, percibió algo extraño en las cuentas y, al acercarlo a la luz de la hoguera, vio que en realidad se trataba de pequeñas vértebras y cráneos de musarañas ensartados en un hilo.

Lanzó el siniestro collar a las llamas de un manotazo y se restregó la palma en la sotana. Recordó la advertencia que había recibido durante el viaje de parte de dos desconocidos, recitada exactamente con las mismas palabras. La primera había sido una tabernera chismosa, que le había preguntado a dónde se dirigía mientras le llenaba el vaso con cerveza aguada. El segundo, un comerciante viejo y de modales rudos, que le había indicado el camino correcto en un cruce al pie de los Pirineos.

—Esa es tierra de brujas —dijeron ambos a modo de despedida, antes de desearle suerte en su nuevo destino.

Feliu volvió la mirada hacia la entrada de la casa, como si esperara la aparición repentina del creador del rosario de huesos. Luego trató de ahuyentar la inquietud de su cabeza. Se dijo que dar crédito a ese tipo de rumores no era propio de un hombre de casi treinta años, pues solían ser simples habladurías destinadas a asustar a los viajeros.

Descartó tumbarse en la cama esa noche y se acomodó como pudo en el butacón. Pese al cansancio, no logró conciliar el sueño. El silencio era opresivo: solo se escuchaba el crepitar del fuego, nada más. Había vivido toda su vida junto a la costa, acompañado por el vaivén de las olas, y sus oídos siseaban añorando ese sonido.

Durante varias horas incómodas fue cambiando de postura hasta que al fin el cansancio venció a la nostalgia y se durmió.

POR LA MAÑANA, unos golpes en la puerta lo despertaron. Se levantó con el cuello dolorido y fue hacia la entrada siguiendo la pared con la punta de los dedos, guiado por la luz del sol que se colaba a través de las rendijas. En el exterior se encontró con un hombre alto, de barba entrecana y gesto decidido.

—Disculpe que le moleste, padre. Me han dicho que llegó ayer.

—No es ninguna molestia. Lo encontré todo tan solitario que eché en falta a los vecinos.

Feliu se frotó los ojos con los nudillos y sonrió al hombre. Un muchacho de unos doce o trece años aguardaba tras él.

—Este es mi hijo mayor, Damià, y mi nombre es Arnau. Vivimos en una masía en las afueras del pueblo.

Feliu abrió del todo la puerta y dio un paso al lado para invitarlos a

entrar, pero el hombre no se movió.

—Se trata de un asunto urgente. —Arnau se quitó el gorro y lo sujetó entre los dedos callosos—. Ha habido un accidente. Hemos encontrado tres forasteros muertos en el camino a Dorres. Los ha atacado un oso.

Feliu tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de oír, pestañeando bajo la luz de la mañana. Buscó algo que decir para no parecer estúpido.

—¿Los osos de esta zona suelen atacar a las personas en los caminos?

—No, no había visto nunca nada parecido… Será mejor que me acompañe, padre. Hay que dar sepultura a los muertos.

—Claro, deja que coja mi abrigo. Y puedes llamarme padre Feliu.

Con la capa sobre los hombros, siguió a Arnau y su hijo hasta la plaza, donde los esperaba un burro de pelo castaño atado a una carreta. El hombre le indicó que se sentara en el asiento del conductor, y él y su hijo marcharon a pie con las riendas en la mano.

Feliu había visto muchos cuerpos sin vida, era parte del oficio de sacerdote, y sabía por experiencia que algunos se olvidaban fácilmente, mientras que la imagen de otros, por alguna extraña razón, no se desvanecía aunque pasaran los años: eran como retratos siniestros colgados en la pared de la memoria. Intuyó que los muertos de ese día serían del segundo tipo.

Salieron del pueblo y llegaron al camino principal, que tenía la anchura de un carro. Feliu había llegado el día anterior por aquel mismo camino desde el fondo del valle llamado La Cerdanya. En la base de las montañas, a media mañana a pie de Melers, se encontraba la última población importante, Llívia, que contaba con unos pocos centenares de habitantes y estaba coronada por un castillo en ruinas. Feliu había parado allí a comer un plato de potaje, en una posada decadente y con poca clientela, mientras observaba los torreones medio derruidos a través de una ventana empañada por el frío.

Arnau condujo la carreta en dirección opuesta a Llívia, hacia la parte alta de las montañas. Según el mapa que había consultado el sacerdote, el camino para carros terminaba en Dorres, un pueblo similar a Melers.

—¿Dorres está muy lejos?

—No mucho. Después de esa curva, el camino asciende por un collado y desde ahí ya queda a la vista —respondió Arnau.

Luego se impuso de nuevo el silencio. Feliu pensó que el frío y la solitud debían de volver poco habladores a los habitantes del lugar. Intentó reanudar la conversación con otra pregunta.

—¿Cuántas personas suelen pasar por este camino cada día? La zona parece bastante solitaria.

—Pocas. Hay días en que no pasa nadie.

El otro le respondió con la vista fija en el horizonte. Por la forma de caminar, con el paso seguro y la espalda erguida, recordaba a un centinela rondando su territorio.

Dejaron atrás los campos abiertos y se adentraron en una arboleda de avellanos y abedules. El viento agitaba las ramas desnudas de los árboles, que dibujaban un entramado de sombras sobre la nieve. Arnau detuvo la carreta en una curva y señaló dos bultos atrapados entre unas rocas. Feliu se apeó y avanzó hacia los cuerpos de los forasteros; un sendero de nieve pisada conducía hasta ahí.

El primero, tendido bocabajo, correspondía a una mujer. En el costado izquierdo, una zarpa le había desgarrado el vestido y la piel, y la nieve a su alrededor se había teñido de sangre. Feliu le dio la vuelta: la cara estaba tan destrozada que costaba adivinar su edad.

A su lado encontraron a un niño de unos seis años, tendido de espaldas y con los brazos estirados a ambos lados de la cabeza. Tenía un golpe en la sien y el lado izquierdo de la cara cubierto de sangre. Además, le faltaba un pie; algo se lo había arrancado y había dejado un reguero rojo. Mientras Feliu seguía con la mirada el rastro de sangre sobre la nieve, vio de reojo una sombra negra que pasó sobre su cabeza. Se sobresaltó y luego se dio cuenta de que era solo un cuervo inofensivo. Arnau y su hijo permanecieron serenos mientras él se sentía evaluado por sus nuevos feligreses, así que recuperó la compostura rápido: quería que la primera impresión que tuvieran de él fuera respetable. Volvió a fijar la vista en los cadáveres, se santiguó y preguntó por el tercer cuerpo.

Sortearon las rocas y ascendieron siguiendo un rastro de pisadas. Tras el promontorio en el que se encontraban, un berrocal se extendía hasta la falda escarpada de las montañas. Encontraron al tercer fallecido enseguida. Esa vez se trataba de un hombre que había recibido zarpazos en los brazos y en el pecho; no parecía tan malherido como la mujer y el niño. Sostenía un cuchillo, como si hubiera usado el arma para tratar de defenderse. Feliu observó de cerca las manos del hombre y se extrañó de que estuvieran teñidas de negro: parecían las típicas manchas de tinta incrustadas en las uñas y los pliegues de la piel que identificaban a escribas y secretarios. Pero el fallecido tenía manchados todos los dedos de ambas manos, no solo el índice y el pulgar derechos. Vestía ropas sencillas y de lana buena, quizá las propias de un artesano.

Damià se agachó y escarbó en la nieve debajo de un arbusto.

—Mirad, aquí hay algo más.

Les mostró una bandolera y se la dio a su padre, que revolvió el contenido.

—Solo hay ropa y algo de comida. Y un libro. —El hombre lo sacó

de la bolsa.

—Es una Biblia —dijo el sacerdote.

Dos cuervos llegaron volando, se posaron sobre un avellano y empezaron a graznar. Feliu se ajustó el cierre de la capa. Quería irse de aquel lugar cuanto antes.

—Deberíamos llevarnos los cuerpos y enterrarlos en el cementerio de Melers.

—Creo que cabrán en la carreta —opinó Arnau—. Damià, agárralo de los tobillos.

Feliu miró con preocupación al joven.

—Tu hijo no debería haber visto esta masacre: es demasiado joven.

Arnau negó con la cabeza.

—No lo es. Y nos ayudará.

Acarrearon al hombre hacia la carreta entre los tres; pesaba más de lo que parecía y tuvieron que descansar dos veces a mitad de camino. Cuando regresaron a por la mujer y el niño, Feliu se fijó en una de las huellas marcadas en la nieve; distinguió cinco hendiduras de garras y una planta más ancha que larga.

—¿Es la huella del oso? —preguntó.

—Sí, es la zarpa delantera. Los osos que viven por la zona atacan a veces los rebaños de ovejas y dejan estas mismas huellas. Pero cuando matan a una oveja es porque tienen hambre, y se la comen. No había visto antes un ataque parecido.

—Puede que entraran en su madriguera y entonces el oso los atacó —dijo Damià.

—Quizá sucedió así. En esta época empiezan a despertar de la hibernación —le explicó su padre.

—Deberíamos avisar a todas las familias para que vigilen que los niños no se metan en una madriguera por accidente —dijo Feliu.

—Por eso no debe preocuparse, padre. Aquí las noticias se extienden deprisa —afirmó Arnau—. Y nuestros hijos ya saben que no deben acercarse a las oseras. Ellos eran forasteros.

Cargaron los cuerpos en la carreta, amontonados unos miembros sobre los otros. Los brazos y las piernas de los muertos estaban rígidos, y sobresalían de forma grotesca por los lados y la parte posterior. Feliu se quedó observando el resultado mientras se rascaba la nuca.

—No podemos trasladar a los fallecidos así, es… poco digno.

—Nadie tiene una carreta más grande en Melers. Para conseguir un carro hay que ir hasta Llívia, y nos llevaría todo el día entre ir y volver —dijo Arnau.

—Está bien…, es mejor no dejarlos aquí más tiempo. Ya empiezan a atraer a los cuervos.

EL CEMENTERIO DE Melers estaba rodeado por un muro con una verja oxidada en la entrada. Arnau y Damià cavaron una tumba en uno de los rincones vacíos y, después de introducir los cuerpos y aplanar la tierra, observaron a Feliu en silencio, apoyados en las palas. Él carraspeó mientras pensaba qué decir. Siempre que había oficiado un funeral conocía a los fallecidos, pero estos eran extraños. Recitó una oración breve que solía incluir en todos los entierros, y padre e hijo respondieron con un «amén» grave.

Sin más ceremonia y sin mirar atrás, los tres salieron del cementerio, y el chirrido de la verja puso la nota final al funeral más triste que Feliu hubiera oficiado jamás. Se preguntó si los fallecidos tendrían familiares que estuvieran aguardando su regreso.

Antes de alcanzar la plaza, Arnau señaló un camino que se alejaba del pueblo.

—Nuestra casa está en esa dirección, mi mujer nos estará esperando para la comida.

Feliu echó una mirada rápida a la pared trasera de su hogar. Sabía lo que le aguardaba dentro: frío, polvo y los fantasmas de los desconocidos que acababan de enterrar.

—Estaría bien que empezara a conocer a las familias de la comunidad, os acompañaré a vuestra casa.

Lo dijo con una sonrisa, deseando que Arnau no encontrara ninguna razón para negarle un almuerzo en compañía. Este separó los labios, luego pareció pensarlo mejor y los volvió a cerrar. Con un gesto del brazo, lo invitó a seguirlo.

Unos minutos más tarde, frente a un plato humeante, Feliu recuperó el buen ánimo y disfrutó del ambiente hogareño.

—Un buen estofado cura todos los males y alegra el corazón —soltó como quien recita un proverbio.

Maria, la mujer de Arnau, le sonrió con cortesía y le llenó de nuevo el plato. Luego fue a vigilar a sus tres hijos menores, que estaban jugando en el suelo de la cocina y poniendo a prueba la paciencia de un perro de orejas caídas.

A Feliu le complació ver que los niños iban bien vestidos y calzados, y que la cocina estaba bien abastecida de vino y carne en salazón. A pesar de vivir en una masía en la montaña, no les faltaba de nada.

—¿Cuándo encontrasteis a los fallecidos? —quiso saber.

—Esta mañana. Damià y yo íbamos de camino a Dorres para vender miel.

—Me pregunto qué estarían buscando por esta zona… Supongo que no suele haber muchos visitantes.

—Vienen a bañarse en la fuente de aguas calientes de Dorres. Es

muy conocida en todo el valle —respondió Arnau.

Maria se acercó con una niña de unos dos años apoyada en su ancha cadera y se unió a la conversación.

—Las aguas de Dorres curan todas las enfermedades de la piel, y son útiles para tratar resfriados y flemas. ¿No había oído hablar de ellas, padre?

—Me temo que provengo de demasiado lejos.

La otra niña, de unos diez años, se sentó en una silla vacía frente a Feliu.

—¿De dónde vienes? —preguntó, con los codos en la mesa y la cara apoyada entre las manos.

—De un pueblo que está al lado del mar y que es más grande que Llívia.

—¿Más grande que Llívia? ¿Cómo de grande?

—El triple de grande, diría yo.

—¿Y por qué has venido a Melers?

—Para que podáis tener un sacerdote que dé la misa y se encargue de los bautizos, las comuniones y demás.

—El cura que había antes estaba un poco loco.

—¡Jacina! —la reprendió su madre—. No hables así del padre Ramir. Y trata al padre Feliu con más respeto.

La chica se encogió de hombros y Feliu le quitó importancia al asunto con un ademán.

—Tú pareces mejor —concluyó la niña.

Bajó de la silla y fue a jugar con su hermano pequeño, que brincaba sobre el lomo del perro impasible.

DESPUÉS DE ALMORZAR, Feliu regresó a su casa y, con un saco en la mano y las mangas dobladas sobre los codos, se deshizo de todo lo que olía rancio y mohoso. Se había propuesto convertirla en un lugar más habitable y menos deprimente cuanto antes. Mientras metía en el saco ropa vieja y alimentos podridos, pensó en el dueño de todo aquello: el padre Ramir. La casa había quedado intacta después de su muerte; nadie en Melers parecía guardarle el suficiente aprecio como para poner en orden sus pertenencias. También se percató de que no era un hogar preparado para recibir visitas: había un solo portavelas, una silla delante de la mesa, un butacón junto a la chimenea y un plato y un vaso en el estante de la cocina. El padre Ramir había vivido y muerto en soledad. Y si lo que Jacina había dicho era cierto —él no lo dudaba—, la soledad lo habría vuelto loco. No podía imaginar un final peor para la vida de una persona. Y temía que, si permanecía en Melers demasiado tiempo, él pudiera acabar sus días del mismo modo.

La conversación que había mantenido con el obispo de Girona el primer lunes de diciembre había sido el punto de inflexión que lo había llevado hasta allí. Sin embargo, los indicios del futuro castigo habían empezado mucho antes y no había querido verlos. Recordaba la mirada inquisidora de una de las parroquianas siempre que lo encontraba en la taberna antes de misa, y cómo se inclinaba hacia su amiga para susurrar duras palabras contra él. También le acudía a la memoria el gesto de decepción del sastre del barrio, amigo de su familia, cuando lo veía en compañía de los individuos menos respetables del pueblo. Y no podía olvidar las burlas de los muchachos ni el mote que le pusieron, cruel, pero certero.

Cuando en diciembre le preguntó al obispo por su regreso a Blanes, este le respondió que podría volver cuando demostrara un comportamiento ejemplar y fuera reconocido en su nueva diócesis por su bondad, rectitud y elevada moral. Feliu pensaba que el obispo le había dado un objetivo inasumible, eran solo palabras vacías propias de un sermón. Era fácil ser conocido por unos pocos actos penosos, mientras que hacía falta una bondad infinita para ser recordado por ello.

Si quería regresar a su hogar, debía adoptar otra estrategia, y ya había pensado en ella. El obispo de su nueva diócesis, que residía en la Seu d'Urgell, sería el responsable de autorizar cualquier futuro traslado a otra parroquia, así que intentaría ganarse su simpatía para solicitarle el favor del traslado unos años más tarde. Iría a presentarse en las próximas semanas. Y respecto a las familias de Melers, se limitaría a no darles motivos para que hablaran en su contra.

Ya empezaba a oscurecer cuando tiró detrás todos los desechos del huerto y volvió a casa. Se dio cuenta entonces de que la bandolera del hombre fallecido estaba sobre el butacón; la habían dejado allí antes de ir al cementerio. Volcó el contenido sobre la mesa.

Separó un queso y unos trozos de pan envueltos en un trapo. El queso parecía en buen estado y lo guardó en la despensa. Luego se fijó en la pequeña biblia, que no era manuscrita, sino impresa. Aunque en las misas siempre utilizaba biblias grandes y solemnes, con el texto escrito a mano en pergamino, había visto varias como aquella. Entre las páginas sobresalían unas hojas sueltas de papel, y comprobó que se trataba de unos panfletos que anunciaban el taller de impresión de Joan Grau en la Seu d'Urgell. Se preguntó si el hombre que habían enterrado sería el impresor, pues eso explicaría las manchas de tinta negra en los dedos.

La bandolera también contenía varias prendas de ropa: dos camisas de hombre, una camisola de mujer, un pantalón de niño y un vestido de niña. Extrañado, desdobló el vestido, la única prenda que tenía cierto valor. Era del color de las cerezas y en el cuello tenía un

bordado de flores blancas. Se preguntó de quién sería o para qué lo llevaban, pues no habían hallado pistas de la existencia de ninguna niña.

Colocó la Biblia en el estante con los otros libros y la ropa en el armario, excepto el vestido, que dejó colgado en el respaldo de la silla. Al día siguiente se lo ofrecería a Jacina, pues parecía de su medida.

Capítulo 2

ADALEDA ACOMODÓ A la niña en el suelo de la cueva, cerca del fuego, y la cubrió hasta la cintura con una manta. Revisó el estado de la herida en la frente bajo el emplasto de hierbas: ya había dejado de sangrar. Luego le embadurnó con ungüento de hipérico los rasguños superficiales de brazos y cuello. La mujer la había encontrado inconsciente sobre la nieve; al principio temió haber llegado tarde, pero pronto comprobó que su estado no era grave. Curar las heridas era la parte sencilla, la que dominaba; la parte difícil llegaría cuando la niña abriera los ojos y empezara a preguntar.

La curandera se quedó embelesada observando la respiración suave y regular de su nueva aprendiz y le retiró del rostro unos mechones de pelo castaño rojizo. Tras años de espera, escrutando las señales en el laberinto y en las estrellas, al fin había llegado. Era algo mayor de lo que esperaba, pues la edad apropiada para iniciarse era alrededor de los siete años, mientras que aquella niña tendría al menos diez. Tanto daba: lo esencial era que mostrara pronto esa sensibilidad que debían poseer todas las sanadoras herederas del Legado.

Tras unos minutos, sacudió la cabeza y se arremangó. No tenía tiempo para embelesos, aún debía finalizar varias tareas antes de que la pequeña despertara. En su manuscrito de recetas y hechizos buscó el remedio que necesitaba: el conjuro del nuevo comienzo, uno de los más complejos y poderosos. Hacía meses que tenía los ingredientes preparados, desde que vio el eclipse de Luna en otoño y comprendió que un cambio importante iba a suceder en su vida. Dispuso sobre la mesa las bayas de belladona, las hojas de trompeta del olvido, las raíces de mandrágora y el aceite de serpiente blanca, y siguió todos los pasos sin desviarse ni un ápice de la receta original. Cuando la mezcla adquirió el color y la consistencia apropiadas, retiró la olla del fuego, sumergió en el líquido la hoja de un cuchillo y lo dejó enfriar.

Se arrodilló junto a la niña dormida. Deseó que el libro del Legado también la condujera paso a paso en sus obligaciones como maestra, como si fuera una receta más: enseñar a su aprendiz, ganarse su confianza y guiarla en su nueva vida. Sin embargo, la única directriz que el manuscrito proporcionaba para acoger a aprendices era ese conjuro que se disponía a realizar, que borraba los recuerdos y ayudaba a superar la pérdida. Agarró la muñeca izquierda de la niña

mientras sujetaba el cuchillo con la otra mano, y un instante de duda la hizo pestañear. Pero se recompuso enseguida. La chiquilla había perdido a su familia, jamás regresaría a su hogar, ¿de qué le serviría el recuerdo y la nostalgia? A ella también la habían sometido a ese conjuro —la cicatriz que le atravesaba la mano era prueba de ello— y había disfrutado de una infancia feliz junto a su maestra. Al menos durante unos pocos años.

Abrió la palma de la niña y apoyó el filo del cuchillo sobre la piel suave. Por primera vez, pronunció en voz alta las palabras que había aprendido de memoria y realizó un corte rápido desde el meñique hasta la base del pulgar. La niña abrió los ojos de repente. La observó con las pupilas dilatadas por el desconcierto y el terror, tensó los músculos del brazo, trató de liberarse de la sujeción de Adaleda. Por suerte, el aceite enseguida se mezcló con la sangre y sus efectos sedantes fueron casi inmediatos. El cuerpo de la pequeña se relajó, sus párpados cayeron con lentitud y el pulso se acompasó. Se sumió en un sueño profundo que sería largo y plácido, sin pesadillas ni recuerdos.

La mujer se puso en pie y palpó los amuletos de su collar, igual que hacía siempre que se sentía nerviosa. Recorrió con la mirada los recovecos de la cueva invadidos por el desorden de doce años de soledad. Escogió uno cercano a su lecho para situar la cama de su nueva aprendiz y empezó a retirar los sacos viejos y los cestos amontonados.

UNAS HORAS MÁS tarde, cuando aún estaba reordenando la cueva, escuchó un ruido junto al fuego. Se volvió y comprobó que la niña había despertado demasiado pronto; aquel era un contratiempo que no había previsto. Estaba incorporada sobre los codos y miraba en todas direcciones, asustada. Cuando la vio a ella, el miedo en su mirada se intensificó.

Trató de imitar el sonido siseante que hacen las madres cuando quieren tranquilizar a sus hijos pequeños. Se acercó y tendió una mano con la intención de acariciarle el pelo. La niña se retiró y retrocedió a gatas hasta que topó contra la pared.

—Aquí estás a salvo, no tengas miedo —dijo con una voz que pretendía ser dulce y suave.

—¿Y mi mamá?

Adaleda frunció el ceño; pensaba que el conjuro le ahorraría las explicaciones sobre la muerte de sus padres. No obstante, el manuscrito indicaba que las aprendices debían dormir durante un día y una noche para que las plantas tuvieran tiempo de hacer efecto, y la niña había dormido solo unas horas. Decidió que una infusión sedante

la ayudaría a descansar el tiempo necesario y llenó una taza de agua caliente.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

La niña se hizo un ovillo en el suelo.

—No sé.

—¿Recuerdas cómo te llamas?

La miró con la expresión de quien se ha extraviado en el bosque y no sabe regresar al camino.

—Creo que… Núria. Sí, Núria.

—Yo me llamo Adaleda. Tienes que dormir un poco más para que se curen tus heridas. —Echó a la taza un pellizco de raíz de valeriana, cuatro flores de manzanilla y una cucharada de miel. La niña se llevó una mano a la frente e hizo una mueca de dolor—. ¿Te duele?

—Sí.

—Ten, esto te ayudará.

Se agachó a su lado y le tendió la taza. Núria no la cogió, sino que siguió mirando a todas partes como si buscara una salida.

—Quiero irme de aquí. Quiero a mi madre.

—Antes tienes que curarte. Bebe esto. Sabe dulce y te sentará bien, lo prometo.

La niña aceptó la infusión y Adaleda respiró aliviada mientras bebía unos sorbos.

—Así, ahora túmbate. Duerme tranquila.

NÚRIA DESPERTÓ Y deseó que todo hubiera sido una pesadilla. Sin embargo, nada más abrir los ojos se dio cuenta de que se encontraba aún en la cueva. La luz había cambiado: el fuego había quedado reducido a brasas, y a través del techo se colaban dos haces de luz dorada que iluminaban el vapor y el humo que flotaban en el aire. Se sentó en el suelo y escudriñó los recovecos de la cueva, que parecía estar formada por varias estancias retorcidas y conectadas, como si fuera una madriguera. No vio a la mujer de pelo blanco.

Se sentía desorientada. Su cabeza estaba llena de una niebla espesa que le impedía recordar nada. Era como si hubiera despertado de un sueño y fuera incapaz de recordarlo, aunque conservaba en el cuerpo la sensación que le había dejado: había ocurrido algo malo, había pasado miedo y había perdido algo muy valioso. Necesitaba que la abrazaran y la consolaran, tuvo el impulso de llamar a su madre. Se esforzó en recordar su rostro, pero no pudo. ¿Cómo había olvidado algo tan importante?

Se puso en pie y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Iba vestida con una túnica ancha y gris, no muy gruesa, parecida a la que llevaba la

mujer extraña. Dio unos pasos hacia el centro de la cueva y se percató de que también estaba descalza. Giró sobre sus pies mientras observaba a su alrededor. Vio hatillos de hierbas secas, cestas llenas de raíces, frascos de barro cocido, frutos secos y pellejos de animales. En un estante, una salamandra negra y amarilla la miraba con ojos brillantes desde el fondo de un tarro de vidrio. En otro, unos bulbos medio sumergidos echaban raíces y varios hongos verdosos recubrían una pirámide gelatinosa. Unas cuerdas con plumas blancas y abalorios colgaban del techo y se balanceaban empujadas por una brisa imperceptible. Núria observó la abertura de la que provenía la brisa y le pareció distinguir otra entrada de luz; quizá había una salida. Se inclinó para ver mejor y se tropezó con sus zapatos, que estaban secándose junto a las brasas.

Decidió marcharse de aquel lugar antes de que la mujer de pelo blanco regresara. No sabía dónde estaba, pero seguro que, si salía de la cueva y llamaba con fuerza a su madre, ella acudiría, y entonces se acordaría de su rostro y todo iría bien. Se calzó los zapatos, aún estaban húmedos y fríos. Encontró una capa de pieles colgada de un gancho y, aunque era demasiado larga y le arrastraba, se la echó sobre los hombros, pues era la única prenda de abrigo que había. Se dirigió hacia la luz tenue, tanteando la pared de roca.

Tan solo había dado unos pasos cuando una sombra ocultó la luz. Núria retrocedió hacia la estancia principal de la cueva y frente a ella apareció la mujer de pelo blanco. La estudió de reojo a través de aquellas pestañas incoloras tan extrañas. Sus iris eran de un tono azul violáceo y tenía la piel tan pálida que parecía una muerta.

—Has dormido poco —le dijo—. ¿No estarías pensando en escapar?

La niña no respondió. Retrocedió hasta que se dio de espaldas contra la estantería de la salamandra.

La mujer sostenía un bastón largo en una mano y de la otra le colgaba un conejo muerto. Llevaba una túnica de mangas amplias, un collar de abalorios raros que le daba varias vueltas al cuello, y el pelo trenzado en un peinado enrevesado. Apoyó el bastón en la pared y colocó el conejo sobre una tabla de cortar desgastada.

—Esa capa es muy valiosa, la uso para los rituales. Déjala donde estaba —le dijo sin mirarla.

Núria obedeció. Luego se aclaró la garganta, pues temió que no le saliera la voz si no lo hacía.

—¿Dónde estoy? ¿Qué le ha pasado a mi familia?

La mujer suspiró y negó con la cabeza.

—Algo no ha ido bien.

—¿El qué?

—¿Qué recuerdas sobre tu familia?

—Sé que me están buscando. —Levantó la barbilla y trató de

parecer muy segura de sí misma—. Tengo que ir con ellos, ahora mismo.

La mujer se acercó y se agachó frente a ella. Los ojos se le balanceaban en un movimiento muy sutil, como si le costara fijar la mirada.

—Mi querida niña, tu familia ahora soy yo. Tus padres ya no están con nosotros. Hubo un accidente. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Núria negó con la cabeza—. Mira tus heridas. Yo te las curé, pero las de tus padres no tenían remedio, eran muy graves.

Núria se observó los brazos llenos de rasguños y la mano izquierda vendada. Se llevó la derecha a la frente y el tacto de sus dedos le produjo un pinchazo de dolor. Tragó saliva mientras asimilaba lo que la mujer le explicaba. ¿Quería decir que sus padres estaban muertos? No podía ser…, ¡ella sí que parecía una muerta! Pero su madre tenía que estar viva, tenía que estar buscándola.

—Este será tu hogar a partir de hoy —continuó la mujer—. Aquella será tu cama. Te acostumbrarás, ya verás como sí. Los próximos días te conviene dormir mucho y recuperarte.

La chiquilla se sentó sobre el jergón de paja y se abrazó las rodillas. Observó a la mujer mientras despellejaba el conejo y se manchaba los dedos de sangre. Luego lo ensartó en un palo, lo colocó sobre el fuego y añadió leña.

—¿Tienes hambre?

A Núria la invadieron las náuseas ante la visión de la carne rosada del conejo. Ocultó la cabeza entre los brazos y sollozó hasta que se durmió de nuevo.

LOS PRIMEROS DÍAS en la cueva se deslizaron a trompicones; fueron una sucesión de luces y sombras, sueños extraños, horas de duermevela y noches de letargo. Núria no pasaba hambre ni frío; tampoco tenía ninguna tarea que hacer. Se limitaba a seguir a Adaleda con la mirada mientras permanecían en la cueva, y a andar tras ella cuando salían. La mujer hablaba poco y la observaba mucho de reojo, como si estuviera esperando algo que la niña no lograba comprender.

Adaleda solía pasar la mañana machacando hierbas y raíces, fundiendo grasa y cera de abeja, rallando cortezas y huesos. Luego cosía junto al fuego y afilaba sus cuchillos, o anudaba cuentas y plumas en cordeles. Y salía de la cueva al atardecer, igual que los murciélagos. Entonces comprobaba las trampas para conejos y recorría con parsimonia unos senderos apenas visibles, similares a sendas de animales, que atravesaban prados empantanados y bosquecillos de avellanos, zigzagueando entre unas grandes rocas.

Durante aquellas salidas, Adaleda a menudo se quedaba absorta ante el vuelo de un pájaro o los rastros que encontraban sobre la nieve. Le hablaba de señales, presagios y espíritus de la naturaleza que habitaban en el laberinto de rocas. Colocaba la palma sobre el tronco de los árboles más viejos y las rocas más grandes con los ojos cerrados, como si tratara de captar alguna señal del interior. Luego le pedía que la imitara y la miraba expectante.

—¿Lo sientes?

Núria se limitaba a encogerse de hombros y bajaba la cabeza ante la decepción evidente de Adaleda.

Antes de cenar le explicaba historias. Núria no habría sabido decir cuánto había de real o de inventado en ellas. En la historia de la quinta noche, apareció por segunda vez una osa de carácter temible.

—La osa vigila el laberinto, guiada por los espectros de la noche, que le susurran al oído y le advierten sobre forasteros que intentan adentrarse. Los aldeanos saben que deben ser precavidos. Sin embargo, los forasteros son ingenuos y abandonan el camino, y no retroceden ante las señales de amenaza. Entonces, la osa los ataca sin piedad.

Núria acarició distraída las costras que le cubrían los brazos y entonces le asaltó una visión de garras que rasgaban ropa y piel.

—Esos forasteros… ¿Mi familia intentó entrar en el laberinto?

Adaleda la observó desde el lado opuesto de la hoguera, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda recta.

—Desconozco qué intenciones tenían tus padres, no eran de por aquí. Pero abandonaron el camino y la osa los atacó.

—¿Por qué yo he sobrevivido?

—Porque estás destinada a ser mi aprendiz y vivir conmigo.

—¿Para siempre?

—Durante el resto de tu vida, sí.

La niña sintió que el humo la mareaba. Se puso en pie y pidió permiso a Adaleda para salir de la cueva un rato.

—No te alejes del claro —respondió ella—. Recuerda que la osa te vigila.

Dejó atrás el ambiente denso y saturado de olores de la cueva, y llenó los pulmones con el aire frío y cortante del exterior. Los últimos rayos de sol ya se habían escondido detrás de las cumbres nevadas. Pensó que la mujer intentaba retenerla con historias inventadas de bestias vigilantes, cuando en realidad no era necesario. Salir del laberinto no era fácil: todos los rincones le parecían iguales, y en sus paseos tras Adaleda se desorientaba con facilidad. Estaba atrapada en medio del monte.

Elevó la mirada hacia las rocas amontonadas sobre la entrada de la cueva y se fijó en una grieta por la que podía escalar. Quizá desde

arriba se veía el final del laberinto. Escogió con cuidado los apoyos de manos y pies, y ascendió hasta un saliente plano en el que podía mantenerse erguida. Escrutó el paisaje: en el norte, las rocas se extendían hasta el pie de unas montañas escarpadas y, en el sur, hasta un bosque oscuro. No distinguió ninguna casa, muro o camino que indicara la presencia de otras personas. Se sentó sobre las rodillas y dejó que la envolviera el frío del anochecer.

Aparecieron las primeras estrellas y empezó a temblar. Ya se disponía a regresar cuando la sorprendió el movimiento de una sombra entre las ramas desnudas de los avellanos en el margen del claro. Forzó la vista; apenas quedaba luz, y todo parecía gris y azul. Entonces, la sombra emergió en el prado, y Núria identificó la silueta de una mujer montada en un burro y un hombre que avanzaba a pie. Se dirigían hacia la cueva.

Bajó a toda prisa mientras decidía qué hacer. Quería saber quiénes eran, quería advertirlos acerca del laberinto y la osa y preguntarles sobre sus padres. Pero no pudo hacer nada de eso: apenas había alcanzado el suelo cuando Adaleda apareció en el umbral de la cueva.

—Ya es de noche. Entra y no te entretengas más.

—Viene gente —anunció Núria con la respiración agitada. Con un gesto de la cabeza le señaló la dirección por la que se acercaban.

—Vaya, es algo tarde. Los esperaremos dentro.

Adaleda le señaló un taburete y ordenó que se quedara quieta, que observara y no abriera la boca. La chiquilla esperó sentada en el borde del asiento, aferrada a él con los nudillos blancos. Al poco rato, la mujer desconocida entró en la cueva, se retiró la capucha y se desabrochó la capa. Llevaba un vestido brillante, repleto de bordados y encajes.

—Buenas noches —saludó con timidez—. Tengo un problema con unas pústulas y me han dicho que aquí obtendría un remedio.

—Enséñamelas —dijo Adaleda.

La mujer se abrió el cuello del vestido; tenía el pecho cubierto por unos forúnculos enrojecidos. Adaleda se aproximó a ella de forma tan brusca que la otra se inclinó hacia atrás. Le observó el escote a apenas un palmo de distancia.

—Aparecieron hace un mes. Al principio eran como unas manchas rosadas, y una semana después empezaron a supurar y se llenaron de líquido… —Adaleda le dio la espalda y recorrió la cueva mientras recogía cestos y frascos—. Y, bueno, que no han parado de extenderse y tengo miedo de que me estropeen la piel de la cara. He acudido a un médico y a unas monjas, pero no han sabido darme ninguna solución.

Núria intuyó en el titubeo de la mujer que no sabía si debía seguir hablando; Adaleda actuaba como si no la escuchara. Había introducido unos trozos de cera en un cazo pequeño que removía

mientras se derretían sobre el fuego. Machacó unas raíces y desmenuzó unas hojas con los dedos. Luego añadió unas flores blancas a la mezcla y susurró unas palabras extrañas que sonaban rítmicas y suaves. La mujer de las pústulas dirigió a Núria una mirada cargada de curiosidad y ella no se atrevió a desobedecer a su mentora, así que se limitó a pestañear con la boca bien cerrada.

Al fin, Adaleda vertió un líquido dorado y fluido en un frasco que le tendió a la paciente.

—Aplícatelo dos veces al día. Si sumerges el ungüento en agua tibia se extenderá mejor sobre la piel. Para la próxima Luna llena, las pústulas habrán desaparecido.

La mujer le dio las gracias, rebuscó entre los pliegues de su falda y sacó un monedero. Dejó tres monedas de plata sobre la mesa.

—¿Es suficiente?

Adaleda asintió y la acompañó hasta la salida. Luego se dispuso a recoger los ingredientes dispersos por la mesa, pero cambió de parecer a mitad de tarea.

—Núria, ven aquí. Es hora de que empieces a aprender las hierbas curativas. —Apoyó sobre la mesa un libro viejo que tenía en la cubierta el dibujo de una estrella con una cola en forma de gancho. Lo abrió y pasó las páginas con sumo cuidado, casi con veneración—. Esta receta sirve para curar las pústulas que padecía la mujer. Los ingredientes son los que aparecen en el dibujo, ¿ves?

La página que le mostraba contenía mucho texto escrito a mano con letra diminuta y redondeada, y una ilustración de una hierba extraña que parecía estar formada por trozos de plantas distintas.

—Contiene flores de manzanilla; son estas. —Le colocó un cestito bajo la barbilla—. Huélelas, el olor nunca te engañará a la hora de identificar una planta.

Obedeció y percibió un aroma agradable y familiar.

—El segundo ingrediente son las hojas de abedul. En el árbol cuelgan hacia el suelo y se balancean con la brisa, y en el libro están dibujadas así, ¿lo ves? Y la raíz es de consuelda; es el ingrediente principal y por eso ocupa la mayor parte de la página.

Adaleda le tendió un bote lleno de raíces negras y retorcidas, y la niña se las acercó a la nariz. Percibió un olor a tierra húmeda y mimbre viejo. Luego se fijó en el texto; presentía que debería ser capaz de entenderlo, aunque no logró descifrar las palabras.

—Esas letras son raras.

—¿Sabes leer? —Núria se encogió de hombros, no estaba segura—. Si aprendiste a leer será más fácil enseñarte la lengua del Legado, pues las letras son similares a las latinas. El texto explica las propiedades del remedio y el conjuro que hay que pronunciar para que funcione.

Adaleda sacó del bolsillo un disco de vidrio parecido a la base de

una botella, lo colocó frente a la página y las letras aparecieron a mayor tamaño. Pronunció en un susurro unas frases rítmicas parecidas a un cántico, con palabras repetidas, pausas regulares y sonidos siseados. Pidió a Núria que lo repitiera mientras recorría el texto con la lupa. Cuando terminó, pareció complacida.

—¿Recuerdas el nombre de los ingredientes?

—Manzanilla, abedul y consuelda.

—Bien. A partir de ahora, te enseñaré una nueva receta cada día.

Recogió la mesa y empezó a limpiar los utensilios. Núria hojeó el viejo manuscrito. Se detuvo en unas páginas que estaban plegadas sobre ellas mismas y, cuando las desdobló, observó círculos de estrellas y constelaciones. Adaleda la vigilaba por encima del hombro.

—Cuando mengüe la Luna te enseñaré a utilizar las cartas celestes para identificar los astros y adivinar el futuro.

Núria plegó las cartas y continuó pasando páginas. Habría estado más interesada en ellas si, en vez de presagiar el futuro, le hubieran mostrado el pasado que no lograba recordar.

Capítulo 3

LA FIGURA DE madera de Cristo que presidía el altar supervisaba con gesto severo a Feliu mientras recitaba los textos en latín. Era la misa del primer domingo de Cuaresma y su tercer oficio en Melers. Los habitantes de la aldea se apretujaban en los bancos de la nave estrecha. Hacía frío; la respiración del párroco se condensaba en una nube mientras pronunciaba las oraciones.

Cuando finalizó la misa, bajó los tres escalones del altar y se acercó a los feligreses. Procuró que su sonrisa pareciera sincera y les recordó que las puertas de su casa estaban abiertas para cualquier cuestión. Pero su público no pareció agradecer el ofrecimiento. La mayoría tenía los hombros encogidos, los brazos cruzados delante del pecho y las manos escondidas bajo capas y mantones. No era el mejor momento para un sermón largo, así que se despidió hasta el siguiente domingo.

Salió detrás de los últimos feligreses y se sorprendió al ver que el tiempo era más cálido fuera que en el interior de la iglesia. Los carámbanos de hielo que colgaban de los tejados empezaban a descongelarse, y las gotas de agua caían al suelo en una cadencia que anunciaba la primavera. Abrió ambos portones de la iglesia para que entrara el calor que no lograba atravesar los gruesos muros de piedra.

Tras ajustar el segundo portón, vio en el lado opuesto de la plaza a una mujer desconocida vestida con ropas elegantes que relucían al sol. Parecía fuera de lugar en medio de la aldea gris, como un rosal plantado en un campo de acelgas. Unos segundos después, de una de las casas de la plaza salió otra mujer de unos cincuenta años vestida de negro. Feliu intuyó que se trataba de la viuda Elisa; aún no la conocía en persona, pues no había asistido a ninguna de las misas, pero había oído hablar sobre ella. Ambas mujeres intercambiaron unas palabras, se despidieron y la forastera se marchó por un callejón. Él no pudo contener la curiosidad: se asomó y comprobó que en las afueras del pueblo la aguardaba un lacayo con dos caballos.

Se acercó entonces a la viuda.

—Eres Elisa, ¿verdad? —La aludida asintió y él sonrió para mostrarse amigable—. Arnau me ha hablado de ti. Eres la única feligresa que me quedaba por conocer.

La mujer cerró a su espalda la puerta de la casa. Si hubiera sido

desconfiado, habría pensado que pretendía ocultarle el interior.

—Mucho gusto de conocerle, padre. Disculpe que no asista a la iglesia, mi estado de ánimo y de salud me lo impiden. —Se recolocó el mantón violeta sobre los hombros con bastante soltura; no parecía que padeciera achaques graves.

—Pues espero que te mejores pronto y que participes en la misa cuando te sientas preparada. También puedes acudir a mí por cualquier asunto que te preocupe. ¿Hace mucho que falleció tu esposo?

—Sí, una década.

—Esas pérdidas son difíciles de superar.

Elisa lo observó con la cabeza ladeada, como si estuviera valorando una idea que se le acabara de ocurrir.

—El padre Ramir contaba con la ayuda de una joven en las tareas del hogar. ¿Ha contratado usted a alguien?

—No, aún no. Y la verdad es que agradecería un poco de ayuda.

—En aquella casa de ahí —le señaló una puerta que hacía esquina— vive Raquel, una muchacha de diecisiete años que aún no se ha comprometido. Es la segunda hija del quesero.

—¿Podrías hacerle llegar la propuesta por mí?

—Sí, claro. Si usted le paga bien, seguro que acepta.

—¿Medio sueldo de plata a la semana sería justo? —La mujer asintió—. Pues que así sea, muchas gracias, Elisa.

La viuda se quedó plantada con un puño en la cadera, como si diera por terminada la conversación. Feliu se fijó en una estrella de siete puntas con una cola en forma de gancho grabada en la puerta. Se aclaró la garganta.

—¿Sueles acoger a forasteros en tu casa?

—De tanto en tanto. Casi todos son peregrinos que se dirigen a la fuente de Dorres y hacen el último trecho del camino a pie. Así me gano el sustento.

—Me parece muy bien. ¿La mujer elegante que se acaba de marchar era una de esas huéspedes?

—Sí, ha venido desde Bellver con la esperanza de que las aguas curativas le sanen unas pústulas.

—¡Pues sí que tienen fama esas aguas si atraen a gente que viene desde tan lejos! Algún día tendré que probarlas yo mismo. —Feliu sonrió y ella le devolvió el gesto, aunque parecía algo forzado—. Supongo que los forasteros que fallecieron en el camino a Dorres no se alojaron aquí…

—No, nadie tuvo trato con ellos. Quizá pernoctaron en Llívia.

—Qué lástima que sepamos tan poco, me hubiera gustado informar a sus allegados de lo sucedido. En fin, no te entretengo más. Me alegro de haberte conocido al fin.

Elisa se despidió y él regresó a su casa. El buen tiempo invitaba a permanecer al aire libre, así que salió por la puerta trasera y estudió el huerto del vecino por encima del murete que lo separaba del suyo. Sobre el suelo recién arado crecían pequeñas plantas de puerros, nabos y zanahorias perfectamente alineadas.

El huerto trasero de su casa, sin embargo, tenía un aspecto muy diferente. Las malas hierbas cubrían la tierra gris y todavía quedaba nieve en las zonas sombrías. Junto a la pared de la casa había un corral. La valla estaba estropeada, pero la estructura parecía sólida. Con unos pocos arreglos podría criar gallinas allí.

Estaba examinando el corral cuando oyó repicar la campanilla de la entrada de su casa. Atravesó la vivienda y el establo y abrió la puerta. Se encontró con un hombre de edad avanzada, cejas espesas y ojos hundidos. Dedujo que era sacerdote solo por la sotana, pues era completamente calvo y no llevaba la tonsura propia del clero. Se inclinó para frotarse la rodilla derecha.

—¿En qué puedo ayudar…?

—¡Vaya por Dios! —interrumpió el visitante con voz ronca—. Ya soy tan viejo que no puedo ni cabalgar de Dorres a Melers. Se me ha quedado esta pierna rígida como un palo.

—Si quiere puede sentarse junto a mi chimenea.

Feliu se hizo a un lado y el sacerdote respondió con una sonrisa que dejó a la vista sus dientes amarillentos.

—Me llamo Jeroni, soy el párroco de Dorres.

—Yo me llamo…

—Feliu, sí, lo sé. Aquí las noticias vuelan. —El recién llegado atravesó la puerta cojeando.

Le ofreció al visitante la única silla buena que había en la casa y eligió para él un taburete que había encontrado en el establo. Pensó que debería encargar sillas nuevas, pues a diferencia de su predecesor, él sí que quería recibir visitas.

—¿Cómo te trata el clima de la zona? ¿Te has podido instalar bien? —preguntó el invitado con un tono campechano, como si se conocieran de toda la vida.

—Bueno, no estoy acostumbrado a estos inviernos tan fríos, pero me adaptaré.

—¿De dónde vienes?

—De Blanes. Está en la costa, al norte de Barcelona.

Jeroni indicó que no lo conocía.

—¿Usted lleva mucho tiempo como párroco de Dorres?

—No me trates con tanta formalidad. Sí, casi toda la vida. Llegué con veintitrés años recién cumplidos y ya voy por los sesenta y seis, o sesenta y siete… Como ves, tengo tantos años que ni me acuerdo de mi edad. —Sonrió mientras se frotaba la frente.

—Desde que he llegado no he dejado de oír halagos hacia la fuente de Dorres.

—Ni dejarás de oírlos. Es muy conocida en todo el valle, e incluso más lejos. Nuestro obispo siempre está deseando echar mano a las donaciones de los peregrinos.

Feliu se percató de que no le había ofrecido una bebida a su invitado. Propuso preparar vino caliente y este aceptó con entusiasmo. Mientras calentaba el vino y le añadía miel y anís, el padre Jeroni fue enumerando las propiedades de las aguas y los milagros que se atribuían a la virgen de Dorres.

—¿Te han llegado noticias de los fallecidos que encontramos en el camino hace tres semanas? —le preguntó Feliu mientras llenaba dos vasos con el vino caliente.

—Sí, claro. Es una tragedia. Nunca había pasado nada parecido. —Bebió un trago—. Quiero decir, siempre ha habido ataques de osos a los rebaños. Y recuerdo que hace muchos años un joven se perdió en el bosque y lo encontraron días después medio devorado por lobos. Pero un ataque así a una familia tan cerca del camino… Este ha sido siempre un lugar muy tranquilo, tanto que la gente se queja de que nunca pasa nada interesante.

—Los enterramos en el cementerio. Por las pertenencias que llevaban, creo que el hombre podría ser el dueño de un taller de impresión en la Seu. Cuando vaya a ver al obispo intentaré averiguar algo más sobre ellos.

—¿Vas a visitar al obispo Despés?

—Sí, saldré mañana. ¿Quieres que le lleve algún mensaje de tu parte?

—No, no. Cuanto menos se acuerde de mí, mejor. Aquí arriba tenemos la suerte de que no suelen entrometerse demasiado en nuestros asuntos.

El párroco se quedó pensativo, dando vueltas al vaso sobre la mesa.

—Si dejas que te dé un consejo, no hagas caso de todo lo que oigas en el palacio. Al obispo le gusta exprimir a la gente a base de diezmos, y a otros les gusta sembrar dudas y hablar de intrigas inexistentes. Creo que al padre Ramir lo presionaron demasiado, hasta que acabó enfrentado con los parroquianos y encerrado en sí mismo.

Feliu encontró confuso el consejo de Jeroni.

—El obispo Despés es mi superior, no puedo desoír sus órdenes ni sus consejos.

—Claro, claro —se apresuró a decir el otro—. Solo quería decir… —Agitó la mano como si espantara una mosca—. Quizá tú consigas entenderte mejor con él que yo.

Feliu se esforzaría porque así fuera, pues el obispo era la única persona que podía autorizar su regreso a Blanes, y debía ganarse su

favor.

—Ya me he dado cuenta de que los vecinos no apreciaban mucho a Ramir. —Se revolvió en el asiento y se miró las manos—. La verdad es que yo también los he encontrado bastante distantes.

—Bueno, acabas de llegar. Ya verás que son gente sencilla y buena, ten paciencia. —Jeroni se acabó el vino y se apoyó en la mesa para ponerse de pie—. Puedes venir a visitarme siempre que quieras. Ven a Dorres cuando regreses y me cuentas qué se cuece en el palacio del obispo.

—Así lo haré.

ADALEDA CAMINABA CON brío a través del laberinto, marcando el paso con su bastón. Núria la seguía sin demasiado entusiasmo y, como siempre, con aire despistado. Se dirigían al encuentro mensual con Elisa para obtener víveres y noticias de la aldea. Adaleda estaba impaciente por conocer qué rumores corrían sobre el incidente con la osa y la familia de la niña. También iba a ser la primera vez que presentara a su aprendiz a alguien de su reducido círculo de confianza.

Se detuvo en el borde del laberinto y escrutó el camino principal desde detrás de una roca. Núria se topó contra su espalda y se disculpó mediante torpes balbuceos.

—Núria, vigila dónde pones los pies. —La mujer suspiró con hartazgo—. ¿Se puede saber en qué piensas todo el rato?

—En la osa. ¿Dónde se esconde? ¿Y por qué a nosotras no nos hace nada?

—No nos ataca porque llevamos los amuletos que nos protegen. —Agitó las semillas de su bastón, que se escuchaban como un sonajero, y removió el collar de cuentas que había hecho para Núria y que era parecido al suyo—. La osa oye estos ruidos y sabe que debe alejarse de nosotras. Y ahora guarda silencio: nos acercamos al camino.

Comprobó otra vez la ausencia de extraños y salieron a campo abierto. Sabía que debía ser paciente con su aprendiz, pero a veces se desesperaba. El comportamiento de la niña no se parecía en nada al que había imaginado. De no ser por las señales tan claras que había visto en el cielo, habría pensado que se había equivocado y que Núria no estaba destinada a dar continuidad al Legado. Preguntaba demasiado y seguía aferrada a su pasado; el conjuro del nuevo comienzo no la había ayudado. Existía un ritual que podía esclarecer el destino de Núria, aunque Adaleda intuía que la niña aún no estaba preparada.

Tras un recodo del camino distinguió a Elisa, que aguardaba

sentada junto a la fuente de la estrella. La viuda se levantó al verlas y se recolocó el mantón violeta sobre el vestido negro.

—Adaleda, hoy vienes acompañada. ¿De dónde ha salido esta chiquilla?

—Ella es Núria. Será mi aprendiz. —Apoyó una mano sobre su hombro—. Su familia falleció hace unos días en un incidente con una osa y la encontré herida sobre la nieve.

Elisa levantó las cejas y asintió.

—En Melers no se habla de otra cosa. La gente se hace preguntas, porque ha sido muy extraño…

—¿Preguntas que podrían traerme problemas? —No quería aportar ningún detalle; prefería mantener el misterio sobre el alcance de sus rituales. Sabía que los aldeanos le atribuían a menudo más poder del que tenía y eso le interesaba.

—No, ya sabes que puedes confiar en las familias del pueblo. Pero están inquietos, sobre todo por los niños.

—La osa no atacará más. De hecho, es posible que abandone pronto la zona.

—¿Arnau ha conocido a Núria? —preguntó Elisa.

—No, eres la única que conoce su existencia y así debe seguir siendo durante un tiempo.

La viuda asintió y se retiró unos mechones grises de la frente.

—Hay una cosa que debes saber: ha llegado el cura nuevo.

—Justo en el peor momento —se quejó Adaleda—. ¿Sabe algo del incidente?

—Sí, lo vio todo y enterró a los forasteros. Pero tengo la corazonada de que no nos dará problemas. —Elisa sonrió—. No me exigió que asistiera a las misas, parece que tiene un carácter cándido. Me da la impresión de que no es el tipo de hombre que se propondría destapar secretos y perseguir a unas brujas.

Adaleda chascó la lengua.

—Es pronto para asegurar algo así, tendremos que estar alerta.

—Sí, descuida, lo mantendré vigilado. Ya me he adelantado y he colocado a alguien de confianza en su casa.

Les guiñó un ojo. Luego se agachó y abrió el capazo que guardaba a sus pies.

—Te he traído miel, cordel y lana. También harina de cebada y las últimas manzanas que me quedaban en la bodega.

Adaleda le dio unas monedas a cambio de las provisiones. Elisa observó a Núria, que seguía muda y algo apartada de ellas dos, y sonrió con una mano apoyada en la cadera.

—Espero que esta niña se convierta en una curandera tan sabia como tú, Adaleda. ¿Cuánto hace que nos dejó Gisela?

—Doce años.

—¡Cómo pasa el tiempo! Ahora volvéis a ser dos.

De regreso a la cueva, Adaleda decidió que debía avanzar en sus enseñanzas. La llegada del nuevo sacerdote la había puesto nerviosa —pues los religiosos siempre perseguían a las mujeres como ella— y debía enseñar a Núria cuanto antes a ser precavida. Se detuvo junto a un montículo de rocas desde el que se veía buena parte del laberinto y la ayudó a subir. Abarcó el paisaje con un movimiento amplio del brazo.

—¿Por qué crees que vivimos escondidas en una cueva dentro de un berrocal?

—¿Porque no quieres que nos encuentren?

—Exacto, para mantenernos a salvo de los que podrían hacernos daño.

Una ráfaga de aire les alborotó el pelo y la niña se cerró la capa, pensativa.

—Elisa ha dicho algo sobre perseguir a las brujas. —Levantó el rostro hacia el de Adaleda—. ¿Eres una bruja?

—¿Tú qué crees?

Se encogió de hombros, pero Adaleda entrevió una sombra de miedo en sus ojos y sonrió.

—Algunos nos llaman brujas —continuó—, porque no entienden nuestra forma de vivir y nos temen por ello. Pero yo prefiero decir que soy sanadora: ayudo a los enfermos cuando lo necesitan.

—¿En la cueva estamos a salvo?

—Sí, muy pocas personas saben encontrar nuestro hogar. Elisa es una de ellas, y también Arnau, el señor que guía a los forasteros. Pronto enseñará a su hijo el camino a través del laberinto para que lo releve en ese cometido cuando él ya no pueda.

—Es un sitio muy solitario —se lamentó Núria con pesadumbre.

—Tiene que ser así, no tenemos más remedio que vivir ocultas de los extraños. A medida que vayas aprendiendo te vigilaré cada vez menos, en poco tiempo andarás tú sola por la zona para recoger hierbas. Siempre que veas a algún desconocido debes esconderte rápido, y nunca hables con nadie sin mi permiso.

—¿Ahora estamos en peligro?

—Ahora no, los últimos años han sido tranquilos. Pero debemos permanecer alerta, porque ellos siempre vuelven.

—¿Quiénes?

—Los que nos persiguen. Los que nos llaman brujas.

Capítulo 4

FELIU ESTABA EMPAPADO, agotado y temblaba de frío. Al fin detuvo su mula en el patio del palacio episcopal, delante de la puerta principal, y desmontó. Sintió el peso de la ropa mojada sobre los hombros y el agua acumulada en los zapatos. Había comenzado a llover cuando pasó de largo Llívia y había continuado lloviendo hasta que llegó a la Seu d'Urgell, un día y medio después.

Hizo una seña a un mozo de cuadras que se refugiaba del mal tiempo bajo el alero del establo. Con desgana, el chico salió a su encuentro, cogió las riendas de la mula y la puso a cobijo. Feliu subió la escalinata hasta la puerta del palacio. Dentro lo atendió un sirviente que lo llevó a una celda para invitados. Él pidió si le podía traer ropa seca antes de presentarse ante el obispo.

La habitación era estrecha y oscura, apenas entraba luz del exterior a través de una ventana diminuta. Se quitó la capa y se frotó las manos para calentarlas. Poco a poco, el mal humor causado por la lluvia y el viaje se fue transformando en nerviosismo ante la reunión inminente con el obispo. Debía causarle buena impresión, aunque aún no sabía cómo. Tenía que averiguar cuáles eran sus intereses y confiaba en que se expresara con claridad, ya que no se le daba bien descifrar insinuaciones ni indirectas.

Mientras esperaba, sin nada ni nadie alrededor que lo distrajera de sus inquietudes, rezó sus oraciones una tras otra con la esperanza de obtener una pizca de favor divino en el encuentro con el obispo.

Unas horas más tarde, en la sala de audiencias, el obispo Despés lo examinó con detenimiento. De pie ante su superior, sin saber muy bien qué hacer con las manos, Feliu dobló el extremo de las mangas de la sotana que le habían prestado. La prenda era demasiado grande para su estatura.

El obispo era un hombre grueso, con el cuello oculto tras el pliegue de la papada, y estaba acomodado en una silla de respaldo alto sobre una tarima que presidía la habitación. Junto a él, un sacerdote joven aguardaba en un taburete y sostenía sobre las rodillas un tablero de escribano.

—Melers es una parroquia modesta, pero siempre ha dado buenos ingresos —dijo el obispo Despés con voz afónica—. He pedido al padre Climent, mi nuevo secretario, que recupere los registros de los

diezmos de los últimos años.

—Así es, excelencia —afirmó Climent con tono enérgico—. Según el último censo, habitan catorce familias en la comunidad de Melers y los ingresos ascienden a cuatro ducados de oro al año.

—La asignación que tenía el padre Ramir debería bastar también para usted. ¿Ha encontrado la vivienda en buen estado y se ha podido establecer bien?

—Sí, pero aún son necesarios algunos arreglos…

—También está aquí anotada la asignación del párroco de Melers —lo interrumpió Climent, señalando una cifra sobre el pergamino lleno de números—. Son cinco sueldos de plata al mes.

—Es lo habitual, sí —dijo el obispo, asintiendo—. Bien, pues espero de usted que gestione los gastos y los ingresos de la parroquia al detalle. En condiciones normales, correspondería al arcediano supervisar las cuentas, pero el padre Ponç padece de artrosis y lo he dispensado de algunas obligaciones. Deberá responder ante mí directamente.

—Así lo haré.

—Por otro lado, también me gustaría que me mantuviera informado sobre diferentes asuntos de Dorres. ¿Ha conocido al padre Jeroni?

—Sí —contestó Feliu, y se apresuró a excusar al anciano—: No ha podido viajar conmigo por motivos de salud.

—Ya, con ese pretexto cada vez nos visita menos. Tampoco me envía registros de los ingresos de su parroquia. —El obispo se inclinó en su silla hacia Feliu—. Yo quiero creer que tan solo es descuidado en estos aspectos, aunque sabemos que los peregrinos que viajan a Dorres hacen donativos. Me irá bien disponer de unos ojos atentos que vigilen si la diócesis recibe lo que le corresponde.

—Por supuesto —respondió Feliu—. Visitaré al padre Jeroni con regularidad y le pediré que registre los ingresos. Me ofreceré a ayudarlo si hace falta.

El obispo se recostó de nuevo en la silla.

—Que así sea. Me alegra ver que puedo contar con otro buen párroco que se une a nuestra diócesis.

—Lo que dice su excelencia sobre Dorres es cierto. —Climent hojeaba los pergaminos mientras hablaba—. Los ingresos que recibimos de Dorres no son más cuantiosos que los de otras parroquias de tamaño parecido. Puedo iniciar una investigación sobre las donaciones de los peregrinos, si lo creéis oportuno.

Climent miró al obispo ansiosamente. Feliu pensó que mostraba demasiado ímpetu para ser tan joven; calculó que tendría unos veinte años. Supuso que acababa de ser nombrado secretario y que quería impresionarlo.

—No creo que tal tarea te corresponda —dijo el obispo como quien

niega un capricho a su hijo—. De todas formas, haremos bien en estar todos pendientes. Conozco al padre Jeroni desde hace muchos años y no creo que esconda intenciones poco nobles, pero sé que le gusta disfrutar de ciertas libertades.

—Intentaré ser una buena influencia para él, excelencia —respondió Feliu, y el obispo pareció satisfecho.

—Hay otro asunto del que debo hablarle. El arzobispo envió cartas a todas las diócesis que hacen frontera con Francia para advertirnos de ciertas ideas herejes que circulan desde hace unos años por el Imperio germánico y otros reinos del norte. Algunos grupos cuestionan la autoridad de la Iglesia, sin duda inspirados por el mismo diablo, y propagan esas maldades a través de los libros impresos en lengua vernácula. ¿Ha oído hablar de ellos? —El obispo siguió hablando sin esperar respuesta con una voz cada vez más ronca—. Seguro que sí. Bien, pues la cuestión es que nosotros somos los responsables de vigilar que esas ideas herejes, que amenazan el orden establecido, no se propaguen desde Francia.

El hombre hizo una pausa para recuperar el aliento, parecía agotado por haber hablado demasiado. Sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz, que estaba surcada por venas rojas y finas, antes de continuar su discurso.

—Su papel debe ser el de centinela. Manténgase alerta y comuníquenos cualquier hecho que pueda parecer sospechoso.

—Así lo haré. Aunque dudo que los herejes fijen su atención en un pueblo tan poco relevante como Melers.

—Yo no estaría tan seguro —intervino Climent—. En las aldeas más remotas se esconden individuos que viven al margen de la fe. Vuestra zona tiene fama de ser tierra de brujas. ¿Y no es la brujería la forma más despreciable de herejía?

Feliu no supo qué contestar. Era la tercera vez que oía aquella advertencia sobre Melers. ¿Debía empezar a considerarla en serio? Recordó los cuerpos desgarrados sobre la nieve, el rosario siniestro de huesos de roedores, el símbolo de la estrella y las puertas cerradas. Por unos instantes, dudó si contarles la sucesión de hechos extraños que había presenciado, pero el obispo intervino primero.

—Bueno, por lo que sé, son solo habladurías. Por suerte, a partir de ahora dispondremos de un buen siervo de Dios para advertirnos de cualquier indicio sospechoso. Y, recuerde, también para vigilar la recaudación de ingresos.

—Por supuesto. Gracias por vuestra confianza, excelencia —dijo Feliu con una leve reverencia a modo de despedida.

TRAS LA AUDIENCIA con el obispo, se adentró en las calles de la Seu d'Urgell, invadidas por el mercado semanal, en busca de la imprenta de Joan Grau. Ese día la ciudad se mostraba caótica y ajetreada. Los pórticos de la calle principal servían de refugio a comercios callejeros, negocios ambulantes y reuniones improvisadas entre amigos. El buen ánimo de la gente contrastaba con el clima: la lluvia había dejado tras de sí una humedad espesa que embarraba las calles y empapaba la ropa de los transeúntes.

Siguió las indicaciones poco precisas que le había dado una lavandera justo a la salida del palacio episcopal, pero se desorientó enseguida. Entonces se detuvo en una plaza ovalada y percibió el parloteo y las risas que se difundían desde el interior de una taberna. Seguramente allí sabrían ayudarlo.

Entró y el calor humano y el olor a vino y a guiso sazonado le trajeron recuerdos. En una de las mesas, cinco hombres tiraban unos dados mientras bebían. Feliu apretó los puños para ahuyentar la añoranza de la sensación de los dados al bailar en la palma de su mano. Uno de los jugadores de la mesa se disponía a tirar. Después de tres movimientos rápidos de la muñeca, los dejó caer entre las jarras de cerveza. Rodaron unos segundos, mientras todos los jugadores se inclinaban en sus taburetes con la respiración contenida. Los dados finalmente se asentaron sobre una de las caras y el tirador levantó los brazos, triunfal, mientras los demás rugían decepcionados. Feliu adivinó que había conseguido tres números iguales. Y sabía lo que se sentía cuando se alineaban, como si esas pequeñas piezas blancas tuvieran voluntad propia y decidieran otorgarte el favor de la victoria.

Pasó de largo la mesa de juego y llamó la atención del tabernero. Se inclinó sobre el mostrador y alzó la voz por encima del bullicio.

—Tengo entendido que en La Seu hay un taller de impresión de libros, de la familia Grau. ¿Sabe dónde está?

El tabernero se echó el trapo sobre un hombro y ajustó el tapón de corcho de una botella.

—Creo que se refiere al negocio de Joan Grau, pero no lo encontrará señalado como un taller de impresión, sino como un negocio de pergamino. —Dejó la botella en un estante y apoyó las manos grandes y peludas sobre la mugre acumulada en el mostrador—. Compró los aparejos para hacer libros hace unos meses.

—Puede que sea el sitio que busco.

—Pues lo encontrará en la parte baja de la ciudad, junto a la muralla que da al río. En aquella dirección. —Señaló hacia una de las paredes de la taberna—. Hay un cartel en la puerta del taller.

Feliu le dio las gracias y salió a la calle. El aire frío atemperó sus ganas de jugar a los dados, pero también lo acercó a una nostalgia que le pesó más que el triste mensaje que llevaba a los familiares del

impresor.

Echaba de menos a sus cuatro compañeros de juego en Blanes y sus conversaciones banales. Ya de niños trotaban juntos por el puerto, esquivando a pescadores y marineros, alargando la mano para coger una manzana o un pedazo de pan de algún saco descuidado. Cuando su padre murió, Feliu ingresó en el seminario, aunque era demasiado mayor para iniciarse en los estudios religiosos. Su madre aprovechó la buena relación que tenía con el párroco para conseguir que lo aceptaran, pues así tendría que alimentar a un hijo menos. Para él fueron tiempos difíciles. En las lecciones iba siempre rezagado y fallaba las respuestas que para los demás novicios eran obvias. Todos los días que había pasado en el seminario se había esforzado por alcanzar el nivel en Latín y Teología, y siempre se frustraba al no conseguirlo. Sin embargo, encontraba refugio en su pandilla. Por las tardes, se escabullía por un agujero en el muro del seminario y se reunía con ellos. Allí no lo juzgaban ni lo evaluaban, se limitaban a pasarlo bien. Así pasó de niño a adulto sin grandes penurias, y se ordenó sacerdote más por inercia que por convicción.

Todo fue bien durante varios años. Hasta que comenzó a saltarse las normas del clero cuando sus compañeros adquirieron la costumbre de beber y jugar a los dados en la taberna, aunque al principio a nadie le importó. El asunto se complicó el día que los cinco amigos perdieron el interés por apostarse la cuenta de la cerveza. Como no tenían dinero para subir las apuestas, empezaron a inventar pequeños retos y pruebas que debía llevar a cabo el perdedor. Así, el desafortunado con los dados se convertía en el títere de los demás jugadores. Poco a poco —sin que apenas se notara la diferencia— las bromas irrelevantes se transformaron en faltas más serias, aunque las risas les restaban importancia.

Sin embargo, el obispo de Girona lo entendió de otra manera. Tal como le dijo al expulsarlo de su parroquia, la última idea que tuvieron sobrepasaba todo lo razonable y decente. Feliu comprendió entonces que, partida tras partida, se había apostado su dignidad. Aun así no podía evitarlo: echaba de menos a sus amigos y sus juegos de taberna.

Los recuerdos lo acompañaron hasta que llegó a la muralla de la parte baja de La Seu. Se trataba de una zona más abierta, en la que se alternaban las casas con huertas y curtidurías.

Al final de la calle halló el letrero que estaba buscando, en un semisótano de uno de los edificios. Llamó a la puerta y no escuchó ruido en el interior, ni nadie acudió a abrirle.

Caminó unos pasos hasta el local contiguo, en el que encontró a un artesano que remachaba una silla de montar.

—Disculpe, estoy buscando a los familiares de Joan Grau.

El hombre levantó la mirada sin soltar la silla ni las tenazas.

—No están, dijeron que cerraban el taller unos días.

—¿Tienen algún familiar que viva en la Seu?

—No lo sé, pero mi mujer seguro que sí. Siempre está enterada de todo. —Volvió la cabeza hacia la trastienda—. ¡Ximena!

Detrás de un tabique se asomó una cofia blanca que enmarcaba el rostro de una mujer. Se acercó a Feliu mientras se sacudía las virutas de cuero del delantal.

—Un párroco pregunta por la familia de Joan Grau.

—No están en la Seu, se marcharon a las fuentes de Dorres por motivos de salud y aún no han regresado.

Feliu se convenció de que había encontrado a la familia que estaba buscando: toda la información encajaba.

—Quisiera saber si tienen más parientes por aquí, aunque sean familiares lejanos.

—El hermano de Joan vive en Adrall.

—¿Adrall?

—Es un pueblo que está a un par de horas a pie.

—¿Conoce al hermano personalmente?

—Sí, viene a visitarlo a menudo.

Feliu no consideró necesario acudir en busca del pariente a una población desconocida y decidió entregar el mensaje a los vecinos.

—Necesito que le hagan llegar una carta. —Sacó del bolsillo el escrito que había preparado—. Soy el párroco de Melers, una aldea que está de camino a Dorres. Encontramos unos cadáveres en el camino y todo indica que se trata de Joan Grau y su familia. Les dimos sepultura en el cementerio de Melers.

Ximena se cubrió la boca con una mano. Él alargó el brazo para que cogiera el papel.

—En la carta lo explico con detalle.

—¿Han fallecido todos? —La mujer aceptó la carta y la hojeó por encima. Cuando levantó la vista, tenía los ojos vidriosos.

—Sí, incluso el niño pequeño. Lo siento por la pérdida. ¿Mantenían una relación cercana?

—Bueno, eran vecinos de toda la vida. Le daré el mensaje al hermano de Joan.

FELIU REGRESÓ AL palacio episcopal. Había tardado menos de lo que esperaba en dar con los familiares de los fallecidos. En cambio, los deberes que le había encomendado el obispo Despés eran más complejos. La primera sensación al salir del encuentro fue buena; el obispo no había mencionado el motivo de su traslado de diócesis, aunque seguro que algo sabía. Pero, a medida que le daba vueltas al

asunto, lo asaltaron las dudas.

Quizá debería haber informado de la muerte de los forasteros; si el obispo se enteraba más adelante, podría pensar que le ocultaba información sobre hechos inusuales. Tampoco sabía cómo afrontar el asunto de los donativos de Dorres. Jeroni era mucho mayor que él, no tenía autoridad para decirle cómo debía cumplir con sus obligaciones. Además, podía enfadarse, y por el momento era el único dispuesto a mantener un trato cercano.

Debían pasar al menos cinco o seis años para que le aprobaran un nuevo traslado de parroquia, era una regla no escrita que todos conocían. Y durante esos años, Feliu debía ganarse la confianza del obispo sin crearse enemigos en Melers.

Aunque aún no había anochecido, se retiró a su celda para invitados. Al día siguiente le esperaban muchas horas de viaje y le convenía descansar.

Capítulo 5

NÚRIA LLEVABA TODA la tarde buscando la seta que quería Adaleda cuando al fin la vio: un sombrero marrón y lobulado, parecido a un pequeño cerebro, que surgía bajo una rama caída. Escarbó un poco con el bastón, la arrancó del suelo y se la llevó a la nariz, como le había enseñado su maestra. Olía a tierra de bosque y masa de pan. Era la seta que le había encargado, estaba segura.

Se la guardó en una bolsita atada a su cinturón y miró alrededor; nunca se había alejado tanto de la cueva. Se encontraba en el bosque de pino negro que se extendía al sur del laberinto y, por la posición del sol, intuyó que aún quedaban unas cuantas horas de luz. Tomó el camino que la llevaría de vuelta y que había aprendido de memoria en las últimas semanas, pero cambió de opinión a los pocos pasos: si regresaba demasiado pronto, Adaleda la atosigaría con más órdenes y lecciones, y la recibiría con su típica cara de decepción. Así que decidió explorar el bosque un rato.

Su maestra era muy severa y Núria a veces no entendía qué esperaba exactamente de ella. Sospechaba que los demás tampoco la comprendían: los enfermos que acudían a la cueva se mostraban perplejos e incómodos ante las maneras de la curandera. Solían llegar a media tarde y, nada más entrar, describían sus dolencias, que eran de lo más diversas: fiebres, fracturas, calvicie, mal de ojo, mal de amores, hormigueos, calambres e incluso sueños extraños. Adaleda nunca les ofrecía asiento, les dirigía apenas tres palabras y, en cuanto consideraba que había escuchado suficiente, les daba la espalda y se disponía a preparar el remedio. A pesar de eso, los enfermos siempre se mostraban agradecidos.

Descendió por el bosque y distinguió un prado a lo lejos, entre los árboles. Se dirigió hacia allí y, antes de alcanzar la linde, escuchó una voz aguda que cantaba una cancioncilla. Se dejó guiar por la curiosidad y avanzó hacia la voz, oculta entre los matorrales. Gateó bajo la maleza del margen del bosque y entonces la vio: una niña de su edad recogía piñas en un cesto mientras cantaba.

Enseguida le llamó la atención el vestido que llevaba puesto. Era de color cereza y tenía unas margaritas blancas bordadas en el cuello. Estaba segura de que lo había visto antes. En una visión repentina, como un relámpago, recordó las manos de su madre mientras bordaba

las margaritas. También recordó cómo le probó el vestido cuando estuvo terminado. Por primera vez visualizó el rostro de su madre, con la nariz pequeña, las mejillas pecosas y un lunar en la barbilla.

Se quedó tan abstraída en los recuerdos recién recuperados que se puso en pie sin darse cuenta. Un grito la devolvió a la realidad: la desconocida, parada frente a ella, se había asustado al verla. Ninguna de las dos movió una pestaña. Tras unos segundos, Núria se decidió a hablar:

—Ese vestido es mío.

—No. —La niña se miró el vestido y se cogió un lado de la falda, como haría una dama—. Me lo regaló el cura nuevo.

—Antes era mío, me lo hizo mi madre.

—Si era tuyo, ¿por qué lo tenía el cura?

Núria no sabía quién era el cura al que se refería, pero tenía la certeza de que ese vestido le había pertenecido. Los recuerdos eran reales, nítidos, no como la niebla difusa que le había llenado la cabeza desde que se había despertado en la cueva. En ese momento cayó en la cuenta de que su propio aspecto debía de resultar extraño, con la túnica gris y el collar estrafalario. Cruzó los brazos sobre el pecho para ocultar los amuletos.

—Me llamo Jacina. —La niña se acercó unos pasos, insegura—. ¿Vives por aquí?

—Sí, por ahí arriba. —Núria señaló el bosque.

—¿En Dorres?

—No.

—¿En el bosque? —Jacina ladeó la cabeza, extrañada.

Las advertencias de Adaleda la frenaron antes de hablar de la cueva, así que respondió con otra pregunta:

—Y tú, ¿dónde vives?

—Mi casa está detrás de esa colina.

Núria miró por encima del hombro de Jacina, hacia el prado ondulado cubierto de hierba amarillenta. Sobre la colina del fondo había aparecido un hombre con un sombrero de ala ancha y la cara oculta por una tela. Sujetaba una especie de jarra metálica que emitía humo y abría y cerraba unas cajas dispersas entre la hierba.

—¿Qué hace ese señor?

La niña miró en la misma dirección.

—Es mi padre, está despertando a las abejas. —Esa vez fue Núria quien ladeó la cabeza sin comprender. Jacina dio otro paso hacia ella —. ¿Vas a venir aquí más veces? Puedo enseñarte un juego.

El hombre llamó a su hija desde el otro lado del prado y se retiró la tela del rostro. Núria retrocedió enseguida y se ocultó entre los arbustos, deseando que no la hubiera visto.

—Me tengo que ir, ¡adiós! —se despidió Jacina. Cogió el cesto y

corrió a través del prado.

Núria regresó al laberinto con la imagen de su madre aún nítida en la memoria; estaba decidida a no olvidarla nunca más. A medida que avanzaba entre las rocas, el resentimiento que sentía hacia Adaleda iba creciendo poco a poco. Cada vez estaba más convencida de que le ocultaba muchas cosas y que la mantenía aislada de la gente que vivía cerca. Le había asegurado que sus padres habían fallecido y Elisa había hablado de muertos y entierros, pero presentía que había algo que le ocultaban. Núria no le diría nada sobre lo que acababa de descubrir.

Cuando llegó a la cueva, su maestra trabajaba encorvada sobre un mortero y murmuraba para ella misma, como era habitual.

—Has tardado mucho.

—Me ha costado encontrar la colmenilla. —La sacó de la bolsa; había quedado bastante dañada con tanto ajetreo.

Adaleda torció el gesto.

—Servirá —dijo con desagrado. Cogió la seta y la sumergió en un frasco de vidrio lleno de aceite—. ¿Dónde la has encontrado?

—En el bosque de pino negro.

—¿A qué altura?

—Casi al final, cerca del prado.

Su mentora la miró de reojo y Núria se volvió para no dar más detalles.

DOS DÍAS DESPUÉS, Adaleda la mandó a recoger resina de pino. Era la excusa perfecta que había estado esperando para regresar al prado. Tenía pensadas decenas de preguntas que quería hacerle a la niña si se la volvía a encontrar.

Se puso la capa y se dirigió hacia la salida de la cueva casi al trote.

La voz de su maestra la detuvo a mitad de camino.

—¿No estás olvidando algo? ¿Dónde vas a colocar la resina?

Admitió que tenía razón y regresó para recoger un cuenco y un cuchillo. Luego trató de disimular su impaciencia hasta que salió de la cueva y echó a correr a través del laberinto. Se detuvo frente a los pinos heridos que usaban para recoger resina, en cuya corteza habían realizado cortes profundos. Rascó con prisa las gotas pegajosas con el cuchillo y no se preocupó por los restos de corteza que cayeron al cuenco. Cuando ya tenía suficiente, escondió el cuenco, el cuchillo y la capa bajo una roca y descendió veloz hasta la linde del bosque; debía ser rápida para que Adaleda no sospechara. Se asomó al prado con la respiración agitada. La niña no estaba donde la había encontrado el día anterior, pero ella no perdió la esperanza.

Giró a su derecha y caminó por el margen del prado. De repente, oyó un grito seguido de una carcajada. Avanzó más deprisa y se encontró a dos niños entre los arbustos: Jacina hacía equilibrios encima de un tocón y un chiquillo de unos seis o siete años trepaba sobre una piedra. Ella sonrió al verla; aún llevaba el vestido de las margaritas bordadas.

—¡Has vuelto! Rápido, súbete a ese tronco, en el suelo hay agua venenosa.

Núria no entendió muy bien lo que quería decir, pero aun así puso los pies encima de un tronco caído.

—Jugamos a coger las piñas sin tocar el suelo.

Jacina dio un salto hasta una piedra. Desde ahí, estiró un brazo y arrancó una piña que colgaba de una rama. Luego la lanzó hacia un cesto en el suelo y acertó el tiro.

—¡Bien! —exclamó—. Ayuda a mi hermano Enric a llegar a ese pino.

Núria caminó a lo largo del tronco con los brazos extendidos para mantener el equilibrio hasta llegar a la roca donde estaba el niño. Le tendió la mano y lo animó a saltar, y cuando él apoyó el pie en el tronco, este rodó y ambos cayeron de espaldas sobre la hierba. Jacina soltó una carcajada y Núria rio también con ganas. Se dio cuenta de que no se había reído ni una sola vez desde que vivía con Adaleda.

—Si os caéis tenéis que empezar de nuevo desde el cesto —dijo Jacina.

Sin saber cómo, Núria se sumergió en el juego de los dos hermanos. Jacina iba dictando las normas, y Enric y ella obedecían y se esforzaban por alcanzar la meta. Lo pasó tan bien que se olvidó de las preguntas que tenía pensadas. No fue consciente del paso del tiempo hasta que cambió la luz: el sol se asomó bajo una nube, justo sobre el horizonte, y tiñó el prado de naranja.

Al caer en lo tarde que era, sintió un sudor frío en la espalda. ¿Qué iba a decirle a Adaleda?

—Es muy tarde. Tengo que irme ya.

—¿Tan pronto? ¿Volverás? —preguntó Jacina.

—Sí, volveré otro día para jugar con vosotros. —«Si Adaleda no me lo impide», pensó.

—¡Claro!

La niña se despidió agitando la mano y Núria se internó deprisa en el bosque. Mientras corría cuesta arriba se enfadó consigo misma por haberse distraído; ahora tendría que inventar una excusa y Adaleda no se dejaba engañar fácilmente. Tenía las orejas muy calientes y la nariz muy fría. No pudo mantener el ritmo mucho tiempo, le costaba respirar y sentía una punzada en el costado. Recogió sus cosas de debajo de la roca y llegó a la entrada de la cueva sin haber decidido

aún qué decir. La voz de la curandera irrumpió tras ella:

—¿Dónde has estado?

Núria se volvió y se enfrentó a la furia de su maestra.

—Me he perdido. Es que me he despistado en un cruce de senderos y… —Adaleda la agarró de un brazo y la sacudió.

—¡Mentirosa! Te he escuchado jugar con otros niños, ¿qué te he dicho sobre hablar con desconocidos? ¿Por qué me desobedeces?

—Lo siento, es que me los he encontrado por casualidad, no quería entretenerme.

—¿Por casualidad? ¿Aún pretendes engañarme? ¿Crees que no soy capaz de adivinar toda la verdad? Me has decepcionado, Núria. Una aprendiz del Legado no se comportaría jamás así. Esta noche beberás una poción y comprobaremos si me equivoqué al acogerte. Son hierbas intoxicantes y no será agradable, pero no me dejas otra opción.

La condujo a tirones hasta un prado en el que había una pequeña hoguera bajo un sauce viejo con el tronco lleno de nudos. Le lanzó una botellita llena de un líquido viscoso y oscuro.

—Bebe —ordenó.

Núria ingirió toda la poción con la nariz arrugada. Sabía muy amarga, pero no dejó ni una gota por miedo de enfadar más aún a su maestra. Se arrodilló junto a la hoguera y Adaleda la miró muy seria, con las dos manos agarradas al bastón.

—Esta noche averiguaremos de qué estás hecha y si eres digna de la misión de perpetuar el Legado. Los espectros del laberinto se internarán en tus sueños; deberás enfrentarte a ellos para conocer tu destino.

La mujer extendió las manos sobre el fuego y dejó caer un puñado de virutas que chisporrotearon al entrar en contacto con las llamas. Comenzó a repetir unos versos en la lengua extraña de los conjuros.

Núria, agazapada en el suelo, tuvo la impresión de que unas sombras la rodeaban y la cabeza le dio vueltas. Las formas de las rocas se ondularon, los nudos del tronco del sauce se retorcieron y distinguió rostros terroríficos en ellos. Las palabras de Adaleda le llegaban cada vez más graves y resonantes, como si fueran de metal. El tacto de la hierba se diluyó bajo sus rodillas, como si levitara.

Adaleda se cubrió con una capa de pieles y levantó las manos hacia el cielo, extendiendo sombras monstruosas por el prado. Parecía un ser enorme y temible, un esqueleto pálido que controlaba a una bestia peluda.

—No puedes mentir a los espectros, tampoco puedes huir de ellos. Ellos hallarán la verdad que guardas en tu interior y predecirán tu futuro.

Las sombras se cernieron más sobre Núria. No quería dormirse; las

pesadillas ya empezaban a tomar forma en su mente. El fuego emitía destellos rojos y Adaleda se había convertido en un ser malvado con garras, colmillos y zarpas.

Luchó en vano por mantener los párpados abiertos. La oscuridad lo cubrió todo.

NÚRIA CORRÍA POR el bosque bajo el cielo estrellado. Oía el jadeo de los monstruos que la perseguían y las pisadas de las zarpas sobre la tierra helada. Perdía fuerzas, le costaba respirar mientras las bestias se acercaban con las fauces abiertas.

Tropezó y se apoyó en un árbol. No podía seguir huyendo; debía enfrentarse a esos seres, fueran lo que fueran. Se volvió hacia sus perseguidores con los puños apretados y distinguió la luz amarillenta de sus ojos. Eran corpulentos como osos, aunque tenían rabos alargados y orejas puntiagudas como lobos.

Sabía que los monstruos la perseguían por orden de Adaleda, pero no tenían derecho a darle caza. No había hecho nada malo, tan solo había jugado con otros niños. Su maestra era la malvada, la que la había obligado a buscar excusas, la que le ocultaba demasiado para exigirle sinceridad.

—¡Dejad de perseguirme! —les gritó tan fuerte como le permitieron sus pulmones—. ¡No he hecho nada malo! Dejadme en paz.

Los monstruos la observaron desde la distancia, gruñeron, dieron vueltas inquietas y zarpazos al suelo. Ella se clavó las uñas en las palmas. Por unos instantes, temió que se lanzaran de nuevo a la carrera detrás de ella, pero no pensaba huir más. En vez de retroceder, dio un paso hacia ellos. Entonces, se dieron la vuelta uno por uno y se disolvieron en la noche, como si su determinación hubiera sido suficiente para detenerlos.

Respiró aliviada y descubrió una casa que había aparecido en el bosque. La luz cálida del interior traspasaba las ventanas y se proyectaba sobre la nieve. Entró y se sorprendió al verse a sí misma sentada sobre las rodillas de su madre. Su padre y su hermano se encontraban también allí, sentados a la mesa, y compartían la comida con dos personas más: un hombre y una mujer de la edad de sus padres.

NÚRIA DESPERTÓ Y vio las brasas incandescentes de una hoguera casi apagada. Por el aire denso y cargado de olores, dedujo que se

encontraba en el interior de la cueva, en su cama, y escuchó la respiración de Adaleda, que dormía cerca de ella.

Estaba convencida de que la casa que había visto en el sueño era real, y que conocía a todas las personas sentadas a la mesa: sus padres, su hermano pequeño y sus tíos Ferran y Blanca. Eran su familia, y seguro que la esperaban en algún lugar.

Los ojos se le acostumbraron a la penumbra y distinguió con más claridad la silueta de Adaleda. No sabía qué parte de lo que había visto y oído aquella noche en el prado era real o imaginaria. Intentó convencerse de que los espectros y las bestias eran tan solo visiones creadas por la pócima. Sin embargo, vio una zarpa grande y peluda que sobresalía bajo la manta de su maestra, apoyada junto a su cabello blanco: la zarpa de un oso.

Contuvo la respiración y forzó la vista. Distinguió con claridad las uñas negras en forma de garra entre el pelaje corto y denso. Se le aceleró el pulso. ¿Era posible que la curandera pudiera convertirse en una bestia? No se atrevió a mover ni una pestaña para no despertarla. Recordó las palabras de Elisa sobre el ataque del oso a los forasteros: dijo que había sido muy extraño, que no era habitual. ¿Y si había sido Adaleda, transformada en osa, quien había matado a su familia?

Núria sintió el impulso de salir de la cueva cuanto antes y correr lo más lejos posible. Adaleda había intentado asustarla con historias de espectros cuando, en realidad, el monstruo más peligroso era ella. Apartó las mantas con cuidado; el corazón le latía tan fuerte que temió que pudiera delatarla. Apoyó los pies descalzos en el suelo, se levantó muy despacio y, siguiendo el relieve de la pared con la mano, avanzó tres pasos hacia la salida. Se detuvo a escuchar; la respiración de la mujer permanecía tranquila. Con más confianza, dio unos pasos más. De pronto se golpeó la frente con uno de los cestos que colgaba del techo y dejó de oír la respiración de su maestra. Pegó la espalda contra la pared, deseando fundirse con la roca.

La mujer gimió en sueños, se dio la vuelta y siguió durmiendo plácidamente. Núria tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar. Pasado el susto, se fijó una vez más en la zarpa. Ahora ya no se apoyaba en el suelo, sino que colgaba inerte del hombro de Adaleda. Estaba vacía: era solo piel. Comprendió que formaba parte de la capa de pieles que había utilizado en el ritual. Se acercó de puntillas a su maestra y la observó a la luz de las brasas.

No se había convertido en una bestia. Era la mujer de siempre; se la veía rara y severa incluso dormida. Núria se sintió estúpida por haberla creído; esas cosas solo sucedían en los cuentos. Sin embargo, aquella noche su maestra le había demostrado que dominaba ciertas artes oscuras y que estaba dispuesta a emplearlas para atemorizarla. Quizá también usaba trucos para retenerla allí como aprendiz.

Con la cabeza más serena y los pies asentados en la fría realidad, Núria trazó un plan. No le convenía escapar en mitad de la noche. Al día siguiente, cuando Adaleda le preguntara por los sueños provocados por la poción, le explicaría solo la parte de las bestias, no mencionaría nada sobre su familia. Y más adelante, cuando tuviera la oportunidad, escaparía a casa de Jacina y pediría ayuda. Aunque sus padres hubieran muerto —se le oprimió el corazón al admitir esa posibilidad— tenía unos tíos que podían cuidarla. No sabía dónde vivían ni cómo llegar hasta ellos, pero la familia de Jacina la ayudaría a encontrarlos.

Adaleda no podría alcanzarla. Y no regresaría jamás a esa cueva.

Capítulo 6

FELIU SE ARREPINTIÓ de haber comprado las gallinas incluso antes de llegar a casa. Las había adquirido en Puigcerdà, el pueblo más grande que encontró en el camino de La Seu a Melers, y las había apretujado en una jaula asegurada sobre el trasero de su mula. Durante toda la subida lo acompañaron los cloqueos y cacareos. También anunciaron su llegada a la aldea, y dos vecinas asomaron la cabeza por la ventana. Feliu les dio las buenas tardes con naturalidad, como si él no tuviera nada que ver con aquel alboroto.

Desmontó en el establo y tres plumas revolotearon a su alrededor; seguramente tendría más pegadas a la espalda de la sotana. Observó a las gallinas; se picoteaban entre ellas y estaban cubiertas de rasguños. Definitivamente, aquella no había sido su mejor idea.

Se dirigió a la puerta con la jaula en la mano, pero se detuvo a medio camino: estaba entreabierta, igual que una de las ventanas. Tenía la certeza de haber cerrado bien la casa antes de marcharse. Dejó las gallinas en el establo y se acercó a la entrada de la vivienda. Empujó la puerta y se asomó al interior.

—Hola, ¿hay alguien?

No obtuvo respuesta. Estuvo tentado de regresar a la plaza y llamar a algún vecino para que le explicara por qué su casa estaba abierta o, mejor aún, para que lo acompañara dentro. Sin embargo, no quería parecer un cobarde. Avanzó por el pasillo con paso dubitativo y lo percibió diferente. De hecho, olía diferente. Olía bien. Vio una sombra en la puerta trasera que daba al huerto.

—¿Quién es? —Su pregunta sonó nerviosa.

—Padre Feliu, perdón si lo he asustado —respondió una muchacha.

Alcanzó la sala de estar y se encontró con una joven delgada, de ojos saltones y labios finos, que se estaba secando las manos en el delantal.

—Elisa me dijo que quería que me ocupara de las tareas de la casa.

—Ah, ¿eres Raquel? —La muchacha asintió—. Con el ajetreo del viaje a La Seu lo había olvidado. ¿Cómo has conseguido quitar el olor a viejo?

—He colgado ramas de tomillo. —Ambos miraron al techo y él vio los ramilletes de hierbas atados a las vigas.

—Buena idea. —Examinó la sala. La capa de polvo había

desaparecido de los muebles y del suelo—. Has hecho un buen trabajo, me alegro de llegar a casa y encontrarla tan acogedora.

Sonrió a la muchacha, ella le devolvió la sonrisa con timidez y bajó la mirada.

—Hoy ya he acabado; puedo venir un rato cada mañana. Menos los domingos, claro.

—Sí, me parece bien. Espera, te pagaré ya la semana.

Feliu le dio la cantidad acordada. Raquel se despidió doblando las rodillas, pero hizo el movimiento tan rápido que, más que una reverencia, pareció el salto de un pajarito. Él la observó mientras se marchaba cruzando el establo con pasos cortos y veloces.

Los cacareos de las gallinas lo sacaron de su ensimismamiento. Aún esperaban junto a la mula, apretujadas en la jaula. Se arremangó para ocuparse de los animales.

AL CAER LA noche, se sentía satisfecho consigo mismo: en una tarde había arreglado el corral, y las gallinas ahora picoteaban el grano esparcido por la tierra. También había provisto el establo de heno fresco para la mula.

Entró en casa y se dejó caer en el butacón, con la espalda dolorida por el trabajo. Tan solo le quedaba una tarea pendiente. En el camino de regreso desde La Seu, se le había ocurrido una manera de contentar al obispo y demostrarle su buena disposición. Su superior le había pedido que estuviera alerta y lo informara de cualquier pista sospechosa, así que había decidido anotar cualquier hecho inusual y entregar las anotaciones junto con las cuentas de la parroquia. De esa forma, le correspondería al obispo decidir si había o no indicios de herejías en la zona, y no podría acusarlo de esconder información.

Desde su asiento, miró con pereza el cajón donde tenía guardados los útiles de escritura. Luego recordó que el padre Huguet, su preceptor en el seminario, siempre le decía que la pereza era pecado. Como si percibiera la presencia de su antiguo maestro de pie, a su lado, reprendiéndolo con el ceño fruncido por encima de la barriga redonda, se levantó con un suspiro y colocó sobre la mesa el papel, la pluma y el tintero.

En el margen superior de la primera hoja escribió la palabra «Expensae» y anotó los gastos de las últimas semanas. En la segunda hoja, anotó las recaudaciones de la parroquia, que guardaba en un pequeño cofre bajo llave. Por último, dedicó una tercera a los sucesos atípicos: la familia de forasteros que había fallecido en el camino sin haber recibido los sacramentos, la dejadez en que había encontrado la casa del párroco y el rosario siniestro hecho de huesos.

NÚRIA COMPROBÓ QUE se había quedado sola en el laberinto. Adaleda se había alejado mientras recogía plantas y ya no podía verla.

Dudó unos segundos: si decidía escapar, ya no habría vuelta atrás; su maestra no toleraría que la desobedeciera otra vez. Se orientó entre las grandes rocas, recortadas contra la telaraña de nubes altas, para asegurarse de que tomaba la dirección correcta hacia la casa de Jacina. Volvió la vista atrás por última vez y echó a correr.

Corrió lo más rápido que pudo; atravesó un prado, cruzó un arroyo de un salto y siguió corriendo cuesta abajo. Las rocas y los árboles a su alrededor se emborronaban en un torbellino de colores. Alcanzó el bosque de pino negro sin ralentizar la carrera mientras la luz se apagaba tras las copas oscuras.

Pisó unas ramas y dio unos pasos tambaleantes, pero logró mantener el equilibrio. Un cuervo graznó a su espalda. La mezcla de colores borrosos que veía a ambos lados estaba llena de sombras negras, donde le pareció entrever a los monstruos de su pesadilla. Para huir de ellos dio zancadas más largas y giros cerrados entre los árboles.

Cuando oyó al cuervo por segunda vez, desvió la mirada, pisó mal y cayó de rodillas. Sintió una punzada de dolor en una pierna y observó nerviosa a su alrededor: no percibió nada extraño en el bosque, las sombras eran solo fruto de su imaginación. Se levantó la túnica; su rodilla izquierda estaba cubierta de sangre. Las lágrimas le empañaron la vista.

Se preguntó por qué había decidido arriesgarse a escapar, y la respuesta que encontró la ayudó a recomponerse. Simplemente no podía quedarse en la cueva con Adaleda cuando sabía que tenía unos tíos que podían ofrecerle una vida mejor. Se frotó la pierna, extendiendo la sangre que resbalaba desde la rodilla. Con la otra mano se secó las lágrimas. Respiró hondo y echó a correr de nuevo.

En pocos minutos dejó atrás los pinos y se encontró atrapada entre zarzas y espinos. Con las prisas se había apartado de la ruta que conducía hacia el prado. Se subió a un pequeño montículo para mirar por encima de la maleza y a su izquierda vio una masía sobre una colina. Dedujo que no se había desviado mucho y que aquella debía de ser la casa de Jacina. Un camino ancho llevaba hasta allí, de modo que peleó contra las zarzas para alcanzarlo. El collar de amuletos se enganchó entre las espinas. Dio un último tirón.

Al fin logró liberarse y cayó sobre las marcas de roderas y herraduras del camino. Cuando se puso en pie, se topó de frente con una mula del color de la paja que avanzaba al trote. El jinete, un hombre joven con los ojos claros y una cruz de madera en el pecho,

tiró de las riendas y la miró con desconcierto y curiosidad.

Tras un segundo de parálisis, Núria reaccionó, cruzó el camino de un salto y se escondió tras unos avellanos en el lado opuesto. Miró atrás y comprobó que el hombre había desmontado y se disponía a recoger del suelo su collar de amuletos, que se había roto. Ella no se entretuvo más y echó a correr hacia la casa de Jacina a través de un campo. Tan solo un rebaño de ovejas se interponía entre ella y su objetivo.

Zigzagueó entre las ovejas a buen ritmo y, cuando ya se creía a salvo de todos los peligros, unos ladridos roncos la alertaron. Un perro enorme y lanudo se acercó a ella y gruñó, amenazante. Núria retrocedió de espaldas y una mano la agarró del hombro.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi casa?

Núria levantó la vista: tras ella aguardaba un señor alto, barbudo y serio.

—Busco a Jacina.

—¿De qué conoces tú a mi hija?

Dedujo que había encontrado al padre de su amiga; él podría ayudarla. Tragó saliva y fue directa:

—Necesito ayuda, señor. Soy amiga de Jacina y he perdido a mi familia. Al otro lado del bosque, una mujer que vive una cueva quiere retenerme con ella. Me da miedo, me engaña. Hace pociones y trucos raros. —El hombre la estudió con expresión grave, quizá no la creía—. Le hizo algo malo a mis padres y no recuerdo nada… ¡Tiene que creerme, señor!

—Te creo. Esa mujer se llama Adaleda, ¿verdad? Aquí la respetamos porque sabe curar todas las enfermedades.

¿Aquel hombre conocía a la curandera? Núria insistió, a pesar de los malos presentimientos que empezaban a invadirla:

—Sí, cura enfermedades, pero yo no quiero vivir con ella, ni aprender sus conjuros, ni ser su aprendiz. ¡Yo quiero volver con mi familia!

—Hum… Si Adaleda te ha acogido como aprendiz, te estará buscando.

—También me estarán buscando mis tíos. ¿Me ayudará a llegar hasta ellos? Por favor.

—¿Dónde están?

—No lo sé, sucedió algo, una osa nos atacó y perdí la memoria… Fue culpa de Adaleda, ella lo tramó todo, y por su culpa perdí a mis padres y a mi hermano.

Núria no sabía si aquello era cierto, pero la desesperación y la rabia la hicieron ponerse en lo peor. Sintió que las lágrimas se le acumulaban en los ojos a causa de los nervios. Para su sorpresa, el hombre asintió con frialdad.

—Ahora lo entiendo. Ella no tuvo la culpa, tus padres murieron a causa del ataque de un oso, yo mismo los encontré. Y no deberías desobedecerla y salir tú sola del laberinto. Ven, te llevaré de vuelta a la cueva.

Núria no pudo contener más las lágrimas, que le resbalaron por las mejillas y cayeron sobre su túnica gris. El hombre la condujo hasta un establo en el que aguardaba un burro, y entonces cayó en la cuenta de que se trataba del señor que guiaba a los enfermos hasta la cueva. ¡Qué ilusa había sido! El padre de Jacina era un aliado de Adaleda y no iba a ayudarla. Miró alrededor en vano, con la esperanza de ver a los niños. El hombre la levantó en volandas y la subió al burro, asió las riendas y tomaron un sendero hacia el bosque.

Núria enredó los dedos en las crines castañas mientras lloraba en silencio. Sin ayuda de un adulto y sin conocer el paradero de sus tíos, las oportunidades de regresar a su vida anterior se desvanecían. Debía resignarse a la soledad de la cueva y a la severidad de la curandera. ¿Qué castigo le impondría por haberla desobedecido otra vez?

ADALEDA LANZÓ LAS runas sobre la mesa con desesperación. Los símbolos eran confusos, no le desvelaban nada sobre el paradero de Núria. Gruñó a causa de la decepción; se sentía una inútil. No había sido capaz de retener a la niña a su lado y se preguntó en qué se había equivocado. Estaba casi segura de que era la aprendiz que había estado esperando, pues había superado la prueba de los espectros. Además, había llegado hasta ella de una forma extraordinaria y ella no creía en las casualidades.

Todo comenzó con el eclipse de Luna en otoño, y poco después vio los presagios en las estrellas, junto a la constelación de la Osa Mayor. En la primera semana de invierno, apareció una osa merodeando por la zona y Adaleda enseguida interpretó que se trataba de una emisaria del destino. La atrajo hacia el laberinto mediante miel mezclada con hierbas estimulantes para evitar que entrara en una hibernación profunda, y la retuvo allí durante el invierno ofreciéndole carne aderezada con más hierbas. Realizó conjuros, invocó a los espíritus de la suerte y el cambio, y luego sucedió la masacre.

No podía evitar sentir una punzada de culpa por las tres vidas perdidas de golpe, pero se consolaba al pensar que formaba parte de un plan que la trascendía a ella y a todos los demás: debía transmitir los conocimientos ancestrales a la niña que había sobrevivido. Sin embargo, Núria la había abandonado. ¿Qué había fallado?

Unos ruidos en el exterior de la cueva la sacaron de sus pensamientos. Dos sombras cubrieron la claridad de la entrada y,

cuando se acercaron a la luz de la hoguera, comprobó que se trataba de Arnau y Núria.

Dejó ir el aire que había retenido en los pulmones.

—Menos mal que la has encontrado. Gracias por traerla de vuelta, temía no recuperarla.

—Ha llegado hasta mi casa. ¿Es tu nueva aprendiz?

—Sí, su familia murió hace unas semanas por…

—Ya, por el ataque del oso, me lo ha contado. Pretendía escapar para ir a buscar a su familia.

Adaleda sacudió la cabeza; la pequeña seguía aferrada a su vida anterior. Quizá el origen de tantos disgustos radicaba en que no había hecho bien el conjuro del nuevo comienzo. Se agachó junto a ella.

—Núria, ¿aún no me crees cuando te digo que tu familia falleció?

—No todos —repuso esta con los ojos enrojecidos y la voz rasgada—. En el sueño vi a mis tíos, sé que ellos pueden cuidar de mí.

—¿En el sueño? ¿El de los espectros? —Núria asintió—. ¿Me mentiste sobre lo que habías visto en el sueño? No puedo hacer nada contigo si no confías en mí.

—Tienes que vigilarla mejor —interrumpió Arnau—. Ha llegado hasta la aldea y sabe demasiado. Incluso ha conocido a mi hija. Esto no puede seguir así.

Adaleda se incorporó y se encaró con él. Tenía parte de razón, aunque no estaba dispuesta a admitirlo.

—Tiene que aprender a moverse sola por el laberinto para recoger hierbas. No puedo vigilarla en todo momento.

—¡Pues aplícale más disciplina! No puede ser que no confíes en tu propia aprendiz, ni que mis hijos se vean metidos en esto. Solo son niños, no saben mantener la discreción.

—Pues igual que Núria, ella también es una niña. —Adaleda apretó la mandíbula—. Y lo hago lo mejor que sé. ¡No vengas aquí a darme lecciones!

Se volvió y deambuló nerviosa por la cueva. El hombre suspiró y habló de forma más calmada:

—¿Qué pasará si los tíos de Núria llegan a Melers y hacen preguntas? El sacerdote nuevo lo vio todo.

—Lo sé, Elisa me lo dijo. Pero sus parientes provenían de lejos, es poco probable que lleguen hasta aquí.

—Es muy arriesgado, ¿merece la pena que te quedes a la niña? Cada vez que traigo a un enfermo a la cueva, pongo en peligro a mi familia.

—Y también te llevas un beneficio, ¿verdad? ¿O podrías mantener a tus cuatro hijos solo con la venta de lana y miel, sin las monedas que ganas con cada visita? Todos compartimos el riesgo. Y la que más se arriesga soy yo solo por ser quien soy.

—Pues dime cómo vas a solucionar esto. —Arnau mostró las palmas

de las manos en un gesto de desaprobación.

Adaleda se dirigió de nuevo a su aprendiz.

—¿Recuerdas dónde viven tus tíos? —La niña negó con la cabeza—. Si tú no lo recuerdas, los demás no podemos ayudarte. Nadie sabe dónde encontrarlos. Núria, eres huérfana y estás sola, y yo te ofrezco un hogar. ¿Tan horrible es vivir conmigo? No tienes otro lugar adonde ir, lo entiendes, ¿verdad? Es tu destino.

La pequeña sollozó y se secó las lágrimas con la manga. Parecía rendida, sin fuerzas para seguir luchando.

—De acuerdo, me quedaré. Y aprenderé lo que me enseñes.

—Y debes ser sincera conmigo.

—Lo prometo, no te mentiré más.

Arnau gruñó.

—Si se vuelve a escapar y se encuentra con desconocidos… Sabe demasiado, Adaleda.

—No me volveré a escapar. Yo tan solo quería jugar un rato con Jacina.

—Nada de juegos —le advirtió Arnau con un ademán cortante—. Mis hijos no deben relacionarse contigo. Nunca se sabe si se irán de la lengua, es peligroso para ellos y para todos.

Adaleda bufó a causa de la ironía y se colocó detrás de Núria con actitud protectora.

—Primero me acusas de que no puedo confiar en mi aprendiz, y ahora resulta que tú no confías en tus propios hijos. Sé que es algo pronto, pero en algún momento se enterarán de lo que sucede aquí.

Arnau la miró desafiante y con el ceño fruncido. Luego se dirigió a Núria con un dedo acusador.

—Te estaré vigilando.

Salió de la cueva y Adaleda se arrodilló frente a la niña. Unos sollozos silenciosos, parecidos al hipo, le entrecortaban la respiración y le sacudían el pecho. La rodeó con un brazo, al principio insegura ante un gesto tan desacostumbrado en ella. Núria respondió al abrazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Me perdonas? —preguntó en un susurro.

—Claro que sí. Me he enfadado porque me preocupo por ti. Menos mal que no te ha pasado nada malo.

Capítulo 7

FELIU SE SENTÓ en la butaca que le ofrecía el padre Jeroni junto a la chimenea. Una mujer mayor de mejillas sonrosadas y regordetas les sirvió cerveza y ciruelas pasas.

—Bueno, ¿cómo está nuestro obispo? —preguntó el párroco de Dorres—. La última vez que lo vi empezaban a pesarle los años.

—La verdad es que no se encontraba en buena forma. Me preguntó por mi asignación y por los ingresos de Melers.

—Siempre está más pendiente del dinero que de cualquier otro asunto. ¿Verdad que te dijo que en Dorres no recaudamos suficiente?

—Sí. —Feliu sonrió por encima del vaso—. De hecho, me pidió que te ayudara a llevar las cuentas.

—Pfff —bufó Jeroni, meneando la cabeza—. Te lo dije. Como si yo no supiera contar el dinero de mi parroquia. Los peregrinos donan lo que buenamente pueden. ¡No voy a exigirles más!

Feliu no insistió, ya pensaría más adelante cómo satisfacer al obispo con las cuentas de Dorres sin ofender a Jeroni.

—Tiene un secretario joven que se ve muy… entusiasta.

—No lo conozco, debe de ser nuevo.

—Habló de herejes y de brujas en esta zona.

—Cuentos y chismes. A la gente le gusta inventar ese tipo de historias para entretener a los forasteros y asustar a los niños. —Se hurgó en una oreja con el meñique.

—¿Sabes si hay gente por aquí que viva en los bosques?

—¿Por qué lo dices?

—Cuando cabalgaba hacia aquí me he encontrado con una niña que ha cruzado el camino a toda prisa, y tenía un aspecto… harapiento. —Feliu lo pensó mejor. Recordó la túnica demasiado ancha, el collar extraño y el desamparo que captó en su mirada—. No, no era harapiento, porque no parecía pobre. Aunque tenía una apariencia rara, desaliñada. No la había visto antes por Melers, estoy seguro de que no pertenece a mi parroquia.

—¿Una niña? Vaya, parece que atraes los incidentes. Cuando llegaste, el ataque del oso. Y ahora, la niña.

Se quedaron en silencio observando la chimenea. Jeroni entrelazó los dedos y apoyó los codos en los brazos de la butaca. Habló sin apartar la mirada de las llamas:

—Si buscas a gente que viva en los bosques, los encontrarás, aquí igual que en todas partes. Y si te empeñas en buscar herejías, también las encontrarás. Nadie es un santo, todo el mundo tiene sus secretos, ¿sabes? Lo que deberías preguntarte es si quieres dedicarte a descubrirlos.

DE REGRESO A Melers, Feliu dejó a la mula en el establo y se dirigió al huerto trasero. No estaba prosperando como debería: el sembrado se había congelado nada más emerger de la tierra. Se agachó y examinó una de las plantas: las hojas grises y secas se rompían al mínimo roce.

Oyó movimiento en el huerto del vecino y se asomó por encima del muro. Vio al miembro más anciano de la familia caminar entre sus hileras de pequeñas plantas verdes y sanas, con una azada apoyada sobre el hombro. Feliu levantó un brazo y lo saludó por su nombre, con la intención de pedirle consejo sobre los cuidados del huerto. Pero el anciano, después de dirigirle una sonrisa breve, pasó de largo y se metió en el granero. No parecía tener ganas de conversar.

El sacerdote se dirigió a la cocina y, tras observar la despensa un rato, decidió no complicarse y se sirvió la misma cena de cada noche: queso, pan y vino. Mientras comía en el salón, solo escuchaba el ruido que hacía él mismo al masticar. Para entretenerse, hojeó los papeles que enviaría al obispo Despés y repasó lo que había escrito hasta entonces. Pensó que el encuentro con la niña en el camino había sido un incidente inusual, y lo anotó.

DURANTE LAS SEMANAS que siguieron a su intento de huida, Núria se esforzó cuanto pudo en complacer a Adaleda. Su maestra la tenía ocupada de sol a sol, pues con la primavera había llegado la época más ajetreada del año. Cada día memorizaba el nombre de varias plantas, aprendía dónde recogerlas y cómo conservarlas. Cuando llegaban enfermos, Adaleda le permitía colaborar con algunas tareas sencillas, como derretir cera o triturar raíces. Y por las noches se metía en la cama agotada. Cada vez sentía menos el vacío de la vida pasada que no era capaz de recordar.

Una noche de mayo, Arnau las despertó de madrugada a causa de una urgencia. Había llevado a una mujer y a su hijo guiándolos a través del laberinto tan solo con la luz de una antorcha. El niño, de unos tres años, respiraba con dificultad, como si tuviera los pulmones obstruidos. Parecía que cada inspiración le costaba un gran esfuerzo y

apretaba los ojos en una mueca de sufrimiento. La madre lo cambiaba de posición continuamente en sus brazos, desesperada al no poder ayudarlo. Por primera vez, Núria temió por la vida de un enfermo; presintió que iba a morir allí mismo si no actuaban deprisa.

Adaleda buscó un remedio en el Legado y, siguiendo sus instrucciones, Núria molió semillas de beleño negro y las mezcló con hojas de saúco y raíz de pimpinela. Apenas estuvo lista la mezcla, su maestra introdujo las hierbas en la cazoleta de una pipa y la prendió. Dio unas bocanadas y un humo denso y blanco se extendió por la cueva.

Luego se acercó al niño e intentó encararlo hacia ella. El pequeño se revolvió en los brazos de su madre y escondió la cara. Las dos mujeres forcejearon para colocarlo de frente, pero estaba muy asustado. Empezó a emitir un silbido agónico con cada aspiración y su piel adoptó un color morado. Tras unos minutos de forcejeo, la curandera dio un paso atrás y se llevó la mano al collar de amuletos. Se dirigió a Núria con el ceño fruncido.

—Prueba tú, a mí me tiene miedo. Contigo quizá se tranquilice —le dijo, y le tendió la pipa.

La niña se quedó parada en medio del humo blanco con la pipa en las manos. No sabía qué tenía que hacer, nunca había tratado directamente a un enfermo. Adaleda le acercó el libro abierto y señaló el último párrafo de la página.

—Aspira el humo y exhala hacia el niño mientras pronuncias el conjuro.

Núria leyó los versos en voz baja.

—¿Lo he dicho bien?

Adaleda asintió y, con un suave empujón en la espalda, la apremió a acercarse al enfermo. Núria le tocó con suavidad un hombro para tratar de tranquilizarlo. Él la observó de reojo, con la cara aún medio escondida en el escote de su madre, pero al menos había dejado de retorcerse.

Núria aspiró el humo de la pipa, se inclinó hacia el pequeño y recitó el conjuro, y él cerró los ojos. Aspiró una segunda bocanada y esa vez sintió que le cabía más humo en los pulmones. Pronunció la segunda parte del conjuro. Percibió paz y serenidad en las palabras e intentó transmitírselas al niño a través del contacto de la mano. Poco a poco, la respiración del pequeño se volvió más fluida.

Miró a su maestra esperando instrucciones y ella le indicó con gestos que lo repitiera. Con la tercera bocanada de humo, la calma se extendió por todo el ambiente y el tiempo se ralentizó, como si la cueva se sumergiera en las aguas tranquilas de un lago.

Cuando terminó el conjuro, el niño se había quedado medio dormido. Núria le retiró la mano del hombro y flexionó los dedos. Un

pulso de calor le erizó el vello y le recorrió el brazo hasta la espalda. El niño respiraba con normalidad; el remedio había funcionado.

La mujer acunó a su hijo en brazos. Luego la miró con los ojos brillantes; parecía a punto de echarse a llorar a causa del alivio. A Núria le asombró que alguien tan insignificante como ella fuera capaz de salvar la vida de un niño y de provocar esa emoción tan fuerte en su madre.

—Ha funcionado… —dijo en un susurro—. No sé cómo agradecértelo, habíamos visitado a varios médicos y cirujanos en Llívia y Puigcerdà. Ninguno había conseguido curarlo… Gracias, muchas gracias.

Núria sonrió con timidez. Aún sentía en el brazo el pulso latente de calor, y se preguntó si habría algo de cierto en las lecciones extrañas de Adaleda, y si ella realmente poseía el don especial que su maestra esperaba encontrar.

La mujer sacó del bolsillo una pequeña caja de madera labrada y con incrustaciones de nácar. Parecía un joyero antiguo, una de esas pertenencias preciadas que se transmiten de madre a hija en las familias humildes.

—Siento no tener nada más valioso que dejaros. ¿Aceptáis esto como pago?

—Por supuesto —respondió Adaleda—. Cualquier cosa que esté a vuestro alcance es suficiente.

La acompañaron a la salida y se despidieron en voz baja para no despertar al niño. Los rayos del sol empezaban a emerger sobre las montañas.

De vuelta al interior de la cueva, su maestra le sonrió y entre las dos recogieron los utensilios y los ingredientes que habían utilizado.

ADALEDA VACIÓ LA cazoleta de la pipa aún con la sonrisa en los labios. No podía estar más orgullosa de su nueva aprendiz. Las semanas anteriores había sido demasiado cautelosa a la hora de asignarle tareas complejas; la niña tan solo había necesitado un poco de confianza por su parte para demostrar que era una sanadora muy capaz.

—¿Has oído lo que ha dicho la madre, Núria? Habían acudido a médicos y cirujanos, y ninguno de ellos había logrado curarlo. En cambio, tú sí que lo has conseguido.

Núria fregó un cazo y lo sumergió en el cubo del agua limpia.

—¿Por qué? ¿Los médicos no tienen beleño negro?

—Usan otros remedios, ninguno tan eficaz como los nuestros.

—¿Y por qué no les enseñamos? En vez de guardarnos nuestras

recetas… ¿Por qué no les explicamos lo que funciona? Así podrían curar a más gente.

Aquella reflexión dejó a Adaleda perpleja durante unos instantes. Luego comprendió que la niña no conocía el origen del Legado ni las persecuciones del pasado, y que pensaba así debido a su inocencia.

—Ven, Núria, deja lo que estás haciendo. Te explicaré una cosa importante: no podemos compartir lo que sabemos con los demás por muchos motivos, y quiero que los entiendas. —Abrió el Legado sobre la mesa y buscó las páginas que explicaban la historia de sus predecesoras. Le señaló unos dibujos de mujeres que sostenían estrellas en las manos y que se bañaban en fuentes y ríos—. Mira: estas son las curanderas que descubrieron los remedios que utilizamos. Vivieron hace muchísimos años en los valles de los Pirineos, y durante generaciones probaron centenares de plantas, crearon las recetas y las transmitieron. Vivían en pequeñas comunidades y se juntaban varias veces al año, en los solsticios y equinoccios. Se solían reunir en las fuentes de aguas curativas y calientes que brotan de las montañas.

—¿No vivían solas, como nosotras? —Núria se sentó sobre las rodillas de Adaleda y pasó las yemas de los dedos por los dibujos.

—No, podían vivir juntas porque aún no tenían que esconderse; nadie las perseguía. De hecho, la gente las respetaba y acudía a ellas a menudo. Y acogían como aprendices a las niñas huérfanas, como tú, o abandonadas por sus familias, como yo.

—No sabía que tu familia te había abandonado.

—Sí, fue a causa de mi pelo blanco y mi aspecto extraño. Me crio mi maestra, Gisela.

Adaleda pasó por alto los párrafos dedicados al conjuro del nuevo comienzo; Núria no estaba preparada para comprender la necesidad de aquel ritual. Pasó la página y continuó con el siguiente episodio de la historia.

—Sin embargo, hace unos cien años un temblor muy fuerte sacudió la tierra y derrumbó iglesias y casas, lo que provocó la muerte de muchas personas. Algunos empezaron a culpar a las curanderas que vivían al margen de las costumbres cristianas, así que las persiguieron con la intención de encarcelarlas y colgarlas en la horca. Algunas murieron; la mayoría huyeron lejos o se ocultaron. Solo unas pocas sobrevivieron escondidas y reunieron todo su conocimiento en este manuscrito, para que no se perdiera. Ellas fueron las predecesoras de mi maestra.

—¿Las curanderas tuvieron la culpa del temblor?

—No, claro que no. Pero el pueblo volcó su ira sobre ellas porque eran diferentes y estaban indefensas. A veces el simple hecho de ser distinto te convierte en una persona odiada. Los demás no te comprenden y te perciben como un desafío hacia su forma de vivir y

sus creencias. Ese odio aún existe: cuando era pequeña, quemaron mi casa y tuve que huir al laberinto. Desde entonces he vivido aquí, escondida. ¿Entiendes ahora por qué no podemos contarle a los demás lo que sabemos? No nos escucharían ni nos creerían. Los médicos y cirujanos no comprenden nuestra manera de curar y la menosprecian, y debemos ocultarla. Por esa razón las recetas están escritas en una lengua diferente y se basan en una simbología difícil de interpretar. Solo nosotras, que tenemos unas habilidades especiales, podemos entenderlas.

—¿Y qué pasó con las demás sanadoras? Las que se marcharon o se escondieron. ¿No podríamos buscarlas y vivir con ellas?

—No sé siquiera si aún existen y sería arriesgado intentar averiguarlo. Tú y yo somos las únicas herederas del Legado que quedan y las que custodiamos el manuscrito que contiene todo el saber antiguo.

Núria se levantó y continuó fregando los utensilios con una postura cabizbaja.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Adaleda.

Núria se encogió de hombros.

—Me gustaría tener una amiga y jugar con otros niños. Salir de vez en cuando del laberinto.

Adaleda recordó lo sola que se había sentido la primera noche que pasó en la cueva; Núria tenía la misma edad que ella cuando ocurrió la tragedia.

—Bueno, si te portas bien y me demuestras que puedo confiar en ti, podrás ir a jugar de vez en cuando con los hijos de Arnau.

—Él me dijo que no podía ir con ellos.

—Tú deja eso en mis manos, ya lo convenceré. Además, no siempre estaremos solas. Está Elisa y también nos visitan algunas curanderas ambulantes en verano, por el solsticio. Vienen a recoger hierbas y nos reunimos durante unos días.

En el rostro de la niña apareció una tímida sonrisa que consiguió aplacar el remordimiento que había crecido en la conciencia de la curandera.

—Pero deberás ser cuidadosa con los forasteros —le advirtió—. Y también con el cura que ha llegado hace poco a la aldea. Tienes que esconderte de los desconocidos, es muy importante.

Núria asintió, agarró un trapo y secó los utensilios limpios. Cuando acabó la tarea, le habló con timidez:

—Antes, cuando estaba soplando el humo de la pipa, he sentido una especie de calor en la mano y en el brazo. Aún lo noto. —Se frotó el brazo derecho.

—Es el poder de la curación, es buena señal que lo hayas sentido. Le has salvado la vida, Núria, solo tú podías hacerlo. —Adaleda levantó

la cajita de madera y nácar que les había dejado la madre—. Este ha sido tu primer pago por curar a un enfermo. Consérvalo, te traerá suerte.

La chiquilla le dio vueltas al joyero entre las manos, examinándolo.

—¿Me dejarás tratar a más enfermos? —preguntó de repente con los ojos muy abiertos—. Si lo he hecho bien esta vez, puedo aprender más remedios y ayudar a otros niños.

Adaleda soltó una risita.

—Poco a poco. Aún te queda mucho por aprender.

Segunda parte

MARZO - AGOSTO 1527

Trompeta del olvido

Conocida también como trompeta del diablo, es una enredadera delicada que crece al abrigo del frío. Las hojas dentadas y las flores vistosas sirven de aviso para los incautos de su carácter peligroso, pues puede causar pérdida de consciencia y confusión de pensamiento. Cultivada desde tiempos remotos, induce un sueño profundo y un despertar sereno, sin sufrimiento ni recuerdos.

Capítulo 8

Cinco años después

CLIMENT CRUZÓ EL patio del palacio episcopal en dirección a las cocinas. Supervisar la preparación del almuerzo para los invitados no estaba entre las tareas del secretario del obispo, pero a él le gustaba demostrar que era capaz de asumir más responsabilidades. Todo el palacio hervía de actividad por el funeral que tendría lugar esa mañana.

El humo de los fogones y el vapor de las ollas caldeaban el ambiente de la cocina. El cocinero jefe estaba cortando trozos de pescado en salazón. Le agradaba ese sirviente: era un hombre competente y eficaz. Además, en los seis años que Climent llevaba en el palacio, siempre se había dirigido a él con deferencia.

—David, el almuerzo debe estar listo a la una del mediodía, sin demoras.

El cocinero se limpió las manos en el delantal y realizó una reverencia respetuosa.

—Buenos días, padre Climent. Sí, estará todo preparado a tiempo.

—Y hemos recibido dos visitas imprevistas. En total serán veinticuatro comensales.

—No se preocupe, habrá comida suficiente.

El joven asintió satisfecho y recorrió la estancia con la mirada. Varios ayudantes de cocina estaban ocupados con las carnes asadas y otros con los postres. No habían escatimado en gastos: el obispado quedaría en buen lugar con los cargos eclesiásticos que asistirían al funeral.

Salió de las cocinas y se encaminó a la catedral. Mientras cruzaba el claustro, repicaron las campanas que anunciaban las nueve. Apretó el paso, quería estar en la sacristía antes de que llegara el obispo Despés para ayudarlo a prepararse. Al entrar en la sala constató que Alfonso, el tesorero, ya estaba allí. Climent se ofreció para supervisar la colocación de los ornamentos en el altar.

—No, no hace falta. ¿No ves que ya tengo un ayudante? —respondió Alfonso.

—Pero hoy tiene que estar todo perfecto —dijo, evaluando con la mirada al novicio que ayudaba al hombre. El niño salió de la sacristía

sujetando un candelabro dorado más alto que él, arqueando la espalda a causa del peso.

—Y lo estará, como siempre. No nos hace falta tu supervisión para hacer bien nuestro trabajo —replicó el tesorero con aires de arrogancia.

Climent lo aborrecía. Era lento, viejo y mediocre. Le faltaba eficacia y le sobraba autocomplacencia. Y era el sucesor natural para el cargo que acababa de quedar vacante tras la muerte del arcediano, el que él quería conseguir.

Aguardó de pie en la sacristía mientras el novicio sacaba más ornamentos dorados de los baúles. Uno a uno, llegaron los demás miembros del clero de La Seu, quienes formaron pequeños grupos y empezaron a conversar entre ellos. Al fin llegó el obispo, con su caminar pesado, y Climent realizó una leve reverencia ante él.

—Excelencia, acabo de revisar el trabajo en las cocinas. El almuerzo se servirá sin contratiempos para los veinticuatro comensales.

—Bien, bien —murmuró el obispo, y abrió el armario donde guardaba la casulla. Él la cogió y se la colocó sobre los hombros.

Alfonso los miró de reojo y se unió a uno de los corrillos de sacerdotes.

—Menos mal que está aquí Climent —susurró el tesorero lo bastante alto para que lo oyeran todos—. No sé cómo ha funcionado la diócesis los últimos años, antes de tener a un secretario omnipresente.

Los demás le rieron el comentario y Climent volvió la cara hacia otro lado, como si no lo hubiera escuchado.

Alfonso no lo consideraba un rival serio para el cargo de arcediano. Climent era joven, y aun así había demostrado que era muy capaz y que no le daba pereza el trabajo exigente. El obispo lo tenía en buena estima, aunque su aprecio por sí solo no sería suficiente para justificar su elección. Desde la muerte del anterior arcediano, el padre Ponç, Climent había estado pensando en una estrategia para postularse como candidato. El arcediano era el segundo en la cadena de mando de la diócesis y, entre otras funciones, el responsable de administrar las parroquias periféricas. Climent se sentía más capacitado que Alfonso, pero debía demostrarlo.

Las campanadas anunciaron el inicio de la misa y todos los sacerdotes siguieron en procesión al obispo hacia la nave de la catedral. El ataúd del fallecido dominaba el altar y los feligreses llenaban los bancos. En la penumbra tan solo destacaban las joyas de la nobleza y de los dignatarios de la Iglesia, que destellaban a la luz de las velas. El resto era una masa oscura de rostros irreconocibles.

El obispo ofició la misa con voz ronca y cansada. Durante el funeral, Climent estuvo dándole vueltas al asunto de la sucesión. Era consciente de que se encontraba en un momento clave de su vida. Si

conseguía el cargo a los veinticinco años, sería el arcediano más joven de los últimos tres siglos, lo había consultado. Y gracias a ese comienzo temprano en un puesto de poder, podría llegar muy alto en la jerarquía de la Iglesia.

Después de misa, Climent se vio obligado a ausentarse del besamanos junto al obispo. Tal y como le había prometido a su madre, debían encontrarse en la escalinata de la catedral. Ella le había escrito varias cartas insistiendo en que se vieran y no le había quedado más remedio que acceder. Esperaba resolver el asunto familiar en pocos minutos; se estaba perdiendo las atenciones protocolarias dedicadas a los invitados importantes. En cambio, las conversaciones con su madre siempre eran del todo intrascendentes, pues pasaba la mayor parte del tiempo elogiando a su hermano mellizo.

La halló entre la muchedumbre, aún vestida de luto, aunque hacía ya ocho años de la muerte de su esposo. Estaba nevando y los copos blancos se acumulaban en los pliegues de su capa negra. Ella lo saludó, lo cogió del brazo y empezó a caminar.

—Madre, hoy no tengo tiempo de dar un paseo.

—Si no hablamos desde Navidad. Nunca tienes tiempo.

—Hoy es un día importante. Creo que tengo posibilidades de conseguir el cargo de arcediano, y para eso debo aprovechar los momentos cruciales junto al obispo, como en este caso.

—Hijo, siempre tienes tantas ambiciones… ¿Recibes mis cartas? Solo contestaste a una de ellas. Tu hermano quiere que visites el nuevo palacio.

—Por lo que me han dicho, es una casa de tres plantas y ocho habitaciones, no un palacio.

—¡Pero lo parece! Por fin hemos podido abandonar el antiguo castillo, tan frío y oscuro. Tu hermano ha hecho un gran trabajo para poner en valor el apellido Ferrer y el título de la familia.

—Yo también pondré en valor nuestro apellido si consigo un nombramiento ilustre en la Iglesia.

—No es lo mismo. Tú esfuérzate por ser un buen sacerdote, culto y devoto. Así servirás bien a la familia. —Su madre le tironeó del brazo y anduvieron en dirección al centro de La Seu—. Jaume contrató a un escultor excelente para los capiteles de las ventanas. Los vio Eugènia en una visita que nos hizo, ya sabes, la prima del conde, y dijo que eran incluso mejores que los del castillo de Montclar.

Su madre continuó hablando de la nueva residencia mientras caminaban tan despacio entre la gente que Climent se exasperaba. Ella nunca se interesaba demasiado por sus logros, solo tenía ojos para su primogénito. Siempre había sido así, desde que eran pequeños. No importó que él demostrara una y otra vez que era mucho más inteligente que Jaume; el papel que debían desempeñar ambos en la

vida se decidió según el orden de nacimiento, con solo unos minutos de diferencia entre ambos niños. Y sus padres eligieron los nombres de sus hijos según las expectativas que tenían para ellos: Jaume llevaba el nombre de antiguos reyes y conquistadores, líderes de reconocido valor, mientras que el nombre asignado a Climent significaba que la única virtud que se esperaba de él era la clemencia.

En el primer cruce de calles, Climent tiró del brazo de su madre para cambiar de dirección y regresar a la catedral. Presentía que se estaba perdiendo conversaciones clave, y, sin duda, Alfonso estaría aprovechando su ausencia para ganar adeptos. Sin embargo, mientras pensaba con rabia en el tesorero, se sorprendió al verlo en el concurrido callejón. Había salido del semisótano de una casa y se dirigía de vuelta al palacio con un paquete bajo el brazo. Climent estiró el cuello para asegurarse de que se trataba del tesorero. No podía ser otro: la cabeza en forma de huevo y el caminar patizambo lo delataban.

Avanzó por el callejón del brazo de su madre y, al pasar frente al local del que había salido Alfonso, se detuvo para estudiarlo. Una joven aguardaba tras un mostrador en el que se exponían ramilletes de hierbas y algunas artesanías.

—¿Qué pasa, hijo? —le preguntó su madre.

—Nada —mintió—. No me había fijado en este sitio antes. ¿Qué crees que venden aquí?

En el exterior de la tienda no había ningún cartel ni indicación.

—Será mejor que no te relacionen con lugares como este. —Su madre frunció los labios.

—¿Por qué?

—Se parece al negocio de la vieja de los cuervos de Eroles. ¿La recuerdas?

—Sí, me acuerdo de la vieja. Decían que criaba cuervos en el desván.

—Pues el año pasado el alguacil la expulsó del condado por orden del párroco. Realizaba ritos de adivinación e invocaciones de espíritus paganos que camuflaba detrás de un negocio de hierbas curativas. La acusaron de brujería y de ofrecer pócimas para que las mujeres encintas pudieran deshacerse de sus hijos. —Se santiguó mientras hablaba.

—Interesante… —Echó a andar de nuevo, pensativo.

—Tu hermano siempre se mantiene alerta en esos asuntos. Ha encargado a uno de sus hombres de confianza que lo informe de cualquier sospecha de herejía en sus tierras. Jaume mantiene una buena relación con los párrocos de nuestros dominios, siempre ha estado muy atento…

Climent ya no escuchaba. Había empezado a maquinar una

estrategia contra Alfonso. El asunto que acababa de descubrir abría posibilidades prometedoras. Sabía que, si acusaba directamente al tesorero de tratar con brujas ante el obispo, sus intenciones quedarían expuestas y no daría resultado; todos pensarían que lo decía solo por pura ambición. Debía ser más sutil, igual que cuando jugaba al ajedrez.

Recordaba todas las lecciones que había aprendido cuando era niño frente al tablero, con su tutor. Perdió por última vez a los doce años, y desde entonces no había encontrado ningún rival capaz de vencerlo. Tanto en el ajedrez como en la vida, sabía cómo obtener la victoria: debía camuflar sus planes, disponer con sigilo las piezas adecuadas y anunciar el jaque de forma inesperada.

Un plan tomó forma en su cabeza. Para desacreditar a Alfonso, tenía que sembrar indicios de su supuesta relación con una mujer sospechosa de brujería. Se valdría de algunos miembros de la diócesis que harían llegar las sospechas al obispo, pero debía escogerlos bien. Si aprovechaba las flaquezas y faltas que conocía de cada uno de ellos, conseguiría que actuaran según sus intereses.

DESPUÉS DE DESPEDIRSE de su madre, se dirigió sin demora al almacén del palacio episcopal. Esperaba encontrar allí al despensero, y así fue: en la penumbra del sótano vio la abultada barriga del capellán, que estaba subido a una escalera mientras descolgaba un jamón.

—Padre Antoni, ¿falta algo para el banquete? —preguntó Climent.

—No, que yo sepa. Ya está todo en las cocinas, o de camino hacia allí —respondió el despensero, mientras se limpiaba las manos con un trapo grasiento—. ¿Por qué lo pregunta?

—Vengo del pasaje de Santa Maria y he visto al padre Alfonso comprar un paquete de hierbas o especias, y me ha parecido inusual. He pensado que quizá se trata de algún ingrediente que falta para el almuerzo.

—Pues no me ha dicho nada. Creía que Alfonso estaría con el obispo.

—Sí, yo también. Le preguntaré cuando lo vea. O, si lo encuentras tú, intenta aclararlo. No vaya a ser que luego no cuadren las cuentas y falten cosas en el inventario.

El año anterior, el despensero había robado algunos fiambres para sus familiares y Climent había sido testigo de la reprimenda que había recibido. Desde entonces, el obispo revisaba las cuentas y el inventario de los alimentos escrupulosamente, y lo amenazaba con castigos severos si echaba en falta algo.

Tal como esperaba, el despensero se apresuró a defenderse:

—Por supuesto, le preguntaré a Alfonso. Siempre anoto en el cuaderno todo lo que compramos y lo que sale de la despensa, como me ordenó el obispo.

—Perfecto, dejo el asunto en tus manos.

EL ALMUERZO PARA honrar al difunto arcediano discurrió en el solemne salón de audiencias. Climent se llevaba a la boca pequeñas porciones de carne y pescado mientras examinaba a los demás comensales y repasaba mentalmente el nombre y el cargo de todos ellos. Los platos eran tan abundantes que los apartaba sin terminarlos; no quería comer demasiado y sentirse aletargado esa tarde.

Después de que retiraran los restos de los postres, se dirigió a la botica del palacio, una habitación minúscula situada junto a los establos. Antes de llamar a la puerta, se colocó la mano sobre la barriga para simular ardores de estómago.

El boticario, un hombre maduro y culto, contratado por el obispo, cerró el libro que estaba leyendo. Climent le explicó que la comida no le había sentado bien y el hombre le preparó una tisana.

—Estos almuerzos hacen más mal que bien, sobre todo para los que estáis acostumbrados a comer con moderación —le dijo, mientras añadía dos cucharadas de unos polvos en una taza.

—Estoy de acuerdo. Seguro que recibirá la visita de otros sacerdotes esta tarde; es un alivio que podamos disponer de sus servicios aquí, en el palacio. —Climent bebió la tisana a sorbos—. ¿El padre Alfonso ha acudido a usted últimamente?

—No, al menos en las últimas semanas. ¿Por qué lo pregunta?

—Por lo que he oído, no está muy satisfecho con los medicamentos de esta oficina. Se rumorea que compra sus hierbas en un local del pasaje de Santa Maria. Me sabría mal que utilizara su influencia para cerrar la botica, a mí siempre me han aliviado las medicinas que nos prepara usted.

El boticario se quedó mudo unos segundos, con una arruga en el entrecejo.

—No sospechaba algo así. ¿Y sabe si es el único, o hay otros miembros del clero que no estén contentos con mi trabajo?

—No lo sé, yo de usted preguntaría al obispo. Al fin y al cabo, es él quien tiene la última palabra.

UNOS DÍAS DESPUÉS, Climent halló la oportunidad que estaba esperando

para llevar a cabo el siguiente movimiento de su plan. Le había propuesto al padre Robert jugar una partida de ajedrez, alegando que habían pasado varias semanas desde la última, y este había aceptado. Robert era el capellán de la pequeña iglesia de La Coma, en las afueras de La Seu, pero vivía en el palacio episcopal y solía pasar las tardes en la sala de la gran chimenea. Climent siempre ganaba las partidas y no había tardado en descubrir que su oponente estaba más interesado en intercambiar información palaciega que en el juego en sí.

—Cuánta nieve está cayendo este invierno, ¿eh? —dijo Robert mientras mantenía un alfil suspendido encima del tablero sin decidir dónde dejarlo—. La nieve de detrás de la iglesia de la Coma ya llega hasta la ventana. En toda mi vida había visto algo así.

Colocó la pieza en una casilla y empezó a morderse las uñas.

—Cierto, cada día tengo que asegurarme de que retiran la nieve del patio —respondió Climent. Avanzó una de sus torres y se recostó en la butaca.

—¿Alguna novedad por palacio? —preguntó el otro con tono distraído.

—Te explicaría las maniobras de algunos para optar al cargo de arcediano, aunque supongo que eso no te interesa. —Climent torció los labios en una mueca.

—Y supones bien.

—Hay una moza nueva en las cocinas. —Él sabía que no lo era, pero quería orientar la conversación hacia ese tema.

—¿Otra más? —Robert desvió su atención del juego.

—¿Ya habías visto a la jovencita de pelo rizado?

—Sí, llegó hace un mes, no es nueva. Y ya me he enterado de varios asuntos que se trae entre manos… ¡y entre piernas! Va caldeando los rincones del sótano con el encargado de los establos.

Robert sonrió con lascivia. Le gustaba entrar en conversaciones morbosas, como si la obligación del celibato no fuera con él.

—Bueno, bueno, tampoco alardees de estar enterado de todo. Creo que te estás perdiendo un lío de los gordos.

Robert se inclinó por encima del tablero.

—¿Ah, sí? ¿Quieres decir que alguien del clero se está portando mal?

—No lo sé… Tan solo sospecho que ocurren cosas… extrañas. —Climent no dijo más, con la intención de que el otro indagara. Le señaló el tablero para recordarle que era su turno.

—¿Quién hace cosas extrañas? —Robert cogió un peón al azar y lo adelantó una casilla.

—No te lo creerás… Vi a Alfonso en un negocio dudoso que hay en el pasaje de Santa Maria. Me asomé desde la calle y había una jovencita dentro del local.

—¿De verdad? Quién lo iba a decir. ¡Si Alfonso siempre se porta como un santurrón! Pero no conozco ese sitio en el pasaje de Santa Maria. ¿Es un local de mala reputación?

—No estoy seguro. Yo tampoco lo conocía, se trata de un semisótano sin letrero. Acompañaba a mi madre a hacer unos recados familiares y lo vi salir de allí. —Climent arrastró la dama con el dedo índice al centro del tablero. Vio el jaque en tres movimientos—. Pero no digas nada sobre esto, ¿eh?

—No, descuida.

Capítulo 9

ANTES DE COGER el pergamino enrollado de las manos del mensajero, Climent supo que era la carta que había estado esperando. La cinta dorada y el sello escarlata no planteaban dudas sobre su remitente: el arzobispo de Barcelona. Despidió al mensajero y llevó la carta sin demora a los aposentos del obispo. Llamó a la puerta y respiró hondo antes de entrar.

Despés estaba sentado frente a un plato rebosante de codorniz guisada con ciruelas. Cuando vio el pergamino, se lamió los dedos gordos como morcillas y extendió la mano. Climent se sentó frente al obispo mientras este leía el texto y manchaba de grasa los márgenes de la carta. Cuando finalizó, se la devolvió.

—Nada nuevo que nos afecte —resumió el obispo—. El arzobispo sigue insistiendo en la vigilancia y condena de los herejes.

Climent repasó el texto y comprobó que las recomendaciones contra la herejía y la brujería ocupaban las seis últimas líneas. En la carta anterior, el arzobispo solo le había dedicado dos líneas al asunto. Era una señal a su favor.

—El arzobispo nos traslada las preocupaciones del Pontífice —dijo Climent—. Deberíamos tenerlas muy en cuenta en nuestra diócesis. Sobre todo, en los asuntos importantes, como el nombramiento del nuevo arcediano.

Contuvo la respiración tras la última frase. La reacción del obispo le mostraría al fin si su estrategia estaba funcionando. El obispo se tomó su tiempo para responder. Miró al techo y se rascó la barba rala que le crecía en la papada.

—Me han surgido dudas sobre si el padre Alfonso debería ocupar el cargo. ¿Qué credibilidad podemos dar a las habladurías que difunden algunos clérigos?

—Depende —contestó Climent, reprimiendo una sonrisa—. Si las habladurías provienen de un solo hombre, es posible que sea una invención. Pero si hay diferentes testimonios coherentes entre ellos, deberíamos tomarlos en serio. ¿Por qué lo pregunta, señor?

—Porque he escuchado algunos comentarios sobre el comportamiento de Alfonso. Es una lástima, siempre ha sido un tesorero precavido y ahorrador. Por otro lado, no me gustaría que estas sospechas sobre él llegaran a oídos del arzobispo, tanto si son

ciertas como si no.

—También yo he oído ciertas faltas cometidas por Alfonso, y sin duda el arzobispo no las aprobaría. El arcediano de nuestra diócesis debe tener una actitud decidida en contra de cualquier práctica hereje. El padre Alfonso puede seguir siendo el tesorero.

—Él es el miembro de la diócesis con más experiencia.

Climent entrelazó los dedos. No encontraría un momento mejor para postularse.

—No quiero pecar de orgullo, excelencia, pero los años a vuestro servicio como secretario me han permitido conocer bien la diócesis y la gestión de las parroquias. Me veo capaz de desempeñar las tareas de arcediano, aunque solo le corresponde a usted la decisión.

El obispo lo contempló con interés. Climent carraspeó y continuó el discurso que había ensayado en su cabeza infinidad de veces.

—Si nombráis a un candidato para el cargo y el arzobispo lo desaprueba, se pondrá en duda vuestra autoridad. Si me escogéis a mí, me comprometo a actuar con firmeza en contra de la herejía. Por lo que os he escuchado decir repetidas veces, durante los últimos años el padre Ponç no atendió debidamente las obligaciones que le correspondían como arcediano, ni en el control de los ingresos ni en las visitas pastorales.

—Así es, su salud delicada le impedía viajar a las parroquias con la frecuencia habitual.

—Yo retomaré esas obligaciones y me dedicaré a combatir a los herejes. Y no solo lo haré por mandato del arzobispo, sino también por convicción propia. Aquellos que cometen los pecados de brujería y superstición no muestran ningún respeto por la Iglesia. Tergiversan los rituales, corrompen las oraciones, adulteran las enseñanzas. Y el día en que perdamos el respeto del pueblo, lo perderemos todo.

El obispo se sirvió vino y lo observó por encima de la copa.

—Ciertamente eres un hombre muy capaz, Climent. Sin embargo, antes de tomar una decisión, me gustaría conocer qué hay de cierto en esas supuestas faltas de Alfonso. Realiza averiguaciones por tu cuenta, y yo lo haré por la mía.

El obispo se inclinó sobre el plato y cogió un muslo de codorniz, dando por terminada la conversación.

CLIMENT ESTUVO PENDIENTE de los movimientos de Alfonso durante los siguientes días. En la mañana del jueves, día de mercado en La Seu, el tesorero abandonó el palacio por una puerta lateral. Climent lo siguió a cierta distancia hasta el pasaje de Santa Maria y vio su coronilla desaparecer en el semisótano que ya conocía. Tan solo permaneció un

par de minutos en el interior. Climent lo interceptó cuando regresaba con un paquete bajo el brazo.

—Padre Alfonso, te he seguido por órdenes del obispo. ¿Qué hay en ese paquete?

El tesorero se paró en seco y alzó las cejas. Desató el cordel del paquete y le mostró el contenido: una mezcla de hierbas secas.

—Si esperabas recriminarme por esto, te llevarás una decepción. Son hierbas para una tisana, me alivian una dolencia que padezco.

—¿Qué dolencia?

—No es asunto tuyo.

—¿Y por qué no acudes al boticario de palacio, que fue escogido por el obispo?

—Porque el remedio que me preparó no me ayudó; más bien al contrario. ¿A qué se debe tanto interés, Climent? Ya imagino que estás buscando excusas para evitar que me nombren arcediano, pero no conseguirás nada. Hablé con el obispo hace tiempo y ya está acordado.

—No estés tan seguro —dijo Climent sin poder ocultar su satisfacción—. Por el aspecto de este negocio medio oculto, está claro que aquí utilizan prácticas herejes. No se trata de una simple herborista.

Alfonso negó con la cabeza y suspiró con hastío.

—¿Has dicho que el obispo te ha ordenado que me vigiles? ¿Qué mentira le has contado?

—Hay ciertas habladurías sobre ti, y por lo que parece son ciertas.

—¡Esto no se puede tolerar! —El tesorero plegó el paquete de las hierbas con brusquedad, arrugando el envoltorio—. ¿Has estado difundiendo falsedades sobre mí? Nunca había conocido a nadie con una mente tan retorcida. Voy a hablar ahora mismo con el obispo.

Le dio la espalda y Climent entró en el semisótano. Examinó con urgencia el establecimiento, buscando algún objeto que pudiera vincularse con la superstición o la adivinación. Tras el mostrador, una joven que estaba atando un ramillete de flores secas se detuvo a mitad de la tarea.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo la joven.

Él no respondió, había hallado un muñeco de paja adornado con cordel morado. Bastaría para convencer al obispo de que en aquel local se llevaban a cabo ritos de invocación de espíritus.

—Este muñeco queda requisado en nombre de la Iglesia —dijo, y, sin esperar una respuesta, salió del sótano.

AL DÍA SIGUIENTE, en la sala de audiencias, el tesorero se secó las gotas

de sudor con la manga; el obispo lo interrogaba con semblante serio. Climent, sentado en la silla de secretario, disfrutaba al verlo cada vez más apurado.

—Tan solo he comprado unas hierbas para aliviar el dolor, nada más —dijo Alfonso—. No sé cómo habéis llegado a vincularlo con la brujería. Y desde luego no he tenido ningún tipo de trato con la herborista más allá del comercial. Dejaré de comprar las hierbas. No merezco un castigo por esto.

—No, no mereces un castigo —dijo el obispo—. Pero tampoco mereces ocupar un cargo de mayor responsabilidad. Hace unos meses hablamos de tu futuro en la diócesis y consideré que serías un buen candidato para el cargo de arcediano. Ahora ya no lo veo así.

—¿Y quién será ascendido? ¿Climent? —Alzó un brazo hacia él con indignación—. ¡Lo ha exagerado todo solo para perjudicarme! Actúa en beneficio propio y lo seguirá haciendo cuando sea arcediano.

—Padre Alfonso, modera tus acusaciones. No fue Climent quien me trasladó las sospechas, sino otros miembros del clero. El arcediano ha de ser mi representante en la diócesis y mi brazo ejecutor en las parroquias lejanas, no puede haber ninguna sospecha sobre él. Y más aún teniendo en cuenta las advertencias del arzobispo.

El tesorero clavó los ojos en Climent durante unos segundos con los labios apretados. Luego, suavizó su expresión para dirigirse al obispo.

—Excelencia, solo usted sabrá elegir al candidato más apropiado. Por favor, pensadlo bien.

Luego salió de la sala con paso patizambo mientras Climent saboreaba la victoria.

SU NOMBRAMIENTO PARA el cargo de arcediano tuvo lugar diez días después. Climent entró en sus nuevos aposentos con la espalda erguida, se dirigió a la silla de respaldo alto que había frente al escritorio y se sentó en ella como si se tratara de un trono. Se veía capaz de conseguir cualquier meta. El siguiente escalón en su ascenso consistía en ganarse la confianza del arzobispo de Barcelona, que tenía trato directo con el papa y podía impulsarlo en su carrera. La distancia dificultaba el contacto con el arzobispo y debería esforzarse para darse a conocer. Decidió que lo primero que haría sería enviarle una carta de presentación.

Cogió pluma y papel y redactó un borrador según las fórmulas protocolarias clásicas. Lo releyó, tachó algunas líneas y añadió otras. Pero seguía sin satisfacerle: era un texto vacío, sin singularidad ni propósito. ¿Cómo podía escribir una carta única, memorable, distinta a las decenas de cartas que el arzobispo recibía cada día?

Apoyó la mejilla en un puño y su mirada vagó por la habitación hasta posarse en el arcón que contenía los archivos de las parroquias. Quizá encontrara inspiración en alguna de las cartas antiguas. Revolvió entre los documentos. El padre Ponç los había ordenado en pliegos según la parroquia de la que provenían. Seleccionó algunos al azar que correspondían a Bellver, Montellà, Adrall y Guils. No contenían ninguna información relevante aparte de las cuentas de tesorería y los títulos de propiedad.

El quinto pliego de hojas que extrajo del arcón era más grueso y provenía de la parroquia de Melers. No recordaba nada destacable de ese lugar. Entre los documentos, encontró diversas cartas. Una de ellas era muy antigua y parte del texto se había borrado. Identificó la letra del obispo Despés y, por las pocas palabras que aún eran legibles, intuyó que trataba de varias multas impuestas a los habitantes de Melers tras un juicio por brujería. Otra de las misivas, más reciente, era del obispo de Girona, el cual solicitaba a la diócesis de Urgell que acogiera a un sacerdote con problemas de disciplina: el padre Feliu. El resto de las hojas habían sido escritas por Feliu después de incorporarse a su parroquia y en ellas explicaba algunos hechos curiosos que había presenciado en la aldea.

Cuando Climent acabó de leer los documentos sobre Melers ya estaba oscureciendo. Encendió una vela, apartó los papeles que había esparcido sobre el escritorio hasta hallar el borrador de la carta para el arzobispo y tachó todo el texto. Captaría la atención de su superior mediante una historia de sucesos misteriosos en una aldea de montaña. El padre Feliu había escrito sobre forasteros muertos, rosarios siniestros, niñas que se adentraban solas en los bosques, bestias feroces y símbolos paganos. Estos hechos presagiaban la presencia de herejes y brujas.

En la carta dirigida al arzobispo, Climent insinuó que el juicio por brujería que había tenido lugar décadas atrás no había acabado con las costumbres herejes en Melers. Se comprometió a llevar a cabo una investigación para esclarecer los hechos, pues uno de los propósitos principales en su nuevo puesto de arcediano sería combatir la brujería.

El texto final era muy distinto a las presentaciones formales que solían enviar los cargos eclesiásticos. Era consciente del riesgo que suponía esa carta. Se estaba saltando la cadena de mando, al no informar antes al obispo Despés. Además, no podía prever la reacción del arzobispo, ya que no lo conocía.

Mojó la pluma en tinta y la mantuvo suspendida sobre el pie de la carta antes de firmarla. Tenía dos opciones: arriesgarse e intentar sobresalir, o conformarse con lo que ya tenía. Decidió que el riesgo valía la pena.

Capítulo 10

NÚRIA Y JACINA corrieron a ocultarse detrás de unos arbustos en el margen del camino. Los ladridos que las habían asustado no se prolongaron mucho, y poco después volvió a reinar el silencio en la noche. Núria alzó la cabeza con cautela. A la luz de la luna vio el pelo de su amiga sobresalir por encima del matojo en el que se había escondido. Jacina estiró el cuello y le habló en susurros.

—Creo que no hay nadie.

—Yo tampoco oigo nada. Vamos, deprisa —la apremió Núria.

Las dos muchachas cruzaron Dorres ocultas entre las sombras de las casas. La nieve embarrada de las callejuelas amortiguaba sus pasos. Por la rendija de dos ventanas se escapaba un resquicio de luz, pero la mayor parte de los hogares ya dormía. En la plaza de la iglesia les llegó el olor a azufre característico de la fuente. Cruzaron la explanada que se extendía detrás del cementerio y se detuvieron frente a un muro de piedra; del otro lado emergían nubes de vapor. Lo escalaron fácilmente y saltaron al lado opuesto.

La fuente de Dorres consistía en un pequeño reguero de agua caliente que surgía entre dos promontorios y se estancaba en una poza artificial poco profunda parecida a un lavadero de ropa. Núria y Jacina se desprendieron de sus vestidos y los colgaron en la verja del pequeño oratorio, como si quisieran impedir que la estatua de la virgen de Dorres las viera. El agua estaba tan caliente que la piel ardía al primer contacto. Núria se sumergió hasta el cuello y sonrió a su amiga que, con el agua a la altura de las caderas, rio sin motivo. Núria le chistó; no debían hacer ruido.

—Si no hay nadie. ¿Quién va a venir a estas horas? —preguntó Jacina.

—Por si acaso. Ya te he explicado lo que me costó convencer a Ada para que me dejara salir esta noche.

—Adaleda se preocupa demasiado. —Jacina se agachó para sumergirse hasta los hombros—. Tiene miedo de cualquier cosa que esté fuera de su cueva.

Núria flotó en el agua bocarriba. Su amiga nadó a su lado y se cogieron de la mano. Entonces empezó a susurrar las palabras del ritual que proclamaba el renacer de la vida en la primera Luna llena de la primavera. Según el Legado, el conjuro propiciaba la llegada de

alguien deseado en la estación que comenzaba. Tras la última frase, Núria formuló su deseo en silencio, el mismo de cada año. Con los ojos cerrados, metió la cabeza bajo el agua y se concentró en los pocos recuerdos que conservaba de su familia mientras aguantaba la respiración. Cuando se quedó sin aire, nadó hacia el exterior.

—¿Qué has pedido? ¿Encontrarte con tus tíos? —le preguntó Jacina, con la cara empapada y el cabello pegado a la cabeza.

—Sí, aún tengo la esperanza de encontrarlos. ¿Y tú? ¿Qué has deseado?

—Conocer a alguien especial, alguien nuevo.

—¿A quién quieres conocer?

Jacina conocía a muchas más personas que Núria. Trataba con todos los habitantes de Melers y viajaba cada semana al mercado de Llívia y al de Puigcerdà. A veces, envidiaba la vida de su amiga.

—Ya sabes… a algún joven que me guste de verdad —respondió con una sonrisa pícara.

Núria rio y puso los ojos en blanco: si Arnau conociera las intenciones de su hija, seguro que la vigilaría mejor para que no se escapara a los rituales nocturnos con ella.

—Espero que este año se cumpla tu deseo —dijo Jacina.

—Y yo que se cumpla el tuyo.

Se quedaron largo rato disfrutando del baño bajo las estrellas. Cuando se les arrugaron las yemas de los dedos, salieron del agua y se vistieron deprisa. Abandonaron Dorres y regresaron a buen ritmo por el camino a Melers, dejando tras de sí nubes de vaho en el frío de la noche.

ADALEDA SUBIÓ LA colina despacio, apoyándose en su bastón. En la cima, abrió el libro del Legado y desplegó las cartas celestes. Levantó la mirada al cielo para leer el futuro.

La luz de la Luna llena ocultaba la constelación de Leo y las estrellas cercanas. Localizó el brillo rojizo de Marte sobre Virgo y el resplandor de Venus sobre el horizonte. Resiguió con el dedo índice la triangulación entre los astros errantes y las estrellas más brillantes. El vértice apuntaba a la constelación del Cuervo: no era un buen presagio. Las cartas celestes confirmaron la predicción. Esa noche, las estrellas auguraban peligros próximos.

Regresó a la cueva y se recostó en el jergón. Núria no había llegado aún. Tenía la sensación de que su aprendiz se estaba volviendo más descuidada en las salidas fuera del laberinto. Se había convertido en una experta en decirle las cosas a medias para no disgustarla, a la vez que desoía sus advertencias.

A sus quince años, Núria mostraba unas cualidades extraordinarias como sanadora; Adaleda era muy exigente en las lecciones y la muchacha solía sobrepasar las expectativas por su facilidad para recordar las plantas y su intuición al preparar las recetas. Sin embargo, no estaba comprometida con la misión de transmitir el Legado; parecía que no creyera en su cometido, o que no fuera suficiente para ella. Siempre quería más: más libertad, más respuestas, más experiencias. A menudo, en sus discusiones, la joven conseguía que Adaleda se sintiera culpable por haberla encerrado en una vida de restricciones y soledad. No obstante, más tarde recordaba que era su obligación como maestra y como heredera del Legado, y recuperaba su convicción.

Al fin Núria llegó a la cueva con la nariz roja por el frío. Lanzó los zapatos y la capa a un rincón y extendió las manos sobre la hoguera.

—No llevas el collar de amuletos, ya es la tercera vez que te veo sin él —dijo Adaleda. Hacía años que Núria no llevaba la túnica gris de sanadora, sino un vestido común como el de su amiga Jacina. Ahora, además, se olvidaba de los amuletos.

—Dejé aquí el collar para no perderlo.

Núria rebuscó entre sus cosas, se lo colgó del cuello y se sentó junto al fuego.

—¿Qué deseo has pedido este año? —preguntó Adaleda.

—El mismo de siempre: encontrar a mi familia. —Se desenredó el pelo mojado con los dedos—. Ada, ¿por qué crees que nunca se ha cumplido?

—Creo que ese no es tu deseo verdadero, aunque a ti te guste pensar que sí. ¿Por qué te preocupa tanto conocer a tus tíos? Parece que no quieras aceptar tu destino. Yo nunca tuve ningún interés en buscar a los padres que me abandonaron.

—Porque a mí no me abandonaron, simplemente murieron —respondió Núria—. ¿Qué augurios has visto en el cielo?

—Malos presagios, se acerca un peligro. Las próximas semanas deberás ser prudente. No bajes a la aldea ni te dejes ver ante desconocidos.

—De acuerdo, no me alejaré demasiado.

FELIU TIRÓ CON fuerza de la cuerda de la campana para anunciar el inicio de la misa. Con el eco de la última campanada aún retumbando en la penumbra, encendió el cirio del altar. Salió a la plaza y se sentó en el pórtico de la iglesia; tenía por delante otro domingo de tiempo gris y calma helada. Esa noche había soñado por enésima vez con las olas del mar y la taberna de Blanes. Para ahuyentar la añoranza,

inspiró hondo el aire frío y le entró un ataque de tos. Acababa de cumplir treinta y cuatro años, pero tosía como un septuagenario por culpa de un resfriado que arrastraba desde febrero.

Recibió a los habitantes de Melers con las manos escondidas en las mangas de la sotana. Todos le desearon los buenos días al entrar y algunos le preguntaron por su salud. Arnau y su mujer lo invitaron a comer en su casa, pues solían ofrecerle su compañía al menos un domingo al mes. Raquel fue de las últimas en llegar. Le dedicó una tímida sonrisa y desvió la mirada al suelo, igual que hacía cada mañana cuando entraba en su casa para ocuparse de las tareas del hogar. Rodeado de sus feligreses, Feliu admitió que, si no fuera por el clima invernal, la vida en Melers podría incluso resultar agradable. Pero no acababa de adaptarse al frío y la soledad, y echaba de menos el mar y el ambiente bullicioso de Blanes.

Hacia el final de la misa, un tintineo de objetos metálicos atravesó las puertas de la iglesia. Los feligreses, impacientes por averiguar el origen del sonido, se levantaron de los bancos con el último amén a medio pronunciar y un murmullo animado sustituyó el habitual silencio. Feliu salió tras ellos y vio a un comerciante que había expuesto la mercancía en medio de la plaza. Las mujeres se agolparon alrededor de las cajas repletas de ollas, cucharones, cuchillos, coladores, braseros, dedales, tijeras, alfileres y otros utensilios del hogar. Era el primer comerciante que llegaba a Melers ese año, tras meses de caminos intransitables a causa de la nieve.

Feliu se entretuvo charlando con algunos vecinos que esperaban con resignación a sus esposas. Cuando ya se disponía a entrar en casa, oyó retumbar un ruido de cascos. Un carruaje de aspecto señorial apareció por un callejón y se detuvo en la entrada de la plaza, pues el comerciante y las aldeanas ocupaban todo el espacio. Un hombre joven asomó la cabeza entre las cortinas del carruaje.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no has parado enfrente de la iglesia? —le preguntó al cochero.

—Señor, no hay sitio. La plaza está llena de gente —respondió este.

—Pues que se aparten, deprisa.

El cochero hizo bocina con las manos y pidió paso. Las mujeres retrocedieron hacia el perímetro de la plaza y el comerciante se plantó delante de su carromato con los brazos en jarras y actitud desafiante. Feliu se acercó al carruaje; no había podido identificar al visitante.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle? —dijo, dirigiéndose a las cortinas.

El joven apartó la tela gruesa de color mostaza y asomó su nariz aguileña al exterior.

—Usted debe de ser el padre Feliu.

—Así es.

—Soy el padre Climent, arcediano de la diócesis.

Feliu recordó que lo había visto en la Seu años atrás, sentado junto al obispo. Le habían informado por carta de la muerte del anterior arcediano. Seguramente lo habían ascendido.

—¿Por qué no me acompañáis a pie hasta mi casa? Está ahí mismo. —Señaló la entrada a su establo, que se encontraba a veinte pasos de distancia.

—Está bien. —Climent suspiró con exageración y bajó del carruaje.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—He iniciado la ronda anual de visitas pastorales a las parroquias.

—Si lo hubiera sabido, os habríamos esperado para la misa de hoy. Así podríais haber oficiado la ceremonia.

—No era necesario —dijo Climent, dando un manotazo al aire.

En su casa, Feliu le ofreció vino y algo de comer. El arcediano rechazó la oferta alegando que se trataba de una entrevista breve y se sentó a la mesa con los brazos cruzados.

—Por lo que tengo entendido, os trasladasteis a Melers hace unos cinco años.

—Así es.

—Y en todo ese tiempo el padre Ponç no realizó ninguna visita a las parroquias de la zona, ¿verdad? —Feliu asintió—. Hoy vengo a cumplir con las tareas que me corresponden como arcediano. Es necesario valorar los servicios pastorales y el estado espiritual de la comunidad. ¿Os habéis encontrado con alguna dificultad para realizar vuestras labores de párroco?

—No, ninguna. No podría desear una comunidad más buena y devota.

—¿Algún aldeano problemático? —Feliu negó con la cabeza—. ¿Algún incidente? ¿Indicios de personas que vivan alejadas de la fe?

Feliu se sintió abrumado por tantas preguntas repentinas. Sospechó que el arcediano le ocultaba algo. Un ataque de tos le impidió contestar y fue a la cocina a buscar agua mientras Climent lo observaba sin pestañear apenas.

—No tengo motivos para sospechar de nadie de Melers —respondió Feliu cuando la tos se lo permitió.

—¿No? He leído vuestras cartas, en las que explicáis los sucesos extraños que habéis presenciado. Y me han intrigado.

A Feliu lo descolocó esa respuesta; casi había olvidado la costumbre que había seguido durante su primer año en Melers. En la actualidad enviaba regularmente las cuentas de la parroquia, aunque hacía mucho tiempo que no añadía anotaciones de hechos inusuales. Se sentó frente a Climent, dispuesto a darle una explicación razonable.

—Poco después de instalarme, solía apuntar ese tipo de detalles porque el obispo me pidió que estuviera vigilante, para mantenerlo informado.

—Ya, pero no entiendo por qué no habéis indagado. ¿Quiénes son las mujeres que habéis visto en los bosques? ¿Qué significan los símbolos de estrellas? ¿Y de quién son los amuletos paganos? ¿Habéis hecho interrogatorios? ¿Habéis aprovechado las confesiones para averiguar más?

Feliu había escrito aquellas cartas con la intención de agradar al obispo y para que no lo acusara de ocultar información. Climent lo estaba interpretando justo al revés.

—No he indagado más porque con el tiempo he visto que no tengo motivos. No creo que lo que presencié esté relacionado con hechos maliciosos, simplemente me costó comprender las costumbres del lugar. Confío en mis parroquianos.

—Pues no deberías. Sospecho que te están mintiendo. —El arcediano se levantó y fue a la ventana que daba al huerto trasero. Observó el exterior y siguió hablando de espaldas a Feliu, que se quedó desconcertado por aquel repentino cambio de tono—. Y también creo que todavía no te has adaptado a la vida en los Pirineos, ni lo harás jamás. He leído la carta de tu traslado. Sé por qué estás aquí, y puedo imaginar que estás deseando volver. Este no es tu sitio: no te sienta bien el frío, no sabes cuidar el huerto de montaña, ni siquiera has sido capaz de mantener vivas a las gallinas.

Climent señaló con un ademán de desprecio el huerto descuidado y el gallinero roto, y se volvió hacia él.

—Arrastro algo de tos persistente, pero me intento adaptar lo mejor que puedo —se defendió Feliu. Sentía las mejillas encendidas—. Lo de las gallinas fue un incidente con un zorro.

—Sin duda, tus parroquianos han detectado tu debilidad de carácter y te ocultan asuntos turbios. Lo que presenciaste al llegar es una señal evidente de que aquí viven personas al margen de la fe. Tengo un interés personal en denunciar esas herejías; por eso quiero proponerte un acuerdo que nos beneficiará a ambos. —El arcediano ocupó de nuevo su silla—. Quiero que utilices la influencia que tienes sobre tus parroquianos para que delaten a los herejes y a las brujas que viven en la zona. Presiónalos con preguntas. Amenázalos si es necesario.

—¿Y si resulta que no hay nada?

—Eso querrá decir que no impones respeto. No permitas que te engañen, en todos los pueblos hay alguien que hace negocio con la superstición de la gente. Me da la impresión de que eres demasiado permisivo con los vicios del pueblo. No dejes que la falta de disciplina de tu juventud repercuta en tu gestión de la parroquia. Has de ser implacable.

Feliu apretó los puños debajo de la mesa. Las faltas de su pasado no tenían nada que ver con la nueva vida que había construido en Melers.

—¿No te he convencido? —continuó Climent—. Pues si no lo haces

por convicción ni por obediencia, te expongo otro motivo. Si me das nombres y testimonios, convenceré al obispo de que autorice tu traslado a Blanes; no se negará. Antes de que llegue el verano podrías estar de vuelta en tu hogar.

—Haré algunas preguntas a los aldeanos, pero… —Feliu negó con la cabeza—, no prometo nada.

—¡Esfuérzate! Si no me consigues nombres, regresaré y haré los interrogatorios yo mismo, y entonces deberás olvidarte de tu traslado para siempre. Espero recibir noticias en las próximas semanas.

Se despidió con pocas palabras y abandonó Melers en su carruaje con la misma brusquedad con la que había aparecido.

Feliu se dejó caer en la butaca. No sabía qué hacer: Climent le había dado pocas alternativas y ninguna le gustaba. Hacía tiempo que no se sentía tan miserable. A medida que recordaba las palabras del arcediano, la indecisión se convertía en amargura. Climent había entrado en su casa con la única intención de manipularlo. Lo había presionado e insultado, y él no había dicho nada para defenderse. Clavó las uñas en los brazos de la butaca. Detestaba a aquel hombre por su malicia y se detestaba a sí mismo por ser tan lento con las palabras. Ahora se le ocurrían muchas réplicas que podría haberle dicho, pero ya era tarde.

Salió al huerto con la intención de desfogarse a base de golpes de azada. Una vez allí, se fijó en el gallinero. El invierno anterior, un zorro había agujereado la cerca de cañas y había matado a sus gallinas, y él no había reparado los daños. No pudo evitar pensar de nuevo en la astucia zorruna de Climent y en cómo había despreciado su trabajo como párroco. Arrojó la azada al suelo y fue a buscar las herramientas de carpintería.

Se abrió paso a martillazos a través de la cerca estropeada del gallinero. Las astillas que saltaban en todas direcciones apenas le dejaban ver. Se agachó para apartar los restos de cañas y ramas medio podridas y, al levantarse, se golpeó la cabeza contra el techo. Enfurecido, dio un martillazo a la viga traicionera. Era un travesaño grueso de madera, pero estaba carcomido por dentro y el martillazo lo partió en dos. Sin que tuviera tiempo de reaccionar, el techo del gallinero se desplomó sobre él y la viga rota se le clavó en el hombro.

Con la cara incrustada en el barro, Feliu intentó mover brazos y piernas. Por suerte no se había quedado atrapado. Se arrastró bajo los trozos de troncos y sobre la paja mohosa hasta que consiguió salir de los escombros. Se puso en pie y evaluó las magulladuras: tan solo el hombro derecho estaba herido de gravedad.

Entró en casa y se limpió el barro de la cara. Con un último esfuerzo, reavivó el fuego de la chimenea mientras se sujetaba el brazo malherido. Sentía la respiración acelerada por la rabia. El

accidente en el gallinero había sido culpa de su estupidez, Climent había sacado lo peor de él al pedirle que presionara a los habitantes de Melers. No podía permitirlo. ¿Cómo saldría de esa situación? Se quedó dormido entre lamentos y preguntas sin respuesta.

EL DOLOR INTENSO del hombro le causó sueños desagradables y fue lo primero que sintió al despertar. Abrió los ojos con dificultad; tenía la frente empapada en sudor y se sentía mareado por la fiebre. Se tambaleó al ponerse en pie. Necesitaba ayuda.

Descartó cabalgar hasta Llívia o Puigcerdà para acudir a un médico o un cirujano, pues se sentía muy débil, así que se dirigió a casa de Arnau con la intención de pedirle que lo bajara en la carreta. Abandonó Melers encorvado, con el brazo derecho doblado contra el pecho. A mitad de camino, tropezó y cayó al suelo. Se desmayó sobre el barro helado.

Feliu volvió en sí cuando alguien lo volteó y lo tendió de espaldas. Distinguió la silueta de Jacina inclinada sobre él, y le pareció que iba acompañada de otra muchacha que no conocía. A los pocos segundos perdió de nuevo la conciencia.

EN LA ÚLTIMA curva del sendero a través del laberinto, Núria y Jacina sumaron sus fuerzas para encarrilar la litera en la que iba tumbado Feliu. El cura gimió con la sacudida, aunque no se despertó. Jacina espoleó a *Pardal* y el burro clavó sus cascos en la nieve y arrastró la litera hasta la entrada de la cueva.

Núria se asomó al interior; Adaleda no estaba, seguramente había salido a recoger plantas. Se despidió de Jacina, pues sabía que a su maestra no le gustaba que se quedara demasiado tiempo merodeando por allí.

Tumbó al enfermo en el suelo de la cueva, frente a la hoguera, le quitó la cruz que llevaba al cuello y rasgó la sotana hasta dejar el hombro herido al descubierto. No tenía buen aspecto: sobre la clavícula había un cardenal y un corte hinchado que supuraba.

Limpió la herida, preparó un emplasto vulnerario y una infusión para la fiebre. Eran remedios habituales y conocía de memoria los ingredientes, así que no consultó el libro. Después de aplicar el emplasto, inmovilizó el brazo del sacerdote con un cabestrillo y le colocó sobre la frente un trapo remojado en nieve.

Adaleda llegó a la cueva poco después. Miró con las cejas

levantadas al hombre que yacía en el suelo.

—¿Lo ha traído Arnau?

—No, lo encontramos Jacina y yo de camino a su casa. Se había desmayado por la fiebre.

—Te dije que no te acercaras a Melers. ¿Quién es?

—El cura del pueblo. Ella me ha dicho que se llama Feliu.

—¿Y lo has traído aquí? ¿A un religioso? —La mujer dejó caer con brusquedad un saco lleno de raíces sobre la mesa—. ¡Nunca escuchas lo que te digo!

—¿Cuál es el problema? Jacina dice que podemos confiar en él, lo conoce bien. Además, ha estado inconsciente durante todo el camino por el laberinto y no lo recordará.

—¡Pero no puedes confiar en este hombre! No me importa lo que piense Jacina, las dos sois igual de imprudentes. Hasta ahora él no sabía nada de nosotras y debía seguir siendo así. ¿Y si habla de esta cueva a otros religiosos en La Seu? No merece la pena el riesgo.

—¿Y qué debía hacer? ¿Dejarlo morir? —Núria alzó la voz. Ada siempre exageraba y la culpaba de cosas que aún no habían sucedido —. Si no lo atendía enseguida podría haber muerto. ¿De qué me sirven todas tus lecciones si después no puedo usarlas para salvarle la vida a un enfermo?

Adaleda chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Y por qué no lo llevaste a casa de Arnau? Podrías haberlo atendido allí.

Núria apretó los labios; ni ella ni su amiga lo habían pensado. No había dudado en llevarlo a la cueva, donde tenía a mano las hierbas que necesitaba. Es lo que habría hecho con cualquier otro vecino de Melers.

Adaleda levantó un índice premonitor.

—Esta es la amenaza que vi en las estrellas. ¡Era una advertencia!

—Todas las familias de Melers saben que vivimos en el laberinto y Feliu es uno más. Llegó el mismo invierno que yo. ¿Cuánto tiempo ha de pasar para que puedas confiar en alguien?

—¡Mucho tiempo! Y todavía más si se trata de un cura. Te he explicado decenas de historias sobre cómo nos han perseguido y acusado en nombre de la Iglesia. Si despierta aquí y nos ve… quizá tengamos que huir otra vez. ¿Es eso lo que quieres?

Feliu gimió y se revolvió en sueños, y ambas guardaron silencio. Núria frotó la cazuela que había utilizado con más fuerza de la necesaria. No entendía por qué su maestra se enfadaba tanto. Le estaban salvando la vida a ese hombre, ¿por qué querría perjudicarlas?

—Debe irse enseguida, antes de que despierte —ordenó Adaleda—. Ve a buscar a Arnau para que se lo lleve.

La muchacha observó a Feliu. Tenía los ojos apretados, y el ceño fruncido y empapado en sudor.

—Está débil. Sería mejor esperar a mañana…

—¡Da igual! Sigues sin entender el peligro que supone tenerlo aquí.

Núria negó con la cabeza.

—¿Estás segura de que él es la amenaza que viste en las estrellas? Jacina me ha dicho que es buena persona.

—¡Obedece y punto! No quiero oír ni una palabra más.

La joven escuchó ruido a su espalda y se volvió. Feliu tenía los ojos abiertos.

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois? —preguntó, desorientado.

FELIU PESTAÑEÓ VARIAS veces y se frotó los ojos. Se encontraba en una cueva y no recordaba cómo había llegado hasta allí. Las mujeres desconocidas habían dejado de discutir. La que estaba más cerca lo miró de frente: era una muchacha de unos quince o dieciséis años, menuda y de pelo castaño rojizo. A primera vista, la otra mujer parecía una anciana de cabello blanco, pero cuanto más la miraba, más extrañezas percibía.

—Ahora es tarde —dijo la mujer con amargura—. Solo se me ocurren dos formas de solucionar esto y ninguna es agradable. Es un asunto grave, voy a hablar con Arnau.

La mujer de pelo blanco se marchó y la muchacha se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te sientes? Cuando te encontramos te habías desmayado por la fiebre —le dijo con familiaridad.

Feliu se palpó el vendaje del hombro; le dolía bastante, aunque era soportable. La joven lo estudió con atención. Él estaba lo suficientemente lúcido para saber que aquello no era un sueño ni una visión. Algo le decía que no debía estar allí.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —repitió.

—Aquí curamos a los enfermos hasta que se recuperan. Estamos cerca de Melers, y te trajimos Jacina y yo con ayuda de *Pardal*.

Feliu intentó poner orden a los pensamientos en su cabeza: la mujer de pelo blanco había mencionado antes a Arnau, y la muchacha acababa de nombrar a Jacina y a *Pardal*, el asno de la familia. ¿Eso quería decir que en esa familia le habían estado ocultando cosas?

—Pero… ¿por qué no conocía este sitio ni te conocía a ti? Hace cinco años que vivo en Melers.

—Bueno, es que apenas bajamos a la aldea y los vecinos son discretos. —Le abrió los párpados con dos dedos y le observó las pupilas de cerca—. ¿Te sientes mareado?

Feliu agitó la mano en el aire para que la joven se apartara. Su estado físico era lo menos preocupante en aquel momento.

—Un poco, no tiene importancia. Dime… entonces, ¿todos los vecinos de Melers os conocen?

—Sí, casi todos han pasado por aquí en un momento u otro.

La muchacha se acercó a un caldero que borboteaba sobre el fuego, removió el contenido y llenó una taza de caldo.

A Feliu le dolía más lo que acababa de descubrir que la herida del hombro. Se le ocurrió que Climent en el fondo tenía razón: los aldeanos no confiaban en él y le mentían; todos conocían a las curanderas y lo habían mantenido al margen. Pensó en preguntar por el motivo de tanta desconfianza, pero aquello le haría parecer demasiado inseguro, así que buscó otra manera de expresar sus dudas:

—¿Por qué vivís aquí tan apartadas? Y ¿por qué os esconden los vecinos?

La joven le tendió la taza de caldo y no le respondió hasta que él la aceptó.

—En el pasado unos forasteros persiguieron a Adaleda y quemaron su casa.

—¿Por qué? ¿Acaso la acusaron de… —recorrió de un vistazo los amuletos y símbolos raros que lo rodeaban— … herejía o brujería?

—Algo así, pero todo era mentira. Y sucedió hace mucho tiempo. Adaleda siempre me advierte sobre el peligro de confiar en desconocidos, pero Jacina no te considera un extraño. Por eso te trajimos, porque podemos confiar en ti, ¿no es así? ¿Verdad que no hablarás de nosotras a nadie?

Feliu tomó un sorbo de caldo para no tener que responder; la bebida sabía a hierbas aromáticas. Dudaba sobre qué debía hacer. Al principio, las órdenes de Climent le habían parecido un disparate, aunque ahora empezaba a encontrarles todo el sentido del mundo.

La muchacha lo miraba con una expresión atenta y quizá esperanzada. No parecía una mala persona.

—¿Cómo has acabado aquí con esa mujer tan rara? ¿Cómo has dicho que se llamaba… Adaleda?

—Sí. Mi familia murió hace cinco años y ella me acogió.

—¿No tenías a nadie más? ¿Ni siquiera a un vecino que pudiera hacerse cargo de ti?

—No. Cuando ocurrió el accidente, nos encontrábamos de viaje hacia Dorres, muy lejos de casa. Yo fui la única que sobrevivió; mis padres y mi hermano pequeño fallecieron.

Feliu se estaba llevando la taza a los labios cuando lo asaltó el recuerdo de los cuerpos mutilados de la familia de forasteros sobre la nieve. A causa de esa revelación, se le resbaló la taza de los dedos y se echó la bebida por encima, y además le entró un ataque de tos. La

joven enseguida lo ayudó a limpiarse, lo incorporó para que respirara mejor y le alcanzó un vaso de agua.

—¿Mejor así?

La tos le había producido un dolor intenso en el hombro y se llevó una mano a la herida.

—Gracias, gracias… Ya estoy mejor. Es que creo que sé de qué accidente me hablas, porque lo presencié. Quiero decir, no el momento mismo, sino los estragos que causó. Fue provocado por el ataque de un oso, ¿verdad?

La muchacha parecía desconcertada.

—Así que viste a mi familia…

—Enterré los cuerpos en el cementerio de Melers.

—Adaleda me encontró malherida y me curó, y dijo que las heridas de los demás eran demasiado graves.

—Lo eran. Pero hizo mal en retenerte con ella. ¿Por qué no te llevó a la aldea? Alguno de los vecinos te podría haber acercado hasta la casa de tus tíos en la Seu. Incluso te podría haber llevado yo mismo.

Esa vez fue la muchacha la que se incorporó de forma brusca.

—¿Cómo sabes que tengo unos tíos? —tartamudeó—. ¿La Seu? ¿Dónde está eso?

—Es la ciudad donde vivía tu familia. —Ante la mirada confusa de la muchacha, Feliu empezó a comprender. Cinco años atrás aquella joven era solo una niña—. ¿No sabías regresar a tu casa?

—Perdí la memoria de mi infancia a causa del accidente, y aún no la he recuperado del todo.

—Pues yo conseguí localizar la casa y el taller de tus padres gracias a unos papeles que llevaban en la bandolera de viaje. Aún conservo alguna de sus pertenencias.

Feliu recordó el vestido de niña que había encontrado en la bolsa de viaje de los forasteros. Ahora todo encajaba. La joven se mostró contrariada:

—Los demás me dijeron que nadie sabía dónde encontrar a mi familia.

—Quizá yo era el único que lo sabía, no recuerdo haber compartido la información que descubrí con nadie más. Sin embargo, ahora que ya lo sabes, deberías alejarte de todo esto y regresar a tu casa. Creo que no está bien lo que hacéis aquí a escondidas.

—Solo curamos a los enfermos, ¿qué hay de malo en ello? —replicó ella con una hostilidad repentina.

—Bueno, es que os escondéis en un lugar aislado, no acudís a la iglesia y vivís en una cueva repleta de amuletos paganos. La verdad es que es bastante sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Pues de herejía, adivinación y otras prácticas que se persiguen

desde el obispado.

—¡Si no hacemos daño a nadie! ¿Qué hay de malo en adivinar presagios en las estrellas? ¿Y qué es eso de la herejía?

—Se considera que es una amenaza para la fe. La verdad es que si mis superiores descubrieran esto…

—¿Tus superiores? —preguntó la joven, con las mejillas sonrosadas y expresión indignada—. ¿Vas a acusarnos para que vengan a perseguirnos? Entonces Adaleda tenía razón: no podemos confiar en ti ni en nadie.

Se dio la vuelta, lanzó el trapo con enfado a un barreño y comenzó a recoger las hierbas dispersas sobre la mesa. Feliu suspiró y pensó que en ese momento la mujer de pelo blanco estaría hablando con Arnau sobre él, y se le hizo extraño. Le afligía que no le hubiera mencionado nunca la existencia de aquellas curanderas, ¡con todos los domingos que había pasado en su casa! Había llegado a creer que lo habían aceptado en la comunidad, pero ahora comprendía que los aldeanos solo se mostraban cordiales con él para mantener las apariencias. Si alguna vez había pretendido ganarse su confianza, había fracasado.

Respiró hondo y observó a la muchacha. El ataque del oso había sucedido en su primera jornada en Melers; ambos habían llegado a la aldea el mismo día como forasteros de tierras lejanas y eso hacía que sintiera una conexión con ella. Lamentaría que pudiera acabar en uno de los interrogatorios crueles de Climent.

—¿Cómo te llamas?

—Núria. —Ella lo miró por encima del hombro mientras limpiaba la superficie de la mesa.

—Gracias por curarme el hombro y aliviarme la fiebre, Núria.

La muchacha se arrodilló de nuevo a su lado, aunque se mantuvo más distante que la primera vez.

—¿Dónde está La Seu?

—A un día y medio de viaje hacia el oeste. ¿Irás a buscar a tus tíos?

Núria se mordió el labio inferior.

—Me gustaría conocerlos.

—Te contaré todo lo que sé para que puedas encontrarlos. Y, si vienes a mi casa, te daré lo que conservo de tus padres. —Ella le sonrió con timidez y los ojos brillantes—. ¿Qué crees que hará conmigo Adaleda?

—No lo sé. Es la primera vez que sucede algo así desde que vivo aquí. Pero es bastante estricta y desconfiada.

Capítulo 11

ADALEDA ENCONTRÓ A Arnau en la puerta de su masía. Gesticulaba enérgicamente mientras conversaba con Elisa, que tenía el ceño fruncido y los brazos en jarras. Presintió que Jacina les había explicado la situación y hablaban de Feliu. Desde el margen del bosque, llamó su atención y les señaló la parte trasera de la masía. No quería cruzar el prado hasta la puerta principal, pues quedaría demasiado expuesta.

Los tres se encontraron en el cobertizo de los aperos de labranza. Elisa se sentó sobre unos sacos y se recolocó el mantón, Arnau permaneció de pie y Adaleda deambuló entre ambos mientras pensaba en cómo afrontar el problema.

—Supongo que sabéis que Feliu está en la cueva. —Elisa y Arnau asintieron—. Se ha despertado y no puedo dejarlo marchar sin más. Ha visto demasiado y es un riesgo que no estoy dispuesta a asumir.

—No te precipites, Adaleda —dijo él—. Debemos pensar bien qué conviene hacer.

—Lo he pensado bien.

—Ha sido una imprudencia por parte de las chicas —intervino Elisa—, pero no es tan grave. Feliu no es como los demás sacerdotes, es amigable e incluso bastante ingenuo.

—Todos los curas son iguales —dijo Adaleda con un gesto de desprecio—. Por más que aseguréis que es inofensivo, no podemos fiarnos.

—¿Qué propones, entonces? —preguntó Arnau.

—Lo mismo que hizo Gisela con Ramir hace treinta años. Puedo borrar sus recuerdos mediante un bálsamo de trompeta del olvido. Se despertará confundido y no sabrá si ha sido real. Y luego necesito que vosotros lo convenzáis de que todo ha sido una pesadilla.

—¿Así que a Ramir le sucedió eso? ¿Fue a causa de unas plantas de Gisela? —dijo Arnau.

—Pero Ramir perdió la cabeza para el resto de su vida —protestó Elisa—. ¿No lo recordáis? Se olvidaba de las palabras, no era capaz de unir dos frases seguidas. Me preguntaba cada domingo por mi marido, aunque hacía años que había fallecido. ¿Le pasaría lo mismo a Feliu?

—En adultos los efectos de la trompeta del olvido son impredecibles —respondió Adaleda—. El bálsamo está pensado para las niñas que

empiezan una nueva vida de aprendices, pero Gisela lo usó como medida de emergencia y funcionó. Otra opción sería usar un veneno…

Arnau resopló y cruzó los brazos.

—Ninguna de las dos opciones me parece bien. ¡Estás hablando de matar a un sacerdote! Eran tiempos distintos, hace treinta años reinaba el caos. También eran hombres distintos.

—Es más arriesgado dejarlo ir, ha visto demasiado —repitió Adaleda.

—La solución que propones no sería sencilla —intervino Elisa—. Ayer Feliu recibió una visita del obispado, parecía alguien importante. Raquel no estaba en casa y no pudo averiguar de quién se trataba, y un vecino vio a Feliu poco después en el huerto y parecía furioso.

—¡Pues aún es más urgente que actuemos! —gritó Adaleda—. ¿Y si envía una carta al obispado para informar sobre nosotras?

—Paciencia —dijo Elisa con tono tranquilizador—. Yo averiguaría primero a qué se debió la visita. Si Feliu desapareciera de repente o perdiese la cabeza de un día para otro… sería sospechoso. Enviarían a alguien a investigar.

—¡Que lo envíen! Si Feliu no recuerda nada, buscarán a ciegas, y los forasteros que buscan a ciegas nunca han encontrado mi cueva.

—Pero nos encontrarán a nosotros y nos interrogarán —replicó Arnau.

Elisa estiró el cuello de su camisa hacia abajo y dejó a la vista una cicatriz brillante y en forma de cruz sobre el escote.

—Yo aún conservo la cicatriz del interrogatorio de hace treinta años. No me apetece pasar por ello otra vez. Vosotros erais pequeños y no sois conscientes…

—Me acuerdo perfectamente de los hombres que me llamaban «niña albina del demonio» y que quemaron mi casa.

—También hicieron arder mi masía, el caserío entero, y perdí a mi tía —replicó Arnau—. Todos perdimos una parte de nuestra vida aquella noche, pero no es la misma situación. Feliu nunca me ha dado ningún motivo para desconfiar de él. Yo esperaría antes de decidir.

—Podemos tenerlo vigilado —añadió Elisa—. Y actuar rápido si es necesario.

Adaleda miró primero a Arnau y luego a Elisa, y apretó los labios. Se habían puesto de acuerdo entre ellos. Sin su colaboración era imposible que el conjuro del nuevo comienzo funcionara, pues todos debían explicar luego a Feliu la misma versión de los hechos. Sin embargo, ella no se quedaría esperando sin hacer nada.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Arnau.

—En la cueva, con Núria.

—Creo que ella puede ganarse la simpatía del párroco —dijo Elisa—. Quizá él te sorprenda y se ponga de nuestro lado.

—No lo hará, se pondrá del lado de su Iglesia —replicó Adaleda, levantando el mentón—. Si queréis esperar, esperaremos. Sin embargo, tendré listas las plantas y usaré el bálsamo ante la mínima sospecha de que vaya a traicionarnos.

FELIU SALIÓ DE la cueva haciendo eses, aún parecía mareado y febril. Arnau le ordenó que se cubriera la cabeza con la capucha de la sotana para no ver el camino, y él obedeció sin rechistar y montó en *Pardal*. Adaleda se llevó la mano a los amuletos y murmuró unas palabras para atraer suerte y protección.

Núria la esperaba en la entrada de la cueva con la espalda apoyada en la roca. Se abrazaba a sí misma, pensativa.

—Espero que Arnau y Elisa lo hayan pensado bien y que Feliu no nos delate —dijo Adaleda—. ¿Qué te ha dicho mientras yo no estaba? ¿Crees que nos denunciará?

—No lo sé, no creo —respondió Núria—. Ada… Feliu me ha dicho dónde encontrar a mis tíos. Cuando mis padres murieron, los localizó y les llevó una carta.

La mujer se quedó rígida como una estatua a causa de aquella revelación inesperada. Se llevó la mano a los amuletos por segunda vez.

—¿Cómo puede saberlo? Tus padres eran forasteros y nadie de la zona los conocía.

—Por unos papeles que encontró en la bolsa de mi padre. Me ha dicho que vivíamos en La Seu.

Adaleda sintió una oleada de miedo. Núria había deseado conocer a su familia desde pequeña y ahora podía marcharse. Si se iba de su lado, no le quedaría nada. Debía permanecer con ella toda la vida y proseguir con las enseñanzas del Legado, igual que había hecho ella con su maestra Gisela.

Dijo lo primero que le acudió a la cabeza:

—Dudo que los encuentres, ha pasado mucho tiempo. Y, aunque logres dar con ellos, quizá no te crean o no quieran acogerte.

—Lo intentaré. No pretendo que me acojan en su casa, solo quiero pasar con ellos unos días, conocer mis orígenes, que me cuenten cosas de mis padres. Es la única manera que tengo de recuperar mi infancia.

—La Seu está muy lejos. No puedes hacer un viaje así tú sola, te asaltarían en los caminos.

—Ya pensaré la manera.

—No vayas, Núria. —Adaleda intentó decirlo con la firmeza de una orden, pero no le salió más que una súplica.

—No me puedes negar eso. —La joven le sostuvo la mirada con

determinación—. No me lo puedes impedir, ya no soy una niña.

NÚRIA SE DIRIGIÓ al rincón del bosque donde solía encontrarse con Jacina por las tardes; su amiga ya la estaba esperando. Parecía impaciente y rascaba con las uñas los líquenes de la roca en la que estaba sentada. Nada más verla le preguntó sobre Adaleda.

—Se enfadó, tardará en calmarse —respondió Núria, y se sentó junto a Jacina.

—Vino a Melers y estuvo discutiendo con mi padre y Elisa.

—Lo sé. Ellos la convencieron para que no envenenara a Feliu, menos mal.

—Oí a mis padres hablar del tema. Se ve que Adaleda y su maestra le borraron la memoria al anterior sacerdote. Por esa razón se quedó medio loco.

—¿Le borraron la memoria? ¿Cómo? No sabía que fuera posible.

—Eso oí. —Jacina se encogió de hombros.

Núria sacudió la cabeza; ya pensaría en ello más tarde. Ahora tenía noticias más urgentes.

—También he averiguado una cosa importante: Feliu sabe dónde puedo encontrar a mis tíos —dijo Núria, y le explicó a Jacina todo lo que el cura le había contado sobre su familia.

—Así que Feliu ha sabido todos estos años dónde vivían tus padres…

—Sí, tenía las respuestas aquí mismo, en Melers. Pero no sé cómo podré llegar. Ada me ha dicho que es un viaje demasiado largo para que vaya sola. Los caminos son peligrosos.

—La Seu d'Urgell no está lejos, a uno o dos días a pie, creo. Mi padre y mi hermano han estado allí varias veces porque hay una feria de ganado cada año. Diría que es ahora, en primavera. —Jacina calló unos segundos y luego abrió mucho los ojos—. ¡Podríamos ir las dos! Le preguntaré a mi padre si nos deja acompañarlos. Sería divertido, no he estado nunca en una ciudad como La Seu. ¡Y te ayudaría a buscar a tus tíos!

—Sí, es una buena idea. Si viajamos con tu padre, Ada no tendrá excusas para preocuparse. —Parecía una buena oportunidad. Sin embargo, Núria intentó contener su optimismo: no quería ilusionare aún.

—Bueno, Adaleda siempre encuentra motivos para estar preocupada. ¿Crees que te lo prohibirá?

—¿Cómo? No puede impedírmelo.

Jacina sonrió.

—¡Así me gusta! Aunque podría atarte de manos y pies mientras

duermes —dijo con tono burlón—. O borrarte la memoria y dejarte medio lela, si quisiera.

Núria forzó una sonrisa; con todo lo que había sucedido en las últimas horas, le costaba tomárselo en broma.

—Primero tienes que preguntarle a tu padre si planea ir a la feria este año.

—Se lo preguntaré en cuanto llegue a casa. Y si me dice que no, lo convenceré. —Jacina le guiñó un ojo.

TRES DÍAS DESPUÉS de descubrir a las curanderas, Feliu llamó a la puerta de Jeroni esperando recibir respuestas sensatas. Desde que abandonó la cueva apenas había dormido: su cabeza se empeñaba en repasar lo ocurrido una y otra vez, y las preguntas sin salida lo atormentaban más que el dolor en el hombro.

Había intentado hallar una solución que no conllevara mentir a Climent, y que tampoco lo obligara a traicionar a los vecinos de Melers. La conversación que había mantenido con Arnau el día que lo recogió en la cueva no lo había ayudado: sus opiniones eran tan radicales como las del arcediano, pero en el extremo opuesto. Había despotricado contra la Iglesia y todo lo relacionado con ella, y lo había presionado para que no delatara a Adaleda y Núria.

Feliu al principio se había propuesto resolver el dilema él solo, pero ya no podía más: necesitaba desahogarse y recibir consejo para conservar la cordura.

Jeroni abrió la puerta y apoyó un hombro en el marco. Parecía agotado y tenía ojeras. Le explicó que Laura, su ama de llaves, había caído enferma.

—No es grave, un catarro fuerte. Tiene que guardar cama para descansar y esta vez me toca a mí cuidar de ella.

—Rezaré para que mejore pronto.

Feliu sospechaba que Jeroni y su ama de llaves mantenían una relación más estrecha de lo habitual, aunque nunca lo había mencionado. Los dos se sentaron frente a la chimenea.

—Hace unos días descubrí algo que me tiene preocupado. Conocí a una mujer que vive en una cueva cerca de Melers, apartada de la parroquia —dijo Feliu. Intentaba describir a Adaleda sin ser alarmista.

Jeroni lo observó unos instantes.

—¿Y esa mujer está relacionada con el vendaje tan bien ajustado de tu brazo derecho?

Se miró la venda que asomaba bajo el cuello de la sotana y tragó saliva con dificultad. Así que Jeroni lo sabía, igual que todos los demás. Él era el único que permanecía al margen.

—Sí —admitió.

—¿Y qué hubiera pasado si no te hubiera curado?

—Probablemente habría muerto. Tenía mucha fiebre y una herida infectada.

—Pues en lugar de preocuparte, deberías estar agradecido.

—Si ya lo sabías, ¿por qué no me lo contaste? —Feliu se sentía indignado—. ¿Por qué los aldeanos mienten y me ocultan estas cosas? ¿Por qué a nadie le preocupa que se enteren en el obispado?

—A todos les preocupa, por eso nadie te lo había contado. Saben los problemas que podría acarrear, las miradas que podría atraer, y quieren evitarlo. Pero está claro que ahora tus parroquianos confían en ti, y por eso te ayudaron y no te dejaron morir.

Feliu torció el gesto. No había ocurrido de esa manera y decidió no dar detalles.

—Hace tres días recibí la visita de Climent, el nuevo arcediano. Me advirtió de la existencia de herejes en esta zona, como si hubiera previsto lo que iba a pasar. Me pidió que le diera nombres. No puedo desobedecer una orden directa como esa.

Jeroni se cubrió los ojos con los dedos deformados por la artrosis y suspiró con amargura.

—Yo que quería vivir mis últimos años en paz… —Miró a Feliu fijamente antes de continuar—. Parece que la historia se repite, nunca aprendemos.

—¿Qué historia?

—No es la primera vez que vienen por aquí a cazar supuestas brujas. Me pregunto de dónde salen. ¿Se trata de hombres corrientes que se despiertan un día con ganas de sembrar cizaña, como los que provocan incendios solo por el gusto de ver las llamas?

—Es normal que lo denuncien, la superstición va en contra de la fe.

—¡Como si fuera lo único! En cuanto aparecen acusaciones de brujería, se desata la locura y dejan de importar los hechos reales. Lo que hacen las curanderas no conlleva maldad. Ella le salvó la vida a Laura una vez, hace tiempo.

Se quedaron en silencio contemplando el fuego.

—Cuéntame lo que sucedió en el pasado. ¿Quién vino? ¿También el arcediano? —preguntó Feliu.

—No. Sucedió hace unos treinta años. Todo empezó cuando el párroco de Llívia hizo llamar a un predicador. Se oían rumores sobre una niña blanca que curaba milagrosamente mediante métodos poco cristianos, y el párroco pensó que debía actuar. El predicador se plantó en la plaza y empezó a despotricar contra las brujas. Su discurso era peor que la bilis. No sé cómo lo consiguió, pero convenció a los que lo escuchaban. Y empezó el desastre: vecinos que se acusaban entre ellos de conspirar con la bruja, pueblos enteros que se

volvían los unos contra los otros, grupos que perseguían a mujeres y las apedreaban. Por cualquier cosa se buscaba a un culpable, desde un dolor de muelas hasta una mala cosecha, o un niño que nacía bizco. ¡Todo parecía ser provocado por la magia negra!

—Y los sacerdotes, ¿qué hicisteis?

—También acabamos enfrentados entre nosotros y con los aldeanos. Al padre Ramir le afectó tanto el embrollo que nunca volvió a ser el mismo. Al final vino el obispo Despés a imponer un poco de orden y sensatez, aunque no se dignó levantarse de su silla hasta que notó la caída en los diezmos. Entonces, aquí ya se estaban quemando graneros, envenenando a las ovejas y haciendo juicios populares sin sentido. Murió una mujer en la horca, varias fueron torturadas. Otras dos muchachas desaparecieron, como si el bosque se las hubiera tragado.

—Quizá debería hablar con el obispo en lugar de con Climent —dijo Feliu, pensativo.

—¿Y qué crees que hará si se lo cuentas?

—No lo sé, buscará una solución sensata igual que hizo en el pasado.

—Denunciar estas cosas es como tirar ascuas sobre la paja. Quizá el obispo se verá en la obligación de organizar un juicio. No sabemos si le debe algún favor a Climent o si ha recibido órdenes de arriba. Lo que sí que sabemos es quién podría acabar malparado, ¿es eso lo que quieres?

Un silencio tenso se apoderó de la estancia. Los argumentos de Jeroni no eran los que Feliu esperaba escuchar. Estaba más confuso que antes.

—Si decides denunciar, te quedarás solo —advirtió Jeroni—. Nunca te lo perdonarán.

—Pero si no doy nombres, Climent regresará a Melers y hará los interrogatorios él mismo. Y seré yo quien sufra las consecuencias si descubre algo.

—Por lo que parece, de momento no tiene nada. Si contara con algo firme, en vez de preguntarte habría detenido a los sospechosos. Los que vivimos aquí hemos aprendido a responder ese tipo de preguntas: dile que a veces llegan mujeres a esta zona a recoger hierbas. Duermen unos días en el bosque, deambulan por las aldeas y ninguna se queda demasiado tiempo. Y asegúrale que no has detectado sospechas de ningún caso de brujería.

FELIU DESCABALGÓ EN la plaza de Melers y dejó la mula en las cuadras. Se detuvo un momento en la puerta de su vivienda. En el marco

alguien había dibujado una estrella de siete puntas con una cola en forma de garfio; era el mismo símbolo que había en la puerta de Elisa y que también había visto en una fuente de camino a Dorres. Se agachó para observar de cerca la estrella y entrevió algo insertado entre dos piedras de la pared. Introdujo un dedo para extraerlo: se trataba de una especie de rosario de pequeños huesos, semillas y plumas, similar al que había encontrado durante su primera noche en Melers.

Dejó caer el amuleto al suelo y le dio un puntapié para alejarlo de la puerta. Miró alrededor y se preguntó si lo estarían vigilando. Se imaginó a la mujer de pelo blanco merodeando por ahí por la noche, mientras él dormía, y le dio un escalofrío. Decidió que en adelante atrancaría la puerta por las noches.

Entró en la casa sintiéndose más agotado que en toda su vida, y se sentó frente a una hoja de papel con la intención de escribir una carta a Climent y zanjar el asunto que no lo dejaba descansar ni vivir. Sin embargo, aún no había decidido qué iba a decirle.

La opción fácil era darle al arcediano lo que quería. Feliu hervía de rabia cada vez que pensaba que Climent tenía razón. Todo el pueblo estaba compinchado y él no había sido capaz de sospechar nada en cinco años. Podía pedirle que, a cambio de la información, no tuviera que regresar nunca a Melers. Se alojaría en la Seu hasta que autorizaran su traslado a Blanes. El arcediano le había prometido que podía ser ese mismo verano. Recogería sus pertenencias y se iría sin despedirse. Raquel llegaría a la mañana siguiente a su casa y la encontraría vacía. Y si le dejaba una nota para agradecerle su compañía y los detalles que habían hecho su vida más agradable, no sabría leerla. También imaginó que Arnau estaría pendiente por si regresaba y, al ver que no lo hacía, pensaría que era un cobarde y un traidor. Si le explicaba a Climent cómo había llegado a la cueva de Adaleda, Arnau y su familia tendrían problemas. Y si inventaba otra historia sin dar nombres, interrogarían a todo el pueblo.

No podía hacerlo.

Suspiró y se cubrió la cara con las manos. Raquel entró en la casa con sigilo y él se sobresaltó cuando la muchacha le preguntó si se encontraba bien. Cargaba con el cesto de la ropa recién lavada y lo miró con preocupación.

—Solo estoy cansado. Aún no me he recuperado de la fiebre.

Ella asintió y salió al huerto a tender la ropa. Al poco rato, escuchó que Raquel saludaba a alguien y oyó unos golpecitos en la puerta trasera. Se preguntó quién sería; las visitas siempre se presentaban en la entrada principal. En el umbral se encontró con Núria y recordó que había prometido entregarle el libro de su padre.

—¿Cómo está tu hombro? —le preguntó—. ¿Has tenido fiebre estos

días?

—La primera noche en casa tuve fiebre, pero el dolor va remitiendo. Gracias por preocuparte.

Ella le sonrió.

—No es nada. Para que acabe de curarse, la limpiaré y cambiaré el vendaje. Además, te he traído unas flores de saúco para la tos. Échalas a las brasas; te sentará bien respirar el humo.

Lo ayudó a quitarse la sotana y le aplicó un ungüento sobre la herida. Le vendó el hombro y le ajustó un cabestrillo encima de la ropa.

—Supongo que has venido por las pertenencias de tus padres —dijo Feliu, mientras ella comprobaba si el vendaje había quedado bien apretado.

—Sí, me gustaría conservarlas.

Feliu fue a buscar la bandolera al armario y cogió la Biblia impresa del estante de los libros. De un soplido le quitó el polvo de la parte superior.

—Este es el libro en el que encontré los papeles, aún están dentro. Tu padre era tipógrafo.

—¿Qué significa eso?

—Imprimía libros como este en su taller.

Núria sacó de entre las páginas de la Biblia uno de los papeles y lo analizó. Bajo un dibujo de unos libros abiertos había cuatro líneas de texto.

—De pequeña conocía todas estas letras, pero he olvidado algunas. —Siguió las palabras con el dedo índice—. La Seu… ¿qué pone aquí?

—Urgell.

—Taller… —La chica pronunció con dificultad y no supo continuar —. ¿Y aquí?

—De impresión de Joan Grau —dijo Feliu—. ¿Tu padre te enseñó a leer?

—Eso creo; no me acuerdo bien.

Núria abrió la Biblia y frunció el ceño.

—Está escrita en latín —dijo Feliu.

—Qué lástima, me hubiera gustado leer el libro de mi padre.

—En realidad todas las biblias dicen lo mismo.

—¿Y ninguna está escrita en lengua normal?

—No. Está prohibido. —Ella lo miró con extrañeza—. ¿Quieres que te enseñe dónde está enterrada tu familia?

La muchacha asintió y fueron hasta la tumba de su familia en el cementerio. La cruz de madera que Feliu había clavado en el suelo cinco años atrás estaba torcida y un poco descompuesta.

—Núria, deberías ir a vivir con tus tíos y alejarte de Adaleda. Esa mujer solo puede traerte problemas —dijo mientras trataba de

enderezar la cruz.

La joven negó con la cabeza.

—Iré a buscar a mis tíos para conocerlos y luego regresaré.

—¿Por qué?

Observó pensativa la tierra gris que se extendía entre sus pies y la cruz.

—Adaleda es mi maestra y también mi familia. Gracias a lo que me ha enseñado, me he convertido en alguien… especial. Los demás acuden a nosotras porque somos capaces de ayudarlos. Vienen con esperanza, algunos desde muy lejos. ¿Podría tener algo así si viviera con mis tíos?

—Supongo que no.

—Me gustaría cambiar algunas cosas, pero de momento no me planteo marcharme para siempre. Este es el único lugar al que puedo llamar hogar. ¿Tú dejarías de ser sacerdote?

La pregunta lo sorprendió. Nunca se lo había planteado como una elección.

—Igual que tú, yo no escogí mi camino. Pero reconozco que ser sacerdote tiene su parte buena. Soy feliz cuando acompaño a los parroquianos en los momentos importantes y también me gusta sentirme parte de la comunidad.

Él comprendía las razones de Núria para quedarse en la cueva. En realidad, eran parecidas a las suyas: a ambos les gustaba sentirse útiles. Tras unos instantes de silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, Núria le dio las gracias por el libro y la bandolera. Salieron del cementerio y ella se dirigió al bosque por el sendero que rodeaba la aldea.

De nuevo en casa, Feliu se sirvió algo de comer mientras Raquel iba de aquí para allá con un escobón en la mano.

—¿Conocías a Núria? Antes he oído que la saludabas —preguntó Feliu.

Raquel pareció apurada por la pregunta. Tragó saliva y evitó su mirada.

—Bueno… no la conocía, aunque la había visto algunas veces. La saludé igual que saludo a todas las visitas, ¿no?

—No pretendo sonsacarte nada ni juzgarte, es solo que, con todo lo que ha sucedido estos días… Quería saber qué piensas, nada más.

Feliu deslizó la silla que había a su lado y le indicó que se sentara. Ella apoyó el palo del escobón en la pared y tomó asiento con la espalda tensa.

—¿Crees que estoy haciendo una buena labor en Melers?

—Sí.

Esperó a que dijera algo más, pero Raquel se mantuvo callada.

—Valoro mucho tu forma de trabajar, cuidas todos los detalles. No te lo había dicho nunca. En realidad, no se me ocurre nada que pudieras mejorar. Quizá me gustaría que me contaras más sobre ti, sobre lo que piensas o lo que deseas, conversar de tanto en tanto.

—Pues no sabría qué contar sobre mí… —Raquel miró al techo y relajó los hombros cuando se le ocurrió algo que decir—. Mi hermano mayor quiere irse de Melers. Dice que este es un pueblo muy pequeño sin futuro para los jóvenes. Cuando se vaya, lo echaré de menos.

—¿Y tú? ¿Eres feliz en Melers?

—Sí, no puedo quejarme. Me gusta trabajar para usted, padre, siempre es amable.

Lo miró unos instantes y luego se concentró en su regazo.

—Si te soy sincero, cuando me trasladaron aquí pensé que era el peor sitio al que me podían destinar. En cambio, ahora… este podría ser mi hogar para el resto de mi vida. —Sintió una punzada de añoranza. Si sus palabras se cumplían, nunca volvería a ver el mar.

—Los vecinos estarían contentos de oír eso.

—¿De verdad? A veces me siento distante… al margen de la vida del pueblo. Aún hay cosas importantes que nadie quiere contarme.

—Pues yo no he oído ninguna queja sobre usted. Creo que lo que pasa es que aquí vienen tan pocas personas nuevas que el último en llegar es el forastero durante muchos años. Para mí usted ya es uno más de nosotros.

Feliu sintió el impulso de cogerla de la mano, pero se contuvo.

—¿Te han hablado del arcediano que vino el domingo? Buscaba información sobre ciertos rumores que se oyen sobre esta zona. Me preocupa que regrese y haga preguntas sobre Adaleda y Núria, y que algunos de los aldeanos os veáis en apuros.

Raquel apoyó una mano en el antebrazo de Feliu; los dedos blancos y finos resaltaban sobre la sotana marrón.

—No te preocupes, si tú estás de nuestro lado conseguiremos salir de esta —dijo ella en voz baja. Era la primera vez que le hablaba en este tono íntimo y confiado, y su timidez lo enterneció.

—Siempre estaré de vuestro lado —le respondió. No pensó las palabras antes de decirlas, simplemente le salieron del alma.

—Entonces todo irá bien.

Se miraron durante un instante. Luego ella se levantó y se llevó el escobón a la cocina. Feliu llegó a la conclusión de que, si una muchacha tan buena y sencilla como Raquel no desconfiaba de las curanderas, sería porque no existían motivos reales para preocuparse.

Poco después, de pie frente a la chimenea, leyó por quinta vez el texto que había escrito para Climent. Se había esforzado para que

sonara convincente. Se arrepentía de haberle enviado al obispo las cartas sobre los hechos inusuales durante su primer año en Melers; se había equivocado al predecir las consecuencias y ahora debía afrontarlo. Dudaba de si la nueva carta sería suficiente para borrar las sospechas, Climent parecía de ese tipo de personas que no se rendía hasta conseguir sus propósitos.

Feliu siguió el consejo de Jeroni y contó que algunas curanderas ambulantes se habían instalado en los bosques de Melers durante unos días para recoger hierbas. Dijo que había interrogado a algunos aldeanos y que no había encontrado indicios de herejía. También se comprometió a vigilar de cerca a los peregrinos que se alojaban en Melers con destino a Dorres, para que no difundieran doctrinas alejadas de la fe.

Deseó ser más astuto para poder enfrentarse a Climent. Si fuera más ágil con la oratoria y más persuasivo, tendría mayores posibilidades en su próximo encuentro. Además, temía las consecuencias de sus mentiras y el castigo que podían imponerle. Temía fallar a sus parroquianos y decepcionar a Raquel.

Capítulo 12

EL DÍA DE su partida hacia La Seu, Núria observó el amanecer desde la entrada de la cueva, abrigada con una manta y envuelta por el vaho de su respiración. Había despertado en mitad de la noche y no había sido capaz de volver a dormirse. Planeaba en su cabeza la primera conversación que mantendría con sus tíos. ¿Cómo podía presentarse ante ellos tras tantos años? Sin embargo, antes debía encontrarlos.

Cuando desaparecieron las últimas estrellas, regresó a la cueva y cerró el fardillo que ya tenía preparado. Tan solo llevaba lo esencial: comida, abrigo, dinero y un papel con la dirección del taller de impresión. No quería cargar peso innecesario, pues tenía por delante una larga caminata. A la salida de la cueva, Adaleda ató un nuevo amuleto a su collar: una pluma de lechuza blanca. Núria lo escondió bajo su camisa.

—Ten mucho cuidado —la advirtió su maestra—. No te separes de Arnau y haz todo lo que él te diga.

—No te preocupes, volveré en una semana. No tendrás tiempo de echarme de menos —respondió con una sonrisa.

De camino a Melers, recogió un ramillete de violetas, las llevó al cementerio y las colocó sobre la tumba de sus padres. Había visto flores sobre otras tumbas y con ese gesto quería mostrar que pensaba en ellos. Al tomar el sendero hacia la masía de Arnau, identificó de lejos a Feliu, que araba el huerto trasero de su casa. Se despidió agitando la mano en el aire y él le devolvió el saludo.

La neblina de la mañana ya se había disipado cuando Arnau y Damià amarraron a *Pardal* entre las dos varas de la carreta y partieron de Melers a pie. Durante las primeras horas de viaje, caminaron los cuatro solos y lo único que se escuchaba era el traqueteo de los tarros de miel y el parloteo de Jacina. Al pie de las montañas tomaron un camino el doble de ancho y mucho más concurrido que recorría el valle en dirección oeste. A medida que avanzaban, se unían a ellos viajeros que provenían de los pueblos asentados entre los campos o colgados de las montañas.

La mayoría de las personas que se encontraban en el camino se dirigían a la feria de ganado. Los carros y carretas se fueron agolpando, y a mediodía se encontraron en medio de una caravana que avanzaba lentamente. Núria se fijaba en las expresiones de los

desconocidos a su alrededor: pastores que se saludaban y recordaban la feria del año anterior; mercaderes que coincidían por primera vez y hablaban del tiempo; parientes lejanos que compartían una botella de vino, y multitud de caminantes con los pies cubiertos de polvo y sin prisa por llegar a su destino. Núria tuvo la impresión de asistir a una celebración improvisada y no tardó en contagiarse de la alegría que desprendía el ambiente.

A la hora de comer, se sentaron en el margen de un río que discurría paralelo al camino, cerca de otros grupos de viajeros. Arnau les indicó que el río se llamaba Segre y que seguirían su cauce hasta La Seu. Núria sacó de su bolsa la empanada de conejo que había preparado el día anterior.

—Este hombre de aquí al lado es el cirujano de Puigcerdà —dijo Arnau en voz baja, inclinando un poco la cabeza para que entendieran a quién se refería—. Adaleda opina que empeora las heridas en vez de curarlas.

Núria miró con disimulo en la dirección que indicaba. A la sombra de un chopo, un hombre de mediana edad estaba almorzando en la hierba junto a dos jóvenes. Ella también había oído hablar de él.

—El año pasado vinieron a la cueva tres enfermos que antes habían acudido a él y no habían mejorado —dijo también en un susurro—. Usa métodos raros para cerrar los cortes, aunque, por lo que dicen, arregla bien los huesos rotos.

—¿Los dos chicos que están con él son sus hijos? —preguntó Jacina.

—Eso parece —respondió Arnau.

—¿Luego podemos ir a hablar con ellos? —Jacina miró a su padre con cara de santa.

—¿Para qué? —contestó él.

—Para conocerlos. Mira a tu alrededor…, ¡somos los únicos que no nos mezclamos con los demás!

Arnau puso los ojos en blanco.

—Cuando nos pongamos en marcha me lo pensaré.

Al poco rato, el cirujano y sus hijos se levantaron. Jacina se apresuró a coger las riendas de *Pardal* y lo llevó hasta el camino, Damià y Núria la siguieron. Se pusieron en marcha tras la yegua cargada de fardos del cirujano. El hombre reconoció a Arnau y se acercó a saludarlo, y Jacina aprovechó la ocasión para presentarse. Núria oyó que mencionaban el nombre de ella y el de Damià, y los señaló con un ademán de muñeca.

Núria guiaba a *Pardal* de la brida y Damià caminaba a su lado en silencio. Nunca hablaban demasiado: el muchacho era tan taciturno como su padre. Unos pasos más adelante, Jacina sonreía con insistencia al hijo mayor del cirujano. El hijo menor se fue quedando atrás poco a poco, hasta que se situó junto a ellos.

—Tú eres Núria, ¿verdad? —le preguntó con una sonrisa. Tenía un caminar despreocupado y liviano, con los pulgares colgando del cinturón. Ella asintió.—. Tu padre nos ha dicho antes tu nombre.

—Arnau no es mi padre. Mis padres murieron cuando era pequeña y ellos me acogieron. —Núria y Jacina habían inventado esa historia unos días antes de partir, por si alguien les preguntaba.

—Vaya, lo siento.

Ella se encogió de hombros, no le apetecía inventar más respuestas, así que trató de no darle importancia al asunto.

—Era tan pequeña que no me acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Guim.

—¿Es la primera vez que vas a La Seu?

—No, he tenido que ir muchas veces.

—Qué suerte. —Núria le sonrió.

—¿Suerte? Bueno… Ya sé que es fantástico caminar durante horas por un camino polvoriento bajo el sol, sobre todo con dolor de pies y las ingles escocidas. Y también se disfrutan los catres llenos de pulgas en las posadas. Pero yo preferiría quedarme en casa.

Guim torció los labios en una media sonrisa. Núria no entendía si hablaba en serio o se trataba de una broma.

—Pues yo no he estado nunca y me hace ilusión conocer un sitio nuevo, apenas salgo de Melers. De hecho, Jacina y yo tuvimos que insistir bastante para que nos dejaran venir.

—Melers… me suena. ¿Es la aldea que está de camino a Dorres?

—Así es.

Guim se adelantó unos pasos, se volvió hacia Núria y caminó de espaldas mientras la miraba de frente. Ella intentó adivinar la edad del chico: quizá tuviera más de quince años, seguramente menos de veinte.

—¿Entonces no viajas para trabajar ni para vender nada? ¿Solo te has ofrecido a caminar por gusto desde allí arriba hasta La Seu para ver qué te encuentras?

—Sí. —Ella vaciló, no estaba dispuesta a explicar su motivo real al primer desconocido que encontraba—. Aunque ayudaré a Arnau en lo que pueda.

—Si nos vemos a la vuelta, ya me dirás si ha valido la pena. —Guim le guiñó un ojo, giró sobre los talones y continuó caminando en el sentido de la marcha al lado de *Pardal*.

—¿Tu padre te obliga a venir?

—Sí, debo colaborar en el negocio familiar. Asistimos a ferias y mercados varias veces al año para darnos a conocer.

—Es cirujano, ¿verdad? —Él asintió—. ¿Y no te gusta curar a los enfermos?

—En realidad eso es lo único que me motiva para levantarme cada

día. Pero en este viaje tengo asignada otra tarea, más propia del hijo menor.

—¿Qué tarea?

—Ser «el gancho». —Guim levantó el dedo índice y lo curvó en forma de gancho, a la vez que pronunciaba las palabras con una importancia exagerada.

—¿Qué es eso?

Guim dio un salto hacia delante y se plantó en el centro del camino con los brazos extendidos. Núria tiró de la brida para detener a *Pardal*. Damià, que había permanecido en silencio hasta entonces, la miró con los ojos muy abiertos y se llevó un dedo a la sien, como diciendo que Guim estaba loco. Ella rio y fijó su atención en el chico, que se alisó el jubón granate y sacudió el polvo de sus calzas marrones con teatralidad ensayada.

—Damas y caballeros —dijo trazando un arco con el brazo extendido, como si estuviera rodeado por un público invisible—. ¡No busquen más! Han hallado por fin el remedio a sus dolencias. Ante ustedes tienen a Marcel Esteve, cirujano en la villa de Puigcerdà. ¿Tienen heridas infectas? ¿Calenturas en las nalgas? ¿Juanetes en los pies? —Se señaló primero el trasero y luego los pies con una floritura —. ¿Sabañones en los dedos? ¿Dolores de muelas? ¿El estómago del revés? —Se llevó una mano a la mandíbula y la otra a la barriga—. Confíen en las manos de don Marcel y el amargo dolor se tornará dulce miel.

Luego hizo una reverencia ante el público imaginario y Núria soltó una carcajada.

—En este momento la gente suele aplaudir en vez de reír. —El chico se encogió de hombros y sonrió.

Reanudaron la marcha. A los pocos minutos alcanzaron a Jacina y al hermano de Guim, que caminaban despacio el uno junto al otro. Arnau, que hasta entonces había estado charlando con el cirujano, se acercó a su hija y le mandó que regresara junto a la carreta.

—Bueno, si tienes alguna dolencia, ya sabes a quién acudir —sugirió Guim.

—No lo dudaré —dijo Núria, sonriendo—. Espero que nos veamos en La Seu, o a la vuelta.

El muchacho levantó la mano extendida como despedida. Aceleró el paso hasta llegar junto a su padre, acarició la crin de la yegua y cogió las riendas.

PASARON LA NOCHE en el establo de una masía a cambio de unas pocas monedas. Al día siguiente el camino se internó en un paso angosto,

siguiendo el curso del río Segre, y a media mañana Arnau anunció que ya habían salido del valle de La Cerdanya.

Divisaron las murallas de La Seu a primera hora de la tarde. El último tramo del camino estaba abarrotado de carromatos cargados hasta los topes, comerciantes, pastores, rebaños, animales de tiro y campesinos que viajaban a pie. Dos hombres con armadura custodiaban las puertas de la ciudad. Al llegar frente a ellos, Arnau mostró los tarros de miel y entregó una moneda a un alguacil, que la dejó caer sobre un montoncito de dinero y garabateó algo en un pergamino.

Tras cruzar la muralla, Núria sintió el aire caliente y un olor fuerte a sudor humano y orín. Centenares de voces resonaban entre los edificios, que se elevaban varias plantas y apenas dejaban ver el cielo. Por primera vez fue consciente de que la mayoría de las personas eran más altas que ella, y se vio rodeada por un muro de espaldas y hombros que la apretaban y empujaban. Tuvo que esforzarse para no perder de vista a Arnau y Jacina entre el gentío.

Instalaron la carreta bajo un soportal en una calle oscura, entre un hombre que vendía cachorros de mastín y una familia que criaba aves de corral. Damià ató a *Pardal* a una de las columnas y su padre expuso tres tarros de miel sobre una caja.

—Os dejo a cargo de la miel, voy a comprar las ovejas antes de que se lleven las buenas —les dijo.

Jacina se situó en el borde del soportal con los brazos en jarras y empezó a anunciar la mercancía con voz cantarina. El primer cliente no tardó en aparecer, y Núria se sentó en la carreta para ir alcanzando los tarros a su amiga.

Observaba con curiosidad a los transeúntes que pasaban por la calle. Entre los campesinos y jornaleros, que vestían con los colores desgastados de la tierra, destacaban algunas personas con vestidos y capas amplias de colores brillantes, adornados con pliegues ondulados, mangas anchas y pantalones bombachos. Todas las prendas que llevaban estaban hechas con mucha más tela de la necesaria, como si quisieran ocupar un espacio mayor del que les correspondía.

Cuando las campanas de la catedral tocaron las cinco, decidió no retrasar más la búsqueda de su familia. Sacó el papel impreso de la bolsa y respiró hondo. Jacina le pasó un brazo sobre los hombros.

—No estés nerviosa, seguro que tus tíos te recibirán bien.

—Espero no perderme —respondió Núria.

Sus únicas referencias eran las indicaciones de Feliu: el taller se encontraba en la parte baja de la ciudad, junto a las murallas, rodeado de curtidurías. Frente al puesto de miel, un reguero de agua sucia corría calle abajo, cavando un surco en el barro y sorteando ruedas, pies y pezuñas. Núria decidió seguir su curso. Pasó de la calle

porticada a otra más estrecha y cruzó una plaza repleta de tenderetes de quesos y embutidos. Luego continuó descendiendo por una calle amplia. Las fachadas a ambos lados eran señoriales y lucían muchos adornos esculpidos. Pasó frente a un portalón grande con una aldaba en forma de cabeza de león, y algo le dijo que debía mirar hacia arriba. Desde el alero del tejado, ocho cabezas de toro talladas en las vigas la miraron con ojos vacíos. No era la primera vez que las veía. Animada por el vago recuerdo que acababa de recuperar, bajó unas escaleras y se encontró en una zona de la ciudad más abierta con casas más bajas. Intuyó que debía de estar cerca.

Junto a las murallas, varios talleres de cuero se alineaban en los bajos de los edificios colindantes. Se asomó a uno de ellos y arrugó la nariz a causa del hedor que desprendían las pieles recién curtidas, más fuerte incluso que el olor de la ciudad. Recorrió toda la calle, pero no encontró ninguna imprenta de libros, ni tampoco un cartel que señalara el taller de la familia Grau. Ninguno de los edificios le resultó familiar.

Al ver que su única opción consistía en preguntar, entró en uno de los talleres pequeños y desdobló el papel del taller de su familia.

—Perdón si les molesto, me preguntaba si me podrían ayudar. —Un hombre con las manos rojas y callosas, que estaba cortando una lámina de cuero con unas tenazas, levantó la cabeza. Ella le mostró el papel—. Busco el taller de la familia Grau.

—No lo conozco, aquí no hay ningún taller que se llame así —respondió, y siguió con su trabajo.

Núria intentó no desanimarse. Avanzó hasta el siguiente taller y la respuesta fue la misma. Tras otros tres intentos fallidos, al fin una mujer arrugó el ceño al oír el apellido de su familia.

—Los Grau se fueron hace años. Vendieron el taller y se llevaron los aparejos para hacer libros.

La mujer, de unos cincuenta años, llevaba el cabello recogido debajo de una cofia y sujetaba un punzón sobre una silla de montar.

—¿Dónde estaba su taller?

—Justo aquí. —Señaló el edificio contiguo—. El dueño murió, recuerdo que un sacerdote me dejó una carta para su familia. El hermano lo heredó todo y vendió el local y la vivienda unos meses después. Dijeron que se iban a Girona para continuar con el negocio de los libros, allí hay más clientes que en La Seu.

—¿A Girona? —repitió Núria, decaída por la desilusión.

—Eso dijeron.

—Muchas gracias, me ha sido muy útil.

Cruzó la calle frente al taller que había pertenecido a su familia, ahora convertido en una curtiduría, y levantó la vista hacia la casa en la que había crecido. Era muy similar a las que había alrededor —con

el tejado de pizarra, dos ventanas en la planta principal y cuatro arcos en la buhardilla—, pero no encontró ningún detalle que le resultara familiar. Luego vagó por las calles de La Seu con la mente distraída. De pequeña había vivido allí varios años y aun así se sentía como una extraña.

Se dejó llevar por el gentío y llegó a una plaza repleta de puestos de hortalizas. En la esquina más ajetreada, una mujer de mediana edad vendía hierbas y raíces. Dos compradores esperaban su turno para ser atendidos. Núria reconoció los ramilletes de tomillo, las flores de manzanilla y caléndula, las hojas de tilo y las raíces de genciana. También había otras plantas que no conocía. La tendera entregó una bolsita a una clienta.

—Ya verás como le mejorará el dolor de barriga al niño.

—Eso espero —respondió la clienta—. Desde que cerró la herboristería del pasaje de Santa Maria, ya no sabía a quién acudir.

—¿No hay ningún puesto de hierbas en el mercado semanal?

—Solía venir Marcela, pero también la ahuyentaron desde el obispado. Corren rumores y ninguna quiere arriesgarse.

—No me había enterado. —La mujer miró preocupada a su alrededor, como si temiera que alguien quisiera cerrarle el negocio de repente.

—Han hecho algunos registros, aunque hoy puedes estar tranquila: durante la feria no salen de su palacio.

La mujer pagó las hierbas y cedió el sitio al siguiente cliente, que se inclinó sobre el mostrador y pidió en un susurro lo que necesitaba.

Mientras Núria intentaba estudiar las plantas desconocidas sin que se notara demasiado, un alboroto estalló en el centro de la plaza. Unos artistas callejeros habían iniciado un espectáculo. Sonó una flauta y un tambor, y por encima de las cabezas de la gente aparecieron unas bolas de colores lanzadas al aire.

—Muchacha, ¿qué necesitas? —La herborista le indicó que se acercara—. No tengas miedo, soy discreta. ¿Es esto lo que quieres?

Sacó de debajo del mostrador un cesto con corona de rey. Núria conocía bien esa planta: formaba parte del remedio para evitar embarazos.

—No, solo estaba curioseando. ¿Qué planta es esta? —Señaló unos palitos carnosos por dentro.

—Regaliz. Es eficaz para las dolencias de la digestión.

—¿Y dónde se recoge?

—Uy, viene de muy lejos, se la compré a un boticario. Son diez dineros por tres ramas.

Núria las compró, aunque era bastante caro. Esa planta no aparecía en el libro del Legado y quería saber qué opinaba Adaleda sobre ella.

Luego rodeó a los artistas callejeros, que hacían equilibrios sobre

unas sillas y se lanzaban todo tipo de objetos los unos a los otros. De reojo, vio a un niño que se acercó por detrás a un hombre distraído, alargó el brazo y le quitó el monedero. Núria se llevó la mano al suyo y, tras comprobar que seguía atado a su cinturón, decidió que ya era hora de volver junto a Jacina.

ESA NOCHE CENARON en una taberna cercana a su hospedaje. Cuando el tabernero recogió los restos de la cena, Núria se sorprendió por la cantidad exagerada de jarras vacías de cerveza que habían acumulado los hombres de la mesa de al lado, que estaban cada vez más borrachos. Arnau les habló por encima del barullo.

—No tardaremos en marcharnos. Por la noche es peligroso merodear por la ciudad.

Núria ya había percibido el cambio en el ambiente. A medida que bebían, los hombres gritaban más, se reían con carcajadas más exageradas y se volvían más brutos. También habían aparecido unas mujeres que paseaban entre las mesas con vestidos escotados, acariciaban las mejillas de los borrachos y les sonreían como si fueran adorables, causando aún más alboroto.

En una de las mesas estalló una bronca. Tres hombres se levantaron, volcaron varios taburetes y se amenazaron a gritos entre tambaleos.

—Hora de irse —dijo Arnau.

Los cuatro se pusieron en pie y se dirigieron a la salida, pero los hombres enzarzados en la pelea les bloquearon el paso. Jacina y Núria se arrimaron a la pared para esquivar los primeros puñetazos lanzados al aire. Uno de los borrachos golpeó a otro en la nuca y este cogió un taburete y se lo arrojó a la cabeza. Varios clientes de la taberna se abalanzaron sobre ambos y se enmarañaron en un tumulto de puñetazos, patadas e insultos.

Tras unos segundos de forcejeo, los hombres se separaron de forma repentina y rodearon a uno que estaba tirado en el suelo. Parecía herido: se sujetaba el costado izquierdo y un reguero de sangre se le escurría entre los dedos. Un individuo con la ropa raída dejó caer al suelo un cuchillo ensangrentado y salió corriendo de la taberna. Algunos siguieron al que había huido, otros se arrodillaron junto al herido y pidieron a gritos un barbero o un cirujano.

Núria llevaba en su bandolera un poco de ungüento, vendas y resina. El corte era muy profundo, pero quizá podría parar la hemorragia a tiempo. Avanzó con la intención de ofrecer su ayuda, pero Arnau la agarró de un brazo.

—No lo hagas —le dijo en voz baja.

—Puedo ayudar.

Arnau negó rotundamente.

—Adaleda te advirtió que me hicieras caso, ¿verdad?

Núria permaneció junto a la pared y se mordió el labio mientras el charco de sangre se extendía bajo la cadera del herido. Arnau les ordenó a sus hijos que avanzaran hacia la puerta. Antes de que pudieran alcanzarla, Guim y su hermano aparecieron por las escaleras que conducían a las habitaciones de la planta superior y se abrieron paso entre la gente. Núria tiró de la manga de Jacina y su amiga la entendió sin necesidad de palabras.

—Papá, ¿podemos quedarnos a ver qué hacen? Solo unos minutos.

—Un minuto —respondió Arnau. Una decena de curiosos se interponían entre ellos y la salida de la taberna.

Los hijos del cirujano inspeccionaron la herida. Guim abrió un estuche de cuero que contenía varios utensilios de metal punzantes y afilados. Su hermano mayor, más fuerte y corpulento, sujetó al herido contra el suelo y Guim vertió sobre el corte un chorro de vino. A continuación, enhebró una aguja y empezó a dar puntadas a la piel como quien cose un vestido. El hombre tumbado en el suelo se retorcía a causa del dolor. Núria nunca había visto cerrar así un corte, aunque, si tuviera que hacerlo ella, daría antes adormidera al herido para sedarlo.

—Vámonos ya —dijo Arnau, de forma tan autoritaria que ninguna se atrevió a rechistar, y todos salieron a la calle.

EL ÚLTIMO DÍA de la feria, Arnau empezó a recoger el puesto de miel después de que sonaran las doce; solo les habían quedado cuatro tarros por vender. Núria observó a los vendedores que tenía a ambos lados: a su izquierda, la jaula de pollitos de la familia que vendía aves de corral estaba casi vacía, y a su derecha, el pastor que criaba mastines había vendido todos los cachorros excepto dos. Los días anteriores, Núria se había entretenido con las cabriolas de los perros que agitaban la cola sin parar, e incluso se había acercado un par de veces a jugar con ellos. Uno de los cachorros que quedaban era el más pequeño y torpe de la camada. Tenía la cabeza demasiado grande para sus patas enclenques y daba pasos vacilantes, como si le costara mantener el equilibrio.

Arnau subió a la carreta los tres corderos que había comprado. Mientras tanto, Núria se dirigió al pastor de los mastines.

—¿Qué pasará con ese mastín? —Señaló el cachorro desgarbado.

El pastor habló sin separar apenas los labios, mientras mascaba una ramita que sujetaba entre los dientes.

—No creo que nadie lo quiera. Los mastines tienen que ser fuertes

para defender a los rebaños de los lobos. En muchas camadas sale uno así.

—¿Y qué harás con él si nadie lo compra?

—Sacrificarlo. —El hombre se encogió de hombros—. Y darle la carne a los grandotes.

Núria disimuló una mueca y ayudó a Damià a colocar el arnés a *Pardal*. No pudo evitar mirar de reojo varias veces al cachorro que iba a ser sacrificado. Abrió el monedero con disimulo y contó las monedas: le quedaba algo más de la mitad de lo que valía un mastín. Si el pastor daba por perdida la venta, quizá lo aceptara. Pero ella no podía comprarlo, la cueva no era un buen lugar para un perro. Además, Adaleda se enfadaría, pues le había dado buena parte de sus ahorros por si le hacían falta, no para que los gastara en caprichos.

Arnau amarró la carreta a *Pardal* y los cuatro abandonaron su puesto bajo el pórtico. Núria se dijo que había tomado la decisión más sensata. Antes de girar por el extremo de la calle, volvió la vista atrás. Un señor había comprado el penúltimo mastín. El cachorro pequeño se quedó solo en la jaula.

En un impulso de último momento, la joven regresó corriendo y ofreció al pastor el dinero que le quedaba. Este accedió, sorprendido. Aún sin creerse lo que acababa de hacer, cogió al cachorro en brazos y caminó deprisa entre la gente hasta alcanzar la carreta de Arnau. «Ada me va a echar de la cueva», pensó mientras el perro le lamía la mano.

—¿QUÉ TE PARECE *Boira*? —dijo Jacina.

—No sé… Había pensado en *Saüc* —dijo Núria.

—*¿Saüc?* ¿Vas a llamar al perro como a un arbusto?

—*Boira* tampoco tiene nada que ver con los perros.

—Es verdad. ¿Y *Pelut*?

Núria sacudió la cabeza; no quería escoger un nombre tan común. Estaban almorzando junto al río, a medio camino de regreso a Melers, y el cachorro jugaba brincando sobre su regazo.

—¿Por qué escogisteis el nombre de *Pardal* para el burro? —preguntó.

—Por el color del pelaje. ¡Ya sé! *Blanquet*, o *Griset*.

—Tienes que enseñarle a comportarse cuanto antes —intervino Arnau.

—Solo está jugando —respondió Núria. El perro intentaba lamerle una mejilla con su lengua rosada.

—¿Y qué harás cuando pese más que tú? Te tirará al suelo. Si pretendes que Adaleda acceda a vivir con el perro, debes ser estricta desde el primer día.

Núria reconoció que tenía razón, pues no le faltaba experiencia: su familia había criado mastines durante generaciones. Obligó al cachorro a bajar al suelo y repitió «no» cuando intentó escalarle las rodillas.

—Todos los cachorros eran blancos con manchas grises —dijo Núria, retomando la conversación con Jacina—. Este es diferente porque es patoso y pequeño, más gracioso que los demás.

—Mi madre diría que ha comido poco y se ha quedado enclenque —dijo su amiga—. Diría que se le ve *neulit*.

—*Neulit*… Suena bien.

El cachorro se sentó frente a Núria sobre las patas traseras y agitó la cola.

Un jinete se detuvo en el camino: era el hijo mayor del cirujano, que montaba un caballo joven y lustroso. Unos pasos por detrás llegaron Guim y su padre, junto a la yegua vieja cargada de fardos. Jacina se levantó de un salto y se acercó al camino balanceando la cadera.

—Hace diez minutos se quejaba de que no podía dar un paso más y mírala ahora —susurró Arnau, y escondió con desgana el queso a medio comer en el zurrón—. Será mejor que vaya a ver qué dicen.

Núria los siguió a ambos con el cachorro trotándole alrededor de los tobillos. Guim sonrió al verla, se acuclilló y llamó al perro con un silbido. *Neulit* acudió y se dejó acariciar las orejas.

—¿No es un poco pequeño este mastín? —preguntó él, con expresión divertida.

—Sí, era el más pequeño de la camada. Lo iban a sacrificar —contestó ella—. ¿Habéis comprado un caballo nuevo?

—Así es, la yegua ya está un poco mayor. Mi padre y mi hermano necesitan un caballo rápido para llegar hasta los pacientes a tiempo. —Guim se incorporó—. Bueno, ya has hecho el viaje y has visto La Seu. Y has adoptado a un perro por compasión en vez de por necesidad. ¿Qué me dices ahora? ¿Ha valido la pena la caminata?

—Sin duda. —Núria sonrió—. Te quejas demasiado. ¿Tan malo ha sido para ti?

Guim balanceó la mano.

—He sufrido viajes peores. Uno más, sin pena ni gloria.

—Seguro que el hombre al que apuñalaron en la taberna se alegró de que estuvieras en La Seu. Vi cómo le cosías la herida.

—¿Estabas en la taberna?

—Sí, luego nos fuimos enseguida.

Guim dejó vagar la vista en el horizonte; un brillo ámbar centelleó en sus ojos castaños.

—No sobrevivió a la puñalada. Murió al amanecer.

—Vaya… Parecía un corte muy profundo.

—Ya, pero me pregunto, como siempre, si podríamos haber hecho

algo más por salvarle la vida.

—No te culpes, tratasteis al herido lo mejor que sabíais.

—Sí, pero quizá hay algo que otros saben y nosotros no. —Guim la miró y ladeó la cabeza con una leve sonrisa en los labios—. Viajaría sin rechistar con tal de aprenderlo, aunque tuviera que ir al otro lado del mundo.

LLEGARON A MELERS el segundo día de camino. Cuando divisaron la silueta de las casas, al atardecer, Núria se despidió de Jacina y tomó el sendero hacia la cueva. En el linde del bosque se encontró con Feliu, que paseaba entre los campos. A ella le dolían los pies y la espalda; aun así, respondió al saludo del sacerdote, se cambió de hombro la bandolera y se aproximó a él.

—¿Cómo ha ido? ¿Te reuniste con tus tíos?

—No. Encontré el taller y hablé con una vecina. Me dijo que se fueron hace unos años a Girona.

—Qué lástima. Girona está a cinco o seis días hacia el sur.

Núria asintió. Arnau ya la había informado de la distancia hasta allí. Lo tendría más difícil para llegar y seguir buscando a sus tíos.

—Pensaba que recordaría algo de mi infancia al ver la casa en la que crecí, pero no ha sido así.

—Bueno, es difícil comprender cómo funciona la memoria. Si algún día los encuentras, ellos podrían ayudarte a recordar. —Feliu bajó la mirada al suelo. *Neulit* había metido el hocico bajo su sotana y le olisqueaba los pies—. Veo que te has traído un amigo.

—Sí, nos hará compañía a Adaleda y a mí.

—Muy bien, pues dejo que vayas a descansar. Ya sabes que puedes acudir a mi casa si necesitas cualquier cosa.

—Lo sé, gracias.

Capítulo 13

CLIMENT LEYÓ CON rapidez la carta de Feliu y le entraron ganas de arrugarla en el puño y lanzarla a la chimenea. Sin embargo, la clasificó con cuidado en el arcón junto a los demás documentos del obispado, pues en el futuro podría serle útil. La primera visita a Melers no había resultado como esperaba, pero al menos ya sabía qué tipo de persona era Feliu: un cobarde indulgente que no se tomaba en serio sus amenazas. Climent detestaba que no lo tomaran en serio.

Unos toques tímidos en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones. Pere, el novicio que servía a Alfonso, asomó la cabeza por el resquicio.

—El tesorero desea verlo —dijo el muchacho, con una voz desafinada de adolescente.

—Pues dile que venga aquí.

—El padre Alfonso tiene dificultad para caminar a causa de sus rodillas, señor.

—Está bien —bufó Climent.

Cerró la puerta de sus aposentos de golpe y siguió a Pere hasta la tesorería. Alfonso escribía en un pliego de pergamino rodeado de pilas de monedas.

—¡Ah, padre Climent! Gracias por venir —dijo con una falsa sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría informarle de las cuentas de la feria. Los ingresos han sido menores que el año pasado, como puede ver.

—¿Y cuál ha sido la causa? —Repasó las cifras diminutas.

—La afluencia de pastores y mercaderes ha sido la misma, pero parece que han llevado menos mercancía para vender.

—O quizá los guardias que custodiaban la entrada se han quedado una parte de lo que nos corresponde…

—Tengo total confianza en el alguacil y sus guardias. Creo que se debe a la sequía del verano pasado, que ha afectado la cría de ganado de este año.

Climent no quiso entrar en una discusión inútil. Cualquiera que fuera la causa, era una traba más a sus planes. Según los registros históricos del obispado, los ingresos de la feria habían ido incrementando cada año, y contaba con ese aumento para reforzar la seguridad de sus viajes a las parroquias y contratar hombres armados

a su cargo.

—Reduciremos el presupuesto de las caballerías para compensarlo —dijo Climent. Ese año no comprarían más caballos.

—Que así sea. ¿Cómo fueron sus tratos con la nobleza? ¿Tendremos benefactores para el nuevo retablo?

Ese era otro de los proyectos que peligraba. No había conseguido ninguna donación en firme.

—He mantenido conversaciones muy prometedoras —mintió—. No tengo ninguna duda de que estrenaremos un retablo espléndido por Navidad.

—Son buenas noticias. Otro asunto que quería comentar son las reparaciones del almacén de palacio. Las filtraciones de agua han empeorado. Le pediré permiso al obispo para contratar albañiles este verano.

—Yo mismo trataré ese tema con el obispo.

—De acuerdo. ¿Queda, pues, bajo su responsabilidad?

—Sí.

Climent salió de la tesorería y fue directo a la biblioteca. Debía solucionar los problemas de uno en uno, empezando por sus planes en Melers. La carta de Feliu no le dejaba otra opción que interrogar él mismo a los aldeanos, y debía ser eficaz en esa tarea. No se podía permitir debilidades ni vacilaciones, tenía que encontrar la manera de obtener confesiones útiles de forma rápida antes de que el obispo empezara a cuestionar su interés por Melers.

La biblioteca del palacio olía a pergamino viejo y a humedad. Buscó al bibliotecario entre las estanterías polvorientas y lo encontró restaurando las cubiertas de un libro bajo la claridad de una ventana.

—¿En qué puedo ayudarlo, padre Climent?

—Necesito las bulas papales que hacen referencia a la brujería. Y también otros textos relacionados con ese asunto que me ayuden a interpretar ciertos indicios detectados en una parroquia.

El bibliotecario lo miró a través de unas lentes que le ampliaban los ojos.

—Supongo que se refiere a la bula del papa Inocencio VIII, de 1484. Le haré una copia de nuestros archivos para que pueda estudiarla en sus aposentos. Y respecto a los otros textos, tenemos libros de diversa índole. Le mostraré uno de los pequeños tesoros que custodiamos en el obispado.

El bibliotecario dejó las lentes sobre la mesa, desapareció entre dos estanterías y regresó con un grueso volumen.

—*Practica Inquisitionis Heretice Pravitatis*, de Bernardus Guidonis —anunció, abriendo la cubierta. Climent pensó que había algo de femenino en su forma delicada de tratar los libros—. Es el canon para inquisidores, el texto que sentó las bases de la santa cruzada contra la

herejía. Un manuscrito copiado en Ripoll hace un siglo. Observe la belleza de las miniaturas.

A Climent no le interesaba en absoluto si el libro era bello o no, quería un texto útil.

—Este me servirá para recordar los fundamentos. ¿Tenemos algún otro documento de casos más cercanos y recientes?

Zacarías pensó unos instantes con un dedo apoyado en el mentón y volvió a internarse entre los libros.

—Esta es una biografía del predicador dominicano Vicent Ferrer. —Dejó sobre el escritorio un libro pequeño—. Parte de sus enseñanzas tratan sobre brujería. Y luego disponemos de los archivos de algunos juicios de las últimas décadas, pero hay cierto desorden y están sin encuadernar.

—Eso es lo que más me interesa.

—Tardaré unos días en localizar y ordenar los pergaminos. Cuando los tenga, mandaré que se los lleven.

—Es un asunto de cierta urgencia, prioriza mi petición. —Climent levantó los dos libros que le había recomendado y los sostuvo bajo la axila—. Revisaré estos mientras tanto.

Se dirigió a la salida y, a medio camino, el bibliotecario lo llamó.

—Padre Climent, se me acaba de ocurrir que podría hablar con un predicador, muchos tienen experiencia en denunciar la brujería. Hace unos días vi a uno en la plaza mayor, quizá siga en la ciudad.

—Buena idea, gracias.

TRAS UNOS MINUTOS conversando con el predicador, advirtió que no era nada avispado. Con una voz tan áspera y desgastada como su vestimenta, repetía los mismos argumentos una y otra vez sin conseguir hilar un discurso coherente. Sin embargo, su vocabulario simple desprendía convicción y entonaba frases cortas con vehemencia, creando un parloteo ideal para llegar al pueblo llano. Apoyó los codos sobre su escritorio y miró a su interlocutor por encima de las manos entrelazadas.

—En la aldea que me preocupa, nadie parece dispuesto a señalar a los herejes, ni siquiera el párroco —dijo Climent.

—Debe remover conciencias. Nadie quiere tener cerca al diablo. Culpe a los que buscan remedios lejos de la fe. A la madre con un hijo enfermo, dígale que solo Dios puede curarlo. Y si su designio es la tumba, mejor eso que un conjuro hereje que condene su alma. La solución es predicar para que abran los ojos.

—En realidad, estaba pensando en una solución más rápida. No puedo dedicar semanas a predicar en una parroquia periférica.

—Yo podría hacerlo. Por una modesta suma de monedas que alimenten mi cuerpo terrenal a cambio de alimentar las almas inmortales del pueblo. —El predicador agarró su macuto mugriento y lo sacudió para mostrar que estaba casi vacío.

—Pero ¿cuál es la mejor manera de interrogarlos y obligarlos a confesar?

—Las preguntas directas siempre se responden con un no. Sin trabajo previo, es inútil preguntar, pues no ven la maldad de sus actos. Debemos desvelar la verdad y que sientan el peso de la culpa por ello.

—Desvelar la verdad… —A Climent se le ocurrió una idea mejor—. ¿Y si envío a un espía camuflado de peregrino para que busque pruebas y actúe como delator?

—Ninguna prueba es tan válida como una confesión abierta a Dios.

—Ya, pero si puedo demostrar que el padre Feliu ha mentido, nadie se opondrá a que yo intervenga en Melers. ¿Podría ser usted el espía? Tendría que mirar sin ser visto y escuchar a escondidas. —El predicador no parecía convencido—. Le pagaré bien.

—Aunque no es mi forma habitual de trabajar, puedo hacerlo.

TUMBADA EN EL prado al sol del mediodía, Núria sonrió con los ojos cerrados. Olía a verano. Era su época preferida del año, pues con ella llegaban las visitas de las herboristas y la celebración de la noche de San Juan. Durante unas semanas, Adaleda y ella disfrutarían de la compañía de otras curanderas y recibirían noticias de lugares lejanos.

—Ya están aquí —anunció su maestra.

Se incorporó sobre los codos y distinguió seis o siete figuras que se acercaban por el camino. Hizo visera con la mano para protegerse del sol y reconoció el pelo gris de Elisa, que encabezaba el grupo, seguida por las curanderas Sibil·la, Francina y Violeta, que conversaban entre ellas. Unos pasos por detrás distinguió la figura encorvada de la anciana Paca y las grandes zancadas de Sança. Estas últimas iban acompañadas de una joven que Núria no conocía, pues era la primera vez que acudía una muchacha de su misma edad. Cuando el grupo llegó al prado, Sança la presentó como su nueva aprendiz: Rita.

Tras los saludos y las palabras de bienvenida, se pusieron en marcha hacia los prados alpinos cargadas con hoces, cestos y sacos. Núria se situó junto a Rita y ambas escucharon la conversación de las mayores.

—No es la primera vez que me encuentro con una plaga en el castillo de Montesquiu, hace unos años también sufrieron una epidemia que causaba fiebres y diarrea —dijo Francina.

—¿Se ha extendido mucho? —preguntó Sibil·la.

—Sí, todos los que viven dentro de las murallas la padecen. Traté a

los que pude, sobre todo a los niños, y me marché al día siguiente.

—Yo no pienso acercarme por la zona. Si es lo que imagino, no tiene cura —añadió Paca.

—¿Probaste el remedio de los escaramujos cocidos? —quiso saber Sança.

—No, les di salicaria y mondas de manzana, lo que tenía más a mano.

—¿Cuál es tu opinión, Adaleda? —preguntó Violeta.

—¿La fiebre que padecían era intermitente o continua? —quiso saber Adaleda.

—Continua, y empeoraba por la noche —confirmó Francina.

Adaleda mantuvo la mirada en el horizonte unos segundos antes de responder, dispuesta a dar la única respuesta que consideraba válida. Núria sabía que le gustaba que las demás curanderas acudieran a ella en busca de sabiduría, pero luego, cuando no podían oírla, criticaba sus remedios mundanos.

—Ni los escaramujos ni la salicaria funcionarán. La receta adecuada está compuesta de flores de tomillo, hojas de salvia y rizoma de serpentaria.

Ninguna se atrevió a contradecirla.

—Nuestra ruta de regreso hacia el sur pasa cerca del castillo de Montesquiu, nos detendremos allí para ayudar —dijo Sança—. Coincidirá con la luna nueva y eso nos protegerá de la plaga.

Núria pensó que Sança era muy valiente; ella nunca se había enfrentado a una epidemia. En la cueva siempre atendían a los enfermos de uno en uno, o como mucho trataban a los miembros de una familia. Se arrimó un poco a la aprendiz:

—Rita, ¿has estado antes en un castillo?

—Sí, montones de veces.

—¿Cómo son?

—Grandes, con muros altos de piedra y soldados en las puertas. No hay demasiado que ver.

—Me gustaría conocer alguno.

—Yo prefiero las ciudades, y los mercados en los que puedes encontrar de todo.

—¿Qué ciudades has visitado?

Núria siguió hablando con la chica mientras ascendían la montaña. Ella y Sança eran herboristas ambulantes que permanecían unos pocos días en cada lugar y seguían la misma ruta cada año. Para Núria fue un cambio de conversación agradable, pues en las últimas semanas Jacina solo hablaba de una cosa: del hijo mayor del cirujano, de que no lo había visto en el mercado de Puigcerdà y de la loca ocurrencia de hacerse pasar por enferma para acudir a él.

Atravesaron el bosque de abetos y llegaron a un prado abierto y

escarpado. Se dispersaron para recolectar genciana, árnica y adonis de primavera. *Neulit* trotaba con brío en la hierba. Aún tenía aspecto de cachorro, pero ya había alcanzado el tamaño de una oveja, y se movía desgarbado y patoso porque las distintas partes de su cuerpo crecían a ritmos desiguales.

Neulit se acercó a Rita con el hocico y la lengua fuera, y esta se incorporó sin soltar la hoz y lo siguió con la mirada, inquieta. Luego el perro rodeó a Sança, que no le prestó ninguna atención. Adaleda lo llamó y lo acarició detrás de las orejas con una sonrisa.

Núria sacudió la cabeza. Ahora Ada se mostraba entusiasmada con *Neulit*, aunque le había costado aceptarlo: tras su regreso de La Seu, tuvo que soportar varios días de quejas y mal humor por parte de su maestra. No obstante, el carácter juguetón del perro había acabado por ablandarla.

PASARON LA SIGUIENTE semana recolectando hierbas en compañía de las curanderas y, unos días antes de San Juan, tres herboristas más se unieron al grupo. Elisa acogió a algunas en su casa, pero la mayoría dormían al raso en el bosque.

El solsticio de verano era el momento más señalado en los mapas celestes del Legado. Ese día, Núria y Adaleda se levantaron antes del amanecer para planificar la celebración. Prepararon grandes cantidades de la bebida tradicional para esa noche, compuesta de ajenjo, artemisa e hidromiel. También tejieron coronas de flores de clemátide y amontonaron leña en uno de los prados más amplios en el margen del laberinto.

Al final de la tarde, Adaleda se adornó el pelo y la ropa para el ritual, y se pintó una franja ancha y negra alrededor de los ojos, que hacía resaltar sus iris de color azul violáceo.

—El año que viene podrías dirigir el ritual conmigo —le dijo—. Así te empezarán a reconocer como la heredera del Legado.

Núria ladeó la cabeza; no le atraía la idea. Si dirigía el ritual con su maestra se perdería la parte más divertida de la celebración: mezclarse con las demás mujeres y charlar con ellas.

—Bueno, ya hablaremos el año que viene —le respondió.

Elisa llegó a la cueva al poco rato.

—Este año vendrán más invitadas que nunca —anunció nada más entrar—. Acudirán las chicas jóvenes de can Tonet, todas las mujeres de can Bota y la nueva esposa del carpintero. Además de las que siempre vienen desde Dorres.

—No es bueno que lo conozca tanta gente. —Adaleda torció el gesto —. Al principio solo participábamos las herboristas y era más seguro

así.

—Pero quieren venir y formar parte de la fiesta —dijo Núria—. ¿Cómo se lo vas a negar?

Entre las tres cogieron las coronas de flores y las jarras con la bebida, y salieron de la cueva en dirección al prado.

—Ha sido Jacina quien ha estado difundiendo la información estos últimos años, ¿verdad? —preguntó Adaleda—. Las dos habláis de la celebración como si fuera una fiesta cualquiera y se está perdiendo el sentido del ritual original.

—El ritual se puede mantener según el Legado y además podemos invitar a las demás. Una cosa no excluye la otra —replicó Núria.

—Si no actuamos con precaución, empezarán a venir mujeres de otros pueblos. Les recordaré hoy a todas que no deben hablarle de la celebración a ningún forastero.

—No he visto forasteros últimamente —dijo Elisa—. Bueno, ahora que lo pienso, sí. Hace unos días que merodea un ermitaño, un hombre mayor con hábito raído y un macuto.

—¿Un religioso? —Adaleda se paró en seco—. ¿Lo habías visto antes?

—No, y no se ha acercado apenas a Melers: permanece cerca de la ermita de Sant Martí d'Envalls.

—No me gusta, no sabemos quién es. Deberíamos cancelar la celebración, o limitarla solo a las herboristas y trasladarnos a un prado más resguardado. ¿Y si nos ve?

—¡No podemos cancelar la fiesta del solsticio de verano! —protestó Núria—. ¿Desde cuándo los religiosos merodean de noche? En cuanto oscurezca, se meterá en su ermita y no nos verá.

Su maestra apretó los labios, parecía dispuesta a cancelar la celebración. Núria llevaba semanas esperándola ilusionada; solo tenía esa oportunidad en todo el año para sentirse parte de la comunidad y no concebía perdérsela, así que insistió:

—¿Qué les dirás a todas las que acudan al prado? ¿De verdad las enviarás de vuelta a su casa?

Elisa se mostró de acuerdo y entre las dos convencieron a Adaleda, aunque ella justificó su cambio de opinión diciendo que no había previsto malos presagios.

CUANDO ALCANZARON EL prado ya estaba atardeciendo. El cielo, sin una nube, se tiñó de violeta, y las montañas se tornaron azules. Justo cuando apareció la primera estrella de la noche, unos puntos de luz parpadearon a lo lejos entre los árboles.

—Ahí vienen desde Melers —señaló Elisa.

—Y por allí se acercan las de Dorres —dijo Núria.

Las mujeres, que portaban teas encendidas, formaron un círculo alrededor de la pila de leña. Jacina se situó junto a Núria; por primera vez había llevado a su hermana de ocho años a la celebración. Adaleda levantó los brazos al cielo y pronunció un conjuro solemne, luego las demás encendieron la hoguera con sus teas.

La fiesta había comenzado. Núria se paseó entre los corrillos de mujeres llenando sus vasos y repartiendo coronas de flores. Muchas la saludaron con afecto y se entretuvieron a conversar con ella. Mientras tanto, Adaleda se mantuvo enfrascada en los rituales del solsticio: lanzaba a la hoguera las prendas y baratijas que las mujeres habían llevado y que representaban aquello que querían dejar atrás.

Cuando hubo repartido toda la bebida, Núria se sentó en la hierba junto a Jacina, su hermana pequeña y Elisa.

—Nos está explicando el cuento de la ninfa del lago Lanós —dijo Jacina.

—No es ningún cuento, es una historia real —afirmó Elisa—. Todos los pastores de esta región están convencidos de que existen esas mujeres de agua y ninguno se atreve a dormir en el lago. Bien, como os decía, el joven pastor llevaba varias semanas con su rebaño en los prados alpinos, añorando a su prometida, y una madrugada templada de verano se tumbó junto al lago. En mitad de la noche, despertó y oyó una voz femenina que tarareaba. Se levantó y vio a una doncella bellísima junto a la orilla, iluminada por la luna llena. Se peinaba una cabellera larga y plateada, del mismo color que los reflejos de la luna en el agua. El pastor se enamoró al instante, le dedicó mil cumplidos y le prometió amor eterno.

—¿Se olvidó de su prometida? —preguntó la hermana de Jacina.

—Se olvidó por completo. Ya no añoraba nada de su vida anterior. Y la mujer de agua, que era algo presumida, se dejó convencer por las palabras del pastor y pasaron la noche juntos; se amaron bajo las estrellas. —Jacina soltó una risita—. Al amanecer, ella había desaparecido. Pero la noche siguiente, el pastor regresó al lago y la encontró en la misma orilla donde la había visto por primera vez. Ella le dijo que podían encontrarse allí todas las noches si cumplía una promesa.

—¿Qué promesa? —preguntó la niña, que escuchaba con la boca abierta y la corona de flores ladeada sobre una oreja.

—No podía contarle a nadie que ella existía. Nadie debía saberlo. Pasaron varios veranos así: el pastor acudía al atardecer al lago Lanós y pasaban la noche juntos. Hasta que un invierno, en la taberna del pueblo, los amigos del pastor se burlaron de él por seguir soltero, y él no pudo contenerse y les habló de la doncella del lago. Los demás se rieron a carcajadas, no le creyeron, pero lo peor aún estaba por

llegar… La mujer de agua se vengó del pastor por romper su promesa. Esa misma noche, se desató una tormenta terrible en las montañas que descendió con la fuerza de un torrente. La lluvia y los rayos derrumbaron la casa del pastor y arrasaron su rebaño. El hombre se quedó pobre y enfermo, todos lo tomaron por loco, y, cuando murió, tan solo una persona acudió al funeral.

—¿Quién? —preguntaron las tres al mismo tiempo.

—La que había sido su prometida años atrás. Ella fue la única que creyó su historia, ya que hasta entonces nunca había entendido que hubiera dejado de quererla de repente. Entonces lo comprendió: su pastor había caído bajo el hechizo de la mujer del lago.

Jacina y su hermana pidieron a Elisa que les contara otro cuento. Núria se levantó y recorrió el prado con la mirada. La bebida con hidromiel empezaba a hacer efecto y las mujeres se mostraban alegres, reían desinhibidas y disfrutaban de una noche que era solo para ellas. Algunas habían empezado a cantar, dar palmas y bailar alrededor de la hoguera.

Adaleda era la única que continuaba pendiente de sus obligaciones. De pie en el borde del prado, oteaba el horizonte. Núria se acercó.

—Me ha parecido ver una silueta por ahí —dijo su maestra—. Mira tú, que tienes mejor vista.

Ella no distinguió nada; ya era noche cerrada y más allá de la luz de la hoguera dominaba la oscuridad.

—Habrá sido un ciervo, no te preocupes. Vamos con las demás.

Vagaron por el prado entre las participantes en la fiesta; Núria reía a medida que escuchaba restos de conversaciones y las bromas que se hacían las unas a las otras. Al poco rato, las que habían estado bailando se tumbaron de espaldas en la hierba, y muchas las imitaron para observar las estrellas. Núria sabía que, influenciadas por la artemisa y el ajenjo, solían ver presagios de sus deseos más secretos y se dormían convencidas de que se cumplirían. Se echó junto a Jacina.

—¿Crees que se harán realidad las visiones de esta noche en las estrellas? —le preguntó su amiga, algo ebria. Señaló una región del cielo con el dedo índice—. Aquellas estrellas de allá dibujan un rostro que se parece…

—¿A tu amado cirujano? —se adelantó Núria. A ella también le pareció ver un rostro, pero de alguien desconocido o con los rasgos indefinidos.

—Sí, exacto. Hoy soñaré con él.

NÚRIA DESPERTÓ A causa de un suave zarandeo en el hombro. Distinguió la silueta de Adaleda inclinada sobre ella, recortada contra

el cielo nocturno, y se incorporó. Al este, una franja de luz sobre las montañas anunciaba el amanecer: había llegado la hora de recoger las hierbas mágicas. Núria sacudió el brazo de Jacina, que dormía a su lado, para despertarla.

Una a una, todas las mujeres se levantaron y se esparcieron por el prado. Recogieron malva, llantén, tomillo y hierba de San Juan. Al poco rato, el rocío de la mañana había empapado los zapatos de Núria y el bajo de su falda. En el margen del prado, Jacina recogía borraja seguida de su hermana, que se frotaba los ojos.

—¿Por qué nos hemos despertado tan temprano? —se quejó la niña.

—Porque las hierbas recogidas durante la noche de San Juan, justo antes del amanecer, tienen más virtudes curativas que en ningún otro momento del año —respondió Núria—. Y, además, traen suerte.

Cuando el sol asomó en el horizonte, el prado se llenó de brillos. Entonces, las mujeres regresaron a las aldeas con parsimonia para retomar las tareas cotidianas.

CLIMENT REPASÓ EL atuendo del predicador de camino a la sala de audiencias. A pesar de su aspecto descuidado, esperaba que el obispo le creyera. Las noticias que traía de Melers eran aún mejores de lo que había esperado: ¡había sido testigo de una fiesta pagana! Si el obispo Despés le permitía dirigir una investigación, obtendría prestigio y visibilidad ante el arzobispo.

—Recuerda: sé directo y conciso —dijo Climent antes de abrir la puerta, con la mano sobre el pomo—. Explica simplemente lo que has visto.

El predicador asintió y carraspeó mientras Climent le cedía el paso. En el lado opuesto de la sala, el obispo se recostó en su silla de respaldo alto y frunció el ceño al verlos entrar.

—Bien, ¿de qué asunto se trata? Debe de ser muy importante para no poder esperar al día de audiencias.

—Excelencia, ya os había informado de las sospechas que tenía sobre las parroquias de Melers y Dorres —dijo Climent—. Pues bien, el hermano Vicenç pasó unos días en esa región por orden mía y ha sido testigo de actos de extrema gravedad.

—Hermano Vicenç, ¿a qué orden pertenece?

—Me educaron como dominicano, pero abandoné la vida monástica para predicar.

—Ya veo…

Climent observó al predicador con las cejas levantadas para animarlo a hablar.

—He visto ritos satánicos y mujeres adoradoras del diablo —dijo

Vicenç.

El obispo se inclinó en la silla. Climent puso los ojos en blanco y reprimió un suspiro de desaprobación. Esa frase no era la que habían preparado. Después de tantos años al servicio del obispo, conocía su carácter pragmático y sabía que así no lo convencería.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó el obispo.

—No tengo ninguna duda. Vi a unas mujeres reunidas en un campo en mitad de la noche, bailando junto a una hoguera, bebiendo pociones malignas y confabulando con el mismísimo Lucifer.

—¿Oyó lo que decían?

—No, permanecí a cierta distancia, escondido entre los matojos.

—¿Y pudo identificar a esas mujeres? ¿Cuántas eran?

—Unas veinte o treinta. Al amanecer se dispersaron y seguí a algunas hasta sus casas, en Melers.

El obispo se rascó la papada, pensativo. Climent dio un paso adelante:

—Excelencia, sin duda se requiere nuestra intervención. ¿Cuál sería la reacción del arzobispo si llegara a conocer la permisividad de la diócesis ante la herejía?

—Antes de precipitarnos, reúnete con el padre Feliu y el padre Jeroni —dijo el obispo.

—Me temo que podrían estar confabulados. Conversé con el padre Feliu hace unos meses y dijo que no sospechaba de los aldeanos. Y a la vista está que nos oculta información. Con su permiso, creo que es necesario iniciar un proceso por herejía contra todas ellas.

Climent aguantó la respiración mientras el obispo reflexionaba.

—Por lo que parece, se trata de algún tipo de tradición al margen de la Iglesia que no debe continuar. Pero no podemos juzgar por brujería a veinte o treinta mujeres: es el número de familias que suman las parroquias de Dorres y Melers. Estaríamos juzgando a las aldeas enteras.

—Es necesario —intervino el hermano Vicenç, a lo que Climent asintió.

—No, llamaría demasiado la atención y se podrían generar revueltas. Debe haber una figura oculta que lidera a las demás mujeres. Encuéntrala. —Señaló con el dedo índice a Climent—. Solo una o dos deben ser juzgadas por herejía, como advertencia. Impondremos sanciones pecuniarias para el resto de las familias.

—Así lo haré —respondió Climent. La respuesta del obispo era más comedida de lo que esperaba, aunque le permitía poner en marcha sus planes.

—Debes ser discreto. Y, padre Vicenç, sea discreto usted también. No predique en esa zona por un tiempo. No nos interesa atraer la atención de los inquisidores.

Capítulo 14

ADALEDA ENTRECERRÓ LOS ojos y descifró las letras minúsculas del Legado a través de la lupa. El paciente de aquel día padecía una enfermedad compleja, de esas que afectaban tanto a la mente como al cuerpo, y no era fácil escoger el remedio correcto. A su lado, Núria se recogió el pelo en un moño desordenado y se remangó, dispuesta a ayudar.

El enfermo, un adolescente de once o doce años, miraba confuso a su alrededor. Aún tenía el pantalón mojado de orina del último ataque de convulsiones, y su madre lo abrazaba por los hombros. Era la segunda vez que acudían a la cueva, pues el primer remedio que probaron no dio resultado.

Adaleda se decidió entonces por un brebaje que atenuaba la conciencia y que contenía adormidera y cicuta, dos plantas de efectos imprevisibles que a veces parecían tener voluntad propia. Ungió la frente del joven con aceite de serpiente blanca, que lo protegería contra los efectos indeseados de las plantas, y recitó las palabras del conjuro. El muchacho se agitó con maneras más propias de un niño pequeño que de un muchacho de su edad. La madre le siseó una canción al oído y le acarició la nuca. Cuando el brebaje adquirió un brillo verdoso y empezó a hervir, Adaleda retiró el caldero del fuego. Midió con cuidado la cantidad que debía administrar y se la dio a beber.

Durante los primeros minutos, la respiración del enfermo se suavizó y los párpados se le entrecerraron. Pero al poco rato tensó los músculos, apretó los puños y dobló las rodillas con un espasmo violento. Luego arqueó la espalda y empezaron las convulsiones. La madre intentó en vano controlar los espasmos. Adaleda y Núria quisieron ayudar, pero solo consiguieron recibir patadas y puñetazos. El joven estaba fuera de control, sus convulsiones eran cada vez más fuertes. Cayó de la silla y tiró todo cuanto había a su alrededor. Sin previo aviso, su cabeza impactó contra el suelo con un ruido similar al de la madera al quebrarse, y luego quedó inerte, con los miembros descolocados.

Adaleda situó un dedo bajo la nariz del muchacho. No respiraba. Maldijo para sí misma.

Núria se había quedado inmóvil, con los ojos muy abiertos y la

mirada desenfocada. Su aprendiz nunca había visto morir a nadie. A veces recibían noticias de pacientes suyos que habían fallecido unos días después en sus casas, pero esas pérdidas no se podían comparar con la impresión que causaba un cadáver en la cueva.

Adaleda respiró hondo antes de enfrentarse al rostro de la madre.

—Lo siento, el remedio ha provocado un efecto muy poco usual en tu hijo, no he podido hacer nada.

—No, no puede ser… —La mujer paseó la mirada de su hijo muerto a ella. Una máscara de odio se adueñó de su cara—. Asesinas, ¡lo habéis matado!

—Su condición ya era muy grave, esto ha sido un accidente. Era imposible predecir que respondería así.

—¡Lo has matado! No debería haber venido. ¡Te juzgarán por esto! —la mujer levantó el tono de voz.

—Por favor, tranquilízate. —Adaleda intentó consolarla con una caricia en el brazo. Ella la apartó de un manotazo y retrocedió.

—¡Bruja! ¡Eres el mal! Mi pobre hijo, ¿qué le has hecho? ¡Eres el demonio!

Deseó que la mujer rompiera a llorar y dejara de insultarlas. Sin embargo, en vez de liberar su dolor, lo contuvo y lo transformó en ira y deseos de venganza. No se podía razonar con ella; las amenazas de la mujer eran serias y se convertiría en un peligro si la dejaba marchar así.

La mujer continuó gritando y Adaleda pensó rápido. Recordó el cuchillo que había preparado por si debía utilizarlo contra Feliu, por precaución. Fue a buscarlo: estaba en el estante junto a las velas, metido en una funda que protegía la hoja untada en trompeta del olvido. Se acercó a la mujer con el arma escondida entre los pliegues de la túnica y la agarró de la muñeca izquierda. Antes de que pudiera reaccionar, le rasgó la palma de la mano. El corte fue demasiado profundo, pero no había tiempo para delicadezas. La mujer quiso golpearla y le fallaron las fuerzas. Se apoyó en la pared y resbaló hasta el suelo, inconsciente.

Núria miró desconcertada el corte en la mano y el cuchillo ensangrentado y untado con el ungüento.

—¿Qué le has hecho? —dijo con un hilo de voz.

—Era necesario; la ira la cegaba y se disponía a delatarnos. Despertará en unas horas y no recordará lo que ha pasado.

—¿Cómo? Entonces…, ¿le has borrado la memoria? ¿No recordará nada?

—Espero que no.

Núria apoyó un dedo en la garganta del joven en un intento inútil de hallar el pulso.

—Pero ¿recordará a su hijo? ¿Sabrá regresar a su casa?

Ella aún no conocía los efectos del conjuro del nuevo comienzo y Adaleda temió que estuviera a punto de descubrirlos de la peor forma posible. Intentó centrarse: tenía varios problemas urgentes que resolver.

—Es difícil predecir cuánto recordará. Le explicaremos que su hijo falleció de camino. Ya estaba muerto cuando llegaron y no pudimos hacer nada.

Adaleda asintió para convencerse a sí misma: la mentira funcionaría. Se llevó una mano al collar de amuletos y suplicó que el destino las favoreciera.

Recogieron en silencio el desorden provocado por el joven, cada una inmersa en sus pensamientos. Adaleda acostó a la mujer y le vendó la mano, Núria limpió la sangre y la saliva de la cara del joven, y entre las dos lo envolvieron en una sábana. A Adaleda le hubiera gustado adivinar qué estaba pensando su aprendiz. ¿Habría relacionado lo que acababa de presenciar con su pérdida de recuerdos de la infancia? Quería justificarle la necesidad de ese conjuro, pero no sabía cómo empezar.

La mujer despertó pasada la medianoche y Núria se agachó a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

Ella fijó la mirada en el vacío y, en vez de contestar, dejó caer la mandíbula. Parecía un espantapájaros inerte. La joven insistió:

—¿Recuerdas cómo te llamas? ¿Sabes dónde vives?

—Su estado mejorará en unas horas —dijo Adaleda. Su aprendiz se mordió el labio y frunció el ceño—. Es mejor que esté así, sedada y tranquila, que desgarrada de dolor por la muerte de su hijo. Lo superará, con el tiempo.

Núria se acostó sin que hubiera desaparecido la profunda arruga en su entrecejo. Parecía confusa y enfadada con el mundo.

A LA MAÑANA siguiente, Adaleda cruzó una mirada grave con Arnau a la salida de la cueva. Le repitió a la mujer la mentira que había inventado y le explicó a Arnau lo sucedido en un susurro.

—¿Lo enterraréis vosotras? —preguntó él, señalando el cadáver amortajado.

—No, tiene que llevarlo con ella. El resto de la familia debe ver que regresa con su hijo. Con suerte creerán que el chico murió a causa de las convulsiones y que su madre ha quedado conmocionada porque no ha soportado la pérdida.

Arnau estuvo de acuerdo, ayudó a montar a la mujer y cogió las riendas de *Pardal*. Adaleda los observó alejarse por el sendero; el

cuerpo del joven iba doblado sobre la crin y cabeceaba al ritmo de los pasos del burro.

Regresó a la cueva y se encontró a Núria inclinada sobre el libro del Legado: estaba leyendo la página del conjuro del nuevo comienzo. Intuyó que había adivinado la verdad. Siempre había pensado que su aprendiz era demasiado joven para entender el propósito de ese conjuro y ahora era tarde para dar explicaciones serenas. Ya solo podía confirmar las sospechas de Núria y tratar de justificarse lo mejor que supiera.

—La causa de mi pérdida de memoria ha estado aquí todo este tiempo: el conjuro del nuevo comienzo, preparado con la trompeta del olvido —le dijo sin dirigirle la mirada—. El texto es confuso y nunca me había fijado, pero ahora lo entiendo bien. Cuando habla de los vástagos se refiere a las aprendices. Dice que es útil para que crezcan rectas y sin nostalgia, y que ayuda a superar la pérdida de la vida anterior. Pero, en realidad, borra esa vida anterior. No puede haber un conjuro más cruel. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—Sin ese remedio habrías sufrido mucho por la muerte de tus padres. Te liberó del dolor.

Núria cerró el libro de golpe.

—¡Eliminaste toda mi infancia! Me robaste mi pasado.

—Siempre se ha hecho así, durante generaciones. Las aprendices son niñas huérfanas, abandonadas o maltratadas. Era necesario aliviar tu sufrimiento y darte nuevas esperanzas.

—No. Lo que querías era una aprendiz dócil que siguiera tus pasos sin rechistar, que no tratara de recuperar a su familia. ¿A que sí? —Una lágrima le resbaló por la mejilla y su voz se volvió nasal—. Por tu culpa apenas los recuerdo, y a esa mujer le has hecho lo mismo. Y, si no fuera porque Elisa y Arnau te lo impidieron, ahora Feliu estaría igual de perdido.

—No es cierto, no es tan grave, luego todos se recuperan…

—¿No sientes ningún remordimiento por arrancar así la memoria de las personas? —Se llevó la mano contraída al pecho e hizo como si se arrancara el corazón—. Es como si lo destruyeras todo: su alma, su identidad, incluso su forma de ser.

Adaleda sintió que temblaba. Núria no lo entendía, no entendía que las cosas debían hacerse de esa manera. Extendió la mano izquierda y le mostró su cicatriz: un brillo tenue en la piel desde el pulgar hasta el meñique.

—Yo también recibí el conjuro. Y agradezco a mi maestra que me facilitara una vida nueva después de que mis padres me abandonaran. Seguí las directrices del Legado, era necesario para cumplir mi misión de perpetuarlo.

—¡Tú y tu estúpida misión! —replicó Núria con la mirada crispada

por el odio—. Pues yo no quiero que sobreviva este Legado lleno de maldad y mentiras. ¿Qué otros secretos horribles me escondes?

—Perdóname por haberte ocultado los efectos del conjuro, siempre que tenía intención de explicártelo te veía demasiado niña. Me equivoqué. Pero, por favor, confía en todo lo demás. Cuando llegue el día en que acojas a una aprendiz, comprenderás mis decisiones.

—Ese día no llegará jamás. ¡Nunca me convertiré en lo que tú eres!

Abandonó la cueva como un vendaval y Adaleda no la siguió, sino que buscó asiento para recomponerse. Su vida entera se había sostenido en torno a un único objetivo: asimilar los conocimientos del libro y transmitirlos a una aprendiz para que no se perdieran. No podía fracasar. Agarró sus amuletos y deseó que Núria, con el tiempo, comprendiera sus razones y confiara de nuevo en ella.

A LAS AFUERAS de Melers, Feliu oyó gritos que provenían de las casas. Se apresuró; había alargado demasiado su paseo matutino. En la plaza se encontró frente a un carruaje sólido y siniestro: el carruaje de Climent. La puerta de su casa estaba abierta y se sobrecogió al imaginar lo que estaría sucediendo en el interior. Entró con la respiración agitada.

En el suelo de las cuadras, sobre la paja húmeda, seis muchachas atadas y amordazadas lo miraron con ojos enrojecidos. Todas eran vecinas de Melers y las conocía por su nombre. Una figura cubierta de hierro oxidado apareció en el umbral de la vivienda. Por su armadura, compuesta de partes desiguales, dedujo que se trataba de un mercenario. Sintió palpitaciones en la sien. Era intolerable la presencia de esos salvajes en la aldea.

—¿Qué haces en mi casa? —dijo al hombre armado—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar?

El hombre se apartó con indiferencia y señaló el interior con un pulgar.

—El jefe está dentro.

Cuando Feliu entró en la sala se le paró el corazón a medio latido. Reconoció el pelo y la silueta de Raquel, sentada en una silla de espaldas a la puerta. Dos vueltas de cuerda áspera se ceñían a sus muñecas frágiles. Climent estaba frente a la joven y, tras él, había otro mercenario apoyado en la pared. Aunque era un día cálido, habían avivado el fuego de la chimenea y empezó a sudar.

—¿Qué es esto? ¿Qué estáis haciendo en mi casa? —repitió. Pretendía que su voz sonara autoritaria, pero se le quebró a media frase.

—He venido a cumplir la tarea que te encomendé, ya que tú no has

sido capaz —respondió Climent—. Y no es tu casa: es propiedad de la Iglesia.

—¿Por qué las habéis atado?

—No me gustó la carta que me enviaste, no me creí ni una palabra. Por eso pedí a un hombre piadoso y discreto que os vigilara. Regresó hace unos días con información valiosa. Ya no puedes esconder a las brujas que viven en Melers.

Raquel giró el cuello y lo miró de reojo por encima del hombro. Feliu distinguió una lágrima en su mejilla. Se preguntó si Climent habría descubierto la cueva de Adaleda en tan solo unas semanas. En cualquier caso, lo primero era conseguir que liberara a las muchachas.

—Climent, esto podemos solucionarlo mediante una conversación civilizada. ¿Por qué no las dejas ir y me explicas qué te han contado sobre Melers?

—Ni hablar. Ya perdiste tu oportunidad. Te mostraré cómo actúa alguien competente contra la brujería. —Se dirigió a Raquel—: Te vieron por la noche en el campo con otras mujeres, entre Melers y Dorres, bailando alrededor de una hoguera. ¿Estabais celebrando un rito hereje?

Feliu reprimió la sorpresa e intentó mantener una expresión neutra. ¿Raquel participaba en celebraciones paganas? ¿O el arcediano se estaba inventando esa acusación tan grave?

—No, ya lo he dicho. No era ningún rito. —La muchacha tragó saliva con dificultad—. Era una celebración inofensiva. Contamos historias, cantamos y recogemos manzanilla y malva.

—Quizá tú la percibiste como inofensiva, pero sin duda el diablo susurraba al oído de quien organizó tales fechorías. ¿Quién os guiaba? ¿Quién os convocó? —Climent se inclinó sobre ella. Le salpicaba el rostro de saliva al escupir las preguntas.

—Nadie, es una tradición que conoce todo el pueblo. Cada año es igual.

—¿Había alguna mujer que hiciera hechizos y sortilegios?

—No.

—¿Alguien que pretendiera cumplir deseos? ¿Que fingiera adivinar el futuro?

—No.

—Piénsalo mejor. A veces el diablo se disfraza de vulgar curandera, inofensiva a ojos de los simples.

—Nos acompañaban unas herboristas ambulantes. Vienen a veces para recoger plantas, pero no hacen nada de eso que has dicho.

Climent se incorporó y se acercó la chimenea. Aunque Raquel había contestado entre sollozos, mostraba convicción. Feliu se encontraba bastante confundido y sospechaba que Adaleda estaba relacionada con la celebración pagana.

Intentó ayudarla sin desvelar más de la cuenta.

—Climent, ya ves que es lo mismo que te conté en la carta: persigues a unas herboristas ambulantes que no causan ningún mal. Estás obsesionado con encontrar herejes en Melers, pero entre mis parroquianos no los hay. ¡Y no podemos cerrar la montaña a los forasteros!

Climent se volvió con una sonrisa torcida que atravesaba su cara de rapaz. Sostenía un hierro con la punta al rojo vivo y apuntó a Raquel con él. Feliu percibió el calor del metal candente. De forma instintiva, se colocó entre la joven y el hierro.

—Necio, ¡apártate! Solo así dirá la verdad.

—Ya está diciendo la verdad —gritó Feliu. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente.

—¿No ves que te mienten? Te toman por tonto, te han ocultado sus rituales nocturnos. ¡No sabes controlar tu parroquia!

—No me han ocultado nada. —Apretó los puños—. Ya conocía sus tradiciones. A la mañana siguiente, bendije las hierbas que habían recogido para que les proporcionaran salud. Es tradición y parte de la cultura de este pueblo, y yo formo parte de él.

La réplica le sorprendió más a él mismo que a Climent. Las palabras inventadas simplemente habían surgido de sus labios, como si alguien las hubiera puesto ahí. Su ingenio no solía ser tan ágil, lo tenía asumido después de años de derrotas en discusiones.

—Si te interpones, me la llevaré a La Seu por la fuerza para seguir con el interrogatorio.

—No te la llevarás. Deberás detenerme a mí primero. —Se mantuvo firme en su posición.

El arcediano lo miró con los ojos entrecerrados y Feliu imaginó que calculaba sus opciones. ¿Se atrevería a ordenar a sus mercenarios que usaran la fuerza contra un sacerdote?

—Informaré al obispo de estos hechos —dijo finalmente Climent—. Llegaré al fondo de la verdad, no lo dudes. Encontraré a la bruja. Y, cuando demuestre que me estás mintiendo, recibirás un castigo ejemplar.

Feliu dejó ir el aire que había contenido por la tensión.

—Confío en la sabiduría del obispo y acataré sus órdenes. Estoy seguro de que su decisión será más sensata que tus acusaciones irreflexivas.

Climent le dedicó una mueca de desdén.

—Ya veremos. Por el momento, debéis pagar una sanción económica. —El arcediano arrojó el hierro candente al interior de la chimenea—. Tres sueldos por cada hogar. Es la multa por celebrar ritos paganos.

Feliu abrió la boca para protestar por esa sanción excesiva, pero la

cerró enseguida al considerar que se trataba de un mal menor. Él podía contribuir con algunos ahorros de su asignación.

—Está bien: reuniré el dinero y lo llevaré en persona a la Seu.

Climent le clavó una última mirada de odio, gritó órdenes escuetas a sus mercenarios y abandonó Melers como un perro rabioso. Feliu desató a Raquel y caminó mareado hasta las cuadras. Aún no comprendía de dónde había sacado el valor para enfrentarse así a su superior. Cortó las ataduras de las muchachas, se disculpó por el trato que habían recibido y las dejó marchar. Luego le pidió a Raquel que se quedara y la muchacha miró al suelo con los hombros encogidos.

—¿Adaleda estuvo presente en la celebración? —le preguntó.

Ella tardó unos instantes en contestar.

—Sí, la organiza cada año para las mujeres de Melers y Dorres. Pero no he mentido en lo demás. Tan solo fue una noche de fiesta inofensiva.

Feliu intentó adoptar un tono de voz suave. No quería que se sintiera juzgada, pero necesitaba respuestas.

—Da igual que para vosotras solo sea una fiesta inocente, porque otros no lo verán así. ¿Por qué proteges a Adaleda? Una cosa es no acusarla si no tienes un motivo, y otra muy distinta es arriesgarte y mentir cuando te interrogan. ¡Te iba a torturar! ¿Y si yo no hubiera llegado a tiempo?

—Ninguna delatará a Adaleda. Es como una promesa que haces cuando le salva la vida a alguien de tu familia. Además, todas sabemos que es mejor tenerla como aliada. Hay ciertas historias y misterios que la rodean… Te lo piensas dos veces antes de traicionarla.

—¿Así que le tenéis miedo? —Feliu deambuló por el establo. Cada nueva pieza de información le hacía cambiar de opinión sobre lo que debía hacer.

—Miedo no, respeto. Y nadie debe saber que te lo he contado —le suplicó.

—Tranquila, no diré nada. Tengo que pensar.

Raquel se dirigió a la salida y se volvió antes de alcanzar la plaza.

—¿Conoces la historia de lo que pasó en Melers hace treinta años?

—Algo me han contado.

—Dicen que el padre Ramir perdió la cabeza de un día para otro. Nunca volvió a ser el mismo.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —Feliu sospechaba que se trataba de una advertencia.

—Solo para que lo tengas en cuenta.

Raquel atravesó la plaza y lo dejó solo con sus dilemas. Él quería estar del lado de los habitantes de Melers y quería protegerlos. Sin embargo, enfrentarse a Climent no serviría de nada si Adaleda era igual de peligrosa, o incluso peor.

CLIMENT SE ALEJÓ de Melers en el carruaje como un vendaval. Tras varias horas de camino, aún apretaba los dientes. Sostenía los viejos documentos de los juicios de Melers delante de sus ojos sin leerlos, asaltado constantemente por pensamientos furiosos.

Lo reconcomía el fracaso en el interrogatorio. Había leído que en los juicios del pasado dos muchachas habían hablado bajo la amenaza del hierro candente y habían delatado a una bruja que vivía en una choza a las afueras de la aldea. Sin embargo, Feliu se había entrometido en sus planes y había menoscabado su autoridad. Podría haberlo apresado junto con la chica, los mercenarios estaban bajo sus órdenes. Nada le hubiera proporcionado más placer que llevárselo maniatado. Pero había tenido que contenerse: el obispo no quería atraer a los inquisidores, y encarcelar a un párroco por conspirar con herejes era lo mismo que enviarles una invitación.

Deseó que al menos el obispo quedara contento con el dinero recaudado por las sanciones y le reconociera el mérito de haber descubierto la celebración pagana. Ya encontraría la oportunidad para convencerlo de los asuntos turbios de Feliu y su supuesta relación con la bruja. Si era paciente y perseverante, podría aplastar a ese párroco insolente como si fuera un simple mosquito.

Dejó los pergaminos sobre el asiento y retiró la cortina. Aún quedaban muchas horas de camino hasta la Seu y aborrecía el tiempo perdido en los viajes. Un socavón en el camino sacudió el carruaje y los documentos se desparramaron por el suelo. Al recogerlos, se fijó en una pequeña estrella dibujada en el margen de una página: tenía siete puntas y una cola en forma de garfio, y el texto la relacionaba con el escondite de la bruja.

No era la primera vez que Climent contemplaba esa estrella, ¿dónde la había visto antes? ¿Quizá en casa de Feliu, o en algún otro lugar de la plaza? Se presionó las sienes para intentar recordar. Estuvo tentado de ordenar al cochero que diera media vuelta, pero, si no encontraba la estrella en Melers, haría aún más el ridículo. Así que se recostó en el asiento y decidió que en adelante se mantendría atento a ese tipo de detalles.

Capítulo 15

NÚRIA OBSERVÓ CON resentimiento cómo Ada dibujaba una estrella con su bastón en el suelo, frente a la entrada de la cueva. Aún estaba asimilando lo que acababa de decirle: en los próximos meses no podría bajar a Melers, no podría ver a Jacina, no atenderían a ningún enfermo desconocido. El resto del año vivirían aisladas por completo. Le entraron ganas de llorar.

—En Melers no hay peligro para nosotras —protestó—. Elisa nos lo ha confirmado: Feliu está de nuestra parte. Y los demás siempre lo han estado.

—No siempre, en el pasado nos traicionaron algunas aldeanas. —Adaleda añadió una cola en forma de gancho a la estrella y sacó de su bolsillo un amuleto de plumas y nudos.

—Me niego. No me aislaré. —Núria cruzó los brazos. Estaba harta de las órdenes de Adaleda.

—No tenemos otra opción, ya te lo he dicho. En el solsticio de verano nos estuvieron vigilando. Si hubiéramos cancelado la celebración, como yo dije, esto no habría sucedido. ¿Y si nos hubieran seguido hasta la cueva? Nos esconderemos hasta que desvíen su atención hacia otro lugar.

Adaleda colgó el amuleto de un árbol y murmuró uno de sus hechizos de protección que no servían para nada. Desde que Núria había descubierto que su maestra era la culpable de su pérdida de memoria, la evitaba y apenas le dirigía la palabra. El rencor no desaparecería fácilmente y la desesperaba la perspectiva de no ver a nadie más durante meses.

—¿Y qué haremos todo ese tiempo? ¿De qué viviremos?

—Nos alimentaremos de lo que recojamos en el bosque. Además, ya que te has mostrado tan interesada en aprender plantas nuevas, te enseñaré las recetas del Legado que aún no conoces: una decena de conjuros para trastornos de la mente.

Una ráfaga de viento hizo crujir las ramas de los avellanos y alborotó el pelo de Núria. La rebeldía creció en su interior como un remolino. Ya no era una niña, ni una aprendiz novata. Ada siempre le ordenaba lo que tenía que hacer, le dictaba lo que debía creer, incluso años atrás decidió lo que debía olvidar.

—No puedes dirigir mi vida para siempre.

—Esta situación me gusta tan poco como a ti, pero tus acciones pueden tener consecuencias para las dos y para el futuro del Legado, ¿no lo entiendes?

—Ya no será así. Me marcho.

Sintió el vértigo de una decisión precipitada. Desde el viaje a La Seu, había surgido poco a poco la idea de irse de Melers. Y cada vez se acumulaban más razones.

—¿Marcharte? ¿A dónde? —preguntó Adaleda con brusquedad.

—A Girona. Buscaré a mis tíos. Y, si tengo la oportunidad, aprenderé de otras curanderas.

—Eres demasiado joven e ingenua. Tú sola viajando por caminos y ciudades… —La voz de su maestra se quebró a mitad de la frase—. No durarías ni un mes.

—No puedes impedírmelo.

Adaleda se acercó; parecía aún más pálida de lo habitual. Le habló entre susurros.

—No, no puedo impedírtelo. ¿Qué iba a hacer? ¿Encadenarte de un tobillo? Pero no estás preparada. Si te vas, deberás enfrentarte al odio del mundo tú sola. Averiguarás cómo desprecian a las sanadoras como nosotras y no tendrás la sabiduría para afrontarlo. Yo lo viví de niña, por eso sé lo duro que es y cómo debemos actuar. Por favor, confía en mí.

Núria miró al horizonte, por encima de las montañas que cerraban el valle. La idea de marcharse le parecía más tangible, más inevitable.

—A veces me imagino a mí misma de vieja en la cueva y pienso en todo lo que me perderé de la vida si nunca salgo de aquí. Tú actúas como si lo único que existiera fuera el libro del Legado, y hay mucho más ahí fuera. Quiero aprenderlo para ser mejor sanadora.

—¿Te refieres a esas supuestas formas de curar que practican otros por ahí? Como los que curan con espejos, los que prescriben dar vueltas a las iglesias, primero en un sentido y luego en el otro. —Adaleda movía los brazos con indignación, agitando la túnica—. También están las que invocan a los santos y preparan filtros de amor con nudos y cabellos. Y los que desangran a los enfermos para curar una fiebre. ¡Cualquier cosa con tal de ganarse unas monedas de más! ¿Son esa clase de sandeces las que quieres aprender?

—El Legado no tiene todas las respuestas. Ni siquiera te molestaste en probar el regaliz que traje del mercado de La Seu, ni nunca les preguntas a las demás herboristas sobre las plantas curativas que crecen fuera del valle.

—¿Para qué necesitas más plantas curativas? En cien años no podrías aprender todas las hierbas de los Pirineos, ¿y aún quieres ir a buscar más? El Legado tiene todas las respuestas que necesitamos, todas las respuestas que importan.

—Pues fracasaste con el joven de las convulsiones. No lo sabes todo. Reconócelo, al menos.

Adaleda la miró con el ceño fruncido.

—Núria, ya sabes que algunas enfermedades son complejas o incurables, y que ciertas plantas son impredecibles.

—Yo aprenderé a curar esas enfermedades y a conocer bien esas plantas. No me resignaré. Y regresaré para demostrártelo.

Estaba convencida. Se marcharía unos años y a su regreso le mostraría a Adaleda que otro tipo de vida era posible, que podía dedicarse a sanar sin tener que ocultarse.

Pensó unos instantes en Jacina: ella era lo único que la retenía en Melers. Sin embargo, su amiga abandonaría la aldea tarde o temprano. Se marcharía para casarse con el hijo mayor del cirujano o con el próximo que conociera en el mercado; hacía meses que no hablaba de otra cosa.

Adaleda le habló con un tono de súplica que casi logró ablandarla.

—Si me abandonas ahora, todo se perderá, ni siquiera he terminado mi labor como maestra. Quédate al menos unas semanas y aprende los últimos remedios. Casi no los utilizo porque son recetas complejas de venenos, sedantes y bebidas que confunden y alteran el ánimo. Pero quizá los necesites en el futuro. —Núria abrió los labios con la intención de protestar y su maestra levantó una mano para que no la interrumpiera—. Sé que crees que nunca los utilizarás, que no es decente ni honesto. Sin embargo, puede ser tu único recurso en situaciones desesperadas. Al menos debes conocer esas plantas.

Ella jamás borraría la memoria de una persona como había hecho Adaleda, ni se le ocurriría envenenar a nadie que la amenazara. Sin embargo, admitió que podía quedarse unas semanas más. Sentir que su marcha no era inminente la tranquilizaba un poco.

—Está bien. Unas semanas.

A LA MAÑANA siguiente, Núria regresó a la cueva sin saber dónde ponía los pies. Su cabeza aún se aferraba a las visiones provocadas por el ungüento que había preparado con bayas de belladona. *Neulit* caminaba muy cerca de ella, como si quisiera ayudarla a encontrar el sendero correcto. Había preparado la mezcla sin la supervisión de Adaleda y lo había hecho bien: sus sueños durante la noche habían sido vívidos y le habían revelado augurios del futuro.

Su maestra le tendió una infusión para asentar el estómago y despejar la cabeza. Núria flexionó las manos que sostenían el vaso. Ya no eran alas, sus extremidades habían vuelto a la normalidad.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

—Adopté la forma de una lechuza. Volé hacia el sur, por encima de las montañas, y salí de La Cerdanya.

Dio unos sorbos a la infusión y las siluetas a su alrededor se volvieron más nítidas. Recordó la primera vez que Adaleda le untó las axilas con el ungüento, unos años atrás. Aquella noche había recorrido el bosque convertida en zorro, e incluso había cazado un ratón. Las visiones le parecieron tan reales que, cuando despertó en el prado al amanecer, buscó alrededor huellas de zorro hasta que recordó la receta que le había provocado las alucinaciones. Esa noche, la experiencia como lechuza había sido más tranquila.

—Sobrevolé una ciudad rodeada de niebla. Las murallas y las casas surgían entre la bruma —continuó—. Y después, nada. Más allá solo encontré nubes grises.

—Quizá en Girona no se te mostrará tu destino y deberás viajar más lejos —dijo Adaleda.

Cada vez que Núria era consciente de la partida inminente se sentía al borde de un precipicio. Quería saltar y al mismo tiempo aferrarse a algo firme para no caer.

—Aún estás a tiempo de quedarte —dijo su maestra, adivinando sus pensamientos.

—Me marcharé antes de que acabe el verano. —Vació la taza de un trago; ya se sentía lúcida—. ¿Qué planta venenosa vas a enseñarme hoy?

—Hoy recogeremos acónito o matalobos, el veneno más potente que existe en esta región. Puede envenenar incluso a través de la piel, así que usaremos guantes en todo momento.

FELIU ACEPTÓ EL vaso de vino que le ofreció Maria, y Arnau se sentó a la mesa frente a él. Bebió para aclarar la garganta y mentalizarse del propósito de la conversación que estaba a punto de comenzar. Quería advertir a Arnau de las amenazas de Climent sin evidenciar su enemistad con el arcediano. Quería preguntar sobre las supuestas artes oscuras de Adaleda sin traicionar la confianza de Raquel. Quería definir su autoridad como párroco sin mostrar que, en realidad, vacilaba.

—Supongo que has oído que el arcediano nos visitó hace dos días. Es un asunto serio. Tiene un especial interés en Melers y nos vigilará. No podemos dejar las cosas igual que están.

—Ayer hablé con Adaleda y me dijo que no recibirá a forasteros durante un tiempo. Aunque nos vigilen, no encontrarán nada.

—Pero eso por sí solo no soluciona el problema. Todo este embrollo llama demasiado la atención: el secretismo, la cueva oculta, los

símbolos y las fiestas paganas… ¿Pretendéis que os acusen de herejía? Es cierto que los castigos que quiere imponer el arcediano son… desproporcionados.

—Son bárbaros —lo interrumpió Arnau.

—Desde luego, no me gustaría que la muchacha, Núria, recibiera la clase de torturas que practican algunos. Aun así, no puedo aprobar todo lo que he oído sobre ellas. Entiéndeme, debo responder ante la diócesis de lo que ocurre en mi parroquia.

Arnau fijó en él sus ojos oscuros como dos hoyos en la roca. En la sala solo se escuchaba el trajín de cazuelas que provenía de la cocina.

—Podríamos contarle a Adaleda los riesgos de vivir en Melers —continuó Feliu—, e invitarla a irse a otro lugar.

—No puede echarla de su casa, padre, porque vive fuera de los terrenos de la parroquia. Ya lo intentaron otros antes que usted.

Feliu dio un sorbo al vino y se limpió la boca con la manga.

—Hay ciertas cosas que nadie dice y que están ahí. Todo me suena a una advertencia que se os queda en la punta de la lengua y que no llegáis a pronunciar. A veces me siento vigilado, incluso he encontrado amuletos en mi casa. ¿Suele merodear ella por aquí? ¿Es una amenaza para los que tratan de hacerle frente?

El perro que descansaba bajo la silla de Arnau levantó las orejas y escondió la cola, como si sintiera la tensión entre los dos hombres sentados a la mesa.

Arnau respiró hondo y se tomó su tiempo antes de responder.

—No es una mujer indefensa. Tiene sus recursos para sobrevivir, igual que todos. Pero hace mucho bien en la aldea. Le curó el hombro y la fiebre. ¿O ya lo ha olvidado?

—En realidad, fue Núria quien me curó. De todas formas, un buen acto no la exime de sus faltas. No podemos tolerar más conspiraciones, ni ritos, ni fiestas extrañas. Los aldeanos deberían evitarla.

—Eso no me corresponde a mí decidirlo. Supongo que le habrán explicado que fue una fiesta para las mujeres.

—¿Y quién puede decidirlo, entonces? ¿Elisa tiene influencia sobre las demás?

—No sabría decirlo. Le aseguro que mis hijas no acudirán más, es lo único que puedo prometer.

—Me alegro de que sea así. También está el asunto de la sanción que debemos pagar a la diócesis. No creo que sea justo repartirlo a partes iguales entre los hogares, pues tu familia se ha llevado durante años las propinas por guiar a los enfermos hasta la cueva. Elisa también se beneficia de todo esto alquilando una habitación.

—Nos han sancionado por una fiesta en un prado…

—Organizada por Adaleda —interrumpió Feliu, clavando los nudillos en la mesa—. Yo también pondré parte de mis ahorros,

porque soy consciente de que no todos los hogares pueden permitirse una cantidad así. Vosotros sí.

Arnau torció el gesto y, tras un momento de vacilación, accedió:

—Está bien, por esta vez.

El párroco suspiró. No se sentía cómodo en el papel que debía desempeñar, pues no le gustaba presionar a sus parroquianos, pero Climent no le había dejado opción. Pensó que, si cumplían con la sanción, Adaleda se ocultaba por un tiempo y no se celebraban más fiestas, quizá conseguiría convencer al obispo de que tenía la parroquia bajo control. Aunque, por otro lado, la perspectiva de enfrentarse a la astucia de Climent le producía verdadero pánico.

Sostuvo la mirada de Arnau y percibió que sus ojos estaban menos oscuros que antes. De pronto, Jacina abrió la puerta y entró en la sala como un ciervo en estampida. Estaba llorando. Cruzó la sala, salió por la puerta del huerto y Arnau la siguió.

—Jacina, ¿qué ha pasado?

Feliu no pudo captar las frases que intercambiaron, hasta que la chica chilló a su padre entre sollozos.

—¿Que no es para tanto? ¡Se marcha y me deja sola en este pueblucho odioso!

NÚRIA VIO EMPEQUEÑECER las casas de Melers y se le empañaron los ojos. Iba sentada en la caja de la carreta de Arnau de espaldas al sentido de la marcha. Se aferraba a la bandolera que reposaba sobre sus piernas y que contenía las pocas pertenencias que llevaba consigo. *Neulit* estaba tendido a su lado, adormilado, sin ser consciente de la magnitud del viaje que estaban a punto de emprender.

Una semana atrás, Arnau había fijado la fecha de su partida cuando le comunicó que el veinte de agosto partía una caravana de mercaderes desde Puigcerdà que se dirigía a Girona. Algunas familias y otros viajeros se unirían a ellos. No encontraría una oportunidad mejor para viajar protegida, le dijo. Y, desde entonces, Núria apenas había podido dormir: se despertaba en mitad de la noche, a veces ilusionada y otras abrumada por sus planes hacia lo desconocido.

Agitó la bandolera para recolocar el contenido; la esquina del libro del Legado se le clavaba en la pierna, como un recordatorio constante de la carga que ocultaba. Al principio, se había negado a llevárselo, pero Ada le había suplicado y le había dicho que estaba perdiendo vista, y que ya casi no podía leerlo. También le había confesado con dramatismo exagerado que, si Núria no regresaba y el libro se quedaba en la cueva, el conocimiento que contenía moriría con ella, pues no tenía intención de tener otra aprendiz. Así que lo había

cogido a regañadientes y se había alegrado de saber que ninguna otra niña iba a perder la memoria.

Las recetas que había aprendido las últimas semanas sumaron nuevos motivos para marcharse. Adaleda le había mostrado el rostro más oscuro del Legado. Ahora era capaz de crear pesadillas y alucinaciones, borrar recuerdos, hundir a una persona en el letargo, encender su furia, incluso cerrar para siempre los ojos de un enemigo. No se sentía más poderosa por ello. Al contrario: la complejidad de las recetas y sus efectos difíciles de predecir la hacían sentirse insegura.

A media mañana llegaron a Puigcerdà, que, asentada sobre una colina, presidía el fondo del valle. En la plaza mayor se despidió de Arnau con palabras demasiado formales. Ninguno hizo el gesto de acompañar el adiós con un abrazo. Núria lo vio marchar y se preguntó cuándo se reunirían de nuevo. Con suerte, si encontraba a sus tíos y estos la acogían, podrían pasar varios años.

Aún faltaba media hora para la partida de la caravana y estudió a sus compañeros de viaje, que aguardaban en la plaza. Pasó entre dos carros sepultados bajo montañas de vellones de lana y sorteó una carreta que transportaba tejas de pizarra. Un burro cargado de fardos se alimentaba de una pila de heno en una esquina, junto a una familia con cuatro niños. Unos muchachos con aspecto de campesinos y poco equipaje se apoyaban en la pared de la iglesia. Y dos mercaderes comían pan y embutido en el centro de la plaza. Debía hablar con ellos para unirse a la caravana, pero no se atrevía a dar el primer paso. Decidió esperar y observar.

Al poco rato, dos mujeres se aproximaron a los mercaderes e intercambiaron algunas palabras. Uno de los hombres señaló a la familia y ellas se dirigieron hacia allí. Núria las interceptó a medio camino.

—Hola. ¿Viajáis a Girona?

—Sí —respondió una de ellas.

—¿Puedo unirme a vosotras?

—Pregunta a los mercaderes, ellos son los que deciden el orden de la marcha.

Trasladó la pregunta a los mercaderes. Les habló a varios pasos de distancia y en voz alta, pues desprendían un olor tan fuerte como los animales de tiro. Uno de ellos, con el pecho ancho como un tonel, la miró de arriba abajo mientras arrancaba un pedazo de salchichón con los dientes. Tragó sin apenas masticar.

—Irás con aquellas dos, justo detrás de la familia. Vigilarás a los mocosos para que no nos retrasen.

Les estaba agradeciendo que le permitieran viajar con la caravana cuando escuchó una voz familiar a su espalda.

—Hola. Me dirijo a Girona y me gustaría unirme al grupo.

Antes de volverse, Núria ya había adivinado que el joven que hablaba era Guim, el hijo menor del cirujano.

—Tú caminarás junto a la carreta de las tejas —respondió el mercader delgado y seco como la tira que panceta que mordisqueaba —. Me ayudarás a esquivar los socavones del camino.

Guim y Núria cruzaron las miradas. Tras una fracción de segundo, él la reconoció, le sonrió y levantó las cejas.

—De nuevo coincidimos en el camino —dijo él con la misma simpatía que había mostrado en el viaje a La Seu.

—Sí, yo también voy a Girona. ¿Te quedarás allí mucho tiempo?

Se apartaron de los mercaderes a paso lento.

—Voy a trabajar como aprendiz de un médico; me acogerá un viejo conocido de mi padre.

—Qué bien, así podrás seguir aprendiendo medicina como querías, ¿no?

—Sí, eso espero. Primero tendré que trabajar duro y ganarme la confianza del doctor Astruch. Con suerte, de aquí a un tiempo me recomendará para entrar en una escuela de Medicina en Lleida o en Barcelona. ¡Pero es buen comienzo! —La sonrisa de Guim se ensanchó —. ¿Y tú?

Núria admiró la desenvoltura y la alegría del chico al enfrentarse a lo desconocido.

—Yo voy a buscar a mis tíos. Hace poco descubrí que se trasladaron a Girona y quisiera conocerlos; son la única familia que me queda.

—¿A qué se dedican?

—Imprimen libros. O al menos esa fue la última noticia que recibí sobre ellos.

«Noticia de hace seis años», pensó.

Los mercaderes guardaron el almuerzo y colocaron los animales de tiro entre las varas de los carros.

—Voy a despedirme. Luego seguimos hablando. —Guim señaló a su familia, que aguardaba en una esquina.

Ella sonrió y se dirigió al lugar que le habían asignado. Se sorprendió al notar que ya no le pesaba tanto la incertidumbre del viaje que estaba a punto de emprender. Por primera vez desde que decidió marcharse, sintió que se dirigía hacia algo real. Hasta ese momento, su familia había sido una sombra que perseguir, y Girona, apenas una meta difusa en su mente, un punto de tinta en el mapa que le había mostrado Feliu, una silueta de edificios y murallas entre la niebla. De pronto, la ciudad tenía un rostro conocido y una voz amable.

Observó a Guim desde la distancia mientras él abrazaba a su madre y recibía unas palmadas afectuosas en el hombro por parte de su padre y su hermano.

—¿Cómo se llama tu perro?

La pregunta sacó a Núria de su embeleso. La joven con la que había hablado antes acercó la mano abierta a la nariz de *Neulit* y este la olisqueó. El perro había crecido tanto que no hacía falta doblar la cintura para acariciarle el hocico.

—Se llama *Neulit*. No muerde, no tengas miedo.

—Tienes suerte de tenerlo como compañero de viaje.

Núria le dio la razón. Aunque no estaba pensando en *Neulit*.

Tercera parte

AGOSTO 1527 - MARZO 1528

Belladona

Arbusto perenne, discreto y huidizo que habita los lugares más oscuros de los bosques. Las hojas, administradas en infusión, causan somnolencia, calma y mansedumbre, aunque en exceso provocan mareos y debilidad. Las bayas maduras, aplicadas en ungüento, producen visiones vívidas que pronostican la fortuna y el destino.

Capítulo 16

AL DIVISAR UNA figura oscura que avanzaba entre las rocas del laberinto, Adaleda, que estaba recogiendo llantén, se ocultó tras unos avellanos. Contuvo la respiración y trató de enfocar en la distancia. Cuando se acercó más a su escondite, reconoció a Elisa y salió a su encuentro.

—Elisa, no deberías estar aquí. ¿Te ha seguido alguien?

—No, he vigilado bien, tranquila.

—¿Cómo voy a estar tranquila después de lo sucedido? ¿Por qué has venido? Te dije que me ocultaría durante unos meses.

—He venido para preguntarte cómo estás.

—Pues como siempre, ¿cómo iba a estar?

—Lo pregunto por la partida de Núria… Debe de ser difícil volver a estar sola.

Elisa le hablaba con delicadeza, como si quisiera aplacar su mal genio, pero ella sintió el efecto contrario.

—No quiero que vengas a compadecerme, quiero que dejes de ser tan imprudente. Por tonterías como esta se ha estropeado todo.

—¿Cuándo he sido imprudente?

—Me convenciste de que no cancelara la celebración del solsticio y mira lo que sucedió. Núria se ha ido por culpa de ese ermitaño que decías que era inofensivo. Y hace unos meses tú y Arnau me convencisteis de que no hiciera nada contra el cura.

Le dio la espalda a Elisa y se agachó para arrancar más plantas de llantén.

—Feliu ha demostrado ser nuestro aliado. Raquel me contó que se enfrentó al arcediano. La defendió y mintió para protegerla.

Adaleda no quería oír más elogios sobre ese hombre. Parecía que había embaucado a toda la aldea, pero ella no bajaría la guardia.

—Será un aliado para vosotros… Le metió en la cabeza a Núria que debía ir a La Seu a buscar a sus tíos, y ahora se ha ido aún más lejos.

—Justo por eso quería hablar contigo. —Elisa suspiró y la siguió por el prado. Recogió algunas hojas de llantén como si pretendiera ayudarla—. ¿No crees que, aunque el incidente con el arcediano no hubiera sucedido, Núria se habría ido tarde o temprano? La conoces bien, sabes que no podías retenerla aquí para siempre.

—¿Por qué no? Estaba destinada a continuar mi modo de vida. Yo

he permanecido aquí para cumplir con mi deber.

—Núria siempre ha querido saber más e ir más lejos. Tú quizá no tenías otra opción por…

Adaleda se irguió con brusquedad y la miró de frente. Elisa había sido su amiga durante años y aun así no comprendía nada.

—¿Porque soy albina? ¿Crees que sufro tantos sacrificios porque no tengo otra opción? Lo hago porque sé cuál es mi destino. Lo ha sido desde niña.

Se volvió y fingió centrarse en la recolección de llantén. Temió que, si seguía hablando, la voz le saldría entrecortada por las ganas de llorar.

—Estoy segura de que Núria estará bien, es fuerte y tiene a *Neulit*. Y creo que regresará, ya lo verás —dijo Elisa.

—¿Ahora eres tú la experta en adivinar el futuro?

La viuda se cruzó de brazos y dejó que Adaleda se alejara por el prado.

—No te encierres en tu rencor. No busques culpables.

«Eso solo lo dice quien se siente como tal», pensó Adaleda.

—No quiero verte de nuevo en el laberinto, es peligroso —le espetó como despedida.

Elisa negó con la cabeza.

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

La mujer se alejó y Adaleda buscó refugio en la cueva. Sabía que la encontraría vacía; permanecería así durante años, quizá para el resto de sus días. Esparció las plantas sobre la mesa y la vista se le nubló más de lo normal.

Si Núria no regresaba, envejecería en soledad, enferma e inútil. ¿Cuál había sido el propósito de los sacrificios, las precauciones y la soledad? No había sabido transmitir a su aprendiz el valor de su cometido, por eso la había abandonado.

NÚRIA TOMÓ ASIENTO en un tocón de árbol junto a la hoguera mientras sujetaba una escudilla de estofado caliente. La segunda jornada de viaje había sido larga y estaba hambrienta. *Neulit* la miró con una súplica muda y ella le dio los dos trozos de tocino que flotaban entre las legumbres. Luego probó una cucharada y se percató de que el cocinero había intentado camuflar el sabor a grasa rancia con puñados de sal. Arrugó la nariz, pero el mal sabor no le quitó el apetito: en la posada no ofrecían nada más para cenar y tenía el estómago vacío.

Poco después, Guim salió de la posada con otra escudilla y una jarra de vino, la localizó y se sentó junto a ella. Era la primera vez que se encontraban a solas. Durante los dos días que llevaban de camino,

Núria había estado pendiente de él sin proponérselo, siempre atenta al lugar que ocupaba en la caravana y a su risa, que sobresalía a menudo entre las voces de los demás viajeros. Guim sorbió ruidosamente el caldo e hizo una mueca de disgusto.

—Sí, está salado y rancio —confirmó ella.

—Puaj, creo que necesitaré más vino para pasar esta bazofia. —Le tendió la jarra—. ¿Quieres?

Ella bebió tres tragos y el chico miró alrededor.

—Al menos el sitio es más agradable que el de anoche —dijo él.

Se encontraban entre los tres muros que quedaban en pie de un edificio abandonado, seguramente el antiguo granero de la masía, ahora convertida en posada. La hiedra cubría las paredes y colgaba de las ventanas vacías, y los grillos resonaban en la oscuridad.

Núria pensó que el entorno invitaba a la intimidad y las confidencias.

—¿Conoces en persona al médico con el que trabajarás?

Guim sacudió la cabeza con la boca llena de judías y respondió tras tragar la comida:

—No, mi padre lo conoció hace muchos años. Le escribió una carta y el médico nos respondió también con otra.

—¿Y por qué serás tú su aprendiz en vez de tu hermano mayor?

—Él heredará el negocio familiar y la casa. Mi padre ha querido darme una buena oportunidad de prosperar por mi cuenta. —Guim apuró el caldo y se limpió los labios con el dorso de la mano—. Envió cartas a unos veinte médicos, primero a los de La Cerdanya, luego a La Seu y al final más lejos. Solo este me aceptó, pero creo que seré más su asistente que su aprendiz.

—Echarás de menos tu casa al estar tan lejos…

—Supongo que sí, pero merece la pena.

Núria dejó su escudilla vacía delante de *Neulit* y este lamió los restos.

—¿Crees que el médico te dará todas las respuestas para tratar mejor a los enfermos?

—No sé si alguien tiene todas las respuestas, aunque, si alguno se acerca, tiene que ser un médico, sin duda. No es que menosprecie los conocimientos de mi padre, pero los médicos estudian muchos años, son auténticos sabios que pasan media vida aprendiendo. En cambio, para ser cirujano solo hacen falta cuatro años como aprendiz.

Guim atizó el fuego con una rama y una nube de chispas se elevó en el aire. Pareció reflexionar un instante y continuó: —Quizá te parezca una obsesión tonta. Pero hay un momento, justo antes de perder a un paciente, que me parte en dos. Es cuando deja de quejarse por el dolor y dice que tiene frío, y luego busca la mano de algún familiar porque ha entendido que no puedes hacer nada más por él. Cuando llega ese

momento, me siento impotente. —Guim hablaba con pasión. La luz del fuego le marcaba los rasgos y los ojos le brillaban con el color de la miel—. Daría cualquier cosa por tener un remedio más en mi haber, por darle una última esperanza.

—No creo que sea una obsesión tonta. Pienso que serías un buen médico y espero que lo consigas.

—No sé, tengo mis dudas. —Guim le dedicó esa media sonrisa que precedía a sus ironías—. Los médicos que he conocido son solemnes y serios… ¿Crees que alguien podría tomarme tan en serio como para contratarme como médico?

—¡Claro que sí! —Núria le devolvió la sonrisa.

—¿Y tú? ¿Has enviado una carta a tus tíos?

—No, de hecho, no sé dónde viven, preguntaré por la ciudad. La única referencia que tengo es el apellido de mi familia. Ellos ni siquiera saben que estoy viva.

—Buf, no te será fácil, Girona es una ciudad grande. ¿Y qué harás si no los encuentras? ¿Regresarás?

—No creo que me rinda tan pronto. Intentaré encontrar más pistas y quizá busque alguna forma de ganarme la vida mientras tanto.

—Bueno, si te ves en apuros, recuerda que puedes venir a casa del doctor Astruch a buscarme. Y, si todo va bien, ¡pues también! Me gustaría saber si al final logras encontrar a tu familia.

—Claro —respondió ella, sorprendida de que Guim le ofreciera ayuda con tanta familiaridad.

Los mercaderes que lideraban la caravana salieron de la posada con jarras de cerveza mientras hablaban en voz alta. Se instalaron junto al fuego frente a ellos y Guim les preguntó sobre el camino que recorrerían al día siguiente.

Núria lamentó que los hubieran interrumpido. No le apetecía escuchar las groserías de los mercaderes. Encontraba a aquellos hombres molestos y desagradables: en apenas un par de minutos, uno había eructado tres veces y el otro había soltado dos bromas obscenas sobre las taberneras.

Al comprobar que tenían intención de quedarse ahí el resto de la noche, Núria se levantó, les deseó buenas noches y, a medio camino del pajar donde dormían las mujeres, decidió que aún no quería acostarse, así que se dirigió a la linde del bosque. Levantó la mirada al cielo nocturno. Dos murciélagos la rodearon batiendo las alas y su silueta se recortó contra la luna. Reconoció las constelaciones del final del verano e intentó encontrar presagios de su futuro.

No fue capaz de ver nada claro. Adaleda era más hábil que ella leyendo las estrellas. Se preguntó si Guim estaría presente en su futuro. No era lo que había planeado cuando partió de Melers, y se recordó a sí misma que apenas lo conocía. Sin embargo, había algo en

su forma de moverse y de enfrentarse a la vida, desprendía un tipo de energía que lo hacía diferente a cualquier persona que hubiera conocido. Por el momento, la única certeza sobre su futuro era que no dejaría de pensar en él.

EN LA TERCERA jornada de viaje, el camino se volvió más llano y cruzaron campos segados y robledales. Habían dejado atrás las montañas de los Pirineos. Aun así, no aceleraron el ritmo, sino que mantuvieron el paso lento de los bueyes que tiraban de los carros, fustigados constantemente por los látigos de los mercaderes.

A media mañana, un grupo de quinceañeros se unió al final de la caravana. Eran cuatro jóvenes y una muchacha que caminaban nerviosos, hablaban a ratos en susurros y otros a voces, y que en un par de ocasiones hasta se pusieron a cantar. Por su conversación, Núria dedujo que habían abandonado su aldea para buscar empleo, algunos de ellos sin el consentimiento de su familia. Tanto alboroto pronto inquietó a los niños que caminaban delante de Núria: empezaron a rezagarse y a soltarse de la mano de su madre, y más de uno se llevó una colleja de su padre. Incluso *Neulit* parecía más agitado, corría por delante y atrás de la caravana sin cesar, incansable, atravesando las matas y los arbustos que rodeaban el camino. También le ladraba a las ardillas, una costumbre que divertía a los niños.

A media tarde llegaron a Ripoll. Era una población de tamaño similar a la Seu que había crecido alrededor de un monasterio imponente. Los mercaderes acamparon a las afueras e indicaron a los demás que partirían al amanecer. Núria se acercó a Guim y él le propuso adentrarse en la ciudad.

Ella nunca había visto tantas coronillas afeitadas juntas: las calles estaban atestadas de miembros del clero vestidos con hábitos y sotanas de diferentes tonalidades que hacían recados, negociaban con mercaderes o conversaban. Y todas las vías que desembocaban en la plaza estaban colapsadas por los carros que transportaban víveres y otras mercancías, y que eran engullidos por las grandes puertas del monasterio como si este fuera el sumidero de la ciudad.

Pasearon sin prisas y compraron provisiones para los siguientes días de viaje. En una calle adyacente al monasterio, bajo un pórtico, se encontraron con un puesto de libros. Núria se detuvo junto al mostrador e intentó leer los títulos de las cubiertas. Aún le costaba trabajo reconocer algunas letras. La mayoría de los libros hacían referencia a algún santo y estaban escritos en latín, igual que la Biblia de su padre.

—¿Buscas algún libro por encargo de tu señor? —preguntó el tendero.

—No, solo curioseaba. —Núria se preguntó qué clase de persona podía permitirse comprar un libro—. ¿Cuánto vale este sobre santa Lucía?

—Ocho sextos de plata. Relata la vida de la santa y su martirio.

Calculó que llevaba el doble de esa cantidad en el monedero. Adaleda le había dado todo el dinero que tenía para que pudiera llegar a Girona y cubrir sus gastos un par de semanas si no encontraba a sus tíos.

El tendero levantó el libro de santa Lucía y se lo ofreció, pero debajo de ese quedó a la vista otro libro del color de los nomeolvides que llamó más su atención. La cubierta mostraba el dibujo de una planta y un título muy largo, y las dos primeras líneas decían: *Hortus sanitatis, de herbis et plantis.*

—¿Puedo mirar ese? —preguntó.

El librero asintió y Guim se asomó por encima de su hombro. Núria lo abrió por una de las primeras páginas. El texto estaba dividido en dos columnas y una letra capitular ornamentada marcaba el inicio de cada párrafo. Además, entre los textos había plantas dibujadas. Pasó varias páginas e identificó los dibujos de ajos, violetas, avena, fresas y cardos, además de otras plantas que no conocía. Era un libro similar al Legado y diferente a la vez, más ordenado y estructurado sin cartas celestes ni símbolos de estrellas. Se preguntó si tendría el mismo objetivo de difundir recetas y remedios.

Le preguntó el precio al librero y resultó ser aún más caro que el de santa Lucía. Sus manos opusieron resistencia a dejarlo de vuelta en el mostrador hasta que la sensatez se hizo un hueco en su cabeza: no podía gastar casi todo lo que tenía nada más empezar el viaje. Le dio las gracias al hombre y devolvió el libro a su sitio.

—Si mis primas estuvieran aquí, se habrían parado en las tiendas de cintas o broches. En cambio, a ti te gustan más los libros —dijo Guim.

Núria le sonrió.

—Siempre me han llamado la atención. Además, ese trataba de plantas curativas. Conozco algunos remedios caseros, pero con un libro así podría aprender muchos más.

—Quizá tu tío imprima libros parecidos.

—¡Es cierto! Recordaré el título y se lo preguntaré. Si logro encontrarlo, claro.

AL ANOCHECER ENTRARON en una taberna repleta de gente y se encontraron con el grupo de jóvenes que se habían unido a la

caravana. Por sus risas escandalosas, se notaba que habían bebido bastante cerveza. Guim les pidió permiso para sentarse a su mesa.

—¡Por supuesto! —respondió uno de ellos—. Estamos celebrando que ya no seremos unos campesinos muertos de hambre. ¿Vosotros también?

—Bueno, yo no era campesino, aunque voy en busca de un futuro mejor —dijo Guim—. ¿A dónde os dirigís?

—Nosotros dos buscaremos trabajo en el puerto de algún pueblo costero —contestó otro, y señaló con el pulgar al que estaba sentado a su lado.

—A mí me gustan los caballos, me encantaría trabajar en unas caballerizas —respondió un tercero—. Y deseo no tener que ver jamás un rebaño de ovejas. ¡Nunca más!

—El pobre pasaba meses a solas con sus ovejas cada verano —explicó el primero que había hablado—. Dicen que el roce hace el cariño, pero en su caso no ha funcionado.

—Espero no volver a oír un balido jamás, y brindo por ello. —Alzó la jarra y bebió un largo trago.

—¿Había roce con las ovejas en tu cabaña de pastor? —preguntó con sorna uno de los que iban a un puerto, y luego se rio de su propia broma.

—Yo buscaré trabajo como carpintero y estaré con Àngels —dijo el joven que se sentaba al lado de la chica. La cogió de la cintura y ella le sonrió.

—¿El mastín de los Pirineos que nos acompaña es tuyo? —le preguntó a Núria el que detestaba a las ovejas.

—Así es —respondió ella.

—Un buen ejemplar. Aún crecerá un poco más, ya lo verás. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Podrías criar perros en vez de caballos —interrumpió uno de los muchachos. Otro empezó a imitar el balido de una oveja.

—Lo tengo desde hace cuatro meses —respondió Núria. Empezaba a perder el hilo con tanta algarabía y conversaciones mezcladas.

—A mí no me importaría criar perros —dijo otro de los jóvenes.

—Los caballos son más nobles.

—Y tú, ¿qué harás? —le preguntó Núria a la muchacha, que no había hablado aún.

—Buscar trabajo como sirvienta en alguna casa, cerca de donde esté él. —Se acurrucó en el pecho del joven.

—¿Ser criador de perros? Mientras no sean ovejas…

—Yo creo que se te daría bien.

—Pues yo prefiero acarrear sacos y cajas que tratar con animales y estiércol.

—También tendrás que cargar animales en el puerto. He oído que

embarcan cerdos vivos y se los comen durante las travesías.

—No lo había pensado hasta ahora, pero estaría bien ser uno de esos…

—¿El qué? ¿Un cerdo?

—¡No! Un criador de perros.

Todos se echaron a reír. El que los había invitado a sentarse se levantó del banco y alzó la jarra de cerveza.

—¡Salud, compañeros! Espero que todos consigáis lo que os proponéis en vuestra nueva vida, ya sea ser carpintero, doncella, mozo de cuadras o cerdo.

Alzaron sus jarras y bebieron cerveza a la vez. Núria se sintió reflejada en las ilusiones de aquellos desconocidos, que, al igual que ella, no se habían conformado con la vida y los límites que les habían impuesto. Todos ellos se habían marchado para descubrir quiénes podían llegar a ser sin la tutela constante de los adultos que los habían criado.

Cuando salieron juntos de la taberna, ya había oscurecido, así que se dirigieron al prado donde habían acampado los mercaderes. La noche era cálida: no pasarían frío durmiendo al raso. Extendieron sus capas frente a la hoguera y Núria vio que la muchacha y su novio se separaban de los demás. Se abrazaron, se besaron y desaparecieron de su vista.

Núria se acostó y buscó a Guim con la mirada. Él ya había cerrado los ojos y dormía con la mejilla apoyada sobre el brazo.

Capítulo 17

FELIU ENCONTRÓ A Alfonso en la tesorería del palacio episcopal batallando con varios manojos de llaves y la cerradura de uno de los cofres. Dio tres golpecitos con los nudillos en el marco de la puerta para anunciar su presencia y el tesorero se volvió, sobresaltado.

—Padre Feliu, no te he visto llegar.

Feliu le sonrió y le tendió la bolsa con las monedas de la sanción impuesta a Melers. Se sintió aliviado de desprenderse de esa carga, pues había pasado todo el camino hasta la Seu rezando para no cruzarse con ningún bandido.

—Traigo los treinta y seis sueldos de la multa.

—No me habían informado de que esperábamos esa cantidad. ¿A qué se debe la sanción?

—Climent la impuso a todos los aldeanos de Melers.

—¿Y cómo es eso?

—Contrató a alguien para que nos vigilara, por ciertos rumores que había escuchado sobre herejes cerca de la aldea… Y el espía vio una fiesta popular y la malinterpretó. Mis parroquianos son inocentes, pero no nos queda más remedio que acatar la sanción.

—¿Así que Climent contrató a alguien para que os espiara? ¿Era un predicador zarrapastroso?

—No lo sé, yo nunca llegué a verlo.

Alfonso negó con la cabeza y mostró su desaprobación con un suspiro. Dejó la bolsa de monedas sobre el cofre y lo invitó a tomar asiento frente al escritorio, que estaba cubierto de papeles y libros de cuentas.

—Seguro que se trata del predicador, el hermano Vicenç —afirmó—. Se pasa el día dando vueltas por el palacio a la espera de que Climent le encargue más tareas de dudosa moralidad. No me parece bien que el arcediano actúe así, debería confiar en los párrocos.

—Si te soy sincero, las visitas de Climent me han tenido desvelado más de una noche.

—No me sorprende, por el tipo de personaje que es. Cuéntame.

El tesorero entrelazó las manos y se recostó en la silla. Parecía un hombre digno de confianza y no mostraba demasiada simpatía por Climent, así que Feliu se sintió más libre de hablar en contra del arcediano.

—Está empeñado en encontrar a una bruja entre las mujeres de Melers. Dijo que la celebración popular que había presenciado el espía demuestra su existencia. Se presentó en el pueblo con dos mercenarios e interrogó a unas muchachas, ¡incluso pretendía torturarlas! Y me amenazó con acusarme frente al obispo de conspirar con esa supuesta bruja.

—No te quepa duda de que Climent lo hará. Retorcerá la realidad para que parezcas culpable de cualquier cosa. Hizo lo mismo conmigo y así consiguió el cargo que tiene ahora.

—¿Qué debería hacer?

—Negarlo todo. Es un mentiroso y debe quedar retratado como tal.

Feliu se percató entonces de que la relación entre Alfonso y el arcediano era de enemistad manifiesta. Se removió en su asiento. No estaba seguro de si le convenía entrometerse en las luchas de poder que se libraban en el palacio.

—Esta tarde debo dar explicaciones ante el obispo —dijo—. Había pensado en quitarle importancia al asunto y convencerlo de que ha quedado zanjado con el pago de la multa, pues los parroquianos ya han sido advertidos. Tampoco puedo negarlo todo, porque en realidad la falta existió: esa fiesta, depende de cómo se mire, se podría considerar una celebración pagana. Además, a veces merodean herboristas por los bosques de Melers, como en cualquier otro lugar. Pero Climent lo ha convertido en una conspiración exagerada.

—A mí me hizo exactamente lo mismo. Tan solo compré unas hierbas a una herborista y me acusaron de conspirar con brujas, gastar el dinero del obispado en remedios herejes e incluso de fornicación.

—¿Y el obispo no se mostró más sensato?

—Por desgracia, no. Climent le susurra mentiras al oído todo el día y acaba por engañarlo.

Feliu se retorció las manos. Sus perspectivas empeoraban.

—Pues no me quedan muchas opciones…

Alfonso se inclinó hacia él.

—Yo intenté ser correcto y sincero, y ya ves el resultado. ¿Quieres un consejo? —Feliu asintió, aliviado de que le dijeran qué debía hacer—. Debes ser tan despiadado y agresivo como Climent. Niégalo todo, acúsalo de falsedad y manipulación. Exagera los problemas que causó en Melers con el interrogatorio de las muchachas y la sanción. Explica cómo te ha traicionado al actuar en tu parroquia sin tu consentimiento.

—No sé si puedo hacer eso… —dudó. Esa forma de discutir no iba con su carácter.

El tesorero lo miró con gravedad.

—Feliu, no podemos dejar que venza siempre que se lo proponga. Los hombres como él no deberían estar al mando del obispado.

—Pero no tengo apoyos, ni nadie que hable en mi favor. ¿Cómo convenceré al obispo?

—Yo te apoyaré. Cuando encuentre el momento adecuado, hablaré en tu favor. Has hecho bien en contármelo. Aún conservo algo de la confianza del obispo. O, al menos, eso espero.

—¡CALLAOS LOS DOS! —En la sala de audiencias, el obispo Despés levantó la voz ronca por encima de las acusaciones cruzadas de Climent y Feliu—. Una situación como la de Melers no puede repetirse. La Iglesia debe actuar con una sola voz, ¡no debéis mostrar vuestras disputas delante del pueblo! Los dos sois culpables de ofrecer un espectáculo lamentable.

El obispo hizo el gesto de seguir hablando, pero un ataque de tos se lo impidió. Usó un pañuelo bordado para limpiarse el esputo de los labios.

Mientras el hombre recuperaba el aliento, Feliu observó a Climent. Vio la frustración en su rostro y lo tomó como una pequeña victoria. Aunque había llegado a la sala de audiencias lleno de dudas, el tono de superioridad de Climent lo había enfurecido en pocos minutos. Alentado por el consejo de Alfonso, lo había culpado de actuar a sus espaldas, de hacerle perder la confianza de los parroquianos y de torturar a varias jóvenes inocentes, algunas casi niñas.

Por su parte, el arcediano había respondido airado y había descrito un complot tan cercano a la realidad que resultaba preocupante, y según el cual, Feliu y los aldeanos ocultaban a una curandera hereje que vivía en las inmediaciones de Melers y se enriquecían gracias a los enfermos que acudían en busca de remedios paganos. Luego había ido aún más lejos con sus acusaciones, y lo había culpado de profanar rituales sagrados en la iglesia y bendecir amuletos herejes, de engañar al obispado y de alentar las brujerías extendidas en la región desde hacía décadas. Había aportado cifras concretas y fechas de documentos antiguos. Incluso había hecho partícipe de la conspiración al padre Jeroni y a la parroquia de Dorres.

Entonces, Feliu se había rebajado a insultarlo y lo había acusado de mentiroso, de difamar calumnias en su contra y de estar obsesionado con Melers por interés personal. La furia le había hecho subir el tono de voz más allá de lo permitido en presencia de un superior. Sin duda, Climent sacaba lo peor de él.

El obispo guardó el pañuelo y los miró a ambos desde la silla de audiencias.

—El padre Feliu es culpable de no haber vigilado mejor a sus parroquianos. Pero, Climent, no debiste actuar a sus espaldas…

—Usted me dijo que encontrara a la bruja, excelencia —lo interrumpió el arcediano.

—¡Pero no así! Te encomendé la tarea de imponer una sanción y buscar a una mujer para aplicarle un castigo que sirviera como advertencia a las demás. Y no debiste menoscabar la autoridad del padre Feliu delante de los aldeanos. Debes colaborar con los párrocos y guiarlos en sus tareas, darles ejemplo y supervisarlos como un mentor. Así actúa un buen arcediano.

—Como os dije, Feliu impidió deliberadamente la tarea que me encomendasteis… —prosiguió Climent.

—¡Ya he oído bastante! —El obispo levantó una mano y lo hizo callar—. Acusar a un miembro del clero de conspirar con herejes es muy grave. Podría conllevar serias consecuencias para el obispado, ninguno de los dos sois conscientes de ello. Ahora solo me interesa un asunto: padre Feliu, esas prácticas paganas no deben continuar ni extenderse. Es su deber encontrar a la mujer que organizó la celebración y aplicarle un castigo ejemplar. ¿Podrá solucionarlo por sus propios medios? ¿O necesita ayuda del obispado?

—Podré solucionarlo por mí mismo, señor obispo.

—Pues confío en recibir noticias pronto de que así se ha hecho. El padre Climent os hará una visita para comprobarlo y para mostrar que contáis con el apoyo del obispado. Espero que a partir de ahora ambos os comportéis con más sensatez y cordura. Podéis iros.

Feliu se despidió con una leve reverencia y se dirigió a la puerta. Se sentía como un soldado que ha salido indemne de una batalla: aliviado y a la vez consciente de las luchas venideras en una guerra que podía durar años. Alfonso le había dado un buen consejo, lo visitaría antes de partir hacia Melers para explicarle lo sucedido y consultar con él los próximos pasos.

Se detuvo junto a la puerta de la sala y cedió el paso a Climent. Este lo miró con una máscara de odio y salió sin decirle una palabra. Feliu tuvo la certeza de que se había creado un enemigo de por vida.

NÚRIA OYÓ UN murmullo que se extendió desde la avanzadilla de la caravana hacia atrás, a medida que los viajeros alcanzaban la cima de un promontorio. Unos segundos después, la mujer que caminaba justo delante de ella señaló al horizonte y anunció a sus hijos que habían llegado a Girona. Núria suspiró, cansada y nerviosa por la perspectiva de encontrar a sus tíos.

Cuando tuvo la ciudad a la vista, comprobó que era mucho más extensa que La Seu, y que se encontraba divida en dos por un río ancho. De las murallas emergían torres de defensa y sobre los tejados

sobresalía la nave de una catedral imponente y las almenas de un castillo. La caravana circuló entre los edificios dispersos de la zona este de la ciudad, que se apreciaba más reciente y aún a medio construir, y cruzó el río por un puente de piedra hacia la parte antigua. Las casas apiñadas del barrio viejo estaban tan encaramadas sobre la corriente del río que el lodo salpicaba las fachadas.

Se detuvieron en una plaza porticada abarrotada de gente, animales y tenderetes. Núria alzó la voz por encima del bullicio para despedirse de la familia y de las dos mujeres con las que había compartido la ruta. Mientras la caravana se disolvía entre la muchedumbre, buscó a Guim y no pudo localizarlo. Quizá se había marchado sin despedirse de ella.

No tenía ningún plan, pero tampoco podía quedarse parada en medio de la plaza. Entre empellones, gritos, relinchos, codazos y olor a humanidad, consiguió llegar hasta una tendera que vendía cebollas y zanahorias, y le preguntó si conocía alguna imprenta en la ciudad. La mujer se encogió de hombros con indiferencia.

Alguien la agarró del codo, Núria se volvió y se encontró con la sonrisa de Guim.

—La casa del doctor Astruch está en la calle de Sant Llorenç. Recuerda que puedes buscarme allí si me necesitas. Y, aunque no necesites nada, espero alguna visita tuya.

Ella, con una sonrisa radiante, le prometió que lo visitaría en unos días. Él se despidió con la palma de la mano levantada y se escabulló entre la gente.

Luego, Núria buscó una taberna en las calles colindantes a la plaza. Ya iba aprendiendo que pocas personas estaban dispuestas a ayudar a una desconocida, y también que podía obtener respuestas más amigables como clienta. Entró en una fonda oscura y llena de humo. Las suelas de los zapatos se le adherían a la mugre del suelo mientras avanzaba hacia la barra.

—El perro tiene que esperar fuera —dijo la tabernera cuando vio al mastín.

Núria ordenó a *Neulit* que se sentara junto a la puerta y confió en que se quedara quieto. Regresó al interior y pidió pan y salchichas.

—Disculpe, ¿sabe si hay una imprenta de libros en la ciudad?

La tabernera dejó caer el plato con la comida delante de ella y fue a limpiar la mesa contigua.

—Sí, hay una. Está a un par de calles de distancia —dijo mientras tiraba al suelo los restos de comida que habían dejado los clientes anteriores.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—Atraviesa la plaza de las Coles. —La tabernera le indicó la dirección extendiendo la mano con la que sujetaba el trapo mugriento

—. Y luego sigue por la calle porticada. Justo detrás de las mesas de los cambistas verás una escalera que sube hacia un callejón. La encontrarás allí.

UNOS MINUTOS MÁS tarde, Núria se asomó al callejón estrecho y vacío. Se sorprendió al encontrarse en un lugar tan desolado a tan solo unos pasos del bullicio de la plaza. Subió las escaleras, avanzó dubitativa y, a mitad del callejón, se detuvo boquiabierta.

El cartel del taller colgaba de dos cadenas y se balanceaba ligeramente a causa de la brisa, produciendo un chirrido metálico. Núria se quedó con los pies clavados sin poder apartar la mirada de aquel rectángulo de madera. Se trataba de la imprenta de la familia Grau. Llevaba años deseando conocer sus orígenes y, de repente, se encontraba ante las cuatro letras que daban nombre a su familia y marcaban el final de la búsqueda.

El establecimiento, situado en un semisótano, tenía la puerta entreabierta. Tan solo debía bajar cinco escalones; parecía incluso demasiado fácil. Miró a *Neulit* para encontrar el coraje necesario y el mastín le devolvió la mirada con sus ojos color avellana.

Golpeó la puerta con los nudillos y no oyó ningún ruido. Se asomó al interior.

—Hola, ¿hay alguien?

El taller era oscuro y frío. La luz tenue del callejón entraba a través de unas ventanas situadas junto al techo. Núria volvió a preguntar, sin obtener respuesta.

El olor le era conocido: olía a tinta y a papel, y al aceite de engrasar las máquinas. Dejó a *Neulit* junto a la puerta y se adentró entre los artilugios. Observó las prensas, las guillotinas, las letras diminutas de metal ordenadas en cajones de madera. Todo cuanto la rodeaba le resultaba familiar. Un taburete con forma de una silla de montar le devolvió de pronto un recuerdo: de niña se sentaba en él y solía dar vueltas sobre sí misma mientras su padre trabajaba. La invadió la nostalgia; aquel taller formaba parte de su infancia olvidada.

—Disculpe, estaba en el almacén. —Un hombre apareció por una puerta trasera con un candil en la mano—. ¿Puedo ayudarla?

Núria lo observó unos segundos y al principio no lo reconoció. Sin embargo, un pequeño gesto del hombre, una forma sutil y conocida de fruncir los labios al terminar de hablar, la convenció de que se trataba de su tío.

—¿Ferran Grau?

—Sí, soy yo.

—Soy Núria, la hija de Joan Grau. Soy tu sobrina.

El hombre juntó las cejas, confundido, y alzó el candil para ampliar el círculo de luz. Sus labios se movieron sin emitir ningún sonido. Simplemente la contempló atónito.

DESDE EL SALÓN, Núria oía a sus tíos cuchichear en la cocina. Ella sonrió a su primo, de unos cuatro años, que estaba sentado a su lado en la mesa. Le preguntó cuál era su juego favorito. El niño no cambió de expresión ni de postura y continuó perforándola con la mirada, en silencio. Núria buscó algo para tener las manos ocupadas y ordenó los pliegos heredados de su padre, que había extendido sobre la mesa.

Su tía, Blanca, entró en el salón con una jarra y tres vasos. Se encontraba en la etapa final de su segundo embarazo y se dejó caer con pesadez en una silla. La cruz de plata que llevaba colgada del cuello se balanceó sobre la barriga.

—Vaya, esta sí que ha sido una visita inesperada…

—No teníamos ni idea de que seguías viva —dijo Ferran, que había entrado tras su mujer—. De haberlo sabido, habríamos salido a buscarte en cuanto tus padres murieron.

—¿Dónde has vivido estos seis años? —preguntó Blanca.

—En una masía en las afueras de Melers. Los dueños me acogieron y me trataron como a una hija más.

Su tía se dispuso a servir la cerveza y Núria alcanzó uno de los vasos.

—Pues para haberte criado en una masía, no tienes manos de campesina. No se te ven callos ni grietas —dijo Blanca, mientras vertía la bebida.

La muchacha dejó el vaso y entrelazó los dedos; su tía era muy observadora y su voz le transmitía recelo, o resentimiento quizá.

—Yo me encargaba de los panales de miel y de las tareas del hogar —mintió.

—Tu padre tenía la piel delicada —dijo su tío. Agarró un vaso y apoyó la espalda en la pared—. Fue uno de los motivos por los que transformó el negocio. Los ácidos de la curtiduría le destrozaban las manos. Además, cada año tenía menos compradores de pergamino. Así que adquirió la prensa y los tipos de plomo y empezó a imprimir libros.

—No fue una buena idea, el negocio fue mal desde el principio —añadió Blanca—. Habría sido más inteligente adaptar el taller para trabajar el cuero de res.

—Cuando me hice cargo de la imprenta, vi que tenía varias deudas pendientes y que no quedaba mucho de la herencia familiar —explicó Ferran—. Intenté sacarlo adelante, por respeto a lo que había

construido Joan, pero tuve que cerrar a los pocos meses. Nos trasladamos a Girona, esperando encontrar más oportunidades…

—Y tampoco nos va demasiado bien —interrumpió su tía.

Se hizo un silencio y Núria intuyó que esperaban alguna explicación de su parte.

—No sabía dónde buscaros hasta hace unos meses, porque tras el accidente perdí la memoria, no recordaba casi nada de mi infancia ni de dónde vivíamos. No fue hasta el pasado abril cuando coincidí con el párroco de un pueblo cercano y descubrí que había guardado las pertenencias de mis padres. Así que seguí las pistas de los pliegos y fui a La Seu, y una vecina me dijo que os habíais trasladado a Girona.

—Si has venido a Girona para que te mantengamos o con la esperanza de heredar algo de tus padres, has hecho el viaje en vano.

Su tía apretó los labios y apoyó los brazos cruzados sobre la barriga.

«Ahí está el motivo de su resentimiento», pensó Núria.

—He venido porque quería conocer a mi familia, nada más.

Ferran puso una mano en el hombro de su mujer y habló con tono más conciliador:

—La verdad es que no tenemos muchos clientes, no necesito ayuda en el taller ni da para alimentar más bocas. Y tu perro seguro que come bastante… Pero puedes quedarte unas semanas. A Blanca le irá bien que le echen una mano en casa hasta que dé a luz. ¿Verdad?

—Sí, esperamos que nazca por San Miguel —contestó Blanca, que le dedicó a Núria una sonrisa de dudosa sinceridad.

—Ayudaré en todo lo que pueda.

Su primo se quejó de que tenía hambre, así que Blanca lo acunó y le dijo que debía esperar a la cena. Ferran dio vueltas al vaso que tenía en las manos, pensativo.

—Nos dijeron que os atacó un oso en el camino de Dorres. Es extraño… ¿Cómo sobreviviste?

—No recuerdo el ataque —respondió Núria—. Una vecina me encontró herida en la nieve. Mis padres y mi hermano ya estaban muertos.

—Qué mala suerte. Joan esperaba que las aguas de Dorres le curaran los picores y las ronchas. —Ferran suspiró—. Me alegro de que al menos tú sobrevivieras.

DOS SEMANAS DESPUÉS, en el mercado semanal de Girona, Núria le señaló a la tendera los huevos más blancos y ovalados, exactamente como le gustaban a su tía. Los colocó en la cesta con cuidado y los pagó. Cada día se esmeraba en complacer a Blanca en los encargos y en recordar sus preferencias y manías. Sin embargo, se sentía más

como una carga que como una ayuda, pues su tía siempre tenía una crítica para ella y apretaba los labios cada vez que le llenaba el plato, como reprochándole que quisiera comer tres veces al día.

Esa mañana, a Núria no le apetecía regresar tan pronto a casa de sus tíos. Pensó en acercarse al dispensario del doctor Astruch, pero descartó enseguida la idea porque ya había ido dos veces la última semana y en ambas ocasiones la había recibido la misma sirvienta anciana para decirle que Guim no estaba. Si acudía una tercera vez, parecería desesperada por verlo. Así que vagó entre los puestos bajo los arcos de los amplios pórticos, observando las perdices muertas colgadas de las patas y los conejos vivos en jaulas, las herramientas toscas del campo y los delicados utensilios de escritura, las telas enrolladas y las cintas de seda, la quincalla y los artículos de tocador. Al llegar a la zona de las pescaderías, se tapó la nariz con la manga de la camisa. Estaba habituada al olor de las truchas, pero el hedor que desprendía la pesca del mar era mucho más fuerte.

Mientras paseaba entre frutas y verduras de aspecto exótico, recordó la conversación que había mantenido con Rita unos meses atrás y el entusiasmo de la muchacha por las ciudades y los mercados. Justo en ese momento, entre dos puestos de verduras, vio a la curandera Sança, con su espalda ancha, su mandíbula robusta y el gesto tosco habitual. Estaba sentada en un taburete con las rodillas separadas, frente a una estera de esparto en la que exponía hatillos de hierbas y botes de ungüentos. Parecía que los pensamientos de Núria la hubieran colocado allí. Feliz por ese encuentro casual, se acercó en dos brincos y la saludó con una palmadita en el hombro.

—¡Sança! ¡Qué alegría encontrarte aquí!

La curandera la reconoció enseguida.

—Núria, qué sorpresa.

—¿Dónde está Rita? No te lo vas a creer, pero justo ahora estaba pensando en ella y en que me explicó que le gustaban los mercados de las ciudades. ¡Me alegro de ver una cara amiga!

Sança la miró un tanto descolocada y Núria pensó que quizá la había saludado con demasiada efusividad, pues apenas había mantenido un par de conversaciones con ella en las visitas del solsticio de verano.

—Rita me dejó hace un par de meses. Se ha casado.

—¿Tan joven?

—Sí. Intenté convencerla de lo contrario y no me hizo caso. Me dijo que se había enamorado, cuando solo hacía cuatro días que conocía al joven. —La curandera sacudió la cabeza—. Así que vuelvo a andar yo sola. ¿Y tú qué haces por aquí? ¿Adaleda está bien?

Núria resumió que había descubierto que tenía unos tíos y cómo los había encontrado.

—¿Cuánto tiempo te quedarás por Girona? —le preguntó.

—En la ciudad, solo hoy. Pasaré la próxima semana recogiendo hierbas en los hayedos de los alrededores y volveré para el mercado del sábado que viene.

—¿Qué plantas recoges?

—Pues eléboro verde, lúpulo, equisetos, rizomas de helechos… Lo más interesante de esta zona son las bayas de tejo.

—¿Bayas de tejo?

—El tejo es un árbol misterioso y mágico, repleto de venenos y leyendas. Empleado con sabiduría, posee muchas cualidades. Si tienes tiempo, puedes venir conmigo, me irá bien que me echen una mano. —Núria lo pensó unos instantes. Le encantaría ir con Sança, aunque no estaba segura de si su tía lo aprobaría. Sança intentó convencerla —: El sábado que viene estarías de vuelta y repartiría contigo las ganancias del día de mercado. ¿Qué me dices?

—De acuerdo, creo que a mis tíos no les importará. —Núria sonrió. Si le prometía a Blanca el dinero, seguro que no pondría inconvenientes.

—Pues ven de vuelta esta tarde, partiré sobre las cinco. Nunca duermo en el interior de las murallas.

NÚRIA DECIDIÓ QUE el mejor momento para contarle el nuevo plan a sus tíos era durante la comida. Cuando sentaron a la mesa, Blanca cubrió el plato de su marido con un paño.

—Hoy Ferran ha ido a visitar al barón. Es un cliente importante, a veces lo entretiene varias horas. No lo esperaremos para comer.

Núria torció el gesto. Había contado con la presencia de su tío, que solía ser el más razonable de los dos. Luego imitó la postura cabizbaja de Blanca mientras ella rezaba y daba gracias por los alimentos. La joven no entendía muy bien qué pretendían conseguir con aquello, pero procuraba integrarse en las costumbres de la casa. Mientras comían la sopa de nabos, le contó la propuesta de Sança, que provocó que Blanca apretara los labios con desaprobación. Hacía ese gesto tan a menudo que las arrugas verticales que le rodeaban la boca se le marcaban incluso cuando estaba serena.

—Me parece raro. ¿Dos mujeres solas por el bosque, como si fuerais vagabundas? La gente piensa mal de las que van por su cuenta.

—Sança es una herborista bien considerada —se defendió Núria. Luego quiso adornarlo más—: Y una buena cristiana. La conozco bien porque cada verano pasa unas semanas en Melers.

—¿Y cuánto gana en un día de mercado?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Todo lo que me corresponda os lo

daré a vosotros, para compensar lo que habéis gastado en mí.

Blanca aflojó ligeramente la tensión en los labios.

—Bueno, está bien. Te llevarás al perro, ¿verdad?

—Por supuesto.

Después de comer, Núria empaquetó lo imprescindible para pasar la semana y fue al patio trasero a buscar a *Neulit*. El mastín agitó la cola al verla, como si hubiera adivinado que iban a salir de la ciudad. Permanecía casi todo el día atado entre los dos manzanos del patio y ella a veces se sentía culpable por no prestarle más atención.

Poco antes de las cinco, con la correa de *Neulit* en una mano y un pequeño fardo en la otra, regresó al mercado. La mayoría de los tenderos ya estaban recogiendo y apenas quedaban clientes. En la plaza de las Coles, alguien la llamó por su nombre. Con sorpresa, vio a Guim trotando hacia ella.

—He visto a *Neulit* desde lejos, es inconfundible. —Respiró hondo para recuperar el aliento.

—¡Hola! ¿Cómo te va con el médico?

—Muy bien, estoy aprendiendo mucho. Y es exigente, no paro en todo el día. Si pudiera estar en tres sitios al mismo tiempo, quizá conseguiría acabar todo el trabajo que me manda. ¿Y tú? Me dijeron que viniste a casa a buscarme.

—Sí, encontré a mis tíos. Son dueños de una imprenta, como esperaba.

—Me alegro mucho. —El muchacho sonrió abiertamente—. Oye, ahora voy con prisa, pero mañana, como es domingo, tendré un par de horas libres para almorzar. ¿Quieres que nos veamos?

A Núria se le disolvió la sonrisa; qué mala suerte que Guim quisiera verla cuando estaba a punto de marcharse de la ciudad.

—Mañana no puedo, me han ofrecido un trabajo y estaré fuera unos días.

—¿Y el domingo siguiente?

—Sí, entonces ya estaré de vuelta. ¿Nos encontramos en la catedral?

—Ahí estaré, después de la misa.

Guim se alejó unos pasos marchando de espaldas mientras se despedía con la mano. Giró sobre sus talones y desapareció al trote por un callejón.

Núria llegó al puesto de Sança con mejor ánimo del que había sentido en mucho tiempo. La curandera ya estaba recogiendo sus cosas y al poco rato ambas cruzaron las murallas y pusieron rumbo a los hayedos que se extendían al este de la ciudad.

Capítulo 18

FELIU LE ABRIÓ la puerta a Elisa y la invitó a tomar asiento en el salón. Él se sentó frente a una Biblia en la que había insertado varios trozos de cordel a modo de marcapáginas. Antes de empezar con la sesión de catecismo, sintió la necesidad de justificarse:

—Ya sabes que debería ser Adaleda quien estuviera en tu lugar, pues ella es la principal responsable de todo este embrollo. Quizá un día me adentre yo mismo en el berrocal y le diga en persona lo que pienso.

—No lo haga, padre, se perdería. No hay caminos, solo sendas de animales que no llevan a ninguna parte. Aquí lo llamamos el laberinto de rocas por una buena razón.

Feliu suspiró y negó con la cabeza.

—Pues no me dejáis otra opción, entonces. Tendré que informar al obispo de las medidas que he tomado y dar tu nombre. Nos vigilan a todos y a partir de ahora quedarás señalada.

—No se preocupe —respondió ella con expresión afable—. Entiendo que debe culpar a alguien por la fiesta. Si así podemos conseguir que nos dejen tranquilos, acepto el castigo impuesto de ayuno y catequesis. Una vez más ha demostrado que es un hombre benévolo.

El sacerdote miró de soslayo a Elisa mientras pasaba las páginas de la Biblia. No estaba acostumbrado a recibir halagos y sospechó que la viuda quería algo de él, pues no era una persona zalamera.

—El arcediano no es fácil de contentar, no creo que con eso baste para que nos dejen tranquilos —dijo, ya situado en la página de la primera parábola que había escogido—. Es posible que regrese e interrogue a más vecinas… Y mientras tanto Adaleda estará escondida en su cueva sin preocuparse por los que sufren en su lugar. La verdad es que no entiendo por qué la protegéis.

—No es verdad que no se preocupe por los demás —replicó Elisa—. Se aislará durante meses, y Núria se ha marchado. Ella está sufriendo su propio castigo.

—Aun así, todo podría acabar si…

—¿Si la entregamos? ¿Si la exponemos públicamente? ¿Qué le haría el arcediano?

Feliu suspiró de nuevo. Era probable que Climent celebrara un juicio público y la condenara a la horca para colgarse la medalla de

haber cazado a una bruja. ¿Adaleda lo merecía? Seguramente no, todo era muy complicado.

—Quizá no haría falta entregarla, pero debería marcharse o aceptar sus faltas. Abandonar las prácticas paganas y asistir a la iglesia. Es que a veces presiento que no la delatáis porque le tenéis miedo.

—No, yo jamás la traicionaré porque es mi amiga y la aprecio.

—¿Y las demás? Iban a torturar a las muchachas y ellas no la delataron. Nadie se expone a un riesgo así solo por aprecio.

—Usted lo hizo, padre.

—¿El qué?

—Raquel me lo contó. Se enfrentó al arcediano y le dijo que tendría que detenerlo a usted si quería llevársela a ella. Supongo que lo hizo por aprecio a Raquel, a pesar del miedo a los calabozos del obispado.

—Eso es muy diferente. —Movió la mano en el aire para quitarle importancia—. Climent no se atrevería a torturar a un miembro del clero. Raquel era más vulnerable que yo. Además, cualquier párroco habría hecho lo mismo.

—No esté tan seguro. Cuando era joven, un predicador me torturó con un hierro candente y ningún párroco me ayudó.

—Lamento oír eso. Aunque tengo la impresión de que entonces también recibiste un castigo que iba destinado a Adaleda, ¿verdad?

Ella lo miró con la cabeza ladeada. Feliu carraspeó, convencido de que no conseguiría sonsacarle nada sobre su amiga. Se dispuso a empezar con la primera lectura, tal y como le habían enseñado en el seminario: primero leería el fragmento en latín, a continuación, lo explicaría en catalán, y por último reflexionaría sobre su significado. Elisa lo interrumpió antes de empezar.

—Raquel lo defiende con uñas y dientes cuando alguien desconfía de usted, padre —dijo con una sonrisa disimulada—. Cuando habla de usted se le ilumina la cara, se nota que lo estima mucho.

Feliu sintió un afecto repentino por Raquel. Oír que ella hablaba en su favor lo hizo sonreír.

—Es una buena muchacha. Trabajadora, sencilla, un poco tímida.

—Me pregunto… —Elisa dejó la frase en el aire unos instantes— si es consciente de que ella quizá se ha creado ciertas esperanzas sobre usted.

—Esperanzas… ¿Qué quieres decir? —Lo agotaba tener que averiguar los mensajes ocultos. ¿Por qué la gente no podía hablar claro?

Elisa apoyó los codos en la mesa y el mentón en los puños. Por alguna extraña razón, parecía divertida con la situación.

—Raquel tiene ya veintitrés años. ¿No le parece raro que no se haya casado todavía?

—Quizá no es lo que desea, o sus padres no han encontrado el

hombre adecuado para ella.

En realidad, nunca se había planteado esa cuestión. Se imaginó cómo reaccionaría si Raquel llegara una mañana y le dijera que estaba prometida. La felicitaría y le diría que se alegraba por ella… pero en realidad se sentiría muy apenado por no tenerla más tiempo en casa. Empezó a comprender las insinuaciones de Elisa y la sonrisa socarrona que había aparecido en sus labios.

—¿Qué insinúas? Yo jamás seré un obstáculo para que Raquel se case. Eso no tendría ningún sentido, está claro para todo el mundo —se defendió.

—Pienso que eso debería hablarlo con ella, padre.

—¿Por qué motivo? No hay razones para que nadie piense lo contrario. —De pronto se sentía acalorado—. ¿Qué habladurías falsas dicen por ahí? Tan solo trabaja para mí y siempre la he tratado con la decencia y el respeto que merece.

—Eso nadie lo pone en duda.

—Pues asunto zanjado. No se hable más. Ahora, nos centraremos en las lecturas.

—MUCHACHA, DEJA ESOS helechos y ven aquí.

Sança escrutaba el horizonte con la espalda tensa. Núria miró en la misma dirección que la curandera y vio a lo lejos a un grupo de seis o siete hombres y un asno. Se acercaban por un sendero que recorría el fondo de la hondonada en la que estaban recolectando plantas. *Neulit* se irguió y levantó las orejas.

Núria desenterró un último rizoma de helecho con su cuchillo y ascendió la pendiente cubierta de hojas secas para encontrarse con Sança.

—Es mejor que subamos al escondite en la cima de la colina —dijo la curandera—. Los conozco. Son gente peligrosa: bandoleros y otros delincuentes.

—¿No se habrán dado cuenta de que estamos aquí? —preguntó Núria.

—Seguramente. Espero que les dé pereza trepar hasta nosotras para averiguar si llevamos algo de valor.

Ascendieron hasta el refugio en el que habían dejado sus pertenencias, bajo un saliente de roca que creaba una cueva poco profunda. Los bandoleros se detuvieron en el tramo del sendero más próximo a su escondite y uno de ellos las señaló: las habían visto. Sança se mantuvo erguida, agarró una piedra y la lanzó y la recogió con la mano repetidas veces. Núria no sabía si tenía buena puntería, aunque por el tamaño de su brazo dedujo que podía lanzar con fuerza.

Los bandoleros formaron un corro compacto alrededor del asno y discutieron entre ellos. Tras unas miradas furtivas, reanudaron la marcha por el sendero.

—¿Alguna vez te han atacado? —preguntó Núria, aún con la vista fija en los hombres que se alejaban.

—Sí, varias veces. —Sança dejó caer la piedra—. Y en ninguna de ellas consiguieron nada, tan solo las pocas monedas que llevaba encima.

—¿No tienes miedo de ir sola?

—Si voy sola no tengo miedo. Temo por ti, igual que temía por Rita. Yo no tengo nada que puedan desear; vosotras sí. Haces bien en llevar al perro contigo.

Núria rascó a *Neulit* tras las orejas con cariño. Jamás se separaría de él.

Sança cubrió el suelo del refugio con las esteras de esparto que usaban para dormir y empaquetar las cosas, a continuación clasificó sobre ellas el lúpulo, los equisetos y la bardana que había recogido durante el día. Núria hizo lo mismo con sus plantas mientras la curandera le explicaba los remedios que solía preparar con aquellas hierbas.

En los pocos días que llevaba con Sança, había descubierto que la mayoría de sus remedios eran parecidos a los del Legado, pero ella no pronunciaba conjuros ni palabras antiguas. No trataba de crear misticismo, sino que era más bien práctica, de gestos bruscos y precisos, frases simples y posturas que recordaban a veces a las de un hombre. Hasta el momento había ofrecido sus servicios en masías aisladas y había tratado a niños, ancianos y animales de granja.

En sus tratamientos curativos, mezclaba oraciones cristianas, espíritus, crucifijos, estrellas, santos, sortilegios y vírgenes de la misma manera que mezclaba las plantas en el mortero: sin orden ni miramientos. La primera vez que Núria la vio actuar para tratar la gripe de un niño, empezó dibujando cruces en el aire con ramas de saúco encendidas, luego le aplicó un emplasto en el pecho mientras rezaba a san Cucufato y santa Ágata, dio palmadas al aire para espantar a los diablillos y encomendó al niño a la constelación de Libra. Y a todo aquello los granjeros respondieron con un solemne amén. Si Adaleda la hubiera visto, habría puesto los ojos en blanco y menospreciado sus métodos, aunque los campesinos parecieron satisfechos.

A diferencia de Adaleda, Sança no vivía escondida en ninguna cueva, pero llevaba una existencia dura y solitaria. Desde que partieron de Girona, habían dormido todas las noches en refugios improvisados en el bosque, y durante el día se desplazaban incansables en busca de los tejos esparcidos por el hayedo y recogían

cualquier planta útil que encontraran a su paso. Sança no se aislaba, pero su vida era como una huida constante: siempre en movimiento y con todas sus pertenencias a cuestas.

Tras unos instantes de silencio, Sança se dirigió a ella sin disimular su curiosidad.

—Por lo que me has contado, no pareces muy contenta con tus tíos —dijo mientras ataba las bardanas en ramilletes.

—La verdad es que no. No sé…, pensaba que sería diferente. Son mi familia y me siento como una extraña en su casa. Mi tía me trata como si fuera una molestia pasajera que le ha tocado soportar.

—Entonces, ¿regresarás con Adaleda?

—Todavía no. —Núria lo tenía decidido, no quería resignarse tan pronto al aislamiento en la cueva—. Volveré a Melers algún día, pero antes quiero conocer otras opciones.

—Puedes pasar una temporada conmigo, si quieres. Veo que tienes ganas de aprender y me irá bien tu ayuda.

Núria no supo qué decir. La respuesta debía ser obvia, pues había salido de Melers con dos objetivos: encontrar a sus tíos y descubrir otras formas de dedicarse a curar. Y no tendría tanta suerte de encontrar otra curandera que quisiera acogerla como aprendiz. Sin embargo, Guim se coló en su cabeza y la idea de no verlo nunca más anuló las demás razones.

—Me gustaría pensarlo unos días —respondió. Y añadió la primera excusa que se le ocurrió—: Me he comprometido con mis tíos a ayudarlos hasta que nazca el bebé.

—Como quieras. Si no lo tienes claro, no decidas hoy: los jueves no son un buen día para tomar decisiones importantes. Pero ten en cuenta que no regresaré a Girona hasta el año que viene. Si quieres acompañarme, debes decírmelo antes del sábado.

Núria dejó vagar la mirada en el bosque. La brisa hizo temblar las hojas que amarilleaban en los árboles, algunas se desprendieron y cayeron con lentitud al suelo. Era un hayedo cautivador, con el sotobosque despejado, dominado por árboles centenarios de raíces retorcidas y cubiertas de musgo. Sin embargo, le transmitió aflicción y melancolía.

—Lloverá pronto —afirmó Sança, y señaló las nubes grises que encapotaban el cielo—. Pasaremos aquí la noche.

Acostada en su manta, mientras escuchaba el rumor de la tormenta, los pensamientos de Núria volaron de nuevo hasta Guim. Él no era más que una ilusión, una idea que ni siquiera se había atrevido a pronunciar en voz alta. Sin embargo, casi podía verlo esperando por ella en las escaleras de la catedral, sonriente, y entonces la invadía una ligereza y un deseo extraño de dejarse llevar por la brisa, como el diente de león cuando recibe un soplo de aire y emprende el vuelo.

Esas vagas esperanzas eran lo único que sostenía su decisión de abandonar a Sança. Pero, si se quedaba en Girona, ¿qué haría después de que naciera su primo? No era una opción sensata.

CLIMENT PASEÓ CON nerviosismo frente a la puerta de los aposentos del obispo Despés. Desdobló la carta que había llegado desde Melers, la releyó y la volvió a doblar. Debía hablar con inteligencia para convencer al obispo de que Feliu se mofaba de ellos. El mes de ayuno y catequesis que había impuesto a una parroquiana parecía más una broma que un castigo. En esa ocasión, el sacerdote no estaría allí para defenderse y él por fin podría mostrarlo ante el obispo tal y como era: un botarate sin ningún respeto por la autoridad.

Golpeó la puerta con los nudillos y una voz lo invitó a entrar. El obispo no se encontraba solo, sino que compartía la mesa y el vino con Alfonso. Climent disimuló una mueca de disgusto.

—Excelencia, hemos recibido una carta de Melers —dijo mientras se inclinaba en una reverencia.

—Precisamente, el padre Alfonso y yo estábamos hablando de ese asunto —respondió el obispo.

La mueca de Climent se hizo más evidente. Se adelantó a exponer su punto de vista antes de que hablara el tesorero.

—Feliu ha impuesto un castigo irrisorio a una sola mujer y pretende zanjar el problema así, sin asumir ninguna consecuencia. —Le tendió la carta a Despés. Este no la cogió.

—La carta que me interesa ahora es esta otra.

El obispo le mostró un pergamino adornado con un sello escarlata y una cinta dorada. A Climent se le hizo un nudo en la garganta: era del arzobispo, debía de ser la respuesta a la carta de presentación que le envió meses atrás tras ser nombrado arcediano. La expresión de Alfonso lo puso aún más nervioso: lo miraba con la barbilla levantada y parecía regodearse con la situación.

—Le escribiste al arzobispo sin consultarme —continuó el obispo con voz ronca, pero firme—. Le hablaste de sospechas en Melers sin ningún fundamento y de juicios de hace décadas, que sucedieron antes incluso de que nacieras. Eres un insensato, no tienes idea de las consecuencias que podría acarrear tu carta.

—Tan solo resumí las tareas que planeaba realizar como nuevo arcediano, excelencia. Pensaba que era lo adecuado en una carta de presentación.

—Sigue sin reconocer su error —añadió Alfonso.

—La ambición te ciega —continuó el obispo—. Me precipité al nombrarte arcediano. Eres demasiado joven y no hice más que

alimentar tu ego.

—¿No estáis contento con mi labor en el cargo, excelencia? —preguntó Climent a la defensiva—. He aumentado los ingresos que provienen de las parroquias, he denunciado a corruptos y holgazanes, he ahuyentado a las curanderas paganas y he puesto en marcha proyectos que ensalzarán el obispado, como el nuevo retablo para la catedral.

—Demasiados aires de grandeza —intervino Alfonso—. Y descuidas tus responsabilidades del día a día, como las reparaciones del almacén. Querías estar al cargo de las obras, pero no has hecho nada. Se ha enmohecido la mitad del grano que almacenamos en agosto. Tendremos que comprar más trigo para pasar el invierno.

Climent había olvidado por completo las filtraciones de agua del almacén. Fulminó con la mirada a Alfonso. Sin duda, el tesorero había guardado esa información durante meses con la intención de perjudicarlo. Además, esa conversación debería ser privada, entre el obispo y él, pero Alfonso se entrometía en todo. El párpado izquierdo de Climent tembló con un movimiento involuntario. Se frotó el ojo para disimularlo.

—El arzobispo solicita información de los supuestos herejes en las parroquias más aisladas de nuestra diócesis —dijo el obispo, agitando el pergamino en el aire—. Nos aconseja llamar a un inquisidor. ¿Sabes qué significa eso?

—Que el arzobispo comparte mis sospechas —afirmó Climent. No tenía intención de permitir que lo humillaran—. Quizá el inquisidor logre capturar a la bruja.

—No seas necio —le espetó Alfonso con desprecio—. ¿No te das cuenta de que los inquisidores no se desplazan para colgar a simples campesinas? Si vienen a la Seu, nos evaluarán a todos. A los párrocos, a ti y a mí, incluso al obispo, como máximo responsable de cuanto ocurre en la diócesis.

—Yo no tengo nada que ocultar —replicó Climent—. Si tanto te preocupa la visita de un inquisidor, será porque escondes algo.

—Basta —ordenó el obispo en tono cortante—. Te falta la templanza y la experiencia que conlleva la edad, Climent. Las herejías que conciernen a los inquisidores son las que se predican desde el púlpito y las que se difunden mediante los libros. La Inquisición teme que se extiendan las protestas contra la Iglesia que ha iniciado Lutero.

—Lo último que he oído es que ha tomado a una monja como mujer —intervino Alfonso.

—¡El colmo de la desfachatez! —exclamó el obispo—. Un monje que despotrica contra la institución que lo educó y que se casa con una monja.

—Cuando era novicio en Burgos, recibimos la visita de dos

inquisidores castellanos —explicó el tesorero con aires de sabiondo—. Sometieron a tres capellanes a torturas que les dejaron secuelas de por vida, y solo porque sospechaban de sus tratos con herejes. Los miembros de esta diócesis formamos una comunidad, debemos protegernos los unos a los otros.

El obispo asintió complacido y Climent presintió que estaba a punto de perder todo cuanto había conseguido. Los temblores del párpado se tornaron más violentos. Cogió aire e intentó mantener la calma. Comprendió que la única solución para ganar la discusión era cambiar de estrategia: debía renunciar a su orgullo. Con el pesar de quien debe sacrificar una pieza valiosa en una partida de ajedrez, bajó la cabeza en un falso gesto de arrepentimiento.

—Os pido disculpas si mi carta al arzobispo os ha ofendido, excelencia. No era mi intención perjudicar a la diócesis. Le escribiré de nuevo para disculparme y explicar el malentendido.

—No le escribirás más. Yo soy el único interlocutor del arzobispo.

—Lo comprendo. He pecado de soberbia. Tan solo quería contentaros, pero me he extralimitado, ahora lo veo. Solo con vuestro consejo podré convertirme en el siervo que la Iglesia necesita. Aceptaré el castigo que consideréis oportuno por mis faltas.

Levantó la vista y comprobó con satisfacción que la expresión del obispo se había suavizado.

—Por el momento no te destituiré del cargo, Climent —le dijo con un tono de voz más conciliador—. Por tus años de buen servicio como secretario, te ofrezco una segunda oportunidad. Me gusta pensar que soy un obispo benévolo que concede segundas oportunidades, igual que nuestro Señor. Al fin y al cabo, también lo hice con Alfonso después de que se descubrieran sus faltas. Sin embargo, tú ya no intervendrás más en este asunto de la supuesta fiesta pagana de Melers. El padre Alfonso será el responsable de las próximas visitas pastorales en esa parroquia.

—Una solución sabia y justa —dijo Climent, mientras por dentro le rechinaban los dientes.

—Le enviaré un mensajero a Feliu y le comunicaré que acudiré la próxima primavera, en cuanto la nieve permita los viajes —intervino el tesorero.

El obispo tendió un brazo obeso hacia la carta de Melers, que Climent aún agarraba entre los dedos. La repasó de un vistazo.

—Si tan transigente te parece el castigo que ha elegido el padre Feliu, será también el que te impondremos a ti, para que juzgues por ti mismo su severidad. Un mes de ayuno y catequesis diarias. El padre Ernest, el más anciano de palacio, será el mentor adecuado. Aprende de su experiencia y humildad.

Climent tensó las comisuras de los labios en una sonrisa, un gesto

que sintió más forzado y antinatural que si le hubieran obligado a imitar el balido de una cabra. Salió de la habitación y se presionó el ojo con fuerza. Los temblores no cesaban. Recordó de su infancia a un hombre que padecía espasmos nerviosos en los ojos y en la mandíbula. Todos los niños del pueblo le llamaban el Monigote Loco, y su madre le dijo que había acabado así por vivir siempre desquiciado. Se frotó las sienes mientras caminaba por el pasillo para alejar aquellos pensamientos. Él no terminaría así, solo necesitaba calmar los nervios.

Resguardado en la intimidad de sus aposentos, dejó vagar la mente con la mirada fija en una vela que se consumía. Alfonso lo había perjudicado, pero no había acabado con él; aún era el arcediano de la diócesis. Había padecido un contratiempo, un retraso en sus planes. Había querido avanzar demasiado rápido. ¿O quizá demasiado despacio?

El obispo Despés se había convertido en un escollo para sus planes, aunque en realidad ya no lo necesitaba. Si quería escalar en la jerarquía de la Iglesia, debía ganarse la confianza del arzobispo, que era un aliado mucho más poderoso. Para ello necesitaba hablar con él en persona y se le ocurrió una oportunidad: la presentación del nuevo retablo en la catedral.

Climent se imaginó a sí mismo de pie en el púlpito, con un retablo dorado e imponente a su espalda. Pronunciaba un discurso implacable contra los herejes ante toda la congregación. A su derecha estaba el arzobispo: un rostro de rasgos indefinidos, pues aún no lo conocía, que lo observaba con orgullo e incluso devoción. Y en un rincón oscuro, junto a la sacristía, se ocultaban el obispo Despés y Alfonso en compañía del patán de Feliu, al que habían tratado de proteger. Los tres se mostraban avergonzados, patéticos, con la espalda encorvada y, por qué no, marcada con latigazos. Él finalizó el discurso y una ovación emergió entre los feligreses. Su madre se irguió en la primera fila y él oyó claramente cómo le decía a la mujer sentada a su lado: «Ese es mi hijo, y va a llegar muy lejos en la vida».

La vela agotada se apagó de repente y Climent sonrió con malicia en la oscuridad.

EL SÁBADO POR la tarde, Núria se despidió de Sança junto a las murallas y la vio desaparecer bajo la niebla. Aún estaba a tiempo de seguirla. En el fondo, sabía que era lo más sensato, y había intentado convencerse a sí misma durante los últimos días. Pero no podía. Cada vez que llegaba a la conclusión inevitable de que debía marcharse con Sança, una fuerza invisible le apretaba las costillas y le impedía respirar. Entonces cambiaba de opinión, y se decía que no le debía

razones a nadie, ni siquiera a sí misma, y que tenía todo el derecho de escoger el único camino que no dolía, aunque fuera un camino que no llevara a ninguna parte.

En lugar de regresar a casa de sus tíos, cruzó el río Onyar y vagó entre los huertos del barrio del Mercadal. Tanto *Neulit* como ella llevaban todo el día sentados frente al puesto de hierbas en el mercado y necesitaban estirar las piernas. Se arrebujó en su capa. La niebla húmeda le impedía ver más allá de unos pocos pasos por delante, aunque le llegaba el inconfundible olor de los vellones de lana y los tintes que utilizaban los talleres textiles de la ciudad.

Cuando escuchó las campanadas de las seis a través de las nubes, se adentró en el barrio viejo y cruzó la plaza del mercado, desierta a esa hora. Se dirigió a la casa que pertenecía a su familia y que a la vez le recordaba lo lejos que estaba de su hogar, mientras intentaba arrinconar en su mente la voz que la advertía de la insensatez de su decisión.

En el salón de sus tíos, dejó sobre la mesa las monedas que había ganado en el mercado y se calentó las manos frente a la chimenea. Sonrió a su primo, que jugaba en el suelo con unas figuritas de madera, y se agachó a su lado.

—¿A qué estás jugando? ¿Me lo enseñas?

Oyó un portazo que provenía de la cocina. Su tía entró en el salón como un vendaval y con los labios más apretados que nunca. Le lanzó a Núria la bandolera que había dejado atrás antes de marcharse con Sança: había revuelto sus cosas. Ella miró a su tía desde el suelo, sin comprender nada.

—Aléjate de mi hijo. ¡Sal de esta casa y no regreses jamás!

—¿Qué…? ¿Por qué? —balbuceó.

—He visto lo que llevas contigo. ¡Un libro de brujas con cartas de adivinación y hechizos en lengua demoníaca!

El tío de Núria entró en la sala detrás de Blanca.

—Acordamos que lo hablaríamos entre todos con tranquilidad —le dijo a su mujer, y dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¡No voy a permitir que se quede aquí ni un minuto más! Ya sabía que no debíamos confiar en ella, conociendo a sus padres. Recuerdo que frecuentaban a gente impía y tonteaban con remedios no cristianos… ¡Les dije lo que pensaba y no me escucharon! No me extraña que murieran así.

—Blanca, tranquilízate. No te alteres, no es bueno para el embarazo —le rogó Ferran—. Yo me ocupo.

Núria miró aturdida a su tía mientras esta agarraba de una mano a su hijo y con un tirón lo obligaba a ponerse en pie. El niño extendió el bracito que le quedó libre en un intento de alcanzar sus juguetes, pero Blanca lo arrastró sin miramientos hacia la cocina. Ferran le indicó a

su sobrina que se sentara a la mesa.

—Blanca es una mujer piadosa y está preocupada por el parto. Ya sabes que son momentos delicados y teme cualquier mal augurio.

Núria no respondió. Le temblaba la barbilla; cruzó los brazos delante del pecho. Las consecuencias de su decisión insensata habían llegado antes de lo que esperaba: la iban a echar de casa esa misma noche. Pensó en salir corriendo por el camino que había tomado Sança, pero no sabía adónde había ido y estaba anocheciendo. Seguramente ya se habría escondido para dormir. ¿Qué pasaría si no la encontraba y la alcanzaba un grupo de bandoleros en mitad de la noche?

—¿A dónde iré ahora? —preguntó tan bajo que apenas oyó su propia voz.

—No me gusta dejarte en la calle, eres mi sobrina. Pero entiéndelo, Blanca no puede soportarlo. Ayer me enteré de que el barón de Montpalau está buscando una doncella para su nueva esposa. Es uno de mis mejores clientes, comercia con libros de leyes y tenemos varios negocios en común. Si le pido el favor, quizá te acoja por un tiempo hasta que encuentren a otra muchacha mejor cualificada.

Núria mantuvo la mirada en el regazo. La echaban por el libro, por prejuicios y por miedo a lo que no entendían. Blanca la odiaba, pero ella no había hecho ningún mal a nadie. Casi podía escuchar a Adaleda con su tono de suficiencia: «¿Me entiendes ahora?», le diría.

—Vamos, ¿qué dices? —insistió Ferran—. Así tendrás unas semanas para planear qué hacer y podrás ganar un poco de dinero. ¿O prefieres pasar la noche en una posada?

—¿Y qué haré con *Neulit*?

—No había pensado en eso. —Ferran se rascó la nuca—. En el palacio del barón hay una perrera; podríamos llegar a un acuerdo para que lo mantengan allí. No perdemos nada por preguntar.

Núria decidió dejarse llevar y probar suerte. Si trabajaba de criada en Girona, podría escabullirse de vez en cuando para ver a Guim. Se aferró a aquella idea y eso la ayudó a recomponerse.

—Está bien, llévame al palacio del barón.

Capítulo 19

Marzo de 1528

GUIM SE DESPEREZÓ y bostezó en el dispensario del doctor Astruch, que había quedado a oscuras mientras trabajaba. Encendió una vela con las ascuas del brasero y volvió a su silla, frente al escritorio. Como cada noche después de cenar, había pasado más de una hora reponiendo los medicamentos y sacando brillo al instrumental. El doctor quería encontrarlo todo impecable en las visitas del día siguiente y él se esforzaba para no decepcionarlo y ganarse su confianza.

En los seis meses que llevaba al servicio del médico, Guim había conocido su forma peculiar de tratar a los pacientes más distinguidos de Girona. Pronto comprendió que buena parte de la fama del doctor provenía de lo meticuloso que era cuidando las apariencias. En cada visita desplegaba una serie de movimientos ensayados y frases rebuscadas que reconfortaban a los enfermos. Enfundado en su túnica larga hasta los tobillos, jamás perdía la elegancia, por muy escatológica que fuera la situación.

Hasta que llegó a Girona, Guim no concebía otra forma de analizar la enfermedad que no fuera palpando, tocando y manoseando al paciente. Así había aprendido a ser cirujano. Sin embargo, el tacto era el sentido menos utilizado por el doctor Astruch. Situado junto a la cama del enfermo, examinaba el color de la piel y las mucosas, escuchaba los intestinos, olía la orina e incluso cataba con la punta de la lengua las muestras tomadas en frascos diminutos. Luego ofrecía una compleja explicación sobre el origen de la enfermedad, casi siempre relacionada con el desequilibrio de los fluidos. Y, por último, buscaba en su bandolera el medicamento adecuado o, si no lo tenía, garabateaba en un trozo de papel las instrucciones que Guim debía llevar al boticario.

A la luz de la vela, bostezó por segunda vez. Comprobó que los tapones de los frascos estuvieran bien cerrados y los colocó por orden alfabético. Se frotó los ojos y se preparó mentalmente para la tarea más pesada del día. Aunque estaba agotado, no podía ir a dormir aún.

Si quería entrar en aquel mundo de eruditos y dominar las teorías de los fluidos, debía leer mucho, y además debía hacerlo en latín. El

doctor había insistido desde el primer día: no recomendaría a ningún aprendiz que desconociera los textos clásicos de la Medicina. Y necesitaba su recomendación para ser aceptado en el Estudio General y titularse como médico.

Así que salió al vestíbulo y se dirigió escaleras arriba hacia su alcoba, en la última planta, para someterse a la tortura diaria de intentar mantener los párpados abiertos frente a los libros. ¡Cómo lo aburría el latín! En cambio, el médico adoraba esa lengua. Él nunca anunciaba el diagnóstico con palabras ordinarias como tiña, diarrea o fiebre. El doctor usaba al menos dos palabras para definir cada dolencia, y siempre en latín. De esa forma, al pronunciar *elit scabiem*, *alvi deiectiones* o *prata et febricitantem*, estas parecían enfermedades más nobles para sus distinguidos pacientes, aunque los síntomas fueran de lo más vulgar.

A mitad de la escalera, Guim se cruzó con el ama de llaves. Si en aquella casa había alguien que dormía aún menos horas que él, era esa anciana responsable y minuciosa, con el delantal impecable y las dobleces de la cofia siempre en el mismo sitio. Por eso se sorprendió al ver que la sirvienta había dejado abierta la puerta de la planta principal; esa que siempre permanecía cerrada. Era el primer descuido de la anciana en seis meses.

El doctor Astruch ocultaba su vida privada tras aquella puerta misteriosa de roble macizo con el mismo celo con el que escondía sus viejas pantorrillas bajo la túnica. Durante las visitas médicas, el doctor era cercano y hablador. Sin embargo, cuando finalizaba la jornada, se retiraba con educación a la zona privada de la casa y le cerraba la puerta en las narices. No le hablaba de ningún tema que no estuviera relacionado con el trabajo. Tampoco le había presentado a los miembros de su familia. En el medio año que llevaba viviendo en aquella casa, Guim no había puesto un pie tras aquella puerta.

En el descansillo de la escalera, aminoró el paso a medida que se acercaba al umbral. Ya no se sentía soñoliento. El salón que vio a través del resquicio estaba iluminado por un candil y parecía del todo normal: un par de butacas, una chimenea, tapices con dibujos geométricos y un arcón. Sabía que no debía fisgonear, pero no pudo resistirse a la provocación de aquel resquicio indiscreto. Tan solo se asomaría para ver lo que había al otro lado y se marcharía enseguida.

Se inclinó hacia el interior del salón y una tabla del suelo se quejó con un chirrido. En el rincón más alejado había un aparador cubierto con un mantel y, sobre este, un libro abierto en un atril. De alguna forma, Guim intuyó que ese modesto libro presidía el salón, como si el mobiliario se dispusiera en torno a él. Se acercó de puntillas. El mantel lucía un bordado de una estrella de seis puntas. El texto estaba escrito en letras extrañas, con caracteres cuadrados. Parecía hebreo.

El médico y su familia eran judíos.

Había descubierto un secreto peligroso. A los judíos los perseguían desde hacía décadas; si se descubría, condenarían a toda la familia. También podían castigarlo a él por esconder la información. Maldijo sus ganas de fisgonear. ¿Por qué había tenido que entrar ahí? Se apresuró a regresar a la escalera y, justo en el momento en que alcanzaba la puerta, un adolescente apareció en el lado opuesto del salón y se detuvo en seco. Era uno de los hijos del médico; Guim lo había visto varias veces desde la ventana de su alcoba. El muchacho lo miró sorprendido y se llevó la mano a la pelusilla que le crecía sobre el labio en un gesto nervioso.

—Hola, me había asomado por si veía a tu padre, para preguntarle una cosa. —Guim intentó sonreír con expresión inocente—. Ya se lo preguntaré mañana.

Se despidió del muchacho con un gesto de la mano y trotó escaleras arriba. No sabía si el chico le diría a su padre que lo había encontrado allí. Era probable que sí. Y ¿qué haría el doctor?

En realidad, a él no le importaba que el médico y su familia no fueran cristianos, él no sentía la devoción de algunos de sus parientes ni solía pensar demasiado en los misterios espirituales. Pero le preocupaba la situación comprometida en que se había metido. No quería que el médico lo despidiera.

Se sentó en el jergón con la espalda apoyada en la pared y abrió el tratado de medicina galénica por la página marcada. Miró el texto sin leerlo. Decidió que al día siguiente actuaría como si no hubiera pasado nada y deseó que el doctor hiciera lo mismo.

UNAS HORAS MÁS tarde, Guim despertó antes del amanecer con una página pegada a la mejilla; se había dormido encima del libro. Estiró el cuello dolorido y se lavó la cara en la jofaina mientras oía al gallo cantar en el patio.

Bajó los escalones de dos en dos hasta la cocina. La anciana sirvienta ya se encontraba allí calentando el horno de pan y le dio los buenos días con un movimiento brusco de cabeza. Guim apenas había empezado a desayunar cuando alguien llamó a la puerta principal. Por la hora tan temprana, supuso que se trataba de una urgencia médica y fue a abrir.

En el callejón estrecho y gris esperaba un sirviente que temblaba de frío.

—Me envía el barón de Montpalau. Esta mañana se encuentra indispuesto y requiere la atención del doctor.

Aquella era otra de las curiosidades que Guim había aprendido en

Girona: la indisposición parecía ser la enfermedad más extendida entre la nobleza. Intentó adivinar la gravedad real del paciente por el nerviosismo del mensajero. Este se frotó las manos y se las calentó con el aliento: no debía de ser cuestión de vida o muerte.

—Avisaré al doctor enseguida —respondió, y tiró de la cuerda que hacía sonar una campanilla en la planta principal.

El médico bajó al poco rato y juntos siguieron al sirviente por las calles angostas hacia el palacio del barón. Guim miró de reojo al doctor y supuso que su hijo aún no le había informado de la intrusión de la noche anterior, pues su rostro se mostraba tan serio e inexpresivo como siempre. En cambio, ahora que él había descubierto el secreto, veía su entorno con ojos nuevos. Por primera vez fue consciente de las ventanas y las puertas cegadas en las fachadas, que hablaban de un pasado de segregación. Las viviendas del barrio se abrían solo hacia los patios interiores y los callejones más estrechos, y en estos últimos se adivinaban vestigios de antiguas puertas que los separaban del resto de la ciudad. Recordó haber oído el nombre de *call jueu* en boca de sirvientas y ancianas para referirse a la calle en la que residía el médico, y se preguntó si habría más familias que ocultaban aún su antigua religión.

Envueltos por el silencio de la mañana, alcanzaron la calle Ciutadans, la más aristocrática de la ciudad. El barón los recibió en un salón con las paredes recubiertas de trofeos de caza, recostado en un diván y tapado con una manta. Sobrepasaba la cuarentena y hacía varios años que había dejado de ser fuerte y robusto para empezar a verse rollizo. El médico lo interrogó sobre su indisposición.

—Ya hace varios días que me despierto mareado, sin fuerzas —dijo el hombre—. Se me seca la boca y me cuesta enfocar la vista. Hoy no he podido dar ni tres pasos antes de buscar asiento. Y por las noches también me siento débil. Antes me gustaba trasnochar y hace semanas que estoy agotado, aunque no haya hecho ningún esfuerzo durante el día.

El doctor inició su coreografía para inspeccionar al paciente. En la habitación contigua, dos criadas reían por lo bajo mientras doblaban la mantelería. Guim se preguntó si alguna de ellas sería Núria y se inclinó para verlas mejor, pero estaban de espaldas a la puerta.

Lo tentaba la idea de decirle a Núria que había averiguado el secreto del médico, pues era uno de los temas de conversación que más la divertían. Desde que llegaron a Girona, se veían cada domingo después de misa y almorzaban fuera de las murallas, sentados sobre un muro bajo en un rincón protegido del frío. Núria siempre balanceaba los pies a un palmo del suelo, se quitaba la cofia de doncella y le preguntaba cómo le había ido la semana en casa del doctor. Cuando salía el tema de la misteriosa puerta cerrada, le

aparecían dos pequeños hoyuelos en las mejillas e inventaba teorías aún más disparatadas que las de Guim, y que a menudo incluían transformaciones monstruosas, bestias parlantes y hechizos mágicos.

Sin embargo, no podía contarle lo que había descubierto. Cuantas menos personas supieran que el doctor Astruch era judío, menor sería el peligro.

Guim recibió un codazo disimulado de su maestro. El doctor lo miró con severidad: no le gustaba que se despistara durante las visitas.

—Su estado de salud general es bueno —informó al barón—. Creo que le hace falta un reconstituyente y un cambio en la dieta para recobrar la vitalidad. Coma más huevos y pescado, y evite morcillas y carnes rojas. Un exceso de sangre en la comida puede provocar embotamiento en el cerebro.

Un mayordomo entró en la sala cojeando; llevaba una bandeja que contenía el desayuno del barón con cuidado de no volcarla por el balanceo de su caminar desigual. Este se incorporó en el diván y se dirigió al sirviente.

—¿Has oído? Nada de fiambres fríos para desayunar, ya puedes volver a las cocinas y pedir otra cosa. ¡Y a buenas horas me traes el desayuno! Al ritmo que te mueves últimamente se me juntará con la comida.

—Disculpe, señor, esta mañana el dolor en la rodilla ha empeorado —dijo el mayordomo con la cara agriada.

—¿Y a mí qué me importa? ¡Espabila para cumplir con tus obligaciones!

El mayordomo se marchó renqueante y el barón bufó con hartazgo.

—¡Jesús! Lo que cuesta encontrar sirvientes competentes…

—Si quiere podríamos mirarle la rodilla a su mayordomo, por si se puede tratar —le ofreció Guim con un hilo de voz.

—No, no —respondió el barón—. Solo faltaría que tuviera que malgastar mi dinero en atender las quejas y minucias del servicio…

El ceño fruncido del doctor Astruch previno al chico de insistir o de ofrecer gratis sus atenciones. Su maestro se dirigió al barón como si no los hubieran interrumpido:

—Conozco al boticario que prepara el mejor reconstituyente. Utiliza más de treinta ingredientes. Es costoso, pero se lo recomiendo. Mi aprendiz puede ir a buscarlo a Barcelona y estar de vuelta en dos días.

—Sí, si esa medicina va a ayudarme a mejorar, no reparé en gastos.

El médico garabateó en un papel y se lo tendió a Guim. Él leyó la dirección del boticario y reprimió un quejido, pues cabalgar no era su pasatiempo favorito, y menos en invierno. Además, entre ir y volver a Barcelona se perdería el almuerzo con Núria ese domingo.

Mientras bajaban la escalinata del palacio, el doctor le dio más instrucciones:

—Cogerás a *Llampec*, es la montura más rápida. Tendrás que llevar el dinero del reconstituyente y provisiones, y algunas monedas más para pasar la noche. Te recomiendo que te hospedes en una posada que hay en la calle de l'Arc de Santa Eulàlia. El dueño la mantiene aseada y el servicio es bueno…

Cruzaron el patio del palacio y una criada cargada con dos cubos de agua pasó por su lado. Guim no quería irse sin avisar a Núria, no quería que se quedara esperando junto a la catedral. Interrumpió el monólogo del doctor.

—Disculpe, maestro, ¿le importa si dejo un mensaje para una amiga?

El médico asintió y él llamó la atención de la criada:

—Perdona, ¿conoces a Núria?

Ella pestañeó con aspecto soñoliento.

—Sí, es la doncella de la baronesa.

—¿Le podrías dar un mensaje de mi parte?

NÚRIA SE ENCONTRÓ con que el fuego de la cocina estaba apagado. Las cenizas frías de la noche anterior se amontonaban bajo los ganchos para las cacerolas. ¿Dónde se había metido Miri, la ayudante de la cocinera? Ya era la tercera mañana que no cumplía con sus tareas. La baronesa se enfadaría con ella si le llevaba tarde el desayuno otra vez.

Vio dos cubos de agua junto al antiguo silo en desuso, entre la cocina y la despensa, y sospechó que la criada se había escondido allí con el mozo de cuadras. Las risitas que le llegaron a través de la abertura le confirmaron sus suposiciones.

—¡No toques ahí! Las manos por encima de la ropa —le exigió ella, sin parecer demasiado enfadada.

—Vamos, si luego te gusta —dijo él con tono socarrón.

Núria suspiró y llenó con agua una cacerola. Prendió el fuego en la chimenea y fue a la despensa a buscar huevos, pan y queso. Miri se tomó su tiempo y salió del escondite cuando ya estaba descascarillando los huevos cocidos.

—La baronesa quiere el desayuno a las ocho —dijo Núria con la mandíbula tensa.

Miri se ató el delantal y se puso derecha la cofia con una sonrisa bobalicona. El mozo de cuadras salió tras ella y se escabulló hacia el patio por la puerta trasera.

—Bueno, seguro que no se ha despertado todavía —respondió Miri —. Además, no sé por qué tiene tanta prisa por desayunar. Lo único que hace en todo el día es mirar por la ventana y dar vueltas al jardín.

Núria la miró con el ceño fruncido y colocó el desayuno de la

baronesa sobre una bandeja. No le apetecía discutir. Ya iba a marcharse cuando Miri la llamó:

—Núria, casi se me olvida. Un joven ha preguntado por ti y me ha dejado un mensaje: dice que no lo esperes este domingo, que ha tenido que ir a Barcelona.

Ella le dio las gracias con brusquedad y subió hacia la planta noble. La mañana iba de mal en peor. Los almuerzos con Guim eran prácticamente la única alegría que tenía. Desde que había entrado a servir en casa del barón, sentía que se arrastraba a lo largo de la semana cumpliendo todas sus tareas ingratas, hasta que llegaba el domingo y al fin podía caminar erguida como una persona normal para llegar hasta él. Solían pasar juntos un par de horas, luego él se marchaba corriendo a cumplir con sus obligaciones. Las conversaciones con Guim, revividas una y otra vez en su mente, eran lo único que Núria tenía para sobrellevar los siete días siguientes. Esa vez tendría que esperar catorce.

Llamó a la puerta de la habitación de la baronesa y entró sin esperar respuesta. La esposa del barón ya se había levantado, y estaba tan quieta que se confundía entre los cortinajes y tapices que recubrían la habitación. En camisa de dormir, junto a la ventana, mantenía la mirada perdida en el jardín y sostenía en la mano una carta doblada y desdoblada centenares de veces. Núria había averiguado que tenía tres cartas como aquella guardadas en el tocador y cada mañana releía una.

—Disculpad por la tardanza, baronesa —le dijo. Luego pensó que no tenía por qué ocultar los descuidos de Miri—. La ayudante de la cocinera cada día llega más tarde a encender los fuegos.

—Está bien. Procura que no vuelva a pasar —respondió la baronesa sin apartar la mirada del jardín—. Y ya sabes que me puedes llamar Joana cuando estamos solas.

Núria dejó la bandeja sobre una mesa y se retiró con las manos entrelazadas delante del ombligo, como le habían enseñado. Joana se sentó frente a su desayuno, lánguida y descolorida como un narciso marchito. La joven nunca había conocido a una mujer tan triste como ella. Cuando entró a servir en el palacio, no tardó en darse cuenta de que el matrimonio con el barón la hacía muy infeliz.

—¿Qué vestido queréis que os prepare hoy? —preguntó Núria.

—Me es indiferente. Elige el que más te guste.

—¿El de las hojas de hiedra?

La baronesa asintió y ella sacó el vestido de un arcón y lo extendió sobre la cama. La tela era de color verde musgo y las hojas de hiedra bordadas en seda tenían un brillo tan especial que parecían de verdad. Era una tontería, pero a Núria la consolaba cualquier detalle que le recordara su vida anterior al aire libre, en los prados o en el bosque.

Añoraba trabajar rodeada de plantas.

—Se está acabando el sedante que preparaste, necesitaré más —dijo Joana, mientras desmigaba el pan con desgana.

—¿Tan pronto? —Núria frunció el ceño. Tres meses atrás le había preparado un frasco mediano que debía durar al menos un año—. ¿Estáis usando la cantidad que os recomendé? Se necesitan solo dos gotas cada vez. ¿Cuánto le estáis dando al barón? Es un remedio bastante fuerte.

—Tan solo una o dos gotas de más las noches que lo veo furioso, no te preocupes.

—¿Y ya lo habéis acabado?

—Bueno, es que también se me derramó la mitad del bote sobre la mesa.

Núria se mordió el labio sin saber si creer esa excusa tan oportuna. Cuando Joana le pidió el sedante, le prometió que lo usaría solo cuando el barón se pusiera violento. Durante las primeras semanas después de casarse, él la visitaba cada noche y Joana lloraba cada mañana. Le dijo a Núria que no podía soportarlo. Le explicó que el barón nunca la escuchaba, sino que le ordenaba que callase, la trataba sin miramientos y a menudo le hacía daño. Joana le mostró las magulladuras en el cuello y en los brazos, le describió su peso aplastante, sus gustos sádicos y lo dolorido que le quedaba el cuerpo. La baronesa incluso le confesó que más de una mañana había pensado en suicidarse.

Núria sintió lástima por ella y, deseosa de mostrarse útil, le propuso preparar un remedio que sedara y calmara al barón. Se trataba de una receta sencilla; Joana solo tenía que disolver un par de gotas en su copa durante la cena. Sin embargo, la muchacha empezó a sospechar que se estaba excediendo.

—No creo que deba preparar más, baronesa —le dijo con un hilo de voz, por miedo de contrariarla—. Lo siento, debéis usar el remedio con moderación. No es bueno que el barón lo tome tan a menudo porque contiene belladona, que causa efectos nocivos, y él se podría dar cuenta de que lo estáis sedando. Además, en esta época del año no podré encontrar los ingredientes.

Joana la miró con los ojos brillantes, como si fuera a echarse a llorar. Luego respiró hondo y su expresión se tornó severa.

—No te estoy pidiendo consejo, te lo estoy ordenando. Lo necesito cuanto antes. Al principio te contraté por unas semanas hasta que encontrara a una doncella con más experiencia, ¿recuerdas? ¿Por qué crees que sigues aquí?

Núria sintió una punzada de pánico ante la perspectiva de quedarse en la calle de un día para otro, pero consiguió mantenerse serena.

—Baronesa, no es que quiera desobedecerla. De verdad que en

marzo no podré encontrar las plantas que necesito. Ninguna doncella sería capaz de encontrarlas por muchos años de experiencia que tenga.

La expresión severa de Joana desapareció tan de repente como había surgido y se mostró de nuevo al borde de las lágrimas.

—No me falles ahora. Ven aquí. —La baronesa dio unas palmadas en la silla contigua y Núria se sentó—. Ya sabes lo desgraciada que era antes de que me dieras el sedante, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, insegura—. Al menos ahora no tenéis cardenales ni lloráis cada día.

—Así es. Tengo mucha suerte de tener una doncella como tú que conoce tan bien las plantas. El sedante es lo único que hace mi vida tolerable. Seguro que encuentras la manera de preparar más. Sé que te estoy pidiendo mucho y te ofreceré algo a cambio. ¿Quieres dinero? Puedo pagarte. —Núria negó con la cabeza, eso no arreglaría nada. Joana continuó—: ¿O quizá otra cosa? Antes te has quejado de la ayudante de cocina. ¿Quieres que la despida?

—No, no es necesario. —No quería ser tan cruel con Miri.

—¿Y qué me dices de tu perro? —insistió Joana—. Sé que le tienes mucho cariño y me has dicho que no lo cuidan bien. ¿Hay algo que pueda hacer por él?

Núria vaciló. *Neulit* pasaba casi todo el día atado en la perrera, y ella se sentía culpable por mantenerlo en esas condiciones. El mozo de cuadras soltaba a los perros por el patio a diario y ella lo llevaba cuando salía del palacio, pero sabía que no era suficiente. La mirada de Joana se iluminó al verla dudar.

—Dime, haré lo que esté en mi mano.

—La verdad es que me gustaría pasearlo fuera de las murallas cada día, aunque sea solo un rato.

—Te lo concederé a cambio de que prepares un frasco más.

Núria retorció el lazo del delantal entre los dedos. Podía prepararlo con menos belladona para que no resultara peligroso si Joana se excedía.

—De acuerdo. Mañana iré al bosque a ver qué encuentro. También puedo comprar a una herborista los ingredientes que me falten. Pero prometedme que lo usaréis con cuidado, o le provocaréis mareos y dolores de cabeza al barón. Pensad que la belladona en grandes dosis podría incluso matar a un hombre adulto.

—Por supuesto, lo usaré solo cuando sea necesario —le respondió Joana con una sonrisa triste, y le apretó las manos entre las suyas unos instantes.

NÚRIA LOGRÓ REUNIR todos los ingredientes en solo dos días y entró en

el antiguo silo para preparar el sedante. Se trataba de un espacio circular y estrecho —cabrían seis o siete personas apretadas en el interior— con una abertura la mitad de baja que una puerta. Le habían contado que era un vestigio de la antigua masía que se erigía allí siglos atrás y que, curiosamente, no lo habían derrumbado cuando construyeron las cocinas del palacio, así que había quedado como un escondite sin otro uso que acumular trastos viejos.

Núria dejó sobre un cofre polvoriento una vela encendida y el ramillete de belladona que había recogido en el bosque. De puntillas, alcanzó el libro del Legado, que guardaba escondido en un cesto en lo alto de una pila de cajas y ollas oxidadas. Lo ocultaba allí porque no tenía dormitorio propio; lo compartía con otras criadas, y no quería que ninguna lo encontrara.

Buscó la receta del sedante, que estaba en la parte del Legado que trataba sobre los remedios que afectan a la mente. Núria era consciente de que no iba a cumplir todas las instrucciones, pues usaría hojas de belladona medio marchitas recogidas al final del invierno, en vez de los brotes tiernos que crecen en verano. También había desenterrado la raíz de valeriana varios meses antes de lo que correspondía y había comprado las flores de lúpulo ya secas en un taller cervecero.

Se quitó la cofia, se subió las mangas de la camisa y se ató el pelo en un moño. Murmuró las palabras del conjuro deprisa, sin pausas ni ceremonias. En la estrechez del silo las palabras no resonaban y no producían el mismo efecto que en la cueva de Adaleda; algo le dijo que recitar el conjuro no tenía ningún sentido. Colocó las hojas de belladona en un mortero, y se disponía a machacarlas cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Qué haces aquí tan escondida?

Núria se volvió con brusquedad y tiró el mortero al suelo. Una cabeza se asomaba al interior del silo por la abertura. Era Guim.

—¿Cómo…? ¿Qué…? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El chico entró casi a gatas, se incorporó y observó a su alrededor.

—Qué rincón tan acogedor, aunque un poco oscuro para mi gusto. —Le sonrió. Núria aún no se había recuperado del sobresalto—. Una sirvienta me ha dicho que te encontraría aquí; al principio pensaba que me estaba tomando el pelo. Acabo de llegar de Barcelona con la medicina para el barón y he preguntado por ti, porque también te he traído una cosa.

Guim sacó de debajo de su capa un libro del color de los nomeolvides que ella reconoció enseguida: era el libro sobre plantas medicinales que había hojeado en Ripoll. Acarició el dibujo en bajorrelieve de la cubierta y levantó los ojos hacia Guim.

—Cuando lo encontré, me acordé de que habías querido comprarlo

y no tenías el dinero. Yo apenas gasto nada de mi salario, así que te lo regalo. Te hubiera gustado visitar esa librería…

Núria lo interrumpió con un abrazo. Le rodeó la cintura, apoyó la cara en su pecho y apretó la mejilla contra los broches de su jubón. Él pareció sorprendido al principio, sin saber cómo responder. Pero un segundo después también la abrazó. Se separaron un poco, aún abrazándose de la cintura. Estaban tan cerca que Núria percibía el calor del cuerpo de él a través de la ropa. Casi sin respirar, lo miró a los ojos, luego los labios y a los ojos otra vez. Quería que la besara; nunca había deseado algo así con tanta intensidad. Cuando parecía que él iba a inclinarse hacia ella, desvió la mirada de repente y una pequeña arruga le apareció entre las cejas.

—¿Qué es ese libro?

Guim se refería al libro del Legado, que seguía abierto sobre una caja. La había pillado desprevenida y no había tenido tiempo de esconderlo.

—Es un manuscrito antiguo de plantas, me lo regaló la mujer que me enseñó remedios en Melers —dijo ella, intentando sonar despreocupada.

Él deshizo el abrazo y se acercó al libro.

—Está escrito con letras raras. Y los dibujos son algo deformes. ¿Sabes leerlo?

—Sí, me enseñó también a leer esas letras, no son muy distintas de las latinas. Y tienes razón sobre los dibujos, los del libro que me has regalado son mucho más bonitos.

—Mmmm… ¿No serás judía?

Núria no sabía en qué consistía ser judía, pero no parecía nada bueno, así que lo negó.

—No, no lo soy.

—Es cierto, es un alfabeto distinto al hebreo. —Guim suspiró y se apartó al fin del Legado—. Bueno, me gustaría quedarme más rato en este escondite, pero tengo que irme corriendo. El doctor debe de estar impaciente por mandarme docenas de tareas.

—¿Nos vemos el domingo?

—Claro, en la catedral, como cada semana.

—¿Me contarás todo lo que has visto en Barcelona?

—Con todo detalle. —Le sonrió una vez más y desapareció por la abertura del silo.

Núria recogió las hojas de belladona del suelo. Además de estar marchitas, ahora estaban cubiertas de polvo y suciedad. Sopló para quitarles las pelusas y las metió de nuevo en el mortero. Si Ada la viera preparar un remedio así, le diría unas cuantas cosas.

Una vez hubo dejado las plantas en maceración y el Legado bien escondido, apagó la vela y salió del silo. Se encaminó al dormitorio de

las criadas con el libro que le había regalado Guim apretado contra el pecho. Debía planear qué decir si él le hacía más preguntas sobre el Legado; deseó que no le diera mayor importancia. A medio camino, se cruzó con Miri en la escalera.

—¿Cómo te ha ido en el silo con tu amigo? —La chica le sonrió con picardía—. Es un buen escondrijo si buscas intimidad, ¿verdad?

—Sí, lo es —dijo ella. Pero pensó que, para ser un escondrijo, últimamente estaba demasiado concurrido. Buscaría otro lugar para el Legado y el sedante.

—Te había visto meterte ahí y le dije que se asomara. —Le guiñó un ojo—. De nada.

Capítulo 20

NÚRIA ACUDIÓ AL almuerzo del domingo emocionada y a la vez nerviosa. Desde que se encontró con Guim en el silo, había dormido cada noche con el libro que le regaló bajo la almohada, pero había sido incapaz de centrarse en leerlo: recostada en la cama, tan solo podía sonreír como una boba mientras divagaba sobre el significado de ese regalo. A ratos se convencía a sí misma de que él buscaba lo mismo que ella y que albergaba los mismos sentimientos, pero otras veces cambiaba de parecer, se decía que se lo estaba imaginando todo y la abrumaban las dudas al pensar qué diría él si descubría la verdad sobre el Legado y sus orígenes. ¿Le haría más preguntas sobre lo que había visto en el silo? Esperaba que se contentara con las explicaciones vagas que ella tenía preparadas.

Núria llegó a la catedral a trompicones, pues *Neulit* tiraba de la correa con más fuerza e insistencia de lo normal, como si él también estuviera impaciente por encontrarse con Guim. Enseguida se reconocieron entre la gente, en las escaleras frente al gran portal, y salieron de la ciudad por la puerta norte. Siguieron el curso del río Galligants cuesta arriba, entre huertos y molinos de agua, para ir a sentarse en su rincón favorito junto a la fuente del obispo. Con el ruido del borboteo del agua de fondo, Guim le relató su viaje a Barcelona, y Núria le pidió más detalles sobre la botica y la librería.

—¿Tenían otros libros de plantas medicinales?

—Sí, varios.

—¿Cuántos? ¿Cómo eran? ¿Estaban también en latín?

Guim sonrió a la vez que masticaba la empanada que había llevado ella para el almuerzo.

—No sé, al menos una decena. El doctor Astruch también tiene varios en su dispensario, aunque nunca me ha mandado leerlos. Y todos están escritos en latín.

—Tendré que aprender latín para entenderlos… ¿Me enseñarás algún día?

—No creo que sea el más adecuado para enseñarte, ya sabes lo que me aburre leer libros. ¿Por qué a ti te gusta tanto?

Núria se encogió de hombros. Adaleda le diría que todos los libros de plantas son inútiles excepto el Legado, pero ella no opinaba igual. Ella los sentía como pequeños tesoros o ventanas abiertas hacia lo

desconocido.

—Un libro es como un maestro muy sabio que te enseña todo cuanto sabe, a veces a través de generaciones o desde la otra punta del mundo, ¿no te parece?

—Bueno, yo prefiero a un maestro de verdad, que te explique las cosas a medida que las tienes delante en vez de filosofar sobre casos hipotéticos.

—Pero un maestro no siempre está presente… ¿Y cuál crees que es el mejor libro de plantas medicinales? ¿Crees que habrá uno que contenga todos los remedios?

Guim la miró con ojos divertidos.

—Eso sería como buscar a un sabio que conociera la cura de todas las enfermedades. No creo que exista.

Comieron un rato en silencio mientras *Neulit* olfateaba el suelo a su alrededor y ellos disfrutaban del sol primaveral. Luego, Guim se volvió hacia ella.

—¿Y qué me dices de ese libro tan raro que guardabas en tu escondite? ¿Qué clase de recetas contiene?

—Tan solo remedios que se preparan con las plantas que crecen en los Pirineos. Ya sabes: de esos tradicionales que se han ido transmitiendo en las familias, y que se preparan con salvia, valeriana, manzanilla, ruda…

—¿Por qué lo has traído contigo hasta Girona?

—Me lo dio la mujer que me crio como regalo de despedida. —Nuria respiró hondo e intentó conducir la conversación hacia el tema que le interesaba—: Creo que no te agradecí suficiente el regalo que me trajiste de Barcelona. Significa mucho para mí. Te acordaste de cuando lo vimos en Ripoll y…

Guim la interrumpió con un ademán para restarle importancia.

—No es nada, es lo que haría cualquier amigo.

Ella bajó la mirada algo decepcionada por la respuesta y siguió mordisqueando su ración de empanada, hasta que se dio cuenta de que Guim la estaba observando con intensidad, como si estuviera inspeccionando a un paciente.

—Hay una cosa que me intriga sobre ti —dijo él—. Es obvio que te atraen los remedios curativos, y te veo como una persona inquieta y curiosa. Entonces, ¿por qué te has quedado en Girona? ¿Por qué no regresaste a La Cerdanya cuando tus tíos te dijeron que no te podían mantener? Querías conocerlos y ya conseguiste tu propósito. Me cuesta pensar que te conformes con trabajar de doncella.

Núria tragó con dificultad el trozo de empanada que había dejado a medio masticar.

—Es que no quiero permanecer toda la vida en una aldea tan pequeña. Llevo tiempo preguntándome si hay algo más. La verdad es

que aún no sé qué camino tomar, como si estuviera decidiendo quién soy…

Su voz se extinguió sin terminar la frase. El principal motivo que la había empujado a quedarse en Girona era Guim, pero ¿él lo sospechaba y le había hecho esa pregunta para que lo confesara? Núria no se atrevió a decir más y, tras un minuto de silencio, él inició otro tema de conversación.

UNA SEMANA DESPUÉS, Guim se estaba preparando el desayuno cuando alguien aporreó enérgicamente la aldaba de la casa del médico. Abrió la puerta y se encontró al sirviente del barón. Ese día no tiritaba ni se frotaba las manos, sino que mantenía los ojos bien abiertos y estaba inquieto.

—El barón necesita atención médica, es urgente.

Guim hizo sonar la campanilla de la planta noble con más insistencia que la semana anterior. El doctor bajó las escaleras con la capa y el sombrero bajo el brazo, y él le resumió la situación.

—El instrumental, rápido —le ordenó.

Guim fue a buscarlo en dos saltos y los tres recorrieron deprisa las calles desiertas: tan solo los gatos callejeros se movían entre la neblina que precedía el amanecer. En cambio, el palacio del barón bullía de actividad silenciosa: todos los sirvientes se movían de aquí para allá y hablaban en susurros.

El hombre yacía bocarriba en su cama, con los labios abiertos y la mirada petrificada. El doctor olvidó sus florituras extravagantes y lo agarró de la muñeca en cuanto entraron en la habitación. Negó con la cabeza con semblante serio. Guim colocó un dedo sobre el cuello del barón y comprobó que su pulso era débil e irregular.

El médico abrió los párpados del enfermo y le miró dentro de la boca, que estaba recubierta de saliva blanca y espesa. Disolvió una cucharada de un medicamento en una copa de agua y se lo dio a beber, pero el barón no reaccionó. También le colocó una botellita de espíritu vigorizante bajo la nariz, sin ningún resultado.

Tras unos minutos, la baronesa entró rodeada de un pequeño séquito de sirvientas y la habitación se iluminó por media docena de candiles.

—Me temo, mi señora, que el barón está muy grave —dijo el doctor —. Le falla el corazón. Debería usted llamar a un sacerdote.

La baronesa mantuvo la mirada fija en su marido unos instantes. Levantó los ojos hacia el doctor y asintió. Fruncía ligeramente el entrecejo y no parecía demasiado preocupada. No tocó al barón, como habría hecho cualquier mujer ante un familiar a punto de morir. No le

acarició la frente, ni lo cogió del brazo, ni le puso una mano en el pecho. En lugar de eso, se cruzó de brazos.

Detrás del hombro de la baronesa, Guim distinguió las cejas de Núria y se desplazó unos pasos para verle la cara. Ella se mordía el labio inferior y se retorcía el nudo del delantal. No le devolvió la mirada.

—Avisadme si hay alguna novedad —ordenó la baronesa. Luego se dirigió a la doncella situada a su derecha—: Busca al padre Gabriel.

El séquito abandonó la sala, que quedó sumida en la oscuridad. Guim encendió una vela y se percató de que las pupilas del barón no habían respondido al cambio de luz: se habían quedado igual de dilatadas. Sin darse aún por vencido, el doctor Astruch le introdujo unas gotas de un jarabe en la boca. Luego probaron a incorporarlo en la cama, levantarle los brazos, girarle el cuello, punzar una vena y extraer el exceso de sangre… No obtuvieron ninguna mejora.

El barón murió antes de que las campanas anunciaran las ocho.

NÚRIA NO ENCONTRÓ un momento a solas con la baronesa hasta pasado el mediodía. Toda la mañana había sido un torbellino de ropas de luto, ida y venida de mensajeros, preparativos del funeral y órdenes para los criados. Joana tomaba las decisiones con diligencia, con una energía reprimida durante meses. En cambio, Núria apenas podía prestar atención a dos frases seguidas. Angustiada, no dejaba de pensar que el sedante que había preparado podía ser la causa de la muerte del barón. Sin embargo, Joana no había exteriorizado ningún reproche ni sentimiento de culpa.

En la capilla del palacio, después del almuerzo, al fin encontró la oportunidad de hablar a solas con Joana. Arrastró un palmo su reclinatorio hacia el altar para acercarlo al de la baronesa y el mueble rechinó en el silencio del oratorio. Se volvió un instante para comprobar que estaban solas.

—Creo que el barón ha muerto por un exceso de belladona —dijo en un susurro—. ¿Cuánto sedante le disteis? El nuevo estaba diluido, le habéis tenido que dar casi el frasco entero para que haya muerto así.

La baronesa mantuvo su postura de oración y la mirada fija en el cristo crucificado del centro del retablo.

—Tranquilízate, Núria —respondió en voz baja sin girar el cuello—. No hay ninguna evidencia de que haya muerto por el sedante. Puede haber sido por cualquier enfermedad. El barón ya tenía cincuenta años.

—Sí que hay evidencias para quien sepa reconocerlas: lo vi en la

cama antes de morir. La mirada perdida, la saliva espesa, el pulso débil… Son los efectos de la belladona cuando se toma en grandes cantidades. No debí obedeceros. ¿Y si lo averigua alguien?

Joana giró el cuello y la miró de reojo.

—Nadie sospecha que el barón haya sido envenenado. Y, aunque hubiera muerto por el sedante, como dices, nadie te culpará por haberlo preparado. Así que muéstrate serena y no actúes como si fueras culpable.

—Eso espero: que nadie me culpe a mí, porque yo no hice más que seguir vuestras órdenes. ¡El culpable es quien pone el veneno en la copa!

Núria percibió un brillo de pánico en los ojos de la baronesa. Lo ocultó enseguida bajo una máscara de determinación.

—¿Cuánto sedante le disteis ayer por la noche? —repitió la joven.

—No me acuerdo, quizá algo más de lo habitual, porque llegó a casa furioso por sus negocios y temí que se desfogara conmigo —respondió su señora.

—Os dije que la belladona era peligrosa. Os advertí que usarais dos gotas como máximo. ¡Seguro que le pusisteis mucho más!

Núria había subido el tono de voz y Joana le chistó. Su cabeza había bullido con aquellas ideas toda la mañana y, ahora que podía hablar, las palabras se atropellaban sin control. Intentó serenarse; no quería que, debido a su enfado, alguien más se enterara de aquello. La baronesa cerró los ojos y apoyó la frente en los nudillos. Después de meditar unos instantes, se volvió hacia Núria.

—Escucha, Núria: estamos juntas en esto, así que más nos vale mantenernos unidas. El barón no tiene familiares cercanos. Tan solo un primo que no nos ha visitado desde la boda, y que estará tan feliz de heredar el título y el palacio que no investigará. El único que podría levantar sospechas es el médico. Tú conoces a su ayudante, ¿verdad?

Núria miró a la baronesa con resquemor. No mostraba ningún remordimiento por haber matado a su marido, era una inconsciente. La vida de ambas podía desmoronarse en los próximos días si alguien descubría lo que habían hecho. Y encima pretendía que utilizara su amistad con Guim…

—Habla con tu amigo y averigua si el médico sospecha algo —continuó Joana—. Y deshazte de todo lo que utilizaste para preparar el sedante. Yo haré desaparecer los frascos.

—No puedo pedirle eso a mi amigo…

El viejo capellán entró en el oratorio y ambas callaron. Se detuvo frente a la baronesa, le dio el pésame por la pérdida y se ofreció a dirigir sus plegarias. Joana accedió y ambos recitaron las oraciones al unísono.

Núria, arrodillada sobre el cojín desgastado del reclinatorio, temblaba. No sabía si era por el frío, el miedo o ambas cosas. Observó el feo retablo y las pinturas de santos enmarcadas en oro. Eran figuras deformes, de rostros ladeados con un ojo mayor que el otro y expresiones poco realistas. En los meses anteriores había pasado varias horas allí plantada mientras acompañaba a Joana en sus plegarias. Siempre había pensado que el pintor era poco hábil, pero ese día la sensación fue distinta: le pareció que todos los santos la miraban con recelo, de reojo, como si sospecharan el secreto que ocultaba.

EN EL DISPENSARIO del doctor, Guim pasó el pulgar sobre la palabra «Belladona» escrita en la etiqueta de papel. Descorchó el frasco y se lo acercó a la nariz: olía igual que el interior del silo donde había encontrado a Núria la semana anterior. Estaba familiarizado con aquel aroma, pues su padre lo usaba en contadas ocasiones durante las cirugías complejas y largas.

Devolvió el frasco a su sitio y buscó un tratado de Botánica entre los libros del doctor. Cuando leyó el título en el lomo, vaciló un momento antes de cogerlo. Temía que el texto confirmara las sospechas que había manifestado el doctor justo antes de que el barón falleciera: que lo habían envenenado con un depresor de la mente y el corazón. Pero tenía que averiguarlo.

Lo abrió sobre el escritorio y le llevó un rato hallar la página de la belladona. El dibujo de la planta coincidía con la forma de las hojas que había visto en el silo, y los síntomas que producía eran los que había padecido el barón: pupilas dilatadas, sequedad de boca, latidos arrítmicos, pérdida de consciencia y, finalmente, la muerte.

Cerró el libro de golpe. La estancia, recubierta de estanterías y arcones, le pareció claustrofóbica. Agarró su capa, salió de la casa y recorrió los callejones tortuosos a grandes zancadas sin rumbo fijo. La luna hacía brillar la bruma helada que flotaba en la ciudad. La gente se había refugiado en el interior de las tabernas o en sus hogares.

El barón había muerto envenenado por belladona, de eso estaba seguro. Una semana antes, había encontrado a Núria machacando las hojas de esa planta en un escondrijo del palacio. La explicación más simple y directa era que ella había preparado el veneno. Sin embargo, no podía creerlo: conocía a Núria y no la veía capaz de envenenar a nadie.

Dio varias vueltas por las calles mientras enumeraba todo lo que desconocía sobre ella. ¿Por qué tenía un libro escrito en una lengua extraña? ¿Por qué sus tíos la habían echado de su casa de forma repentina? Además, fue su tío quien le encontró trabajo en el palacio

del barón, justo ese mismo día. ¿Y por qué ella no había vuelto a Melers? Cuando se lo preguntó, no le respondió con claridad.

Los pasos de Guim lo guiaron inconscientemente hasta la parte trasera del palacio del barón. A través de las cortinas, se intuía la luz de las velas en varias estancias. Estuvo tentado de saltar el muro y lanzar guijarros a las ventanas de las habitaciones del servicio, en la buhardilla, hasta que Núria bajara y respondiera a todas sus preguntas. Pero no podía hacer eso. Tendría que contener su impaciencia hasta el funeral. Regresó a casa cabizbajo.

Guim había salido de Puigcerdà con la expectativa de llegar a ser médico, un objetivo tan ambicioso que no dejaba espacio ni tiempo en su vida para nada más. Desde entonces, pasaba volando de una tarea a la siguiente sin prestar demasiada atención a su alrededor, con la mirada fija en sus aspiraciones de futuro. Sin embargo, Núria se había introducido en sus rutinas de forma imprevista. A veces lo sorprendían algunos destellos momentáneos, instantes de sus almuerzos con ella que se le quedaban grabados: una mueca graciosa, un comentario soñador o una risa viva y espontánea. Y a menudo se encontraba a sí mismo demasiado pendiente de las reacciones de ella, como si intentara agradarla con lo que decía, como si quisiera seducirla.

Sacudió la cabeza para disciplinarse en sus divagaciones. No había prestado atención a lo importante. No conocía a Núria ni sabía cómo era en realidad.

A LA MAÑANA siguiente, Guim desayunaba con desgana cuando, por segundo día consecutivo, llamaron a la puerta al amanecer. Abrió y se sorprendió al encontrarse a dos oficiales del rey uniformados y armados. Se presentaron como el alguacil y su ayudante, y solicitaron audiencia con el doctor.

Guim tiró de la cuerda de la campanilla con el estómago encogido. Le había afectado tanto la posibilidad de que Núria fuera capaz de envenenar a alguien que había olvidado por completo las consecuencias del asesinato de un noble.

El doctor estuvo encerrado en su oficina con el alguacil varios minutos. Guim fingió que debía realizar la tarea importantísima de revolver el pequeño arcón situado junto a la puerta del dispensario, repleto de trastos médicos obsoletos, pero no logró oír ni una palabra. Cuando los hombres se hubieron marchado, se dirigió a su maestro sin poder reprimir su impaciencia.

—¿Han preguntado por la muerte del barón?

—Así es. Es habitual cuando fallece un miembro de la nobleza.

—¿Y qué querían?

—Que les contara lo que había presenciado el día de la defunción.

—¿Han preguntado el motivo de la muerte?

El doctor arrugó el ceño y se afiló la punta de la barba con dos dedos.

—Un fallo del corazón. Han dado por hecho que se trata de muerte natural y no he mencionado mis sospechas sobre el envenenamiento.

Guim sintió cierto alivio al saber que el doctor no había dicho nada, aunque se extrañó de que hubiera escondido una información tan relevante.

—¿No te parece acertada mi actitud? —le preguntó el doctor.

Había interpretado su sorpresa como una muestra de reproche y él se apresuró a arreglarlo.

—No, me parece bien. Es solo que… me ha sorprendido.

—Te voy a explicar un asunto muy importante: con los aristócratas hay que tener mucho cuidado. Los médicos a veces sabemos demasiado, tratamos con personas poderosas y no conviene intervenir en sus luchas de poder. Me lo he planteado muchas veces, al principio era un dilema moral para mí. ¿Debo decirle al marido que su esposa lo engaña? ¿O denunciar a un padre que casi mata a su hijo de una paliza? ¿Y qué decir sobre las señales en el cuerpo de religiones prohibidas por la Iglesia? Si alguna vez debo declarar ante un tribunal eclesiástico o civil, diré toda la verdad sobre lo que he visto. Pero si nadie me pregunta, callaré. Yo también tengo secretos que quiero que permanezcan ocultos. Creo que los conoces desde la semana pasada. —Dirigió a Guim una mirada escrutadora—. Sabes que tengo mucho que perder y no me conviene crear enemigos ni llamar la atención.

El chico asintió, asimilando aún las palabras del doctor. Este le dio una breve palmada en el brazo, casi imperceptible a través del jubón, y se encerró en su oficina.

LA FILA DE personas que esperaban en la catedral para dar el pésame a Joana parecía interminable. Unos pasos detrás de la baronesa, Núria aguardaba con los pies fríos. Intentaba centrar su atención en las cristaleras de colores para evitar mirar el cuerpo del barón en el ataúd abierto, con la piel gris y flácida. No había sentido ninguna simpatía por aquel hombre, pero se preguntaba si estaría vivo si ella se hubiera negado a preparar el sedante por segunda vez. Nunca lo sabría, pues ya no confiaría en nada que Joana le dijera. Deseó no haber aprendido nunca a preparar aquel sedante, ni tampoco muchas de las recetas del Legado que solo podían acarrear problemas. Quizá un libro así no debería existir.

Los oficiales del rey entraron en la catedral. Núria los había visto en

el palacio varias veces, rondando por los salones y haciendo preguntas. Ella los evitaba a toda costa, pues sabía que, si la interrogaban, no sería capaz de disimular.

La voz del doctor Astruch la sacó de su ensimismamiento. El médico besó la mano de Joana e hizo una reverencia.

—Mis condolencias por la pérdida, baronesa.

Guim era el siguiente en la fila. Apenas miró a Joana, sino que mantuvo los ojos fijos en Núria. Su expresión era dura y grave, muy distinta de la que ella conocía. Después de inclinarse ante la baronesa, señaló una puerta lateral con un gesto y Núria lo siguió.

—Ven, necesito saber qué ha pasado —dijo él mientras salían de la catedral.

Descendieron las escaleras de un callejón estrecho y se detuvieron bajo el arco de una casa en la que estaban reparando el tejado. Se encararon uno frente al otro y ninguno sonrió.

—El doctor piensa que el barón ha sido envenenado —dijo Guim—. Y yo también lo creo. Con belladona.

Núria suspiró y se miró los pies. Sentía el ruido de los mazos de los obreros sobre la cabeza, como si, en vez de las vigas de madera, fuera ella la que recibiera los martillazos.

—Cuando te encontré en el silo estabas machacando plantas de belladona —continuó—. ¿Me vas a explicar qué ha pasado?

—Estaba preparando un sedante que me pidió la baronesa, para el barón.

—¿Un sedante? No tiene sentido. ¿Por qué querría el barón un sedante? Le pidió al doctor un reconstituyente para sentirse más despierto.

—El barón no sabía que lo tomaba. Joana se lo daba a escondidas.

—¿Por qué?

Núria lo miró a los ojos, que habían perdido el brillo ámbar habitual. La única opción posible era contarle toda la verdad.

—El barón no trataba bien a su esposa. Ella dijo que no soportaba que fuera a su cama cada noche porque le hacía daño. Yo le veía los moratones cuando la ayudaba a vestirse, y ella me dijo que algunas mañanas pensaba en suicidarse. Y le propuse que usara un sedante de tanto en tanto.

—Así que la baronesa estaba sedando a su marido noche tras noche…, por eso se sentía débil y enfermo por las mañanas. ¡Tú lo sabías y no dijiste nada!

—Al principio no sabía que estaba abusando del sedante. La dosis que le recomendé debía servir para calmarlo sin otros efectos negativos. Cuando me di cuenta, le advertí que la belladona es una planta peligrosa, pero no me hizo caso.

—¿Y por qué te lo pidió a ti? ¿Cómo sabía ella que conoces ese tipo

de plantas?

—Se lo conté. Le ofrecí mi ayuda por lástima y también para conservar mi trabajo, para que no me sustituyera por otra doncella con más experiencia.

—Entonces, tú le propusiste que le diera belladona a escondidas, que drogara a su marido en vez de buscar otra solución, y solo para conservar un trabajo que detestas… La baronesa podría haber acudido a su familia o haber pedido ayuda a un capellán, incluso podría haber huido… ¡Y en vez de eso ha matado a un miembro de la nobleza! Por darle el sedante eres en parte responsable de la muerte del barón, ¿no te das cuenta, Núria?

Hablaba con dureza. Ella empezó a ver borrosos sus pies a causa de las lágrimas.

—¡Es injusto que me digas eso! No era mi intención hacer daño a nadie, por eso intenté convencerla de que dejara de usarlo. Ella me ordenó preparar más, y no podía desobedecerla sin esperar represalias.

—Podrías haberte marchado sin más. ¿Por qué te arriesgaste a participar en algo tan turbio?

—Una decisión así no es fácil, me habría quedado en la calle de un día para otro…

Núria sollozó. Guim no la entendía, ni siquiera hacía el esfuerzo. Se apartaron para dejar pasar a dos niños cargados de piedras y escombros.

—¿Conoces las consecuencias que podría acarrear esto para ti? Hace dos días el alguacil vino a casa del doctor…

—Por favor, habla con él y convéncelo de que guarde silencio. Joana dice que los familiares del barón no investigarán. Nadie saldrá beneficiado si levanta sospechas.

—¿Cómo puedes pedirme que encubra esto? Si alguien llega a averiguarlo… Te sigues arriesgando por proteger a una mujer que te ha mentido y manipulado, y que no ha dudado en tomarse la justicia por su mano.

—Si la castigan a ella, también me condenarán a mí. ¿Es eso lo que quieres?

—Ya no sé qué quiero. —Guim hizo una pausa y suspiró con amargura—. El doctor no tiene intención de revelar sus sospechas si no le preguntan. Pero ya no sé quién eres, Núria. Al principio no pensé mal de tu libro extraño, creí que no eras ese tipo de curanderas que prepara recetas para manipular a los demás. Me equivoqué.

—¡No tenía otra opción!

—Sí la tenías. Podrías haberte marchado de vuelta a Melers. ¿Qué te retenía? ¿Ha merecido la pena meterte en esto?

Ella respiró hondo. Miró a Guim unos instantes, entre el polvo y el sonido de los martillos y los serruchos.

—Me quedé en Girona por ti. Y no, no ha merecido la pena. Debería haberme ido hace muchos meses con Sança, para ganarme la vida siendo ese tipo de curandera que tanto te disgusta.

Núria salió del callejón sin mirar atrás.

Capítulo 21

JOANA CONTEMPLABA LA calle a través de la ventana del salón, empañada de humedad, de espaldas a su madre y su hermano, ambos vestidos de terciopelo negro. Núria depositó la bandeja de dulces en la mesilla frente a los sillones que ocupaban los familiares de la baronesa. Flexionó las rodillas en una breve reverencia y se apartó a un rincón de la sala. Mantuvo la cabeza baja para ocultar los ojos, enrojecidos de llorar.

Contaba las horas para marcharse de allí. Ya nada la retenía en Girona y a cada minuto que pasaba se arriesgaba a que la involucraran en la muerte del barón. Esperaba encontrar pronto el momento para pedirle a Joana el salario que le debía. No era mucho, ya que, según lo que su tío había acordado por ella meses atrás, la alimentación de *Neulit* se llevaba la mayor parte de su jornal. Pero no sabía cuándo volvería a tener ingresos y necesitaba dinero, por poco que fuera.

—No pienso casarme otra vez, madre —dijo la baronesa, de pie, con los brazos cruzados y el velo de luto echado hacia atrás a modo de mantilla.

—No digas tonterías. —La madre de Joana cogió un pastelito y lo sostuvo delante de su gorguera rígida y recargada—. ¿Qué ibas a hacer, si no? No te has quedado embarazada en todos estos meses, no tenemos derecho a heredar nada. Te conseguiremos otro marido.

—Ingresaré en un monasterio. Pasaré el resto de mi vida como religiosa.

—Es normal que ahora estés disgustada —intervino el hermano—. Puedes guardar luto unos meses en un monasterio, aunque empezaremos cuanto antes las negociaciones de un nuevo matrimonio. No serás joven para siempre.

Joana se volvió y se enfrentó a ellos con los puños en las caderas.

—Ya he cumplido con mi deber: me casé una vez, como me ordenaste. Se acabó. Me retiraré a un monasterio y no volveré a casarme.

La madre resopló con desaprobación; el hermano se puso en pie y paseó por la sala con la mano apoyada en la empuñadura de su estilete.

—No te entiendo, hija. ¿De verdad prefieres encerrarte con las

monjas en lugar de formar una familia?

—Sí, lo prefiero mil veces.

—Te arrepentirías después de unos años, te lo asegura alguien que ha sido madre.

—Estoy convencida de que seré más feliz…

—En realidad, da igual lo que prefieras —interrumpió el hermano—. Tras la muerte de nuestro padre, me corresponde a mí decidir qué le conviene a la familia. En estos momentos necesitamos formar alianzas. Como monja, no nos sirves.

—¿Eso soy para ti? ¿Una mercancía al servicio de tus intereses? —replicó Joana, encolerizada.

—Ya empezamos con el discursito dramático.

—No te importo lo más mínimo, ¿verdad? ¡No pienso aguantar otro marido viejo y bruto que me trate como a una yegua!

—¿Tan grave es ser la esposa de un noble rico? —El hermano elevó el tono de voz—. Sin pasar hambre ni frío, ni tener que trabajar. ¡Las mujeres os quejáis por gusto! Me gustaría verte en mi lugar y que sufrieras las batallas y las contiendas, metida en el barro hasta las cejas, cubierta de sangre, en pleno invierno.

Joana levantó la barbilla, desafiante.

—No pretendo que me entendáis. Pero si me prometéis con otro viejo, acabaré con mi vida antes de la boda.

—¡Joana! ¿Cómo dices eso? —chilló la madre antes de santiguarse.

—¡Lo haré! Lo juro.

—¡Estás loca! En un manicomio es donde te tendríamos que encerrar en vez de en un monasterio —dijo el hermano.

—¡Pues encerradme en un manicomio! —gritó Joana. Se acercó con violencia a su hermano con los brazos extendidos—. ¿Queréis que me haga pasar por loca? ¡Porque lo haré! Mejor eso que otro matrimonio.

—¡Basta ya, hija!

—¡Loca por vuestra culpa!

De repente, agarró un jarrón y lo estrelló a los pies de su hermano. Este dio un salto hacia atrás y esquivó los pedazos de cerámica. Entonces, la baronesa fue hacia la chimenea, cogió un atizador de hierro y lo estrelló contra la ventana.

—¿Y qué si estoy loca? ¡Mejor loca que desgraciada! —gritó hacia la calle.

Los cristales rotos de la ventana habían caído a la calzada y se empezó a formar un grupo de curiosos frente al palacio.

—¡Sácala de ahí! —exclamó la madre.

El hermano se acercó a Joana, la agarró de la cintura y la alejó de la ventana a la fuerza. Ella forcejeó, se retorció y gruñó como un hurón rabioso. Núria se apretó contra la pared, con la esperanza de hundirse entre los tapices y desaparecer.

Tras unos segundos, ambos hermanos se separaron.

—Qué vergüenza, hija, qué vergüenza —dijo la madre—. Mira lo que tenemos que sufrir por tus caprichos. Ningún marido te va a querer.

Joana se detuvo desafiante ante su hermano, con los pies separados y los puños apretados. Parecía dispuesta a seguir peleando hasta salirse con la suya.

—Me tiraré del campanario de la catedral. Y lo haré en domingo, delante de todos. ¡Para que os avergoncéis durante el resto de vuestra miserable vida!

El hermano negó con la cabeza.

—No tienes remedio, Joana.

Núria se desplazó de lado hacia la puerta del salón con la espalda pegada a los tapices. Joana estaba llamando demasiado la atención y el alguacil podía aparecer en cualquier momento. No le convenía que la encontraran allí.

REGRESÓ AL PALACIO al atardecer después de dar un paseo por el bosque con *Neulit* y buscó a Joana con la determinación de conseguir su dinero, tanto si la encontraba llorando como en mitad de otro ataque de ira.

Tras dar unos golpecitos en el marco de la puerta, entró en los aposentos de la baronesa y lo encontró todo patas arriba: montañas de ropa arrugada en el suelo, arcones abiertos y desordenados, cajones y joyeros volcados sobre la cama. La mujer estaba inclinada sobre uno de los montones de vestidos. Núria carraspeó y Joana se incorporó.

—Qué bien que hayas llegado. Ayúdame con esto.

Le sonrió. Aún tenía el peinado deshecho y el vestido rasgado por la trifulca con su hermano. Seleccionó dos vestidos, los metió en uno de los arcones y anotó unas palabras en una hoja de papel.

—Siento que hayas tenido que presenciar lo de esta tarde —continuó—. Ya ves cómo es mi familia. No creía que fuera capaz de enfrentarme a ellos, y lo he hecho. Y ahora me pregunto por qué no lo he intentado antes. Los últimos días he encontrado una valentía que no sabía que tenía. Nosotras mismas somos las primeras en ponernos trabas, ¿sabes? Pero una vez que te atreves… Me siento más viva que nunca.

Joana parecía feliz, como si no hubiera sucedido nada en los últimos días. Núria se preguntó por enésima vez si realmente se había excedido con el sedante por accidente o había sido intencionado.

—Baronesa…

—Ya no soy baronesa, ahora soy simplemente Joana. Sor Joana en

unos días. —Su sonrisa se ensanchó.

—Joana… me voy. Ahora mismo. Necesito el jornal que se me debe de las últimas semanas.

La mujer se detuvo a medio camino de uno de los arcones.

—Lo entiendo. Por supuesto que te pagaré lo que te debo.

Se asomó al corredor y gritó el nombre del mayordomo como una pescadera en un mercado. El hombre acudió cojeando y desde la puerta miró la habitación con expresión atónita. Joana le ordenó que le trajera el dinero de Núria.

—Me entristece que te hayas quedado sin trabajo. Te regalaré una cosa, por todos los favores que me has hecho estos meses. —Rebuscó entre la maraña de ropa y estiró de una manga verde hasta liberar el vestido de las hojas de hiedra—. Sé que es el que más te gusta. La falda no es muy amplia y lo puedes llevar sin enagua, con una camisa debajo. Y, si necesitas dinero, puedes venderlo.

Le lanzó el vestido y Núria lo atrapó al vuelo.

—¿Así que iréis a un monasterio?

—Sí, en dos días estaré en el monasterio de Pedralbes. Tengo una amiga allí; se hizo monja poco después de que me casaran con el barón. Nosotras nos queríamos de una forma… especial, ¿sabes? Nada me hace más feliz que reunirme con ella. Mi familia no va a ofrecer dote por mi ingreso en el monasterio, pero con todos los vestidos y las joyas será suficiente. Estoy anotando el inventario para que calculen su valor. Y, además —le sonrió con malicia y bajó el tono de voz—, sé dónde guardaba el barón algunos florines de oro.

Núria dobló el vestido verde sobre el brazo y dirigió la mirada hacia el corredor, preguntándose si el mayordomo tardaría mucho en volver con el dinero. Joana le sonrió, y al ver que ella no le correspondía, se puso seria.

—¿Has llorado, Núria? Puedes contarme qué te pasa, quizá pueda ayudarte. Durante estos meses no he sabido agradecerte lo que has hecho por mí, estaba metida en un pozo de tristeza. No quiero que nos despidamos enfadadas.

Núria la miró con incredulidad. ¿Cómo quería que no estuviera enfadada?

—Lo que ha sucedido estos días ha acabado mal para mí —respondió sin disimular su resentimiento. Joana ya no era baronesa, ella ya no estaba a su servicio y necesitaba desahogarse—. Has conseguido lo que querías sin pensar en las consecuencias para los demás. ¡Podrían haberme condenado!

—Pero nadie ha sospechado de nosotras… ¿Qué es lo que ha ido mal para ti? —preguntó Joana, sin corregirla porque la tratara con tanta familiaridad.

—Pues todo. Desde que llegué a Girona todo ha ido mal. Primero mi

tía me echó de casa por un libro, y… —se le atragantaron las palabras— Guim, el aprendiz del médico. Lo he perdido por tu culpa.

—Así que has hablado con tu amigo… ¿El médico sospecha algo?

—Sí, lo sabe. Aunque no lo revelará a no ser que los oficiales le pregunten.

—El alguacil no interrogará a nadie más. Han cerrado el asunto de la sucesión esta misma tarde. —Joana se acercó y bajó la voz—. Estaremos a salvo, pero siento que hayas perdido a tu amigo. Me acuerdo de lo feliz que eras los domingos cuando ibas a verlo.

—Pues ahora él piensa que soy una especie de bruja que usa las plantas en beneficio propio y que no me importa perjudicar a la gente. Yo empiezo a creerlo también. No debí preparar el sedante; jamás volveré a elaborar ese tipo de remedios.

—Pero no fue culpa tuya. ¿Se lo has dicho? Yo te lo ordené y tú intentaste impedirlo. —Núria asintió y Joana chasqueó la lengua—. Las personas que no te comprenden no merecen la pena. Eres muy joven, no dejes que nadie te diga cómo tienes que vivir. ¿Qué es lo que quieres tú? Ahora tienes la oportunidad de ir tras ello.

—Lo único que quiero es tener una vida normal, sin ser juzgada constantemente.

—No digas eso. Estos meses he llegado a conocerte, al menos un poco, y sé que tú no eres así. Hay algo que deseas de verdad. ¿Qué te impide conseguirlo? Hoy me he enfrentado a mi familia porque eran ellos quienes lo impedían, y he conseguido hacerlo realidad.

Joana hablaba con serenidad. En medio del desorden de su habitación, con el vestido roto y el peinado deshecho, parecía más cuerda que nunca.

—Mi caso es diferente. El mundo entero piensa mal de las que usamos las plantas medicinales. No puedo enfrentarme al mundo, solo puedo esconderme o huir.

—No tiene por qué. Hay mujeres que se dedican a eso y son reconocidas. Mira, te enseñaré una cosa. —Revolvió entre los papeles desperdigados encima de su cama—. Las monjas curan a los enfermos sin depender de médicos ni boticarios, ¿lo sabías? Mi amiga me escribió sobre la botica del monasterio. —Desdobló las cartas desgastadas que leía cada mañana hasta hallar la que buscaba—. Aquí está.

Le mostró la carta y señaló uno de los párrafos. Núria lo leyó en silencio:

> Sor Larisa me ha dado unas hierbas para la añoranza y me han sentado bien. Me gustó ver la botica. Hay estanterías llenas de frascos de cristal y botes de cerámica hasta el techo. La boticaria ha sido amable conmigo y me ha dicho que acuda a ella siempre que lo necesite.

—¿Te gustaría verlo por ti misma? —preguntó Joana—. Si no tienes adónde ir, acompáñame y quizá consiga que te den algún trabajo para que conozcas a sor Larisa. Así intentaría compensarte por el daño que te he hecho. No puedo prometer nada, pero, por lo que he oído, algunas sirvientas viven a las afueras del monasterio y entran cada día a trabajar.

—No sabía que las monjas tuvieran criadas.

—No todas, aunque estas sí. En el monasterio de Pedralbes ingresan muchas mujeres de familia noble.

—¿Dónde está?

—Cerca de Barcelona.

El mayordomo entró en la habitación y le dio a Núria unas monedas. Hizo una breve reverencia y salió.

—Tengo que pensarlo —dijo antes de guardárselas en el bolsillo.

—De acuerdo. Partiré mañana al mediodía, espero que al menos vengas a despedirte.

Núria asintió y se encaminó hacia la puerta. No confiaba en ella, aún la consideraba una mujer manipuladora e impredecible. Tampoco la entusiasmaba la idea de seguir trabajando de sirvienta. Sin embargo, no tenía a dónde ir y no quería resignarse a regresar a Melers tan pronto. «¿Qué más da un rumbo que otro?», pensó. Aunque lo veía como una posibilidad remota, en el monasterio podría aprender de una monja boticaria, una sanadora del todo distinta a Adaleda que quizá reflejaba el tipo de curandera que quería ser.

Giró sobre sus talones antes de alcanzar el corredor.

—Joana, iré contigo.

GUIM AMINORÓ EL paso frente al palacio del barón. Era la primera vez que pasaba por allí desde su discusión con Núria, tres días atrás. Se introdujo en un callejón perpendicular a la calle Ciutadans para rodearlo y se detuvo frente a la verja del patio trasero. El caserón tenía el aspecto habitual y se intuía la actividad propia de una mañana corriente.

Se cambió de mano el garrafón de aguardiente que le había encargado el doctor y flexionó los dedos entumecidos por el peso. No tenía intención de hablar con Núria, pues aún seguía disgustado por lo que había descubierto, pero tenía curiosidad por saber qué había sido de ella. Esperaba que nadie hubiera indagado sobre la muerte del barón.

Al otro lado del jardín, junto a los establos, apareció una sirvienta

con cofia y delantal que se dirigía resuelta a las cocinas. A Guim se le aceleró el corazón cuando la vio, pero enseguida se dio cuenta de que no era Núria. Ella tenía una forma de caminar distinta, más grácil.

Guim dejó el garrafón en el suelo y se agarró a la verja. ¿A quién quería engañar? No era simple curiosidad lo que sentía: estaba preocupado por Núria y no dejaría de pensar en ella hasta que averiguara qué había pasado.

—Hola, disculpa. —Guim hizo señas a través de los barrotes. La sirvienta se detuvo y lo miró desde la distancia. La conocía de otras veces: era la ayudante de la cocinera—. ¿Núria sigue trabajando aquí?

—No, se marchó ayer con la baronesa.

—¿Adónde?

—A un monasterio que está en Barcelona.

—¿Sabes cómo se llama?

—Es lo único que sé. Lo siento.

Guim apoyó la cabeza en un barrote de hierro y dejó que el frío del metal le calara en la frente. Núria se había ido sin despedirse. Y no le extrañó, después de lo que él le había dicho en el callejón. Sin embargo, le sorprendió que se hubiera marchado con la baronesa. Otro misterio que se añadía a los enigmas sin respuesta sobre Núria.

Cogió de nuevo el garrafón y siguió su camino. No creía que la casualidad lo llevara a encontrarse con ella nunca más. Intentó convencerse de que era mejor así, pues debía centrarse en su trabajo. Solo así sería médico algún día.

EN MELERS, FELIU abarcó la amplitud de su huerto con un movimiento del brazo. Quería mostrárselo al padre Alfonso antes de que se marchara.

—Aquí es. ¿Ves qué grandes se han hecho las coles este año? Y los puerros están casi a punto.

Alfonso no parecía impresionado, aunque asintió con cortesía. En realidad, el huerto no tenía nada de especial, pero para Feliu representaba todo un logro: tras años de fracasos y hortalizas enclenques, al fin había aprendido a cultivar en las montañas. La clave estaba en orientar los surcos del arado de forma que las plantas recibieran el máximo de horas de sol, y así se lo explicó al tesorero.

Regresaron al establo y Alfonso retomó la conversación sobre monturas y carromatos que Feliu había interrumpido con la visita al huerto. Lo ayudó a ensillar el caballo.

—Con este tiempo tan frío me obligan a montar, mientras en las cocheras del obispo hay dos carros ahí parados. Este arcediano que tenemos piensa con los pies —se quejó Alfonso por tercera vez.

—Por suerte tendrás sol durante el viaje. Espero que vuelvas pronto a visitarme, ha sido un placer acogerte como huésped.

Feliu lo decía con sinceridad. Habían pasado dos veladas muy agradables charlando y comiendo frente a la chimenea. Se sentía afortunado por haberse librado de Climent y su obsesión por los herejes de Melers. En cambio, Alfonso no había indagado demasiado: tan solo había hablado unos minutos con Elisa y había quedado satisfecho.

—Lo mismo digo, lo mismo digo. Una lástima no haber coincidido con el padre Jeroni —dijo Alfonso, preparándose para montar. Feliu le sostuvo el estribo y lo agarró del codo.

—Sí. Me preocupa que ayer no lo encontráramos en casa y que hoy no se haya presentado al almuerzo. Iré a Dorres esta misma tarde.

Se despidieron en la plaza y Feliu regresó a su hogar. Raquel estaba en la cocina, de espaldas a él, fregando los platos. Se acercó y la observó unos instantes. Una de las mangas de la camisa se le había resbalado hasta la muñeca y corría el riesgo de mojarse con el agua sucia.

—Espera, deja que te ayude —dijo Feliu. Le dobló la manga sobre el codo—. Debes de estar cansada, vete a casa. Has trabajado mucho los últimos días.

—No, estoy bien, puedo acabar esto. Espero que el padre Alfonso haya quedado complacido con la comida.

—Estaba todo delicioso.

Raquel le sonrió. Había dejado de restregar los platos y lo miraba con los dedos sumergidos en la palangana. Feliu no recordaba que hubieran estado nunca así de cerca el uno del otro. Retrocedió un paso y se aclaró la garganta.

—Saldré hacia Dorres, quiero asegurarme de que Jeroni está bien.

—Quizá solo le apetezca estar tranquilo. Debe añorar mucho a Laura.

—Ojalá sea solo eso.

El ama de llaves de Jeroni había fallecido el mes anterior y desde entonces él rehuía la compañía de los demás. Y Feliu no se quedaría tranquilo hasta que lo viera en persona, aunque fuera unos minutos.

Partió enseguida y cabalgó sin prisa hacia Dorres. Disfrutó del sol templado, del aire limpio y fresco y de las vistas de las montañas nevadas. Antes de divisar la aldea, le llegó el olor a humo de los hogares en la última curva del camino. Descabalgó frente a la casa de Jeroni y dejó a la mula suelta en la plaza. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó. Nada.

Se acercó a la única ventana con cristal e hizo visera con las manos para ver el interior. La chimenea de la sala de estar estaba apagada. No tenía otra opción que entrar y buscar en las habitaciones.

La puerta principal cedió con un chirrido. La casa estaba desordenada y había restos de comida en la cocina. Tras revisar el resto de las estancias, se dirigió hacia el dormitorio. Empujó la puerta lentamente; también estaba vacío.

Pensó entonces que Jeroni quizá se habría recogido en la iglesia para orar, y encontró fácilmente la llave en un gancho de la pared del salón. Mientras subía la escalinata de la iglesia, entrevió una figura en el cementerio. Se apresuró a rodear el edificio y reconoció la espalda encorvada del anciano entre las tumbas. Casi se le doblaron las rodillas del alivio.

—Padre Jeroni, me tenías preocupado.

El hombre le echó un vistazo desde debajo de su capucha. Luego volvió a fijar la mirada en la lápida de Laura.

—Te hemos echado en falta durante la comida de hoy. ¿Estás bien?

—Sí, quería estar solo para reflexionar.

Feliu le apoyó una mano en el hombro.

—¿No te sentirías mejor en compañía? ¿En qué piensas?

—En los sinsentidos de la existencia. —Suspiró. Su voz sonaba ronca y envejecida—. Míranos a ti y a mí. Llevamos la misma sotana que nos pusieron de niños y que ha gobernado nuestra vida entera como el peor de los tiranos. Y no somos los únicos: también el sayo del campesino, la armadura del caballero, el delantal del artesano. De pequeños, cuando aún no entendemos nada, nos enfundan el uniforme que nos corresponde. Y con el paso de los años esa ropa se endurece, nos limita, nos impide movernos. Llega un momento en que ya no hace falta que nos recuerden qué podemos hacer y qué no. Lo tenemos tan incrustado sobre la piel y en la cabeza que parece que hayamos olvidado lo demás.

Feliu frotó con la manga la escarcha de la lápida de mármol. La mayoría de las familias enterraban a los suyos bajo una simple cruz de madera o un trozo de granito grabado. Jeroni debía de haberse gastado una buena suma de dinero.

—La lápida ha quedado muy hermosa. Laura estará agradecida si la ve desde el cielo —dijo Feliu, más por llenar el silencio que por aportar algo.

—Me pregunto si ella hubiera sido más feliz de otra manera. Su compañía durante todos estos años ha sido… Me he sentido afortunado. Pero siempre a medias, siempre con miedo y a escondidas. ¿Y para qué? Quizá ella hubiera preferido tener una familia a estar conmigo, aunque nunca lo dijo. Yo tampoco se lo pregunté, por miedo a la respuesta. —Jeroni sollozó. Se cubrió la cara con una mano y se encorvó aún más sobre la tumba mientras los hombros temblaban con leves sacudidas—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Para qué seguir adelante sin ella?

Feliu no encontró palabras de consuelo. Tras unos minutos, el hombre se enderezó y se pasó el dorso de la mano bajo la nariz.

—Venga, ayer me trajeron un tonel de vino. Vamos a mi casa a beber.

Feliu buscó alguna frase que decir para deshacer el nudo que le apretaba la garganta.

—Dicen que el vino de este año es bueno, por la sequía del verano anterior.

—Lo comprobaremos —respondió Jeroni.

Caminó tras su viejo amigo bajo la puesta de sol. Su sombra seguía a la de Jeroni, dibujada sobre la nieve y saltando de tumba en tumba. Se preguntó si no estaría viendo su propio futuro, si la vida no dibujaría caminos parecidos con cuatro décadas de diferencia, de igual modo que sus dos siluetas recorrían los mismos relieves, altibajos y recovecos, una sombra detrás de la otra.

Se preguntó si estaba condenado al arrepentimiento de Jeroni, a las mismas dudas en la vejez. Quizá su relación con Laura había empezado con una situación similar a la suya, cuando eran jóvenes. Pero no se planteó preguntarle ni pedirle consejo. ¿Cómo iba a hablar de Raquel en voz alta, si ni siquiera se atrevía a pensar en ella de esa forma? Cada vez que aparecía un pensamiento poco apropiado se lo sacudía de encima rápidamente, no fuera que alguien pudiera adivinarlo en su mirada.

El miedo a actuar siempre sería más fuerte que el miedo a no hacer nada. Y así continuaría el asunto, sin sentido y sin solución. Tan solo un cambio repentino, un terremoto que pusiera su vida patas arriba, lo forzaría a reaccionar.

Cuarta parte

AGOSTO 1528 - FEBRERO 1529

Adonis de primavera

Hierba vivaz con flores amarillas que reflejan los rayos del sol de primavera. Sale al encuentro de aquellos que recorren con melancolía los pastos y los prados alpinos. Administrada en tisana, lima la desconfianza y crea lazos de apego hacia la persona estimada, que permanecerá en la memoria hasta la posteridad.

Capítulo 22

Agosto de 1528

«REGRESAR AL HOGAR de la infancia no es tan gratificante como dicen», pensó Climent cuando los primeros viñedos aparecieron por la ventanilla del carruaje. El camino apenas había cambiado desde que lo recorrió por última vez en sentido contrario, doce años atrás, para ingresar como novicio al servicio del obispo. Reconoció las posadas y las masías, los muros que bordeaban los campos. Incluso le pareció reconocer a los campesinos que segaban el cereal, pues debían de ser los mismos que se inclinaban ante su familia cuando él era niño. También recordaba las moscas gordas y molestas, que no tardaron en introducirse en el carruaje por la ventana abierta. Las espantó de un manotazo.

Pasaron de largo el desvío que deberían haber tomado si su hermano no mostrara tantas ansias de grandeza, y que llevaba a Eroles, su pueblo natal y el emplazamiento del castillo de la familia. En vez de eso, continuaron por el camino principal hacia Tremp, una población mucho mayor donde habían construido la nueva vivienda. Según las cartas que le escribía su madre, se trataba de un palacio moderno y señorial, digno de la posición acomodada de la familia. Según lo que Climent había oído de otras fuentes, era una casa grande de tres plantas y ocho estancias que apenas podían costear, y que respondía a las pretensiones de una familia poco relevante con un título nobiliario menor.

En apenas una hora lo comprobaría por sí mismo. No por gusto, sino por necesidad. Siempre había buscado excusas para no regresar al hogar de su familia, pero esa vez no tenía elección.

Climent había decidido unos meses atrás que el nuevo retablo para la catedral era prioritario en sus planes, pues sería su presentación ante el arzobispo. Mediante sus contactos entre el clero y algún soborno a secretarios y sirvientes, había averiguado que el arzobispo, en el pasado, había elogiado un retablo tallado por el maestro Matías Siscart. Luego había removido cielo y tierra para encontrar al maestro, y lo había contratado prometiéndole unos honorarios que no tenía.

Entonces empezó la parte ardua del trabajo: conseguir donativos para realizar su plan. En las últimas semanas, había soportado a

viudas lloronas y quejicas, mercaderes altivos que lo trataban como a un igual, viejas bigotudas que se empeñaban en tocarlo e incluso besarle la mano. Y él lo había aguantado con una sonrisa. Sin embargo, no había reunido suficiente dinero y se le acababa el tiempo. Había visitado a todas las familias pudientes de la diócesis de Urgell, pero aún le faltaba una cantidad considerable. Necesitaba una donación generosa por parte de un noble con mucha vanidad y un agujero en la mano. Su hermano era la víctima perfecta.

Se apeó del carruaje y Jaume no tardó en aparecer en la puerta principal. Aunque habían nacido el mismo día, no se parecían más entre ellos que dos hermanos ordinarios. Su madre solía decir que tenían la misma nariz aguileña y el mismo porte delgado, y otras tonterías de esas que dicen las madres, pero la verdad es que eran dos hombres muy distintos. Lo había visto por última vez en La Seu cuando lo nombraron arcediano y constató que había engordado desde entonces.

—¡Climent! Ya era hora de que nos visitaras. —Jaume extendió los brazos en un gesto de bienvenida que, de pasada, dejaba bien visible la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello. Climent respondió con una sonrisa estoica muy bien ensayada. Se abrazaron brevemente—. ¿Se te ha hecho largo el viaje?

—No, la verdad es que el obispo me ha cedido su carruaje y es muy confortable.

—Pues a ver si la próxima vez no tardas tantos años en venir.

Lo acompañó al recibidor, donde esperaban alineados los criados de la casa. Jaume le daba golpecitos en el omóplato mientras adulaba su propio hogar, unos golpecitos que le decían: «Mira todo lo que poseo sin haberme esforzado por conseguirlo».

Tras los saludos de rigor y un breve descanso en la habitación de invitados, Climent se dirigió al salón principal para cenar junto al resto de la familia. Tenía bien pensada la estrategia: a lo largo de los tres días de su visita, iría introduciendo la idea de la donación antes de pedirla formalmente.

—Tienes un palacio muy acogedor, Jaume. Te felicito —dijo tras limpiarse los labios con la servilleta—. ¿Habéis mostrado la casa a los condes del Pallars?

—La condesa nos visitó en octubre —se apresuró a responder su madre.

—Sí, solo una vez —admitió Jaume—. Aunque parezca extraño, no solemos recibir demasiadas visitas de los habitantes de Tremp. En cambio, las familias que antes eran vecinas nuestras en Eroles vienen a menudo, les encanta acercarse por aquí. Y Celia siempre tiene la casa impecable, por si alguien aparece de improviso.

Celia sonrió con modestia.

—Deberías ofrecer una fiesta para dar a conocer la nueva residencia —dijo Climent—. Quizá para celebrar alguna obra de caridad o una donación piadosa. Eso siempre genera simpatías.

—Queríamos organizar una para celebrar el nacimiento del primogénito de Jaume, pero parece que no llega —soltó su madre con tono de dardo envenenado. Por el momento, Celia había alumbrado a dos hijas, la segunda hacía tan solo un par de meses.

—Bueno, todo llegará a su tiempo —dijo Jaume.

—Mientras tanto considera mi consejo —insistió Climent—. Como arcediano, recibo con regularidad a la alta nobleza de la diócesis y conozco bien lo que les agrada y lo que les preocupa.

—¿Acuden a usted para confesarse? —preguntó Celia con timidez.

—Para confesarse y para conversaciones más informales. Les aconsejo sobre temas familiares, de negocios y de reputación. Y de asuntos espirituales, por supuesto. Se me considera una persona versada en la batalla contra la herejía.

—Parece que tu nueva ocupación te viene hecha a medida, Climent —dijo su hermano—. Cuando eras pequeño te encantaba soltar consejos a los demás, aunque entonces nadie te tomaba demasiado en serio, ¿verdad?

—Uy, sí —intervino su madre con una mueca divertida—. Celia, deberías haberlo visto. Imagina a un niño de seis o siete años que anda diciendo a hombres hechos y derechos cómo deben hacer su trabajo. Recuerdo que el maestro carpintero tenía un aprendiz dedicado a mantener a Climent a raya, y que solía decir —imitó una voz grave—: «Ya está aquí el señorito pedante. Hasta que no se te vean los pelillos en el bigote nadie te escuchará, hijo».

Él puso los ojos en blanco. Su madre era especialista en avergonzarlo con ese tipo de historias.

—Pues una vez tuve razón y ocurrió un desastre porque nadie me hizo caso —replicó sin lograr ocultar su resentimiento—. Avisé al carpintero de que el eje del molino de agua que estaban reparando no aguantaría el peso de las aspas, y acabó por romperse. Los trozos de madera obstruyeron el canal y se inundaron los huertos.

—Y otra vez, cuando tenía unos diez años —continuó su madre como si no lo hubiera escuchado—, recibimos la visita de la tía de la condesa, que resulta que es un poco calva. ¿Puedes creer que el niño se le acerca y le dice cómo tiene que peinarse para que no se le note la falta de pelo? Yo no sabía dónde meterme de la vergüenza que pasé.

Celia sonrió a su suegra y su hermano soltó una risilla. Climent solía evitar a su familia precisamente por ese tipo de situaciones. Su párpado derecho empezó a temblar; hacía meses que sufría de tanto en tanto esos tics impertinentes y molestos. Pensó que aquella noche no iba a conseguir nada de provecho respecto a la donación y se

levantó antes de que su madre contara más historias ridículas de su infancia.

—Estoy cansado del viaje. Si me disculpáis, me retiraré a mi habitación.

—¿No te habrás molestado por las anécdotas de mamá? —le preguntó Jaume—. Aún quedan los dulces, ¿no quieres probarlos?

—Yo como con moderación, no me hacen falta dulces.

De camino a su habitación, cerró con fuerza los ojos varias veces para detener los temblores. En el pasillo se cruzó con una sirvienta anciana, que vio sus muecas y respondió colocándose dos dedos extendidos delante de la cara, un gesto que solían usar los supersticiosos para protegerse del mal de ojo.

«¡Lo que faltaba! —pensó—, ¿ahora me tienen por alguien que va por ahí repartiendo embrujos? En esta casa de locos nadie me respetará nunca.»

LOS TRES DÍAS en casa de su hermano pasaron a trompicones, entre conversaciones banales que lo aburrían en extremo y comentarios de su madre llenos de malicia que lo sacaban de quicio. La última tarde encontró un momento a solas con Jaume, cuando este lo invitó a ver las bodegas. Climent agradeció el ambiente fresco del sótano, al resguardo del sol de agosto.

—El obispo me ha encargado un nuevo retablo para la catedral, espero que vengáis a la Seu cuando el arzobispo lo consagre. Será un oficio importante.

—Sí, claro. A Celia le gusta ir de vez en cuando, tiene dos primas allí. —Jaume sacó un tapón de corcho de la base de un gran tonel y llenó dos vasos, derramando una buena cantidad de vino por el suelo.

—Las mejores familias de la diócesis han hecho donativos para el retablo y el mismísimo obispo les dedicará un agradecimiento especial. ¿No te gustaría sumarte?

—Te he oído mencionar las donaciones varias veces estos días. ¿Necesitáis dinero para acabar el retablo? —Jaume le tendió un vaso —. Ten, pruébalo. El vino lleva aquí dos años y sigue igual de bueno, o incluso mejor. Este sótano fresco y seco es ideal para almacenarlo.

Climent sorbió del vaso sin prestar atención a la bebida. No pensaba admitir ante su hermano que le faltaba dinero, quizá había sido demasiado insistente.

—Es un buen tinto, sí. Y no es que necesitemos dinero, la diócesis tiene sus propios recursos. Pero la donación puede ser ventajosa para la reputación de la familia.

Jaume acabó su vino de un trago. Luego se encogió de hombros.

—Yo no tengo que demostrar nada.

Climent soltó un bufido de incredulidad.

—¿Y este caserón que has construido?

—Fue por comodidad, el antiguo castillo era frío y oscuro como una cueva, con corrientes de aire en todas las habitaciones. Escucha: si te conviene que haga una donación, la haré. En cierto modo, las rentas de la familia son tuyas también. Sé que deseas prosperar en la Iglesia y, si esto puede ayudar, cuenta conmigo.

Miró a su hermano con resquemor. ¿También tenía que ser mejor que él en eso? Nunca perdía una oportunidad para rebajarlo y que se sintiera inferior a Jaume el Magnánimo.

—Aunque no te guste reconocerlo, sé muy bien cómo eres, Climent. Vamos: di la cifra que tienes en la cabeza —insistió—. Aquí tenemos las necesidades cubiertas, ya lo sabes.

De regreso a La Seu, Climent se detuvo en Bóixols, una aldea minúscula rodeada de masías dispersas. El cochero lo dejó frente a la casa de Pau Clos, el señor de la región, un viejo conocido que le ofrecería un almuerzo decente y un rato de buena conversación. Por desgracia, cuando le abrieron la puerta le informaron de que los señores estaban ausentes y solo tuvo como compañía al mayordomo.

Terminó de comer antes de lo previsto y fue a buscar al cochero a la posada, en el lado opuesto de la plaza. Mientras atravesaba la explanada polvorienta, agarraba la bolsa que contenía el oro que le había dado su hermano y que le colgaba del cinturón, no porque temiera que alguien quisiera robarle, sino porque el peso del metal le recordaba que había logrado el objetivo del viaje.

Pasó frente a los lavaderos, donde una mujer joven, remangada hasta los codos y con el escote abierto, frotaba con brío unas camisas. La mujer levantó la cabeza al sentirse observada y, cuando Climent apartó la mirada para disimular, encontró un símbolo que le resultaba familiar grabado en una de las vigas del techado del lavadero: era una estrella de siete puntas con una cola en forma de garfio. Se trataba de la misma estrella que aparecía en los papeles de los antiguos juicios de Melers y que había visto en algún lugar cerca de la casa de Feliu. La señaló y se dirigió a la mujer:

—¿Qué significa ese símbolo?

La joven se sobresaltó por la pregunta repentina y miró en la dirección que indicaba el dedo de Climent. Pareció que dudaba antes de encogerse de hombros.

—¿Vives aquí? —insistió él.

—Sí, en Cal Roc.

—Entonces sabrás decirme cuánto tiempo hace que la estrella está aquí.

—Muchos años, desde siempre.

—¿Y por qué está dibujada en la viga del lavadero?

Las orejas de la mujer enrojecieron; parecía apurada. Climent intuyó que estaba a punto de descubrir algo importante y valía la pena forzarla para que lo revelara.

—¿Sabes quién soy? —Se acercó unos pasos a la joven—. Soy el arcediano de la diócesis de Urgell. Tan solo el obispo tiene mayor autoridad que yo. Si no me cuentas todo lo que sabes, mandaré investigar los asuntos turbios de tu familia en Cal Roc, seguro que alguno encontramos. ¿Me entiendes?

—Sí, mi señor. —La joven se encogió como un animalillo acorralado y rehuyó su mirada—. La estrella marca el punto de encuentro para los que buscan a una curandera. Es lo único que puedo decirle, todo el pueblo lo sabe.

Climent apretó la mandíbula para reprimir una sonrisa de triunfo.

—¿Y dónde puedo encontrar a esa curandera?

—No puede, padre, es ella quien lo encuentra a usted.

—Eso no tiene sentido. ¿No quieres decirme la verdad? —Climent arrinconó a la mujer contra uno de los pilares del lavadero. Estaba tan cerca que distinguía briznas de paja entre su pelo desgreñado y olía el jabón de lavar en su piel. El terror de ella lo envalentonaba y saboreó la posición de poder en la que se encontraba.

—Le he dicho la verdad, lo juro. Los enfermos simplemente aguardan aquí y la curandera los encuentra luego. Siempre es así, no sé más.

Climent respiró hondo y giró bruscamente sobre sus talones. Abandonó el lavadero en dirección a la posada. Había descubierto que en ese pueblo vivía una curandera que se ocultaba de los forasteros, sin duda, a causa de sus métodos paganos, y que utilizaba el mismo símbolo que la bruja de Melers. No podían ser dos casos aislados, existían demasiadas coincidencias para tratarse de una simple casualidad. Se preguntó si habría más estrellas en otras aldeas y se imaginó qué diría el arzobispo si lograba demostrar tal hallazgo; un descubrimiento así podría sacudir el orden de la diócesis.

Durante el resto del camino hacia La Seu, apenas pudo contener su impaciencia. En cuanto llegó al palacio episcopal hizo llamar al hermano Vicenç. Ante la expresión confundida del predicador, cogió un papel de su escritorio y una pluma y dibujó la estrella.

—Quiero que viajes por todos los pueblos y caseríos de la diócesis y que busques este símbolo. Creo que marca el paradero de las curanderas de una secta hereje.

—¿Dónde lo encontraré? ¿En letreros?

—No, en rincones escondidos. En puertas, márgenes de caminos, lavaderos o abrevaderos. Busca en vigas, postes, vallas o dinteles y confecciona una lista. Yo encontré una en el lavadero de Bóixols. Y hay otra en Melers, pero ahí no puedes ir; el obispo nos prohibió visitar Melers y Dorres.

El predicador miró a Climent y mostró los dientes llenos de sarro con una media sonrisa.

—Este trabajo me llevará muchas semanas. Supongo que la recompensa estará a la altura.

—Te pagaré bien y te daré un buen adelanto.

Capítulo 23

—SANTO TOMÁS, QUE los calambres cesen y el estómago no duela más. Que el enfermo cure pronto en nombre de Jesús, Nuestro Señor. Escucha nuestras plegarias, amén, *gloria patri*, amén.

En la botica del monasterio, sor Larisa dibujaba cruces en el aire sobre un enfermo imaginario mientras pronunciaba la oración.

—¿Ya está? ¿Ese es el remedio? —preguntó Núria.

—¡Esto es lo más importante! —respondió sor Larisa con su voz aguda y chillona—. Aunque también ayuda si preparas una infusión de flores de cipresilla y manzanilla.

—¿Cipresilla?

—Sí. Algunos la llaman abrótano.

Sor Larisa atravesó la botica amplia e impoluta y sacó uno de los centenares de tarros alineados en estanterías. Arrastraba por el suelo la falda de su hábito, que tenía tanto vuelo que nunca le asomaban los pies al caminar. Era una mujer extremadamente bajita y rechoncha, y toda ella tenía forma de campana; a Núria le divertía pensar que un gigante podría agarrarla por la cabeza y agitarla en el aire para comprobar si sonaba un tintineo tan estridente como su voz.

La boticaria abrió el tarro de cerámica y Núria olió las hierbas que contenía. Conocía aquella planta, solo que no la llamaba cipresilla ni abrótano, sino botonera, y así se lo hizo saber.

—El nombre bueno es el que aparece en los libros escritos por santos —sentenció sor Larisa—. Santa Hildegarda cataloga todas las plantas en su obra y explica bien sus cualidades. Deberías leer sus tratados.

Mientras Núria inspeccionaba las flores secas, la monja sacó las últimas moras del cestito y se las metió en la boca. En cuanto Núria averiguó que sentía debilidad por aquellos frutos, cada vez que le pedía plantas silvestres recogía también unos cuantos y se ofrecía a compartirlos con ella: era su excusa para permanecer en la botica más tiempo del que le correspondía.

—¿Puedo ver la obra de Hiledarga? —preguntó Núria.

—Hiledarga no: Hil-de-gar-da —respondió sor Larisa con un toque de impaciencia en la voz y los labios teñidos de morado—. Quizá otro día, hoy estoy ocupada.

—De acuerdo. ¿Necesitará alguna otra planta?

—Se está acabando la malva. Me han solicitado mucho ungüento por la plaga de chinches. ¿Sabes qué planta es y cómo se recoge?

—Sí, la conozco bien. Mañana se la traeré —dijo Núria, contenta de recibir dos pedidos en la misma semana. En el monasterio solo necesitaban plantas silvestres en contadas ocasiones, pues cultivaban la mayoría de sus hierbas curativas en el huerto.

Sor Larisa le dio una moneda de cobre —pequeña, fina como el papel y apenas sin valor— como pago por el llantén que le había llevado ese día. Luego le sostuvo la puerta abierta para indicarle que se marchara.

Núria atravesó la quietud de la enfermería, tan solo perturbada por los débiles gemidos de una monja enferma que, pese al bochorno, estaba tapada con una manta hasta la barbilla. Cruzó el claustro a paso lento para no alterar la paz de las religiosas que paseaban entre los cipreses o meditaban bajo los arcos. Abandonó el recinto del monasterio por la puerta de los huertos y se dirigió a la casa de huéspedes donde tenía alquilada una cama en un dormitorio compartido. Sentada en uno de los bancos de la entrada, volcó el contenido de su monedero en la mano.

En las últimas semanas, contaba compulsivamente las monedas cada vez que añadía o sacaba una, como si por el hecho de hacer aquello fueran a aparecer más. Gastaba lo mínimo imprescindible, pero debía pagar la comida y el alojamiento. Los ingresos nunca eran suficientes y el dinero que había ganado en Girona estaba a punto de agotarse. Tras unas sumas y divisiones sencillas, confirmó lo que ya sabía: solo le quedaba lo justo para sobrevivir dos semanas.

Desde que llegó al monasterio de Pedralbes, sus expectativas de aprender de la monja boticaria habían menguado poco a poco, y ya eran como un molesto guijarro dentro del zapato que le recordaba sus desilusiones. En los cinco meses que llevaba allí, había estado en la botica apenas una docena de veces y se ganaba la vida trabajando de lavandera. Cada mañana se despertaba mucho antes del amanecer y se dirigía a toda prisa a las puertas del monasterio para situarse en la cola de mujeres legañosas y adormiladas. Después de los maitines, una monja sacaba la ropa sucia. Nunca había suficiente para todas las que esperaban, por lo que Núria a veces se quedaba sin prendas que lavar. Los días que las conseguía, se dirigía al lavadero del monasterio y las frotaba allí durante un par de horas. Cuando por la tarde las devolvía secas y dobladas, le daban una propina que le llegaba justo para comprar un plato de cocido en la posada.

Escondió el monedero en el bolsillo y, como no tenía nada que hacer durante el resto del día, recogió de su dormitorio el *Hortus sanitatis*. Ese libro era la única parte de Guim que se había permitido conservar; el resto de los recuerdos, conversaciones y nostalgias las

había desterrado de su cabeza. Había llegado a la conclusión de que la imagen que se había creado de él durante los primeros meses en Girona había sido tan solo una fantasía, y había descubierto que el libro, estudiado de cerca, tampoco se ajustaba a su primera impresión: la apariencia era similar al Legado, pero el contenido era muy distinto. En cambio, contenía algunos de los preceptos que divulgaba sor Larisa. Tanto las monjas como el libro trataban las propiedades de las plantas de forma individual: no creían que la clave de la curación estuviera en una receta que recreara el equilibrio de una planta natural —raíz, hoja y flor—, como le había enseñado Adaleda. En vez de eso, atribuían a cada ingrediente cuatro posibles atributos: calidez, frío, sequedad y humedad, y los usaban según esas características. Lo curioso era que, aunque se basaban en explicaciones distintas, muchas veces prescribían las mismas hierbas que el Legado para una dolencia determinada.

Núria había aprendido todo aquello gracias a las lecciones de latín de sor Teresa, una monja arrugada y desdentada que solía pasar las tardes a la sombra de una higuera. A diferencia de la boticaria, sor Teresa se mostraba a menudo dispuesta a conversar. Núria fue a buscarla con el *Hortus sanitatis* bajo el brazo y la encontró en el lugar acostumbrado, sentada sobre un murete con la espalda encorvada. Después de darle las buenas tardes, la religiosa cogió el libro, lo abrió por las páginas que trataban sobre el cuerpo humano y señaló con un dedo nudoso el dibujo de una calavera.

—Esto me recuerda a las reliquias que guardamos en el monasterio. ¿Te he dicho cuáles son?

Núria escuchó paciente la larga lista de falanges, dientes, costillas e incluso uñas de santos que afirmaban custodiar en la sacristía. Entre frase y frase, la anciana realizaba una larga pausa durante la cual absorbía sus propios labios con un sonido baboso. Núria pensó con un suspiro que aquel día tampoco obtendría nada de provecho de sor Teresa.

Esa noche, mientras intentaba dormir en el jergón incómodo y plagado de chinches, entre los pies de una sirvienta que roncaba y la cabeza de otra que silbaba por la nariz, la invadió la angustia. No podía permanecer en esa situación más tiempo, pero si regresaba a Melers, todo sería igual que cuando se marchó. Además, su orgullo se resentía: sus tíos la habían rechazado, y solo había trabajado de doncella y de lavandera, ¿cómo iba a regresar y explicar esas experiencias tan penosas? Se suponía que había emprendido un viaje en busca de sus orígenes y para ampliar sus conocimientos de curandera.

Aparte de las escasas monedas de su bolsillo, recordó que aún conservaba el vestido que le había regalado Joana. Si lo vendía,

dispondría de más tiempo para buscar otra forma de ganarse la vida. Se preguntó dónde podría venderlo o quién estaría dispuesto a comprarlo.

A LA MAÑANA siguiente, después de lavar y colgar cuatro calzas y dos tocas, Núria fue a recoger la malva que le había encargado sor Larisa. En cuanto puso un pie en el camino, *Neulit* apareció de entre unos arbustos y se le acercó agitando la cola. A ella la maravillaba el sexto sentido que había desarrollado el mastín para encontrarla siempre que salía del recinto en cualquier dirección, como si fuera omnipresente. Desde que abandonaron Girona, *Neulit* se había asilvestrado, pues pasaba casi todo el tiempo vagando a sus anchas por los campos, buscándose él mismo la comida. Estaba sucio y greñudo, pero se mantenía tan fiel como el primer día.

Al principio, Núria había intentado cazar conejos en el bosque para alimentarlo, aunque pronto descubrió que los parches de bosque que rodeaban Barcelona eran un nido de bandidos y delincuentes, y poca comida se podía encontrar allí. A veces los maleantes eran sombras que se ocultaban detrás de las matas, pero en ocasiones se encaraban con ella. Por suerte, *Neulit* siempre estaba cerca, y con la edad y la vida salvaje había adquirido un aspecto feroz. La mayoría de los bandidos se daban la vuelta al verlo, los demás se asustaban cuando lo oían gruñir. Solo una vez hizo falta un ladrido.

Aquella mañana no fue al bosque, pues la malva crecía en espacios abiertos y en los márgenes de campos y caminos. Al mediodía se refugió bajo la sombra de un olmo, en el margen de la vía principal que llevaba a Barcelona, y se dedicó a cortar sumidades floridas del mismo tamaño y atarlas en ramilletes apretados. En un momento dado, *Neulit*, que estaba estirado entre la hierba, irguió la cabeza. Lo había alertado el ruido de una tartana que se acercaba por el camino: era el único sonido que se distinguía sobre el chirrido de las cigarras a esas horas de calor abrasador.

El hombre que conducía la tartana observó sin pestañear a Núria al pasar por su lado, incluso volvió ligeramente la cabeza al rebasarla. Ella desconfió de aquel extraño que le prestaba tanta atención. Un poco más adelante, el desconocido detuvo la yegua que tiraba de la tartana y saltó al suelo. *Neulit* detectó el nerviosismo de Núria y se colocó delante de ella en actitud defensiva.

El hombre se mantuvo a unos pasos de distancia del mastín y la saludó con un gesto amigable. Aparentaba unos cincuenta años y tenía dos grandes manchones de sudor en las axilas de la camisa.

—¿Vendes esos ramilletes de malva?

—Estos no están disponibles —respondió ella, aún recelosa—. Podría preparar más.

—Mi madre solía recogerla por aquí cada verano, pero este año no puede. Si me la preparas en ramilletes así de ordenados te la pagaré a un sueldo la libra.

—Me parece bien —se apresuró a decir Núria, aunque no sabía cuánto era una libra de malva—. ¿Qué cantidad necesita?

—Cuatro o cinco libras.

—¿Cuánto es eso?

El hombre la miró con una expresión extraña que ella no supo si era de compasión o de burla.

—Unas diez veces eso que tienes ahí —le contestó—. Me llamo Josep Lluch, tengo una botica en la calle de la Especieria de Barcelona. Verás un cartel azul con mi nombre.

—¿Es usted boticario?

—Boticario, comerciante de hierbas y especias de las Indias. Entonces, ¿me llevarás la malva adonde te he dicho?

—Sí —respondió mientras repasaba con la mirada la que había recogido esa mañana para estimar el tiempo que tardaría en recoger diez veces más—. La tendré en tres días. En la calle de la Especieria, la botica de Josep Lluch.

—Pues te espero el sábado. —El hombre sonrió y regresó a su tartana.

EL SÁBADO NÚRIA cogió prestados dos canastos grandes de la lavandería de las monjas para llevar los ramilletes de malva hasta Barcelona. Los colocó en ambos extremos de una vara larga y se la echó sobre los hombros. *Neulit* se unió a ella enseguida.

Era la primera vez que se disponía a adentrarse en Barcelona. Hasta entonces solo había visto la ciudad a lo lejos, desde las azoteas de las casas de Pedralbes. Parecía un bosque de torres y campanarios que sobresalían entre una masa informe y marrón de tejados, y siempre estaba envuelta en una bruma sucia. Sabía que más allá se encontraba el mar. Desde la distancia se distinguía una raya recta que dividía el cielo en dos tonalidades de azul, y le costaba concebir que todo aquello fuera agua que se extendía hasta el horizonte, sin estar contenida en ningún lugar.

El camino se fue llenando de gente a medida que se acercaba a Barcelona. El último tramo antes de llegar a las murallas estaba rodeado de chozas miserables asentadas entre montículos de desperdicios que apestaban a gato muerto y fruta podrida. Dos guardias armados vigilaban el Portal de l'Àngel que daba acceso a la

ciudad, aunque había tal cantidad de personas que lo atravesaban en ambas direcciones que era imposible que las controlaran a todas.

Núria penetró en la ciudad y siguió la ruta hacia la calle de la Especieria que le había aconsejado una de las trabajadoras del monasterio. Bajó hasta la plaza de la Cucurulla esquivando decenas de mendigos, tenderos, niños harapientos, perros callejeros y animales de tiro. Le costaba tanto avanzar a causa del denso río de personas y carros que circulaban por las calles, que a menudo debía maniobrar para hacer pasar los canastos a través de la muchedumbre. Entre empujones y gritos consiguió llegar a la catedral, luego se perdió por las callejuelas estrechas que bajaban hacia el mar. En un momento dado pensó que no saldría jamás de aquel laberinto de calles atestadas de gente. Pidió nuevas indicaciones a algunas mujeres y tuvo que preguntar varias veces, pues estas solían mostrarse poco dispuestas a ayudar.

Al fin leyó el nombre de Josep Lluch en un cartel y, aliviada, se secó el sudor de la frente con la manga. Empujó la puerta de la botica, que tenía un pequeño ventanuco de cristal, y se encontró en una estancia pequeña y oscura, toda recubierta de madera ennegrecida por el humo de las lámparas. El mostrador, en forma de L, estaba tan desgastado que parecía cóncavo en las zonas más usadas. Tras él se exponían centenares de tarros de cerámica y pequeños cajones pintados con letras y dibujos de plantas. En ese momento no había clientes esperando a ser atendidos y llegaban voces alteradas de la trastienda:

—¿A qué viene ese enojo? —dijo una voz de hombre, que Núria reconoció como la de Josep Lluch.

—A que estoy agotada, no doy para más —respondió una voz femenina—. No podemos seguir así. ¡Y tú te permites rechazar la ayuda que te ofrece el gremio! Siempre tomas decisiones precipitadas sin tenerme en cuenta.

—Mujer, no hay quien te entienda. Me dijiste que no querías contratar a alguien que te ayudara en el mostrador.

—Porque, si contratamos a un dependiente, ¿qué haré yo? ¿Pasar el día cuidando de tu madre? En cambio, ese joven que te ha propuesto el gremio te ayudaría en la rebotica y así podrías atenderla tú.

—No. El chico es un patán, lo sé bien. Es sobrino de Francesc y no sabe a quién colocárselo. Además, yo no necesito ayuda en la rebotica.

—Claro que no, porque solo yo respondo cada vez que tu madre hace sonar la dichosa campanita. Esta mañana ya he subido a su cuarto seis veces.

—¡Lo que hay que oír! Yo he asumido lo que ella dejó de hacer cuando se rompió la cadera y voy tirando.

—¡Pues yo no pienso seguir así! Hoy te ocupas tú solo de los clientes y de la inválida, a ver si te apañas tan bien como dices.

Núria oyó un portazo. Se había quedado paralizada como una estatua en el centro de la tienda. Tras unos segundos de silencio, se aclaró la garganta y saludó para anunciar su presencia. El boticario apareció tras el mostrador y le preguntó qué quería.

—Traigo la malva. —Núria señaló los canastos a sus pies.

—¡Ah, sí! Me había olvidado. Vamos a verla.

Josep inspeccionó algunos ramilletes, vació los canastos en la trastienda y le dio el dinero acordado. Ella lo guardó mientras asimilaba lo que acababa de escuchar: estaba en una botica y los dueños necesitaban un ayudante. Se dijo que no podía desaprovechar aquella oportunidad.

—¿Algo más? —preguntó Josep al ver que no se marchaba.

—No he podido evitar escucharle a usted y su mujer, y… yo podría hacer ambas cosas: cuidar de su madre y ayudarlo en la rebotica, o en lo que haga falta.

—No. Para trabajar en la rebotica se necesitan ciertos conocimientos. Y mi madre solo necesita ayuda de tanto en tanto, no da faena para pagar un jornal.

—Conozco bien las plantas —replicó Núria.

—Pero no sabías cuánto es una libra. Ni conoces los pesos, ni las medidas, ni la forma de preparar los compuestos, ni los nombres de los simples en latín.

—Sé leer latín. Y aprenderé rápido lo demás, lo prometo.

—¿Sí? —respondió Josep con incredulidad. Señaló un frasco de cerámica verde con un nombre pintado—. ¿Qué pone ahí?

—Salvia. —Le señaló otro—. Menta. Y el de al lado contiene ruda.

El hombre se rascó la nuca.

—No sé, contratar a una mujer en una botica sería del todo irregular.

—En el monasterio de Pedralbes sor Larisa se encarga de la botica.

—¿Así que conoces a sor Larisa? Es como una pequeña víbora cuando regatea por el precio de las especias. —Sonrió con la cabeza ladeada.

—Sí que la conozco. Recojo plantas silvestres para ella. —Núria decidió adornarlo—: Y también he sido su ayudante durante los últimos meses, aunque no me pagaba por ello.

Josep se cruzó de brazos y la observó fijamente. Ella deseó que no se le notara en la cara la pequeña mentira que acababa de contar.

—Vuelve el lunes al mediodía y te daré una respuesta, que si no luego me acusan de tomar decisiones precipitadas. —El boticario dejó escapar un suspiro y regresó a la trastienda.

DURANTE EL DOMINGO, Núria fracasó rotundamente en sus intentos de no ilusionarse demasiado. Ya desde primera hora de la mañana fantaseaba con la idea de trabajar en la botica, y había construido mil historias en las que Josep Lluch y su mujer la acogían como si fuera de la familia. Y aunque no sabía si la contratarían o no, había resuelto que no tenía sentido quedarse en Pedralbes más tiempo: al día siguiente recogería sus cosas e iría a Barcelona para trabajar con Josep o para vender el vestido de Joana y buscarse alguna otra forma de mantenerse. Presentía que su futuro dependía de una palabra del boticario.

La mañana del lunes se levantó tan temprano como de costumbre, pero no se incorporó a la fila de lavanderas. Empaquetó sus pertenencias y se despidió de sor Larisa, de sor Teresa y de Joana. En Pedralbes había hablado con la baronesa en pocas ocasiones y su carácter le seguía pareciendo un misterio. Al despedirse de ella tuvo la sensación de que era feliz allí, y Joana le deseó suerte en su nueva vida en Barcelona.

Más tarde, pasó un buen rato tratando de convencer a *Neulit* de que se metiera en un canal de riego para lavarse. Al final tuvo que conformarse con echarle dos cubos de agua por encima y acabó más mojada ella que el perro. A media mañana partió hacia Barcelona con la bandolera colgada del hombro. Como le sobraba tiempo, tomó un camino más largo, pero más sombreado y menos polvoriento que la vía principal.

A mitad de la ruta Núria se paró a beber en una fuente. Se agachó sobre el surtidor y se sorprendió al ver un símbolo grabado en la piedra de la que surgía el agua. Era una estrella de siete puntas y una cola en forma de gancho: era la estrella del Legado. ¿Qué hacía allí, tan lejos de los Pirineos? Siguió el relieve del dibujo con el dedo, intrigada. Algunos líquenes habían crecido sobre la estrella; hacía mucho tiempo que la habían grabado.

Neulit, que se había entretenido más atrás en unos arbustos, la alcanzó y echó a correr de repente hacia un grupo de casas que había junto a una acequia. Algunas paredes estaban derruidas; parecía una antigua masía abandonada. Caminó hacia las ruinas y llamó en vano a *Neulit* repetidas veces. Al fin vio aparecer su enorme cabeza entre unas zarzas, en un hueco de una pared medio desmoronada. Luego desapareció de nuevo. Núria apartó las plantas con cuidado para no arañarse y lo siguió.

Oculta en el centro del caserío había una casa que parecía habitada. La entrada, medio escondida entre la maleza, estaba frente a un estanque lleno de ranas que componían una música inquietante. *Neulit* la esperaba sentado junto a la puerta de la casa, en la que había una estrella pintada. Núria se acercó a la puerta y percibió el aroma que

había atraído al mastín hasta allí, y que predominaba por encima del olor a agua estancada: se trataba de una fragancia a plantas secas y ungüentos macerados muy parecido al de la cueva de Adaleda.

Se preguntó si podría tratarse de una de las curanderas del Legado que se habían dispersado tras la persecución, cien años atrás. ¿Era posible que aquellas mujeres hubieran llegado tan lejos de los Pirineos? Adaleda siempre se había considerado la única heredera, pero quizá era a causa de su empeño en ocultarse y aislarse del mundo, y en realidad había más como ella.

Intrigada, alzó el puño para llamar a la puerta, pero lo detuvo a mitad de recorrido. Tenía que pensar bien cómo iba a presentarse. Si vivía allí una curandera, lo mejor sería pedirle un remedio.

Antes de que estuviera preparada, la puerta se abrió hacia el interior y en el umbral apareció una mujer mayor vestida con varias capas de ropa hecha jirones de colores pardos y verdosos. Tenía los ojos saltones y amarillentos, y la piel del cuello flácida. A causa del aspecto de la mujer y del ruido del estanque, Núria casi esperaba que en cualquier momento se pusiera a croar.

Tras observarla un instante, la mujer le preguntó qué deseaba. Núria no se vio capaz de simular ninguna dolencia de forma tan repentina y respondió lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Deseo obtener suerte. Quiero conseguir un trabajo en una tienda y hoy sabré si el dueño me va a contratar.

—Muy bien, querida. Te haré un conjuro para atraer la suerte y guiar tu porvenir.

Núria se sentó frente a una mesilla mientras la mujer se preparaba. Entre el desorden de hierbas y trastos, distinguió a su alrededor varias plantas y setas que podían ser peligrosas: raíces de mandrágora, bayas de belladona, ramilletes de cicuta y amanitas secas. También entrevió una sombra que aguardaba silenciosa en el fondo de la sala: no estaban solas, pues la otra persona se ocultaba.

La curandera dispuso sobre la mesa siete flores de estrellada espinosa, de pétalos amarillos y en forma de rayos de sol. Adaleda también creía que las flores que imitaban la forma del sol daban buena suerte. La mujer inició el conjuro, que consistía en un batiburrillo de palabras ininteligibles. A Núria le pareció reconocer algunas propias del Legado, aunque distorsionadas y mezcladas con latín y catalán. Al poco rato, un humo blanco y denso surgió del fondo de la casa y enturbió el ambiente. La curandera empezó a realizar gestos extravagantes, puso los ojos en blanco, como si entrara en trance, y cambió el tono de voz normal por un aullido. Las sombras alrededor de Núria se tornaron más oscuras, sinuosas y danzarinas. Los objetos perdieron definición; las lámparas de aceite emitieron destellos que se mantuvieron flotando en el aire, y las líneas que

debían ser rectas se ondularon.

La curandera se dirigió a ella y escuchó su voz como si le llegara del más allá.

—Los espíritus que te rodean te piden una ofrenda, muchacha. Dales todas las monedas que lleves en los bolsillos y te otorgarán la suerte que necesitas.

Núria cayó en la cuenta de que el humo le estaba provocando alucinaciones. Sacudió la cabeza y aguantó la respiración. No podía presentarse en la botica aturdida por las plantas hipnóticas; Josep Lluch lo notaría. Debía salir de allí cuanto antes. Ignoró a la curandera, se puso en pie y sintió un leve mareo. Las sombras se cernieron sobre ella y las atravesó sin vacilar. Hacía años que no se encontraba bajo la influencia de ese tipo de plantas, pero aún recordaba cómo diferenciar las visiones de los obstáculos reales.

—¿Qué haces? ¡No puedes irte aún! Los espíritus invocados quieren las monedas que llevas. Si te vas sin dárselas te perseguirán y causarán desgracias…

Núria consiguió dar con la puerta, la cerró a su espalda e inspiró hondo el aire limpio del exterior. Escuchó las amenazas de la curandera a través de la puerta:

—¡Los espíritus te maldicen y las pesadillas te harán regresar! Y entonces me suplicarás que termine lo que empezamos.

Abandonó a toda prisa el grupo de edificios ruinosos, arañándose los brazos y las mejillas con las zarzas. Ya no quería saber si aquella mujer compartía un origen común con el Legado. La había drogado y pretendía engañarla; la había amenazado con maldiciones y pesadillas si no le daba todo el dinero que llevaba. Lo que acababa de presenciar la repelía, no quería que nadie la relacionara con aquel timo y decidió que no lo mencionaría jamás.

A medida que se acercaba a Barcelona, recuperó el equilibrio y su visión recobró la nitidez. Cuando llegó a la botica de Josep Lluch ya se le había olvidado el enfado por la curandera estafadora y, en cambio, se sentía nerviosa. Ordenó a *Neulit* que se sentara junto a la entrada y echó un vistazo a su reflejo en el cristal del ventanuco. Se arregló el pelo y entró con decisión; el sonido de una campanilla acompañó el movimiento de la puerta. Tres personas aguardaban su turno frente al mostrador y se apretujaron para hacerle sitio.

La esposa del boticario, con un moño apretado en la nuca, atendía a los clientes de forma amable y diligente. Dispensó una botellita de jarabe, empaquetó una pomada en un hatillo de trapo y pesó un granulado en una balanza de cobre. En el minúsculo espacio tras el mostrador, apenas tenía que dar un paso para alcanzar cuanto necesitaba. Se dirigía a los clientes por su nombre de pila y les preguntó a todos ellos por la salud de sus familiares.

Llegó el turno de Núria. Mientras se retorcía la manga de la camisa, explicó quién era y forzó una sonrisa.

—¿Así que tú eres la muchacha que va a solucionar todos nuestros problemas? —La miró de la cabeza a los pies y tardó un segundo en devolverle la sonrisa, como si hubiera esperado algo más de ella—. Soy Antònia, la mujer de Josep. Espera en la trastienda.

Núria pasó bajo el mostrador y, siguiendo la dirección del pulgar de Antònia, entró en la rebotica. Repasó mentalmente las dos frases que acababa de decirle. ¿Significaba aquello que la aceptaban? Sin atreverse a mover ni un músculo, miró alrededor, sobrecogida. Era una estancia alargada y estrecha, con una mesa en el centro y las paredes forradas de estanterías. En el lado opuesto, a través de una puerta abierta, se veía un patio y un pequeño horno. A Núria la maravillaron los centenares de instrumentos de cristal esparcidos sobre la mesa, frágiles y brillantes como pompas de jabón: había recipientes panzudos, esbeltos, cónicos, cilíndricos y de cuello sinuoso, algunos grandes como un garrafón, otros diminutos como un dedal. Parada junto a un extremo de la mesa, aspiró el aroma balsámico que flotaba en el ambiente. Un reloj de pared enmarcado en una pintura de santos tocó las doce.

Unos segundos más tarde, Antònia se asomó desde la tienda.

—No seas tímida, siéntate en ese taburete. Ahí trabajarás tú. Mi marido vendrá enseguida.

Núria reprimió un salto de júbilo; incapaz de sentarse y estarse quieta, paseó por la habitación. Se acercó a un estante que contenía una treintena de libros y ladeó la cabeza para leer los títulos escritos en los lomos: herbarios, antidotarios, compendios, tratados y otras palabras latinas que no supo descifrar. Todos ellos prometían centenares de remedios y plantas aún por aprender, y estaban al alcance de su mano.

Capítulo 24

Octubre de 1528

GUIM VACILÓ UNOS instantes antes de coger las correas.

—¿Está seguro, maestro? —le susurró, sin apenas separar los labios, para que el paciente no pudiera oírlo. El doctor Astruch contrajo el rostro en una mueca de irritación. Guim sabía que detestaba que pusiera en duda sus instrucciones.

—Sí, haz lo que te digo —bisbiseó el doctor.

El muchacho inmovilizó con las correas la pierna que debía amputar. El enfermo, un noble rural de bajo rango y mediana edad, tenía la piel resbaladiza de sudor a pesar de que ya estaban en octubre. Mantenía los ojos muy abiertos y el cuello agarrotado, y se agarraba a los brazos de la silla con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Quizá no hace falta hacerlo ahora mismo… —dijo con un hilo de voz—. Si tienen dudas, mejor llamaré a un cirujano con más experiencia, doctor, aunque me cueste más dinero.

El enfermo los había visto cuchichear y quizá sospechaba que algo no iba bien. El doctor debía de estar rabiando por dentro y Guim supo que le esperaba una reprimenda de regreso a casa.

Sin embargo, el médico mantuvo la compostura elegante y la voz cargada de confianza:

—No debe temer, mi señor. Le aseguro que mi ayudante es el cirujano con el pulso más firme, la vista más aguda y los dedos más precisos de toda la región. No se deje engañar por su juventud. Nunca permitiría que un cirujano mediocre trabajara para mí. Ya conoce mi reputación: soy el médico de referencia de la nobleza.

—Lo sé, lo sé, pero… quiero esperar. Lo haremos otro día —respondió con una entonación que pretendía ser firme.

—No se lo recomiendo. Su pie no tiene remedio y debemos cortarlo para que la podredumbre no se extienda. Si esperamos, la fiebre empeorará y usted sufrirá con agonía cada minuto mientras espera lo inevitable. La intervención será rápida y esta noche usted podrá descansar sabiendo que le hemos salvado la vida.

Una sirvienta entró con una olla de agua humeante y un cubo de serrín. El doctor ofreció al paciente el preparado de aguardiente y

hierbas para mitigar el dolor.

—Es la decisión más sabia, se lo aseguro —insistió el doctor.

El enfermo bebió con el terror marcado en el rostro y Guim se preparó para la amputación. Lo había hecho docenas de veces y no tenía dudas de cómo proceder. Sin embargo, no creía que aquella fuera la mejor solución para el paciente.

La semana anterior, el doctor Astruch había atendido a uno de los hombres más ricos de Girona, un extravagante comerciante de seda que presentaba los mismos síntomas: obesidad, exceso de azúcar en la orina y dedos negros en los pies. La enfermedad del comerciante estaba más avanzada que la del señor que atendían ese día, pero no le amputaron el pie. En su lugar, lo habían visitado a diario en su suntuoso palacio de la calle más señorial de Girona y le habían aplicado curas y emplastos, le habían prescrito masajes y media docena de medicamentos, y le habían aconsejado cambios en la dieta. Todo ello para salvar la extremidad.

En cambio, el doctor Astruch consideraba que un pequeño noble rural no merecía tales atenciones y a Guim lo exasperaba esa actitud. Aun así, cumplió con su deber. Tras un año sirviendo al doctor ya había aprendido a obedecer sin remordimientos. Si le decía que amputara, él amputaba, y cortaba, cosía, extraía y trepanaba. Siempre seguía las instrucciones del afamado médico sin rechistar. Sin embargo, cuando abandonaron el castillo oscuro y viejo en medio de campos yermos, lo invadió la conocida sensación de haber dejado al paciente peor de como lo habían encontrado.

El doctor se recostó en el asiento del carruaje frente a él, se afiló la punta de la barba y lo miró con severidad.

—Jamás vuelvas a cuestionar mis instrucciones delante de un paciente, Guim.

—Lo siento, maestro, no volverá a pasar.

—No hay peor caso que un paciente que duda de las habilidades de su médico. Los enfermos que desconfían sufren más de lo necesario y culpan al médico de todos los dolores posteriores a la intervención, tanto si ha ido bien como mal. Esas situaciones hacen que mi reputación se resienta.

—Lo entiendo. Es solo… —Guim buscó palabras educadas para expresar lo que pensaba—. Creía que podríamos ofrecerle los mismos cuidados que al señor Codina. O al menos permitir que fuera él quien decidiera.

—No, la enfermedad es la misma, pero la situación es totalmente diferente. No debemos dar esperanzas que luego se verán frustradas. ¿Piensas que el señor de estas tierras míseras puede permitirse tales atenciones por nuestra parte? Sería imposible que pudiéramos visitarlo todos los días en este castillo tan remoto, y, además, no

puede costear los medicamentos para un tratamiento prolongado. Si le hubiéramos dicho que tenía una sola posibilidad de conservar el pie, se habría aferrado a ella y con sus escasos medios habría puesto su vida en peligro. No merece la pena arriesgar una vida por un pie. Como médico deberás pensar no solo en la enfermedad, sino también en la condición del enfermo; es muy importante.

Guim se rascó el cuello. Las explicaciones del doctor no lo convencieron. Si el paciente hubiera conocido todas las opciones, quizá habría hallado la manera de pagar el tratamiento. Tal vez tenía familiares que podían alojarlo en Girona o ayudarlo económicamente. El doctor Astruch había decidido lo que él consideraba mejor según lo que había visto en la hora escasa que habían pasado en sus tierras, sin preguntarse si disponía de toda la información.

Cuando él fuera médico, no actuaría así: aconsejaría en vez de dictaminar. Pero de momento debía seguir las órdenes del doctor, no tenía otra opción. ¿O sí la tenía? En realidad, nadie lo obligaba a permanecer a su servicio.

El doctor no tenía ganas de conversar y se parapetó tras un viejo tratado de Medicina. Guim se encontró sin nada que hacer y, como solía ocurrir siempre que estaba desocupado, sus pensamientos volaron hacia Núria. Se preguntó si antes de que se marchara pensaba tanto en ella. Quizá sí, aunque, como formaba parte de su rutina semanal, no se le hacía tan extraño.

Recordó la última discusión que mantuvo con ella. Él la había acusado de seguir las órdenes de la baronesa sin cuestionarlas, de permanecer al servicio de una mujer manipuladora en vez de marcharse, y ahora él estaba en una situación parecida junto al doctor Astruch. Guim había sido demasiado duro con Núria, la había hecho llorar. Y ella le había dicho a modo de despedida: «Me quedé en Girona por ti». Recordaba sus lágrimas y sus rasgos con tanta nitidez como si hubiera sucedido ayer. Núria se había quedado en Girona por él, y él no la detuvo cuando se alejó por el callejón. ¿Cómo había podido ser tan frío con ella?

La idea de ir a buscarla le sacudió el ánimo como un socavón inesperado en el camino. Cada vez estaba más convencido de que ya había cumplido su tiempo al servicio del doctor y debía dar el siguiente paso: pedir el ingreso en una escuela de medicina, y en Barcelona había una. Pero ¿tenía sentido perseguir a Núria y pedirle disculpas después de siete meses? Tan solo disponía de una pista poco precisa: había acompañado a la baronesa a un monasterio de monjas cerca de la ciudad. Por otro lado, sabía que, cuanto más tiempo dejara pasar, más difícil le resultaría seguir su rastro.

En una decisión repentina, resolvió que aquella oportunidad remota de encontrar a Núria le bastaba, y que había llegado el momento de

probar suerte en la Escuela de Medicina de Barcelona. Observó durante unos instantes la boina azul del médico que sobresalía por encima del libro, los dedos viejos que sujetaban las cubiertas, la punta de la barba gris y acicalada que sobresalía por debajo. Se aclaró la garganta.

—Maestro, me preguntaba si sería adecuado que me recomendara para mi admisión en los estudios de Medicina. Llevo más de un año a su servicio y, si me permite el atrevimiento, creo que le he servido bien.

El doctor bajó el libro hasta su regazo y lo miró ceñudo.

—Vaya, es algo pronto. ¿Tanto te ha contrariado mi decisión con este último paciente? —Dirigió los ojos hacia la ventanilla en una pausa que a Guim se le hizo eterna—. Debo reconocer que me has dado un buen servicio, y si te retengo es por satisfacer mi propio interés y no el tuyo. Has aprendido bien, y puedo dejar constancia escrita de ello. ¿En qué escuela estás pensando? La mejor es la de Lleida, sin duda.

—Me gustaría ir a la de Barcelona.

—¿A Barcelona? —preguntó con desdén—. ¿Y cuáles son tus motivos para escoger esa escuela?

—Tan solo motivos personales.

—Si quieres mi consejo, yo no descartaría ninguna. Puedo escribir a Lleida en tu nombre, conozco personalmente al decano.

—De acuerdo, pero también necesitaré un texto de recomendación para acompañar mi carta de solicitud a la de Barcelona.

—Como quieras, es tu decisión. De todas formas, es probable que tarden varios meses en responderte, si es que lo hacen. Y quizá te contesten que aún no consideran que estés preparado.

El doctor volvió a esconder el rostro tras el libro. Guim perdió la mirada en el paisaje. No quería esperar varios meses, en la carta solicitaría una respuesta urgente. ¿Descartarían su candidatura por precipitarse? Él se sentía preparado.

Cualquier persona sensata le diría que arriesgar su futuro como médico para salir corriendo en busca de Núria, y, además, con tan pocas garantías de encontrarla, era un plan del todo absurdo e iluso. Pero ese tipo de planes eran su especialidad. Estaba impaciente por redactar la carta que lo pondría en marcha.

CLIMENT SEÑALÓ LA aldea de Mont-Ros en el mapa de la diócesis extendido sobre su escritorio.

—¿Aquí encontraste la tercera estrella?

—Así es, en un pasaje cubierto y oscuro, sobre una losa adosada a

una casa —respondió el predicador.

—En Mont-Ros se celebraron en el pasado juicios por brujería, lo leí en los archivos de la diócesis. —Climent se inclinó sobre el mapa para leer las letras. Pasó al siguiente punto de la lista sin poder contener su entusiasmo, como un niño que va descubriendo todas las posibilidades de un juguete nuevo—. ¿Y la cuarta estrella, la que encontraste en una cabaña de pastor?

—Aquí, en un valle andorrano. Estaba a cierta distancia del camino; me acerqué por casualidad para cobijarme de la lluvia y la encontré allí.

—Eso significa que puede haber más estrellas en lugares remotos que has pasado por alto.

—He recorrido toda la zona montañosa a conciencia —replicó el predicador, ofendido.

—Y has hecho un magnífico trabajo en tan solo dos meses, pero un hombre no puede explorar todos los rincones. Cuando anunciemos la conspiración hereje y todos los devotos empiecen a buscar estrellas, seguro que aparecerán muchas más. Aunque por el momento debemos ser discretos.

—Este invierno iré al sur de la diócesis y recorreré las aldeas de los llanos.

—Excelente idea. Sospecho que cada estrella está ligada a una curandera hereje que vive escondida, ¿qué otra cosa podría ser? Sin embargo, debería mostrar un caso con pruebas al arzobispo para confirmar mi teoría de forma convincente.

Climent se levantó y paseó por sus aposentos, pensativo. Todas las estrellas de la lista se encontraban en las montañas y sería imposible llegar tras las primeras nevadas; no quería esperar hasta la primavera. El retablo avanzaba a buen ritmo y el maestro tallista le había dicho que lo finalizaría en marzo, así que para entonces su historia debía ser sólida. Regresó junto al escritorio y observó de nuevo el mapa. La estrella más accesible era la que había encontrado él mismo en agosto, en Bóixols. Aún estaba a tiempo de ir allí antes de que llegara el invierno. Mientras construía su plan, fue exponiendo los detalles al predicador en voz alta.

—Me desplazaré con un novicio —decidió— que se hará pasar por enfermo y me mostrará dónde se esconde la supuesta bruja.

—Imagino que las curanderas serán cautas con los forasteros, pues deben ser conscientes de sus faltas. Creo que necesitaréis a una mujer para llegar hasta ella.

—¿A una mujer? —dijo Climent con una mueca—. No, no llevaré a una mujer conmigo. Complicaría las cosas.

—Al contrario. Las mujeres se tienen confianza entre ellas, y son las que suelen buscar ese tipo de curas. Ya sea por ignorancia, debilidad o

por pura malicia, el sexo femenino es el más proclive a acercarse al Maligno. Lo sé por experiencia.

Climent podía disponer de cualquier novicio del palacio, pero hallar una mujer de confianza era complicado y le costaría justificar su compañía en uno de sus viajes.

—Entiendo tus razonamientos. Lo pensaré —respondió.

DOS SEMANAS DESPUÉS, al anochecer, Climent se apeó de su carruaje frente a la casa de Pau Clos, dueño del señorío de Bóixols, quien salió a recibirlo con una lámpara en la mano. Era un hombretón corpulento y de barba blanca que lo conocía desde niño. Los señores de Bóixols habían tratado toda la vida con su familia y el señor Clos solía mostrar cierta predilección por la mente aguda e inquieta del joven. En realidad, era el único con esa inclinación, pues los demás quedaban encandilados por las bravuconadas de su hermano Jaume. Aunque Climent lo apreciaba, decidió ser prudente al principio, así que durante la cena le comentó que había acudido a Bóixols con motivo de una visita pastoral a las parroquias de la zona.

—Os agradezco mucho la acogida que me habéis brindado —dijo con una sinceridad poco habitual—. Los párrocos de las aldeas suelen tener medios muy limitados en sus hogares y una conversación más bien insustancial.

—Siempre seréis bienvenido en mi casa —respondió el señor Clos.

—¿Cuál es vuestra opinión sobre el padre Eusebi? Aún no me he entrevistado con él.

—No tengo quejas. Yo diría que es un hombre que no destaca en ningún aspecto, ni para bien ni para mal. Mi mujer lo tiene en mayor estima que yo y trata bastante con él.

—Es bueno que los párrocos mantengan un trato cercano con la congregación. De esa forma pueden estar al tanto de ciertas… anomalías que de tanto en tanto aparecen en las aldeas.

—¿Anomalías? ¿A qué se refiere, padre?

—Me refiero sobre todo a ciertos indicios de herejías.

—De eso no hay por aquí, estoy seguro —dijo el señor Clos, raudo por negar tales acusaciones.

—No siempre es evidente. Algunas veces ante los ojos inexpertos se ven como simples curanderas o herboristas. —Climent prestó atención a su anfitrión mientras hablaba y apreció un levísimo sobresalto en su mirada—. Creo que sabéis a lo que me refiero. Han llegado rumores a mis oídos sobre Bóixols.

El señor Clos se aclaró la garganta y contrajo los hombros, incómodo.

—Sí, hay ciertas habladurías. Y cambian según quien las cuente. Yo no creo ni la mitad de lo que se dice.

—Aun así, merece la pena investigarlo, por si acaso. ¿Qué me podéis contar del asunto?

—Poca cosa. Hay una mujer que va y viene vendiendo hierbas, y pasa épocas largas en algún escondrijo cerca de aquí. Los campesinos acuden a ella porque no tienen otros medios. Pero no veo malicia en su negocio.

—Su valoración es demasiado inocente. Si no hay malicia, ¿por qué se esconde, entonces? Podría simplemente vender las hierbas en el mercado, a la vista de todos. —Climent se recostó y sonrió con cinismo—. ¿Cuál es la postura del padre Eusebi ante eso?

—Lo tolera.

Climent chasqueó la lengua con desaprobación. El señor Clos se reclinó hacia delante y le habló con seriedad.

—¿No pensáis que hurgar en esos asuntos es como remover el lodo de una poza? Quiero decir… Ahora la vida aquí es simple y las cosas están claras: la responsabilidad del padre Eusebi como pastor, mi función como señor de las tierras y el deber de los campesinos en su trabajo. Si se remueven demasiados asuntos, el orden establecido puede alterarse. ¿Merece la pena? ¿Cuál sería el beneficio?

Climent cruzó los dedos y los apoyó sobre los labios para disimular una sonrisa. Tenía claro cuál era el beneficio para él y no le importaba el resto. Por la reacción de su interlocutor, el embrollo prometía. Intuyó que ahí había secretos trascendentes.

—Lo hablaré con el padre Eusebi —dijo Climent, dando por acabada la conversación—. Al menos la Iglesia debe estar bien informada de todo cuanto ocurre. Y ya se decidirá si merece la pena actuar.

En realidad, no esperaba conseguir información útil del padre Eusebi, sino que su visita pastoral era una distracción. Siguiendo con sus planes, en su viaje a Bóixols, dos personas lo habían acompañado en secreto: el novicio Pere y Matilde, la esposa del cocinero jefe, que había accedido a colaborar a cambio de un aumento considerable en el salario de su marido. Matilde debía interpretar el papel de madre preocupada por la enfermedad de su hijo adolescente. Pere no tenía un aspecto enfermizo, tan solo la apariencia huesuda propia de la pubertad, pero Climent lo había escogido por ser el novicio que solía ayudar a Alfonso. Privar al tesorero de su asistente habitual le producía tanto calor en las entrañas como un trago de aguardiente.

Antes de llegar a Bóixols, Pere y Matilde habían bajado del carruaje y habían continuado a pie hasta la taberna del pueblo. Allí debían pedir un jergón para pasar la noche e intentar contactar con la curandera de la estrella. Se preguntó si lo habrían conseguido.

Al día siguiente esperó el regreso de sus dos infiltrados en la misma

curva del camino donde los había dejado. Al poco rato los vio aparecer. Matilde tironeaba del joven, que arrastraba los pies y parecía ebrio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Climent. La mujer del cocinero bufó.

—No me dejaron acompañarlo y la bruja lo ha emborrachado con plantas. Seguro que no se ha creído que estuviera enfermo y ha sospechado que podía ser una trampa. El muchacho no recuerda nada.

—¿Cómo? —Climent se dirigió a Pere—. ¡No puede ser que lo hayas olvidado todo! ¿Cómo era la curandera?

El chico se encogió de hombros mientras inclinaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—Era una mujer… tan vieja como ella —dijo con los ojos entrecerrados—. Pero tenía las manos más pequeñas, de eso estoy seguro. Y el pelo marrón; o negro, quizá.

—¿Sabrías reconocerla? —preguntó Climent. Pere negó con la cabeza—. ¿Sabrías llegar a su guarida? ¿Está lejos? ¿En qué dirección?

—Recuerdo un sendero polvoriento. Ni lejos ni cerca, diría yo. Y mucha agua, se escuchaba el ruido del agua.

Climent se llevó los dedos a las sienes con exasperación. Se dirigió a Matilde:

—¿Tú no la viste?

—No, me ordenaron que aguardara en el lavadero de ropa. No vi a la curandera, pero pude identificar a la mujer que hizo de enlace. Y cuando regresaron la seguí hasta su casa, que está apartada de la aldea.

Climent respiró hondo. Al menos aquel montaje había servido de algo.

—¿Podemos acercarnos a la casa sin que nos vean?

Matilde respondió que sí y los condujo a través del bosque, que parecía defenderse de los intrusos mediante espinas, zarzas punzantes y hierbas urticantes. Tras unos minutos de avance penoso entre la maleza, alcanzaron el margen de un campo arado y se agacharon. Climent se sintió estúpido escondido tras una mata; menos mal que no lo estaba viendo nadie importante.

—Es aquella casa —dijo Matilde—. Recorrí la zona ayer por la tarde, cuando se llevaron a Pere. En aquella dirección, detrás de los huertos, está el río. Quizá la curandera se esconda allí. Hay varias pozas, gargantas y grutas en ese tramo.

Climent asintió, sorprendido de que la mujer del cocinero hubiera resultado de tanta utilidad. Se oyó un portazo en la casa y apareció una niña de unos siete u ocho años que correteó alrededor con los cabellos sueltos al viento. Justo detrás salió una mujer.

—¿Es esa la que fue a buscaros al lavadero?

—Sí, es ella.

Climent sonrió; se le había ocurrido un plan infalible para cazar a la bruja. Para llevarlo a cabo iba a necesitar las espadas de sus mercenarios.

Capítulo 25

Diciembre de 1528

FELIU GOLPEÓ CON los nudillos la puerta de Jeroni y sacudió los pies entumecidos sobre la nieve. Como cada sábado, le llevaba la cena —un guiso de coles, cebollas y judías—, pero llegaba más tarde que de costumbre. Ese día Raquel se había quedado a charlar después de comer y él no se había percatado del paso de las horas.

Tras unos minutos de espera, llamó de nuevo. Apretó contra sí la cazuela del guiso, aún tibia, y elevó la mirada hacia las nubes naranjas. Tendría que recorrer el camino de regreso a Melers de noche. Oyó un sonido extraño en el interior de la casa y vio una sombra tras la ventana. Le pareció distinguir una voz femenina. Al fin, la puerta se abrió y se encontró de frente con Adaleda.

Los ojos azules de la mujer se entrecerraron al verlo y lo recibió con un rictus que era mitad de espanto y mitad de desagrado. Desde la visita de Alfonso la primavera anterior, Feliu no había pensado apenas en la curandera. En realidad, casi se había olvidado de ella. Adaleda había cumplido su promesa de mantenerse oculta y no se la había vuelto a mencionar en la aldea.

—Jeroni ha insistido en que abriera la puerta —dijo con la barbilla levantada, dando a entender que ella lo hubiera dejado plantado en la plaza.

—¿Qué haces aquí? Atender a enfermos es arriesgado para ti; creía que ya lo habías entendido.

—No recibo a forasteros, pero cuando los vecinos me piden ayuda, se la ofrezco, aunque sea peligroso para mí.

—¿Qué le ocurre a Jeroni? ¿No se encuentra bien?

Feliu se puso de puntillas para ver por encima del pelo blanco de la mujer. La voz ronca del anciano surgió del interior del salón.

—No me ocurre nada grave, no te preocupes.

—Padece un catarro —explicó Adaleda—. Durante las misas se queda sin aliento y los aldeanos se preocupan.

—¿Y qué le has dado?

—Un remedio que le irá bien.

—¡Déjalo pasar de una vez! —se quejó Jeroni. Ella se apartó.

El hombre estaba acomodado en su butaca; no tenía mal aspecto.

Adaleda tanteó la superficie de la mesa y recogió las hierbas que había dispuesto encima. Parecía más cansada y menos altiva que la última vez que la vio. Le costaba adivinar su edad por el pelo blanco y la piel pálida, aunque hubiera dicho que había envejecido diez años en vez de uno. Feliu se acercó a la chimenea y percibió el olor de las flores de saúco esparcidas sobre las brasas; eran las mismas hierbas que Núria le había ofrecido para la tos cuando las necesitó. Apoyó una mano en el travesaño y se la ensució de hollín: en la madera había una estrella dibujada con carboncillo.

—¿Por qué vas dibujando estrellas por ahí? —preguntó Feliu. Adaleda rehuyó su mirada—. En el marco de mi puerta apareció una, y también pusiste unos amuletos extraños, ¿verdad?

—La estrella es un símbolo de protección —dijo la mujer.

—No deberías dejar rastros visibles de tus supersticiones, alguien podría fijarse en ellos. Además, tienes unas creencias muy extrañas. —Feliu borró el dibujo con la manga de su sotana.

—Son más raras las vuestras. Tú llevas el símbolo de un instrumento de tortura colgado del cuello.

Señaló la barriga de Feliu y él bajó la mirada hacia la cruz que le reposaba sobre el esternón. Qué ocurrencias tenía esa mujer…

—Al menos Núria ya no vive contigo y no le puedes llenar la cabeza de tonterías —dijo Feliu—. Oí que encontró a su familia.

Adaleda se enderezó.

—¿Has recibido noticias sobre ella?

—Solo lo que me contó Elisa en verano: que había encontrado a sus tíos en Girona. Se cruzó con una curandera que es conocida vuestra y que trajo las noticias hasta aquí.

—Entonces sabes lo mismo que yo —dijo Adaleda, claramente decepcionada. Se dirigió a Jeroni—: Si empeoras o te sube mucho la fiebre, manda que me llamen.

—Bueno, ya veremos —dijo el anciano dando un manotazo de desdén al aire.

Adaleda salió de la casa y Feliu se sentó frente a Jeroni inclinado hacia delante.

—Me tendrías que haber dicho que estabas enfermo. Podría haber ido a Puigcerdà y traer a un médico o un cirujano.

—No me hace falta. Tampoco la sopa verde que me ha preparado ella, pero el vecino se empecinó en llamarla.

—Debes cuidarte, Jeroni, sobre todo en invierno.

—Todos os empeñáis en mantenerme en este lado y no os dais cuenta de lo cansado que estoy. Un día dejaré este mundo, me quedaré en paz y no tendréis tiempo ni de rechistar.

Feliu lo miró con el ceño fruncido. Desde que su ama de llaves falleció, no había recobrado el ánimo.

—No digas eso. Aún te queda guerra por dar.

—Bah, tonterías.

Feliu recogió las jarras vacías y las escudillas sucias amontonadas sobre el aparador con la intención de llevarlas a la cocina. Se fijó en un pergamino enrollado con un sello escarlata intacto. Era una carta del obispado.

—¿No has abierto esta carta del obispo?

—¿Para qué? Esas cartas nunca traen nada bueno.

—¡Cómo eres de cabezota! —Feliu rasgó el sello y leyó el texto—. El obispo pide explicaciones sobre las cuentas de la parroquia del último año. Dice que las aportaciones que envías han menguado y no son suficientes. ¿Cuánto hace que te llegó el mensaje?

—Varias semanas. Debería haberla quemado —respondió Jeroni con los ojos fijos en las llamas.

—¡No seas así! Venga, te ayudaré a escribir la respuesta. ¿Dónde guardas pluma y tinta? Podemos inventar excusas: las ovejas enfermaron, hubo un incendio en un granero o cualquier otra cosa.

Jeroni no contestó y Feliu inspeccionó varios cajones hasta que encontró material para escribir. Se sentó a la mesa, con la pluma entre los dedos.

—¿Qué cantidad enviaste al obispo en septiembre?

—Poco. —Jeroni se encogió en su butaca—. Cada vez menos, como bien dice. La fuente de Dorres apenas recibe donativos. ¿Sabes por qué? —Él negó con la cabeza—. Porque en verdad la mayoría de los peregrinos enfermos venían para visitar a Adaleda, la fuente era solo la excusa para justificar el viaje. Por eso los donativos nunca han sido gran cosa; la gente echaba un par de monedas por quedar bien, no porque creyeran que la virgen fuera a obrar ningún milagro. Y ahora que Adaleda no atiende a forasteros, no donan nada.

Jeroni unió la punta del pulgar y el índice para dibujar un cero, lo miro a través del círculo formado con sus dedos y sonrió ante la expresión preocupada de su amigo.

—No tenía ni idea.

—Pues ya ves cuál es el problema. Invéntate las excusas que quieras para el obispo.

—El año que viene puedo ayudarte. Apenas gasto dinero de mi asignación.

—De ninguna manera —replicó Jeroni—. Gástalo todo. Cómprate un gorrino y cómetelo entero por Navidad. Yo gasto mi asignación en vino del bueno. ¿Qué crees que hace el obispo con el dinero que le enviamos? Mejor en nuestra barriga que en la suya.

Feliu suspiró y mojó la pluma en el tintero. El padre Jeroni era un irreverente sin remedio y el obispo era muy celoso con el tema del dinero. Procuró que el escrito sonara cordial y reverente. Se estaba

convirtiendo en un experto en escribir aquel tipo de cartas.

EL DOCTOR ASTRUCH asomó la cabeza por el resquicio de la puerta de su oficina y le dijo a Guim que quería comentarle un asunto. Él, que justo llegaba de uno de sus recados, colgó en el vestíbulo la capa mojada y medio congelada por la lluvia de diciembre. Entró en la oficina intrigado.

—Han llegado las cartas de las escuelas de Lleida y de Barcelona.

—¡Qué bien! Han respondido pronto.

—Sí, y no es habitual. En Lleida han actuado con rapidez porque mi nombre es conocido, no te quepa duda. Siéntate.

El médico sacó las cartas de un cajón.

—Gracias por recogerlas —dijo Guim. Tomó asiento frente al médico mientras tendía la mano abierta, pero el doctor no le dio las cartas, sino que las dejó sobre la mesa. Se percató de que los sellos estaban rotos: ya las había leído—. Las habéis abierto ya… Bueno, y ¿qué dicen? ¿Me aceptan en alguna?

—Cada escuela ha dado una respuesta según su propio estilo. —Guim frunció el ceño algo indignado. ¿Por qué no podía ir al grano? —. El doctor Rivera, que es catedrático en la de Lleida, considera que serías un candidato muy válido para sus estudios. Sin embargo, te falta preparación. Ve con buenos ojos mi propuesta de que permanezcas bajo mi tutela un año más antes de ingresar en la escuela. Si lo haces de esa manera, te reservará una plaza. No debes tener prisa, Guim, eres muy joven todavía. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veinte. Y en Barcelona, ¿qué han contestado?

—El decano de Barcelona ha llenado el papel de frases protocolarias y no aporta información clara. No lo conozco en persona, aunque tiene fama de ser un hombre muy conservador que por la edad ya anda un poco falto de agudez mental.

—¿Y qué ha dicho sobre mí?

El doctor apretó la mandíbula; se le notaba molesto. Cuando Guim creía que iba a empezar a hablar, aún alargó el silencio unos segundos.

—En resumidas cuentas, parece que quieren examinarte antes de decidir si te aceptan o no. Te citan el 27 de diciembre.

—Es la semana que viene, ¡avisan con poca antelación!

—En realidad, la carta de Barcelona llegó hace un tiempo, pero quería que tuvieras ambas respuestas para que las valoraras a la vez y con buen juicio.

¿Así que el doctor tenía la carta en su poder desde hacía tiempo y no se lo había dicho? Guim se aclaró la garganta y trató de moderar el

reproche en su voz.

—Con todo el respeto, maestro, la valoración de la carta de Barcelona me correspondía a mí, no deberíais haberla retenido. Iré a hacer la prueba: no pierdo nada por intentarlo.

—No estás preparado aún para enfrentarte a un tribunal médico. Además, la semana que viene estaremos en plenas fiestas navideñas y por esas fechas hay mucho trabajo. Lo siento, no puedo prescindir de ti.

Guim no podía creer lo que estaba oyendo. Obviamente, no se trataba de una broma, el doctor jamás bromeaba. Hizo un último intento de parecer razonable.

—Me ausentaré solo dos días: el tiempo que tarde en ir, realizar la prueba y regresar enseguida.

—Ahora los días son cortos y te encontrarás nieve en el camino que te impedirá galopar. Calculo que al menos serán cuatro jornadas de viaje. Demasiadas. Y eso en el caso de que te ceda uno de mis caballos… que no será así.

—¿Cómo dice? —Guim no pudo ocultar más su enfado—. ¿Por qué es tan ruin conmigo? Durante todo este tiempo a su servicio no le he pedido nunca un permiso para visitar a mi familia, ni me he puesto enfermo. ¿Por qué me niega esta oportunidad?

—Solo porque pienso que no estás siguiendo el camino correcto —replicó el doctor secamente—. Es más sensato que, en lugar de ir a Barcelona, respondas al doctor Rivera y accedas a su oferta de ingresar en Lleida de aquí a un año.

Guim cruzó los brazos. Aquello olía a una estrategia mezquina del doctor para mantenerlo allí de ayudante, o más bien de esclavo. Pues no iba a ser así.

—Usted siempre pretende decidir por los demás, siempre se cree más listo que nadie. Pero se trata de mi futuro, de mis razones personales, y me corresponde solo a mí decidirlo.

—Guim, modera tus palabras, recuerda el lugar que te corresponde. ¿Se puede saber a qué viene ahora tanta prisa y obcecación con Barcelona? Tu impaciencia te ciega, debes hacerme caso. De aquí a unos años me lo agradecerás.

—¡No quiero ser paciente, ni ir a Lleida, ni esperar un año! Después de haberme esforzado tanto y de todos los recados personales que he cumplido cada día, ¿así me lo paga ahora? —El doctor lo miró con los labios apretados, y él no consiguió retener la lengua a tiempo—: Y después de lo que sé, de los secretos que le guardo a usted y a su familia, y de los problemas que podrían acarrearle con la Iglesia…

—Te he acogido bajo mi techo, no te atrevas a mencionar ese asunto ni a amenazarme con algo tan grave…

Guim golpeó la mesa con el puño.

—¡Me atrevo porque no es justo! Usted no es mi dueño y no tiene derecho a leer mis cartas ni a decidir por mí.

El doctor se recostó en el respaldo y suspiró; parecía agotado. Sacudió la cabeza y entrelazó los dedos.

—Creo que será mejor que nuestro acuerdo finalice aquí, Guim. Has sido un buen aprendiz, pero hemos llegado a un punto en el que no sé si puedo confiar en ti, y en el que tú tampoco confías en mis consejos y dudas de mi criterio.

—Bien. Recogeré mis cosas y partiré mañana.

—Te deseo mucha suerte en Barcelona. La necesitarás.

Guim se levantó de la silla sin responder y con la respiración alterada. Ahora se lo jugaba todo a que lo aceptaran en la escuela de Barcelona. Agarró las dos cartas del escritorio del doctor y subió a su dormitorio.

EN LA REBOTICA, Núria amasaba con cuidado la mezcla de las píldoras aromáticas. Mientras trabajaba tenía un oído atento a la campanita de la madre de Josep, pero esa mañana la anciana no requería su ayuda y solo la rodeaban los sonidos habituales: el burbujeo de la caldera, el crepitar del horno, el silbido del destilador y la voz de Antònia que llegaba desde la tienda. Cuando la masa estuvo lista, Núria la extendió sobre la mesa y le dio la forma de un cilindro largo y regular con la habilidad adquirida durante los últimos cuatro meses.

Las primeras semanas en Barcelona pensó que no conseguiría adaptarse, las tareas le resultaban complejas y muy distintas a su forma habitual de trabajar. Josep utilizaba docenas de palabras que no entendía y la reprendía por no ser meticulosa. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, se sorprendía al comprobar que hacía grandes avances. De pronto sentía que todas las piezas encajaban y que era como si los instrumentos que utilizaba la empezaran a guiar paso a paso. Para Adaleda, la preparación de los remedios debía ir acompañada de cierto misterio e intuición. En cambio, en la botica no había lugar para los misterios: los albarelos de los ingredientes simples estaban etiquetados; los aparejos, alineados según el orden de uso; los recipientes de medida, marcados con muescas; las pesas de la balanza, numeradas con cifras romanas. Tan solo hacía falta interpretar bien esas señales. No se hablaba de pellizcos, puñados o cucharadas, sino de libras, onzas y dracmas. Y las recetas para preparar los compuestos estaban explicadas al detalle en un libro que Josep llamaba «la Concordia del Colegio de Apotecarios», y que estaba impreso en latín, una lengua común que cualquiera podía aprender.

Josep mostraba tanta devoción por el libro de la Concordia como

Adaleda por el Legado. Sin embargo, cuando Núria lo consultó por primera vez, se quedó perpleja al ver que muchas páginas tenían anotaciones en los márgenes, tachaduras e incluso correcciones hechas a mano. Josep no lo consideraba inmutable: era una herramienta colectiva creada por y para el gremio.

—No nos limitamos a repetir las recetas antiguas de los sabios —decía hinchando el pecho con orgullo cuando surgía el tema—, sino que reunimos nuestras observaciones, ponemos en común lo que funciona y descartamos lo que no va bien, y acordamos entre todos cómo deben prepararse los medicamentos. Siempre con la aprobación de los médicos, por supuesto.

Núria oyó el chirrido de la puerta del patio trasero y los ladridos de *Neulit*. Seguramente, Josep acababa de llegar de la asamblea del Colegio de Apotecarios. Al poco rato, el hombre apareció en la rebotica completamente empapado y se sacudió el agua del pelo con un gesto más perruno que humano.

—Está cayendo una tromba de mil demonios —dijo. Acercó un taburete al calor del brasero y se sentó.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Las discusiones de siempre: que si un aprendiz ya está listo, que si no lo está; que si este médico dice que debemos preparar los colirios así, que si otro más reconocido dice que asá… Parece un concurso para ver quién reprocha más y más alto.

Núria sonrió y se dispuso a cortar el cilindro en los discos que conformarían las píldoras.

—Hoy también hemos tratado un asunto interesante —continuó Josep—. Dicen que la curandera de las ranas ha vuelto y anda esparciendo sus remedios fraudulentos entre la gente de Barcelona.

Núria detuvo la cuchilla a medio corte y se volvió hacia el boticario.

—¿La curandera de las ranas? —preguntó, intentando parecer despreocupada.

—Sí, algunos la llaman la Reina Sapo. —Josep rio entre dientes—. Recuerdo que era bastante famosa cuando yo era niño. Luego desapareció misteriosamente durante años, parece ser que a un obispo le dio por perseguir a ese tipo de curanderas. Ahora ha regresado y se está convirtiendo en un problema para el gremio.

—¿Por qué es un problema para vosotros?

—Pues porque proclama que vende pomadas, jarabes y compuestos. Usa términos de boticario y lo único que prepara son infusiones turbias y emplastos de hierbas machacadas, mezclados con hechizos y rituales absurdos. Además, ha llegado a nuestros oídos que a una mujer le vendió un supuesto ungüento de San Cosme y la píldora de San Damià. ¡Se está apropiando incluso de nuestros santos patrones! Y, claro, eso confunde a la gente.

Antònia se asomó a la rebotica desde la tienda y se apoyó en el marco de la puerta.

—Y eso no es lo peor —continuó Josep—. Hay indicios de que usa sustancias para atontar a los clientes que acuden a ella, que acaban dándole más dinero del que estaban dispuestos a gastar. Pero de esto no tenemos ninguna prueba firme.

—¿Habéis hablado de la Reina Sapo en la asamblea? —preguntó Antònia.

—Así es —respondió su marido.

—Hace días oí que la mencionaban en el mercat de la Boqueria —dijo Antònia—. Núria, ¿fue una curandera como esta quien te enseñó las hierbas medicinales? En las aldeas suelen ser bastante comunes.

Ella intentó adoptar una expresión inocente. Sabía que aquella pregunta iba a llegar tarde o temprano y tenía preparada una respuesta que contentaría a los boticarios.

—No era como esa curandera. La mujer que me acogió preparaba los típicos remedios caseros y nunca trataba de estafar a nadie. Todo el pueblo acudía a ella, incluso el sacerdote. Y no hacía ningún engaño ni truco, ni nada parecido.

—Pues parece que la Reina Sapo sí los hace —dijo Josep—. Al gremio le convendría tener más información antes de planear ninguna acción, pues solo disponemos de rumores. Aunque es difícil, porque los que acuden a ella no suelen estar dispuestos a explicar mucho y, además, no entienden de plantas ni de los medicamentos que preparamos aquí.

Oyeron la campana de la puerta de la botica y Antònia fue a atender a un cliente. Josep arrastró su taburete frente al destilador y comprobó que funcionara correctamente. Aquel día destilaban romero. Núria podía quedarse absorta durante horas mirando cómo surgían del extremo del serpentín las gotas de aceite que condensaban la esencia de la planta y sus propiedades.

—¿Sabes, Núria? Serías la persona perfecta para averiguar más sobre la Reina Sapo —dijo Josep, pensativo—. Podrías hacerte pasar por una clienta y decirnos qué plantas utiliza, si intenta engañarte o qué remedios prepara.

Núria terminó de cortar los discos de las píldoras mientras pensaba una excusa. No quería que la involucraran en ese asunto.

—No sé, ¿y si me da una bebida que me cause alucinaciones? Por lo que cuentas, no parece una buena persona. ¿Qué podría hacerme mientras estoy dormida o confundida?

—Claro, entiendo que te asusten esas cosas —suspiró—. De todas formas, aún no sabemos con exactitud dónde encontrarla. Si un día lo averiguamos, el gremio ya decidirá qué hacer.

Observó a Josep unos instantes, pensativa.

—Si la encontraras, ¿cómo la castigarías?

Josep se encogió de hombros.

—Yo propondría reunir testigos, juzgarla y, si se comprueba que todo es cierto, la sancionaría, incautaría sus bienes y le prohibiría ejercer en el futuro bajo amenaza de penas más graves. En resumen: el mismo castigo que recibe cualquier comerciante de Barcelona que estafe a sus clientes.

Núria pensó que era un castigo justo: la Reina Sapo engañaba con malas artes y merecía una sanción. Por un instante había temido una reacción más hostil por tratarse de una curandera, pero Josep era un buen hombre; desde el primer día le había resultado fácil tratar con él. Mientras redondeaba una a una las píldoras entre las palmas de las manos, se planteó confesar que ella sabía dónde se escondía. Sin embargo, descartó la idea enseguida.

En los últimos meses, Josep y Antònia la habían acogido en su hogar sin reparos. Tenía un espacio propio en la rebotica, comía junto a ellos en la mesa de la cocina, e incluso le habían preparado una habitación en la buhardilla sobre la tienda, en la que habían puesto un jergón y un baúl para sus cosas. No quería arriesgarse a que descubrieran su pasado y su relación con curanderas como la Reina Sapo. Prefería distanciarse de todo aquello y mantener el libro del Legado bien escondido en el fondo del baúl.

Capítulo 26

EN EL HOSPITAL de la Santa Creu, Guim salió al porche de la primera planta y fijó la mirada en los naranjos del patio. Necesitaba ver algo que no fuera del color de la sangre. Respiró hondo y apoyó las manos en la barandilla de piedra. Aún tenía restos de sangre coagulada bajo las uñas.

Esa mañana, frente al tribunal del Estudio de Medicina, se había sentido un ignorante al no saber responder muchas de las preguntas. Ahora empezaba a dudar también de que pudiera cumplir las expectativas como cirujano del hospital. Volvió la cabeza hacia la habitación de los horrores, donde aguardaban los seis marineros recién desembarcados que debía atender. Más le valía volver ahí dentro si no quería que lo despidieran en su primera semana de trabajo. Arrastró los pies hasta la puerta y se encontró de frente con el médico jefe del hospital, el doctor Martí, pelirrojo y de unos cuarenta años, que salía en ese momento después de supervisar su faena acompañado por una monja enfermera.

—Has hecho un trabajo limpio con los dos marineros del fondo, pero aún te quedan cuatro.

—Así es, los he encontrado en peores condiciones de lo que imaginaba. Me llevará unas horas.

El doctor debió de ver la lividez en su rostro, porque le palmeó el hombro y añadió:

—¡Ánimo! Hoy es un día duro; no todos serán así. Esos pobres desgraciados que desembarcan después de tantos años no tienen ni dónde caer muertos. Para eso estamos nosotros.

Guim respiró hondo una vez más antes de internarse en la pestilencia de la habitación de aquellos hombres y se situó junto a la cama del tercero. Decidió que no quería mirarlo a la cara: se trataba solo de un despojo de carne maltrecha que debía recomponer lo mejor que pudiera. Retiró la sábana y evaluó su estado; era algo mejor que el de los dos anteriores. Además de las extrañas llagas y deformidades propias de los marineros, tenía varias heridas infectas, mal cauterizadas y en proceso de putrefacción. Guim se preguntó qué situación desesperada podía llevar a un hombre a aceptar un empleo que destrozaba la salud de esa manera.

—¿Perderé alguna extremidad, doctor? —le preguntó el enfermo.

Era el primero que le hablaba. Los demás se habían limitado a mirar al techo y apretar los dientes mientras los atendía, tal vez porque no entendían el idioma.

—No soy doctor, soy cirujano. Y creo que no. —Se fijó en un meñique morado y rígido, con una masa purulenta en el lugar donde debería estar la uña—. O quizá solo ese dedo de la mano izquierda.

—He tenido suerte, entonces.

—¿Quién trató de curaros las heridas? ¿Vosotros mismos?

—No, teníamos un sacamuelas a bordo. El pobre murió tres semanas antes de desembarcar.

—Pues lo hizo de pena.

Mientras Guim le limpiaba una de las heridas, se dio cuenta de que había una pieza dura enquistada bajo la piel. Con ayuda del bisturí, sacó un trozo de metal.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esto aquí incrustado?

—Desde que nos atacaron los corsarios en Cádiz, supongo.

Limpió las otras heridas, recortó pellejos de piel podrida y suturó los cortes. Amputó el dedo meñique y saneó las llagas. Se atrevió a mirar al marinero a los ojos, empañados de sudor y lágrimas.

—Gracias —dijo el hombre. Hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa, estirando las llagas de los labios y mostrando sus encías desdentadas.

CUANDO GUIM SALIÓ del hospital, ya era noche cerrada y caía una lluvia fina sobre la ciudad. Anduvo por la calle del Carme y se sorprendió al llegar a las Ramblas y encontrarlas llenas de gente a aquellas horas y con aquel tiempo desapacible. Se manchó los pies de barro al cruzar y, aunque ya no circulaba agua por allí, era fácil adivinar que la vía había sido una riera, pues recogía las aguas enfangadas de las calles colindantes. Entró a la zona más antigua y angosta de la ciudad a través de la Portaferrissa y se dirigió al albergue donde se alojaba.

El hospedaje que había escogido estaba junto a la Escuela de Medicina y muchos de los estudiantes vivían allí. Al llegar a Barcelona, le había parecido la mejor opción para entrar en contacto con el ambiente estudiantil, aunque no era barato, y en ese momento pensó que, si no lo aceptaban en los estudios, le convendría mudarse. Los sueldos en el hospital eran bajos, porque dependían de las donaciones de los ricos y de la caridad. Para médicos y cirujanos, era mucho más rentable establecer una consulta o visitar a los pacientes en sus hogares, pero el hospital era la única opción de empleo para los recién llegados. Aún podía considerarse afortunado de que se

encontraran faltos de personal y no hubieran puesto ninguna pega a las cartas de recomendación de su padre.

Guim se sentó a cenar a solas en la taberna del albergue. En una mesa contigua, un grupo de cuatro jóvenes bebía y reía ruidosamente. Por las frases sueltas que captó de su conversación, dedujo que eran aspirantes a médicos. Tras un rato, uno de los jóvenes se fijó en él y se sentó a su mesa.

—Tú eres nuevo, ¿verdad?

—Así es, llevo una semana por aquí.

—¿Te han dado la cama de la tercera planta, junto a la escalera? —Guim asintió—. Pues dile al dueño que no la quieres, siempre se la intenta endiñar a los inocentes que no conocen el albergue.

—Me dijo que era la más cálida porque está cerca del conducto de la chimenea, y hasta ahora no he dormido mal.

El joven alzó la voz por encima del ruido para dirigirse al tabernero, un hombretón con nariz de aspecto porcino que limpiaba la barra.

—Gabriel, ¿ya estás timando a otro huésped? Dale al nuevo una cama sin goteras, hombre.

—¡Que no tiene goteras! —respondió, y siguió frotando con el trapo.

—Insiste —le dijo el joven a Guim—. Si sigue lloviendo varios días seguidos, tendrás una gotera sobre los pies. Por cierto, me llamo Aleix. Yo y estos tres de ahí asistimos al Estudio de Medicina.

—Yo he hecho las pruebas esta mañana, pero no creo que vayan a aceptarme…

—No digas más —lo interrumpió Aleix—. El interrogatorio de los carcamales fue horrible y te hicieron sentir el ser más ignorante del mundo, ¿a que sí?

—Sí, no acerté ni una.

—No desesperes, siempre son así. Les gusta ver sudar a los novatos y sentirse superiores. Espera a recibir su carta.

—¿Tardan mucho?

—No, en mi caso solo me hicieron esperar una semana. Ven, siéntate con nosotros. Tenemos medio tonel de cerveza.

Tras la cena, Guim siguió escaleras arriba a los cuatro estudiantes, que iban algo ebrios y hablaban a voces de unas jovencitas que habían conocido el día anterior.

—Pues mañana pienso ir a ese taller de costura a buscar a Mireia, y le diré: o te vienes conmigo a las fiestas de San Antonio o quiere decir que eres una… —El chico, que pronunciaba con dificultad, se detuvo a media frase, eructó ruidosamente y todos rieron como una bandada de gansos. Guim oyó su propia carcajada; quizá él también estaba un poco borracho.

Cada uno se dirigió a su habitación, que era más bien un cubículo

de madera separado del pasillo por una gruesa cortina.

—Guim —dijo Aleix sosteniendo la cortina de su cuarto—, acompáñanos mañana después del desayuno a hablar con las costureras. Ellas hacen un descanso a las diez y la lección no empieza hasta las once.

—No puedo. Trabajo en el hospital, soy cirujano.

—Anda, qué callado te lo tenías. Bueno, otro día.

A Guim no le costó deducir que él era el único de los cinco que tenía que trabajar. Los demás eran hijos de médicos o terratenientes, y sus padres podían mantenerlos mientras estudiaban. Recordó de pronto el motivo que lo había llevado a Barcelona con tanta precipitación y se volvió antes de entrar a su cuarto.

—Aleix, una cosa: ¿conoces los monasterios de monjas que hay en Barcelona?

Aleix alzó las cejas con extrañeza.

—¿Me estás preguntando por monasterios de monjas? ¡Qué pregunta tan rara! ¿Qué estás planeando, granuja? No hagas planes con las novicias sin nosotros, ¿eh?

—No es por eso. Nada, déjalo.

Guim corrió la cortina e inspeccionó el techo a la luz de la lámpara. No había rastro de goteras. Palpó la cama y la sintió seca. Pero, al retirar las mantas, vio manchas de humedad en el jergón, en la zona de los pies. Aleix tenía razón: tendría que exigir otra cama. Se tumbó bocarriba y, justo antes de dormirse, deseó que el joven también tuviera razón respecto a sus posibilidades de entrar en la escuela.

UNOS DÍAS MÁS tarde, Guim hizo sonar la campanilla del enésimo convento que visitaba en sus ratos libres: el de Sant Pere de les Puel·les. Tras unos minutos, una vocecilla aguda surgió de la oscuridad a través de la celosía.

—Ave María Purísima. ¿Cómo puede ayudarle esta servidora, señor?

—Me gustaría saber si en este convento ingresó hace unos ocho meses la antigua baronesa de Montpalau, proveniente de Girona.

—Aquí no ha ingresado ninguna hermana nueva desde hace dos años.

Guim le dio las gracias a la religiosa y se marchó alicaído. Aquel era el último convento de mujeres que conocía dentro de los muros de la ciudad. Mientras regresaba al albergue sorteando a las lavanderas arrodilladas junto al Rec Comtal, se preguntó si podría encontrar a Núria en los monasterios dispersos por los alrededores de Barcelona.

En la taberna del albergue, Aleix, que disfrutaba de un desayuno tardío, lo recibió con una sonrisa radiante.

—¡Alegra esa cara, Guim! —le dijo al verlo entrar—. Este mensajero trae buenas noticias.

El mensajero le anunció con cierta pedantería que había sido aceptado en el Estudio de Medicina y le tendió una carta adornada con sellos y florituras. En ella, el decano lo invitaba con gran satisfacción a incorporarse a las lecciones magistrales en la ilustre entidad esa misma semana. Una vez salió de su asombro, Guim celebró su suerte invitando a todos los presentes a una ronda de cervezas.

Unos minutos después partió hacia el hospital aún con la sonrisa en la cara. A mitad de camino, mientras pensaba que la persona con quien hubiera querido celebrar la noticia era Núria, cayó en la cuenta de lo tonto que había sido: no se le había ocurrido preguntar sobre los monasterios a las monjas del hospital, y pasaba todo el día rodeado de ellas. Seguramente sabrían darle alguna pista.

Aprovechó la primera oportunidad que encontró, en la sala de convalecencia.

—Hay muchos monasterios por la región, ¿no sabes el nombre? —dijo la hermana enfermera mientras cambiaba las sábanas de una cama que había quedado libre.

—No. Lo único que sé es que mi amiga acompañó a la baronesa de Montpalau, que quedó viuda, para trabajar como sirvienta en ese monasterio.

—Entonces solo puede ser el de Pedralbes. Allí ingresan las mujeres de la nobleza y se permite la presencia de sirvientas. Está algo alejado de la ciudad, hacia el oeste, al pie de la sierra de Collserola. Puedes llegar allí en una hora y media caminando.

Guim abandonó la sala con sentimientos contradictorios. Por una parte, había conseguido información valiosa, pero, por otra, se lamentó de haber perdido tanto tiempo en los conventos de la ciudad. A partir de esa semana debía compaginar las clases en la escuela con su empleo de cirujano, y se había dejado enredar para recaudar donativos en el hospital durante las fiestas de San Antonio. Tendría que esperar hasta el siguiente día festivo para continuar la búsqueda.

NÚRIA SENTÍA LOS redobles de los tambores retumbarle en el pecho. Los músicos que cerraban la marcha de los *tres tombs* se acercaban desde la Rambla en su ruta hacia la iglesia de Santa Maria del Pi. Se encontraba junto a Josep y Antònia, apretujada entre la muchedumbre para dejar paso a los animales que iban a ser bendecidos por san Antonio, engalanados con pompones, cascabeles y guirnaldas. Cuando la cola de la procesión pasó de largo, Josep les propuso ir a ver una

función de teatro y las condujo hasta la plaza del Pi.

Buscaron sitio en la gradería de bancos instalados junto a la iglesia, pero ya solo quedaban libres los huecos donde caía el agua que goteaba de las gárgolas, así que se mezclaron entre el público que aguardaba al pie del escenario. A medida que pasaban los minutos, la plaza se fue llenando, centenares de cabezas se asomaron por los balcones y las ventanas. Núria nunca había visto a tanta gente pendiente de una misma cosa.

Las campanas tocaban las once desde el campanario ortogonal cuando subieron al escenario cinco adolescentes disfrazados de diablos. Saltaron, dieron volteretas e hicieron muecas grotescas; se acercaron al público y tiraron del pelo de las niñas, se burlaron de los jóvenes y sacudieron frente a las viejas sus colas acabadas en punta de flecha. Todos los presentes les reían las gracias; también Núria encontraba curiosas sus piruetas. Unos minutos más tarde apareció una mujer en el escenario que llevaba un caldero y unos ramilletes de hierbas, y los diablos iniciaron una danza a su alrededor. La risa de Núria se apagó al darse cuenta de que simbolizaba a una de esas curanderas a las que tomaban por brujas.

La mujer se colocó en el centro del escenario y lanzó al caldero plantas y pellejos de animales mientras enumeraba ingredientes inverosímiles, como estrépito de relámpago, oreja de murciélago o aliento de ahorcado. Llevaba una joroba falsa bajo el vestido y uñas postizas en forma de garra. Mientras realizaba un ritual, agitando las manos sobre el caldero, reía con voz aguda y maliciosa, abriendo mucho la boca. El público la abucheó. Después apareció un hombre que debía de representar a un pastor o un granjero, pues llevaba con él a varios animales que correteaban por el escenario: un gorrino, una oveja, dos ocas y un perro. El perro estaba amaestrado y sus cabriolas hicieron reír al público de nuevo.

La bruja tomó el protagonismo, se acercó al perro, le sopló unos polvos en el hocico y el animal se hizo el muerto. Luego maldijo a los otros animales uno a uno, los cuales siguieron dando vueltas sin inmutarse. El granjero emitió un lamento y el público se quedó en silencio para escucharlo:

—¡Oh, señor! Una bruja adoradora del diablo ha maldecido a mis animales. ¿Cómo alimentaré a mi familia durante el invierno? Ayúdame, Dios misericordioso. —Un actor vestido de monje subió al escenario—. San Antonio, ¡bienvenido seas! Salva a mi ganado, te lo ruego.

El santo rezó una oración, impuso sus manos al perro y este revivió. El público aplaudió mientras el perro agitaba la cola. Luego persiguió al gorrino, la oveja y las ocas para intentar hacer lo mismo. Por último, se enfrentó a la bruja y la condenó al fuego eterno del

infierno. Ella al principio trató de confundirlo: se puso a cuatro patas e imitó el balido de una oveja. Pero el santo se dirigió al público y aseguró que nadie podía engañarlo. Acabó dando una patada en el trasero a la mujer, que dio una voltereta y cayó de bruces con las faldas levantadas. Una estruendosa carcajada emergió del público; Josep se doblaba de la risa y Antònia se enjugaba las lágrimas y aplaudía sin cesar.

—Estás muy seria —le dijo a Núria mientras se abrían paso para salir de la plaza.

—No, ha sido divertido —mintió ella.

—Mira, Josep, ¿no son esos Francesc y su esposa? —preguntó Antònia, y señaló a un hombre que destacaba entre la muchedumbre por sus ropas de color morado. Se volvió hacia Núria—: Es el cónsul que administra el Colegio de Apotecarios.

Josep lo llamó y ambos hombres se saludaron. El cónsul llevaba un sombrero adornado con una pluma que se balanceaba con cada movimiento de su cabeza. Las mujeres de ambos se apartaron a un rincón para hablar y Núria se quedó junto a Josep.

—Se ríen mucho cuando ven a ese tipo de curanderas en un escenario, pero luego las buscan y les compran sus pociones —se quejó Francesc, y Josep masculló algo para darle la razón—. Ayer el doctor Bonastre me dijo que una paciente suya había acudido a la Reina Sapo para pedir un remedio contra las jaquecas. La curandera le vendió una botellita con una estrella grabada, y el brebaje le produjo visiones y temblores. Tardó varios días en recuperarse. Debemos hacer algo.

—Estoy de acuerdo, el gremio es el responsable de regular la venta de medicinas en la ciudad. Aunque se esconda en las afueras, afecta a los barceloneses.

—Sí. El doctor me dijo que tienen más pistas sobre su paradero. La paciente le mencionó unas casas ruinosas junto a una acequia, detrás de la masía de Can Coll. En la próxima asamblea propondré denunciarla formalmente.

—¿Tan pronto? ¿Sin comprobar nada antes?

—No querrás que alguno de nosotros pierda el tiempo en rastrear casas ruinosas por la zona. En mi botica estamos muy ocupados.

—Sí, en la nuestra también… —Josep sonrió a medias.

—Pues nadie lo diría —interrumpió Francesc—. Rechazaste al aprendiz que te ofrecí.

—Lo rechacé porque las referencias no eran buenas, y lo sabes.

—Seguro que te hubiera hecho más servicio que la alternativa que encontraste. —Francesc miró a Núria con altanería, e incluso con algo de desprecio.

—Es una aprendiz muy capaz.

—Una chica no puede ser tu aprendiz. Tu ayudante, como mucho.

Josep le dirigió a Núria una mirada intrigante y se rascó la nuca.

—Volviendo al tema de la curandera de las ranas: creo que nos equivocaríamos si denunciáramos ahora. Nuestra acusación no sería bien considerada, pues nos basamos solo en rumores y en testimonios que ni siquiera son directos, sino que son conocidos de conocidos.

—¿Qué propones?

—Si consiguiéramos alguna prueba en firme… Por ejemplo, una de esas botellitas con la estrella grabada. O uno de esos remedios que vende como si fueran píldoras y seguro que no lo son. Y un testigo directo que haya conocido a la curandera y testifique ante el alguacil.

La esposa de Francesc y Antònia finalizaron su cháchara alegre y devolvieron su atención hacia la conversación de los hombres.

—¿Tu ayudante podría conseguirlo? —Francesc observó a Núria de arriba abajo—. Ya que la consideras tan capaz que la llamas incluso aprendiz… No le costaría fingir que es una de esas muchachas que visita a la curandera por un remedio de mujeres, un filtro o una tontería por el estilo.

Núria se sobresaltó ante el giro que había tomado la conversación. Balbuceó una excusa torpe:

—Yo… no sé… Prefiero mantenerme al margen.

—¿El gremio la tendría en mejor consideración si demostrara así su valía? —preguntó Josep.

—Ya veremos. Al menos podría asistir a una asamblea para explicar lo que ha presenciado y presentarse ante los miembros.

—¿Qué dices? —Josep dedicó a Núria la mejor de sus sonrisas. Antònia, en cambio, frunció el ceño y cruzó los brazos.

Núria tomó aire y no se atrevió a decepcionar a Josep ni a borrar su sonrisa.

—Está bien. Puedo intentarlo.

—Como ves, siempre dispuesta —dijo Josep con alegría.

—Pues ya nos informarás cuando consiga alguna prueba —concluyó Francesc.

Se despidieron del cónsul y su esposa, y los tres se dirigieron hacia la botica. Antònia miró a Núria de reojo, como si intuyera su inquietud. Luego se dirigió a su marido.

—¿Eso ha sido un intento para que acepten a una mujer como aprendiz en el gremio?

—Bueno, es que, de alguna forma, deberían reconocer la función que ejercéis… Nunca se sabe adónde nos llevará. Al principio no admitían a las viudas en las asambleas y ahora se les permite escuchar. No como miembros de pleno derecho, claro, pero al menos están allí.

—Esto es diferente. No generes expectativas que luego te causarán

decepción —respondió Antònia.

—Ya lo sé. Es que nuestra situación empieza a preocuparme. —Josep se encogió de hombros—. Aún faltan años, pero… deberíamos ir pensando en alguien a quien legar la botica. Tendría que ser alguien dispuesto a ocuparse de nosotros cuando ya no podamos valernos por nuestra cuenta, ¿no te parece?

Una sombra cubrió el rostro de Antònia. Solía adoptar esa expresión cada vez que recordaba que no habían podido tener hijos. La mujer suspiró y los tres continuaron en silencio hacia la calle de la Especieria.

Capítulo 27

Febrero de 1529

EL BIBLIOTECARIO COLOCÓ el libro sobre el escritorio de Climent con cierto desdén, sin el gesto cuidadoso con el que solía tratar sus preciados manuscritos.

—Aquí tenéis: *Malleus maleficarum*. Ha llegado hoy.

Climent apartó el borrador de la carta para el arzobispo en la que había trabajado toda la mañana y hojeó el libro.

—Justo a tiempo.

—Es un libro impreso —dijo el bibliotecario arrugando la nariz—. Veréis que no está a la altura de los manuscritos que tenemos en la biblioteca.

—Este texto es el referente en los juicios de brujería.

—Sí, pero estos libros hechos a golpe de metal… Es como si no tuvieran alma. No son obras únicas, no han sido creados con el esmero de ilustradores y escribas…

—Gracias, Zacarías. Puedes retirarte —lo interrumpió Climent. No tenía ninguna necesidad de perder el tiempo con aquella conversación banal.

Zacarías hizo una breve reverencia, se dirigió a la puerta y se encontró de frente con el tesorero, que se plantó en el umbral y le impidió salir.

—Climent, esto es del todo inaceptable —dijo Alfonso con indignación.

—Deberías dirigirte a mí con mayor respeto, Alfonso, soy tu superior. ¿De qué se trata ahora?

—¡Lo sabes perfectamente! Desde que el obispo está indispuesto, te crees el amo de la diócesis.

—Claro, porque lo soy. ¿O hay alguien con mayor rango en el palacio?

Alfonso entró en el despacho seguido por un joven capellán nuevo en la diócesis. Climent no recordaba su nombre, aunque lo había visto en compañía del tesorero en varias ocasiones. Parecía que el recién llegado había escogido bando. Peor para él, pues se había posicionado con los perdedores. El bibliotecario se hizo el despistado y se quedó cerca de la puerta, sin duda, con intención de fisgonear.

—Ayer escuché los rumores y no los creí —siguió Alfonso—, pero hoy he ido a comprobarlo por mí mismo y son ciertos: ¡en los calabozos hay una niña encerrada! No tiene más de siete u ocho años. ¿Qué clase de hombre de Dios dejaría a esa pobre criatura a merced de carceleros y mercenarios?

Climent entrecruzó las manos y se recostó en su silla.

—Mis hombres de armas no le harán ningún daño. Y si está allí, es porque lo merece y porque forma parte de un plan mayor.

—¿Cómo va a merecer esa niña un castigo así? Dicen que la trajeron tus mercenarios ayer. ¿De dónde viene? ¿Dónde está su familia?

—No te debo ninguna explicación, Alfonso.

—Y no solo eso. Dicen que también has encerrado a un sacerdote en la celda de aislamiento. Lo has despojado de su sotana y lo has amordazado, pero, según los rumores, es un religioso. ¿Es cierto?

—Últimamente se dicen muchas cosas en el palacio. No deberías dar crédito a todas ellas.

—Si el obispo estuviera en situación de dirigir la diócesis, jamás te permitiría esto.

—Sin embargo, no está en situación de dirigir nada, ni sabemos si volverá a estarlo.

Los tres hombres presentes abrieron la boca en un gesto de indignación y se santiguaron. Climent sabía que era impostado. Debían de ser conscientes de que el obispo Despés jamás recuperaría la salud, aunque solo él se atrevía a decirlo en voz alta. Dos semanas atrás había sufrido un achaque y desde entonces aguardaba la muerte postrado en la cama, con medio cuerpo paralizado y totalmente dependiente de los cuidados de los demás para comer, hacer sus necesidades e incluso para limpiarse la baba. Apenas se le entendía cuando hablaba y era incapaz de prestar atención a lo que se le decía.

—¡Has aprovechado la desgracia de nuestro obispo para campar a tus anchas! Reuniré a los clérigos de la diócesis. Escribiremos una declaración conjunta al arzobispo y solicitaremos la retirada de tu cargo —dijo Alfonso.

—No hará falta que celebréis ninguna reunión ni que escribáis ninguna declaración. El arzobispo nos visitará muy pronto y se lo podréis decir en persona. —Climent le mostró por encima la carta que estaba redactando—. Recibió noticias mías hace unos meses y aprueba la empresa que estoy llevando a cabo en contra de la herejía y la brujería. Cualquiera que se oponga a ella será sospechoso de complicidad con las brujas. Sin embargo, eres libre de explicarle tu punto de vista, por supuesto.

Alfonso arrugó los labios en una mueca de pura impotencia.

—Esto no acabará así, Climent. Pronto recibirás tu merecido. —Y abandonó la habitación seguido por el capellán joven y el

bibliotecario.

Climent repasó satisfecho la carta para el arzobispo. Todos los acontecimientos se habían coordinado a la perfección y él había sabido aprovecharlo. Si su plan daba resultado, en breve tendría a la bruja de Bóixols y a sus aliados en los calabozos, y se celebraría el juicio que daría a conocer la conspiración de las brujas de las estrellas. Además, ese proceso coincidiría con otro de sus logros: la inauguración del nuevo retablo de la catedral, así que el arzobispo podría estar presente en ambos eventos. Y ahora que el obispo Despés se encontraba incapacitado, Climent no tenía impedimento para intervenir en Melers. Casi podía visualizar los pasos a seguir para escalar hasta el cargo de obispo en un futuro cercano.

Antes de enviar la carta, bajó a la catedral a supervisar los trabajos del nuevo retablo. Los carpinteros estaban armando la estructura que sustentaría los distintos paneles y los martillazos retumbaban en la nave. Localizó al responsable y le preguntó lo que ya sabía, solo para quedarse tranquilo.

—Sí, en dos semanas el retablo estará acabado.

NÚRIA AÚN ESTABA a tiempo de dar media vuelta y decir que no había encontrado a la Reina Sapo, o de explicar que la había encontrado y no había querido atenderla. En ese momento ya no sentía ninguna necesidad de rebatir el desprecio del cónsul ni de demostrar nada ante el gremio. Sin embargo, Josep había dejado claro que tenía fe en ella y no se atrevía a decepcionarlo.

Abandonó el camino y se internó entre unos arbustos. Ató la correa de *Neulit* a un álamo para que no la siguiera hasta la choza de la curandera y sacó de su bandolera el vestido bordado con hojas de hiedra que le había regalado Joana. Esperaba que el cambio de apariencia evitara que la Reina Sapo la reconociera, pues seis meses atrás había salido corriendo de su casa de malas maneras.

El sol ya estaba cerca del cénit cuando pasó junto al estanque de las ranas y llamó a la puerta. Mientras aguardaba, tuvo la impresión de que la estrella dibujada en la madera la acusaba de traicionar sus orígenes. «Esta curandera no tiene nada que ver con lo que soy ahora», replicó al dibujo. O quizá se lo dijo a sí misma.

La anciana apareció en el umbral, la miró con satisfacción y la hizo pasar. El interior de la casa estaba igual que lo recordaba de su anterior visita, solo que esa vez vio de cerca a la segunda habitante: una muchacha de pelo negrísimo y piel cobriza, con rasgos exóticos. Intuyó que se trataba de una aprendiz.

La curandera le preguntó qué deseaba. Núria se aclaró la garganta y

recitó lo que había ensayado:

—Padezco unos dolores muy fuertes con cada menstruación. Hay días que no soy capaz de levantarme de la cama, y me gustaría que me diera un remedio que pueda tomar cada mes.

—Una dolencia común entre las jóvenes. —La curandera asintió y le hizo un gesto con la mano a su aprendiz—. Sin embargo, para poder ayudarte antes necesito conocerte un poco mejor. Siéntate.

Núria tomó asiento frente a la Reina Sapo, junto a una mesita redonda, mientras por el rabillo del ojo trataba de no perder detalle de cuanto hacía la ayudante. La muchacha añadió una mezcla de hierbas en un mortero, y entre ellas Núria pudo identificar la lavanda y la adonis de primavera. Esas plantas formaban parte de una receta del Legado que creaba apego por otra persona, apagaba el sentido crítico y favorecía la ingenuidad.

—Dime, jovencita —dijo la Reina Sapo, reclamando la atención de Núria—. Además de tu ciclo de sangre, ¿has padecido otras dolencias últimamente?

Ella se inventó dolores de cabeza e indigestiones, y luego la curandera le hizo preguntas cada vez más inverosímiles sobre su estado de ánimo, sus gustos para desayunar, su signo del Zodíaco, sus sueños y pesadillas, e incluso le acabó preguntando por sus parientes y amigas.

—Eh… —balbuceó Núria—. Sí, claro, tengo amigas de mi edad que padecen igual que yo, o quizá no tanto. No solemos hablar de ese tema.

—Pues deberíais hablarlo y, si te sienta bien el jarabe que voy a preparar para ti, háblales de mí y diles que vengan a visitarme. ¿Lo harás?

—Por supuesto —mintió. Entonces percibió un humo blanco que procedía del fondo de la choza y que estaba invadiendo poco a poco el aire de la habitación. No tenía sentido marcharse antes de conseguir el jarabe, así que tendría que soportar los efectos del humo.

La Reina Sapo se levantó y la aprendiz le tendió a Núria una taza humeante.

—Toma, esto te sentará bien mientras mi maestra prepara un jarabe especialmente formulado para ti.

Núria simuló dar unos sorbos a la infusión mientras la curandera mezclaba hierbas, polvos y aceites y los echaba a un caldero. Se inclinó sobre el agua hirviendo para remover y los vapores dieron a su piel un aspecto viscoso de anfibio. Entonces entonó una especie de cántico en una lengua que parecía inventada y la informó de que tendrían que esperar a que el jarabe estuviera listo.

Pasaron varios minutos en silencio. Núria observó con atención las plantas secas que la Reina Sapo guardaba en su choza. La sorprendió

comprobar que muchas de ellas crecían en los prados alpinos o en los bosques de coníferas de las zonas altas de las montañas, como la genciana, la uva de oso o la serpentaria, y se preguntó cómo conseguía aquellos ingredientes que provenían de tan lejos.

Al fin, la curandera le tendió una botellita de cristal que contenía un líquido viscoso de consistencia parecida a la de un jarabe. En el cristal había un símbolo grabado a mano, probablemente mediante un punzón: era una estrella del Legado algo desdibujada.

—Debes tomar dos dedales de este jarabe cada mañana de tu ciclo de sangre, con esa cantidad bastará. Y serán cinco sueldos.

Núria sacó su monedero, y solo cuando se percató de que no llevaba esa cantidad, se dio cuenta de que era un precio exagerado. Ninguno de los medicamentos que vendían en la botica valía más de dos sueldos, ni siquiera los más complejos, ni tampoco los que contenían ingredientes preciosos como polvo de oro.

—No tengo tanto dinero —se excusó.

La Reina Sapo torció el gesto.

—¿Cuánto has traído?

—Dos sueldos.

—Está bien, como es la primera vez que me visitas, te lo dejaré por dos sueldos. Cuando de aquí a unos meses necesites más, acuérdate de traer cinco.

Núria asintió y, tras intercambiar el dinero por el jarabe, se apresuró hacia la puerta. Abandonó el caserío en ruinas con una sensación de flotabilidad; lo percibía todo brillante y sedoso, y dedujo que tanto el humo como la infusión tenían efectos sedantes e hipnóticos. Recogió a *Neulit* y empezó a caminar hacia Barcelona. A medida que iba recuperando el sentido de la realidad, fue consciente de que la Reina Sapo la había estafado. Los rumores que había oído Josep eran ciertos.

—¡Qué extraño usar adonis también para generar humo! Según el Legado, se administra solo en infusión—dijo en voz alta. No sabía por qué, pero en ese momento hablar sola le pareció lo más natural—. Al principio no me di cuenta de que me estaba estafando, ¡le habría dado los cinco sueldos sin rechistar si los hubiera llevado en el monedero!

Neulit ladró como si quisiera darle la razón. En un momento dado, a Núria le pareció oír que alguien gritaba su nombre a lo lejos. Se volvió y no vio a nadie. Se percató de que aún llevaba el vestido bordado en seda, así que buscó un escondite apartado del camino para cambiarse.

GUIM ABANDONÓ EL recinto del monasterio de Pedralbes con el ánimo abatido. Durante el camino de regreso a Barcelona, intentó

convencerse a sí mismo de que no todo estaba perdido. No había encontrado a Núria, pero al menos sabía que había vivido allí un tiempo: las sirvientas la recordaban tanto a ella como a *Neulit*. El problema radicaba en que ninguna supo decirle hacia dónde se había dirigido cuando se marchó seis meses atrás. Su única esperanza era la nota que había dejado para la baronesa con la pregunta sobre Núria y la dirección de su albergue; esperaba que ella tuviera más información y se tomara la molestia de enviarle una respuesta. No obstante, incluso si eso salía bien, ¿qué haría si descubría que se había marchado lejos de Barcelona? Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos angustiosos. No merecía la pena preocuparse antes de tiempo.

Tomó un camino que discurría paralelo a una acequia, rodeado de almendros en flor. Tras varias semanas encerrado en la ciudad, encontró que era un paseo agradable. Giró por una curva y distinguió a lo lejos la silueta de un animal peludo sentado en el margen del camino, bajo una hilera de álamos. Al principio creyó que se trataba de un oso y se sobresaltó; luego comprobó que estaba atado al tronco de uno de los árboles y siguió aproximándose. Era un perro enorme, blanco con manchas grises. Un mastín de los Pirineos, sin duda. ¡Era *Neulit*! Se había vuelto gigantesco, pero estaba seguro de reconocerlo. El perro se irguió y lo miró con sus ojos de color avellana, olisqueando el aire en su dirección, como si también lo reconociera.

Guim dio una vuelta sobre sí mismo con el corazón golpeándole en el pecho, observando los campos a su alrededor. Gritó el nombre de Núria varias veces; la voz le temblaba de emoción ante la expectativa de encontrarla allí mismo, en ese momento, después de tanto tiempo. No obstante, nadie respondió.

Pensó que, si ella había dejado a *Neulit* atado allí, no podía andar muy lejos. Le pareció ver gente al final de uno de los campos de almendros y decidió acercarse. Fue acelerando el paso y, tras caminar un trecho, se dio cuenta de que eran solo tres campesinos. ¿Y si Núria había avanzado en el sentido opuesto, siguiendo el canal de agua? Dio la vuelta y regresó al camino casi a la carrera, y al llegar vio con horror que el mastín había desaparecido. Dio una patada al suelo a causa de la frustración. ¿Por qué no se había limitado a esperar al lado de *Neulit*?

Trató de identificar en el camino las huellas del perro para adivinar hacia dónde habían ido, pero no fue capaz de distinguirlas en el suelo polvoriento lleno de roderas, marcas de pezuñas y huellas de zapatos. En realidad, no tenía ni idea de cómo rastrear a alguien. Ofuscado, hizo bocina con las manos y gritó el nombre de Núria en varias direcciones. Iba a perderla, ¡y sentía que había estado tan cerca! Como última opción, se dirigió hacia Barcelona al trote con la esperanza de alcanzarla en el camino. No obstante, llegó a las murallas sin aliento y

sin haber hallado rastro de Núria ni de *Neulit*.

Capítulo 28

FELIU ALCANZÓ LA cima del promontorio en el que se asentaba la ermita de Belloch. Miró hacia atrás mientras recuperaba las fuerzas: lo seguían los aldeanos de Melers y Dorres en filas de dos, ya menos habladores a causa de la subida. Disfrutaba de las jornadas festivas de peregrinación, las sentía como una aventura colectiva. Ese día solo lo entristecía la ausencia de Jeroni; de nuevo había argumentado achaques y se había quedado en casa.

Lideró la marcha hasta la ermita, que se erguía solitaria en un extremo del promontorio, con el telón de fondo de las cumbres nevadas. El último tramo era llano y los aldeanos retomaron las conversaciones. Oyó a su espalda risas y gritos, y un grupo de niños lo adelantó a la carrera.

Esperó frente a la ermita antes de abrir las puertas, pues no quería que los ancianos rezagados se quedaran sin asiento durante la misa. Las caras conocidas que se arremolinaban a su alrededor parecían felices; el frío del invierno no se había alargado tanto como los años anteriores. No obstante, al fondo de la multitud distinguió a un pequeño grupo de personas disgustadas. Eran los familiares de Raquel. Gesticulaban como si estuvieran discutiendo, y advirtió que la joven se secaba las mejillas con el dorso de la mano. Feliu tuvo que iniciar la misa sin haber averiguado qué sucedía, pues no encontró el momento adecuado para acercarse a ellos.

Durante la ceremonia en honor a la Mare de Déu de Belloch, Feliu estuvo distraído. Las cuatro monjas que vivían allí aisladas lo asistieron algo perplejas: primero, no encontraba el misal y una de ellas se lo señaló sobre una silla, luego lo puso del revés sobre el atril y casi se quemó una de las mangas de la sotana con un cirio. Situado de cara al altar y de espaldas a su congregación, no veía si Raquel aún lloraba. En el momento de la comunión, al fin pudo adivinar algo más: el hermano de Raquel, que se había marchado a Llívia años atrás, estaba allí con ellos. ¿Sería él la causa de tanto disgusto?

De regreso a Melers, Feliu tuvo la impresión de que Raquel lo evitaba, pues cuando él se rezagó entre la gente para situarse a su lado, ella aceleró el paso. Entró en casa con el ánimo inquieto y, para su sorpresa, la encontró de pie en la sala de estar, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—Raquel, ¿qué ha pasado? —Le apoyó las manos en los hombros y la atrajo hacia él.

—Mi hermano nos ha visitado hoy y… —Un sollozo le entrecortó la voz—. Dice que ha encontrado un marido para mí en Llívia y mis padres quieren que me case. Yo no deseo irme de Melers. No quiero casarme con un hombre al que no conozco.

Feliu hacía tiempo que temía la llegada de ese momento; el frágil equilibrio en el que vivían se había roto de repente. Estaba advertido, pero no estaba preparado. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Lamento verte tan triste. ¿Les has dicho lo que tú deseas?

—Claro que se lo he dicho y les da igual, me obligarán a casarme. Ya soy mayor y no pretenden mantener a una solterona en casa. —Lo miró con ojos vidriosos, parecía muy vulnerable—. Por favor, habla con mis padres. Convéncelos de que no me obliguen a casarme.

—No sé… No conozco al hombre que han escogido para ti. ¿Qué razones podría exponer para desaconsejar ese matrimonio? —preguntó con cautela. No se atrevía a presuponer nada, casi le daba miedo escuchar la respuesta.

—Diles que quieres que me quede aquí, que me necesitas para las tareas del hogar. Podría vivir en tu casa. —Ella cerró los dedos alrededor del brazo de él y refugió el rostro bajo su cuello—. Tú eres nuestro párroco, no te llevarán la contraria.

Él tragó saliva. Raquel estaba muy cerca, y quería que estuviera más cerca todavía. Sin embargo, lo que le pedía no era posible, aunque le rompía el corazón admitirlo. Si acogía a Raquel bajo su techo… traicionaría todo cuanto le habían enseñado y lo que predicaba. Imaginó qué dirían los vecinos sobre él y hasta dónde podrían llegar los rumores. Deshizo el abrazo y retrocedió un paso. Raquel lo miró con expresión dolida.

—¿No te gustaría que viviera contigo? —dijo ella con un hilo de voz.

—Pues claro, pero… no puedo. No estaría bien. Lo sabes. Daría de qué hablar, y las habladurías podrían llegar hasta el obispado.

—No serías el primero ni el último. ¿Cuántos sacerdotes viven con sus amas de llaves? Y los dejan en paz, no les sucede nada malo. Todos lo saben y callan.

—No es tan sencillo como dices. Y, aunque lo fuera, ¿de verdad es esta la vida que quieres?

—Sí, sin duda.

Ella le cogió las manos y Feliu negó con la cabeza; intentó que sus razones no sonaran a simples excusas. Hizo un esfuerzo por decirlas todas.

—No pienses solo en lo que deseas ahora, sino en el futuro. ¿No

preferirías formar una familia? Imagínate a ti misma de mayor…

Raquel cerró los ojos.

—Ya lo estoy imaginando, y me veo como una viejecita encorvada que despierta a tu lado todas las mañanas y que cena cada noche acompañada por el hombre más bueno y generoso del mundo.

La muchacha mantuvo los ojos cerrados y levantó la barbilla: quería que la besara. Feliu miró sus labios rosados y un segundo después apretó los párpados para no verlos más. Le temblaba la barbilla; estaba aterrado. No quería dejarse llevar por un impulso irracional. Pensó en las consecuencias que podía desencadenar ese beso y soltó las manos de Raquel.

—No puedo, tengo que pensar. —Se llevó la palma a la frente y dio unos pasos nerviosos por la estancia—. En el obispado tengo enemigos, ya sabes cómo es el arcediano, ¿y si se entera de esto? Lo usaría en nuestra contra. Lo siento, no puedo.

—Dijiste que no volvería a molestarnos.

—Por el momento parece que no. Sin embargo…, nunca nos libraremos de él. Tengo la sensación de que volverá a fijar su atención sobre nosotros, tarde o temprano.

Raquel sollozó, quieta con los pies juntos y la mirada baja. Dos lágrimas le resbalaron por las mejillas. Feliu sintió tanta lástima por ella que estuvo a punto de abrazarla de nuevo. Antes de que se decidiera, ella levantó el rostro con determinación.

—Yo no tengo miedo del obispado. Lo que más temo es separarme de ti.

Se acercó de una zancada, le besó fugazmente en los labios y se marchó. Feliu se quedó solo y desconcertado, con la nariz mojada por las lágrimas de Raquel y un cosquilleo en las yemas de los dedos.

FELIU NO DURMIÓ ni un minuto en toda la noche; se revolvió entre las sábanas mientras libraba una batalla consigo mismo. Su mente, descontrolada, se empeñaba en vislumbrar a Raquel, las formas que se adivinaban bajo su vestido, sus gestos más delicados, su olor. Eran detalles a los que creía no haber prestado atención, que habían esperado latentes en su memoria y ahora surgían sin cesar, para atormentarlo. Y lo que más lo torturaba era imaginarla a ella en su cama sintiéndose igual que él, y pensar que en verdad lo amaba, algo que le parecía increíble y maravilloso a la vez. A pesar de sus esfuerzos, empezó a dudar de todo cuanto le habían inculcado. Se acusaba a sí mismo de ser débil, pero luego recordaba que ella deseaba compartir su vida con él sin importar las consecuencias, y entonces se adueñaba de él una fortaleza difícil de explicar.

Con la primera claridad del alba, salió a caminar con la vana esperanza de que la quietud del amanecer lo serenara. Cuando la aldea empezó a despertar, regresó a casa derrotado, sin voluntad para seguir luchando. Se dejó caer en el butacón y oyó golpes de nudillos en la puerta. Raquel querría saber qué había decidido. Y la decisión era inevitable: deseaba verla feliz y fundir sus labios en la sonrisa de ella.

Caminó hacia el umbral con la respiración agitada, dispuesto a lanzarse al abismo, a revolcarse como un animal, a agarrarse a la vida sin remordimientos, como si no existiera el mañana.

Abrió la puerta y se enfrió de repente: no era Raquel.

Un desconocido vestido de paje le tendió un pergamino con el sello del obispado.

—Mensaje urgente del padre Climent. El arcediano requiere que me entregue una respuesta de inmediato.

Feliu pestañeó desorientado y el mensajero agitó ligeramente el pergamino frente a su cara con impaciencia. Cogió la carta, aún con las ideas turbulentas dándole vueltas en la cabeza.

—Espere aquí, enseguida vuelvo.

Abrió los postigos del salón para que entrara luz e hizo un esfuerzo por concentrarse en el texto. En la carta, Climent explicaba que había descubierto una confabulación hereje que, según decía, se extendía oculta a la autoridad de la Iglesia. En unos días se celebraría un juicio importante contra algunos de esos herejes y se exigía la presencia de todos los párrocos en La Seu. También advertía represalias para quien no se presentara. Por último, anunciaba que el arzobispo de Barcelona los honraría con su presencia durante el juicio.

Feliu garabateó en una hoja la única respuesta posible: sí, acudiría a La Seu. Le dio la carta al mensajero y este se fue enseguida.

Debía partir en pocos días y su estancia se podía alargar dos o tres semanas, pues sabía que ese tipo de procesos solían ser largos. El viaje le ofrecía una tregua para distanciarse y tomar una decisión serena sobre Raquel. Trató de convencerse de que era mejor así, pues no quería causarle dolor ni dejarse llevar por un arrebato con consecuencias irreversibles. Apenas se había acomodado en el butacón cuando oyó de nuevo unos golpecitos, esa vez en la puerta trasera. Raquel entró sin esperar a que le abriera y él se puso en pie.

—Acabo de recibir un mensaje del obispado. Debo ir a La Seu para asistir a un juicio y me marcharé en tres días. —Raquel asintió, muda y ojerosa—. ¿Cómo estás?

La muchacha se encogió de hombros.

—Es complicado. A ratos esperanzada, otros tan solo triste.

—Escucha, yo… tengo que meditar sobre nuestra situación. Reflexionaré durante el viaje y regresaré con una decisión. Además,

así comprobaré qué ha estado haciendo el arcediano y si ya se ha olvidado de su obsesión por Melers.

—¿Y qué pasará con el compromiso que planea mi familia?

—Puedo hablar con tus padres para ganar tiempo. Les diré que te he visto disgustada; les pediré que no se precipiten y que no te obliguen aún a comprometerte. ¿Qué te parece?

—Está bien. Te echaré de menos mientras estés fuera.

—Yo también. —Feliu suspiró, cruzó el salón y la besó en la frente.

Salió al huerto para alimentar a las gallinas y se obligó a concentrarse en las tareas cotidianas. Sin embargo, pronto empezaron a inquietarlo los planes retorcidos de Climent. ¿Qué tramaba el arcediano con ese juicio?

LA SIGUIENTE TARDE que Guim tuvo libre en el hospital, regresó al lugar donde había encontrado a *Neulit*. Por el camino se preguntó si estaba demasiado obcecado en buscar a Núria. En ocasiones tenía la impresión de que se estaba obsesionando con un recuerdo. Padecía todos los síntomas de un tonto enamorado, pero hacía ya un año que no la veía, y eso no tenía ningún sentido.

En el pasado, cuando vivía en Puigcerdà, otras dos muchachas habían llamado su atención. Sin embargo, no habían perdurado más de un par de meses en su cabeza loca de adolescente, y él siempre había estado más interesado en manosearlas en el escondrijo bajo la escalera que en conversar con ellas. Con Núria había sido diferente desde el principio; nunca antes había sentido esa desazón, esa inquietud.

Sin querer, fue acelerando el paso a medida que se acercaba a la hilera de álamos junto a la acequia, pero, cuando llegó, comprobó que el mastín no estaba allí. Paseó por los alrededores buscando indicios indeterminados y lo invadió el presentimiento de que era un lugar inusual, más vacío de gente y de ganado de lo que cabría esperar. Quizá lo que causaba esa percepción era el grupo de casas abandonadas que proyectaban su sombra sobre la tierra baldía.

Al anochecer se dirigió de vuelta a Barcelona. Cuando llegó al albergue, la taberna estaba vacía. Antes de alcanzar las escaleras que subían a las habitaciones, oyó una voz a sus espaldas que lo sobresaltó:

—Espera, joven, te han dejado una carta esta mañana.

El dueño había aparecido detrás del mostrador; parecía que estaba allí a cualquier hora del día. Guim sospechaba que ese hombre no tenía casa propia y dormía bajo el tablón de madera, entre los barriles. Con el aliento contenido, recibió la carta de sus manos pringosas y por

primera vez torció el gesto al reconocer la caligrafía irregular de su madre. No es que no quisiera recibir noticias de su familia, sino que el mensaje que esperaba con obsesión era otro. El tabernero hurgó en el bolsillo de su camisa y le mostró un segundo papel, este de tamaño minúsculo.

—También han traído esto, no sé si es para ti. Solo trae una cruz dibujada en el reverso.

—Estoy esperando una carta de las monjas de Pedralbes —dijo Guim. Se acercó a un candil y desdobló la nota con cuidado.

—Sí, ¡es esta la que esperaba!

Con el pulso acelerado, leyó las dos frases escritas por sor Joana: la baronesa le contaba que Núria se había marchado del monasterio con la intención de que la contrataran en una botica de Barcelona, aunque ignoraba qué botica era y si lo había conseguido.

—¿Quieres potaje de garbanzos para cenar? Aún está caliente —dijo el tabernero.

Guim accedió y devoró la comida con un hambre repentina. Se le hacía fácil imaginar a Núria tras el mostrador de una de las boticas de la calle de la Especieria. Tuvo la corazonada de que ella encajaba a la perfección en aquel lugar y esa visión lo hizo sonreír. No obstante, su sonrisa se disipó mientras subía por las escaleras hacia su cuarto. Al día siguiente se dirigiría a la calle de la Especieria, y, si la encontraba… entonces, ¿qué? ¿Ella se alegraría de verlo o le guardaría rencor? O, peor aún: ¿habría tenido tiempo de casarse con algún boticario que le había ofrecido una vida llena de comodidades?

NÚRIA SALIÓ DE la botica en compañía de Josep para asistir a la asamblea del gremio. Llevaba consigo a *Neulit* porque la ayudaba a sentirse más segura, pese a que en aquella ocasión el mastín no podría estar presente mientras diera las explicaciones sobre la Reina Sapo. Se había despertado con el presentimiento de que aquello podía salir muy mal y no conseguía sacudirse esa sensación de encima. Josep estaba más hablador que de costumbre.

—Tú diles lo mismo que me describiste a mí: las plantas que usó, el cántico en lengua pagana, el humo sedante y el precio de cinco sueldos que pidió por el mejunje.

—Bueno, al final me lo dejó por dos porque era la primera vez que acudía a ella.

—Ya, pero no hace falta que expliques eso, conviene simplificar. Algunos boticarios tienden a irse por las ramas con debates absurdos que no vienen a cuento, por eso las reuniones siempre se alargan varias horas. Hazme caso: te pones en pie, hablas dos minutos, dices lo

esencial y vuelves a tu silla mientras discutimos cómo proceder.

—¿Y si me hacen preguntas?

Esa era la parte que temía Núria: que la sesión se convirtiera en un interrogatorio y que se viera obligada a decir más de lo que quería.

—Serán preguntas fáciles, no te preocupes. Tú conoces las plantas y las fórmulas de los compuestos mejor de lo que ellos imaginan.

Núria calló; las preguntas sobre plantas no eran las que le preocupaban. Avanzaron por la calle a paso rápido, esquivando los montones de basura y los charcos. A mitad de camino, la correa de *Neulit* se enredó en las piernas de un hombre que se había quedado parado en medio de la vía.

—Disculpe, señor —dijo ella, y agarró a *Neulit* del collar para desenredar la correa.

—Núria…

La voz era conocida. Levantó la mirada y se quedó petrificada.

—No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado —dijo Guim.

La miró con los ojos brillantes y sonrió con inseguridad, escrutando su rostro. Josep se detuvo junto a ellos. Núria buscó qué decir, sin creer lo que veía.

—Guim… Ha pasado mucho tiempo, ¿qué haces en Barcelona?

Él dijo algo relacionado con los estudios de medicina y el hospital, pero ella no lo escuchó. Oía su voz amortiguada por el ruido de la calle, como si le llegara desde lejos. Estaba inquieta por las perspectivas de la asamblea y no podía hacerse a la idea de que Guim estuviera allí. Se había obligado a olvidarlo, no tenía intención de verlo nunca más, y ahora aparecía de repente. Al poco rato, Josep interrumpió el relato de Guim.

—Llegaremos tarde, Núria.

—Sí —dijo ella—. Tenemos prisa.

—¿Podemos vernos algún día? Dime dónde puedo encontrarte.

Lo dijo con tanta delicadeza y timidez que parecía un ruego. Ella se sentía aturdida, pero, en cambio, él no parecía sorprendido con el encuentro, sino más bien preocupado o inseguro.

—Trabajo en la botica de Josep Lluch —respondió ella de forma automática.

—Está al final de esta calle —añadió Josep, señalando la dirección de la que provenían.

Guim asintió.

—Vendré a buscarte. Nos vemos pronto.

Núria se despidió con media frase y continuó su camino junto a Josep. Antes de girar una esquina, volvió la mirada y comprobó que Guim no se había movido. La observaba desde lejos y la saludó con ese gesto tan suyo, con la palma abierta y alzada justo por encima de la cabeza.

Llegaron enseguida al Colegio de Apotecarios, y Núria se obligó a concentrarse en el relato de la Reina Sapo que había ensayado. En la entrada del edificio tendió la correa de *Neulit* a un mozo de cuadras, quien, acostumbrado a recibir las riendas de los caballos, se quedó estupefacto sin saber qué hacer con el mastín. Josep rio entre dientes cuando pasaron de largo, y Núria pensó que ella debía de haber puesto esa misma expresión al encontrarse con Guim.

Sin disponer siquiera de un instante para respirar, se encontró frente a los miembros del gremio, en el centro de una sala con amplios arcos de piedra en el techo y antorchas en las paredes. Las miradas de una veintena de hombres convergieron en ella. Josep se situó a su lado y pidió permiso a Francesc para hablar.

—Como sabéis, la curandera que se instaló hace unos meses a las afueras de Barcelona ha generado multitud de rumores —dijo con aplomo—. Gracias a las averiguaciones de nuestro cónsul y a Núria, mi aprendiz, pudimos hallar su escondite. —Algunos boticarios mostraron su contrariedad mediante un murmullo—. Ella la visitó esta semana y se hizo pasar por una clienta. Propongo que el gremio escuche su testimonio y valore la prueba que consiguió antes de tomar una decisión sobre el asunto.

Núria contó una versión resumida de lo sucedido, mostró la botella de jarabe y se la tendió a Francesc. Le llevó incluso menos tiempo de los dos minutos que le había recomendado Josep. Cuando terminó de hablar, se hizo un silencio sepulcral.

—Por lo que has explicado, parece que realizó una especie de ritual blasfemo —dijo uno de los boticarios jóvenes, estirando el cuello entre los asistentes—. ¿Qué decía el cántico?

—Era en una lengua desconocida —respondió Núria.

—¿Y usó amuletos o velas negras? ¿Tenía con ella algún gallo o un gato? —preguntó otro.

—No, nada de eso.

—¿Sentiste la presencia de algún espíritu? Algunos testigos aseguran que es nigromante, y otros que invoca al diablo.

—No. Los espectros que ven esos testigos son, sin duda, visiones provocadas por plantas alucinógenas como el beleño o la artemisa. A mí me sedó para estafarme con el precio.

—Se trata de una curandera de tres al cuarto —intervino Josep—. Vende humo y lo disfraza de remedio. Los que acuden a ella son estafados. Eso es lo que debería preocupar al gremio.

—Yo opino que tu ayudante ha descrito las artes propias de una hereje. —Un hombre mayor y casi calvo se puso en pie con dificultad. La piel descamada de la cabeza se acumulaba sobre los hombros de su túnica negra—. Todos conocemos el nombre que reciben las mujeres que usan venenos y hablan la lengua del Maligno: es una bruja.

El joven que había preguntado primero volvió a pedir la palabra.

—¿La oíste pronunciar el nombre de Satán?

Núria no entendía la obsesión que tenía la gente con ese ser oscuro. Se suponía que lo temían y lo consideraban despreciable, pero, desde que salió de La Cerdanya, no había cesado de escuchar sus diversos nombres. Respondió con firmeza:

—No, nunca. Y utilizó las mismas plantas que vendéis en vuestras boticas y que pueden considerarse venenos o remedios. El problema es que trató de engañarme y me vendió un supuesto jarabe que no cumplía con vuestras normas…

—¡Y ciertamente te engañó! —La interrumpió el viejo casposo—. No permitió que la vieras como es en realidad. Se aprovechó de tu ingenuidad, jovencita, para ocultar la naturaleza hereje de sus malas artes.

—Vamos, Tomeu —dijo Josep—. ¿De qué nos serviría acusarla de brujería? Para eso ya están los clérigos. Queremos que deje de ejercer, de liar a los clientes y de entrometerse en nuestro trabajo. El Colegio debe regular la venta de medicinas en la ciudad, concentrémonos en esa labor.

—Te equivocas. Acusarla de bruja sí puede ser beneficioso para el gremio. ¿Crees que el Consell de la ciudad nos concedió el reconocimiento de Colegio así, sin más? ¿O que obtuvimos el privilegio real para celebrar asambleas sin esfuerzo? En ambos casos hicieron falta años de trabajo en la sombra para ganar prestigio, acercarnos a los que ostentan el poder, aprovechar oportunidades y demostrar que somos relevantes en la vida de los barceloneses. Esta es una nueva oportunidad para que el Colegio gane influencia en la gobernanza de la ciudad.

—Sigo sin verlo claro. Deberíamos limitarnos a exponer el problema al alguacil —protestó Josep.

—¿Qué propones exactamente, Tomeu? —preguntó Francesc.

—Propongo solicitar una audiencia con el arzobispo de Barcelona. Es sabido que su eminencia es sensible a ese tipo de acusaciones y nos recibirá gustosamente. Si acudimos a él en busca de consejo y sabiduría, nos ganaremos su confianza. Luego podremos presentarnos ante el Consell de Cent como interlocutores de su eminencia, y eso nos permitirá proponer una nueva legislación para acabar con quien pretenda competir con nuestro negocio. ¿O acaso… —dejó la frase en el aire y se situó, renqueante, en el centro de la sala— no sois conscientes de los clientes que perdemos por culpa de tenderos ambulantes, faranduleros que ofrecen falsas panaceas, curanderas, adivinas y charlatanes en general? Nos limitamos a espantar las moscas que nos molestan de una en una y así jamás nos libraremos de ellas. Necesitamos una normativa que arranque el problema de raíz.

Un murmullo de aprobación surgió entre los boticarios. Se sucedieron varias intervenciones en voz alta.

—En el mercado de la plaza del Pi hay una herborista que monta su tenderete todos los sábados.

—Y el confitero de Las Ramblas ha empezado a vender a sus clientes azúcar, canela, vainilla y otras especias que antes compraban en mi botica.

—Las matronas venden ungüentos preparados por ellas, ¡y no solo para los partos!

Hubo unos instantes de alboroto generalizado, de acusaciones cantadas al aire, reprobaciones y gritos, y entre los asistentes fueron tejiendo una red de aversión improvisada. A Núria la desconcertó que todo aquello hubiera sido provocado por la avaricia del viejo. Josep nunca se había quejado de tener pocos clientes y le costaba creer que a los demás boticarios les faltara dinero.

Josep levantó el brazo sin conseguir captar la atención, y lo dejó caer indignado a la vez que alzaba la voz:

—¿Sugerís que culpemos a todos esos negocios de estar relacionados con la brujería? ¡No tiene sentido!

—No, así no. Debe ser más sutil —respondió Tomeu como si se dirigiera a un ignorante—. La curandera de las ranas nos abrirá la puerta de los despachos que nos interesan y será la excusa para iniciar el debate. Solo es el primer paso de un largo camino.

Núria vio algunos ceños fruncidos entre los asistentes, pero ninguno contradijo a Tomeu. Eran más ruidosos los que lo animaban.

—Creo que debemos confiar en la experiencia de Tomeu —dijo Francesc—. Cuando se trata de política, sabe ver más allá que el resto.

—Desde el principio he sido consciente de tus capacidades, Francesc —respondió el viejo—. Por eso te propuse para sucederme como cónsul.

Francesc sonrió satisfecho y elevó la voz:

—¡Propongo al Colegio solicitar una audiencia ante el arzobispo! ¿A favor?

Muchas manos se alzaron hacia el techo. Núria miró a Josep, que negó con la cabeza gacha.

—¿Qué pasará con la Reina Sapo? —le preguntó en voz baja.

—No lo sé, ahora dependerá del criterio del arzobispo —susurró Josep.

—No tendrías que haberme convencido para esto. No ha servido para nada, no han hecho caso de lo que he contado —le reprochó Núria.

—¡Decidido! —concluyó Francesc.

Núria apretó los puños al imaginar a un grupo de hombres furiosos enarbolando cruces y rodeando la casa de la Reina Sapo. Se clavó las

uñas en las palmas al recordar las historias de Adaleda y sus advertencias, y se le hizo un nudo en la garganta al pensar en el libro del Legado, que guardaba en el fondo de su baúl. Y, por alguna razón, se coló en su mente la mirada oscura de Guim en el callejón junto a la catedral, la última vez que hablaron en Girona, y los motivos que la empujaron a abandonar la ciudad

Quinta parte

MARZO - MAYO 1529

Serpentaria

Planta herbácea y tenaz, de tallos elásticos y espigas de flores rosadas, que coloniza los pastizales anegados. El rizoma, grueso, nudoso y retorcido, que debe recogerse en otoño, posee un gran poder astringente y es eficaz contra disenterías, hemorragias y fiebres.

Capítulo 29

Marzo de 1529

FELIU DESCABALGÓ EN el patio del palacio episcopal, que estaba tan concurrido como una plaza en día de mercado. Condujo a su mula de las riendas hasta los establos, y el mozo de cuadras lo recibió con un bufido.

—No sé dónde vamos a meter tantos animales. El carruaje del arzobispo y sus caballos ya ocupan medio recinto. —Le señaló un coche enorme con adornos dorados aparcado en un ala porticada del patio.

—¿A quién debo dirigirme para que me asignen alojamiento? —preguntó Feliu.

El mozo no supo qué decirle y Feliu atravesó el patio en dirección a la puerta principal. En el vestíbulo vagó entre clérigos y sirvientes ajetreados. Pensó que era una buena señal que nadie le prestara atención. Durante las horas solitarias de camino a La Seu había llegado a imaginar que aquel embrollo era una trampa de Climent para cogerlo desprevenido, pero cuanto veía a su alrededor señalaba lo contrario: él era un simple párroco más entre el centenar que asistía al juicio. Además, ni siquiera Climent se tomaría tantas molestias para apresarlo a él. Al fin y al cabo, la Iglesia perseguía muchos tipos de herejías y podía tratarse de un proceso contra un grupo de judíos o luteranos.

Tras unos minutos, un mayordomo advirtió su presencia y lo condujo a una celda para invitados. Feliu dejó allí su capa de viaje y bajó a la planta principal con la intención de buscar a Alfonso; él sabría decirle qué estaba ocurriendo. Encontró al tesorero en su oficina junto a dos sacerdotes y dos sirvientes. Esperó paciente a que finalizaran los intercambios de dinero y, cuando se marcharon, saludó a Alfonso con afecto.

—Ay, amigo, la vida en la diócesis va camino de convertirse en un infierno —dijo el tesorero. A Feliu lo sorprendió tanto desánimo—. Climent se ha nombrado a sí mismo amo supremo y toma decisiones irracionales y caprichosas. ¿Sabes la cantidad de dinero que estamos gastando en este endemoniado juicio?

—¿Cómo es eso? ¿Por qué el obispo no se opone?

—¿No han llegado las noticias a Melers? —Feliu negó con la cabeza—. El obispo está enfermo, hace semanas que no se levanta de la cama, y ya no sé decir si mejora o no. Parece que escucha y creo que es consciente de lo que ocurre, aunque siempre está aletargado, sin ánimo. Apenas puede decir dos palabras seguidas y no tiene fuerzas para hacer frente a Climent.

—Así que Climent ha organizado todo esto sin aprobación del obispo… ¿Qué es eso de la confabulación hereje que mencionaba en la carta?

Alfonso le señaló una silla y Feliu se sentó.

—La verdad es que he podido averiguar poco, Climent ha mantenido un secretismo exagerado. Pere, un novicio que suele ayudarme en mis tareas, me dijo que lo obligó a hacerse pasar por un campesino enfermo. Lo llevó a una aldea a un día de camino de aquí y le dijo que debía preguntar por una curandera. Una mujer lo guio hasta ella, pero la curandera intuyó que algo raro pasaba y lo emborrachó, para que no recordara nada. Desde entonces han estado sucediendo cosas extrañas.

Feliu tragó saliva: así que Climent continuaba obsesionado con las curanderas… Al menos parecía que había encontrado otra parroquia con la que ensañarse para conseguir méritos, quizá así se olvidaría de Melers.

—¿De qué aldea se trata?

—No lo sé, no me lo dijo. Me costó sonsacarle la información, Climent tiene al pobre muchacho atemorizado.

—Entonces… ¿han encarcelado a la curandera y la acusarán de brujería?

—Sí, eso parece. A la curandera y a más gente. Primero encerraron a una niña en los calabozos que no tendría más de siete u ocho años. Luego la soltaron y apresaron a otros. Sabemos que uno de los presos es un capellán, pero lo tienen aislado y no me han permitido visitarlo. Ni siquiera con la excusa de la confesión han permitido entrar a nadie que no sea de la confianza de Climent.

—Es peor de lo que me imaginaba… Recordarás que hace años Climent intentó una maniobra parecida en Melers; pretendía ganar méritos ante el arzobispo.

—Sí, y parece que es un caso similar. Ha permanecido los últimos días pegado a las faldas del arzobispo, que no solo consiente sus fanfarronadas, sino que las alienta. No entiendo cómo ha conseguido ese trato de favor; solo nos puede llevar a peor. Climent está desatado, ya ni siquiera se preocupa de mantener las formas. Por las noches sueño que el obispo Despés ha muerto y que lo nombran nuevo obispo, y me despierto aterrorizado.

—¿Hay algo que se pueda hacer para pararle los pies?

—No podemos hacer nada, solo rezar para que el obispo se recupere pronto. Él es el único que podría arreglar este asunto.

Feliu abandonó la tesorería más preocupado de lo que había entrado. Si después de ese proceso Climent extendía la caza de brujas a otras parroquias, corría el riesgo de ser el siguiente en ocupar el calabozo. Presintió que debía prepararse de alguna forma y permanecer alerta. Sin embargo, ¿qué posibilidades tenía él, un don nadie, contra un arcediano astuto y el arzobispo? Aún sabía muy poco.

Se dijo que debía recabar información: eso sí estaba en su mano.

EN LA PUERTA de la sacristía, Climent se apartó con una reverencia para ceder el paso al arzobispo, que se dirigía a la catedral. Lo siguió a través de la nave oscura hasta el transepto, que alojaba el nuevo retablo. El novicio Pere se encontraba allí, encendiendo una veintena de cirios, tal y como Climent le había ordenado, para que la luz de las velas hiciera brillar el pan de oro.

—Si mañana sale el sol, tendréis la oportunidad de verlo en todo su esplendor, eminencia. Es una lástima que hoy el cielo esté encapotado y no entre luz por las ventanas de la galería.

—Sí, sí, una lástima. Igualmente se aprecia que es una buena pieza de temática clásica y diseñada con buen gusto —respondió el arzobispo. Observó el retablo desde abajo hacia arriba mientras enderezaba el cuello, que siempre llevaba encorvado como si la mitra le pesara sobre la cabeza. A Climent le pareció oír el crujido de las vértebras viejas—. Las pinturas son hermosas y las escenas bíblicas han sido bien escogidas.

—Me encargué de seleccionarlas personalmente.

—Buena elección. La catedral lucirá con mayor esplendor a partir de ahora. Y en el momento idóneo, pues se llenará de gente en los próximos días. Reconozco que has realizado una planificación excelente.

—Tan solo desempeño mi labor lo mejor que puedo, eminencia —dijo Climent sin poder evitar una sonrisa—. El retablo ha sido financiado por las donaciones de los nobles de la región. Mi propia familia ha contribuido con generosidad.

—Excelente. ¿Tendré el placer de conocerlos?

—Será un honor. Llegarán a la ciudad en unos días.

El secretario del arzobispo entró en la catedral y se abrió paso hacia ellos entre los escasos feligreses. Anunció en un susurro la llegada de los condes.

—Me temo que mis atenciones son requeridas en otro lugar —dijo el arzobispo.

Climent se despidió con una reverencia y lamentó que hubiesen interrumpido su conversación. Sin embargo, no tenía motivos de queja: desde que el arzobispo había llegado a la Seu, había pasado casi todo el tiempo a su lado. Además, aún debía resolver los últimos preparativos de los interrogatorios. Antes de abandonar el lugar, se dirigió al novicio:

—Pere, apaga los cirios. No queremos gastar cera cuando no hay nadie importante mirando.

—Sí, señor —contestó dócil el muchacho, y empezó a soplar las velas una a una.

Climent se preguntó cuánto tiempo más podría manipularlo y si corría el riesgo de que se volviera en su contra. Meses atrás lo había sorprendido en una actitud comprometida, con la mano bajo el hábito mientras espiaba por una rendija a las criadas que se aseaban en el río. Había usado esa falta para persuadirlo de que lo ayudara en Bóixols y mantuviera silencio. Sin embargo, no era una falta grave y pronto debería utilizar otro anzuelo.

—Pere, me estás sirviendo bien —le dijo—. Cuando sea obispo premiaré a los hombres que se hayan ganado mi confianza. ¿Querrás ser uno de ellos? —El novicio se enderezó, lo miró algo confundido y asintió—. Me satisface saber que puedo contar contigo.

Climent se dirigió con brío a sus aposentos. Le sorprendió encontrarse allí a Pau Clos y a su esposa en la puerta; no esperaba su llegada hasta el día siguiente.

—Padre Climent, nos gustaría hablar con usted sobre la carta que nos envió —dijo el señor Clos. Su esposa, de porte grueso y con las canas peinadas bajo un velo recatado, asintió.

—En el mensaje confidencial que les envié está todo muy claro. No debían venir hasta el miércoles —respondió Climent.

—No estamos tranquilos con el trato que nos propone. Si debemos dar testimonio en público según sus directrices…

Climent chistó y miró a ambos lados del pasillo. Había pensado que el señor Clos actuaría de forma más avispada y cautelosa; cada vez tenía menos hombres a su alrededor en quienes confiar.

—Entren en mis aposentos, por favor.

Los invitó a sentarse frente a la chimenea.

—Me preocupa que mi mujer deba declarar contra el padre Eusebi —dijo el señor Clos.

—No seré capaz —añadió la mujer con los ojos muy abiertos—. Nunca he hablado ante tanta gente, y además queréis que mienta…

—No os pido que mintáis, señora, tan solo que seleccionéis bien las palabras para dar al tribunal la impresión correcta de lo sucedido. No dudo que usted es del todo consciente de lo que tratan de ocultar en Bóixols. A veces conocemos por intuición las maldades que se

esconden tras determinados hechos, solo que no hemos alcanzado a verlas. Con sus explicaciones debe mostrar esas intuiciones que usted tiene, pues son más cercanas a la realidad que los hechos en sí.

La mujer mantuvo los ojos muy abiertos, como si no hubiera comprendido nada.

—El padre Eusebi ha sido una presencia cercana para mí durante los últimos años —protestó.

Climent se inclinó hacia delante.

—Precisamente por eso debe usted disipar cualquier duda sobre su relación con la curandera hereje y la complicidad del párroco. Si no testifica contra él, podríamos llegar a pensar que usted es también cómplice.

—Eso jamás; colaboraremos —aseguró el señor Clos—. Pero preferimos que sea yo quien hable por los dos.

—No, no. Es necesario que la señora testifique. Sin ella mi argumentación quedará coja. Si no habla, no hay trato.

Pau Clos cruzó una mirada de preocupación con su mujer.

—¿Tendremos garantizada la inmunidad?

—Sí, para ambos.

—¿Y para nuestro hijo César? —preguntó la señora.

Climent levantó las cejas.

—¿Qué sucede con vuestro hijo César? Tenía entendido que tanto él como vuestra hija residen en Lleida desde hace años. ¿Hay algo que deba saber?

—No, nada relevante. —El señor Clos colocó una mano en el regazo de su mujer, como si quisiera frenar más confesiones—. Necesitamos escucharlo de su propia boca, padre. ¿Toda nuestra familia quedará al margen y no será acusada ni calumniada?

—Así será. Confíen en mi palabra, igual que yo confío en la suya.

Climent los acompañó de vuelta al pasillo y les indicó que no hablaran con nadie del asunto. Se desperezó y se sentó de nuevo frente al escritorio, entre libros de brujería, bulas papales y listas de testigos, para preparar su discurso.

EN EL AULA del Estudio de Medicina, Guim agitaba la pierna y jugueteaba con un hilo suelto de su jubón sin prestar atención a la voz monótona del profesor. Esa mañana asistían a la lección del doctor Melcior, a quien los alumnos llamaban el Lecturas, pues en sus clases se limitaba a leer tratados de Medicina Galénica.

—Pst, Guim —le susurró Aleix, que estaba sentado a su lado—. ¿Te encuentras bien? Tienes cara de sufrir ardor de estómago, y te estás estropeando la ropa.

Guim se percató de que había hecho un agujero en una de las costuras.

—Sí, estoy bien. Es que después de clase voy a visitar a una amiga, solo estoy un poco nervioso.

—¿Una amiga? Ya me dirás cómo lo haces, no sé de dónde sacas tiempo para hacer amigas.

—La conocí antes de venir a Barcelona. Hacía un año que no hablábamos.

Aleix sonrió y le palmeó el hombro, sin duda con la intención de burlarse con alguna broma. El profesor Melcior interrumpió su lectura y los miró ceñudo.

—Señor Esteve, ¿puede saberse qué problema le impide concentrarse en mis enseñanzas?

Guim dio un respingo al escuchar su apellido. Se apresuró a responder.

—Disculpe, doctor. No me distraeré más.

—No sé si creerle. También dijo que no se perdería ninguna de mis clases y ayer se ausentó por tercera vez este mes.

—Ayer se complicó una intervención con un paciente en el hospital, profesor.

—Señor Esteve, de no ser por el doctor Martí, que me habla en su favor cada vez que me ve en el Colegio de Médicos, le habríamos expulsado de la escuela a la segunda falta.

El doctor Martí era el médico que lo supervisaba en el hospital y a Guim le sorprendió que hablara bien de él ante sus compañeros de profesión. Intentó excusarse una vez más.

—Algunos días es difícil compaginar mis deberes en el hospital con las lecciones.

—Lo sé, y por esa razón recomendamos que los alumnos se centren exclusivamente en sus estudios. No deberían compaginarlo con ninguna otra ocupación. Veamos si ha estado atento a la lectura de hoy: ¿podría explicar a sus compañeros cómo debe realizarse un examen de orina?

Guim no había escuchado ni una palabra de la lección de ese día, pero recordaba los exámenes de orina que realizaba el doctor Astruch.

—Se debe recoger la muestra en un frasco de cristal y mirar a trasluz, y anotar el color, el olor, el sedimento y la densidad.

—También la salinidad y acidez detectada mediante el gusto. Aunque se olvida de lo más importante, lo primero que he mencionado. —Guim no sabía a qué se refería—. ¿Señor Puig?

Aleix carraspeó antes de hablar.

—Debe examinarse la primera orina del día.

—Correcto, así lo recomiendan los textos de Galeno. Espero que no se quede atrás en los estudios, señor Esteve.

Se esforzó en atender el resto de la clase, lo intentó con todas sus fuerzas. Pero las frases en latín simplemente se deslizaban a través de sus oídos, como si el camino hacia el cerebro estuviera bloqueado por la idea de ver a Núria después de tanto tiempo.

NÚRIA PASÓ TODA la mañana en la rebotica pendiente de los ruidos que llegaban de la tienda. En cuanto oía entrar a un cliente, se quedaba inmóvil. Más de una vez le había parecido escuchar la voz de Guim y el pulso se le había acelerado, solo para comprobar a los pocos segundos que no era él. Se dijo que no podía seguir así, pues no sabía cuándo acudiría a buscarla, si es que finalmente aparecía.

La perspectiva de verlo la alteraba más allá de la sensatez. Se preguntaba qué pretendía él con aquello: ¿quería reanudar sus almuerzos del domingo como si no hubiera sucedido nada? Ella no había olvidado lo que le había dicho, y desde luego no deseaba volver a aquel estado frenético de esperanzas, decepciones, miedos e incertidumbres, todo en el transcurso de un domingo. Ya tenía bastantes complicaciones con el asunto de la Reina Sapo, sus obligaciones en la botica y los cuidados a la madre de Josep.

Al mediodía salió al patio a recoger agua de lluvia para el destilador y, mientras esperaba a que el garrafón se llenara con el agua de la cisterna, tomó una decisión: si Guim aparecía, le diría que no tenía tiempo para él y punto. Al regresar a la rebotica, Antònia asomó la cabeza.

—Un joven pregunta por ti.

Núria apretó los labios y salió a la tienda; Guim aguardaba entre dos clientes. La saludó y se aproximó al mostrador.

—¿Podemos hablar? —Señaló la puerta.

—Sí, solo un rato, que estoy ocupada.

Caminaron con paso lento por la calle. El joven tomó aire antes de empezar.

—Te marchaste de Girona y no pude disculparme por lo que te dije; me comporté como un cretino y no me esforcé por entender tu situación. —Guim hizo una pausa y Núria se mantuvo en silencio—. Me alivió saber que nadie sospechaba de ti. No hizo falta que intercediera ante el doctor Astruch, pues él nunca tuvo intención de delataros.

—Al final todo se resolvió bien, pero no fue fácil para mí. Tuve que marcharme enseguida.

—No sé por qué actué así, y me he arrepentido cada día desde entonces. Pero mira dónde estás ahora… me alegro de que te hayas podido establecer en una botica.

Ella le sonrió con timidez; sus disculpas sonaban sinceras y consiguieron ablandar su resentimiento.

—He tenido suerte —respondió ella—. El boticario y su esposa me tratan muy bien, casi como si fuera de la familia.

—Menos mal que no tuviste que quedarte mucho tiempo de lavandera en el monasterio.

Núria frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que trabajé de lavandera?

—Fui a Pedralbes a buscarte. Aunque me costó varias semanas dar con el monasterio correcto, porque la cocinera del barón no supo decirme el nombre.

Núria se detuvo y pestañeó confundida. Hasta entonces había supuesto que se habían encontrado en Barcelona por casualidad.

—¿Preguntaste por mí en casa del barón? ¿Antes de venir a Barcelona?

—Sí, pocos días después de que te marcharas, y me dijeron que te habías ido con la baronesa a un monasterio. Unos meses más tarde envié una solicitud al Estudio de Medicina de Barcelona con la esperanza de que me aceptaran y poder seguirte. El doctor Astruch no lo aprobó; pretendía que me quedara más tiempo a su servicio y que me inscribiera en la escuela de Lleida. Pero yo no quería esperar más para venir a buscarte.

Guim se acercó un paso hacia ella y la miró expectante. Núria reanudó el paseo.

—Entonces…, ¿las lavanderas de Pedralbes te dijeron dónde estaba?

—Las lavanderas no lo sabían. Dejé una nota para la baronesa y fue ella quien me dijo que te buscara en las boticas de la ciudad. Y antes de recibir su respuesta, me encontré un día a *Neulit* en el camino hacia Pedralbes, atado a un árbol. Di mil vueltas alrededor y te llamé sin resultado.

Núria recordó haber escuchado su nombre a lo lejos cuando visitó a la Reina Sapo; en aquel momento pensó que lo había imaginado.

—Regresé allí un par de veces por si tenía suerte y te encontraba —continuó Guim. Se volvió hacia ella e hizo el gesto de cogerla del hombro o tocarle la cara, pero bajó el brazo a medio recorrido.

Ella dejó vagar la mirada entre las personas que caminaban por la calle. Toda esa nueva información no cuadraba con nada de lo que había creído en los últimos meses. No sabía cómo encajarla.

—No entiendo… ¿por qué me buscabas? —preguntó tras unos segundos.

—Porque no quería perderte para siempre. —Guim lo dijo mientras se encogía de hombros, con esa naturalidad tan propia de él, como si fuera la única respuesta posible—. La verdad es que he pensado mucho en ti este tiempo y me gustaría… ¿Tienes libre este domingo?

Núria no pudo responder que no tenía tiempo para él después de todo lo que le había dicho. Le parecía increíble que se hubiera esforzado tanto en encontrarla y, cuando pensó en el motivo, se le aceleró el corazón. Lo miró a los ojos y se limitó a asentir, y una amplia sonrisa apareció en el rostro de él.

—Pasaré a recogerte antes del mediodía.

Núria logró que le saliera la voz para despedirse y se separaron cada uno en una dirección. De regreso a la botica, se sintió observada y su mirada se cruzó con la de Francesc. El cónsul aguardaba de pie en la puerta de su amplio establecimiento, que estaba vacío. Lo saludó con un gesto y él la miró con sorna, como si la hubiera estado vigilando durante un rato.

De camino al local de los Lluch, pasó de largo otra botica, también vacía. En cambio, para llegar a su puesto en la rebotica tuvo que sortear a cuatro clientes que hacían cola frente al diminuto mostrador de Antònia. Se sentó junto al destilador mientras escuchaba a través de la puerta las atenciones que la mujer dedicaba a una de las compradoras.

—No debe preocuparse por eso. El electuario que le despaché en Navidad es diferente a este. El que le ofrezco hoy lo hemos preparado especialmente para su marido: no contiene hinojo ni anís, en el pedido anterior dejé anotado que esos ingredientes le sentaron mal.

Núria se frotó la cara e intentó recordar qué tarea había dejado a medias antes de que Guim la interrumpiera. Le llegó el sonido de la campanilla de la puerta de la botica y la risa de Antònia al insinuar que si seguían entrando clientes aplastarían a la señora que aguardaba frente al mostrador. Núria se preguntaba por qué el negocio de los Lluch tenía tanto éxito, y enseguida encontró la respuesta. Obviamente, los clientes no acudían por el trabajo de Josep, sino por la atención de su esposa tras el mostrador: Antònia los atraía con su amabilidad y los enganchaba en sus redes de dedicación y franqueza.

Los atrapaba igual que Guim la había atrapado a ella.

GUIM OYÓ LAS campanadas del convento del Carme: llegaba al hospital tan solo media hora más tarde de lo habitual. Aún tenía esa sensación de ligereza por haberse disculpado ante Núria, pero también se notaba algo insatisfecho. Al tenerla a su lado, había reprimido el deseo de abrazarla fuerte y levantarla del suelo, de hacerla reír y besarla en los labios. Quizá algún día llegarían a eso. Había tardado todo un año en encontrarla, y esperar hasta el siguiente domingo le parecía un sacrificio gigantesco.

Ya en el hospital, se dirigía a la sala de los pacientes accidentados

cuando vio a un grupito de seis monjas enfermeras frente a una de las camas de los pacientes de fiebres. Susurraban con las cabezas muy juntas mientras se santiguaban con gestos comedidos. Guim se acercó y examinó al enfermo por encima de las cofias: olía a heces y en la piel del torso tenía manchas violáceas.

—¿Qué sucede, hermanas?

La más anciana lo miró con ojos lúgubres mientras apretaba su crucifijo contra el pecho.

—Veinte años atrás llegó a este hospital un enfermo con los mismos síntomas. Tres semanas después, la mitad de los habitantes del Quarter de la Mar habían fallecido. Este hombre es el heraldo de las calamidades que están por llegar. Dios está ofendido por nuestros pecados, no cabe duda.

Al oír la premonición, las demás monjas se santiguaron a mayor velocidad y se lamentaron con gemidos más agudos. Guim no supo cómo responder ante tanta fatalidad.

—Llamaré al doctor Martí —dijo sin más.

Buscó al médico y, nada más verlo, le agradeció que hubiera hablado en su favor ante el profesor Melcior.

—De nada, muchacho. Les dije tan solo lo que veo —respondió el doctor. Guardó unos botes en una caja y le sonrió—. Un día te convertirás en un médico de renombre, estoy convencido.

Guim farfulló más agradecimientos; no estaba acostumbrado a los elogios. Luego se centró en lo que le había llevado hasta allí.

—Las enfermeras de la sala de fiebres están preocupadas. Ha llegado un paciente con unas manchas extrañas en el pecho y disentería, y temen el inicio de una epidemia.

El médico chascó la lengua.

—Las religiosas anuncian catástrofes y desgracias varias veces al año. No te preocupes, tú céntrate en los pacientes que te he asignado. Esta tarde me acercaré a echar un vistazo a ese enfermo.

Capítulo 30

EL PRIMER DÍA de interrogatorios, Feliu tomó asiento entre los demás sacerdotes en el transepto de la catedral. Habían sustituido los ornamentos del altar por una cruz tosca de madera. A su derecha, el nuevo retablo de Climent relucía sobre las tonsuras y las capuchas de los clérigos sentados a su lado. De cerca, el retablo se veía aún más recargado y pomposo que de lejos. Le desagradaba en especial la imagen de la Virgen con el niño Jesús, pues este tenía cuerpo de bebé y cara de viejo.

Se abrió una puerta lateral y el sonido de cadenas precedió la entrada de los reos. Eran cuatro mujeres y un hombre que caminaban cabizbajos y sucios. Feliu no había averiguado gran cosa desde su llegada a La Seu; los demás párrocos le aseguraron no disponer de información y allí no conocía a sirvientes ni a novicios. En sus merodeos por el palacio había oído mencionar la parroquia de Bóixols en varias conversaciones y la había buscado en un mapa: se encontraba en la dirección contraria a Melers, casi en el lado opuesto de la diócesis. Lo único que había averiguado con certeza era que el pronóstico del obispo Despés era tan grave que le impedía recibir a nadie y presidir los interrogatorios.

Dos hombres armados ataron las cadenas de los presos a unas sillas colocadas junto a la pared. A continuación, todos los presentes se pusieron en pie cuando el arzobispo entró en la catedral. Este se dirigió con rapidez al púlpito y Climent corrió detrás, doblado por la cintura para ayudarlo con sus largas vestiduras. El arzobispo, alto y de carnes secas, curvó el cuello y los hombros hacia la congregación, adoptando con su postura la forma de un báculo. Su voz, inesperadamente potente, retumbó sobre los asistentes.

—Quizá algunos ya lo hayáis percibido. No lo vemos, no lo oímos, apenas podemos describirlo con palabras, pero está muy presente: en esta catedral, en las calles de la ciudad, en los caminos y en las aldeas. Se extiende con sigilo, se cuela en las casas por las rendijas de puertas y ventanas y hace arrugar la nariz. Penetra en las almas de los hombres, corrompiéndolas. —Hizo una pausa hasta que el eco de sus palabras se apagó. Feliu reconoció que sabía captar la atención del público—. Os hablo, queridos hermanos, del hedor a herejía. Porque, en efecto, los herejes apestan. No son iguales que nosotros; no huelen

a barro y sudor, como los hombres que trabajan la tierra, ni a cuero y metal, como los que la defienden. Los herejes apestan a corrupción, inmoralidad, podredumbre. Y las brujas hieden a blasfemia, azufre, macho cabrío y carne calcinada, pues se arriman a las hendiduras de la tierra de las que emanan efluvios del infierno y frecuentan aguas sulfurosas que emergen del inframundo.

»Algunos incautos creen que dichas fuentes les aliviarán sus dolencias, que ciertas cataplasmas los sanarán. ¡Mentira! —Alzó un dedo premonitorio—. Tan solo Dios es capaz de curar la enfermedad, que nadie os convenza de lo contrario. Estos impuros que no temen a Satanás se propagan entre los inocentes, igual que una manzana podrida infecta a los demás frutos a su alrededor. ¡Debéis estar alerta! El hedor se purifica con incienso y oración. También se combate con la labor de ciertos hombres piadosos que disponen de un olfato aventajado. Por suerte, hoy contamos con uno de ellos. El padre Climent nos ayudará a esclarecer si los hechos sucedidos en la parroquia de Bóixols han sido perpetrados por herejes. Que Dios guíe sus palabras y lo ilumine.

El arzobispo se retiró y Climent ocupó la posición central en el presbiterio. Observó radiante a los presentes y levantó la barbilla con engreimiento. A Feliu se le llenó la boca de saliva amarga. El discurso del arzobispo había dejado una sensación hostil entre los asistentes y Climent iba a aprovecharlo.

El arcediano comenzó el interrogatorio e hizo llamar al novicio Pere, que trastabilló al subir los escalones del altar. Se sentó de cara al público con la cara coloradísima. Climent le pidió que explicara su experiencia en Bóixols.

—Mis superiores me ordenaron llevar un mensaje al párroco de Tremp —dijo Pere con voz insegura—. Hice noche en Bóixols y antes de cenar me sentí febril. Pregunté a la posadera y ella llamó a otra señora, que me condujo fuera del pueblo hasta una curandera.

—¿Y qué prácticas usó esa curandera? —dijo Climent.

—Apenas lo recuerdo, porque me dio una pócima que me nubló la mente.

—Explícanos lo que recuerdes.

—Tuve delirios, visiones a causa de… de… —Pere titubeó. Climent sacudió la cabeza, animándolo a seguir—. De la magia negra. Recuerdo cánticos en lenguas extrañas y sombras fantasmales. No sé cómo regresé a la posada, y al día siguiente me sentía mareado, como si hubiera bebido mucho vino.

—¿Echaste en falta alguna de tus pertenencias?

—Ah, sí —dijo Pere—. Las monedas que llevaba desaparecieron.

—El dinero de la diócesis desapareció —repitió Climent, y le dijo a Pere que podía retirarse.

Feliu frunció el ceño. No se consideraba avispado y aun así encontró muchas incongruencias en el testimonio de Pere. En primer lugar, la diócesis disponía de mensajeros. Nunca había visto que se le encargara a un novicio esa tarea, y menos que se le confiara dinero. Tampoco tenía sentido que hubiera acudido a una posada: los religiosos se alojaban en las propiedades de la Iglesia durante sus viajes.

La siguiente persona interrogada era una sirvienta de las cocinas del palacio. Habló con mayor convicción que Pere, se la veía encantada de ser el centro de atención. Explicó con detalle los rumores que circulaban en Bóixols sobre una curandera que habitaba una cueva y ofrecía remedios paganos. Feliu sintió un escalofrío; esos rumores eran idénticos al caso de Adaleda. Se envolvió en su capa y se mantuvo atento a los testimonios.

EL DOMINGO AL mediodía, Núria y Guim cruzaron el Portal de Santa Anna y dejaron atrás la ciudad acompañados por *Neulit*. Caminaron con parsimonia y sin rumbo entre huertos y masías. Guim habló la mayor parte del tiempo; centró la conversación en el presente, sin mostrar resentimiento por el pasado ni inquietud por el futuro. Ella escuchó sus anécdotas sobre las lecciones de medicina, los estudiantes y las monjas del hospital. Se había propuesto forzar un muro de indiferencia hacia él, al menos durante ese primer domingo, pero fue incapaz. Sus gestos y su forma de hablar la atraían sin remedio, y la invadieron emociones conocidas, como si no hubiera pasado el tiempo.

Se sentaron junto al recodo de un canal de riego, él con la postura abierta hacia ella y la mirada atenta. Entonces fue Núria quien le habló sobre los meses que había pasado en Pedralbes, el encargo de Josep justo cuando se quedaba sin dinero y su nueva vida en la botica. Ambos habían llevado comida, aunque apenas la probaron. Las horas pasaron volando y al atardecer regresaron a la ciudad.

Avanzaron por la calle de la Especieria a un paso exageradamente lento; Núria presintió que ambos querían retrasar el momento de despedirse, mientras la gente los rodeaba por ambos lados como si fueran dos rocas en medio de un río. Echó un vistazo al cartel de la botica, cada vez más cercano; sentía una presión dentro de ella y tenía que dejarla salir de alguna forma antes de que Guim se marchara.

—Gracias por buscarme con tanto empeño durante todo este tiempo. —¿De verdad le estaba dando las gracias? Le dieron ganas de abofetearse a sí misma—. Quiero decir… Pensé que no nos veríamos nunca más, así que me alegro de que nos hayamos encontrado de nuevo.

—Espero que algún día podamos olvidar aquello. En cuanto te fuiste empecé a echarte de menos —respondió Guim. Ella le sonrió—. Entonces ¿quieres que nos veamos el domingo que viene?

Núria asintió con un movimiento de cabeza y a los pocos segundos volvieron la vista atrás alertados por el ruido de cascos de caballos; un carromato avanzaba por la calle hacia ellos. Se arrimaron contra la puerta de una de las casas y el carromato pasó apenas a dos palmos de distancia. Antes de que Núria tuviera tiempo de apartarse de la puerta, sintió que el brazo de Guim le rodeaba la cintura. Notó su respiración sobre la frente. En menos de lo que dura un pestañeo, él agachó la cabeza, recorrió la distancia que los separaba y le rozó los labios con los suyos. Entonces, Núria, sin pararse a pensar lo que hacía, le pasó los brazos sobre los hombros y abrió los labios. Y él apretó el abrazo y la besó, con un beso que le erizó el vello, le aceleró el pulso y borró el mundo a su alrededor.

Un sonido de cerrojos los interrumpió y se separaron antes de lo que Núria hubiera deseado. La puerta en la que se habían apoyado se abrió hacia el interior de la casa. La mujer que apareció en el umbral los miró con un gesto de reprobación. Mientras avanzaban hacia la botica, Núria pensó que en Girona había tardado semanas en acercarse a Guim poco a poco, y ahora todo había sucedido tan rápido que se sentía desorientada. Él la cogió de una mano y, al separarse de ella, le fue soltando los dedos uno a uno.

—Hasta el domingo, entonces —dijo, y desapareció por uno de los callejones perpendiculares. Núria se arrepintió al instante de no haberle propuesto verse antes.

Entró en casa de los Lluch aún con el vértigo en el cuerpo. Se encontró a Antònia en el patio, inclinada sobre el pozo. Estaba limpiando una palangana y la observó con expresión enigmática.

—¿Has pasado un día interesante? —le preguntó. Núria se limitó a sonreír como una boba—. Aquí hemos estado ocupados. Beatriu está enferma, ha cogido unas fiebres gástricas. Josep ha salido a llamar al doctor.

—Siento no haber estado aquí para cumplir con mis obligaciones. —Núria consultó el reloj de pared a través de la puerta abierta de la rebotica: había estado ausente más de cinco horas.

—No te preocupes. —Antònia le puso la palangana en las manos—. Ve a comprobar cómo está. Y lleva agua limpia para remojar los trapos.

Núria introdujo un cubo por la abertura del suelo que servía tanto de desagüe como de pozo y lo llenó con el agua del canal subterráneo que corría bajo las baldosas de los patios traseros de las casas. Subió a la habitación de Beatriu. La anciana estaba tumbada en la cama, destapada y sudorosa.

—¿Cómo se encuentra, Beatriu? —le preguntó mientras abría la ventana; ahí dentro olía a letrina—. Qué mala suerte, se ha puesto enferma justo cuando empezaba a recuperarse de la cadera.

Las últimas semanas, la madre de Josep había vuelto a caminar por la primera planta de la casa, con un bastón en una mano y agarrándose a los muebles con la otra. La anciana abrió los ojos y se llevó una mano a la frente.

—¿Dónde has estado, niña? Mira cómo me tienes la habitación, hecha un desastre.

—Estaba dando un paseo, hoy es domingo —respondió ella, mientras recogía trapos del suelo y tazas sucias—. Su hijo ha ido a buscar al doctor.

—No sé si servirá de algo. Años atrás una fiebre como esta se llevó a todos mis hijos menos a uno, y ahora ha vuelto para acabar conmigo.

—No diga eso, se recuperará.

Beatriu cerró los ojos y Núria le tocó la mejilla: estaba ardiendo. Se sentó a su lado en la cama y le colocó un trapo húmedo sobre la frente.

EN LA LECCIÓN del viernes del profesor Melcior, Guim de nuevo fue incapaz de concentrarse. ¿Cómo podía mantener ese hombre el mismo tono de voz durante horas?

Reprimió un bostezo; aquella semana estaba aún más cansado de lo normal. A pesar de que en un principio había quedado con Núria el domingo, ambos habían robado tiempo para verse varias veces durante la semana: el lunes él se había acercado de improviso a la botica a la hora de la cena, el miércoles habían almorzado juntos cerca del hospital, y el jueves ella había aparecido por sorpresa en la taberna del albergue. A ninguno de los dos les importaba cruzar la ciudad para estar juntos, aunque fuera solo por un rato.

Mientras oía de fondo las lecturas del profesor, Guim se evadió hacia los recuerdos de la tarde anterior, cuando Núria fue a besarlo con tanto ímpetu que le dio un golpe de dientes en la barbilla y luego no había podido parar de reírse.

—¿Encuentra usted divertida la lección de hoy, señor Esteve? —La voz irritada del profesor lo devolvió al presente.

Guim deshizo la sonrisa que le había aparecido en el rostro sin su permiso. Se disculpó lo mejor que supo, si bien dudaba de que sirviera de algo: allí ya tenía la fama creada.

Finalizada la lección, se dirigió al hospital. Cuando llegó, lo encontró con más ajetreo que de costumbre y el doctor Martí lo abordó enseguida.

—Guim, hoy vamos a necesitarte en la sala de enfermos de fiebres.

—Claro, lo que haga falta. ¿Han llegado muchos?

—Sí. Se trata de calenturas gástricas contagiosas. Los enfermos presentan fiebres que oscilan durante el día, disentería y, en algunos casos, ronchas moradas.

—¿Se trata de la misma enfermedad que preocupó a las enfermeras la semana pasada?

El doctor lo miró con la cabeza ladeada.

—Parece que sí. Practica sangrías a los enfermos, y ayúdalas a mover catres y cambiar sábanas. Han llegado más de treinta pacientes durante la mañana.

Guim pasó todo el día y parte de la noche en el hospital sangrando a los enfermos, vaciando orinales y colocando paños húmedos para bajar la fiebre. Las enfermeras no daban abasto y él ayudaba cuanto podía. Los médicos ya habían dictaminado pronóstico y remedio: como siempre, se trataba de un desequilibrio de los humores y debían combatir el exceso de líquido y calor con sustancias secas y frías. Más de un enfermo le pidió un vaso de agua, pero él tenía instrucciones de no darles de beber.

A la mañana siguiente, tuvo que saltar sobre una veintena de cuerpos moribundos tendidos a la entrada del hospital. En el interior ya nadie coordinaba ni daba órdenes, aunque había tanto por hacer que no hacía falta. Por la tarde coincidió con la monja anciana que había augurado la epidemia.

—¿Cómo tratabais a los enfermos cuando se extendió la fiebre años atrás? —preguntó Guim.

—Igual que ahora —respondió la religiosa.

—¿Y dio resultado?

—No. Morían la mitad de los que enfermaban. O al menos la mitad de los que llegaban al hospital, porque la mayoría fallecieron en sus casas. Solo nos queda rezar.

Guim se volvió hacia una de las pacientes. Estaba consciente y parecía disponer de fuerzas para hablar.

—¿En qué zona de la ciudad está su hogar, señora?

—No tengo hogar. Si lo tuviera, no estaría aquí. —Se encogió sobre el vientre e hizo una mueca de dolor—. Malvivo en el sótano de una destilería cerca de la plaça del Blat.

Preguntó repetidas veces y recibió respuestas parecidas: todos provenían de aquella plaza céntrica y de las calles colindantes.

Capítulo 31

FELIU OCUPÓ SU asiento habitual en el tercer banco del transepto norte para presenciar la novena mañana de interrogatorios. Habían escuchado decenas de testimonios —vecinos, comerciantes, hombres de armas y charlatanes—, la mayoría intrascendentes y basados en presentimientos. Algunos de los testigos hablaban encogidos, con voz insegura y frases cortas. Otros se mostraban confiados y resueltos. Y todos ellos se dejaban guiar por las preguntas de Climent, que construía argumentos como castillos a partir de simples sospechas y rumores.

Ese día era el turno de los reos y la catedral estaba atiborrada de gente. La curandera acusada de brujería, de unos cuarenta años, subió al altar con toda la dignidad que le permitieron los grilletes y los harapos que llevaba. Sus pies descalzos estaban cubiertos de cardenales y sangre seca. Erguida en la silla, respondió las preguntas de Climent con calma, como si ya se hubiera resignado a su destino. Habló de su afán por curar a los enfermos y el conocimiento de las plantas heredado de su abuela. No cayó en las provocaciones del arcediano, negó cualquier relación con el culto al diablo y afirmó que vivía en una choza aislada porque le daba la gana, no porque quisiera esconderse.

—¿Las mujeres de Bóixols que conocían tu escondite eran cómplices de tus rituales blasfemos? —preguntó Climent.

—Como ya dije, no existían tales rituales. Ni las torturas, ni las falsas promesas, ni las traiciones de mis vecinas me harán afirmar tal cosa —respondió ella. Luego observó a las tres mujeres que aguardaban encadenadas junto a la pared, a la espera de ser interrogadas—. Y no tenía cómplices.

Climent arrugó la frente.

—¿Y el padre Eusebi te conocía? ¿Hablaste con él en alguna ocasión?

—Él no sabía de mi existencia. Jamás nos encontramos ni conversamos. Los demás presos son inocentes y deben dejarlos ir.

Feliu pensó que aquel intento de mantener al margen a los aldeanos honraba a la curandera. Sin embargo, no era lo que Climent quería escuchar.

—Ya veremos si los demás reos confirman tus palabras o destapan

las mentiras que hay tras ellas —dijo con resentimiento.

La siguiente interrogada fue la mujer que, según decían, guiaba a los enfermos hasta el escondite de la curandera. Temblaba y miraba con los ojos hundidos en todas direcciones, aterrada.

—Fui víctima de un embrujo —confesó nada más empezar—. No era dueña de mis acciones. Soy inocente y mi familia también. La única hereje es ella.

Con las manos atadas, señaló a la curandera que minutos antes la había exculpado. Climent paseó de un lado a otro del altar.

—Entonces, ¿afirmas que ha mentido?

—¡Todo mentira! He visto cosas…

—¿Qué cosas? Cuéntanos los detalles.

Describió los típicos símbolos relacionados con la magia negra y rituales cada vez más inverosímiles, para acabar diciendo que la curandera mantenía relaciones carnales con el mismo Lucifer. Climent se deleitaba con los detalles más morbosos y le pidió incluso que describiera cómo era el falo del diablo, ante lo cual el público respondió con un murmullo encendido.

—¿Quién más sabía todo esto?

—Ella. —Señaló a la acusada más joven, que era delgada y de pelo pajizo. Desde lejos, a Feliu le recordó la figura frágil de Raquel—. Los rumores dicen que acudía a la bruja para evitar embarazos. Era cómplice de todo.

La aludida la miró con odio y trató de levantarse de la silla, pero las cadenas se lo impidieron.

—¡Falso! ¿Cómo puedes mentir así? —replicó—. ¡Tú compartías su negocio! Te llevabas unas monedas por cada enfermo. Cualquier vecino puede confirmarlo.

—Yo fui embrujada y engañada. No actuaba por voluntad propia. En cambio, tú y tu amiga acudíais a la choza todos los meses. ¡Y aún no he hablado de la familia Clos!

—Bueno, no nos desviemos del asunto que nos preocupa ahora —se apresuró a intervenir Climent—. ¿Crees que embrujó a otras personas en la aldea?

—Sí, seguro. Todos la temíamos por esa razón.

Llegó el turno de la rea joven que se parecía a Raquel, que no dudó en vengarse de las acusaciones anteriores. Denunció que todo lo dicho era mentira y explicó un negocio bien establecido que llevaba décadas funcionando.

La última interrogada fue la posadera, que adoptó una estrategia diferente.

—Yo lo sabía todo, igual que los demás, aunque nunca hablábamos por miedo a las represalias —afirmó con los ojos muy abiertos y rodeados de oscuras ojeras—. Habíamos oído historias de

enfermedades horribles provocadas por la ira de la bruja.

—No es la primera vez que una curandera de tal calaña provoca enfermedades para luego enriquecerse con los remedios. ¿Recibiste amenazas en algún momento?

—Sí, en varias ocasiones.

—¿Cómo eran? ¿Te intimidó con maldiciones?

—Sí. Me dijo que embrujaría a mis niños varias veces, y otras tantas dejó señales en la posada.

—Explícanos en qué consistían esas señales.

—Animales muertos y destripados, y símbolos dibujados con sangre.

—Mostraré un dibujo a todos los presentes sin que tú lo veas. Después nos describirás los símbolos que viste en tu posada.

Climent desenrolló un pergamino y mostró al arzobispo la parte interna del papel. Luego se volvió y lo enseñó al público. A Feliu se le cortó la respiración: era una estrella idéntica a la que solía dibujar Adaleda.

—Una estrella de siete puntas, con un pequeño círculo en el centro y una cola curvada hacia arriba, como un gancho —dijo la interrogada.

Climent dio por terminada la sesión de esa mañana. Feliu apenas pudo comer, y durante los rezos de la tarde se encogió de hombros y apretó las manos juntas contra el pecho. Si el arcediano se proponía buscar estrellas, las encontraría en Melers. Quería alertar a los suyos cuanto antes para que las borraran todas, pero aún no podía abandonar La Seu: levantaría sospechas si se marchaba sin motivo aparente. El caso de Melers era idéntico al que estaban juzgando, y a Climent no le costaría montar un espectáculo similar a partir de rumores e invenciones. Deseó que se conformara con sus hallazgos en Bóixols y no indagara en otras parroquias. Y, si sucedía lo peor, esperaba que los vecinos de Melers fueran más prudentes y leales, que no confiaran en desconocidos y que no sucumbieran a la malicia de Climent. Se le partiría el alma si los veía traicionarse los unos a los otros como estaba ocurriendo en Bóixols.

El último día del juicio, Feliu despertó con dolor de cabeza, pues no había dormido bien. Se recordó que aquel despropósito acabaría pronto y podría regresar a Melers. También lo inquietaba la sentencia. ¿Se atrevería Climent a condenar al párroco de Bóixols a la horca?

El padre Eusebi fue el primer interrogado. A pesar de las preguntas insistentes del arcediano, permaneció en silencio, con la mirada perdida en el fondo de la nave.

—¿Te niegas a responder ante tus superiores, ante tu arzobispo y ante Dios?

Al oír aquello, Eusebi dirigió los ojos hacia Climent.

—Dios es el único que hará justicia. Él sabe la verdad; los demás la

tergiversáis según vuestros intereses.

Y no volvió a abrir la boca. Cuando Climent se cansó del silencio del capellán, llamó a los dueños del señorío de Bóixols. A diferencia de los interrogados anteriores, no iban encadenados. La esposa del señor Clos contestó la mayoría de las preguntas mientras se retorcía las manos.

—El padre Eusebi conocía las habladurías y no quiso actuar, decía que no había maldad en la curandera y sus ritos. Yo misma lo alerté en varias ocasiones, cuando noté comportamientos extraños.

—¿Qué comportamientos?

—Algunas jovencitas salían del pueblo en mitad de la noche y no regresaban hasta el amanecer.

—¿Puede darnos nombres?

—Ella solía estar en el grupo de las salidas nocturnas. —Señaló a la joven rea de pelo pajizo, que se revolvió entre las cadenas.

—¡Pregúntale por su hijo! —gritó.

—¿Hay algo que debamos saber sobre su hijo? —preguntó Climent, sin reprender a la joven por hablar cuando no le correspondía—. Que yo sepa, ya no vive en Bóixols.

—Era un invertido y lo alejaron de la familia. Todos lo saben —continuó la joven. La posadera y la mujer que guiaba a los enfermos asintieron.

La señora Clos se retorció los dedos con tanta fuerza que la piel se le amorató.

—No es como dicen. Mi hijo es inocente, pero se encontró en situaciones poco afortunadas —dijo, cada vez más nerviosa—. Cualquier rumor sobre él es exagerado, todo fue culpa de un embrujo de la curandera. Acudí al padre Eusebi para que nos ayudara y lo empeoró. Por eso tuvimos que alejarlo de Bóixols.

—Deduzco entonces que la bruja incitaba relaciones *contra natura* entre los muchachos, ¿es así? —Climent se regodeaba de malicia al poder añadir una fechoría más a su lista—. Y el padre Eusebi, ¿qué hizo exactamente?

—Pasaba mucho tiempo a solas con el hijo de los Clos —replicó la posadera, también sin que nadie le hubiera preguntado.

—¡Intentaba ayudarlo a regresar al buen camino! —se defendió Eusebi, y se dirigió a la señora Clos, manifiestamente dolido—. Después de lo que hice por vuestra familia, de los escándalos que oculté, ¿así me lo pagáis ahora? ¿Acusándome de ser cómplice de ello y de empeorar la situación de vuestro hijo?

Estalló una algarabía que Climent no trató de acallar. Feliu pensó que al final todos habían caído en las provocaciones del arcediano, al que se le veía encantado del resultado de sus maquinaciones. Tras unos minutos de alboroto, mandó a los presos de vuelta a los calabozos, dejó ir a los señores de Bóixols y llamó al último testigo: un

hombre de unos sesenta o setenta años con un hábito sucio y remendado.

—Padre Vicenç, los últimos meses usted ha recorrido la diócesis siguiendo mis instrucciones. Explíquenos qué ha visto.

—Situaciones iguales a esta en varias aldeas. En todas ellas la presencia de una bruja envenena la mente y el alma de los parroquianos, que sucumben a sus prácticas heréticas. Distinguir esas aldeas es fácil gracias al símbolo que nos ha mostrado antes: las estrellas marcan el lugar de encuentro con las brujas. Sin duda, esas mujeres forman parte de una hermandad herética o un grupo organizado que comparte el culto al diablo y son una amenaza para la fe.

—¿Y los párrocos?

—¡Corruptos y perezosos! Ninguno mueve un dedo por detener esa maldad. Permiten rituales paganos y conductas inmorales. Lo he presenciado con mis propios ojos.

A Feliu se le aceleró el corazón; aquello avanzaba demasiado rápido. ¿Iban a acusar a otros párrocos en esa misma sesión? Climent se situó en el centro del altar y desenrolló un pergamino.

—Los testimonios y las pruebas no dejan lugar a dudas: una secta hereje se ha extendido por la diócesis, oculta a la autoridad de la Iglesia. Y los sacerdotes de las aldeas son los principales culpables, por su dejadez, su falta de sentido del deber y su nulo coraje. Voy a leer el listado de parroquias en las que se han encontrado signos de esta organización. —Hizo una pausa que a Feliu le pareció eterna. Con el pergamino extendido ante el rostro, mientras abría la boca para empezar a leer, Climent levantó la mirada y la clavó directamente en él, sin necesidad de buscarlo entre los asistentes, porque ya lo tenía localizado de antemano. Feliu no necesitaba escuchar el primer nombre para saber que no tenía escapatoria; Climent no le iba a permitir siquiera regresar a Melers, había planeado ese golpe final desde el comienzo. Cerró los ojos mientras asimilaba lo inevitable—. Melers de Cerdanya, Dorres, Mont-Ros, Pal, Fígols y Escaló. Por desgracia, también se han encontrado indicios de confabulaciones en la Seu d'Urgell, entre los miembros más cercanos a nuestro obispo.

Se apagó el eco de las últimas palabras de Climent, y durante unos instantes reinó un silencio tenso. Después se elevó un rumor en un extremo de la catedral. Alguien avanzaba por la nave lateral a empellones y la gente se quejaba a su paso. Los sacerdotes sentados junto a Feliu se pusieron en pie y murmuraron entre ellos.

—Es el capellán de Fígols. Intenta huir —dijo uno de ellos.

A Feliu le martilleaba el corazón en el pecho. El arzobispo subió al púlpito mientras Climent intentaba en vano restaurar el silencio. Alfonso cruzó a grandes zancadas el presbiterio en dirección al

arzobispo para dirigirle unas palabras furiosas, y este bajó del púlpito para hablar con el tesorero. Climent se unió a la conversación y discutió airado con Alfonso, clavándole el índice en el pecho repetidas veces. Finalmente, el arzobispo alzó la voz para dirigirse a los presentes.

—Las sentencias se anunciarán en una hora.

El rumor en la catedral subió de tono hasta convertirse en un alboroto. Climent cruzó una vez más la mirada con Feliu desde la distancia y, con una mueca de ira, siguió al arzobispo hacia la sacristía.

Feliu se puso en pie y miró a todas partes en busca de una escapatoria. Iban a apresarlo y a encerrarlo en el calabozo aquel mismo día; iban a torturarlo y juzgarlo igual que a los desdichados de Bóixols. Si eso ocurría, no tendría la oportunidad de avisar a nadie. ¿A qué esperaba para salir de allí?

Consiguió llegar a la nave lateral a empujones. Alguien lo agarró de una manga.

—Feliu, espera —dijo Alfonso—. El obispo Despés ha pedido hablar a solas con el arzobispo. Lo he mantenido al tanto durante estos días de cuanto sucedía, pero sigue muy débil… No sé si conseguirá alguna concesión a favor del padre Eusebi. Al menos hemos ganado tiempo.

—Climent va a venir a por mí, me encerrará hoy mismo —respondió Feliu, incapaz de pensar en otra cosa.

—Lo sé, y también me encerrará a mí. ¿No has oído lo de los supuestos indicios entre el clero de La Seu? Climent ha sido muy listo, se va a deshacer de todos sus adversarios de un plumazo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿No vas a marcharte?

—¿A dónde voy a ir, a mi edad y con mi estado de salud? Me encontrarían igual y me juzgarían con más dureza. Rezo para que nuestro obispo encuentre fuerzas y esté lúcido al menos durante esta hora crucial. ¿Qué harás tú?

—No lo sé… —Feliu estaba demasiado agobiado para pensar.

—En la situación actual, no pensaría mal de ti si desaparecieras. Lo entendería perfectamente —dijo Alfonso, y le agarró del hombro—. Pero, si te vas, será para siempre. Tu testimonio contra Climent podría salvar a muchos de un castigo horrible. O quizá no; puede que sea del todo inútil, solo Dios lo sabe.

El tesorero se marchó y Feliu se caló la capucha de la sotana. La puerta principal de la catedral permanecía abierta. Salió a la plaza sin mirar atrás y se escabulló por el callejón más estrecho. Tenía que decidirse rápido: si se quedaba y lo encerraban en un calabozo, no podría ayudar en nada. No podría advertir a Jeroni, ni a Arnau ni a Elisa. Jamás vería de nuevo a Raquel. No era una opción aceptable. Por otro lado, si huía en ese momento, no escucharía la sentencia ni

sabría si Alfonso y el obispo Despés conseguían su propósito. Quizá se señalaba como culpable antes de tiempo, igual que había hecho el capellán de Fígols.

Llegó a la conclusión de que la única solución consistía en quedarse a escuchar a escondidas, para conocer la sentencia y evitar que lo encerraran. ¿Podría llegar a Melers a tiempo si las cosas se torcían? Era arriesgado, pero debía decidirse cuanto antes y preparar una vía de salida. Corrió a los establos del palacio episcopal y ensilló a su mula. Vio una capa raída colgada en un gancho, seguramente propiedad de algún mozo de cuadras. La cogió sin mirar siquiera a su alrededor y se la echó sobre los hombros. Tiró de las riendas a través del patio en dirección a la salida del recinto. Esperaba oír en cualquier momento una orden para que se detuviera; sin embargo, nadie le impidió llegar a la calle. Cabalgó hasta una posada junto a la puerta este de la ciudad y dejó unas monedas para que alimentaran a la mula durante un día. Una vez vencido el pánico inicial, regresó a pie a la catedral y se mezcló entre los feligreses que aguardaban en la parte trasera, siempre cerca de la salida y bien embozado en la capa robada. No tuvo que esperar demasiado: los reos ya se encontraban allí y el arzobispo subió al púlpito al poco rato.

—El obispo Despés me ha transmitido su preocupación por el destino de los sacerdotes de la diócesis y su reticencia a condenar al padre Eusebi. Comprendo su desasosiego. Ningún pastor acepta de buen grado que las almas a su cargo se hayan descarriado. Sin embargo, el asunto expuesto aquí es muy grave. La Iglesia no debe tolerar de ninguna manera la continuidad de estas herejías que ponen en entredicho la fe. La corrupción debe arrancarse de raíz o se extenderá más allá de lo tolerable. Por ello, la sentencia que anunciaremos hoy será ejemplar. ¡Que sirva de aviso a cualquiera que sienta la tentación del Maligno! Y os encomiendo una misión: allá donde vayáis, buscad el símbolo de la estrella y denunciad cualquier práctica sospechosa de herejía.

A continuación, Climent leyó las sentencias: condenaban a morir en la horca a la curandera, a la mujer que hacía de guía, a la joven acusada de participar en rituales nocturnos y al padre Eusebi. Imponían escarmiento y deshonra pública contra la posadera, y castigaban a Pau Clos y a su esposa mediante incautación de bienes y retirada de privilegios. Unos gritos desgarradores atravesaron la catedral:

—¡No! ¡He dicho todo lo que queríais! Me prometisteis que así sería libre… ¡No es justo!

La rea que se parecía a Raquel forcejeó mientras era amordazada y Climent alzó la voz por encima del ruido de las cadenas y de los gemidos:

—Además, se exige a los párrocos de Melers, Dorres, Mont-Ros, Pal, Fígols y Escaló que se presenten inmediatamente ante la autoridad de la diócesis. De no ser así, serán perseguidos, capturados y castigados por desobediencia. Cualquiera que les ofrezca escondite o protección será juzgado con severidad.

Feliu no necesitaba escuchar más: era la peor sentencia posible. Alfonso y el obispo habían fracasado. Se dirigió a la puerta de la catedral junto a decenas de feligreses que taponaron la salida. Trató de disimular su nerviosismo para pasar desapercibido. Tras unos minutos de empujones y avance lento, alcanzó la puerta y no pudo evitar volver la mirada justo antes de salir: Climent se encontraba entre los párrocos, en el transepto norte. Gesticulaba con enfado, apuntando con el índice a unos y otros. En un momento dado, Climent dirigió sus ojos de rapaz en la dirección donde estaba Feliu y él se escabulló a toda prisa hacia la plaza. ¿Lo había visto? Tanto daba, iba a perseguirlo de todas maneras.

Corrió hasta la posada donde había dejado la mula. Sin avisar siquiera al dueño, se la llevó y atravesó las murallas de la ciudad. Apenas salió al camino, montó y clavó los talones repetidas veces en el vientre del animal. Se alejó al galope en dirección a La Cerdanya, agachado sobre las crines pardas y aferrado a las riendas.

Aún no había recorrido una legua cuando la mula empezó a cansarse y aminoró el ritmo. Feliu la azuzó para que recuperara el galope, ella corrió unos pasos, piafó y lo miró con enfado, y luego volvió a adoptar una velocidad que consideraba más sensata. Feliu suspiró: no era una montura veloz ni estaba acostumbrada a que la espoleara, pues siempre viajaban al paso. Se arrepintió de no haber robado un caballo en las cuadras del palacio episcopal. Ya era un fugitivo, qué importancia tenía si se convertía también en un ladrón.

Escuchó a sus espaldas a unos jinetes que se acercaban veloces. Si Climent había ordenado que salieran tras él, lo alcanzarían mucho antes de que llegara a La Cerdanya. Buscó una alternativa al camino principal y vio a su izquierda un sendero que ascendía a través del bosque. Lo tomó y durante unas horas avanzó en buena dirección, pero luego el camino viró hacia las montañas y subieron más de la cuenta. Al atardecer se formaron nubes de tormenta sobre las cumbres, cuando él ya estaba completamente desorientado.

Buscó una cueva o una cabaña de pastor que pudiera servirle de refugio; se encontraba en un paraje yermo y deshabitado, sin rastro de presencia humana. Cuando empezaba a desesperarse, distinguió una ventana iluminada en la oscuridad. Se acercó a la luz: se trataba de una ermita solitaria. Aporreó la puerta y le abrió un ermitaño, que le ofreció pan y cobijo sin hacer preguntas. También le indicó el camino que debía seguir hasta Llívia. Feliu se sorprendió al comprobar que no

se encontraba lejos: sin planearlo, había tomado un camino directo por las montañas.

Tras la cena, se arrodilló en la capilla. La tormenta descargaba con furia un aguacero sobre el techo de pizarra y la puerta temblaba inquieta por el embate del viento. Dio gracias por la oportunidad de escapar y por haber encontrado un refugio para pasar la noche. Luego sucumbió a la desolación. Aunque lograra llegar a Melers antes que los hombres de Climent, no tardarían en ir a buscarlo. Imploró con todas sus fuerzas recibir una señal divina que le dijera qué debía hacer, pero, más allá de los truenos, no percibió nada claro. Podía esperar a Climent en Melers con la cabeza alta, hacerle frente y soportar con dignidad la cárcel, las torturas y una muerte probable. O podía desaparecer para siempre, llevarse a Raquel, si ella así lo deseaba, y construir una vida nueva. Sería casi un rapto, una huida deshonrosa, una vergüenza épica que narrarían durante generaciones. También la única forma segura de permanecer con vida.

Cogió la Biblia desgastada del ermitaño y la abrió al azar. Con los ojos cerrados posó el dedo en un punto de la página. Aquella frase señalada le diría lo que debía hacer. La leyó y no le encontró ningún sentido, no tenía relación con la situación en que se encontraba. Señaló otra página al azar, y luego otra, y otra. Ninguno de los versículos que leyó le decía lo que quería. Y lo que quería era fugarse con Raquel y que una frase bíblica lo alentara a ello. ¿Acaso pretendía eludir la responsabilidad de la decisión más importante de su vida?

Capítulo 32

ARRODILLADA JUNTO A su jergón en la buhardilla, Núria introdujo el brazo en el baúl y revolvió el fondo. Sacó el libro del Legado y lo apoyó sobre el regazo. Pasó las páginas en busca de la receta que la obsesionaba desde hacía días mientras escuchaba a Antònia hablar con un cliente. Sus voces le llegaban a través de las tablas del suelo de la buhardilla, que era a la vez el techo de la tienda.

—Este jarabe es el recomendado por el Colegio de Médicos, contiene más de veinte ingredientes seleccionados para tratar la enfermedad —decía Antònia.

—Con él no observamos ninguna mejora. He oído que en otro comercio venden un medicamento con más de cuarenta ingredientes, algunos procedentes de los Reinos de Indias. ¿No lo tenéis?

—No sé qué comercio vende tal cosa, pero es una estafa, señor, estoy segura.

—¿No me puede ofrecer nada más? —dijo el hombre. Se le notaba desesperado, igual que a todos los que acudían a la botica a causa de la epidemia—. Mi hija y mi mujer están enfermas, no importa cuánto me cueste.

—Lo siento. Mi suegra también ha caído enferma y toma este jarabe. Debemos seguir las instrucciones de los médicos, el gremio nos obliga a ello.

Mientras tanto, Núria había encontrado la receta que buscaba. Su memoria no le había fallado: se trataba de una tisana compuesta de flores de tomillo, hojas de salvia y rizoma de serpentaria, que era grueso y de aspecto retorcido. Este último era el ingrediente principal y ocupaba la mitad de la página. Adaleda también usaba la serpentaria en otras dos recetas relacionadas con el mal de vientre.

—¿Qué puedo hacer? —continuó el cliente—. Me siento tan inútil… Necesito regresar a casa con una solución.

—Podría ofrecerle el remedio tradicional contra la disentería: la compota de escaramujos. Pero se nos ha terminado y estamos preparando más, vuelva esta tarde.

—De acuerdo, se lo dejaré pagado para no quedarme sin él.

Núria cerró el Legado y lo guardó bajo la ropa doblada. En Melers había preparado aquel remedio varias veces ante los casos de diarrea y fiebre, y había comprobado que era eficaz tanto en niños como en

adultos. Sin embargo, la serpentaria no estaba entre los albarelos ni las cajas de la botica, lo había comprobado. ¿Por qué no usaban esa planta los boticarios? La distancia no podía ser la única causa, pues comerciaban con especias que procedían de mucho más lejos. Además, recordaba haberla visto en la choza de la Reina Sapo, así que la serpentaria tenía que llegar hasta Barcelona de alguna forma.

Se dijo que quizá la enfermedad que asolaba la ciudad era diferente a las que Adaleda y ella habían curado. Los médicos y boticarios trabajaban sin descanso para hallar una cura: discutían en asambleas, consultaban centenares de libros, conocían plantas de todo el mundo. Si ellos no habían encontrado la cura, ¿cómo iba a funcionar la simple tisana del Legado, mezclada con rituales sin sentido y conjuros prohibidos?

No obstante, la duda se le clavaba como una espina y con cada cliente desesperado que acudía a la botica se le hincaba más. Bajó a la tienda por la escalera de mano y en la rebotica se plantó delante de la estantería de los libros de Josep. Tal vez en los herbarios encontrara la serpentaria con otro nombre u obtuviera alguna otra pista.

Unos minutos después, Antònia la sorprendió rodeada de varios libros abiertos sobre la mesa mientras hojeaba las ilustraciones.

—¿Cómo van los escaramujos?

—En media hora estarán listos —respondió Núria, que señaló la cazuela borboteante. Luego comprobó el destilador—. El aceite de salicaria para el jarabe tardará algo más.

Antònia asintió y se dejó caer en una silla, cansada.

—Bueno, ¿y no vas a contarme ese secreto que escondes?

Ella dio un respingo.

—¿Qué secreto?

Antònia sonrió ante su expresión nerviosa.

—¿Quién es él? Llevas una semana escabulléndote.

Núria dejó ir el aire contenido y le devolvió la sonrisa.

—Se llama Guim. Es cirujano en La Santa Creu y estudia Medicina.

—¡Vaya! ¿Cómo os conocisteis? —Oyeron la puerta de la botica y Antònia se puso en pie—. Luego me lo cuentas.

Núria devolvió los herbarios a la estantería y retomó sus tareas. Revisar todos los libros de Josep podía llevarle varios días, no era una forma práctica de encontrar la serpentaria. Además, no disponía de tiempo: trabajaba de sol a sol para cubrir la demanda del jarabe prescrito por los médicos, mientras Josep recorría la ciudad en busca de los ingredientes. El boticario llegó al poco rato y dejó un saco sobre la mesa.

—¡Cómo están los ánimos en la lonja! He tenido que pelearme para conseguir milenrama y encima la he pagado a precio de oro.

La muchacha se decidió a preguntarle sobre la planta del Legado.

—Josep, ¿conoces la serpentaria? Es una hierba que crece en la montaña, se usa el rizoma. He buscado en los albarelos y no la he encontrado.

—No me suena. ¿Para qué se usa?

—En el pueblo donde crecí la utilizábamos para tratar disenterías con fiebre. Recuerdo que salvó la vida a más de un enfermo.

—¿Tiene otros nombres esa planta?

—No, que yo sepa.

—¿Cómo es? ¿Puedes dibujarla? Si aparece en algún recetario conocido, podría proponer su estudio en la próxima asamblea del gremio.

Núria garabateó un dibujo sobre una hoja de papel. La alzó para observar el resultado: se parecía más a una espiga de trigo que a la flor de la serpentaria.

—No se me da bien dibujar —admitió.

Josep miró el papel con la cabeza ladeada.

—Así es difícil. Si tuviéramos una muestra, aunque fuera una sola planta seca, podría buscarla en mis libros.

Durante la tarde, Núria llenó centenares de frascos de escaramujos confitados y otras tantas botellitas del jarabe prescrito por los médicos. Estaba agotada, y al atardecer la empezaron a marear los vapores de la rebotica.

—Núria, sal a dar una vuelta con *Neulit*, ya acabo yo con esto —dijo Josep al verle la cara—. ¿Puedes echarle antes un ojo a mi madre?

Núria subió a la habitación de Beatriu. Encendió una vela y le pareció ver un cadáver sobre la cama: la anciana tenía las mejillas hundidas y la piel pegada a los huesos. De no ser por el temblor de labios y por los párpados apretados, habría corrido a comprobar si tenía pulso. Le puso un paño mojado sobre la frente; la anciana estaba ardiendo. Presintió que moriría esa noche.

A continuación, recorrió las calles junto a *Neulit* con la intención de salir de la ciudad. Los viandantes con los que se cruzaba se tapaban la nariz y la boca con un pañuelo aromatizado para evitar las miasmas pútridas que supuestamente contagiaban la enfermedad. En la plaça del Blat, en el rincón que solía estar ocupado por un malabarista, un hombre de aspecto siniestro predicaba fatalidades y vendía amuletos. Los crédulos que escuchaban los presagios y las falsas promesas se interponían en la ruta de Núria hacia las puertas de la ciudad. Se abrió paso entre la gente que escuchaba absorta hasta alcanzar la calle amplia que llevaba a las murallas; sin embargo, le seguía faltando el aire. La ahogaban los edificios altos, el ruido, los lamentos a su alrededor. Pasó junto a un carromato lleno de cadáveres amortajados y la sensación de mareo se incrementó. Sintió un calambre en la barriga y buscó apoyo en una pared. *Neulit* se le acercó y le lamió la

mano.

—Mejor volvemos a la botica, *Neulit*.

GUIM ENVOLVIÓ EN una sábana el cuerpo de una joven que había fallecido durante la noche. No tendría más de quince o dieciséis años. Le hizo una seña al encargado de llevar a los muertos para que recogiera el cadáver y, sin perder tiempo en lamentos, pasó a atender a los enfermos que se descomponían echados sobre la paja pestilente del suelo del pasillo. La limpieza había dejado de ser una tarea prioritaria: muchas monjas habían caído enfermas y los que quedaban en pie hacían cuanto podían. Dos noches atrás Guim temió haber sucumbido él también, pues se revolvió sudoroso en la cama e hizo varios viajes a la letrina. Sin embargo, tras dormir unas horas hasta el mediodía, se sintió con fuerzas para regresar al hospital. Por contra, las monjas parecían sufrir la enfermedad con más gravedad, igual que muchas mujeres.

Mientras punzaba el brazo de un enfermo, se preguntó si estaban muriendo más mujeres que hombres. Al mediodía fue a comprobarlo al cuaderno de enfermería, en el que se anotaban los ingresos de pacientes y los fallecimientos, y lo encontró fuera de su lugar, tirado sobre el escritorio del conserje del hospital. Lo abrió por la última página escrita: el registro más reciente era de hacía cuatro días. Una monja pasó por la portería cargada con dos cubos de agua.

—Disculpe, hermana, ¿sabe por qué no se han anotado los números de los últimos días?

—El registrador falleció ayer y supongo que nadie lo ha relevado.

—Entonces ¿cómo sabremos si la epidemia empeora o remite?

La monja se encogió de hombros y continuó su camino. Guim suspiró y apuntó él mismo las cifras que recordaba de memoria de ese día y del anterior.

Cuando las campanadas del convento del Carme tocaron las ocho, se quitó el delantal salpicado de sangre. Hacía días que no sabía nada de Núria y quería verla; no podía entregar su vida entera a los desdichados del hospital.

Caminó hasta la casa del boticario y llamó a la puerta. No acudió nadie a abrirle; tampoco se vislumbraban luces en el interior. Ya empezaba a inquietarse cuando oyó una voz grave a sus espaldas.

—Hoy no nos queda más jarabe. Vuelva mañana. —El boticario y su mujer, vestidos de luto, lo miraron con semblante serio.

—En realidad quería ver a Núria.

—Tú debes de ser Guim —dijo la esposa del boticario. Se retiró el velo negro del rostro—. Venimos de enterrar a mi suegra. Núria se ha

quedado en casa porque no se encuentra bien. Supongo que estará dormida.

Guim tragó saliva con dificultad.

—¿Qué le sucede?

—Lo mismo que al resto de enfermos de la ciudad. Ven, entra a verla.

El boticario le sostuvo la puerta abierta y su esposa lo acompañó hasta una de las habitaciones. Núria estaba recostada en la cama sobre almohadones y sonrió al verle. Él le cogió las manos y le alivió comprobar que no padecía fiebre alta.

—¿Cómo estás? Podrías haber mandado a buscarme. He tardado demasiados días en venir.

—No te preocupes, aquí me cuidan bien.

—¿Cuándo empezaron los síntomas?

—Ayer por la tarde.

—Espero que no vaya a peor… Si supieras lo que veo cada día en el hospital…

—Saldré de esta. Solo necesito descansar.

Guim le besó el dorso de la mano y deseó que así fuera.

—Malditas fiebres —protestó—. ¿Cómo puede ser tan difícil hacerles frente?

La mañana siguiente Guim fue al Estudio de Medicina con la esperanza de debatir nuevas soluciones contra la epidemia. Hacía una semana que no asistía a clase, pero había tenido buenos motivos. De hecho, imaginaba que los profesores y los estudiantes habrían estado también ocupados y que se habrían cancelado algunas lecciones. Por eso se sorprendió al encontrarse el aula llena de alumnos animados y expectantes.

—¡Guim! ¿Dónde te habías metido? Hoy haremos una disección a un cuerpo humano —dijo Aleix con un brillo de emoción en los ojos.

—He estado ayudando en el hospital. ¿Estudiaremos a un fallecido por las fiebres?

—No sé, creo que no. Ven a ver el cuerpo.

Aleix se cubrió la cara con un pañuelo perfumado y le hizo una seña para que se acercara a la mesa de disecciones, dispuesta en el centro de la sala. El resto de los alumnos también se protegían con pañuelos mientras observaban el cadáver con curiosidad. A Guim no le hizo falta taparse la nariz: en comparación con el hedor del hospital, allí olía a rosas. El muerto era un varón de unos cincuenta años de carnes fofas y piel amarillenta y recubierta de capilares. No tenía aspecto de haber padecido fiebres ni disentería; más bien parecía un borracho

con el hígado enfermo.

El profesor Melcior entró en el aula acompañado de un cirujano que esparció sus bisturís y cuchillos sobre una mesilla auxiliar. El médico carraspeó y se hizo el silencio.

—Hoy nos asomaremos al interior del cuerpo humano para desentrañar el misterio de los diferentes órganos. Aprovechad bien esta clase y preguntad todas las dudas que os surjan, las disecciones son oportunidades únicas en el aprendizaje de un médico.

El cirujano realizó unas incisiones en el vientre del cadáver y lo abrió como si se tratara de una ventana. Los alumnos se arrimaron unos a otros. Guim se quedó rezagado; por fortuna o por desgracia, durante sus años de cirujano había visto muchos vientres abiertos. Agarró a Aleix del codo:

—¿No habéis hablado estos días de la epidemia? —le susurró.

—Sí, la semana pasada.

—¡Ah!, señor Esteve —dijo el profesor—. Por fin nos honra con su presencia. Ya que se considera tan sabio como para no tener que asistir a las lecciones, seguro que sabrá decirnos la causa de la muerte de este hombre.

Guim ignoró la burla del profesor. Un vistazo a las vísceras del muerto le confirmaron lo que ya sospechaba.

—Tiene el hígado enfermo, probablemente a causa del vino. El órgano debería ser liso y de color granate; en cambio, se ve marrón y verrugoso.

El profesor arrugó la boca y no se molestó en reconocer que la respuesta era correcta. Se remangó, espantó las moscas que revoloteaban sobre el cadáver y fue señalando uno a uno los diferentes órganos mientras explicaba sus funciones.

Guim se impacientaba a medida que pasaban los minutos. Media ciudad estaba enferma y no había cura eficaz, ¿qué hacían ellos filosofando sobre la elasticidad de la vejiga? Se suponía que eran la élite de la sabiduría en Medicina, los responsables de remediar el sufrimiento humano.

Levantó el brazo y el profesor pausó su explicación, claramente molesto.

—¿Sí?

—Profesor, ¿no vamos a hablar hoy de las fiebres que padece la población del centro de la ciudad?

—Ya disertamos sobre ello el miércoles. Si hubiera venido, lo sabría. Discutimos ampliamente los capítulos dedicados a ese tipo de fiebres gástricas en los tratados de Hipócrates, Dioscórides y Avicena, y estudiamos la composición del jarabe auspiciado por el Colegio de Médicos.

—Ese jarabe no está dando resultado, los enfermos siguen muriendo

a centenares. Pensé que podríamos explorar otros tratamientos.

—Pues pensó mal. ¿Quién le ha dicho a usted que no da resultado? Los ingredientes fueron seleccionados con mucho cuidado y realizan la función adecuada para restablecer el equilibrio en el cuerpo del paciente.

—Digo que no funciona porque lo compruebo cada día en el hospital. Allí no disponemos de medicinas para todos los enfermos, y los que reciben el jarabe no se recuperan mejor que los demás. El doctor Martí ha probado alguna otra receta, aunque no tenemos medios suficientes.

—No hacen falta otras recetas —replicó el profesor con aires de superioridad—. El estudio teórico que llevó a cabo el Colegio de Médicos es impecable…

—¡Pero en la práctica la gente está muriendo! —lo interrumpió Guim—. ¿Es que no os sentís con la obligación de hacer algo para evitarlo?

Había alzado la voz, estaba perdiendo los nervios. Sus compañeros lo miraron por encima de sus pañuelos aromatizados que, sin duda, ocultaban bocas abiertas de estupor.

—Algunos enfermos mueren —dijo el profesor con una voz tan serena que daba miedo—. Si quiere ser médico, será mejor que lo acepte cuanto antes. Esta no es, ni de lejos, la epidemia más devastadora que ha asolado la ciudad en los últimos años. No podemos detener las lecciones cada vez que una enfermedad estacional golpea a la población. Además, en nuestra escuela no aceptamos los malos modales, ni las ausencias reiteradas, ni ese desdén suyo hacia nuestra forma de proceder. Le voy a pedir que se marche y que regrese cuando esté más calmado, para conversar en privado sobre su futuro en esta institución.

Guim inspiró hondo. Las réplicas furiosas se le acumulaban en la garganta y apenas podía contenerlas. Pensó en dejarlas salir; presentía que iban a expulsarlo de la escuela de todas formas. Percibió de reojo que Aleix lo miraba mientras negaba con la cabeza, como si hubiera adivinado su intención de seguir discutiendo y le advirtiera en contra de ello. Su amigo siempre creía que había esperanza; ese día Guim lo veía todo negro.

Apretó los puños y salió de la sala. Emplearía mejor su tiempo en el hospital, al menos allí haría algo útil por los enfermos.

FELIU DIVISÓ MELERS a media tarde, enmarcada entre las cumbres aún cubiertas de nieve primaveral. Los aldeanos que vivían en las afueras advirtieron su llegada e iniciaron un revuelo que se extendió por todo

el pueblo: llamaron a sus familiares, reunieron a los niños, avisaron a los vecinos y salieron a la plaza. Lo rodearon con expresiones impacientes y preocupadas, apenas le dieron tiempo a desmontar antes de atosigarlo con preguntas:

—¿Qué ha sucedido?

—¿Es tan terrible como cuentan?

—Esta mañana, en el mercado de Puigcerdà, no se hablaba de otra cosa…

—¿Van a acusar a la gente de Melers?

Feliu trató de aparentar entereza:

—Sí, los hombres del arcediano vendrán a por mí y quizá también a por algunos de vosotros. He viajado lo más rápido que he podido para avisaros. Pueden aparecer en cualquier momento, debemos prepararnos. —Miró a Elisa, que se tapaba la boca con una mano, y a Raquel, que tenía los ojos brillantes—. Quizá tengamos que huir.

Arnau llegó por una de las callejuelas y alzó la voz por encima del murmullo de los vecinos.

—Padre Feliu, nos tiene que contar todo lo que ha sucedido en el juicio.

Feliu pidió a los vecinos que borraran todas las estrellas de la aldea y del camino hacia Dorres, y les dijo a Elisa y a Arnau que lo acompañaran a su casa, pues eran los más implicados. En el salón, relató lo sucedido mientras deambulaba de un lado a otro. Arnau lo fue interrumpiendo con preguntas y Elisa permaneció callada, encogida bajo su mantón.

—A ver si lo he entendido —dijo Arnau cuando Feliu llegó al episodio en que había huido de La Seu—. En Bóixols vive una curandera que en teoría utiliza los mismos símbolos y métodos que Adaleda. —Feliu asintió—. Un novicio se hace pasar por enfermo y lo conducen hasta ella, aunque luego apenas recuerda nada. Luego, la mujer que guía a los enfermos traiciona a la curandera y las capturan a ambas, además de a otras vecinas que se acusan entre ellas. El párroco confiesa que lo sabía todo y los señores de la región ocultan secretos.

—Exacto. Y luego Climent sacó una lista de las parroquias en las que se habían visto estrellas, y Melers y Dorres estaban entre ellas. Y dijo que los sacerdotes somos los responsables por permitirlo y que nos iban a perseguir y juzgar.

—Pero ¿qué sabe sobre Melers? Quiero decir… parece que en Bóixols fueron descuidados y bastante tontos. Nosotros escarmentamos hace años y desde entonces hemos sido muy prudentes. El arcediano ya lo intentó y no consiguió nada. ¿Por qué esta vez es diferente? ¿Por una lista de símbolos de estrellas?

—Hace dos años el obispo impuso su sensatez, pero ahora está

enfermo y Climent es el amo de la diócesis, nadie le hace frente. Tiene en contra a casi todo el clero, incluso el tesorero ha intentado pararle los pies y no ha podido —dijo Feliu con amargura—. En Bóixols extorsionó a los vecinos, amenazó a sus familias, los obligó a mentir y a traicionarse. No necesita nada firme para actuar, con el símbolo de la estrella le sobra. Encarcelará a gente al azar, nos torturará. No sé qué podemos hacer, no veo solución. Lo único que se me ocurre es que todos huyamos.

—Yo no voy a huir —dijo Arnau.

—Piensa en tu familia —replicó Feliu—. ¿No vas a ponerlos a salvo?

—Precisamente por ellos no voy a abandonar mis tierras, son lo único que poseo. Si las abandono, legaré a mis hijos una vida de sirvientes o jornaleros. Además, nadie me relacionará con Adaleda. Siempre recogía a los enfermos en el camino, no conocían mi casa y tan solo veían mi rostro unos segundos antes de ponerse la capucha. ¡Y hace dos años que no llevo a ningún desconocido al laberinto! Estaré en peligro solo si alguien me delata.

—Yo sí que me marcharé, he estado demasiado expuesta alojando a forasteros —dijo Elisa—. Me esconderé con Adaleda en el laberinto.

—¿Y los demás? —preguntó Feliu—. Debo evitar que Climent aparezca y haga estragos entre los vecinos.

—Dudo que aquí actúe igual que en Bóixols —dijo Arnau—. Allí infiltró a alguien que se hizo pasar por enfermo y le dio nombres. En cambio, en Melers no tiene por dónde empezar. Si no nos traicionamos, si nos mantenemos firmes y negamos cuanto diga… No puede sostener las acusaciones con unas simples estrellas. Esos juicios siempre empiezan con un delator y en Melers no lo ha habido.

Feliu negó con la cabeza. En un mundo ideal y justo las palabras de Arnau tendrían sentido. El mundo real, dominado por personas como Climent, era muy distinto.

—No des por sentado que los demás serán capaces de resistir interrogatorios y torturas, Arnau. Todos tenemos un precio y el arcediano es experto en encontrarlo. Conseguirá lo que quiere.

—Los vecinos de Melers no se irán de sus casas —intervino Elisa—. No puedes pedirles que huyan y abandonen todo lo que tienen.

—Entonces, ¿qué debo decirles? ¿Que no puedo hacer nada para ayudarlos?

La viuda se encogió de hombros.

—Explícales lo mismo que a nosotros. Así ya los estarás ayudando.

Feliu se pasó la mano por la cara; se sentía atrapado. Cogió de nuevo la capa de viaje y se dispuso a salir.

—¿Adónde vas? —preguntó Arnau.

—A Dorres, debo avisar a Jeroni.

«Quizá él encuentre alguna solución», pensó para sí.

JERONI LO ESCUCHÓ con la mirada perdida en la chimenea apagada y actitud ausente. Feliu se preguntó si realmente le había entendido, pues no parecía consciente del peligro que se cernía sobre ellos.

—¿Qué vas a hacer, Jeroni? Es cuestión de días que Climent aparezca con sus mercenarios.

—Nada —respondió el anciano, aún sin dirigirle la mirada.

—¿Nada? No digas eso, no vamos a rendirnos sin más.

—Hace ya tiempo que me rendí de la vida. Estoy tan cansado… Tengo ganas de que me dejéis todos en paz de una vez. Y, si sucede lo que dices, me daré una última alegría maldiciendo a gritos a aquel que intente interrogarme.

—Pues yo me niego a resignarme. —Feliu se levantó. Tanta indiferencia y hartazgo empezaban a enfadarlo—. Necesito creer que existe una forma de poner a salvo a los vecinos. Climent no debe salirse con la suya.

—Me parece bien. Pero no me pidas que piense por ti.

—Solo esperaba algún consejo, buscar juntos una solución.

—Hasta ahora te has apañado con Climent tú solito.

—En las ocasiones anteriores contaba con vuestras directrices: las tuyas, las de Alfonso, las del obispo… Por eso me fue bien.

Jeroni lo escrutó con sus ojos hundidos.

—Feliu, recuerdo al joven ingenuo que eras cuando nos conocimos. Tus decisiones te han convertido en lo que eres ahora, no te quites mérito poniendo a los demás como excusa.

—¿Mérito? —Se sentó de nuevo en su butaca, inclinado hacia Jeroni.

—Sí, eso he dicho —gruñó Jeroni—. Entonces, ¿qué? ¿Si te doy un consejo me dejarás en paz? —Él asintió—. Sé más listo que Climent. Ya lo tienes; ahora, vete.

Feliu bufó. Vaya consejo más inútil. Jeroni actuaba como si hubiera ido a importunarlo, cuando lo único que pretendía era advertirle. Le apoyó brevemente una mano sobre el hombro como despedida.

Mientras cabalgaba de vuelta a Melers, farfullaba enfadado. Ser más listo que Climent. Una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo realidad. El arcediano conseguía siempre que los demás actuaran según sus planes. Los amenazaba o negociaba con ellos, sabía a la perfección qué temían y qué deseaban…

¿Y qué era lo que deseaba Climent? En realidad, Feliu sospechaba que le importaban poco las curanderas y los aldeanos. Tan solo quería reunir logros que atrajeran la atención de los que podían otorgarle poder, como el arzobispo. El arcediano era orgulloso y vengativo. En el pasado, Feliu había herido su orgullo y estropeado sus planes, y

ahora Climent deseaba humillarlo y demostrar su superioridad.

Al mismo tiempo que el sol se ponía tras las montañas, Feliu comprendió que en realidad estaba obcecado con Melers porque quería atraparlo a él, el resto era circunstancial. Los vecinos se encontraban en medio de una lucha ajena, y si se marchaba y los abandonaba, jamás se lo perdonaría.

Acomodó a la mula en el establo con parsimonia y entró en la casa. Ella lo estaba esperando en el salón, de espaldas a la puerta y abrazada a sí misma frente a la chimenea. Feliu sabía lo que debía hacer: apartarla de él. Hubiera preferido enfrentarse a una sesión de tortura en los calabozos del obispado.

—Raquel, debes alejarte de mí. En cualquier momento me detendrán y no quiero que estés a mi lado. —Ella bajó la cabeza y emitió un sollozo—. Entiéndelo, si te apresaran, si llegaran a sospechar el aprecio que siento hacia ti… El arcediano lo usaría para conseguir lo que quiere.

—Podemos irnos hoy mismo. —Raquel sorbió por la nariz y se secó las lágrimas—. Si nos apresuramos, no nos atraparán. Cambiaremos de identidad; si viajamos lejos, incluso podríamos vivir como marido y mujer.

Feliu sintió en las tripas el deseo de acceder a la propuesta. Sin embargo, imaginó lo que supondría para ella y para los vecinos, y se negó a ser el responsable.

—No puedo —respondió. Reunió fuerzas para continuar—: ¿De qué viviríamos? No conozco ningún oficio ni sé hacer nada de provecho, mi único lugar es este. No podría soportar condenarte a la miseria y a vivir siempre con miedo, ni tampoco abandonar a los demás.

Raquel lo miró con una tristeza devastadora. Feliu la envolvió en sus brazos y apoyó la mejilla en su cabello.

—Cuando vengan a detenerme, no salgas a despedirme. Escóndete en el pajar o corre al bosque; cuanto más lejos, mejor. Y no esperes por mí, no sé si regresaré. Debes rehacer tu vida sin mirar atrás.

La joven empezó a temblar, sus hombros se sacudían a causa del llanto.

—No es justo. Yo… Yo… —El hipo interrumpía sus palabras—. Te quiero, Feliu. Te quiero más que a nada.

—Yo también te quiero —le susurró él al oído. Apretó sus labios contra los de ella y la mantuvo encerrada en un abrazo mucho tiempo, sin mover ni un músculo, sin atreverse a intentar nada que pudiera arrastrarlos más allá de lo decente hasta que el fuego de la chimenea se consumió y ella se fue, oculta en la penumbra.

Capítulo 33

NÚRIA DELIRABA A causa de la fiebre. Había perdido la noción del tiempo y a cada hora que pasaba su percepción de la realidad se distorsionaba más. Solo era consciente de que empeoraba con rapidez: la enfermedad estaba ganando la batalla.

Tuvo sueños de ciénagas infestadas de ranas, de cuevas oscuras interminables, de estrellas que caían. Se vio a sí misma postrada en la cama de Beatriu, como si fuera ya un espectro separado de su cuerpo. Intentaba abrir los ojos y regresar a la realidad, pero un dolor de cabeza intenso se lo impedía. En su mente se mezclaban visiones del pasado: las manos de Adaleda, la hoguera del solsticio, los dibujos del Legado, las cruces de sor Larisa, los cánticos de la Reina Sapo. Las visiones bullían a causa de la fiebre y se condensaban en las lágrimas que le recorrían las mejillas.

Una mano le acarició la cara y le secó las lágrimas con el pulgar. Consiguió levantar un párpado. Guim seguía ahí, sentado junto a la cama. Recordó vagamente su promesa de no moverse en toda la noche.

Él acercó un cabo de vela a la almohada y le examinó el rostro. Luego se levantó con brusquedad y se llevó las manos a la cabeza.

—Tiene que haber alguna forma de curar esta fiebre. —Agarró el respaldo de la silla con tanta fuerza que parecía que fuera a resquebrajarlo—. Los médicos no se esfuerzan, no miran alrededor. Tienen las narices metidas en los libros y creen que lo saben todo, sin plantearse otras soluciones. —Guim le cogió la mano y se arrodilló junto a la cama—. Dime que hay algo más, por favor, cualquier cosa…

Núria respiró hondo y su cabeza se asentó un poco. Existía otro remedio entre las páginas del Legado que se preparaba con una hierba que crecía en los Pirineos. Solo se le ocurría un lugar cercano donde podía conseguir esa planta: la choza de la Reina Sapo. Sin embargo, ¿cómo pedir a Guim que visitara a esa mujer? Ella misma la había acusado de estafadora y había sufrido sus humos alucinógenos. Él respondió al leve movimiento de sus labios.

—Dime, ¿qué puedo hacer?

Sostuvo la mirada suplicante de Guim; él necesitaba sentirse útil y Núria supo que, si se lo pedía, acudiría a la curandera sin juzgarla.

—Conozco una tisana hecha con rizoma de serpentaria que solía

preparar en La Cerdanya.

—¿Cómo la preparo? O ¿dónde la consigo?

Ella tomó aire para continuar:

—Hay una curandera en las afueras de la ciudad; ella tiene serpentaria y quizá pueda preparar la tisana. Vive donde encontraste a *Neulit*, de camino a Pedralbes; si lo llevas hasta allí, él sabrá llegar hasta su puerta. —Guim se puso en pie con decisión. Núria alargó una mano para retenerlo; aún no le había explicado todo—. Lleva dinero y ten cuidado, es avariciosa y usa plantas para confundirte…

—No te preocupes por mí. Volveré con ese remedio, te lo prometo. Aguanta un poco.

Se marchó y Núria se sumió de nuevo en sus delirios. Esa vez visualizó el laberinto, los prados cubiertos de flores, la nieve y la calma de las montañas. En un instante de lucidez, se preguntó si morir consistía en eso: en acostumbrarse al dolor hasta no sentirlo, en alejarse poco a poco de la realidad hasta que no fuera posible regresar.

Presintió que, aunque consiguiera la tisana de serpentaria, no la salvaría: era demasiado tarde, estaba demasiado débil. Ojalá pudiera regresar a La Cerdanya por última vez.

GUIM CABALGABA EN la oscuridad absoluta: la luna permanecía oculta por las nubes y ya había dejado atrás las escasas luces de la ciudad. Confió en que la yegua del boticario tuviera mejor vista que él, al menos no se habían salido del camino y avanzaban a buen ritmo. *Neulit* los acompañaba trotando unos pasos por detrás de la yegua, olfateando el suelo.

Reconoció el lugar donde encontró al mastín por la hilera de álamos, pues sus siluetas alargadas eran aún más negras que la noche y se recortaban contra el cielo oscuro. Descabalgó y llamó al mastín con la intención de atarle la correa, pero el perro echó a correr de repente hacia un campo yermo.

—Maldita sea, *¡Neulit!* —dijo a medio camino entre un susurro y un alarido. El silencio que lo rodeaba era espectral.

Caminó en la dirección que había tomado el mastín y al poco rato se dio de bruces con una pared medio derruida y cubierta de zarzas. Se enredó en la maleza y se preguntó cómo saldría de allí a ciegas. Por suerte, escuchó unos jadeos que le indicaron que *Neulit* había regresado a por él. Palpó el cuello peludo y lo agarró del collar.

—¡No te me escapes!

Se dejó arrastrar por los tirones del perro a través de arbustos y enredaderas hasta que llegaron a un espacio abierto, en el que intuyó

el perfil de una casa de una sola planta. El perro se detuvo frente a la entrada y Guim se preguntó de qué conocía Núria ese lugar. Se encogió de hombros y aporreó la puerta con el puño; si aquello daba resultado, ya tendría tiempo de preguntar. Una luz tenue se escapó por la rendija entre la puerta y el suelo.

—¿Quién es? —dijo una mujer.

—Necesito ayuda para una amiga que está enferma. Es urgente.

Escuchó un pestillo que se descorría y un ojo amarillento asomó por el resquicio de la puerta.

—¿Dónde está tu amiga?

—En la cama, no se puede levantar.

—Esto no funciona así: o veo a la enferma o nada —replicó la vieja.

—Por favor. —Guim metió la punta del zapato por el resquicio, no se marcharía con las manos vacías—. Mi amiga me ha pedido que acuda a usted. Ha empeorado de repente y es nuestra última esperanza.

—¡Ja! Suelen acordarse de mí como última opción y entonces es demasiado tarde. ¿Qué me has traído para pagar el remedio?

Guim le mostró la bolsa de sus ahorros, que había recogido a toda prisa en el albergue justo antes de salir de la ciudad. Era una cantidad desmesurada para una medicina, pero había temido quedarse corto. Como si el ruido de las monedas fuera la contraseña de la guarida secreta, la mujer abrió del todo la puerta y sacó una lámpara de aceite para examinarlo. Hizo una mueca que deformó sus mejillas flácidas.

—Por el volumen de tu monedero entiendo que tu amiga está muy grave —dijo la curandera—. Pasa.

Guim siguió las pisadas tambaleantes de la mujer hacia el interior de la casa.

—¿Qué enfermedad padece?

—Es la epidemia: fiebre y descomposición.

—Han venido varios con esos síntomas. Prepararé una tisana que puede ayudar, pero no garantizo nada. Quien quiera milagros, que vaya a la catedral.

—Ella me habló de una planta que se llama serpentaria. Dijo que usted la conocía.

La curandera asintió, algo sorprendida.

—Sí, exacto, es el ingrediente principal del remedio. No es una planta muy común por aquí, me la traen especialmente desde las montañas cada otoño; es muy efectiva para las diarreas de los destetados y otros males intestinales. —La curandera descorrió una cortina que cubría una especie de alacena; alguien dormía en el interior—. Muchacha, levanta. Tenemos trabajo.

Guim observó el complejo ritual que desplegaron la curandera y su joven ayudante: cánticos afónicos, aspavientos de manos, humos

densos y símbolos extraños que dibujaban en el aire mientras añadían ingredientes en un caldero que borboteaba en el centro de la estancia. Más de una vez arrugó el entrecejo, pero se abstuvo de opinar. Tras una hora, la curandera llenó con la tisana tres botellas de vidrio y talló unos trozos de corcho para encajarlos en las aberturas. Guim cogió una de las botellas y miró el líquido pardo al trasluz. Después de todo lo que había presenciado, no sabía qué pensar.

—¿Esto lleva serpentaria?

—Sí, tres rizomas enteros. Mira. —La mujer le mostró un barrilete en el que flotaban unas raíces gruesas y retorcidas; parecían maceradas en vino—. Dale un vaso grande en cuanto llegues a casa, otro al amanecer, un tercero al mediodía y un cuarto al caer la noche. Repite al día siguiente hasta que se recupere.

—¿Tanta agua debo darle? —preguntó. Aquello se contradecía con las directrices de los médicos de combatir el exceso de líquidos del cuerpo enfermo. Claro que esas directrices no estaban sirviendo de nada…

—Sí, son las cantidades que te digo. Además, debes realizarle friegas con estas hierbas sobre el vientre mientras recitas lo que te diré a continuación.

La mujer le dio un ramillete de plantas olorosas, carraspeó y entonó una especie de oración rítmica en una lengua extraña.

—De acuerdo… —respondió Guim, dubitativo.

—¡Sin las palabras mágicas no funcionará! —advirtió la curandera.

GUIM REGRESÓ A casa de los Lluch en mitad de la noche y ató a *Neulit* en las cuadras junto a la yegua. El mastín empezó a aullar cuando intuyó que iba a dejarlo allí y él intentó que callara.

—¡Shhh! Vas a despertar a todo el vecindario. ¿Qué te pasa?

El perro tensaba la correa y trataba de alcanzar la vivienda; parecía consciente del estado grave de su ama. Guim fue incapaz de acallar los aullidos de *Neulit*, así que lo desató y se dirigió a la primera planta con las botellas apretadas contra el pecho. El mastín lo adelantó a mitad de las escaleras.

Entró en la habitación con el corazón en vilo y encendió una vela nueva. Núria gemía en sueños y tenía la frente empapada en sudor. Llenó un vaso con la tisana de la curandera y la despertó con un suave zarandeo.

—Núria, te traigo lo que me pediste.

Se oyeron voces en la habitación contigua y pasos por el pasillo. El boticario apareció en la puerta en camisa de dormir, seguido por su esposa, que se restregaba los ojos.

—¿Qué es eso? ¿Qué le estás dando? ¿Qué ha sido todo ese ruido?

—Núria me pidió que fuera a ver a una curandera cerca de Pedralbes y que le trajera esto.

—¿La curandera de las ranas? No, no, no. No le vas a dar las porquerías de esa mujer. La envié allí para que trajera información para el gremio y ella misma la acusó por estafadora.

—La tisana lleva una raíz que Núria conocía: la serpentaria.

El boticario se rascó la cabeza.

—Recuerdo que estuvo buscando un ingrediente por la botica para curar la fiebre… ¿La mujer esa lo tenía?

—Sí.

—Bueno… No me fío de la loca de las ranas, pero si es ella quien lo ha pedido…

Núria tenía los ojos medio abiertos y Guim aprovechó para incorporarla y posarle el vaso en los labios.

—¡Así no! —se quejó el boticario—. Debería ser un concentrado de la planta para contrarrestar el exceso de agua.

Núria espabiló de repente, agarró el vaso y se tragó todo el contenido. Debía de estar sedienta.

—¿Y si en realidad los estamos matando de sed? —preguntó Guim, más pensando en voz alta que esperando una respuesta.

—Tanta bebida de golpe le sentará mal: cuando se les permite beber todo lo que quieren, luego vomitan y empeoran. Deberías administrarlo a cucharadas pequeñas…

—Deja que lo pruebe así, Josep —dijo Antònia, agarrándolo de una muñeca—. Las teorías de los médicos no han dado resultado.

Núria se recostó de nuevo sobre la almohada con los ojos cerrados. Antònia se le acercó y le pasó un paño húmedo por la frente.

—Parece que el remedio se le ha asentado en el estómago, no creo que vaya a vomitar —continuó la mujer. Tras unos minutos de silencio, se dirigió a su marido—: Vamos a la cama, si pasa algo, él nos avisará.

Josep suspiró.

—Espero que tengáis razón y esto la ayude a recuperarse. Pero como se entere el gremio de que en mi casa administro remedios de la Reina Sapo, se me caerá de golpe el pelo que me queda —dijo Josep de camino a su habitación.

Guim dejó el ramillete de hierbas aromáticas sobre un arcón; no tenía intención de cantar versos extraños. Veló a Núria hasta que la claridad gris del amanecer se coló por la ventana. Entonces, le ofreció el segundo vaso de tisana y ella lo ingirió con la misma sed que el primero. Luego fue dando cabezadas en la silla hasta que cayó dormido.

GUIM DESPERTÓ CUANDO una rendija de sol le incidió sobre un ojo. Le costó un instante situarse. Estaba tumbado en el suelo y su mano izquierda descansaba sobre algo cálido y peludo. No recordaba haberse bajado de la silla, quizá se había caído mientras dormía. Observó a su alrededor; por encima del cuerpo tendido de *Neulit*, Núria lo observó desde su almohada. Estaba despierta y su piel tenía mejor color. ¿Era posible que hubiera mejorado en solo unas horas?

Se dio media vuelta en el suelo y, para ver si ella se reía, pasó un brazo por encima de *Neulit*, como si se acurrucara junto al perro. La risita suave que escuchó le dio la vida: Núria estaba mejorando y él no pudo contener un sollozo de alivio. Carraspeó para disimular, se levantó y se sentó en la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Ya han sonado las campanadas de las diez.

—Qué tarde… Debería ir hacia el hospital. A las doce tienes que beber otro vaso de esto. —Señaló las botellas.

—Sabía un poco raro, pero me ha sentado bien.

Guim la dejó descansando y con la tisana al alcance de la mano. Antes de marcharse de la casa de los Lluch, pasó por la rebotica para anunciarle a Josep que Núria se había despertado.

Durante la jornada en el hospital atendió a decenas de enfermos y registró más muertos que ningún otro día, si bien los nuevos ingresos parecían ir a la baja. Regresó a la botica al atardecer y encontró a Núria recostada sobre almohadones y con un libro de plantas en las manos.

—Vaya, si ya tienes fuerzas para enfrentarte a un texto en latín quiere decir que estás mucho mejor.

Ella le sonrió.

—Solo lo hojeo y miro los dibujos. Estaba aburrida de guardar cama todo el día.

—Esta tisana parece milagrosa. La curandera lo preparó con raíz de serpentaria macerada en vino y otras plantas. ¿De qué la conocías?

Núria le contó su primer encuentro con la curandera cuando se dirigía a Barcelona, la intención del gremio de denunciarla y cómo le habían encomendado que la visitara para conseguir alguna prueba.

—Entre las plantas que vi en la choza identifiqué algunas que solía recoger en los Pirineos, entre ellas la serpentaria. —Núria sacó un brazo de debajo de las sábanas y apretó la mano de Guim—. Gracias por salir en mitad de la noche. Seguro que te pareció raro lo que presenciaste.

—De lo más raro que he visto nunca. Pero lo importante es que te curarás.

—Sí, creo que mañana ya tendré fuerzas para levantarme y comer algo. Tomaré un par de vasos más de tisana. No la acabaré toda, te preparó mucha.

Guim miró pensativo las botellas llenas de líquido pardo. Núria no había bebido aún ni la tercera parte.

—¿Puedo llevarme la que sobra y probarla en algunos enfermos del hospital?

—Claro, pero ¿les parecerá bien a los médicos?

—No se darán cuenta. —Se encogió de hombros—. Y, si no da resultado, pues no diré nada.

EL VIENTO BALANCEÓ los cuerpos inertes de los colgados. Sentado frente al patíbulo, Climent se cerró el cuello de la capa para protegerse del frío del amanecer. La plaza había empezado a vaciarse de gente; los que habían presenciado la ejecución se marchaban decepcionados, como si hubieran esperado algún suceso extraordinario durante el ahorcamiento de la bruja. Sin embargo, la hereje había muerto del mismo modo que cualquier delincuente común.

Climent se puso en pie y siguió la figura encorvada del arzobispo de vuelta al palacio. En el centro del patio había aparecido un nuevo carruaje, de aspecto amenazador y pintado de negro. Un hombre completamente calvo y de edad indefinida acudió a ellos e hizo una reverencia.

—Fray Domènec de Cabrera, esperábamos su llegada —dijo el arzobispo—. Climent, él es el ilustre inquisidor del que te hablé hace dos días. Fray Domènec te ayudará durante las próximas semanas.

Climent se inclinó sin perder de vista al individuo que, muy a su pesar, iba a meter las narices en sus asuntos. Impostó una sonrisa cálida.

—Bienvenido. Espero que hayáis disfrutado de un trayecto agradable. ¿Habéis viajado durante la noche?

—Así es, quería llegar lo antes posible. —Fray Domènec se situó entre el arzobispo y Climent y dirigió su rostro hacia el primero, como si pretendiera excluirlo—. Su carta, eminencia, me intrigó enormemente. Inicié los preparativos del viaje nada más leer la última frase.

—En efecto, tenemos indicios de una confabulación hereje compleja y de gran alcance.

Climent buscó al mayordomo y lo llamó con un gesto.

—Por favor, lleva a nuestro huésped a las habitaciones para invitados ilustres —ordenó—. Necesita un merecido descanso tras una noche en el carruaje.

—Sois muy amable, pero no me demoraré demasiado —contestó el aludido—. Estoy impaciente por iniciar mis indagaciones y revisar el caso.

El inquisidor siguió al mayordomo y dejó a Climent a solas con el arzobispo. Él se propuso aprovechar una de sus últimas oportunidades de hablar con su superior sin la presencia de entrometidos.

—Agradezco la ayuda del inquisidor, eminencia, aunque no era necesario.

—Sí que lo era. Aprende todo lo que puedas de fray Domènec, es un hombre competente y con mucha experiencia. Estará al cargo de los interrogatorios y corroborará las sentencias.

—¿No seré yo el responsable? Pensaba… que valorabais mi forma de proceder. —Se frotó un ojo para reprimir el temblor del párpado—. Me he esforzado mucho en la preparación de los interrogatorios.

—No me interpretes mal, amigo mío, valoro tus esfuerzos y te vaticino un futuro brillante. Sin embargo, aún no posees suficiente poder en la diócesis y es necesaria la presencia de una autoridad externa. Todavía no eres obispo. —Climent vio por primera vez un asomo de sonrisa en los labios del arzobispo—. Debes tener paciencia. Además, la opinión de fray Domènec es escuchada en Roma. Considéralo una oportunidad.

Climent relajó la postura, comprendía la argumentación del arzobispo. Aun así, seguía percibiendo al inquisidor como una amenaza, pues a partir de ese momento debería compartir con él sus planes y justificar sus prioridades. Respiró hondo y se convenció a sí mismo de que era capaz de ganarse el favor de aquel hombre; debía hacerlo, era solo otro escalón en su ascenso.

—Pondré toda mi voluntad en colaborar con él, eminencia.

—Que así sea. Yo debo partir mañana hacia Barcelona.

—¿Tan pronto?

—Sí, varios compromisos en la ciudad me reclaman. También quiero explorar el alcance de esa supuesta secta de curanderas. Enviaré emisarios para que inicien una búsqueda exhaustiva del símbolo de la estrella en todas las parroquias bajo mi mando.

—Os agradecería que me mantuvierais informado, eminencia.

—Por supuesto.

CLIMENT SE DIRIGIÓ a sus aposentos a grandes zancadas mientras el temblor del ojo no cesaba de molestarlo. Hacía meses que no padecía ese tic y ahora había regresado en el peor momento. Alguien lo llamó por el pasillo y giró sobre sus talones; se trataba del joven capellán que solía seguir a Alfonso como si fuera su sombra. Ahora no tenía a

quién perseguir, pues el tesorero estaba encerrado en las mazmorras. Y lo merecía: por culpa de su intervención en el juicio, Feliu se le había escapado de entre los dedos.

—Una mujer solicita hablar con usted —dijo el joven—. Quiere que la confiese.

—¿Quién es? ¿Es alguien importante?

—No me ha dicho su nombre; por sus ropas diría que es una feligresa humilde.

—Que la confiese otro —dijo Climent. Tenía trabajo que hacer.

—Ha insistido mucho, padre. Dice que sus pecados están relacionados con las curanderas de las estrellas y que solo usted podrá ofrecerle la absolución.

Vaciló unos instantes.

—Está bien. Me encontrará en la catedral en media hora.

CUANDO ENTRÓ EN la nave, la mujer aguardaba junto a uno de los confesionarios. Tenía unos cuarenta años, el pelo greñudo y un aire extraviado que le daba una apariencia poco inteligente. Climent intuyó que iba a ser una pérdida de tiempo; no tardaría en despacharla. Se saltó las formalidades y la instó a hablar.

—Yo tenía un hijo, era tan solo un adolescente cuando sucedió el drama. Era un muchacho bueno, aunque algo infantil para su edad, y padecía crisis nerviosas y violentas que lo enajenaban. Algunos vecinos dijeron que estaba endemoniado. —La mujer hizo una larga pausa. ¡Qué lento hablaba!—. La curandera no fue mi primera opción. Antes acudí a dos cirujanos, un médico y un fraile con conocimientos de medicina. Ninguno pudo aliviar a mi hijo. Así que hice caso de los rumores y viajé hasta Melers porque estaba desesperada. —La última frase captó la atención de Climent. Observó a la mujer a través de la celosía y vio que se secaba los ojos con un pañuelo—. No estoy segura de lo que sucedió allí, está desordenado en mi cabeza, como si se tratara de un sueño. Lo único que sé es que en el viaje de ida mi hijo estaba vivo, y en el de vuelta su cuerpo iba amortajado en la caja de una carreta.

—¿La curandera vivía en Melers de Cerdanya?

—Sí.

—¿Dónde exactamente? ¿Cómo era?

—No sé hasta qué punto mis recuerdos son reales o no. Recuerdo una cueva y una mujer con el pelo muy blanco. También había alguien más: una ayudante joven, creo.

—¿Quién te llevó hasta ellas?

—Un hombre alto que apenas me dirigió dos palabras.

—¿Sabrías reconocerlo?

—No, las imágenes que conservo son borrosas. Aunque recuerdo un detalle del burro en el que me montaron para llegar hasta la cueva: tenía una mancha blanca en la frente. —La mujer se tocó la suya con la mirada perdida—. Quizá también podría identificar la casa del hombre. A la vuelta nos detuvimos allí y recogimos la carreta para llevar el cuerpo de mi hijo hasta Llívia.

—¡Qué interesante! Y ¿qué hizo la curandera? ¿Recitó conjuros, utilizó símbolos de magia negra? ¿Cómo murió su hijo?

—No lo sé. Tan solo conservo visiones confusas. La cuestión es que, desde entonces, padre, me ha consumido la culpa. Si no hubiera acudido a esa… bruja, mi hijo aún viviría. ¿Cree que Dios me perdonará por ello?

—Obtendrás el perdón divino si colaboras para que se haga justicia.

—Sí, deseo colaborar, por eso he acudido a usted. La mujer de pelo blanco es una de las curanderas herejes de las estrellas, sin duda. En el pueblo vi varias dibujadas como la que usted mostró.

Climent reprimió una risotada de regocijo. Tenía una delatora en Melers, nadie pondría en duda que esa aldea debía ser su próximo objetivo.

—Deberás explicar esto ante el inquisidor. Y también ante el tribunal cuando llegue el momento.

—Lo que haga falta, padre. Entonces… ¿Me absuelve de mi pecado de haber acudido a una hereje?

Climent estaba tan excitado que había olvidado que se trataba de una confesión. Se apresuró a pronunciar la absolución en latín y le mandó rezar cuatro avemarías. Luego fue a buscar a fray Domènec con la intención de simular una actitud servicial, informarlo de lo sucedido y a la vez manejarlo según sus intereses.

Capítulo 34

GUIM ACCEDIÓ AL patio de los Lluch por la puerta trasera. Se asomó a la rebotica: el boticario trabajaba encorvado sobre un mortero pequeño como una cáscara de nuez. Saludó y preguntó por Núria.

—Se está aseando en el patio. Ya se ha recuperado del todo, dice que mañana retomará sus tareas.

—La esperaré en la cocina, señor, si no le importa.

—Sí, como quieras. ¿Has almorzado ya? Sírvete lo que te apetezca. Y puedes llamarme Josep —le respondió con familiaridad.

En la cocina, mordisqueó un trozo de pan apoyado en el marco de la puerta que daba al patio. Miró distraído el reguero de agua jabonosa que salía de detrás de un biombo y desembocaba en el desagüe.

Núria apareció al poco rato vestida con una camisa de lino larga hasta las rodillas. Le sonrió y escurrió su vestido recién lavado. Guim estaba impaciente por explicarle lo que había observado en el hospital.

—Creo que la tisana ayuda a superar la enfermedad, pero con tan poca cantidad es difícil asegurarlo. Se la administré a cuatro enfermos: uno falleció, aunque ya estaba muy débil, mientras que los otros tres mejoraron en una sola noche, igual que tú.

—Me cuesta creer que los boticarios no conozcan ese remedio…

—Se lo he explicado al doctor Martí, el jefe del hospital, y tengo su aprobación para administrarlo a más pacientes. Parece que la epidemia ya remite, pero aún llegan decenas de enfermos al día.

—Para prepararla necesitaremos serpentaria —dijo Núria mientras tendía al sol su vestido—. El resto de los ingredientes los tenemos en la botica.

—¿Tú sabrías preparar la tisana?

—Sí, la receta está en mi manuscrito antiguo, el que viste en el silo del palacio del barón, ¿te acuerdas? Te lo enseñaré, quiero explicarte muchas cosas sobre ese libro.

Núria se había acercado a él al mismo tiempo que hablaba. Las gotas de agua que le resbalaban del pelo habían mojado la camisa y se le transparentaban los pezones. Siguiendo la mirada de Guim, ella bajó también los ojos hacia su pecho y se apresuró a cruzarse de brazos.

—Perdona, no quería… Quiero decir… —balbuceó él—. Mejor lo

hablamos cuando te vistas.

A Núria se le encendieron las mejillas y, por suerte, se echó a reír. Guim pensó que estaba especialmente guapa cuando se sonrojaba.

—Sí, voy a vestirme, no tardaré.

Núria lo rodeó y atravesó la cocina. La camisa mojada también se le transparentaba por detrás y aquella visión tiraba de él como un anzuelo. La contempló embobado hasta que vio desaparecer sus pies descalzos escaleras arriba. Sacudió la cabeza.

—Compórtate, canalla —susurró para sí mismo.

Josep entró al poco rato en la cocina y se sirvió carne guisada de una olla. Le ofreció un plato a Guim y ambos se sentaron a la mesa a comer.

—Núria nos ha dicho que estudias en la Escuela de Medicina —dijo Josep.

—Sí, por el momento. —El boticario lo miró con intriga—. No sé si acabaré los estudios, no me llevo bien con el decano. Además, es duro compaginarlo con la jornada de cirujano en el hospital. Empiezo a pensar que no merece la pena continuar así tres años.

—¿Y qué te planteas? ¿Acudir a otra escuela?

—No lo sé. Tenía idealizados a los médicos, los consideraba unos sabios. Pero ahora me da la impresión de que no miran realmente a los pacientes, no se preocupan por ellos. Se limitan a estudiar sus libros y ya está.

—Llevo muchos años tratando con médicos y he visto de todo: a algunos les sobra soberbia, mientras que otros se preocupan de verdad por los enfermos.

—Ya… —Guim se encogió de hombros; era un tema confuso sobre el que debía reflexionar—. El médico jefe del hospital es uno de esos últimos, supongo. Le pediré consejo. Por otro lado, mi padre se esforzó por ofrecerme la oportunidad de estudiar Medicina, me sentiría culpable si me rindiera tan pronto. Tampoco sabría qué otro camino podría tomar.

Josep masticó con expresión pensativa.

—Bueno, si quisieras pensar en otra opción… —Pareció dudar unos instantes—. ¿Has considerado la profesión de boticario? No hace falta estudiar demasiado: tan solo son unos años como aprendiz y luego una prueba práctica. Y te ganarías la vida mejor que como cirujano en el hospital.

—Si no sé nada de plantas. ¿Quién querría acogerme como aprendiz?

Josep se encogió de hombros y restregó un trozo de pan por el plato.

—A mí no me importaría acogerte, nadie nace sabiéndolo todo. Aunque te conozco desde hace poco, pareces espabilado y dispuesto a

ayudar en lo que haga falta. Y Núria te aprecia mucho. ¿Tus intenciones con ella son serias?

—Sí, lo son —se apresuró a afirmar Guim.

—No es que quiera entrometerme, no soy su padre ni tengo derecho a decirle nada; tan solo me preocupo por ella. En fin, Núria se desenvuelve muy bien y quizá haríais una buena pareja al frente de la botica. —Josep agitó las manos como disculpándose—. Aunque todo esto es precipitado, por supuesto.

—A ella le gusta trabajar con usted, solo me cuenta cosas buenas.

—Es una lástima saber que el gremio nunca llegará a reconocerla en la profesión. Me gustaría que se pudiera establecer aquí.

—¿Núria no puede quedarse? —Guim detuvo en el aire el tenedor que iba a llevarse a la boca.

—Sí y no. Puede quedarse el tiempo que quiera, yo no la echaré. Pero mi madre falleció y ya no necesitamos ayuda para cuidarla, con el tiempo tendré que contratar a un aprendiz varón a quien pueda legar la botica cuando me retire. Esa es ahora mi mayor preocupación… Por eso mi cabeza se adelanta y detecta posibles candidatos de forma precipitada.

Josep le dedicó una sonrisa amigable. A los pocos segundos Núria descendió por las escaleras vestida y calzada.

—Guim, ¿le has explicado a Josep tus pruebas en el hospital?

Él respondió que no y ella las resumió entusiasmada.

—Eso quiere decir que la tisana de serpentaria puede ser la solución —concluyó—. Conseguiremos más y la prepararemos aquí…

—Un momento —interrumpió Josep—. No estoy autorizado a preparar medicamentos nuevos por mi cuenta, el gremio debe autorizarlo. Y, si explico de dónde ha salido ese remedio…

—No tienen por qué enterarse. Además, salvará vidas —respondió Núria.

—No negaré que me atrae la idea de experimentar con remedios nuevos. Sin embargo, es arriesgado; si todo se torciera, incluso me podrían quitar la botica. Recuerda que no corresponde a los boticarios estudiar nuevos compuestos, esa es tarea de los médicos.

—¿Y si la preparo yo? —replicó ella—. Yo no formo parte del gremio, ¿no? Si no quieren aceptarme como miembro, tampoco pueden darme órdenes.

Núria cruzó los brazos, toda ella emanaba decisión. Josep torció la boca.

—No sé…

—No voy a quedarme parada cuando hay una solución para esta epidemia. Guim no dirá en el hospital que la hemos preparado aquí, ¿verdad?

El joven prometió ser discreto. Josep suspiró.

—Supongo que, si somos cuidadosos, el gremio no se enterará… Está bien, te dejaré sola y haré ver que no sé nada. —Josep se puso en pie y fue hacia la tienda.

ADALEDA MALDIJO PARA sí misma. El cuchillo largo no estaba donde ella siempre lo dejaba y tendría que buscarlo entre el amasijo borroso de los utensilios de metal. Había llegado a pensar que ya nada cambiaría hasta que muriera, pero ahora debía adaptarse de nuevo a convivir con alguien más. Palpó con cuidado hasta que reconoció el mango de madera que buscaba.

—¿Qué estás preparando aquí? —Elisa había levantado una esquina del trapo que cubría la bandeja de los venenos—. ¿Matalobos, dedalera y belladona?

—No toques, es peligroso. Esas plantas están en maceración.

—¿Para quién son?

—¿Para quién van a ser? Para mí. Hasta hace dos días no tenía trato con nadie más.

—Adaleda…

Tras agarrarle un instante el brazo en un gesto afectuoso, Elisa la ayudó a cortar las verduras para la sopa. Adaleda trató de justificarse.

—Ya apenas veo, Elisa. Nunca me desvío de los caminos conocidos del laberinto, y aun así sé que cualquier día tropezaré y quedaré lisiada e inútil. Quería estar preparada.

—¿Por qué no pediste ayuda? Podría haberte acogido en mi casa.

—¿Y permanecer encerrada para siempre entre cuatro paredes? No merece la pena.

—Bueno, ahora vivo contigo, así que no lo necesitarás. Cuidaré de ti.

Adaleda reprimió un bufido de ironía. Su amiga estaba mayor, lo intuía en la lentitud de sus movimientos. Vaya par de viejas deterioradas para cuidar la una de la otra…

—¿Habías visto presagios de lo sucedido en las estrellas? —preguntó Elisa.

—Hace tiempo que el cielo está nublado para mí.

—Es verdad, lo siento.

Se sentaron junto al fuego mientras la olla borboteaba.

—No te veo muy preocupada por lo que se nos viene encima —dijo Elisa. Tenía razón: Adaleda había acogido las noticias con una fría indiferencia que incluso la había sorprendido a sí misma. Se encogió de hombros.

—Esperaba que sucediera algo así. Mi maestra solía decir que la historia se repite en un círculo sin fin, cada generación del Legado ha

de sufrir su episodio de persecuciones. Solo que a mí me han tocado dos: al inicio de mi vida y al final. —Atizó distraída el fuego—. Conmigo finalizará todo. Nadie dará continuidad a mis enseñanzas. Y en el fondo me alegro de que sea así, me alegro de haber fracasado.

—Núria aprendió de ti, creció y ha continuado su camino. ¿Es eso un fracaso?

«Sí, lo es», pensó Adaleda. Y probablemente esa certeza causaba su indiferencia: la misión que se había impuesto desde niña y que le había dado fuerzas para superar las penurias a lo largo de su vida jamás se cumpliría.

—Cuando era joven me creía alguien especial, pero fui una ilusa… Aquello me ayudaba a seguir adelante y ahora ya no queda nada.

—Hablas como si fueras una anciana, pero aún no tienes cincuenta.

Adaleda le respondió con una sonrisa triste.

—Me siento como una anciana que se acerca a su final. Y me hubiera gustado ver a Núria una vez más para saber cómo le ha ido.

—Quizá regrese de aquí a unos meses o unos años, ¿quién sabe?

—No creo que nosotras duremos tanto. —Miró a Elisa a la cara, tratando de captar su expresión—. ¿De verdad piensas que aquí estamos a salvo? ¿Que nadie nos delatará?

—Confío en Arnau y su familia, siempre han sido leales. Igual que los demás.

—Ya veremos. Si ese arcediano es tan astuto como dicen, estoy convencida de que logrará llegar hasta la cueva de un modo u otro.

NÚRIA TOMÓ A Guim de la mano y miró atrás justo antes de internarse en el caserío en ruinas: nadie los seguía. Aquella mañana, Josep le había dicho que la audiencia del Colegio de Apotecarios ante el arzobispo era inminente y debía ser cuidadosa.

Se había preparado para una negociación compleja, para un juego de sonsacar información, de recriminar sin delatarse. La curandera abrió la puerta y ella pidió enseguida lo que habían ido a buscar. Dejó tres monedas sobre la mesilla y se sentó con las piernas cruzadas. La Reina Sapo, en cambio, parecía confusa y desprevenida. Daba vistazos cortos a las monedas mientras removía el barrilete que contenía los rizomas de serpentaria.

—Aunque me la paguéis bien, no voy a desprenderme de toda la serpentaria que me queda. La mitad como mucho. ¿De qué conoces tú esta planta, muchacha? ¿Te he vendido antes algún remedio?

—Me la vendiste a mí —intervino Guim, que permanecía de pie apoyado contra la pared—. Preparaste tres botellas de tisana en mitad de la noche.

—Ahora me acuerdo, sí. —La curandera asintió—. Y supongo que tú eres la amiga enferma y has sobrevivido. En estos días que corren, un remedio que salva vidas vale su peso en oro.

—Queremos la serpentaria para tratar a más enfermos —dijo Núria.

—La serpentaria por sí sola no basta, necesitáis el ritual de curación completo —dijo la Reina Sapo, recuperando su desenvoltura mística —. Se trata de un remedio antiquísimo que me transmitió mi tía, en paz descanse. Es un conocimiento privilegiado que no está a la venta, solo yo puedo preparar la tisana.

—Yo también conozco la receta. Solo queremos comprar los rizomas.

—Imposible, nadie más sabe la receta. Además, yo no hago ese tipo de tratos.

—¡Pero si antes estabas dispuesta a vendernos la mitad del barril! ¿Dónde consigues la serpentaria? La que yo conozco crece muy lejos, en los Pirineos.

—Me la traen unas herboristas. No te diré quiénes son ni cómo encontrarlas, nunca nos delatamos entre nosotras. Además, dudo que la planta sirviera de algo en tus manos, jovencita.

—Conozco las mismas artes que tú, las aprendí de un libro que tiene en la cubierta la misma estrella de tu puerta. He recolectado esos rizomas durante años y he preparado la tisana decenas de veces.

La curandera le dedicó una mueca de desdén. Entonces, Núria recitó de memoria en el lenguaje del Legado las primeras líneas del libro que describían la receta y sus aplicaciones.

La curandera entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué pretendes? ¿Copiarme los remedios y quitarme el negocio? Creo que has oído algún conjuro por ahí y te limitas a repetirlo, tu mal acento en la lengua mágica delata tu ignorancia. Yo trataré a los pacientes que lo necesiten, así que les puedes decir que acudan directamente a mí.

Núria pensó que aquella mujer era intratable.

—Jamás recomendaría a nadie que acudiera a ti por un remedio, porque eres una timadora. Vine hace dos meses, y me drogaste con humos sedantes y me intentaste engañar: me pediste cinco sueldos por un simple remedio para el dolor de la menstruación. Había acudido con la intención de saber más sobre la estrella y sobre mí misma, pero me fui decepcionada y no volví.

—Mientes, es imposible que te pidiera cinco sueldos. Se ve de lejos que no los tienes.

—Cuando vine llevaba un vestido caro bordado en seda; me disfracé para que no me reconocieras. Y sí que tengo los cinco sueldos, te los doy a cambio de la serpentaria. Es lo único que quiero de ti.

Núria sacó dos monedas más y las dejó sobre la mesa. La curandera

se sentó frente a ella con la mirada fija en las monedas. Se lamió los labios y habló a media voz.

—Si te presentaste ante mí vestida como alguien a quien le sobra el dinero, te traté en consecuencia. No por eso soy una timadora. ¿No tengo derecho a ganarme la vida?

—¿Estafando y robando a la gente? ¿Usando plantas alucinógenas y trucos malvados? ¡Por supuesto que no!

—¿Y qué sucede cuando los demás me roban a mí y me persiguen? ¿Sabes cuántas veces he tenido que salir corriendo y empezar de nuevo a lo largo de mi vida? La plata es lo único que puedes acarrear cuando huyes; he aprendido a acumular en épocas de bonanza para sobrevivir durante los malos tiempos.

Núria se percató de que en ese momento estaba hablando con la mujer real oculta debajo de la máscara de la Reina Sapo. Ahora que comprendía las razones de su deshonestidad, estuvo tentada de advertirle que tendría que huir de nuevo en poco tiempo. Sin embargo, eso comportaría explicar otras cosas que prefería mantener en secreto, porque no quería traicionar la confianza de Josep. La curandera miró alternativamente a Núria y a Guim. Se levantó con desánimo y rebuscó entre una pila de sacos y cajas viejas.

—Está bien, aceptaré los cinco sueldos a cambio de lo que quieres. La vida no es justa, muchacha, ya lo aprenderás. Sobre todo, para quienes intentamos ganarnos el sustento vendiendo remedios. Por cada persona que te aprecie y agradezca tu labor, te encontrarás a otra que te odiará sin razón. —Introdujo la mano en el barrilete y fue introduciendo puñados de rizomas en un saco, que quedó empapado de vino—. Créeme, sé de lo que hablo. La estrella que conoces acabará siendo para ti un símbolo de perdición.

—Hay otros caminos que no implican engaños, ni conjuros para atraer espectros, ni plantas que envenenan la mente —replicó Núria.

La curandera le tendió el saco con una sonrisa triste y flácida.

—Ojalá los encuentres, muchacha. Para mí ya es tarde. Me llaman Reina Sapo y eso es lo que seré hasta mi muerte.

Capítulo 35

NÚRIA SE SENTÓ en la rebotica frente a los rizomas de serpentaria aún con el malestar en el cuerpo. Se había despedido de la curandera de las ranas sin siquiera insinuar la amenaza del Colegio de Apotecarios, y se sentía como una babosa rastrera por ello.

Josep apareció con un libro grueso y le mostró una de las páginas. Era un manuscrito muy viejo de hojas amarillentas y con las esquinas roídas por los ratones.

—Mira, creo que he encontrado una referencia a la serpentaria en este recetario tan antiguo, solo que nosotros la conocemos con otro nombre: bistorta. Es uno de los libros que usó mi abuelo; fue él quien puso en marcha la botica. La palabra bistorta deriva del latín y hace referencia a su raíz retorcida. Entre los usos que enumera está el tratamiento de la disentería que cursa con fiebres.

—¿Quién escribió este manuscrito?

—Buf, quién sabe, algún copista. Lo importante es que está inspirado en las obras de Plinio el Viejo, un sabio que vivió hace más de mil años.

—Mil años… —Núria fue incapaz de concebir un tiempo tan largo —. ¿Y por qué no la usáis ahora?

Josep se encogió de hombros y cerró el libro.

—Me suena que la bistorta forma parte de alguna de las recetas de la Concordia menos prescritas por los médicos y, como no es una planta habitual, no la tengo en la botica. Lo expondré en la próxima asamblea del gremio, se podría consultar con el Colegio de Médicos. No les diré de dónde surgió la idea, por supuesto… Bueno, y te dejo sola, que se supone que no sé nada sobre remedios no autorizados en mi botica.

Núria troceó y machacó la mitad de los rizomas en un gran mortero. Cuando ya empezaba a sudar a causa del esfuerzo, Josep asomó la cabeza desde la tienda.

—¿Has pensado en escurrir la pasta de bistorta en la prensa? ¿Y en destilar el resultado de la cocción en el alambique para concentrarlo?

Núria sonrió. Josep no podía contener sus ganas de probar técnicas nuevas, tenía la ilusión de un aprendiz en su primera semana.

—Pensaba seguir la receta original, la que aprendí cuando era niña.

—Si lo haces así tendrás que transportar toneles de tisana hasta el

hospital. ¡Aprovecha lo que te he enseñado!

Ella torció los labios mientras decidía cómo proceder. Al final preparó un concentrado inspirado en el Legado que no era ni tisana ni jarabe, una mezcla inusual de métodos que fue improvisando guiada por su instinto.

AL ATARDECER, GUIM regresó del hospital y cenaron con los Lluch en la cocina. Luego, Núria lo llevó hasta la rebotica para mostrarle el resultado de su trabajo con la serpentaria.

—Debes verter un poco en una taza, así. —Llenó un tercio de un vaso—. Y luego lo rellenas con agua tibia antes de dárselo a beber a los enfermos.

Guim se acercó al Legado, abierto sobre la mesa, y rozó con los dedos los dibujos de flores azuladas y raíces retorcidas. Núria lo observó mientras pasaba las páginas y desplegaba las cartas astrales y los círculos del Zodiaco. Se detuvo en una hoja repleta de texto redondeado y diminuto, que debía parecer indescifrable para él, adornada con multitud de estrellas en los márgenes.

Núria se sentó junto a él mientras pensaba en cómo relatar su pasado. No se cuestionaba qué contarle, pues quería contárselo todo para que comprendiera quién era, pero le costaba decidir por dónde comenzar. Resolvió que lo más sencillo consistía en describir el lugar en el que había vivido desde los diez hasta los dieciséis años, el laberinto y la cueva; y trató de crear un retrato de Adaleda que reflejara lo compleja y especial que era su maestra. A continuación, habló de sus padres —lo poco que sabía de ellos a través de sus tíos— y narró el accidente fatal con la osa. Se le atragantaron las palabras al explicar cómo despertó en la cueva sin recordar nada de su infancia y lo traicionada que se sintió años después al descubrir el ritual causante de la pérdida de memoria. Guim la cogió de la mano y a partir de ese momento se mantuvieron así, con los dedos entrelazados sobre la mesa.

Le habló de Jacina y sus escapadas nocturnas. Se dio cuenta de cuánto echaba de menos a su amiga. Se habían despedido resentidas y le hubiera gustado reconciliarse con ella. Más tarde había aparecido en Melers el arcediano atraído por los rumores de una bruja y, gracias al accidente que sufrió Feliu, Núria había averiguado dónde buscar a su familia.

Recordaron juntos el viaje a la feria de ganado de La Seu en el que se conocieron, y Núria le contó la segunda visita del arcediano, el aislamiento que pretendían imponerle y su decisión de partir hacia Girona para buscar a sus tíos. Guim conocía los últimos dos años de la

historia, tan solo le hizo falta contar la verdadera razón por la que su tía la expulsó de su casa.

—Descubrieron el manuscrito y pensaron que estaba relacionado con la brujería. Cuando tú lo viste en el silo, tuve miedo de que pensaras igual.

—Siento haberte hecho daño cuando te culpé de la muerte del barón. Reconocí las hojas de belladona y me imaginé la peor de las posibilidades.

Núria negó con la cabeza.

—En parte tenías razón. Algunas cosas de este libro deberían desaparecer para siempre, pues pueden usarse con malos propósitos. Estos rituales, estas plantas que adormecen, enloquecen o embrujan a las personas… ¿Debería deshacerme de él?

—Una de las recetas te salvó la vida.

—La serpentaria me salvó la vida. Es la planta. —Lo miró a los ojos—. No son las recetas, los conjuros ni los rituales, diferentes según la curandera. Tampoco las combinaciones de ingredientes, ni sus atributos fríos, cálidos o secos. Todas las sanadoras que he conocido tratan de controlar algún tipo de magia o fuerza oculta mediante oraciones, hechizos o rituales, una sabiduría que consideran ancestral, la única válida. Pero todas ellas acaban usando las mismas hierbas.

—Y algunos médicos creen que un medicamento es mejor cuantos más ingredientes tenga, como si así fuera más fácil acertar con el bueno.

—Sí; me sorprendí cuando vi las listas larguísimas de veinte o treinta ingredientes en el libro de Josep. Y si decimos que un compuesto tiene más de cincuenta, nos lo compran como si fuera de oro. En cambio, según Adaleda, las recetas curativas han de combinar solo tres o cuatro ingredientes, de forma que mantengan el equilibrio de una planta natural: raíz, hojas, flores y frutos. —Núria bajó la vista al libro y se encogió de hombros—. En realidad, se trata de una idea tan bella y simple, y que da a entender que todo en este mundo tiene una razón de ser, que es más fácil creer en ella que no hacerlo. ¿No te parece?

Guim se deslizó sobre el banco en el que estaban sentados hasta pegarse a Núria. Se miraron muy de cerca.

—Ahora que ya lo sabes todo sobre mí… —dijo ella con timidez—, ¿seguirás a mi lado?

Él sonrió.

—No lo sé todo sobre ti. Tardaré años en averiguarlo, quizá décadas. Y estoy impaciente por pasar ese tiempo contigo.

Núria flexionó los dedos dentro de la mano de Guim, presionó el muslo contra la pierna de él, los hombros y los brazos de ambos parecían adheridos entre sí, pero aquella cercanía aún era insuficiente.

Habían quedado atrás las dudas, los miedos, las barreras que los separaban. Sabía que estarían siempre juntos; acababa de descubrir que algunas certezas podían abarcar toda la vida. Buscó cómo expresar ese sentimiento, pero no encontró las palabras.

—Te quiero —se limitó a decir, a falta de una frase con mayor significado.

Él respondió con un beso largo y sosegado. Luego se llevó su mano a los labios. Núria sintió en la palma el cosquilleo y la calidez de su aliento y se estremeció.

De la primera planta llegaron las voces amortiguadas de Josep y Antònia; Núria no quería que nada interrumpiera ese momento. Se puso en pie y tiró del brazo de él. Lo condujo hasta la escalera de mano que subía a la buhardilla. No se preocupó de recoger el libro del Legado; allí ya no tenía nada que esconder.

La buhardilla estaba en penumbra y el ambiente era más frío que en la rebotica. Se percibía la quietud de la tienda vacía bajo las tablas del suelo, y a través de la ventana se colaba el rumor de la lluvia y los pasos apresurados de algún trasnochador. Guim la siguió con la cabeza gacha para esquivar las vigas del techo. Se tumbaron sobre el jergón con las piernas enroscadas, los brazos tratando de abarcar más del otro. Guim la besó en el cuello y ella se apretó contra él; notaba al tacto cada uno de sus músculos, cada uno de sus latidos. Se dejó llevar por el deseo.

Núria temblaba; estaba a punto de vivir lo que conocía solo mediante miradas de reojo, escuchas indiscretas, anhelos creados en sus fantasías. Él la miró a los ojos con intensidad, emocionado, y entonces se encontraron con los nudos que se resistían a ser desatados, las risas nerviosas, la aspereza del lino y, al fin, el calor de la piel. Y los temblores se convirtieron en caricias, las caricias en jadeos, los jadeos en besos, los besos en roce, el roce en éxtasis, y el éxtasis en ternura infinita.

Guim se durmió sosteniéndola entre los brazos. Todo el cuerpo de Núria reposaba en contacto con él, desde la frente, apoyada en su mejilla, hasta los dedos de los pies.

DESPERTARON AL AMANECER, cuando el trasiego diurno regresó a la casa y a la calle. Se desperezaron y hablaron en susurros; intercambiaron bromas, mimos y muchas tonterías. De improviso, Guim cubrió la boca de Núria con la mano y le indicó con un gesto que guardara silencio. Cuando ella logró controlar la risa, escuchó pasos en la botica y ruido de cajones y armarios. Respiraba a través de los dedos de Guim y no podía apartar la mirada de sus ojos castaños, que brillaban

con la luz dorada de la mañana. Poco después, los pasos se dirigieron de vuelta a la rebotica y la tienda quedó vacía de nuevo.

—Seguramente era Antònia preparando la botica antes de abrir —susurró ella.

Él adoptó una expresión más seria.

—Núria, ¿te gustaría quedarte aquí, en la botica de los Lluch?

Ella ya había pensado en eso.

—Creo que no podré quedarme mucho tiempo ahora que ya no necesitan ayuda para cuidar de Beatriu. Josep tendrá que escoger tarde o temprano a uno de los aprendices del gremio.

—Josep medio insinuó que podría ser yo ese aprendiz.

Núria se incorporó sobre los codos, sorprendida. ¿Desde cuándo Josep y Guim compartían esa confianza?

—Entonces… ¿Ya das por sentado que te han expulsado de la Escuela de Medicina?

—Aún no he recibido una respuesta definitiva.

—¡Pues no te rindas! Ve a hablar con el profesor y discúlpate, seguro que entiende tu situación.

—No es cuestión de rendirse, es simplemente que no es lo que esperaba.

—Pero si estudiar Medicina era tu sueño, siempre me has hablado de ello con tanta pasión… ¡No dejes que un viejo amargado te quite la ilusión!

Guim enredó los dedos en el pelo de Núria.

—No es solo por el profesor Melcior. Es que serían demasiados años malgastados en teoremas y libros, mientras los enfermos que necesitan una cura están ahí fuera. Lo que se me da bien es ser cirujano.

—Entonces, ¿te quedarías en el hospital?

—He aprendido mucho en poco tiempo, aunque hay tanto que hacer que es como intentar llenar un tonel de vino a cucharadas, y además un tonel con un agujero en el fondo, porque no paran de llegar marineros y otros enfermos que están allí unos días y luego no los vuelvo a ver. Cuando acompañaba a mi padre por las aldeas vecinas, conocíamos a las familias y la relación con ellos era diferente. Pensarás que soy bobo por dar tantas vueltas para acabar donde empecé.

—No, te entiendo. Yo también echo de menos algunas cosas, como esa mirada de esperanza de los que acudían a la cueva convencidos de que podíamos ayudarlos. Valoro mucho que hayas pensado en la propuesta de Josep, pero no quiero que lo hagas solo por mí. Aún no estoy segura de que mi lugar sea este. Los miembros del gremio que he conocido me desprecian, no quiero depender de ellos toda mi vida. —Núria se recostó sobre el hombro de él. Presintió que los dos estaban pensando lo mismo; ella llevaba varios días meditando esa opción—.

¿Y si volvemos a casa? Aquí me siento como una más de la familia, pero echo de menos a la gente con la que crecí. Aunque sea por un tiempo, me gustaría volver a La Cerdanya.

Guim asintió. Permanecieron un rato callados contemplando el techo.

—Sí, podemos regresar —dijo él—. Quizá encontremos allí un modo de ganarnos la vida. Además, así conocerás a mi familia. —La miró a los ojos y le acarició el contorno de la cara—. Núria, quiero que a partir de ahora planeemos juntos nuestro futuro. Quiero que nos casemos.

Los interrumpió la campanilla de la puerta de la botica cuando entró el primer cliente de la mañana. Enseguida oyeron los pasos de Antònia y su saludo desde detrás del mostrador.

Ambos se miraron en silencio. En los ojos de él se leía la pregunta que había quedado implícita en sus palabras. Núria sonrió, tiró de la manta y cubrió con ella la cabeza de ambos. Bajo las sábanas, buscó el oído de Guim tanteando con los labios.

—Sí. Quiero casarme contigo y abrazarte todas las noches.

DOS SEMANAS DESPUÉS de regresar a Melers, Feliu se despertó de madrugada debido al ruido de caballos al galope. Se lavó la cara, se vistió lentamente, meditando cada movimiento, y salió a recibir a sus captores con la espalda erguida. Había esperado ese momento con intranquilidad, pero también con entereza.

Cada paseo que había dado en los días anteriores lo había considerado el último, y había tratado de capturar todos los detalles con la máxima precisión —el brillo del riachuelo, los trinos de los pájaros, el aroma de los narcisos—. También en las últimas comidas se había esforzado por fijar en la memoria todos los sabores, como si quisiera llenar los días que le quedaban en libertad con el máximo número de sensaciones cotidianas.

Abrió la puerta de su casa y se encontró de frente con la cara de rapaz de Climent, que le dedicó una mueca de desdén.

—Habría apostado una buena suma a que no te encontraríamos aquí, Feliu.

—Pues te equivocaste; quizá te equivocas más de lo que piensas.

Climent se encogió de hombros.

—Mejor, así me has ahorrado interrogar a tus parroquianos para dar contigo.

—Déjalos en paz. Me tienes a mí, que es lo que querías. —Feliu trató de parecer seguro de sí mismo.

—No, no. Algunos de ellos también me interesan mucho.

Un hombre armado lo agarró del brazo y lo sacó a la plaza. Allí los esperaba un carromato, ocho mercenarios más, un alguacil y una mujer que se cubría la cara como un bandolero, desde la nariz hasta la barbilla. Habían irrumpido en casa de Elisa y un décimo hombre recubierto de metal se asomó desde la ventana del primer piso hacia la plaza.

—La casa está vacía, señor.

—No nos entretendremos en buscarla. Seguimos con el plan —ordenó Climent.

Ataron las muñecas de Feliu y lo empujaron al interior del carromato. Él no opuso resistencia. El arcediano subió por la otra puerta, se sentó en el asiento opuesto y lo observó con una sonrisa malvada mientras el carromato atravesaba la plaza y continuaba recto, en vez de regresar hacia el camino que bajaba a Llívia. Feliu frunció el ceño: se dirigían a la masía de Arnau. Climent vio su expresión y su sonrisa se ensanchó.

—En breve comprobarás que yo apenas me equivoco —le dijo.

Se oyeron unos ladridos y dos estruendos graves que resonaron en las montañas. Poco después, Feliu vio por la ventanilla los dos mastines de Arnau desangrándose en el prado.

—Estos hombres de armas saben lo que hacen, es dinero bien gastado —continuó Climent.

Feliu no iba a responder a sus comentarios provocadores. Pasara lo que pasara, de él no obtendría ninguna información. Trató de que su rostro pareciera una máscara de integridad.

Lo hicieron bajar del carromato ante la puerta principal de la masía; el sol empezaba a despuntar sobre las cumbres. Los mercenarios recorrieron el perímetro al galope. Climent les hizo una seña y cuatro de ellos forzaron la puerta y entraron. Se oyeron forcejeos, gritos de miedo y órdenes amenazadoras, y también un rebuzno. Al poco rato, los cuatro hombres aparecieron arrastrando a los hijos de Arnau del cuello de la camisa de dormir, y un quinto surgió de detrás de la casa tirando de las riendas de *Pardal*. Arnau salió precipitadamente al exterior, descalzo, con el labio partido y el rostro desencajado. Lo seguía su mujer, que sollozaba y suplicaba por sus hijos. Les apuntaron a ambos en el pecho con dos arcabuces.

—Un paso en falso y será lo último que hagáis —gritó Climent. Se dirigió a la mujer que llevaba la cara cubierta como un bandolero—. ¿Reconoces la casa y el burro?

—Así es, no me cabe la menor duda de que fue aquí —respondió ella. Feliu no identificó su voz; seguramente se trataba de una paciente que había acudido a Adaleda en el pasado.

—¿Y este es el hombre que te llevó hasta la cueva?

La mujer entrecerró los ojos unos instantes y acabó por asentir.

Climent se dirigió al alguacil.

—Que quede constancia de las palabras y del gesto afirmativo de la delatora. —Paseó frente a los cuatro hijos de Arnau. Damià apretaba los puños y la mandíbula, Jacina se retorcía con la melena rizada alborotada y los dos más pequeños lloraban. Señaló a Jacina—: Nos llevamos a esta.

La muchacha forcejeó y gruñó entre los brazos del hombre corpulento que la empujó hacia el carromato. Maria gritó y Arnau avanzó dos pasos hacia su hija. Le clavaron el cañón del arcabuz en el pecho y se detuvo.

—Escúchame con atención, porque te voy a explicar lo que pasará las próximas semanas —dijo el arcediano—. El diez de junio juzgaremos y colgaremos a la bruja de Melers. Esta puede ser tu hija, o bien la bruja de verdad. Sabes a quién estoy buscando: una curandera de pelo blanco que vende remedios en una cueva. Y tengo entendido que tiene una ayudante, también me interesa y puede servirte para negociar tu condena. En cualquier caso, tienes tres semanas para traer a la bruja hasta La Seu. Entonces haremos el intercambio, tu hija quedará libre y tú te entregarás. O si no… —señaló a Jacina con un gesto de la cabeza— la próxima vez que la veas tendrá una soga en el cuello.

Feliu apenas tuvo tiempo de intercambiar una mirada con Arnau antes de que lo empujaran de nuevo hacia el interior del carromato. Jacina se pegó a él en el asiento y se echó a llorar sobre su hombro.

—Tranquila, tu padre no te abandonará. Y yo tampoco —dijo Feliu.

—Enternecedor —dijo Climent con sorna mientras se sentaba frente a ellos—. Y, además, acertado. En Bóixols esta misma estrategia funcionó a la perfección. Así no tengo que buscar los escondrijos de las brujas, me las traen hasta la puerta de la prisión.

Feliu recordó que, según Alfonso, Climent había retenido a una niña en los calabozos antes del juicio de Bóixols. En ese momento no había sospechado la razón; debería haber prestado más atención a aquel detalle. Arnau también se había confiado demasiado y su familia padecía las consecuencias.

El arcediano continuaba exhibiendo ante él esa infame sonrisa. ¿Cómo podía mortificar a niñas inocentes solo para conseguir sus ambiciones y seguir sonriendo? Se preguntó si tanta maldad lo dejaba dormir por las noches.

—Eres peor que el demonio —le espetó.

Climent se asomó por la ventanilla y le gritó instrucciones al cochero:

—¡A Dorres! —El carromato se puso en marcha y el arcediano se acomodó en su asiento—. No seré yo el que acabe condenado por tratos con el demonio, Feliu. Tú, sí.

EL QUINCE DE mayo, Núria echó un último vistazo a la botica, y se despidió de Josep y Antònia en el patio. Nada de lo que dijera podría ser suficiente para agradecer la acogida que le habían dado en su casa. Mientras tanto, Guim preparaba el caballo que Josep había comprado para ellos: un animal de pelo rubio, achaparrado y dócil. Era un regalo para que regresaran pronto a visitarlos, pues así el camino hasta Barcelona se les haría más llevadero.

Guim llenó una de las alforjas con provisiones para el viaje y la cerró con la hebilla; ya no quedaba más remedio que decir el último adiós.

—En cuanto nos establezcamos, os escribiré una carta. Y no tardaremos en visitaros —prometió Núria.

Antònia la abrazó repetidas veces, parecía no que no quisiera dejarla ir. Josep miró al cielo con los ojos brillantes, suspiró e intentó mantener el tipo. Al abandonar la casa, Núria agarró fuerte la mano de Guim para sobrellevar la despedida.

Tras cruzar las murallas de la ciudad por el portal de Santa Anna, no tomaron el camino principal que se dirigía hacia los Pirineos, sino que se desviaron hacia Pedralbes. Núria quería cerrar el asunto que la reconcomía; se sentía en deuda con la curandera de las ranas y había decidido visitarla justo antes de marcharse. Quería avisarla de las amenazas del Colegio de Apotecarios y también agradecerle que les hubiera vendido la serpentaria, pues con ella habían preparado una gran cantidad de remedio y habían salvado decenas de vidas en el hospital. Y aún se salvarían muchas más, pues el Colegio de Médicos tenía intención de recomendar el tratamiento en el futuro.

Avistaron a lo lejos la hilera de álamos, y entonces Núria percibió algo extraño en el ambiente. A medida que se acercaban lo identificó como un intenso olor a quemado, y cuando alcanzaron la fuente de la estrella se le cayó el alma a los pies: el conjunto de casas en ruinas se había convertido en un amasijo de cascotes, piedras sueltas, vigas chamuscadas y ceniza; no había quedado ni una pared en pie. Una cruz siniestra y burda hecha con dos troncos se alzaba en el centro de los escombros.

Habían llegado tarde. Guim trató de retenerla, pero ella se soltó de su mano.

—¡Núria! Ya no puedes hacer nada, es peligroso —le dijo a media voz, mientras observaba inquieto los alrededores.

—Solo será un momento. No hay nadie, no te preocupes.

Quería averiguar si había quedado algún rastro de la curandera o de su aprendiz. *Neulit* gruñó y la siguió a través del campo yermo.

Localizó el lugar en el que se había levantado la vivienda; entre los

escombros encontró trozos de muebles y vidrios rotos. Removió los restos con el pie sin buscar nada en concreto y deseó que la Reina Sapo hubiera tenido oportunidad de escapar. Aunque no le gustaran las maneras de aquella mujer, no merecía morir calcinada.

Bajo los restos de un catre encontró un gran charco de sangre seca y una túnica verde rasgada. Nadie podía perder tanta sangre y seguir con vida. Las lágrimas que había contenido al despedirse de Josep y Antònia se derramaron sin mesura. Se cubrió la cara con las manos.

Notó una mano en el hombro.

—Vamos, no ha sido culpa de lo que le contaste al gremio. Ellos ya sabían que la curandera vivía aquí y pretendían denunciarla igualmente —dijo Guim.

—Podía haberla avisado. Debería haberle explicado lo que presencié en la asamblea cuando le compramos la serpentaria.

—Quizá consiguió huir. En realidad, no sabemos de quién es esa sangre.

Núria asintió cabizbaja y siguió a Guim de vuelta al camino. Pasaron junto a la fuente y ella se fijó en que habían picado la estrella para tratar de borrarla. Lo señaló.

—Nunca hablé al gremio de este símbolo. ¿Por qué se habrán ensañado con la fuente, que está tan lejos de la casa?

Él se encogió de hombros.

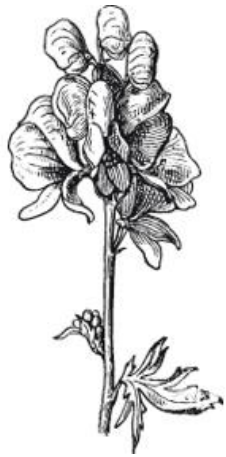
—Los que se unen a un tumulto con ganas de destruir actúan sin pensar. Alguno de ellos lo vería y decidió desfogarse con la piedra.

Dejaron atrás la fuente y Núria recordó unas palabras de la Reina Sapo: «La estrella que conoces acabará siendo para ti un símbolo de perdición». Un mal presentimiento la hizo temblar.

Se secó las mejillas e intentó centrarse en la nueva vida que estaba a punto de comenzar junto a Guim; solo así podría superar la culpa que la ahogaba por dentro.

Sexta parte

MAYO - JUNIO 1529



Matalobos

Planta de apariencia inocente y bella que crece en laderas rocosas y atrae la atención con sus flores púrpuras y hojas de color verde intenso. También denominada acónito, esconde uno de los venenos más peligrosos. La raíz es la parte más letal, capaz de matar de improviso y con rapidez a las criaturas más feroces.

Capítulo 36

NÚRIA SE ALEJÓ por la calle Major de Puigcerdà y Guim suspiró; la idea de pasar dos días sin ella se le hacía una montaña. Sabía que era una reacción exagerada, pero no podía evitarlo después de los siete días viajando sin prisas y las siete noches increíbles que habían pasado juntos.

—¿Seguro que quieres ir sola? —le preguntó una vez más, haciendo bocina con las manos. Las cuatro personas que transitaban por la calle se volvieron hacia él—. Puedo acompañarte.

Ella dio media vuelta sobre sus pies con un movimiento grácil y le sonrió.

—Tranquilo, *Neulit* cuidará de mí.

Núria dobló la esquina y la perdió de vista. Entonces, Guim atravesó el zaguán de la casa de sus padres y se dirigió a la cocina. Su madre estaba allí preparando la comida. Hasta el momento era el único miembro de la familia que había conocido a Núria: su padre y su hermano habían salido a Queixans a atender a un paciente y la esposa de su hermano, a la que aún no conocía, estaba en el mercado.

—Parece una buena muchacha —dijo su madre mientras troceaba verduras. Tenía una voz grave que a Guim le transmitía serenidad y saber hacer—. ¿Quiénes son sus padres?

—Es huérfana y creció con la familia de Arnau Coll.

—Ah, sí, es el que vende miel en el mercado, ¿verdad? —Él asintió —. ¿Has pasado con ella estos dos años?

—No del todo: nos conocimos en el viaje de ida y nos vimos a menudo en Girona. Luego nos separamos un año y nos reencontramos en Barcelona. En realidad, fui allí a buscarla. —Guim se aclaró la garganta—. Mamá, nos gustaría fijar una fecha para casarnos.

Ella sonrió y removió el contenido de una cazuela.

—Me lo he imaginado en cuanto os he visto entrar por la puerta. Y dime, ¿tenéis prisa por celebrar la boda? —Lo dijo con una ceja levantada y Guim entendió lo que en realidad le estaba preguntando.

—No, no corre prisa. Pero es mejor no esperar demasiado.

—De acuerdo, el domingo hablaré con el padre Fermín. —Pasó por su lado de camino a la alacena y le acarició una mejilla—. Me alegro por ti, cariño. Seguro que has sabido escoger una buena compañera.

Guim se dejó caer en una silla. Había superado sin grandes apuros

una conversación que podría haberse vuelto algo incómoda.

—Justo el otro día tu padre comentó que hacía meses que no recibíamos noticias tuyas —dijo su madre, con el torso metido entre los cestos de hortalizas y los embutidos colgados—. En la última carta que enviaste contabas que te habían aceptado en la Escuela de Medicina de Barcelona.

—¿Crees que se decepcionará cuando averigüe que he abandonado los estudios?

Su madre regresó junto a los fogones y removió el guiso antes de responder.

—Es tu padre, lo entenderá —dijo al fin—. Aunque aquí no podrás ejercer de cirujano. La villa no da trabajo para tu hermano y para ti.

—Lo sé. Buscaremos otro sitio.

—Deberíais acordarlo entre los tres e intentar repartiros el territorio.

—Sí, llegaremos a una solución. Recuerdo que a veces papá no podía atender las peticiones de los enfermos que vivían lejos. Además, Núria también quiere vender hierbas curativas. De niña aprendió las propiedades de las plantas de esta zona y en Barcelona trabajó en una botica. —Su madre lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué? ¿No te parecería bien?

—No son buenos tiempos para herboristas ni curanderas. ¿No os han llegado noticias por el camino?

—No —respondió Guim; durante el viaje habían evitado a la gente para disfrutar de intimidad—. ¿Qué ha pasado?

—Se están celebrando audiencias en La Seu y han encarcelado a decenas de adivinas y otras mujeres de ocupación dudosa, entre ellas, muchas curanderas. Sé de algunas herboristas que se han ido durante un tiempo, por si acaso.

Al oír aquello, Guim se puso en pie casi de un salto.

—¿Debería advertir a Núria? Aún puedo alcanzarla.

Su madre pareció confundida por esa reacción.

—¿Por qué? Ella te ha dicho que quiere ir sola para ver a su familia, ¿no es así?

—Sí, pero… ¿Y si la relacionan con todo ese embrollo de las curanderas? La mujer que le enseñó tuvo algún problema parecido en el pasado…

—Núria sabrá cuidarse sola, Guim. ¿Qué vas a decirle? ¿Que no vaya a visitar a su familia? No es un buen momento para vender hierbas, pero tampoco van arrestando a cualquiera que pase por aquí.

Guim se sentó de nuevo y mantuvo una postura tensa. Su madre solía tener razón, aunque esa vez no disponía de toda la información. ¿Y si habían denunciado a Adaleda, igual que dos años atrás? O peor, ¿y si la detenían mientras Núria estaba de visita y la apresaban

también a ella? Era una posibilidad remota, pero suficiente para preocuparlo.

Su madre captó su angustia y le dedicó una sonrisa burlona.

—No te preocupes. Núria estará rodeada de los suyos y ellos deben de quererla tanto como tú, ¿no te parece?

—LO SIENTO, ADALEDA. No me han dejado otra opción.

Adaleda distinguió la sombra de Arnau a su espalda; dedujo que había esperado junto a la entrada de la cueva a que ella saliera. Se volvió con lentitud y él le quitó de las manos el cesto para la genciana y el cuchillo que le colgaba del cinturón. No le hizo falta ninguna explicación para comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Qué precio han puesto a mi cabeza? —preguntó.

—La vida de mi hija. La han encarcelado y, si te entrego en La Seu, la liberarán.

Adaleda esbozó una sonrisa de derrota y asintió.

—¿Qué es esto? —Elisa acababa de salir de la cueva y Damià aprovechó para acercársele por detrás—. ¡Suéltame! ¿Qué pasa?

—Las dos os venís con nosotros, tenemos que hablar. Se han llevado a Jacina y a Feliu —dijo Arnau.

—¿Y nos vas a entregar a cambio de ellos? —preguntó Elisa. Ninguno respondió—. Sí, eso es lo que vas a hacer. ¡Malnacido! ¿Cómo nos traicionas así? Ojalá se pudra toda tu familia, Arnau.

Damià la agarró de un brazo y la condujo por el sendero. Arnau se volvió hacia Adaleda.

—¿Quieres recoger algo de la cueva?

Ella suspiró y apoyó la palma sobre la roca. Hacía días que llevaba encima lo único imprescindible: tres pequeñas cápsulas de un veneno mortal preparado con matalobos camufladas entre los abalorios trenzados en su pelo. Se despidió en silencio de su hogar.

—No necesito nada.

Arnau echó a andar por el camino sin sujetarla. Un poco más adelante, cuando Elisa dejó de maldecir en voz alta, Damià le permitió también caminar a su aire.

—No hacía falta que organizaras esto, Arnau. ¿Crees que permitiré que cuelguen a una joven inocente por mi culpa? ¿Tan mala opinión tienes de mí?

—No, pero no podía arriesgarme… Se trata de la vida de Jacina.

—¿Quién nos ha delatado?

—¿Recuerdas al muchacho con achaques que murió en la cueva años atrás? Aquel día la compasión me hizo bajar la guardia: no le cubrí la cabeza a la mujer y la llevé hasta mi casa para recoger la

carreta y trasladar en ella a su hijo muerto hasta Llívia. Me pareció irrespetuoso llevarlo doblado sobre el lomo de *Pardal*.

—De eso hace más de dos años y borré la memoria de la madre. ¿Fue capaz de reconocer tu casa?

—Sí.

Adaleda se sintió un fraude. En realidad, nunca había dominado las recetas más complejas del Legado. El conjuro del nuevo comienzo no logró que Núria olvidara a su familia; tampoco había servido para aliviar la pérdida de aquella mujer.

—Fue un error mío —admitió.

—Fue error de los dos —dijo Arnau.

—El muchacho murió a causa del remedio que preparé, en parte es justo que me entregues por ese motivo.

—Aún no te voy a entregar. Solo quiero que hablemos y pensemos una estrategia que me permita recuperar a Jacina.

—¡Seguro que sí! —intervino Elisa, mirándolos por encima del hombro. Apretó un puño en el aire con furia—. Deberías haber seguido el consejo de Feliu y haberte llevado a tu familia lejos. ¡Pero no! Te mantuviste arrogante como siempre. Si hubieras sido más prudente, no estaríamos en esta situación.

—Tienes razón y lo siento. No tengo nada contra ti, Elisa. Solo queremos que nos ayudes.

—Y tenerme controlada para que no se me ocurra hacer nada por mi cuenta, ¿a que sí?

—Eso también —admitió Arnau. Adaleda sintió la pesadumbre en su voz—. Perdonadme por las maneras, no se me ocurría ninguna otra solución.

—¿Cuál es el trato? —preguntó Adaleda—. ¿Entregarme y ya está? No tengo intención de soportar torturas ni interrogatorios, Arnau, ni de darles el gusto de decirles lo que quieren. Antes que eso… asumiré mi final.

Se palpó las cuentas venenosas entrelazadas en el pelo, solo para asegurarse de que seguían ahí.

—El trato consiste en que nos entreguemos tú y yo, nada más. El intercambio se hará a la entrada de la cárcel y espero que el arcediano cumpla con su palabra.

Cruzaron el bosque de pino negro y salieron a los campos que rodeaban la masía de Arnau. No fueron recibidos por los acostumbrados ladridos de los mastines. Adaleda distinguió dos montículos recientes de tierra removida junto al camino.

—¿Feliu también está en La Seu? —preguntó Adaleda.

—Sí, se lo llevaron junto a Jacina.

—Seguro que ya nos ha delatado.

—Te equivocas —replicó Arnau—. Feliu tuvo la oportunidad de

marcharse y se quedó para defendernos y demostrar que cree en la inocencia de todos.

Arnau abrió la puerta del cobertizo y les indicó que entraran. Damià regresó a la casa y Elisa se sentó sobre un saco y cruzó los brazos, aún a la defensiva. A lo lejos oyeron unos ladridos graves y roncos; el hombre se asomó al exterior.

—¿Es uno de tus mastines? Creía que los habían matado —dijo Elisa.

—Los mataron a los dos —respondió. Salió del cobertizo y cerró la puerta.

NÚRIA NO RECORDABA que el recorrido desde Llívia hasta Melers fuera tan largo ni tan cuesta arriba. A mitad de camino ya se había quedado sin aliento y se detuvo a descansar junto a un arroyo. *Neulit*, por el contrario, parecía incansable y trotaba feliz entre los árboles.

Había decidido regresar a pie en vez de a caballo porque quería recorrer con parsimonia los senderos conocidos. Aquí y allá reconocía sus lugares favoritos, los rincones de juegos con Jacina, los recodos donde crecían hierbas medicinales y los escenarios de los rituales y las leyendas de Adaleda. Sin embargo, los percibió diferentes, como si hubieran perdido parte del encanto o la magia que les había atribuido cuando era niña. En cambio, la entusiasmaron otros detalles a los que no había prestado atención en el pasado: los sonidos del campo, los olores delicados de las plantas y, sobre todo, las flores que tapizaban el paisaje. Las laderas soleadas estaban cubiertas de retama, los ríos rodeados de botón de oro y nomeolvides, y los prados salpicados de narcisos, centaura y diente de león.

Rodeó Melers por el camino del bosque y se dirigió hacia la masía de Arnau; esperaba que Jacina siguiera viviendo con sus padres. *Neulit* ladró al aire y agitó la cola.

—¿Te acuerdas de este sitio, *Neulit*? —dijo Núria con una sonrisa.

Se acercaron a la casa y Arnau salió de un cobertizo. Escrutó los alrededores hasta que la vio; al principio Núria no supo si la había reconocido, pues no la saludó.

—¡Arnau! Soy Núria, he vuelto. —Agitó una mano; el hombre seguía tan serio y rígido que ella empezó a inquietarse. Al fin pareció reaccionar.

—Núria, qué sorpresa que hayas regresado… justo ahora.

—¿Cómo está Jacina? ¿Y Adaleda?

El hombre no hizo ningún amago de sonreír.

—Será mejor que vengas conmigo.

Llamó a *Neulit*, lo inmovilizó entre las piernas con habilidad y le ató

una correa al cuello.

—¿Por qué haces eso?

—Sígueme. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Hablar de qué? ¿Dónde está Jacina?

La bienvenida de Arnau era muy extraña y a Núria le pasaron por la cabeza multitud de cosas horribles que les podían haber ocurrido a Jacina y a Adaleda. Dio unos pasos dubitativos tras él en dirección al cobertizo, pero se detuvo a mitad de camino; no entendía nada. Arnau abrió la puerta y le señaló el interior.

—¿Por qué quieres que entre ahí?

Adaleda apareció en el umbral, la miró sorprendida y triste a la vez, y alargó una mano temblorosa. Sus ojos redondos y azules tenían un aspecto nebuloso; había envejecido mucho. Núria tomó la mano pálida entre las suyas.

—Has vuelto… Te he echado en falta.

Núria percibió la emoción de su maestra. Fue consciente de que, a pesar de sus riñas y desacuerdos, Adaleda la había querido mucho más de lo que la habrían querido nunca sus tíos.

—Claro que he vuelto; para verte, para veros a todos. He vuelto para quedarme.

Adaleda sacudió la cabeza.

—No, aquí no puedes quedarte. Ya no.

Núria entró en el cobertizo y examinó desde el centro de la estancia a Arnau, Adaleda y Elisa que, encajados entre los aperos de labranza, le devolvieron una mirada tensa. Elisa fue la única que simuló una leve sonrisa de bienvenida.

—¿Vais a decirme de una vez qué ocurre?

Se alternaron para explicar lo sucedido en las últimas semanas. A medida que Núria escuchaba sobre los juicios y la persecución de la estrella, la invadió un terror frío y empezó a sudar por las palmas. Todo estaba mal, justo al contrario de como debía estar. El problema que la había empujado a marcharse había empeorado en vez de mejorar. La realidad que había imaginado junto a Guim no existía ni allí ni en ninguna parte. Ese desengaño cayó sobre ella como una losa.

Elisa resumió la situación actual: Jacina y Feliu estaban presos, y Arnau debía llevar allí a Adaleda y entregarse él mismo. Su maestra se mostraba del todo abatida y aquello incrementaba la sensación de derrota de Núria. Arnau repetía una y otra vez que Jacina saldría indemne, como si esa fuera la única idea que lo mantenía cuerdo.

—El arcediano que mencionáis, ¿es el mismo que amenazó a las muchachas de Melers hace dos años? —preguntó Núria.

—Sí, el mismo —respondió Elisa—. Parece que estamos condenados a que de tanto en tanto aparezca alguien obcecado en perseguirnos sin descanso.

—Núria, me alegro mucho de verte una última vez —dijo Adaleda—. Pero es peligroso que permanezcas aquí. Mañana deberás marcharte. Huye lejos, escóndete.

Núria se abrazó a sí misma. Otra vez esas dos opciones que no lo eran en realidad: huir o esconderse.

—¿Y qué pasará contigo? ¿Y con Arnau, Feliu y las demás mujeres que han acusado de brujería?

—No puedes hacer nada, Núria. Nadie puede.

—Entonces… —Una parte en su interior se negaba a resignarse—. Me dices que os abandone y que huya. ¿Hasta dónde debería huir? En las ciudades donde he vivido estos años también existían esos hombres con poder y odio hacia las supuestas brujas. Tendría que llegar hasta el fin del mundo para que no me alcanzaran. Y esconderme… ¿hasta cuándo? ¿Toda la vida? ¿Y todo por culpa de un arcediano obsesionado con Melers?

Adaleda respondió con un gesto amargo. Núria entendió que eso era precisamente lo que su maestra había asumido de joven y ella se había resistido a aceptar desde el principio.

—Quizá si eliminámaramos a Climent, correríamos otra suerte —intervino Elisa—. Feliu dijo que tenía a todos los demás sacerdotes en su contra.

—¿Matar a Climent? —dijo Arnau—. Suena bien, pero cuando vino a Melers iba protegido por una docena de mercenarios.

—El veneno es la única arma capaz de derrotar a esos individuos —dijo Adaleda—. Sin embargo, ya es demasiado tarde. Incluso sin el arcediano podrían seguir adelante con el juicio.

—Pues no se me ocurre nada más —dijo Elisa—. No creo que podamos sacar a Jacina de la cárcel si no es con un intercambio: aquello es una fortaleza. Y un engaño sería impensable, pues buscan a una curandera albina.

—Podemos pensar lo del veneno, no es mala idea —dijo Arnau—. Estoy convencido de que, si nos juzga Climent, nos condenarán a la horca, mientras que con otros podemos tener más suerte. No debemos hacerlo solo por nosotros, sino por los que dejamos aquí. Feliu teme que nombren obispo a Climent. Si eso sucede, nadie en Melers podrá vivir en paz.

Elisa y Adaleda asintieron. Núria se sentó sobre una caja, aún con los brazos cruzados sobre el pecho. Recordó cómo había surgido el odio contra la Reina Sapo en el consejo de los boticarios: había sido instigado por un solo hombre ambicioso y con autoridad. Si el viejo casposo hubiera desaparecido unos días después, quizá los demás no habrían continuado con las acusaciones y la curandera de las ranas seguiría viva. Por otro lado, no la convencía la idea de envenenar a alguien porque, si bien podía mejorar su situación, ¿en qué los

convertía ese asesinato?

—¿Cómo lo podemos hacer? —siguió Elisa—. Aunque consiguiéramos infiltrarnos en el palacio episcopal, que no es fácil, todos los curas comen de la misma olla y beben de la misma jarra. Es imposible darle el veneno solo al arcediano.

—¿Mediante un paquete envenenado? —sugirió Adaleda.

—Podría abrirlo un secretario o un sirviente, y podrían rastrear el remitente hasta nosotros —replicó Elisa.

—Sería más sencillo si Climent saliera de viaje unos días —dijo Arnau.

—Es poco probable que eso suceda antes del juicio —respondió Adaleda—. Tiene que haber otra opción. ¿Qué pertenencias personales poseen los religiosos?

—Muy pocas, lo comparten casi todo —dijo Elisa.

Mientras rumiaba en silencio, a Núria se le ocurrió una manera de envenenar a Climent; le parecía incluso demasiado sencilla para que los demás no hubieran pensado en ella.

—La solución es la ropa. —Se dirigió a Elisa—. ¿Se puede distinguir la sotana de un arcediano de la de los demás?

—Creo que sí. ¿En qué estás pensando?

—Supongo que los curas no se lavan ellos mismos las sotanas y las camisas, sino que contratan a sirvientas o lavanderas. Si se organizan igual que las monjas que he conocido, deben marcar las prendas, por ejemplo, con las iniciales cosidas en hilo, para saber a quién pertenece cada una.

Los demás intercambiaron miradas serias mientras valoraban la idea.

—No funcionará —dijo Adaleda—. Estás pensando en usar matalobos en forma de ungüento, ¿verdad?

Núria asintió. Se trataba del veneno más potente que conocían; Adaleda le había advertido que debía manipularlo siempre con guantes porque atravesaba la piel.

—Si lo aplicas en las axilas de la sotana se notará el emplasto grasiento —continuó Adaleda—, y Climent se dará cuenta de que la prenda está manipulada.

—No tiene por qué ser así —respondió Núria—. He trabajado en una botica y he aprendido a concentrar las propiedades de las plantas; puedo preparar una tintura incolora que no se vea sobre la tela. No estoy dudando de que pueda hacerlo, sino de si debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque entonces nos habremos convertido precisamente en el tipo de bruja que persiguen y que odian. ¡Estamos planeando asesinar a un hombre!

Adaleda la miró con incredulidad y Arnau se aclaró la garganta:

—Núria, ese hombre no dudaría en asesinaros a todas sin importarle qué tipo de bruja o curandera seáis. ¡Incluso está dispuesto a matar a Jacina, que es del todo inocente! Hablas así porque no lo conoces. Si escucharas la maldad que desprende con cada palabra, te darías cuenta enseguida del ser despreciable que es.

—Envenenar la ropa es una buena solución, la única viable —dijo Elisa.

—Está bien —concluyó Adaleda—. Núria preparará el veneno y luego desaparecerá para que nadie pueda involucrarla.

Arnau se puso en pie.

—No voy a arriesgarme a que el arcediano descubra el plan antes de tiempo y se niegue a liberar a Jacina. Adaleda y yo nos entregaremos primero y luego, cuando mi hija esté a salvo, Núria intentará envenenar su ropa durante el juicio, que puede durar varios días. ¿Podrás hacerlo, Núria?

Adaleda respondió por ella antes de que tuviera tiempo de abrir la boca:

—¡No, ni hablar! ¿Pretendes que lo solucionemos todo nosotras sin que tú asumas ningún riesgo?

—Me voy a entregar contigo, Adaleda. Estoy poniendo mi vida en las manos de Núria. Si es cuidadosa, no serán capaces de rastrear el veneno, ni siquiera sospecharán.

Núria tomó aire, resignada. Se iban a entregar sin plantear ninguna estrategia alternativa y no le dejaban opción. Si permitía que condenaran a Adaleda y no intentaba ayudarla, no se lo perdonaría jamás.

—Está bien, lo haré. Aunque debería probar antes el veneno en un conejo o en una gallina para asegurarnos de que funciona.

—Bien, resuelto entonces. ¿Qué necesitas, muchacha? —preguntó Elisa con energía—. Tienes poco tiempo, dime en qué puedo ayudar.

NÚRIA Y ELISA recorrieron las casas de Melers y reunieron todos los utensilios, recipientes e ingredientes que necesitaban excepto uno: el destilador. Nadie en la aldea preparaba aguardiente, tendrían que pedir uno prestado en Llívia. Cuando regresaron a la masía de Arnau, lo encontraron riñendo con su mujer frente a la puerta.

—¡Mírala, está ahí mismo! —dijo Maria a gritos, agarrando a su marido de la camisa—. Puedes cambiarla por ti, el arcediano también la quería a ella, ¿por qué no la entregas? ¿Me vas a dejar viuda?

Núria se detuvo antes de alcanzar la puerta. Nadie había mencionado que el arcediano sabía de su existencia y que también la quería capturar. Intercambió una mirada con Elisa, que parecía igual

de sorprendida.

—Maria, ¡basta! No sabes lo que dices.

—Y encima dejas que Adaleda se vaya al bosque a por plantas. ¡Se escapará y no veremos más a nuestra hija!

La mujer soltó a su marido y se restregó los ojos enrojecidos. Observó a Núria con odio, como si ella fuera la culpable de lo sucedido.

—Adaleda ha dicho que se entregará y yo confío en ella —replicó Arnau, mientras se colocaba bien el cuello de la camisa.

—Pero no confías lo suficiente para contárnoslo todo —dijo Elisa en voz alta.

—Os he dicho lo relevante, el resto era palabrería.

—¿El arcediano me busca también a mí? —preguntó Núria.

—No, no sabe quién eres. Solo ha oído hablar de una ayudante. Lo insinuó cuando se llevó a Jacina y no tiene ninguna prueba.

—Ya no sé qué pensar, Arnau —dijo Elisa.

—No voy a entregar a Núria. Climent no prometió nada a cambio y me encerrará igual en cuanto me acerque a La Seu. No caeré en sus tretas, sé que es un engaño. —Zanjó el asunto con un gesto seco de las manos.

—Tal y como están las cosas —Elisa se acercó unos pasos a Maria—, Núria es la única capaz de preparar el veneno para el arcediano. Si la encierran también a ella todo estará perdido, y entonces seguro que te quedarás sin marido.

Maria apretó los labios, Arnau adoptó una postura decidida.

—Si Adaleda se entera de esto, no permitirá que Núria se acerque a La Seu. Ya sabéis cómo es.

Se alejó a grandes zancadas seguido de su esposa.

—Ve con cuidado, Núria —susurró Elisa—. Arnau es como un pozo oscuro, nunca sé lo que guarda en el fondo. Su familia fue la única que presenció lo que dijo el arcediano. Si intenta algún engaño justo antes de llegar a La Seu, estarás sola con él, y Adaleda y tú no podréis oponer resistencia.

Núria se mordió el labio.

—No creo que sea capaz de traicionarnos, ¿tú sí? —La mujer se encogió de hombros—. Al menos ahora estoy prevenida.

Se dirigieron al cobertizo y *Neulit*, en vez de seguirlas, se alejó al trote hacia una figura que había aparecido en el camino. Núria reconoció de lejos el caballo rubio y achaparrado, al que habían llamado *Trébol*, y la silueta del jinete. La invadió una sensación de alivio al saber que él estaba cerca; menos mal que no le había hecho caso.

—Además, no estaré sola —añadió.

Capítulo 37

CLIMENT LE TENDIÓ al inquisidor el larguísimo listado de los acusados que permanecían en los calabozos. Este lo escrutó igual que siempre: con un rostro del todo inexpresivo. Se humedeció el pulgar con la parte interna del labio inferior, mostrando por un instante sus dientes grisáceos, y volteó varias páginas. Luego devolvió el pliego de hojas a Climent.

—Ajá —dijo.

Giró sobre sus pies y salió del despacho, dejando al arcediano hecho una furia. ¿Qué quería decir ese «ajá»? Tampoco sabía cómo interpretar el resto de expresiones vacías que solía emitir: «hum», «ya veo», «bien», y otros monosílabos por el estilo. Si al menos cuestionara sus planes, rebatiera sus decisiones o contradijera sus argumentos sabría a qué atenerse. Pero el inquisidor nunca hacía nada de eso, ni tampoco se mostraba de acuerdo con él ni respondía a sus adulaciones. Se limitaba a leer documentos, a divagar por el palacio con las manos detrás de la espalda, a observar aquí y allá, y a hablar con quien se cruzaba en su camino cuando le parecía conveniente.

Climent se masajeó el rostro con las yemas de los dedos, estaba agotado. El temblor del párpado se le había extendido a un músculo de la mandíbula. Hacía días que no conseguía descansar; el juicio ocupaba siempre sus pensamientos. Tampoco ayudaba el hecho de que, cada vez que conseguía dormir, lo atacaban pesadillas en las que aparecía el demonio en forma de carnero y brujas montadas en escobas voladoras, sin duda causadas por los tratados de brujería que leía durante el día. Intentó serenarse diciéndose que aquel proceso judicial terminaría pronto.

Mandó llamar a Pere y lo esperó impaciente, de cara a la ventana, deseando que tuviera alguna noticia que le alegrara la tarde.

—¿Con quién ha hablado hoy el inquisidor? —le espetó nada más verlo.

—Con uno de los mozos de la cocina y con el padre Antoni.

—¿El despensero?

—Sí. Y después con el padre Matías y con el mercader que suele vendernos el vino. Además, ha estado paseando por el claustro y por el decanato.

Climent arrugó la frente y anotó los nombres y los lugares en la lista

secreta que guardaba entre las cartas de la diócesis. Una vez más, no encontró ningún sentido a todo aquello. El inquisidor parecía moverse al azar, sin ajustarse a un hilo de pistas ni centrarse en ningún caso particular.

Lo sacaba de quicio.

—Puedes retirarte —dijo a Pere sin siquiera mirarlo.

El comportamiento del inquisidor lo obsesionaba. No sabía qué esperar de ese hombre, era imposible adivinar qué pretendía o cómo enfrentarse a él. Era como jugar al ajedrez sin ver ninguna de las figuras del adversario: Climent solo podía ver la pieza que el inquisidor tenía en la mano y estaba moviendo en ese mismo instante. Mediante un ejército de informadores y espías, Climent intentaba rastrear su estrategia. Lo anotaba todo y lo repasaba durante horas cada noche.

A ratos, pensaba que fray Domènec era el hombre más inteligente que había conocido y ocultaba una estratagema brillante para encumbrarse a sí mismo en la fama y hundirlo a él en una derrota pública y vergonzosa. Otras veces trataba de convencerse de lo contrario: el inquisidor era en realidad un ser simplón que había conseguido el puesto mediante el favor de algún familiar, que agradecía su iniciativa y que tan solo buscaba aparentar que intervenía en asuntos importantes. La incertidumbre entre esas dos ideas opuestas lo atormentaba.

Al final de la tarde, un novicio le comunicó que un delator quería verlo.

—¿Otro más? —Climent resopló y con un ademán cansado le indicó al joven que lo llevara ante él.

Al principio había acogido a los informantes con entusiasmo; cada curandera que delataban suponía un pequeño triunfo para su gran confabulación hereje y enseguida mandaba a sus hombres de armas a efectuar las detenciones. Sin embargo, en dos semanas había atendido a más de treinta delatores, que no cesaban de llegar. Ya tenía cerca de un centenar de mujeres hacinadas en el calabozo, pronto deberían habilitar otro espacio para los presos.

El informante de aquella tarde —el tercero del día— le contó una historia parecida a las anteriores. Climent escuchó con resignación la verborrea del campesino de edad avanzada.

—Y la mujer hizo sus rituales una noche sin luna. A la semana siguiente una mula enfermó, las ovejas se quedaron sin leche y muchos de los chiquillos tuvieron fiebres y pesadillas. En cuanto oímos hablar de los juicios que se están realizando en la Seu, nos convencimos de que era nuestra oportunidad para deshacernos de la bruja. Los vecinos se pusieron de acuerdo y me enviaron a mí, padre, para informarle de nuestro problema.

Climent buscó entre los papeles de su escritorio el listado de las acusaciones. Últimamente no hacía más que alargar listas interminables.

—¿De qué parroquia se trata?

—De Rialp, padre.

—De acuerdo, dejo anotados los detalles.

—¿Vendréis a detenerla?

Climent suspiró. No podía negarse; esa había sido su forma de proceder inicial y cambiar ahora equivaldría a desacreditarse a sí mismo, o aún peor, sería reconocer que se había equivocado.

—Sí, aunque quizá nos demoremos unos días.

—Gracias, padre.

El campesino se retiró y Climent dejó vagar la mirada más allá de los cristales de la ventana. ¿Qué espacios del palacio podía vaciar y utilizar para encerrar a más acusadas de brujería? La respuesta a esa pregunta lo hizo sonreír por primera vez en todo el día: las habitaciones de la tesorería, por supuesto. Al fin y al cabo, Alfonso no iba a usarlas nunca más.

GUIM FUE ARRUGANDO el entrecejo mientras Núria hablaba.

—¿De verdad estás planeando matar a un hombre que no conoces? ¿A un arcediano? ¿Con todo lo que eso podría conllevar? No puedo creerlo, Núria.

Ella lo miró dolida. Se levantó de la bala de paja en la que ambos estaban sentados, agarró un cepillo y se puso a cepillar el lomo de *Trébol*, que comía heno junto a la mula de Feliu. Guim trató de medir sus palabras con cuidado.

—¿Eres consciente de que te colgarán si te atrapan?

—Pues claro. Pero ¿qué alternativas hay? No voy a abandonar a Adaleda y a los demás cuando sé que puedo ayudarlos. Asumiré el riesgo por ellos. Y también por mí: no quiero resignarme a pasar toda la vida ocultando lo que soy.

—No estás asumiendo tú sola el riesgo, también lo asumo yo porque tengo miedo de perderte. Y me estás haciendo cómplice de un asesinato, otra vez.

Núria detuvo el cepillo en el aire. Su mirada estaba empañada por algo que, si no era odio, se le parecía demasiado. Guim fue consciente de que la última vez que le había dicho algo similar, ella se había alejado por un callejón y no se habían vuelto a ver durante un año.

—No te estoy pidiendo que seas cómplice de nada —le dijo ella con rudeza—. Quédate en Puigcerdà.

—No puedo. Me importas demasiado.

—Pues ese es tu problema.

—Núria…

Ella siguió cepillando a *Trébol* con más ímpetu del necesario. Guim se levantó y le tendió una mano por encima del lomo del caballo para intentar suavizar la discusión. Núria la ignoró y continuó con lo que estaba haciendo.

—No te enfades, es que estoy aterrorizado. ¿No tienes miedo?

—Sí, pero el miedo no me frenará.

—Aquello que le dijiste a la curandera de las ranas… Que había otro camino posible para las sanadoras sin venenos ni engaños. Yo pensé que lo decías convencida, que querías alejarte de ese tipo de vida que te puede llevar a la horca.

—Eso creía, pero no es posible. —Al fin detuvo el cepillo y lo miró—. Me prometí que jamás sería una de esas. Sin embargo, el traje de bruja es un vestido que viene completo: con sus remedios curativos y con sus ponzoñas y trucos malvados. Siempre nos tratarán así, es lo que esperan de cualquiera de nosotras. Y la única manera de salir de eso es aceptándolo, aunque solo sea una vez.

—Seguro que esa te parece la solución más sencilla, pero debe haber otro modo de ayudar a tu maestra y a tu amiga…

—No es la solución más sencilla: es la única. Lo hemos pensado entre todos. En este mundo tan injusto es la única manera de hacer justicia.

Guim suspiró; la idea de perderla le producía un nudo en la garganta.

—Espero que salga bien y que nadie sospeche.

—Es un veneno invisible, no lo detectarán.

Él rodeó al caballo con parsimonia. La cogió de los hombros, la atrajo hacia sí y apoyó su frente en la de ella.

—Por favor, prométeme que antes de arriesgarte a que te atrapen, abandonarás.

Ella lo abrazó y asintió en silencio.

ADALEDA PERCIBIÓ QUE la gallina clueca en la que habían probado el veneno cabeceaba y daba unos pasos inestables. Durante las últimas cuatro horas había llevado atado al cuello desplumado un pañuelo impregnado con la tintura.

—Núria, mira: empieza a hacer efecto.

La joven dejó sus tareas en el cobertizo y se acercó al corral, aún con los guantes puestos.

—Sí, parece confundida. Espero que sea suficiente para matarla.

Al poco rato la gallina se recostó en el suelo.

Núria regresó junto a la mesa de trabajo y guardó el resto de la tintura venenosa en una botella. Había tardado tres días en prepararla: primero destiló vinagre para obtener un líquido incoloro y frío que llamó espíritu; luego secó las raíces de matalobos en un horno, las trituró y las maceró en ese líquido, y por último filtró el resultado y lo concentró aún más en el destilador.

Adaleda no había intervenido en el proceso, se había limitado a observar y escuchar. Núria se desenvolvía con soltura y, mientras trabajaba, le habló de sus tíos y su frío recibimiento, de la baronesa y la muerte del barón, del monasterio y sor Larisa, y de la botica en Barcelona y lo que había aprendido allí. Percibía que Núria la había superado en ese tiempo y se sentía empequeñecida al haber perdido su autoridad de maestra. Tras unas horas de conversación, le había contado las intimidades de la nobleza y sus criados, de las monjas y los apotecarios, pero no las suyas. Adaleda intuía que se callaba lo más importante, aquello que la había hecho crecer de golpe en apenas dos años.

Pasaron unos minutos en silencio; la gallina no se movió. Núria continuó trasteando con los utensilios mientras seguía con su relato.

—Cerca de Barcelona me encontré con una curandera, la llamaban Reina Sapo. Vivía entre unas casas en ruinas y en su puerta se veía dibujada la estrella del Legado. —Núria dijo aquello con un tono de voz que trataba de sonar irrelevante y que transmitía justo lo contrario—. Y, según dicen, el arcediano ha encontrado más estrellas por otras aldeas de la diócesis. ¿Lo sabías? ¿Sabías que existen otras curanderas que se identifican con el mismo símbolo?

—Sí y no. En realidad, preferí no pensar en ello. Aunque alguna vez sospeché que las sanadoras que se dispersaron hace un siglo continuaron usando la estrella.

—¿Por qué nunca intentaste buscarlas? Te lo pregunté al principio, pocos días después de despertar en la cueva. Quise saber por qué debíamos vivir solas y guardarnos para nosotras lo que sabíamos, por qué no podía tener amigos.

Adaleda suspiró. Ya no tenía sentido seguir negando la verdad; en los últimos días lo había comprendido todo.

—Te dije que era demasiado arriesgado buscarlas, pero en el fondo prefería pensar que solo quedábamos nosotras. Gisela me había convencido de que era la única heredera del Legado. Me encomendó una misión que me hacía especial e imprescindible, y yo me aferré a ella para soportar las desgracias de mi vida. Por medio de esa misión, las desgracias pasaron a ser sacrificios destinados a un fin elevado. —Núria se había acercado y pudo distinguir su expresión seria—. Cambié la compañía de los demás por el privilegio de sentirme elegida y te arrastré conmigo.

—Siempre me asegurabas que nos aislábamos para estar a salvo.

—Esa era solo una parte de la verdad, aunque no era consciente porque me engañaba a mí misma. Tú nunca creíste que fueras única y especial, a pesar de que yo te lo dije igual que mi maestra me lo dijo a mí. Nunca creíste muchas de las cosas que te enseñé.

—Tenías razón en varias de ellas. La curandera de la estrella… la mataron. Por mi culpa, porque no la advertí a tiempo. Y dejaron una cruz clavada entre las cenizas de su casa. —Hizo una pausa durante la cual se sentó a su lado y se quitó los guantes—. Y una planta del Legado me curó de unas fiebres gástricas: la serpentaria. Ni a los médicos ni a los boticarios de Barcelona se les había ocurrido utilizarla. En cambio, la curandera conocía el remedio que me salvó.

—¿Aun trabajando en una botica tan fabulosa acudiste a una curandera cuando te sentiste enferma?

—Fue el último recurso, pensaba que iba a morir. Le pedí a Guim que fuera a buscarla porque sabía que él no me juzgaría. —Tragó saliva y apartó la mirada—. Nos vamos a casar cuando esto termine.

Adaleda sonrió. Era la segunda vez que mencionaba al muchacho y no se lo había presentado; tan solo lo había visto de lejos, entre la niebla confusa de las casas del pueblo.

—Has tardado tres días en contarme lo que más te importa.

—Sí, es que…

—No hace falta que te excuses. Yo llevo ocho años ocultando un secreto que ocupa buena parte de mis pensamientos y toda mi culpa. —Adaleda aspiró hondo y perdió la mirada en el horizonte—. Sé que no seguirás el camino que yo quería para ti. Aun así, cuando llegue el momento, transmite la historia del Legado para que no caiga en el olvido. ¿Lo harás? —Núria asintió—. Nuestras predecesoras merecen ser recordadas, aunque sea en forma de leyenda. Igual que tú mereces saber la verdad sobre cómo murieron tus padres, aunque ya sea tarde para cambiar nada.

Núria se quedó muda y tensa a su lado. Había llegado el momento, probablemente no habría más oportunidades.

—Como parte de la misión de perpetuar el Legado, debía encontrar una aprendiz. Pasaron varios años sin que hallara ninguna oportunidad hasta que una noche vi un eclipse de Luna y un presagio en las estrellas y, poco después, una osa acudió al laberinto. Realicé unos conjuros y la atraje mediante miel mezclada con hierbas: efedra y rodiola, para encender su energía y que no entrara en una hibernación profunda. Pocos meses después, esa osa mató a tu familia. Estaba obsesionada con conseguir una aprendiz y no pensé en el daño que podía causar. Espero que me perdones.

Núria se levantó muy despacio; Adaleda percibía el temblor de la ira en su postura.

—¿Que te perdone? —dijo con la voz rota—. Todavía no sé si te he perdonado por el ritual del nuevo comienzo que me robó la infancia, ¿y ahora esto? ¿Así que murieron por tu culpa? ¡La osa podría haberme matado a mí también!

Lanzó los guantes al suelo y se marchó a grandes zancadas. Adaleda apoyó la cabeza entre las manos, temiendo no tener la sabiduría suficiente para ganarse el perdón de Núria antes de su final.

Se percató de que la gallina llevaba inmóvil mucho rato y se inclinó sobre ella. Tenía los párpados cerrados. Le dio un golpecito con el pie y el ave rodó inerte hacia un lado: estaba muerta.

EL INQUISIDOR SE sentó frente al escritorio de Climent; al fin parecía dispuesto a mantener una conversación prolongada.

—He leído sus informes y no comprendo una cuestión —empezó—: ¿Cuántos de los acusados del ala este están relacionados con el próximo interrogatorio del diez de junio?

—Ilustrísima, es muy normal que albergue dudas porque se trata de una estratagema compleja —se apresuró a contestar Climent, y empezó a contar con los dedos—. Están los párrocos de Melers y Dorres. Además, hay una muchacha, pero ella, aunque es sospechosa de varias faltas, tiene otro fin. Espero que en unos días me permita encerrar a la verdadera bruja de Melers y a su colaborador principal mediante un intercambio.

—¿Ha extorsionado a los aldeanos para que traigan a la acusada de brujería?

—Digamos que he sabido ser convincente. —Climent apoyó los codos en el escritorio y entrecruzó los dedos, esperando a que el inquisidor se mostrara de acuerdo con su método o lo criticara. Sin embargo, el hombre cambió de tema sin expresar su opinión.

—Por sus informes deduzco que falta otra acusada relevante: la dueña de la casa de huéspedes.

—Sí, ha huido, y no me he olvidado de ella. Retomaré su búsqueda más adelante.

—¿Y la supuesta aprendiz de la curandera?

—Tenemos pocas pistas al respecto; planeo obtener más información mediante los interrogatorios.

—Lo que más me extraña son las alusiones al tesorero de la diócesis en este proceso.

—El padre Alfonso es cómplice de Feliu, persuadió al obispo Despés para mantenerme apartado de esa parroquia. Aunque carezco de delatores contra el tesorero, tanto su actitud como sus faltas anteriores relacionadas con la herejía son bien conocidas y no dejan lugar a

dudas.

El inquisidor se acomodó en la silla y cruzó las piernas. Como siempre, Climent no supo decir si lo había convencido, pues se mostraba cordial y a la vez distante. Al fin verbalizó una conclusión:

—Debo reconocer que se ha ocupado de esta causa con eficiencia y buen entendimiento. Pocos serían capaces de manejar tal cantidad de nombres y detalles. —Climent se permitió sonreír—. Sin embargo, le falta la visión de los aspectos más profundos. Usted se centra en los hechos, pero si me he ganado mi reputación, ha sido porque sé ver más allá. Sé encontrar la verdad que subyace tras los acontecimientos terrenales.

Climent se esforzó para que no le traicionara ni la más mínima mueca de contrariedad.

—¿A qué se refiere exactamente? Con su ejemplo podré mejorar.

—Veamos, está claro que las curanderas se identifican entre ellas mediante una estrella en particular, y usted no se ha cuestionado el origen de ese símbolo ni su significado. ¿Está en realidad relacionado con el culto al diablo o se trata de un símbolo inofensivo? Debe utilizar sus conocimientos en Teología para comprender el fondo de la cuestión.

Climent asintió.

—Lo estudiaré a fondo.

—También están los rencores y odios arraigados en toda comunidad. Usted parece no darles importancia y son muy trascendentes: a menudo proporcionan información clave y permiten valorar la credibilidad de ciertas acusaciones. Mis propias averiguaciones me han llevado a entender mucho mejor la dinámica de esta diócesis y los tendré en cuenta al planear los interrogatorios y las conclusiones.

Climent tuvo la amarga sensación de que varios miembros del palacio habían testificado en su contra ante el inquisidor, y sintió una punzada al preguntarse si alguien habría hablado bien de él. Buscó una respuesta que no sonara a actitud defensiva.

—Algunos odios y rencores son del todo injustificados o motivados por simple envidia. De todas formas, seguiré su consejo y analizaré mejor el pasado de las parroquias que estoy investigando.

—Bien, dejo que continúe con sus averiguaciones. —El inquisidor se levantó y se llevó las manos a la espalda—. Volveremos a hablar unos días antes de las audiencias.

Climent lo vio marchar y se rascó distraído el cuello. A pesar del comentario final, no había ido mal. De hecho, el inquisidor lo había animado a seguir y él se había dejado aconsejar. Pensó que incluso podía estar orgulloso.

Con mejor ánimo del que había sentido en varias semanas, se dirigió

a la habitación de invitados donde se alojaba uno de los testigos clave. Le había costado un buen soborno llevarlo hasta allí, pero esperaba que mereciera la pena.

Llamó con los nudillos y aguardó. El viejo sacerdote no tardó en abrir.

—¿Padre Huguet? Disculpe mi tardanza en presentarme ante usted, unos asuntos me han reclamado toda la mañana.

—Nada que disculpar. Me han acogido estupendamente en el palacio.

—¿Puedo entrar? —El padre Huguet, barrigudo y de nariz aplastada, se hizo a un lado. Climent fue directo al tema que le interesaba—. Tengo entendido que usted fue preceptor del padre Feliu durante su adolescencia y juventud, por lo que presenció el escándalo que lo condujo hasta esta diócesis.

—Sí, y me cuesta creer que sea responsable de los actos descritos en su carta, padre. —El sacerdote respiraba por la boca con esfuerzo. Se sentó en el borde de la cama y le señaló a Climent la única silla—. El Feliu que recuerdo era cándido e influenciable, también poco disciplinado, pero no era un alentador de herejes. ¿Está seguro de que no son otros quienes lo han llevado por el mal camino?

—Es posible —respondió Climent. Estaba dispuesto a decirle al padre Huguet lo que quería oír con tal de que testificara—. Las audiencias de los próximos días lo esclarecerán, estamos aquí para eso. Debe testificar lo que vio durante esos años, y le recomiendo que se abstenga de expresar sus opiniones sobre Feliu: limítese a los hechos.

—De acuerdo, entiendo que es mi deber.

—Las cartas que se conservan de esa época no ofrecen demasiados detalles. ¿Qué hizo Feliu para acabar con la paciencia del obispo de Girona?

El padre Huguet se aclaró la garganta.

—Verá, todo empezó con sus escapadas del seminario para reunirse con su pandilla de la infancia, formada por unos bribones sin remedio, unas pobres almas de familias miserables criados en las calles.

Climent se recostó en el respaldo y escuchó con interés. Cuando llegaron a la parte que había causado el traslado de Feliu, se dio cuenta de que no podría haber pedido una historia mejor para sus planes. Disimuló su entusiasmo y asintió en repetidas ocasiones con expresión seria.

Capítulo 38

NÚRIA VIAJABA SOBRE la mula de Feliu, y Guim, a su lado, montaba a *Trébol*. Seguían la carreta de Arnau a cierta distancia, con Adaleda sentada en la caja, de espaldas al sentido de la marcha. Cuando su maestra la miró, Núria se apresuró a desviar los ojos hacia los árboles, igual que llevaba haciendo todo el trayecto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espetó Guim—. ¿Vas a envenenar a un hombre por salvar a alguien con quien no te hablas? Es un poco raro, ¿no te parece?

—Es complicado.

—No tengo experiencia en estas cosas, Núria, pero estoy convencido de que, si no te deshaces de esos resentimientos antes de que la encierren, te arrepentirás.

Guim tenía razón. Ella admitió que esa noche debería hacer las paces con Adaleda de alguna manera.

A media tarde pasaron de largo el pueblo en el que habían parado a dormir cuando viajaron a la feria de ganado de La Seu; Núria lo recordaba bien por la cercanía del río y la sensación de que las montañas empezaban a estrecharse, pues estaban a punto de salir del valle de La Cerdanya. Espoleó a la mula para alcanzar a Arnau, que conducía la carreta.

—¿No pasaremos aquí la noche?

—No, aún quedan horas de luz y conozco un sitio mejor: una posada donde nos darán una cena de reyes. Hoy me la merezco. —Se dio unas palmaditas en la barriga—. Llegaremos en un par de horas.

Núria no insistió, aunque no pudo evitar una punzada de desconfianza. Si Arnau quería traicionarla aquella noche, lo tendría más fácil en un lugar cercano a La Seu. Luego se rebatió a sí misma: «Tan solo quiere darse un banquete antes de que lo encierren», pensó.

Llegaron a la posada antes del anochecer, y Arnau encargó carnes y guisos para alimentar a un ejército. Cuando la tabernera colocó las bandejas sobre la mesa, no quedó espacio para nada más.

Núria se sentó junto a Adaleda, que removía con el cuchillo las verduras de un plato, distraída y sin probar la comida. Se le hacía extraño verla con ropa ordinaria y el pelo peinado en una simple trenza echada sobre un hombro, en lugar del recogido enrevesado que solía llevar. Aun así, no pasaba desapercibida y los demás huéspedes

se volvían a mirarla una segunda vez.

—Eres muy valiente por entregarte, Adaleda —dijo Núria.

Ella la miró con sus ojos azules balanceantes y se encogió de hombros.

—Es lo que debo hacer; no permitiré que otros sufran por mi culpa. De todas formas, la alternativa hubiera sido quedarme en la cueva hasta perder la vista del todo.

Ambas observaron el lado opuesto de la mesa: Arnau comía con la servilleta insertada en el cuello de la camisa, con seriedad y eficiencia, como si estuviera cumpliendo un deber. Guim lo acompañaba de buena gana atiborrándose de carne a dos manos. Ninguno parecía prestarles atención.

—Escucha, lo de tu familia…

Adaleda estaba a punto de disculparse y Núria la cortó.

—No hay nada que perdonar. —Ella la miró sorprendida—. Lo he estado pensando y creo que te atribuyes más poder del que tienes en realidad. Mi familia murió debido a un accidente, simplemente coincidió con la osa en el momento menos oportuno. Fue mala suerte y nada más. Y tú me encontraste y me curaste las heridas.

Adaleda asintió. Un estallido de risas se adueñó de la taberna y apagó los demás sonidos. Cuando se restableció el murmullo habitual de conversaciones, Núria agregó:

—Me alegro de haber crecido a tu lado. Tus enseñanzas me han convertido en lo que soy ahora y no hubiera escogido otro camino. Entiendo que en ocasiones te vieras forzada a hacer cosas de las que no estás orgullosa, que necesitaras cumplir con tu misión.

Su maestra bajó el rostro para ocultar las lágrimas que le empañaban los ojos. Núria respiró hondo y sintió hambre por primera vez en varios días. Cogió un trozo de costillar de cerdo y, cuando cruzó la mirada con Guim, él le hizo un guiño; seguramente había estado atento a su conversación mientras disimulaba. Ella se fijó en la cantidad de huesos roídos amontonados frente a él.

—¿Otro más? —dijo, al ver que alargaba la mano hacia la bandeja del pollo—. Te sentará mal.

—Está bien. ¡Solo un trozo más! —respondió Guim, con una sonrisilla de culpabilidad.

NÚRIA DESPERTÓ CON la claridad que precedía la salida del sol y se dio la vuelta sobre la paja. Guim, echado a su lado, abrió un párpado, le acarició un brazo y lo volvió a cerrar. Ella trató de dormir un poco más, pero al rato se incorporó, inquieta.

No escuchaba la respiración ronca de Arnau. Escrutó alrededor y no

lo encontró en el sitio en el que se había tumbado, ni en ningún otro rincón del pajar. Se puso en pie y se asomó afuera.

—¿Qué pasa? —preguntó Adaleda, apoyada sobre un codo.

—Arnau se ha ido —dijo Núria, y luego murmuró enfadada—: ¿Por qué? ¿Por qué hace esto?

Se dirigió hacia los establos para comprobar si se había llevado alguno de los animales. Todos estaban allí: el burro *Pardal*, la mula de Feliu y *Trébol*. *Neulit* apareció desde detrás de los establos y se le acercó con la intención de conseguir una caricia, pero ella no estaba de humor. Oteó el camino a un lado y a otro, sin saber qué hacer. Guim salió del pajar.

—Núria, espera. Quizá ha ido a buscar compañía, ya me entiendes. Se lo está tomando como su última noche y no me extrañaría.

—No me parece propio de Arnau —intervino Adaleda, que había salido detrás de Guim. Se colocó la capa sobre los hombros y se sacudió la paja del pelo.

—Temo que haya ido a buscar a los guardias del obispado para que me capturen a mí también antes de que pueda escapar —dijo Núria—. Quizá intenta hacer un trato para proteger a su familia.

—Eso sí me parecería típico de él —respondió Adaleda con amargura—. Vámonos de aquí, por si acaso.

—¿Adónde? —preguntó Guim.

—No sé, de momento podemos escondernos cerca y ya decidiremos —propuso Núria.

Colocaron las sillas de montar y se llevaron a los animales del establo en silencio. Se apresuraron por el camino que salía del recinto de la posada y se detuvieron en seco al llegar a la vía principal. Distinguieron la figura erguida de Arnau entre la neblina del amanecer. Caminaba hacia ellos y les voceó desde la distancia.

—¡Esperad! ¡No me abandonéis ahora, por favor!

Estaba solo y parecía angustiado. No supieron cómo reaccionar y se quedaron como estatuas hasta que los alcanzó a la carrera.

—Por favor, si os marcháis, matarán a Jacina —les suplicó sin resuello.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Adaleda.

—Había subido a esa colina a ver la salida del sol. Mi último amanecer —dijo con los ojos llorosos.

—¿Solo eso?

—Pensé que habías ido a hablar con Climent para que me detuvieran a mí también —dijo Núria.

Arnau sacudió la cabeza.

—Jamás se me ocurriría traicionarte, te lo aseguré en Melers. ¿Qué tengo que hacer para que me creas? —Núria se ablandó al ver tan desesperado a aquel hombre que siempre se había mostrado fuerte y

seguro de sí mismo. Sin embargo, Adaleda aún lo miraba con desconfianza montada sobre el burro. Él se dirigió a ella con actitud suplicante—. Tú te vas a entregar para salvar a mi hija. Si no hiciera lo mismo para proteger a Núria, ¿en qué clase de ser despreciable me convertiría?

—Está bien, te creo —respondió Adaleda.

ANTES DE LLEGAR a las murallas de La Seu, dejaron los animales de montura y la carreta bajo los cuidados de un campesino de las afueras. Adaleda y Núria se abrazaron en el margen del camino.

—Aguanta unos días, no te rindas. Lo conseguiré —dijo Núria.

Su maestra se despidió sin prometer nada.

Guim y Núria entraron a la ciudad en primer lugar y se dirigieron al punto de encuentro por separado. Ella identificó la puerta de las mazmorras del palacio episcopal por las rejas y los dos guardas armados que la custodiaban. Paseó entre los tenderetes de verduras de una calle porticada y vio que Guim se sentaba en el banco exterior de una taberna con una jarra de cerveza.

Poco después llegaron Arnau y Adaleda. Él habló con los guardas y después uno de ellos entró en el edificio. Al ver que tardaba en regresar, Núria decidió dar una segunda vuelta bajo el pórtico para comprar unas manzanas. Luego se comió una con la espalda apoyada en un pilar.

Al fin se abrió una puerta lateral y aparecieron varias personas: el carcelero, sujetando a Jacina por un hombro, un religioso calvo y otro joven y delgado. Núria se acercó con disimulo e intentó capturar todos los detalles de la ropa de ambos sacerdotes: el tejido negro de uno y el marrón oscuro del otro, los bordados sencillos en el cuello, la amplitud de las mangas.

Realizaron el intercambio con rapidez. Jacina parecía una pordiosera: sucia, descalza y vestida solo con una camisa desgarrada. Cuando trató de seguir a Arnau para despedirse, el carcelero la empujó y cayó de espaldas en el barro de la calle.

—Vamos, levántate y ven hacia aquí —susurró Núria. No podía ir a buscarla frente a la puerta, se expondría demasiado.

Jacina se puso en pie y caminó cojeando hacia una de las calles. Núria rodeó un edificio y la interceptó de frente. Cuando su amiga la reconoció, le fallaron las rodillas, sollozó y tendió un brazo hacia ella.

—Ve a la posada que hay al final de la calle —le ordenó Núria, y pasó por su lado sin detenerse.

POCO DESPUÉS, EN la habitación de la posada, Jacina sujetaba una esponja en una mano y una manzana en la otra, sin decidir cuál de las dos necesidades le urgía más.

—No pienso marcharme a Melers —dijo. Dio dos mordiscos a la manzana y luego se frotó la cara y el cuello con el agua jabonosa—. Quiero formar parte de esto.

—Tu madre se preocupará si no regresas pronto —respondió Núria, y se sentó sobre el jergón. Habían alquilado la habitación de la planta superior, la más discreta de todas. A través de la ventana se divisaban los tejados de los edificios colindantes.

—Me da igual, me quedo hasta el final del juicio, esto es más importante. Quiero hacer algo para vengarme de ese hombre repugnante.

—¿Climent es el cura joven y delgado que apareció durante el intercambio?

—Sí, ese es.

—¿Y el otro calvo quién era?

—El inquisidor. Vino a los calabozos un par de veces a hacer preguntas. Parecía un hombre muy serio y anunció que representaba al arzobispo. Las otras curanderas le tenían más miedo que a Climent, decían que los inquisidores torturan a las acusadas por brujería.

Jacina se agachó sobre el barreño y se echó agua sobre la cabeza. Núria empezó a agitar un pie, nerviosa: ¿habían sido demasiado ingenuos al pensar que una solución tan simple como envenenar al arcediano los salvaría? Se habían basado en lo que Feliu le había contado a Arnau y Elisa, pero quizá desconocía cómo se iba a desarrollar el juicio.

—Eso quiere decir que el arcediano no es el único responsable del juicio, ¿verdad? Si lo matamos, el inquisidor puede continuar investigando y condenar a los presos.

—No lo sé. Al menos nos desharemos de Climent —replicó Jacina.

—Eso no servirá para que liberen a Adaleda ni a tu padre.

—Entonces debemos envenenarlos a los dos.

—Es demasiado complicado, nos falta mucha información. —Núria se echó de espaldas y contempló el techo abuhardillado—. Podemos asistir a la primera sesión de interrogatorios para entender mejor qué está pasando antes de precipitarnos. Espero que Adaleda aguante unos días.

—¿Tendremos tiempo de envenenar la sotana si esperamos? ¿Cuánto durarán los interrogatorios?

Núria estaba a punto de responder que tampoco lo sabían cuando escuchó unos golpecitos en la puerta.

—Es Guim. Vístete y te lo presentaré —dijo Núria. Y luego voceó hacia la puerta—: Aún no puedes entrar.

A FELIU LO despertó el sonido de manojos de llaves y bisagras oxidadas. Unos segundos después, el carcelero apareció al otro lado de los barrotes. Feliu entornó los ojos ante el resplandor de la antorcha.

—En pie —le ordenó.

Desdobló las rodillas doloridas y se apoyó en la pared para levantarse. Avanzó delante del carcelero a lo largo del pasillo de la mazmorra. A ambos lados surgían de la oscuridad de las celdas manos aferradas a los barrotes y rostros pálidos de mujeres demacradas. Eran muchas; la cárcel estaba atestada de acusadas por brujería.

No preguntó a su escolta por el motivo del traslado, sabía de sobra que los guardas no respondían preguntas. Pasaron de largo una celda casi vacía en la que solo se distinguía una figura tumbada de lado en el suelo. Feliu entrevió la calva de un hombre mayor.

—Jeroni, ¿estás ahí?

El carcelero castigó su intento de localizar al anciano con un golpe seco de garrote en los muslos. Unos pasos más adelante, lo empujó hacia el interior de una celda amplia. Adaleda se encontraba allí, encadenada a una pared. El carcelero ató los grilletes de Feliu en la argolla de la pared opuesta y se marchó.

—¿Arnau te ha entregado?

—Me he entregado por voluntad propia, y Arnau se ha entregado también. No sé dónde lo tienen.

Feliu suspiró, se sentó en el suelo húmedo y observó la nueva celda.

—Donde me tenían antes veía la claridad de la calle por una rendija. Aquí no sabremos distinguir siquiera los días que pasan.

—Al menos ahora han dejado una antorcha en el pasillo. Llevaba varias horas a oscuras. ¿Por qué te han traído aquí?

Antes de que él respondiera, una sombra se proyectó sobre ellos. Era Climent.

—Comprobarás, Feliu, que mi plan era infalible. La famosa bruja de Melers al fin en mi poder.

—¿Qué quieres? —le espetó con rudeza.

—Quiero que mires durante largo rato a la causante de tu trágico final. Y que decidas que no merece la pena morir por esta hereje.

—El único causante de tragedias eres tú, Climent.

—Ella alienta la falta de respeto ante la Iglesia; por esta bruja tus parroquianos te mienten y se burlan a tus espaldas. Ella es la responsable de que no te obedezcan ni te reverencien como es debido.

—Bueno, es que nunca he pretendido tal cosa. Tan solo quiero

ganarme el afecto de los aldeanos, no sus reverencias.

—¡Que carácter más débil! Me respondes como un rebelde, pero en el fondo eres cobarde e inútil. —Climent se agarró a los barrotes e introdujo la cara entre dos de ellos—. Hace poco releí las cartas que escribiste al obispo años atrás; destilan sumisión e inseguridad. Gracias a esas cartas descubrí esta confabulación de brujas que me permitirá ascender a obispo, ¡o incluso a arzobispo algún día!, quién sabe.

—Esas cartas fueron un error. Las malinterpretaste.

—Tu vida entera ha sido un error tras otro. Y el mayor de ellos fue pensar que podías oponerte a mí y vencer. Te ofrecí delatar a la curandera a cambio de regresar a Blanes, y al principio te mostraste dispuesto. ¿Te arrepientes de no haber aceptado mi oferta?

—No me arrepiento. Y aún no está todo dicho: ayer hablé con fray Domènec y no se cree tu versión. —A contraluz, vio temblar la mandíbula de Climent—. No solo investiga a los que estamos encarcelados en las mazmorras.

—¿Crees que por cruzar dos palabras con el inquisidor ya puedes alardear de conocerlo? ¡Ja! No sabes nada. Recuérdalo cuando te encuentres en el patíbulo.

Climent se marchó airado. Las alusiones al inquisidor lo habían alterado y Feliu pensó que aún había esperanza para ellos.

—¿De qué cartas hablaba? —dijo Adaleda. Feliu intuía el perfil de sus piernas cruzadas y los hombros erguidos a la luz de la antorcha.

—Cuando llegué a Melers solía añadir un listado de los sucesos extraños a los papeles de las cuentas de la parroquia, y luego los enviaba al obispo.

—Así que tiene razón: la intromisión del obispado en Melers que nos ha traído hasta aquí es culpa tuya… Tras décadas de paz, todo empezó de nuevo poco después de tu llegada.

Feliu se acomodó como pudo entre las cadenas y apoyó la espalda en la pared.

—No caigamos en esto; es justo lo que pretende Climent. Yo estoy decidido a no recriminarte nada, aunque podría.

Adaleda bufó y desvió la mirada.

—También habéis mencionado a un inquisidor…

—Sí, hemos tenido suerte: no será Climent quien presida el tribunal, sino un sacerdote ajeno a esta diócesis.

—Entonces estamos perdidos.

—¿Por qué?

—Teníamos un plan para acabar con Climent que no desvelaré aquí. —Adaleda se cubrió el rostro con las manos—. Espero que se den cuenta antes de actuar. Si la Inquisición está involucrada en esto… sería un suicidio intentarlo.

—¿A quién te refieres? ¿Qué habéis planeado? —La mujer negó con la cabeza. No parecía dispuesta a responder—. Pues yo tengo esperanza en el buen criterio de fray Domènec. Creo que podemos salir con cargos menores.

—Yo no saldré de aquí, Feliu. Ten esperanza solo por ti.

NÚRIA ENTRÓ EN la catedral con Guim y Jacina. La luz y los sonidos de la calle se apagaron tras los muros gruesos. Era una iglesia muy diferente de las que había visitado en Girona o Barcelona: más siniestra, más oscura y cerrada en sí misma, con aspecto de fortaleza.

Durante el día anterior Guim se había mezclado en las conversaciones de las tabernas para obtener noticias y rumores sobre el juicio. La de ese día iba a ser una de las pocas sesiones públicas; se decía que el inquisidor prefería dirigir los interrogatorios a puerta cerrada. Se quedaron rezagados en la parte posterior hasta que entraron los sacerdotes y poco después sacaron a los presos. Entonces, se mezclaron con disimulo entre los feligreses agrupados en la penumbra.

El primero en acercarse al púlpito fue Climent, que inició una plegaria. Los pensamientos de Núria divagaron entre las palabras en latín. Observaba a Adaleda, Feliu, Arnau y a los otros dos curas a quienes no conocía, mientras anticipaba la cantidad de problemas que podían surgir si seguían adelante. Al fin se acabaron las oraciones y el inquisidor tomó la palabra. Anunció en público los nombres de los acusados y los cargos que les atribuían: magia y hechicería, conspiración contra la Iglesia, adoración del maligno, herejía, inverecundia, perversión y blasfemia. Luego inició un sermón de frases largas y aburridas que prevenían a la población del engaño y la corrupción que podían propiciar los herejes. Pretendía que aquel juicio sirviera de advertencia en el futuro.

Núria cruzó la mirada con Jacina, que se había cubierto el pelo y el perfil de la cara con un pañuelo de campesina. Se apartaron hacia el lateral de la nave.

—Ya no hay duda: será el inquisidor quién interrogará y decidirá la sentencia. Envenenar a Climent no servirá.

—Tenemos que acabar con los dos —susurró Jacina, insistiendo por enésima vez en esa opción.

—Ni hablar —intervino Guim, también en susurros—. ¿No conocéis las historias de la Inquisición? Si uno de ellos muere de forma sospechosa, a los pocos días tendremos aquí a decenas de inquisidores investigando. Y nadie se atreve a mentirles.

—¿Y qué hacemos? ¿Abandonamos? —dijo Núria.

—No quiero abandonar a mi padre.

—Es demasiado arriesgado —replicó Guim.

El inquisidor terminó su discurso y uno de los presos pidió la palabra en voz alta. Los tres dejaron de murmurar y devolvieron su atención hacia la parte delantera de la catedral. Se trataba de uno de los sacerdotes que Núria no conocía, que en ese momento se estaba poniendo en pie con dificultad. El arcediano se apresuró a interceptar al inquisidor en dos zancadas mientras negaba con la cabeza.

—Ya que los interrogatorios se harán en privado, tengo derecho a defender mi honorabilidad ante la comunidad antes de que se extiendan los rumores —insistió el sacerdote mientras agitaba los grilletes—. Ostento el rango más alto…

—¡Tu rango ha quedado anulado, Alfonso! —aulló Climent—. Ya no tienes privilegio alguno.

El inquisidor levantó una mano y ambos callaron.

—Se te permitirá dirigir una plegaria para expiar tus culpas, si así lo deseas —dijo con toda la calma del mundo.

El aludido carraspeó y se dirigió a los presentes.

—Rezar nunca había sido tan necesario como en estos días y pido a todos los presentes que me acompañen en mi oración. Ruego a Dios para que guíe a quienes deben tomar decisiones importantes. También para que reafirme la fe del pueblo en su Iglesia, pues muchos han contemplado cómo castigaban a sus pastores, sus guías morales y espirituales. El pueblo no debe perder la fe ni la confianza: debe saber que muchas de las acusaciones son infundadas. También ruego para que la sensatez se abra paso al fin y queden expuestos los que tienen el juicio nublado. —La voz del sacerdote, que había empezado en un tono neutro, se iba cargando de ferocidad a medida que hablaba—. Tan solo una mente perturbada podría haber planificado esta farsa que ha abarrotado las mazmorras de inocentes. Ruego por que detenga esta locura…

—¡Basta! —gritó Climent—. Eso no es una plegaria.

—¡Lo es!

Climent se acercó a Alfonso y lo agarró de la sotana mugrienta.

—Deja de decir falsedades…

—¿Veis como nos dirige un demente? —se defendió Alfonso.

—No te permitiré seguir con esto.

Siguieron forcejeando entre gritos superpuestos hasta que el inquisidor dirigió un gesto desganado al carcelero y este se llevó a Alfonso. Con las manos agarradas a la espalda, lo observaba todo como si él no formara parte de la escena. Núria tuvo la impresión de que anotaba mentalmente los detalles.

Climent se recompuso de forma exagerada: se alisó la sotana varias veces, agitó los hombros, estiró el cuello hacia adelante y hacia atrás.

Además, parecía sufrir un tic en la mejilla. Eran gestos propios de alguien desquiciado, alguien a punto de estallar en un ataque de furia. Y una idea tomó forma entre el torbellino de preocupaciones y dudas de Núria.

—¿Y si Climent se volviera loco de verdad durante el juicio? —susurró tan bajo que ni ella misma se escuchó.

Observó de nuevo a los presos. La receta adecuada podía desencadenar el resultado que quería, pero necesitaba tiempo: buscar las plantas, preparar una nueva tintura, conseguir la sotana… Y Adaleda no tendría paciencia si no conocía el cambio de planes, pues pensaría que habían fracasado.

—Voy a avisarlos, Adaleda debe aguantar un poco más —dijo, y se dirigió hacia el frente de la catedral.

Oyó la voz de Guim a sus espaldas:

—¿Avisarlos de qué?

Núria se inmiscuyó entre los feligreses de las primeras filas. Su maestra no la distinguiría de lejos, así que tendría que captar la atención de Feliu o Arnau. El altar estaba más iluminado que el resto de la nave; desde sus asientos, los presos debían de ver una masa informe de rostros en la oscuridad. ¿Qué podía usar para lograr destacar entre el resto?

A su izquierda, frente a una capilla, había una docena de velas encendidas. Sin pensarlo dos veces, cogió una y la llevó hasta las primeras filas, protegiendo la llama con la palma, y aguardó. El primero en dirigir el rostro hacia el público fue Feliu, entonces Núria retiró la mano para mostrar la vela un instante. Funcionó: el cura arqueó las cejas y centró su atención en ella. Núria sopló la vela y la dejó caer.

Señaló a Adaleda y, moviendo las palmas de las manos hacia abajo, intentó expresar que debían esperar y ser pacientes. Luego vocalizó en silencio las palabras «cambiamos el plan», y Feliu pareció entenderla, pues leyó en sus labios la pregunta «¿qué plan?». El inquisidor dio por terminada la sesión y llamó a los carceleros; Núria apenas disponía de unos segundos. En ese momento se dio cuenta de lo complicado que iba a ser que Feliu la comprendiera, quizá ni siquiera estaba enterado de lo que habían planeado. Con los brazos pegados al cuerpo para no llamar demasiado la atención, señaló a Climent y se llevó el dedo a la sien en el gesto habitual que identifica a un loco. Luego se frotó las manos en las axilas, simulando la administración del ungüento alucinógeno. Feliu torció la boca; obviamente no se estaba enterando de nada, pues la única familiarizada con ese ungüento era Adaleda.

Uno de los guardias se interpuso entre Núria y Feliu, y obligó a este a levantarse. Poco antes de desaparecer por la puerta lateral tras la trenza blanca de Adaleda, Feliu volvió la mirada hacia Núria. Como

no se le ocurrió otra forma de explicarlo, ella repitió el gesto de que debían aguardar. Feliu desapareció. Ella deseó que la hubiera entendido, o que al menos le describiera a Adaleda lo que había visto. ¿Podrían hablar entre ellos en la cárcel?

Núria se mordió el labio; había hecho todo lo posible por avisarlos. Guim apareció a su lado.

—¿Qué hacías?

—Os lo explicaré en la posada. Creo que tenemos una oportunidad.

Cuando se volvieron para salir de la catedral, Núria se encontró de frente con una mujer que la observaba con fijeza, absorta y concentrada a la vez. Núria la conocía, pero no recordaba dónde la había visto antes. La mujer pestañeó; parecía estar llegando a alguna conclusión desconcertante. Ella se apresuró a bajar el rostro y esquivarla. Aquel encuentro le provocó un malestar inesperado, no presagiaba nada bueno.

En la calle, se centró en el trabajo que tenía por delante, planeando los siguientes pasos a toda velocidad. Por suerte era la época propicia para recoger las bayas de belladona y las flores de artemisa que causarían alucinaciones a Climent. También añadiría rodiola a la tintura para contrarrestar los efectos soporíferos y frotaría la tela con ortiga, que le irritaría la piel. Si era capaz de convertir a Climent en un loco, todas sus acusaciones quedarían desacreditadas. Deseó que fuera suficiente para evitar la muerte de Adaleda, Feliu y Arnau.

Capítulo 39

AL SALIR DE la catedral, Feliu se desconcertó cuando, en lugar de devolverlos a los calabozos, los condujeron directamente hasta la sala de audiencias. La sala estaba preparada para el interrogatorio: una mesa con tres butacas presidía la cabecera, y el clero de la diócesis llenaba en actitud reverencial los bancos dispuestos en la sala. Llevaron a los presos hasta un banco situado en un lateral. Feliu se apretujó entre Adaleda, erguida y orgullosa, y Jeroni, que apenas se sostenía por sí mismo.

El inquisidor ocupó la posición central de la mesa y a su lado se sentaron dos sacerdotes: el bibliotecario del palacio episcopal y el rector de Tremp, una de las parroquias más importantes. Ambos se mostraban halagados por la responsabilidad que les habían concedido y no cesaban de inclinarse hacia fray Domènec.

El inquisidor dio comienzo a la audiencia y cedió la palabra a Climent. Este se mostró más sereno que en la catedral, parecía haber recuperado el dominio sobre su furia. Enumeró a los delatores que testificarían ese día: la mujer que había perdido a su hijo por las malas artes de Adaleda, el predicador —a quien Feliu ya conocía del juicio anterior —, dos hombres de armas que acudieron a Melers y un artesano de Llívia.

—Antes de escuchar a los testigos relacionados con el caso que nos ocupa en Melers, propongo que iniciemos el interrogatorio con un testimonio que nos ayudará a comprender el origen de los acontecimientos: el padre Huguet, quien fue preceptor del padre Feliu en su parroquia de origen. —Climent desdobló un rollo de papel—. Esta carta ofrecerá a los asistentes el contexto necesario.

El inquisidor hizo un leve ademán para animarlo a proceder y al poco rato Feliu reconoció la carta del obispo de Girona en la que solicitaba su traslado a causa de su mal comportamiento. Perplejo por aquel giro inesperado, Feliu barrió la sala con la mirada hasta que identificó al padre Huguet. Se estremeció al pensar que la época de su vida que más lo avergonzaba iba a ser aireada frente a todos los presentes. ¿Qué otras sorpresas humillantes tendría preparadas Climent? Sintió decenas de miradas convergiendo sobre él y, sin saber qué hacer, alzó los ojos hacia el techo como si hubiera encontrado allí la serenidad divina.

El padre Huguet habló sobre la infancia de Feliu sin maldad ni resquemor. Explicó las miserias que había padecido su familia y las malas compañías que solía frecuentar. El retrato que creó con sus historias se correspondía más al de un borrachín insensato que al de alguien capaz de conspirar contra la Iglesia. No exageró ni tergiversó los hechos, pero Feliu no estaba tranquilo, porque sabía que de eso ya se encargaría Climent.

—¿Puede relatar ahora las faltas que motivaron el traslado? —lo apremió el arcediano, agitando la carta en el aire.

—Fue la bribonada que colmó la paciencia del obispo. En una de sus noches de taberna, la pandilla que frecuentaba el padre Feliu irrumpió en la iglesia. Cogieron un crucifijo, el cáliz de las misas y la Biblia, y los sacaron a la plaza. La gente que presenció aquello dijo que Feliu casó a uno de sus amigos, casi inconsciente por la cerveza, con una burra, mientras los demás se retorcían de risa por el suelo. No robaron nada, pues a la mañana siguiente lo encontraron todo en su sitio. Sin embargo, la historia no tardó en llegar a oídos del obispo, adornada además con detalles escabrosos, como ritos perversos, consumaciones extrañas y… En fin, habladurías descabelladas que no detallaré aquí.

Feliu observó ansioso las caras del público. Unos pocos mostraban su enfado por la ofensa, pero le pareció que otros, quizá la mayoría, tensaban los labios como si trataran de reprimir una sonrisa. El inquisidor seguía tan impasible como siempre.

Climent agradeció al padre Huguet su testimonio y deambuló por la cabecera de la sala mientras se frotaba las manos en actitud reflexiva. Seguro que ya tenía preparado un discurso; era solo teatro. Finalmente cogió un libro de la mesa y les mostró la cubierta: se trataba del *Malleus maleficarum*, un canon de persecución de brujas que empezaba a tener éxito entre los tribunales seculares.

—En el relato que hemos escuchado yo no veo simples travesuras, sino el origen del mal. —Dejó que esas últimas palabras calaran en la sala antes de seguir—. Un individuo que no respeta lo más sagrado, que lo tergiversa, lo pervierte y lo corrompe hasta reducirlo al más absoluto ridículo, merece el peor de los castigos. Y si además, ese hombre ha sido ordenado como intermediario de Dios en la Tierra, entonces se trata de un peligro que extenderá el mal allá donde vaya. Y eso es justo lo que ha ocurrido en Melers.

Abrió el libro y leyó diversas prácticas que identificaban la brujería. Luego, de alguna forma logró reflejar todas ellas en el rito pervertido: lo que había empezado como una travesura de mal gusto, acabó siendo un ritual de adoración del diablo que incluía fenómenos de posesión, magia negra, transmutación y otras cosas aún más horrendas.

Adaleda sopló por la nariz tras oír aquello.

—Ahora resulta que eres peor que yo, Feliu —le susurró. ¿De dónde sacaría esa mujer los ánimos para burlarse de él?

Escucharon durante casi dos horas a los demás delatores, los cuales no revelaron nada nuevo: hablaron de los rumores sobre Adaleda, las visitas de los enfermos a la cueva y la fiesta pagana de la noche de San Juan. Tan solo la mujer que había perdido a su hijo en la cueva aportó una parte de la historia que Feliu no conocía. El inquisidor hacía alguna pregunta, aunque Climent acaparaba la mayor parte del interrogatorio: tras cada exposición, retomaba sus argumentos demoníacos. Cuando al fin el inquisidor ofreció a Feliu la oportunidad de defenderse, tenía la cabeza embotada de escuchar tanta perversidad y estaba débil por la falta de alimento. Sabía que no sería capaz de argumentar nada demasiado complejo, así que descartó cualquier intento de parecer racional y sensato. Solo se sentía capaz de ser él mismo.

—¿Qué puedo decir? Tan solo puedo excusarme por lo que hice durante mis años de juventud. Soy consciente de cuál es mi problema y os aseguro que no tiene nada que ver con el maligno. Mi problema es que me dejo arrastrar con extrema facilidad. Soy como la pluma de un polluelo: incluso una brisa levísima me arrastra de aquí para allá, sin resistencia por mi parte. Todos los presentes hemos sido educados para obedecer; desde que entramos en el seminario, nos insisten más en nuestro deber de obediencia que en el padrenuestro. Me caló hondo ese mensaje, incrustado con ahínco gracias a la vara de mis preceptores. El padre Huguet era el único que prefería las collejas a la vara, y se lo agradezco. —Feliu escuchó algunas risas nasales mal disimuladas—. Obedecía tanto que cesé de cuestionar quién daba las órdenes, y la cerveza me confundía aún más. Me dejé llevar y tuve bien merecido el castigo. De hecho, lo considero poco severo, pues he acabado apreciando la aldea de Melers. Sin embargo, me gusta pensar que he mejorado con la edad. Los años me han dado algo más de sensatez. Por eso, un día recibí unas instrucciones de un superior que sentí del todo inaceptables, incluso peores que las travesuras de borrachos, y desobedecí. Esas instrucciones me las dio el padre Climent.

El inquisidor se reclinó hacia delante y Feliu tuvo la impresión de que no sabía nada sobre la primera visita de Climent a Melers. Se sorprendió de haber acertado en su defensa sin planearlo. Se irguió con más confianza en la silla frente al tribunal.

—El padre Climent llegó a Melers poco después de ser nombrado arcediano, atraído por unas cartas que escribí al obispo Despés en las que detallaba algunos acontecimientos que me habían parecido desconcertantes. El obispo me había ordenado permanecer vigilante ante las amenazas a la fe y yo no quería defraudarlo. Pero Climent

tergiversó el contenido de las cartas y encontró en el pasado de Melers una oportunidad de ganar prestigio. Quería desenterrar casos de brujería en la aldea y me propuso un acuerdo: él intercedería para que autorizaran mi traslado de vuelta a Blanes a cambio de nombres y acusaciones. No le importaba que fueran falsos, tampoco le importó cómo podía conseguirlos. Incluso me animó a amenazar y extorsionar a los vecinos. Por aquel entonces, yo empezaba a considerar que mi hogar estaba allí, entre ellos, y los apreciaba, así que me negué. Y esa trifulca es la que nos ha traído hasta aquí, ilustrísima.

Tanto Arnau como Adaleda tenían el rostro vuelto hacia él. Jeroni había cerrado los ojos y se balanceaba ligeramente.

—Es difícil creer a un mentiroso —intervino Climent—. Durante años, has protegido a la mujer que mató a un enfermo inocente mediante maldiciones. Te pregunté por ella y negaste su existencia. ¿Cómo te excusas ante estos hechos tan graves?

Feliu tragó saliva. No se planteó mentir, pues Climent lo enredaría en los embustes y no sabría salir. Así que decidió hablar del lado bueno de Adaleda que había conocido.

—Adaleda es una curandera y trata a los enfermos que no pueden permitirse pagar a un médico o un cirujano. A veces los enfermos fallecen por culpa de la propia enfermedad. No sabía nada del caso que se ha desvelado hoy, pero estoy convencido de que ella nunca pretendió matar a un joven enfermo que acudió en su ayuda.

—¿Entonces admite haber conocido durante años la existencia de esta mujer? —preguntó el inquisidor.

De reojo, Feliu vio que Jeroni se deslizaba hasta el suelo, inerte. Se levantó de la silla hasta donde le permitieron las cadenas.

—¡Ayudadlo! Se ha desmayado y necesita un médico.

El inquisidor echó un vistazo al banco de los presos y se volvió hacia él, impasible.

—Responda a mi pregunta.

—Sí, la conocí poco después de la primera visita del arcediano —dijo con impaciencia.

El inquisidor asintió.

—Doy por terminada la sesión de hoy. Continuaremos con los demás acusados el lunes.

Un carcelero dio una bofetada a Jeroni para despertarlo y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Se morirá en el calabozo si siguen tratándolo así! —se quejó Feliu. Lo empujaron fuera de la sala junto con los demás; nadie le hizo caso.

AQUELLA TARDE NO colocaron ninguna antorcha en el pasillo frente a su celda y las horas pasaron con lentitud en la oscuridad. Feliu meditaba sobre el acierto de su discurso y el significado de la última pregunta del inquisidor, que lo había dejado preocupado. En un momento dado, recordó lo que había visto en la catedral por la mañana.

—Adaleda, ¿estás despierta? —Escuchó movimiento junto a la pared opuesta—. En la catedral vi a Núria entre el público.

—Es posible. Regresó hace unos días.

—¿Es ella la responsable de vuestro supuesto plan para deshaceros de Climent? —Adaleda no respondió—. Creo que deberías ponerme al corriente. Me hizo señas, pero no las entendí.

—¿Qué señas?

—Me pareció que decía que debíamos esperar porque cambiarán el plan. Luego se llevó el dedo a la sien, como si quisiera mostrar que Climent está loco. Y por último se frotó bajo los brazos. —Feliu presintió que la respiración de la mujer se agitaba—. ¿Significa algo para ti?

—Sí. Quiere decir que a pesar de la presencia del inquisidor se va a arriesgar y va a seguir adelante. ¡Será insensata! —Bajó el tono de voz —. Está bien, es mejor que lo sepas: habíamos planeado envenenar al arcediano para deshacernos de él, y creo que ahora pretende volverlo loco de alguna manera. Conozco algunas plantas que pueden provocar un efecto así. —Siguió un largo silencio—. Supongo que lo desapruebas.

—Estaba pensando justo lo contrario. Climent está nervioso, se juega su futuro en este juicio, y podría ser el empujón que necesitamos. Él no dudaría en atacarnos de forma similar para evitar que digamos lo que quiere ocultar.

—Pues podrías ayudarla si lo acusaras de demente ante el tribunal. Así sería más creíble.

—No sé si me concederán la palabra otra vez. El inquisidor dirige los interrogatorios a su manera.

LA SEGUNDA MAÑANA que Guim se coló en el palacio episcopal, comprobó que el arcediano estaba repitiendo la misma rutina del día anterior y decidió dar media vuelta para no exponerse más de lo imprescindible. Todo indicaba que Climent era un hombre de costumbres fijas. Si pretendía ensuciar su sotana, el momento adecuado sería a la mañana siguiente en aquel lugar: el estrecho corredor que iba de las cocinas al patio. Pasó de nuevo frente a los hombres armados que custodiaban la puerta del recinto. Ambas

mañanas había podido entrar con facilidad: tan solo había dicho que llevaba un pedido para el despensero mientras señalaba el fardo falso que cargaba bajo el brazo.

Se dirigió a la posada. En la habitación se encontró a Núria todavía despierta, rodeada de un desorden descomunal de hierbas, morteros, frascos y cucharones. Jacina estaba junto a la pequeña chimenea, aventando el fuego bajo el alambique, y *Neulit* dormitaba en un rincón.

—¿No te has echado un rato? Llevas en pie desde ayer al amanecer.

Núria lo miró con los ojos demasiado abiertos. Tenía el pelo encrespado y aún más despeinado de lo normal, formando alrededor de su cabeza un aura de desaliño y agotamiento.

—Me ha costado mucho disolver la rodiola. Apenas había usado esa planta antes de preparar la tintura.

Le enumeró las dificultades que se había encontrado con la verborrea de quien ha sobrellevado varias horas de frustración. Le habló de experimentos con ceniza y vinagre, de instrumentos de boticario que le gustaría tener allí, de mezclas, vapores, aceites y de un supuesto éter que no sabía si existía. Guim no entendió nada, pero la dejó desfogarse.

—Y encima —prosiguió— no sé si dará el resultado que espero. Cuando se trataba de matalobos lo tenía claro: cuanto más veneno y más concentrado, mejor. Sin embargo, ahora intentamos desestabilizar a Climent, que tenga alucinaciones y se sienta confundido e irritado. Nunca he preparado algo así. ¿Cómo sé si lo estoy haciendo bien?

—Pruébalo conmigo —dijo Guim. Núria puso cara de espanto—. Más o menos tengo la misma estatura y complexión que Climent. ¿Qué es lo peor que me podría pasar?

—Pues… Si me he equivocado del todo, podrías estar varios días aturdido y con visiones. Incluso podrías quedarte inconsciente o sentir ganas de tirarte por la ventana… No sé, es muy impredecible. No, no lo probaré contigo.

—Pero no te habrás equivocado del todo, ¿no? ¿Tú has probado esas plantas alguna vez?

—Sí, la belladona y la artemisa muchas veces, aunque por separado. Lo más parecido sería el ungüento que nos poníamos en las axilas para soñar con presagios.

—¿Cuánto durarán los efectos?

—Unas doce horas al menos. —Núria se mordió el labio inferior—. ¿Y si te afecta de alguna forma que no soy capaz de predecir? ¿Y si nunca vuelves a ser el mismo por mi culpa?

—Confío en ti; a pesar de que el peinado que llevas ahora no inspira demasiada confianza… —Ella sonrió con expresión cansada—. Si así consigo acabar de una vez con este embrollo, adelante.

UNAS HORAS MÁS tarde, Guim despertó en mitad de la noche con el cuerpo agotado, como si hubiera estado corriendo cuesta arriba. Le dolía la cabeza.

—¿Cuánto he dormido? —La habitación permanecía a media luz, solo iluminada por el pequeño fuego de la chimenea. Se incorporó sobre los codos; Núria estaba sentada a su lado y le ofreció una taza.

—Ten, esto te despejará. —Guim dio unos sorbos. Se fijó en que le habían cambiado la ropa impregnada en tintura por una camisa limpia —. Lo que se dice dormir, no has dormido mucho. ¿No recuerdas nada?

Trató de hacer memoria.

—He soñado con unos bailes extraños alrededor del fuego. Y con gente rara, medio humana y medio animal. Y también contigo. —Escuchó una risilla, seguramente de Jacina—. ¿He hecho algo de lo que deba avergonzarme?

—No, solo agitar mucho las piernas y los brazos medio recostado en el jergón, mientras decías palabras sin sentido y me llamabas de vez en cuando. También gateaste y te arrastraste un poco por el suelo.

Guim se dejó caer sobre la almohada y se imaginó a sí mismo como un escarabajo patas arriba que no conseguía darse la vuelta.

—No ha sido tan terrible, entonces. Pero siento que me va a estallar la cabeza.

—Mañana prepararé otra tintura con más plantas estimulantes y menos belladona. No queremos que Climent se quede tumbado en su habitación, nos conviene que las locuras las haga en público. —Núria le acarició la frente—. Gracias por prestarte a probarlo.

—¿Adaleda y tú os provocabais este tipo de visiones para adivinar el futuro?

—Algo parecido, aunque en nuestro caso eran solo sueños vívidos. Y, por si te lo preguntas, no solíamos acertar.

—Pues espero que no se cumpla nada de lo que he visto. ¡Qué cosa más espantosa!

Esa vez fue Núria la que rio.

A LA MAÑANA siguiente, Guim se dispuso a cumplir la parte del plan que más lo angustiaba. Con una lechera sobre el hombro llena de leche agria se dirigió al corredor estrecho que separaba las cocinas y el patio del palacio, justo a la hora en la que había visto al arcediano los dos días anteriores.

Intentó no hacer caso de las manchas de luz y oscuridad que

danzaban en el margen de su visión. Núria le había advertido sobre aquellas visiones y le había asegurado que desaparecerían en unas horas. Además, aún se sentía mareado, cansado y con la cabeza a punto de explotar, como si hubiera bebido demasiado vino. En realidad, su estado podía suponer una ventaja: le costaría menos fingir su torpeza al tirarle la leche por encima a Climent.

Aguardó unos minutos con la espalda apoyada en la pared, esquivando la mirada de cuantos pasaban a su lado. Al fin apareció el arcediano con su postura altanera y enérgica. Lo seguía un sirviente que respondía a sus órdenes con breves sacudidas de cabeza en sentido afirmativo. Guim se colocó la lechera al hombro, respiró hondo y empezó a contar los segundos hasta que aquello acabara, para bien o para mal.

Se detuvo en mitad del corredor y divagó con aire despistado; se rascó la cabeza y dio una vuelta sobre sí mismo. Escuchó un carraspeo a su espalda. Deseó que la presencia que percibía tras él fuera Climent y no su sirviente; si se detenía a comprobarlo, perdería la oportunidad. Disimuló un sobresalto, hizo el ademán de volverse y trastabilló adrede con sus propios pies. Volcó el contenido de la lechera sobre el hombre que aguardaba tras él. Cuando se incorporó, la mirada de furia de Climent le perforó hasta la médula.

—¡Idiota! ¡Vivo rodeado de idiotas! Mira cómo me has puesto. ¡Justo en el peor momento! —Tenía grumos blancos pegados al pelo y a la sotana, y la cara enrojecida y chorreante de leche.

—Lo siento mucho, yo… —Guim se apoyó en una pared; trató de que su voz sonara gangosa—. Lo lamento de verdad, padre. No me encuentro bien. —Simuló unas arcadas.

Climent llamó a los guardas dando tales alaridos que cualquiera hubiera pensado que lo estaban matando. En pocos segundos acudieron dos hombres empuñando sendas espadas.

—¡Sacad a rastras a este desgraciado! Y averiguad de qué familia procede. ¡Tendrán prohibido cualquier trato o negocio con el obispado para siempre!

Los guardas acarrearon a Guim agarrándolo de las axilas en dirección a la salida. Él no opuso resistencia, tan solo dejó su peso muerto. Lo echaron a la calle y él se lanzó al barro con cierta teatralidad.

—Este tiene vetada la entrada —dijo uno de los guardas al que custodiaba la puerta. Parecían habituados a las órdenes exageradas de Climent. Guim agradeció que no tuvieran intención de averiguar nada sobre su familia.

Se dirigió a la posada e ignoró a la posadera, que lo observó fijamente con los brazos en jarras, sin duda reprobando su estado sucio y lamentable. No le extrañaría que al final acabara por echarlos:

entre los vapores que emergían de su habitación, los ruidos extraños en mitad de la noche y el mastín enorme que trataban de esconder, no eran precisamente unos huéspedes deseables. Subió las escaleras, entró en la habitación y se sacó la camisa sucia de barro y leche.

—Ya está hecho —dijo, y le lanzó la camisa a Núria—. El resto depende de vosotras, señoritas lavanderas.

NÚRIA PERMANECÍA DE pie junto a Jacina en la cola de las lavanderas mientras se preguntaba si su plan era del todo inútil. Se disponían a envenenar una túnica y quizá era tarde para conseguir sus propósitos. No sabían nada de lo que estaba sucediendo a puerta cerrada en el palacio episcopal.

El día anterior no habían tardado en escuchar chismorreos sobre el juicio; en los lavaderos era un tema recurrente. Las que habían presenciado las acusaciones en la catedral adornaban con detalles morbosos las historias y las demás contribuían con rumores que contenían más fantasía que realidad.

—Esta no es como la de Bóixols, aquella era una curandera de pacotilla —aseguró una que parecía conocer de toda la vida a los encausados—. Esta es una bruja de verdad, se le nota de lejos. Mi prima tiene una conocida que fue a Melers hace años y le curó unos sabañones por arte de magia, pero cuando llegó a casa se encontró con que las llagas que antes padecía ella las tenían ahora sus hijos. Si os explicara los ritos que presenció…

—Yo no dejaré que mis niños se acerquen a la plaza cuando la cuelguen, por si acaso.

Las lavanderas no dudaban en achacarle a Adaleda las malicias más siniestras y en adjudicarle más poderes de los que tenía. Cuando Núria escuchó aquellas conversaciones mientras frotaba la camisa de Guim, se preguntó qué había de inusual bajo todas esas palabras, pues no percibió el desprecio típico de las criadas que airean las faltas de sus amos, ni la indignación de las que denuncian los abusos de sus señores. Tras prestar atención un rato, Núria lo identificó: las lavanderas hablaban de Adaleda con temor y aversión, pero también con fascinación y, según intuyó, cierta envidia. La idea de la bruja las atraía y repelía al mismo tiempo.

Esa mañana, en la cola, Jacina trató en vano de obtener información sobre en qué momento se esperaba que anunciaran las sentencias. Las lavanderas parecían saber tan poco como ellas, de modo que solo consiguió avivar los chismorreos que ya conocían.

Poco después del amanecer salió un sacerdote a repartir capazos de ropa sucia. La cola no era tan ordenada como en el monasterio de

Pedralbes y se creó una pequeña trifulca entre las mujeres. Núria y Jacina se quedaron sin capazos y siguieron de cerca a las que cargaban con ellos. En los lavaderos observaron de reojo las camisas y sotanas a medida que las iban frotando. Pasó cerca de una hora y la sotana de Climent no había aparecido aún. Núria temió no ser capaz de reconocerla; entonces todo habría sido en vano. Al fin Jacina le señaló la espalda de una de las lavanderas y Núria entrevió la sotana del arcediano en su cesto.

—¿Qué? —La mujer se volvió con brusquedad hacia ellas—. Lleváis toda la mañana husmeando como ratas. ¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?

Núria sacó un buen montón de monedas y se lo mostró con disimulo.

—Queremos la ropa que hay en tu capazo, nosotras la acabaremos de lavar y la entregaremos.

La mujer no se lo pensó demasiado y realizaron el intercambio entre los cuchicheos de las demás. Núria apretó los labios; quizá le había dado demasiado dinero para asegurarse de que aceptaba la oferta. Habían gastado más de lo previsto en la preparación de la nueva tintura y ya casi habían agotado las monedas que les habían dado Elisa y Arnau. Sin embargo, aquella era su única oportunidad y no podían arriesgarse a fallar.

En un callejón cercano a los lavaderos, Núria examinó la sotana.

—Sí, es la del arcediano, recuerdo este bordado. —En la parte interna del cuello distinguió unas puntadas con hilo amarillo que formaban una C—. Y esta debe de ser su marca.

Jacina rebuscó entre el resto de la ropa.

—Aquí hay una camisa con las mismas puntadas.

—Impregnaremos las dos prendas, por si acaso.

Capítulo 40

ADALEDA LLEVABA TIEMPO reflexionando sobre el final de su vida, pero fue tras la cuarta mañana de interrogatorios cuando tuvo la certeza de que había llegado irremediablemente. Durante las audiencias se había negado a responder al arcediano, y ahora estaban dispuestos a torturarla para arrancarle las palabras que querían oír. No iba a darles esa satisfacción.

Mientras acariciaba las cuentas con matalobos trenzadas en su pelo, escuchaba la respiración de Feliu a su lado, en la celda. Los últimos días habían compartido en la oscuridad recuerdos, confesiones, miedos, esperanzas y reflexiones pausadas que habían logrado borrar sus prejuicios sobre aquel hombre. Pensó que el modo de afrontar los problemas de ambos era opuesto en muchos sentidos: él no perseguía ningún fin elevado, ni se creía especial en nada. Simplemente se enfrentaba a las desdichas y oportunidades que se encontraba en la vida y se dejaba guiar por su conciencia en cada situación.

En cambio, Adaleda siempre había decidido según su destino autoimpuesto, sin importarle las consecuencias inmediatas. Cuando miraba atrás, se arrepentía sobre todo de haber sometido a Núria al conjuro del nuevo comienzo. Conocía los peligros de esa receta, pues había presenciado la locura que desató en el anterior párroco de Melers. Sin embargo, había ignorado lo que había visto porque no encajaba en la doctrina del Legado, la única guía que había permitido en su vida.

Escuchó a Feliu cambiar de posición y carraspear.

—Climent hoy se ha comportado como siempre, no parecía menos cuerdo de lo normal —le dijo.

Adaleda suspiró. Desde el principio había pensado que el plan de Núria era demasiado ambicioso y sus enemigos demasiado poderosos.

—No creo que hayan conseguido llegar hasta el arcediano. Estamos solos.

—Entonces, ¿ya está todo dispuesto? El juicio se ha resuelto demasiado rápido, tan solo queda un día de audiencias. El inquisidor hoy ha sido duro con sus preguntas. Ya no sé qué esperar.

El silencio se alargó unos minutos, tras los cuales Feliu habló de nuevo:

—¿Habías imaginado alguna vez que acabarías en esta situación?

—Sí, por supuesto. Mi maestra Gisela me advertía sin cesar de un final como este. Por eso nos escondíamos en el laberinto y desconfiábamos de los extraños, en especial de los religiosos. Aunque ahora sé que no tenía motivos para desconfiar de ti.

—En parte te comprendo. Todos nos dejamos influenciar por lo que nos han enseñado de niños. ¿Cómo era tu maestra Gisela?

Adaleda lo pensó unos instantes. En realidad, había conocido a dos Giselas distintas: la de antes de la tragedia que las había arrastrado al laberinto y la de después.

—Al principio mi maestra era una sanadora como cualquier otra, integrada en la vida de la aldea. Cuando pienso en aquella época reconozco que los primeros años con ella fueron incluso felices. Jugaba a menudo con los demás niños de Melers. Y aunque seguía siendo la rara, la diferente, a veces conseguía que se me olvidara. Arnau ya llevaba la voz cantante en el grupo de niños con su seriedad característica y él nunca se burlaba de mí.

—Puedo imaginármelo en ese papel —dijo Feliu, algo divertido.

—Pero todo cambió en una noche. Tuvimos que aislarnos y Gisela me inculcó el modo de vida que he seguido desde entonces. A veces me pregunto si, de no ser por lo sucedido, yo podría haber sido una curandera sin nada especial, igual que las herboristas que están encerradas aquí abajo. En cambio, las dificultades por las que pasamos nos forzaron a buscar un sentido a lo que nos estaba ocurriendo. Quizá fue ese el origen de todo el mal que he hecho.

—¿A quién has hecho mal? Has ayudado a muchos enfermos.

—Sí, pero también he causado sufrimiento que podría haber evitado. Ahora me pregunto por qué no cuestioné algunas recetas y ciertos rituales oscuros. ¿Tú has seguido todo lo que te enseñaron en la escuela de sacerdotes?

—No. —Feliu respiró hondo—. En realidad, mi aprendizaje en el seminario estuvo lleno de contradicciones, y he tenido que enfrentarme a ellas más tarde o más temprano. Supongo que es en esas situaciones cuando defines quién quieres ser.

Adaleda reconoció para sí misma que las enseñanzas de Gisela también estuvieron llenas de contradicciones, entre el compromiso de sanadora y el camino marcado por el Legado. Se disponía a darle la razón a Feliu cuando los interrumpió el sonido de las llaves del carcelero.

A FELIU LO sobresaltó el ruido y la luz de una antorcha en el pasillo; no acababa de acostumbrarse a esas visitas repentinas tras horas de quietud en la cárcel. Poco después, la silueta de Climent apareció al

otro lado de los barrotes.

—He perdido la paciencia con vosotros —les espetó, como quien riñe a unos niños—. Tú, mujer, hablarás mañana, aunque sea entre gritos. Están preparando la sala de tormentos.

Era de esperar. Feliu le había aconsejado que se mostrara colaboradora y humilde, pero Adaleda no le había hecho caso.

—Y tú: fray Domènec quiere interrogarte una vez más antes de dictaminar. He dispuesto que pases una noche algo incómoda, a ver si mañana tienes fuerzas para hilar excusas y hacer reír al clero con tus bufonadas.

Feliu intuyó la sonrisa maliciosa del arcediano, aunque solo veía su silueta a contraluz.

—¿Te asusta que nos presentemos ante el inquisidor en igualdad de condiciones? —le preguntó.

Climent encajó el rostro entre dos barrotes. Feliu se arrepintió de haberle replicado; si atacaba su orgullo se arriesgaba a recibir un trato más cruel, solo a cambio de un instante de falsa satisfacción.

—Únicamente un necio como tú desaprovecharía las ventajas que tiene en su mano para hacerse el bueno. Esta partida la estoy ganando, Feliu, y no siento ninguna piedad por los perdedores.

El carcelero abrió la puerta y, desde el suelo, Feliu vio agigantarse su figura a medida que se acercaba. Durante esos escasos segundos tuvo tiempo de imaginar las mil torturas posibles que podría haber ideado Climent. El hombre lo levantó del suelo, agarró un gancho que colgaba del techo y lo insertó entre sus esposas. Luego tiró de una cadena fijada a la pared y Feliu quedó colgado por las muñecas. Los dedos de los pies rozaban el suelo: no se apoyaban lo suficiente para aliviar la tensión de los brazos, pero sí lo justo para que le dolieran al cargar con una parte de su peso.

Los dejaron solos. Escuchó el tintineo de las esposas de Adaleda.

—No puedo llegar hasta ti para ayudarte.

—Ya lo tienen calculado.

Feliu se compadeció de sí mismo. ¿Cómo iba a resistir así toda una noche?

—Feliu, todavía puedes vencerlo. Mañana te dejarán hablar, convéncelos de la maldad del arcediano y destapa sus mentiras. Aun sin la ayuda de las drogas de Núria, hazles ver que en cierta manera está loco.

—No podré. Alfonso lo ha intentado hoy y es más sabio que yo. A pesar de encontrarse en mejores condiciones, no ha logrado convencer al inquisidor.

—Alfonso se ha dejado llevar por la ira. Se dejó provocar y se mostró altivo. Tú eres mejor, sé que lo harás mejor.

Para tratar de aliviar la quemazón en la piel de las muñecas, Feliu

se agitó en el aire, y el resultado fue peor porque el pulgar de un pie se le quedó torcido. El dolor empezaba a ser insoportable.

—¿Y de qué servirá?

—De mucho. Puedes quitarle a Climent su poder, evitar que llegue a ser obispo. Y salvar a las mujeres encarceladas aquí sin motivo; ellas no merecen ser castigadas. Puedes conseguir un mundo mejor para los vecinos de Melers y para Núria.

Feliu no se sentía capaz de nada de eso. Lo invadió una profunda angustia. ¿Por qué le estaba sucediendo aquello a él? ¿Cómo había acabado así, si siempre había actuado según lo que consideraba correcto?

En el fondo sabía que esas preguntas no llevaban a ninguna parte. El corazón le martilleaba en los oídos, y la oscuridad y el silencio de la celda lo oprimían. Buscó algo que decir.

—¿Has decidido si confesarás mañana lo que quieren oír? ¿O intentarás aguantar?

—No voy a soportar las torturas. Todo acaba aquí para mí.

—Por lo que dicen, la mayoría de los torturados sobreviven. Los inquisidores no quieren matar a los acusados antes de tiempo.

—No estoy diciendo que no sea capaz de aguantarlas, sino que no tengo intención.

Feliu no se esforzó demasiado en comprender aquello. Se impuso de nuevo el silencio, roto por una tos lejana de algún que otro preso. El dolor lo aturdía, no sabía si aguantaría consciente mucho tiempo y lo invadió el miedo de no poder despertar si se desmayaba.

—Háblame de algo, de lo que sea, para distraerme del dolor. ¿Qué sucedió esa noche que os cambió la vida a ti y a tu maestra?

—¿Quieres saber cómo empezó todo? Supongo que es una forma de dejar pasar el tiempo que me queda. Así, al menos descargaré mi conciencia.

Adaleda hizo una pausa tan larga que dudó que fuera a continuar. Finalmente, agitó repetidas veces sus grilletes. Feliu se sintió desfallecer, ni siquiera se preguntó el motivo de tanto tintineo metálico. Al fin percibió la voz de la mujer como si le llegara desde un lugar lejano.

—Todo comenzó la noche del veintisiete de julio de 1493. Yo tenía solo diez años y me vi obligada a madurar de golpe. En apenas un suspiro, cambié las fantasías e ilusiones propias de la infancia por las angustias que me han perseguido de adulta y me han llevado hasta aquí. Desde ese día he sabido que acabaría así: en un sótano inmundo a la espera de ser torturada. Sin embargo, jamás hubiera imaginado que le contaría mi historia a un religioso como tú. Quizá tú salgas con vida de esta; deseo de corazón que lo consigas. Yo ya me he resignado y sé que no veré de nuevo las estrellas.

»Como decía, el giro se produjo esa noche de julio de hace más de treinta años: la noche en que quemaron mi hogar. El grupo de forasteros que causó mi desgracia llegó al atardecer por el camino que ascendía desde el valle, portando antorchas y hachas, los ojos crispados y las voces afónicas de tanto gritar. «¡Quemad a las brujas! —decían—. ¡Que arda la niña albina del demonio!» Rodearon la choza donde vivíamos mi maestra y yo, a las afueras de la aldea, y prendieron fuego al tejado de paja. Las llamas pronto crecieron más altas que un campanario y no tardaron en extenderse al granero y el establo.

La celda se volvió más negra y Feliu dejó caer la cabeza sobre el pecho. Las palabras de Adaleda lo acompañaron mientras su consciencia se desvanecía.

—Por suerte, nosotras no estábamos dentro. Nos habían avisado y observábamos escondidas desde el linde del bosque. Mi maestra Gisela, a quien había creído capaz de cualquier cosa (atraer la suerte, ahuyentar la muerte o incluso ver el futuro) no pudo hacer nada contra aquellos hombres. Se limitó a sostenerme la mano mientras el hollín nos cubría el pelo y la piel.

»Cuando los forasteros revisaron los despojos de nuestra choza y empezaron a buscarnos por los alrededores, Gisela me condujo hasta el berrocal. Nos internamos entre los grandes bloques de piedra que se elevaban en todas direcciones a la luz de la luna, impidiendo nuestra marcha, obligándonos a cambiar de dirección cada pocos pasos. No tardé en sentirme perdida. Había estado algunas veces en aquel laberinto de rocas, pero siempre de día y nunca tan adentro. Los niños de la región lo evitábamos porque nos asustaban las criaturas malvadas que, según las historias que contaban los adultos, poblaban el lugar. Sin embargo, esa noche no les tuve miedo. El berrocal se había convertido en el único refugio al que acudir.

»Mi maestra se detuvo al fin en un claro despejado en el que reinaban los grillos y las luciérnagas. En el centro del claro, sobre una pequeña colina, una docena de rocas desiguales y redondeadas se apilaban desordenadas. Recuerdo haber percibido serenidad en el lugar, me sorprendió el misterio de esas rocas que parecían mantener el equilibrio gracias a un sortilegio.

»Entramos en la cueva por una grieta triangular situada en la base de la colina. Mi maestra me dijo que permaneceríamos allí unos meses para ocultarnos de los forasteros. Yo no veía cómo podríamos sobrevivir aisladas del mundo, apenas disponíamos de las cuatro pertenencias que Gisela había reunido a toda prisa antes de abandonar la choza. No se había preocupado de coger algo de comida; en cambio, había guardado el manuscrito antiguo que contenía nuestras recetas y conjuros: fue lo primero que puso a salvo tras el aviso de los vecinos.

»Esa primera noche en la cueva, apenas dormimos. Recuerdo la roca fría, el vacío en el estómago y el silencio húmedo. En la oscuridad, le pregunté a mi maestra por los motivos de aquellos forasteros. ¿Por qué querían quemarnos si no nos conocían? Ella respondió que nos tenían miedo y no comprendían nuestra magia. Me dijo que yo poseía una sensibilidad especial para sanar y que mi aspecto era el resultado de ese don; por aquella razón nos visitaban enfermos que viajaban desde lejos con la esperanza de encontrar una cura en la niña blanca. También por esa razón otros nos perseguían. Me habló de nuestras antecesoras, quienes habían reunido el conocimiento sobre rituales y plantas curativas en el manuscrito, y me dijo que mi misión era conservarlo y transmitirlo. Yo era la única que podía hacerlo.

»Yo la creí. Creí para sobrevivir. En ese momento necesitaba creer que todo lo malo que me había sucedido en vida —el albinismo, el abandono de mis padres, las persecuciones y el odio— respondía a un propósito más elevado que yo misma. Los meses en la cueva se convirtieron en años y me aferré a la misión que mi maestra me había encomendado; era la única manera de resistir los inviernos helados y la soledad a la que estaba condenada. Con el tiempo se convirtió en mi obsesión.

»Cuando, hace unos años, llegó el momento de encontrar una aprendiz que siguiera mis pasos, vi presagios que existían solo porque me empeñaba en encontrarlos. Realicé ritos despreciables y usé argucias de bruja que deberían haber sido olvidadas tiempo atrás. Pues ¿quién desearía un destino como el mío para una niña inocente?

UNOS GRITOS RESONARON en sus pesadillas.

—¡¿Cómo va a estar muerta?! ¡Nadie muere así sin más!

Percibió el resplandor del fuego; oyó los chillidos agudos de las ratas que merodeaban a sus pies.

—Bueno, se trata de una bruja. A saber de lo que era capaz.

—No era capaz de nada. ¡Ha sido él, sin duda!

—Pero, padre… si él está colgado del techo. No puede moverse.

—¿Sigue vivo?

—Supongo.

—¡Compruébalo, pedazo de inútil!

Feliu cayó al suelo como un muñeco de trapo, sin vida en ninguno de sus músculos. Apoyó la cara sobre el charco de orina que no había podido retener mientras estaba colgado. No tuvo fuerzas para apartarse. Un dedo le presionó la garganta.

—Tiene pulso.

—¿Y ella?

Feliu levantó un párpado y distinguió un bulto echado en el suelo en el lugar que ocupaba Adaleda. El carcelero le dio un puntapié, se agachó y al instante se echó hacia atrás, espantado.

—¡Ay! Había una rata.

Climent entró en la celda con actitud de exasperación.

—No puedo creer que seáis tan tontos.

Se inclinó sobre ella, la zarandeó y se llevó una mano al pecho, como si fuera a sufrir un achaque. Luego se incorporó y simplemente se rascó a través de la sotana.

—Está muerta. ¿Cómo voy a explicarle esto al inquisidor? Nos falta su confesión…

Feliu tardó unos instantes en comprender el significado de lo que estaba oyendo: Adaleda estaba muerta. Unas horas antes ella le había hablado con fuerza y convicción. ¿Lo había planeado así desde el principio? Recordó que le había dicho que no tenía intención de soportar las torturas.

La sangre regresó poco a poco a sus miembros adormecidos; con cada latido sentía una punzada de dolor. Deseó estar muerto él también para no tener que soportar aquel suplicio. Climent se acuclilló a su lado.

—Al menos me consolaré cuando te vea condenado a la horca. Y quizá aparezca al fin esa supuesta ayudante de la bruja para poner la guinda final a mi triunfo, me han dicho que merodea por aquí y esta vez no se me escapará. Seguro que también la conoces, ¿verdad? —Se levantó con energía—. Adecentadlo un poco antes de llevarlo a la catedral.

Le pasaron por la cara un trapo que apestaba a podrido y lo sacaron de la celda a rastras. Echó un último vistazo al cuerpo de Adaleda; antes de morir le había pedido que plantara cara a Climent. Intentó mover las extremidades y no le respondieron, sentía su cuerpo deformado. Lo dejaron caer en una silla y perdió la noción del tiempo mientras esperaba.

NÚRIA SE IRGUIÓ de puntillas para ver a los presos a medida que entraban en la catedral en fila de uno. Arnau y Alfonso avanzaron encadenados en dirección al altar; a Feliu lo llevaban dos carceleros casi en volandas. Y no apareció nadie más tras ellos. Con la mirada fija en la puerta estrecha que procedía de las mazmorras, rogó con desesperación que otra figura surgiera de la oscuridad del corredor. No podía ser demasiado tarde; no podía aceptar que Adaleda se hubiera rendido sin concederles una oportunidad de salvarla.

El carcelero cerró la puerta con un golpe seco que resonó en la

catedral.

Núria se dejó caer sobre los talones y le temblaron las rodillas. Se llevó una mano al escozor que sentía en la garganta. Guim la abrazó por los hombros, pero no sintió ningún consuelo. La asaltó la imagen del cuerpo inerte de Adaleda abandonado en una celda e intentó en vano deshacerse de ella.

Se alzaron murmullos a su alrededor. El público había acudido a ver a la bruja albina y ella no estaba, por lo que se quejaban indignados ante aquella decepción. Para ellos la ausencia de Adaleda era una molestia nimia igual que la lluvia en un día de romería.

Los murmullos transformaron la tristeza de Núria en ira; apretó los puños y quiso irradiar su furia a cuantos la rodeaban. Nadie era consciente del vacío que había dejado Adaleda en el mundo, del significado de su muerte y de lo que había desaparecido con ella para siempre.

El responsable de esa pérdida ocupó el lugar de máximo protagonismo en el atril. Tras unas oraciones en latín, dirigió su mirada infame a los presentes con demasiada altivez.

—Hoy, el ilustre inquisidor, fray Domènec de Cabrera, expondrá sus conclusiones sobre los casos de brujería y herejía acontecidos en la parroquia de Melers de Cerdanya y Dorres. Durante los interrogatorios, hemos escuchado testimonios de delatores, testigos y acusados, hasta recrear una versión verídica de los hechos. Todos los encausados tuvieron oportunidad de defenderse en una audiencia justa ante el tribunal nombrado con ese fin. Sin embargo, la principal responsable de los actos más malignos y horrendos que se han reportado se mantuvo en silencio con rebeldía y la pasada noche se suicidó en su celda.

Núria escuchaba inmóvil y llena de amargura. Jacina se revolvió a su lado.

—El arcediano lleva puesta la túnica que envenenamos. Es esa, estoy segura. ¿Por qué está tan centrado? —susurró.

Núria no se atrevió a hablar, temía echarse a llorar si abría la boca. Tampoco encontró ningún motivo para verbalizar en voz alta sus conclusiones, pues era evidente que habían fracasado del todo. El arcediano obtendría el poder que deseaba y los presos serían condenados.

—El suicidio —siguió Climent— es una prueba más de la culpabilidad de la acusada, pues ningún cristiano cometería un acto tan vil como quitarse la vida, y, además, sin recibir los sacramentos. La curandera hereje ya había arrebatado vidas ajenas sin remordimientos. Y, en mi humilde opinión, este tribunal debe actuar para que un ser de dicha naturaleza no vuelva a extender el mal entre las almas buenas de la diócesis. En mi último alegato como acusador,

quisiera alertar al pueblo sobre la estrella que ya desvelamos en un juicio anterior, y que representa el mal que hemos descubierto.

Un cura mostró un dibujo de la estrella del Legado. Climent se secó el sudor de la frente y continuó, agarrado al atril con ambas manos.

—Este es el símbolo que han empleado las herejes para reconocerse entre ellas y anunciarse ante sus víctimas. El círculo y la estrella: todos reconocemos el mal que se esconde detrás de esas figuras, pues forman parte del pentáculo satánico que utilizan los adoradores del maligno en sus rituales. También es conocida la estrella de seis puntas venerada por herejes judíos, otra prueba más para desconfiar de un símbolo similar. Pero la estrella que nos ocupa hoy tiene siete puntas, ¿cuál es su significado? Tras días de estudio en textos antiguos, he desvelado el misterio: las estrellas de siete puntas son propias de alquimistas paganos, esos blasfemos que aspiran a transmutar la materia contra natura. ¿Y no pretenden lo mismo las brujas y curanderas, cuando con sus pociones aspiran a erradicar enfermedades? Las enfermedades deben aceptarse con santa resignación, pues son voluntad de Dios y solo él es capaz de salvarnos de la muerte.

»La justicia impartida hoy acabará con unos pocos herejes de la parroquia de Melers, pero ¿es esto suficiente? ¿Podemos dar por finalizado el problema? —Climent levantó un dedo al aire—. ¡No! Hay más, aunque a veces se ocultan bajo una apariencia inocente. Toda la aldea de Melers estaba confabulada, los testimonios han sembrado indicios de la existencia de cómplices, como, por ejemplo, la dueña de la casa de huéspedes o una joven ayudante de la bruja. Y ellas siguen entre nosotros, incluso es posible que estén aquí mismo escuchando estas palabras. —Más de un feligrés miró de reojo a su alrededor con incomodidad—. Y no debemos dejar que escapen. No existen faltas más graves que las expuestas aquí. Por esta razón solicito al tribunal que no muestre clemencia en su sentencia, ni con los encausados presentes ni con los que quedan por juzgar.

—Gracias, padre Climent, por su interesante teoría sobre el símbolo de la estrella —dijo el inquisidor—. El tribunal debatirá si las similitudes son suficientes para relacionarla con el culto al maligno, que es el aspecto que más nos interesa. Antes de eso, escucharemos una última réplica de uno de los acusados: el pastor de tantas almas descarriadas, el párroco de Melers.

El carcelero obligó a Feliu a levantarse y lo empujó hacia una silla situada frente al tribunal. Parecía un hombre deshecho; apenas era capaz de sostenerse en pie y se dejó caer en el asiento como una madeja.

Una mujer interceptó a Climent nada más bajar del atril. Por el lugar que ocupaba en la primera fila, delante incluso de las

personalidades distinguidas, Núria dedujo que se trataba de una testigo o delatora. Cuchichearon y la mujer señaló con disimulo hacia los feligreses. Climent mostró una sonrisa de satisfacción que preocupó a Núria mucho más que las palabras que acababa de escuchar. Se puso de puntillas y, sin pretenderlo, cruzó la mirada con la mujer.

Al instante supo quién era y se agazapó entre la multitud, con el corazón en un puño.

—Tenemos que irnos —dijo en un susurro.

—Quiero saber qué le sucederá a mi padre —dijo Jacina, con la angustia marcada en el rostro. Se estiró para observar la parte delantera de la nave y Núria la agarró del vestido.

—¡Agáchate! Esa mujer que ha hablado con el arcediano y ha señalado hacia aquí… sé quién es. Su hijo murió en la cueva. Creo que me reconoció el primer día cuando me la encontré de frente en la catedral, y ahora también me ha visto. Climent se refería a mí cuando ha mencionado a la ayudante de la bruja que está aquí.

Guim se puso de puntillas para ver mejor entre la gente.

—La mujer que dices se está moviendo, va hacia el fondo de la nave. Vámonos por este lado —las apremió.

Se escabulleron entre la masa compacta de feligreses que escuchaban atentos hasta alcanzar una nave lateral. Allí la gente se encontraba más espaciada y pudieron alcanzar la puerta con rapidez. Guim iba delante y se paró en seco unos pasos antes de llegar.

—Esta está cerrada, vamos a la otra —les susurró. Un hombre armado vigilaba la salida.

Se mezclaron con disimulo entre los devotos que rezaban ante un retablo. La voz calmada del inquisidor resonaba entre los pilares, pero Núria no le prestó atención. Se volvieron hacia la segunda puerta que daba a la calle, en la pared norte de la catedral. Sin embargo, también estaba custodiada por dos guardas. La mujer que había reconocido a Núria se dirigió hacia ellos con paso resuelto y les habló como si les estuviera dando instrucciones.

—¿Qué está pasando? —dijo Guim. Su respiración se aceleró; Núria no lo había visto nunca tan nervioso. Él miró por encima de las cabezas de la gente—. Ahí hay otra puerta, y nadie la vigila.

Núria comprendió la situación antes de alcanzar la tercera puerta: no era una salida. Estaba entornada y no daba al exterior, sino a un claustro. Por la rendija atisbaron a otro hombre con armadura que aguardaba escondido detrás de la hoja de madera. Las amenazas que habían cerrado el discurso de Climent no habían sido impostadas.

Núria echó una ojeada rápida a Guim y a Jacina. A ellos no los habían reconocido; no los iba a arrastrar con ella.

—No me sigáis —les dijo, y se alejó de ellos.

—Espera, aún podemos…

—No —lo interrumpió ella.

Se mezcló entre la gente con la cabeza gacha y deseó haber llevado un pañuelo o una capa para ocultarse; había sido demasiado confiada. Tras unos minutos echó la vista atrás. La mirada desesperada de Guim en la distancia casi acabó con su fuerza de voluntad. Movió la cabeza con disimulo y se atrevió a asomarse entre los feligreses para averiguar qué estaba haciendo Climent. El arcediano observaba con satisfacción a Feliu, quien hablaba tan bajo que no se le escuchaba, y se rascaba distraído una rodilla. Los había cogido a todos desprevenidos. ¿Cómo se habían dejado engañar así?

Núria valoró sus opciones. La única solución sensata consistía en esperar sin llamar la atención y aprovechar la confusión del final del juicio para escabullirse entre la gente. Aunque las posibilidades de esquivar a los guardias eran escasas, si obstaculizaban mucho rato la salida, se podía generar un tumulto que sirviera de distracción.

Mientras sopesaba otras ideas descabelladas, un alboroto surgió de las primeras filas. Se alzó de puntillas y vio que Climent había adoptado una contorsión extraña y trataba de espantar algo invisible con las manos. Solo duró unos instantes, porque el arcediano se apresuró a recuperar una postura más digna. Núria no se atrevió aún a hacerse ilusiones.

EL SOBRESALTO HABÍA ayudado a Feliu a recuperar algo de lucidez. Climent pidió disculpas y se excusó diciendo que lo había sobresaltado una rata. Feliu solicitó al inquisidor que repitiera la última pregunta, pues no había conseguido retenerla en la cabeza.

—Le preguntaba si usted conocía los actos descritos durante los interrogatorios. Nos dijo que conocía la existencia de la curandera. ¿No sospechó en ningún momento que además de sanar a los enfermos realizaba actos blasfemos? Debo suponer que desconocía la existencia de fiestas paganas y cultos infieles en su parroquia. ¿O bien era partícipe de esos comportamientos y los encubrió?

Feliu intentó no pensar que su vida dependía de las palabras que dijera a continuación. «Solo contesta con la verdad», se dijo, y retrocedió mentalmente al día en el que despertó en la cueva de Adaleda.

—No negaré que algo sabía. Cuando descubrí ciertas cosas que ocurrían en la aldea me sentí… inútil. Pensé que había fallado en mi cometido, ya que no contaba con la confianza de mi gente y me ocultaban secretos. Pero poco a poco comprendí la situación, y vi en los aldeanos la voluntad de cambiar. También traté de poner orden

con ayuda del obispo Despés y del tesorero. Sin embargo, nunca consideré que las faltas cometidas fueran tan graves como proclama el padre Climent ni que supusieran una amenaza para la Iglesia. Mis parroquianos son personas bondadosas, que hacen frente a la dureza de la vida en la montaña como pueden, son hospitalarios con los forasteros y se ayudan entre ellos. En ningún caso me alarmé ni lo relacioné con conjuras, sectas heréticas ni nada parecido. Se trata solo de costumbres antiguas, considero que hay faltas mucho más graves. —Se encogió de hombros—. Quizá es por la predisposición con la que miro el mundo: prefiero ver los reflejos de los buenos actos en vez de las maldades.

Climent repitió el gesto repentino de antes: giró el cuello a un lado y al otro, apretó los ojos y manoteó al aire. Luego observó a su alrededor, desorientado. Los miembros del tribunal intercambiaron miradas extrañadas.

El inquisidor prosiguió como si no se hubiera dado cuenta:

—Entonces, ¿responde plenamente por los actos de sus parroquianos, usted que los conoce mejor que nadie?

Feliu carraspeó, ignoró el agotamiento y el dolor en sus miembros, y trató de dar un nuevo impulso a su voz.

—Sí —prosiguió—. Si no estuviera convencido de ello o si fuera consciente de mi culpabilidad, habría huido antes de que me apresaran. Pero esperé en Melers con la esperanza de un juicio justo. Por contra, el padre Climent ansía encontrar el mal en todos y cada uno de nosotros, es su obsesión. Es un hombre malvado que persigue la malicia en los demás y la tolera en sí mismo. Esto, por fuerza, ha de perturbarlo. Creo firmemente que su inquina lo ha trastocado por dentro. Solo hace falta ver las decenas de mujeres encerradas en los calabozos: son madres, esposas y buenas vecinas que acuden a la iglesia, la mayoría ni siquiera pertenecen a las aldeas donde en teoría se han encontrado estrellas. Solo un demente encarcelaría a tanta gente sin razón. Y el juicio de Bóixols fue un completo despropósito, lo único que el arcediano desea es conseguir poder. Estoy convencido de que eso es lo que lo hace desvariar, y un hombre así es peligroso para nuestra diócesis.

CLIMENT SE ESFORZÓ por ignorar las sombras que bailaban en los márgenes de su campo de visión. Aunque lo habían asustado, sin duda se trataba de los efectos de la falta de sueño y del agotamiento de las últimas semanas. Se alentó a sí mismo asegurándose que tenía la victoria al alcance de la mano.

Sin embargo, Feliu se estaba defendiendo bastante bien. No debería

haberlo descolgado tan pronto, pero la muerte de la mujer albina lo había despistado. ¿Lo acababa de llamar demente? ¡Cómo se atrevía! No pudo evitar una mueca de rabia.

Ya se disponía a desdecir al mentecato de Feliu, con una réplica mordaz en la punta de la lengua, cuando vio algo en la mirada del inquisidor que lo detuvo. Le pareció que sus pupilas se alargaban y sus iris se tornaban amarillentos, igual que los ojos de un carnero, y que su rostro se alargaba en un hocico. Pestañeó y en un segundo todo regresó a la normalidad. Observó al público, ansioso de reconocer a alguien tan sobresaltado como él por la transformación súbita de fray Domènec, pero solo encontró expresiones vacías.

Climent fue consciente de que se había levantado de su asiento cuando ya se encontraba en el centro del presbiterio.

—Padre Climent, ¿desea añadir alguna cosa relevante? —dijo el inquisidor, enfatizando la palabra «relevante» a modo de advertencia.

La voz de fray Domènec retumbó grave y ronca en su cabeza. Algo extraño le estaba ocurriendo. Lo invadieron picores por todo el cuerpo y, para disimular, se alisó la sotana limpia que se había puesto ese día.

—Tan solo quería poner en evidencia… —Se había quedado en blanco. Y él nunca se quedaba en blanco—. Que me parecen excusas demasiado débiles para la gravedad de la situación. El tribunal no debería creerlas.

Abrumado, se dirigió a su asiento y la delatora de Melers llamó su atención con la mano levantada. Le señaló a alguien entre el público y pronunció en silencio las palabras «está ahí». Climent se volvió hacia los feligreses y se espantó al encontrarse con decenas de rostros demacrados y con las cuencas de los ojos vacías.

—Si no se siente bien, puede retirarse. No requerimos más su intervención en este proceso —dijo fray Domènec. Climent vio de nuevo el rostro del carnero sobre el cuerpo del inquisidor. ¿De dónde provenían esas figuras diabólicas? Parecían tan reales… Se masajeó las sienes hasta que llegó a la conclusión más obvia.

—Hay una bruja aquí y nos está embrujando —dijo en un susurro.

No cabía duda, ¿qué podía ser, si no? Lo repitió en voz alta.

—Padre Climent, absténgase de emitir acusaciones irreflexivas —le regañó el inquisidor.

—Pero es cierto: veo cosas extrañas… Oigo voces… Siento una quemazón en todo el cuerpo. ¡No pienso con claridad!

—Eso es evidente —dijo Feliu, y su comentario cosechó algunas risas. ¡Cómo lo detestaba!

—Es que… La bruja está aquí, ¡y ha invocado al mismo diablo! —bramó Climent.

—La supuesta bruja está muerta —replicó Feliu—. Por culpa de vuestros malos tratos.

—Se mató con tu ayuda.

—¡Si me dejasteis toda la noche colgado del techo de la celda!

—Padre Climent, es suficiente —intervino el inquisidor—. Retírese a sus aposentos.

—La mujer albina está muerta, pero hay otra. Estoy seguro de que su ayudante está hoy entre el público: la han visto. ¡No dejéis que escape! ¿Es que no lo sentís?

Los miembros del tribunal volvieron a cruzar las miradas con las cejas levantadas. No lo entendían; la única forma de convencerlos era encontrar a la ayudante y que la vieran con sus propios ojos. Con paso inseguro se dirigió hacia la masa de feligreses, los cuales se dispersaron a su paso como marionetas sin vida, dejando un espacio vacío a su alrededor a medida que caminaba. ¿Ninguno de ellos se daba cuenta de que la bruja los estaba manipulando a su merced?

—Está por aquí, ¿dónde? Tiene que estar aquí, tiene que estar.

—¡Climent! —Alguien trataba de detenerlo a voces, pero no le prestó atención. Ella estaba cerca, lo percibía. La delatora acudió en su ayuda y señaló a una muchacha con un índice acusador. Era más joven de lo que esperaba.

—¿Es ella? —preguntó. La delatora asintió—. ¡Guardias! ¡Atrapadla!

Uno de los guardias se aproximó con pasos dubitativos, aunque la mayoría permaneció en su puesto con cara de estupefacción. Climent se encontró de frente con la ayudante de la bruja. Ella no se alejó como el resto del público, sino que lo desafió con su inmovilismo y lo observó con fiereza, con los labios apretados. ¿Era así como las mujeres embrujaban a través de la mirada? Hubiera imaginado que estaría murmurando un conjuro o usando algún talismán.

—Padre Climent, ¡ya basta!

En el presbiterio varios clérigos se habían puesto en pie, incluido el inquisidor, que se dirigía a él con enfado manifiesto. Climent se sintió mareado y no comprendió lo que le decía, quizá le preguntaba si se había trastornado. Sin embargo, no tenía razón, pues él había leído muchos libros sobre lo que estaba sucediendo y se volvió para explicárselo:

—No dejéis que os confunda la bruja. Habéis caído bajo su influjo y por eso no veis lo que pasa. Nos está maldiciendo a todos con su mirada…

El inquisidor se acercó y, al bajar los escalones del altar, Climent distinguió sus pies en forma de pezuña debajo de la sotana y la punta de una cola. Incluso escuchó con claridad el sonido de los cascos contra los escalones de piedra. No pudo retener un alarido de terror.

—¿Acaso el demonio sois vos? Siempre lo habéis sido, ¡por eso os interponéis en mis investigaciones! Los defensores de las brujas son seres malignos también, lo dicen los textos contra la herejía. ¡Los

guardias deberían apresarlo a usted también!

A medida que el eco de sus propias palabras se apagaba, las visiones fantasmagóricas se atenuaron y Climent se enfrentó con el rostro humano del inquisidor, que estaba cargado de ira.

—¡Esto es intolerable! ¡Te has vuelto completamente loco! ¿Cómo te atreves a acusarme a mí de tales aberraciones? Amenazas como esta a un miembro de la Santa Inquisición no pueden quedar impunes. ¡Encadenadlo! Lo ajusticiaremos junto con los demás presos.

—Fray Domènec, le ruego que no sea tan duro. —Climent se volvió hacia el altar y comprobó con asombro que el que había hablado era Feliu—. Los demonios que ve son los que lleva en su interior; los proyecta en los demás, en usted y en nosotros. Necesita ayuda para deshacerse de ellos.

El inquisidor afirmó con la cabeza, reconociendo con aquel gesto las palabras de Feliu, que lo rebajaban a la posición de trastornado. Climent recorrió de un vistazo la gente que lo rodeaba. Algunos parecían burlarse de él, pero ninguno compartía su miedo ante el embrujo. Empezó a convencerse de que todo lo que lo alteraba existía solo en su cabeza y se sintió perdido. Lo envolvió un murmullo, la joven ayudante de la bruja seguía a su lado, con una inquietante expresión de triunfo en el rostro. ¿Qué truco estaba usando para causarle las visiones solo a él? ¿Cómo podría explicárselo a los demás?

Empezó a sudar y a acalorarse. Llegados a ese punto, las excusas eran inútiles, pues se dio cuenta de que había perdido su credibilidad en pocos minutos. Y, además, le había sucedido en público, delante de toda La Seu y en presencia del hombre con la influencia que necesitaba en Roma. Se dirigió a él con la intención desesperada de disculparse.

—Lo lamento, señor. Si permite que me explique…

—No está en condiciones de aportar nada más, padre Climent. Y por supuesto tampoco está en condiciones de seguir con el cargo de arcediano.

Aquello no podía estar sucediendo. Negó con la cabeza y su propio movimiento creó más sombras y rostros fantasmagóricos. Se cubrió la cara con las manos. ¿Cuándo iba a acabar aquella pesadilla?

—Redactaré mis conclusiones enseguida, que ratificarán los demás miembros del tribunal —continuó fray Domènec—. Pero ya le adelanto lo que creo firmemente: no existe la supuesta conjura de herejes de gran envergadura que ha intentado defender. Las estrellas que ha encontrado no están relacionadas con el satanismo ni con el judaísmo. —Se dirigió a los encausados—. Si bien es cierto que las faltas destapadas durante este juicio no deben quedar impunes, considero que no corresponde a la Santa Inquisición deliberar sobre ellas, pues no son una amenaza para la fe cristiana. Por lo que he

averiguado, se trata de costumbres paganas antiguas, quizá también de engaño y superstición, al ofrecer a los enfermos remedios sin fundamento, pero eso debería resolverse en el seno de la diócesis. —Se volvió de nuevo hacia Climent, que escuchaba encorvado en los escalones del altar—. La confabulación ha sido obra de su mente; no me atrevo a decir si lo ha hecho de forma deliberada para conseguir sus ambiciones, o bien porque realmente ha caído en la locura. Recomendaré al arzobispo que lo aparte de la vida pública para que no cause más daños ni más revuelo.

Climent se hundió en la desesperación, consciente de que jamás se recuperaría de aquel golpe. Su derrota quedaría grabada en la memoria de los centenares de asistentes y se difundiría por toda la cristiandad. Nunca ostentaría un cargo ni alcanzaría ninguna de sus metas en la vida. En unos minutos lo habían despojado de su autoridad y de las posibilidades de prosperar; solo se esperaría de él obediencia y sumisión. En adelante, hasta su muerte, sería una sombra sin nombre, un siervo sin voz. Sería la mano escribiente al dictado de los mediocres. Su derrota era definitiva, había perdido la partida que jugaba contra la vida, contra el mundo que lo quería insignificante, desde el día en que lo bautizaron con el nombre de Climent. Había sido un iluso por pensar que podía alcanzar otro destino.

Sintió en el pecho unas convulsiones que le entrecortaron la respiración. Se sorprendió a sí mismo ante la disyuntiva entre reír o llorar, pues, en su desdicha, también era consciente de lo ridícula y penosa que era su situación. Ya no le importaba nada, ¿qué podía empeorar? Y, si en verdad se había vuelto loco, ¿qué? Se sintió el centro de todas las miradas, pendientes de lo que haría a continuación.

Unos sollozos extraños le dieron una salida. Dejó de contenerlos y crecieron en una risa obscena que lo dominó. Se abandonó a la locura, descartó toda dignidad. Sus carcajadas incontrolables se esparcieron por el aire, mientras pensaba que, al menos, nadie espera nada de un loco. Un loco es dueño de su mundo insignificante.

SENTADA FRENTE A la hoguera en el suelo de la cueva, Núria hojeó el Legado una última vez: repasó las páginas de las recetas, las cartas celestes desplegables, las historias de sus antecesoras. Era consciente de la cercanía silenciosa de Guim detrás ella desde hacía un rato.

—No estoy segura de si esto debería seguir existiendo —le dijo, con la vista fija en el dibujo de la raíz de matalobos. Luego repasó la página del ritual del nuevo comienzo—. Alguien que desea el poder que proporcionan estas recetas no puede tener buenas intenciones.

—Conseguiste convencer a todos de la locura de Climent.

—No, fue mucho peor que eso. No solo convencí a los demás: lo convencí también a él mismo. —Negó con la cabeza—. Pero no lo hice por ambición, ni para demostrar nada, ni por venganza. Lo hice porque no tenía otra opción. ¿Qué pasaría si alguien empleara las recetas con malas intenciones? Sería también culpa mía por haberlas conservado y transmitido.

Cerró el libro y avanzó un poco las manos hacia el fuego. Aún no estaba decidida a quemarlo y se mordió el labio. Se levantó y deambuló por la cueva con el libro sujeto contra el pecho. Percibía la presencia de Adaleda en cada rincón: en el cucharón que había quedado sucio del último uso, en los frutos de saúco secándose sobre un paño, en el desorden de los tarros y los baúles, en las sábanas del jergón. Su maestra aún estaba allí con ella. No se lo dijo a Guim, pues dudó de que lo entendiera.

Acarició el collar de amuletos de Adaleda, colgado junto a la capa de piel de oso, y encontró en un estante la cajita de madera con incrustaciones de nácar que le regalaron como pago por su primer remedio. Recordó al niño con asma que acudió a la cueva; aquella noche supo que quería dedicarse a curar a los enfermos. Sostuvo la cajita en la palma y se disiparon sus dudas.

Regresó junto al fuego, abrió el libro y buscó las recetas de los venenos, los somníferos, los hipnóticos, los alucinógenos y los amnésicos. Agarró esa veintena de páginas con las enseñanzas del Legado de las que renegaba y las arrancó de un tirón. Las lanzó a las llamas y observó cómo se consumían mientras abrazaba la parte del libro que quería conservar.

—Voy a vaciar la cueva y a quemar todas las cosas.

Si a Guim le sorprendió aquella reacción espontánea, no lo mostró. Se limitó a asentir.

—Te ayudaré.

EN EL PRADO más amplio a medio camino entre Melers y Dorres, Núria y Guim lanzaron los últimos sacos sobre la leña apilada. Estaba anocheciendo y ya brillaban las primeras estrellas. Sin permitirse vacilar, Núria acercó la antorcha encendida a la pira. Iba a ser una hoguera enorme que daría luz y calor durante toda la noche del solsticio de verano, no como señal de festejo, sino de despedida.

Al principio no se percató de la llegada de las demás, absorta como estaba en las llamas, pero pronto se encontró rodeada de las mujeres de Melers y Dorres, que habían acudido sin que ella las hubiera convocado.

Una a una se acercaron y en un susurro respetuoso le dijeron que lamentaban su pérdida, que podía contar con ellas. Se alegraban de que hubiera regresado y comentaban que la hoguera del solsticio era una bella despedida para Adaleda. Núria no estaba de acuerdo: su maestra hubiera merecido ser incinerada junto con sus pertenencias; en cambio, su cuerpo había quedado enterrado en una fosa cualquiera, enredado entre cadáveres de delincuentes y criminales.

Elisa la abrazó con afecto y le dijo que estaban a salvo gracias a ella. Jacina la saludó desde lejos y se secó las lágrimas. Había acudido con su hermana y su madre, que nunca solía participar en ese tipo de ritos. Aún estaban esperando el regreso de Arnau; les habían dicho que saldría pronto, quizá bajo la pena de una multa o un castigo menor, pero antes debían poner orden en la diócesis. Les aseguraron que no iban a perseguir más a los aldeanos de la región. Núria se preguntó cuánto tardarían en olvidar esa promesa.

La oscuridad de la noche engulló el prado. Núria siguió con la mirada las pavesas incandescentes que ascendían en espiral hacia las estrellas. Y de pronto dejó de sentir la presencia de Adaleda; se había disuelto en el aire, se había marchado al fin. Quizá se había convertido en uno de esos espíritus que poblaban el laberinto, se cobijaban entre las rocas y hacían crecer los árboles, que daban vida a las historias, asustaban a los niños y dotaban de magia a las leyendas que envolvían aquel lugar.

Hipérico

Soberana de las hierbas medicinales, llamada perforata por los boticarios, hipérico por las curanderas y hierba de San Juan por los devotos. De flores pequeñas y amarillas, crece al borde de los caminos y los cultivos. Aplicada en ungüento cicatriza las heridas; ingerida en infusión levanta el ánimo y ahuyenta los fantasmas del pasado.

Epílogo

Junio de 1531

CLIMENT SE SENTÓ con resignación junto a la celosía y vio al trasluz la silueta de su madre en el lado opuesto. Lo visitaba religiosamente el tercer domingo de cada mes. Hubiera preferido que se olvidara de él, pues esas visitas no le traían ninguna alegría, más bien lo hacían ser consciente de la vida que se estaba perdiendo.

—Tu cuñada dio a luz la semana pasada. Es un varón, al fin. Tu hermano está que no cabe en sí de alegría.

—Enhorabuena por él —dijo con la máxima apatía de la que era capaz.

Y contó los minutos hasta el final de la visita.

Al menos su madre nunca mencionaba el motivo de su encierro forzado en aquel monasterio. Climent había meditado mucho sobre ello —tenía pocas cosas en las que pensar— y había llegado a la conclusión de que no había caído él solo en ese estado enloquecido. Algo le había provocado las visiones durante el juicio y, como hombre racional que era, se inclinaba a pensar en algún tipo de droga o veneno en vez de en maldiciones o hechizos. En cualquier caso, los que lo vencieron habían sido más listos que él y reconocer ese hecho le dolía más que nada.

Suspiró mientras escuchaba el monólogo de su madre. Tras dos años, la rutina junto a los demás clérigos retirados de la vida pública le resultaba insoportable. Sentía pasar los meses sin esperanzas ni expectativas, sin planes ni metas, rodeado de locos, idiotas y mojigatos, atrapado en la insípida monotonía de la clausura. Por las noches, el vacío y la desidia le agarrotaban la garganta y le invadía una necesidad de gemir amargamente, patalear en la cama, morder las sábanas, subir al campanario y acortar el camino hacia la muerte. Sin embargo, las horas de la noche siempre pasaban y, a regañadientes, admitía que podía soportar un día más.

Durante la jornada conseguía transformar la amarga angustia en una simple insatisfacción parecida al hambre en los períodos de ayuno, gracias a la tarea de leer y copiar textos de los sabios del pasado. Trabajar en los manuscritos le producía cierta paz, e incluso se permitía incluir sus observaciones entre las líneas copiadas. En cada

libro terminado depositaba cientos de horas de trabajo y también un pequeño pedazo de su alma. Empezó a comprender las opiniones del bibliotecario contrarias a los libros impresos, e intuía que él iba a ser uno de los últimos hombres dedicados a la labor de copiar textos a mano.

Por fin sonaron las campanadas que anunciaban las doce y su madre se despidió hasta la siguiente visita. Climent cruzó el claustro y, al llegar a la entrada de la biblioteca, giró la cara hacia las estanterías para evitar el ventanal acristalado. Aquel punto preciso, al final de la escalera, era uno de los pocos lugares del monasterio en el que los religiosos podían ver con nitidez su reflejo, pues los espejos estaban prohibidos. Los demás clérigos afirmaban que el motivo de la prohibición era no caer en la vanidad, pero no era cierto, y Climent lo sabía. En realidad, no tenían espejos porque ninguno soportaba la idea de verse envejecer allí; era solo un triste intento de olvidar el paso de un tiempo que no les pertenecía.

NÚRIA EMPAQUETÓ EN un hatillo de trapo las píldoras y calculó el precio mediante una suma en un trozo de papel. El cliente, sonriente, le dejó una moneda de más sobre el mostrador.

—Mi esposa se alegrará mucho cuando le lleve estas píldoras. El reuma le empeora poco a poco desde hace años. Creía que no tenía remedio hasta que escuchó a una vecina mencionar este sitio. —Suspiró—. Solo por verla más animada ya habrá merecido la pena el trayecto.

—¿De dónde viene usted?

—De Martinet.

Núria se sorprendió, pues Martinet se encontraba en la otra punta del valle, a casi un día de distancia de Llívia.

—¿Y ha aprovechado el viaje para otros recados?

—No, no. He venido solo por esto.

—Pues ha tenido suerte de encontrarme. —Señaló el aviso que había clavado en la puerta—. En tres días nos marcharemos a Barcelona y estaremos ausentes todo el mes de julio.

—Se lo diré a mis vecinos.

Se despidió del cliente y retomó la tarea de preparar las cajas que llevarían a Barcelona. Después de dos años, había llegado el momento de cumplir su promesa de visitar a Josep y Antònia. Se enviaban cartas con regularidad y el verano anterior los boticarios le habían advertido que no se acercara a la ciudad durante un tiempo, ya que la peste asolaba la población. Por suerte, la plaga remitió en invierno y ese verano no dejaría pasar la oportunidad de volver a verlos.

Además, también necesitaba comprar algunos utensilios y frascos para abastecer el pequeño taller que había montado en un rincón de la cocina.

Escuchó los balbuceos de su hija en el zaguán y poco después Guim entró en la tienda con la niña en brazos.

—¿Estás lista?

—Sí, solo me queda cerrar.

Salió a la calle, descolgó el cartel que señalaba la puerta de su negocio y lo dejó apoyado en el mostrador antes de echar el cerrojo. Tras establecerse en aquella casa, había tardado varios meses en decidirse a colgar un cartel en la calle. Desde el principio tuvo claro que no quería usar una estrella del Legado, pues podía levantar sospechas sobre actividades ilícitas. Tampoco le convenía anunciar que se trataba de una botica para no atraer la atención de ningún gremio, y llamarlo herboristería le parecía demasiado simple, pues no representaba el servicio que ella quería prestar. Finalmente encargó al ebanista un cartel con la palabra «Dispensario» grabada en letras negras bajo el dibujo de un ramillete de hipérico. Estaba satisfecha con el resultado.

Núria subió al carro y recostó a su hija en su regazo; Guim sacudió las riendas y *Neulit* se metió de un salto en la caja.

—¿Sabes de dónde venía el último cliente al que he atendido? ¡De Martinet! Y ha viajado hasta aquí expresamente por recomendación de los vecinos.

Guim sonrió y le dio un beso en la sien.

—Pronto necesitarás una ayudante —le dijo, y ella se acomodó en el asiento del carro, aún sin asimilar del todo que hablaran de su diminuto establecimiento en una población tan alejada.

Preparaba los remedios con las plantas que ella misma recogía en las montañas y los vendía directamente o los administraba cuando acompañaba a Guim en sus consultas. Aunque empleaba muchos métodos que había aprendido en la botica, no comerciaba con especias ni ingredientes exóticos. Confeccionaba recetas sencillas y manejables, con cuatro o cinco componentes como máximo, y se esforzaba en atender a los pacientes con la dedicación que había aprendido de Antònia. En ocasiones acudían al dispensario individuos que solicitaban algún tipo de sortilegio, sedante o filtro para salir de alguna situación peliaguda, y su respuesta siempre era un «no» tajante, sin importar cuán desesperado se mostrara el cliente. A menudo se le partía el corazón ante las situaciones que le describían, pero se mantenía firme al pensar en su familia y las consecuencias que podría tener para ellos cualquier remedio sospechoso.

Tras dos horas de suave traqueteo llegaron al prado amplio entre Melers y Dorres. Les sorprendió la cantidad de gente que aguardaba

junto a la pira de leña: habían acudido casi todos los habitantes de ambas aldeas. Unas semanas antes, Jacina le había hablado de una fiesta sencilla para celebrar el solsticio de verano y le había dicho que contaban con la asistencia de las de siempre, además de algunos grupos de jóvenes. Sin embargo, en el prado se habían reunido familias enteras, habían contratado a cuatro músicos y habían dispuesto una mesa repleta de comida y bebida.

Acompañada de su marido, Núria deambuló entre la gente esparcida por el prado y percibió esa alegría espontánea, esa vibración en el aire y ese tipo de energía que precede a las celebraciones destinadas a ser memorables.

FELIU ALCANZÓ EL prado casi sin resuello, algo molesto consigo mismo por haberse agotado al subir un camino que dos años atrás recorría con facilidad. Sin embargo, el ambiente festivo le devolvió enseguida el buen humor. Acompasando sus movimientos al ritmo de la música, se acercó a la mesa de la comida y se sirvió un trozo de pastel. Mientras lo saboreaba, apareció por el camino un grupo de muchachos capitaneados por Jacina que portaban antorchas encendidas. Con un ritual a medio camino entre solemne e improvisado, prendieron la pira de leña, un gesto que los demás festejaron con vítores y aplausos.

Cuando la hoguera prendió, los niños se agolparon alrededor y empezaron a quemar ramas, piñas y cuanto pudieron encontrar por el prado. Varios adultos se vieron obligados a abandonar las charlas con sus vecinos para reprender a los críos y advertirles que no se acercaran al fuego. El vozarrón de Arnau fue el único que consiguió imponerse a las ganas de jugar; luego se acercó a la mesa y le palmeó el hombro a Feliu.

Aún no había anochecido y seguía acudiendo gente. Entre los recién llegados, Feliu identificó a la familia de Raquel. No pudo evitar escudriñar en esa dirección hasta que la vio a ella. Como siempre, había acudido sin su marido. Ella le había contado que él prefería quedarse en Llívia para ahorrarse las visitas a sus suegros y Feliu se sentía aliviado en secreto; lo único que le interesaba saber de aquel hombre era si la trataba bien. Raquel llevaba a su bebé de tres meses sujeto junto al pecho, y cada pocos segundos inclinaba la cabeza para observarlo con una expresión de felicidad serena.

La primera vez que se vieron tras los ocho meses que Feliu pasó encarcelado, Raquel apenas pudo contener el llanto. Él, por supuesto, no le recriminó nada; sabía que no había tenido opción, pues no contaba con ningún motivo para oponerse a la voluntad de su familia —al menos ninguno que pudiera reconocer en voz alta—, y había

tenido que lidiar con la incertidumbre sobre su regreso. Porque después de que el inquisidor emitiera sus conclusiones, con una diócesis descabezada, el obispo moribundo, el arcediano recluido por demente y el tesorero entre los acusados, nadie quiso tomar la responsabilidad de decidir si debían ser liberados. Y el encierro, que en un principio parecía cuestión de días, se alargó varios meses, hasta que el obispo Despés falleció y el arzobispo designó un cargo provisional de mando. El recién llegado que asumió las funciones no tardó en revisar el caso y consideró que con los meses de encierro ya habían cumplido condena por sus faltas. Sin embargo, la agonía de aquellos meses en los que se sintieron olvidados fue desoladora y sus consecuencias también: Jeroni no sobrevivió, las rodillas de Alfonso se atrofiaron y ya no había vuelto a caminar, y tanto él como Arnau habían sufrido graves secuelas de salud. Además, había perdido a Raquel, aunque eso ya lo había asumido desde el momento en el que comprendió que él nunca podría ofrecerle una vida plena.

El nuevo y jovencísimo párroco de Dorres, que había llegado hacía unas semanas, interrumpió las cavilaciones de Feliu y le ocultó la visión de Raquel. Con una jarra de cerveza en la mano temblorosa, observaba la fiesta con expresión asustadiza.

—Es curiosa esta celebración. ¿Lo hacéis cada año?

—Se trata de una costumbre antigua. Al principio, cuando llegué, era una especie de fiesta clandestina, pero este año pensé: ¡qué demonios! ¿Por qué íbamos a desaprovechar los demás la oportunidad de celebrar la llegada del verano? Y los animé a que organizaran una fiesta para todo el pueblo.

—Ya, pero parece una… mmm, ya sabe, con la hoguera y demás… una fiesta un poco pagana. —Parecía asustado de su propia acusación—. Cualquiera hubiera esperado que la Iglesia la prohibiera.

—Algunos lo harían, aunque yo no creo que esté justificado. No hace ningún mal y no me parece bien eliminar de un plumazo sus costumbres; aquí soy yo el forastero. Además, al unirla con la festividad de San Juan, estamos creando una fiesta nueva y devota que disuade a los que quieren condenarla.

—Bueno, si lo piensa así… Lo que pasa… mmm… he visto que allí, aquel grupo parece que están haciendo una especie de… sortilegios para atraer la suerte y pedir deseos, padre Feliu. Y aquellas están contando historias de brujas y hadas a los niños.

—Bah, no te preocupes. —Le quitó importancia al asunto como si espantara un moscardón—. Son juegos inofensivos que llenan de ilusión a la gente. ¿Quién no ha tenido alguna vez la esperanza de que sus deseos se cumplieran milagrosamente? Todos hemos deseado cosas imposibles, de esas que solo podrían ocurrir con un golpe de magia. —Suspiró.

—¿Y harán algo más esta noche?

—Sí, también recogerán hierbas curativas, las llevarán a la iglesia y allí celebraremos una misa para bendecir los ramilletes al amanecer. Puedes venir si quieres.

—Bendecir hierbas curativas… ¡vaya!

Acabaron sus cervezas en silencio.

—¿Sabes qué he descubierto en los últimos años? —dijo Feliu—. A menudo, al prohibir este tipo de costumbres lo único que consigues es empeorarlas: se vuelven más clandestinas, sospechosas y excluyentes. En cambio, si las comprendes y las abrazas, puedes conseguir —barrió con el brazo la estampa de los aldeanos sonrientes— algo nuevo y mucho mejor, como esto.

El muchacho asintió con lentitud.

—Son sabias palabras, padre Feliu. Me alegro de poder aprender de usted y de que viva a tan solo una hora de mi parroquia. De no ser así, estaría del todo perdido.

Feliu miró al muchacho con asombro. Hasta ese momento nadie lo había creído capaz de decir algo sabio, ni siquiera él mismo. «Tal vez hacerse mayor consiste en esto —pensó—, en levantarte un día y descubrir que al subir una cuesta te cansas antes y que alguien te considera su mentor.» Aspiró hondo y llenó el pecho con el aire fresco del anochecer y quizá con algo de amor propio. Al fin y al cabo, los vecinos estaban allí gracias a él.

Las risotadas del herrero resonaron desde el otro lado del prado; los niños encontraron otro entretenimiento cazando luciérnagas; Elisa, envuelta en su mantón violeta, lo saludó con una inclinación de la cabeza, y varios vecinos recibieron con entusiasmo un tonel de vino que había llevado el panadero. Núria y Jacina se encontraron frente a la hoguera y se saludaron con exclamaciones alegres y un sonoro beso en la mejilla. Guim se acercó a Feliu, le estrechó la mano y le preguntó por su salud. Le debía mucho a esa joven pareja: además del papel decisivo de Núria para derrotar a Climent, se había recuperado de las secuelas del encierro gracias a los cuidados de ambos.

Cuando Guim se marchó de su lado, Feliu, en un movimiento instintivo, recorrió el prado con la mirada en busca de Raquel. La encontró sin esperarlo en el lado opuesto de la mesa, a apenas dos pasos de distancia, y el corazón le palpitó más fuerte de lo normal. Intercambiaron algunos comentarios sobre la fiesta, el bebé y la llegada del verano, hasta que la madre de Raquel reclamó la atención de su hija y ella se despidió con una sonrisa tímida y algo triste, que envolvió a Feliu en melancolía.

No se arrepentía de su decisión; no se reconocería a sí mismo si hubiera obrado de otro modo. Su labor sencilla en Melers le bastaba para llenar su vida. Sin embargo, no podía evitar sentir un deseo

irracional que a menudo lo abstraía del mundo, al fantasear sobre qué habría ocurrido si hubiese tomado el otro camino, junto a ella.

Por eso, si aquella noche pudiera unirse a las aldeanas en el juego de los deseos imposibles, él pediría conocer esa historia, quizá en forma de leyenda o de una larga carta, o como si se tratara de un sueño muy vívido originado por la magia. Le hubiera gustado descubrir esa versión de sí mismo, que imaginaba más valiente e incluso más apuesta, y contener el aliento con el relato de la huida, la pasión y la supervivencia. Con ello no pretendería averiguar qué versión de su vida hubiera sido más feliz, pues comparar algo tan fugaz como la felicidad no tendría sentido. No: tan solo desearía sentir los momentos más intensos, las luces y las sombras de la vida desdoblada, comprender las lecciones aprendidas y, en definitiva, sentirse por una noche el héroe de una historia que pudo haber sido y no fue.

Nota de la autora

LA HISTORIA NARRADA en esta novela es ficticia, aunque está enmarcada en un contexto realista que refleja el entorno de principios del siglo XVI en Catalunya. Ninguno de los juicios por brujería descritos se basa en procesos documentados, y todos los personajes son inventados excepto uno, el cual adopta el nombre, el cargo y año de defunción de un personaje histórico real: el obispo de la Seu d'Urgell, Joan D'Espés o Despés.

Esta historia ha ido tomando forma en mi cabeza durante muchos años, incluso diría que media vida. Me atraía la idea de situar a mis personajes en un momento histórico de cambio, cuando empezó a establecerse el pensamiento científico moderno y se produjeron avances importantes en disciplinas como la Medicina, la Cirugía o la Farmacia, al mismo tiempo que permanecían muchas de las creencias y supersticiones propias del medievo. También me fascinaba la posibilidad de contraponer ese cambio con la figura de la bruja del imaginario clásico: el estereotipo de mujer que encontramos en el arte, las fábulas y las leyendas, que vive algo aislada de la sociedad, conserva un culto precristiano y posee conocimientos de plantas curativas y psicotrópicas. En este sentido, Adaleda difiere de las brujas ajusticiadas en los procesos más conocidos de los siglos XVII y XVIII, las cuales fueron acusadas de organizar aquelarres y ritos satánicos.

Al principio las ideas que dieron lugar a esta historia iban y venían desordenadas. Luego empecé a reunir más elementos en cursos de etnobotánica, visitas guiadas, caminatas, museos y exposiciones. Los últimos años, mientras esbozaba y escribía la novela, rellené los huecos mediante libros y artículos especializados. Entre las decenas de fuentes de documentación que consulté, mencionaré las tres más significativas. Los estudios del doctor Joan Muntané Bartra, centrados en la etnobotánica de La Cerdanya, me proporcionaron información e ideas sobre usos tradicionales de plantas y costumbres antiguas; la obra de la doctora M. Montserrat Duch i Torner sobre las tres Concordias publicadas por el Colegio de Apotecarios de Barcelona en el siglo XVI, me ayudó a entender cómo funcionaba una botica en aquella época, y, gracias al catálogo de la exposición *Per bruixa i metzinera. La cacera de bruixes a Catalunya*, del Museu d'Història de Catalunya, pude poner en orden mis ideas sobre la persecución de las

brujas y el papel de tribunales e inquisidores.

Si bien me he basado en fuentes bibliográficas con la idea de crear un contexto realista, también me he tomado algunas licencias con el objetivo de crear una narración más cohesionada. La invención más evidente es la aldea que abre la historia, pues Melers de Cerdanya solo existe en esta novela. Quien se proponga recorrer el camino entre Llívia y Dorres, actualmente se encontrará dos pueblos, alguna urbanización y un centro de internamiento psiquiátrico abandonado bastante siniestro. No he mencionado ninguna de esas poblaciones —ni otras cercanas— para crear mayor sensación de aislamiento. Me gustaba el contexto de dos aldeas hermanas y remotas, que diera pie a una relación cercana de amistad entre sus dos párrocos.

En varios capítulos he simplificado algunos procedimientos y he acortado tiempos. Por ejemplo, la muerte de un noble sin descendencia conllevaría un complejo proceso de sucesión, los juicios por herejía podían alargarse meses y el acceso a la profesión de cirujano en Barcelona estaba mucho más regulado mediante estudios, pruebas y avales. También he obviado algunos personajes secundarios redundantes para simplificar escenas, como es el caso de los profesores del Estudio General de Medicina —según la documentación, se cree que al menos existían tres cátedras— y el de los cónsules que administraban el Colegio de Apotecarios, que eran dos en vez de uno.

Otros detalles de la historia son más fidedignos, como, por ejemplo, todos los libros que se mencionan, y dos de ellos merecen una atención especial. El Legado está inspirado en el manuscrito *Voynich*, que se considera el libro más misterioso del mundo y atrae a una comunidad de estudiosos aficionados que intenta desvelar sus secretos. Está redactado en un alfabeto desconocido, contiene ilustraciones de plantas y constelaciones que no se han podido identificar y se estima que fue creado en la primera mitad del siglo XV. Nadie sabe con certeza de qué trata ese manuscrito, aunque en ocasiones se ha relacionado con los compendios de alquimia de la época o con textos de fertilidad femenina. Sin embargo, en esta historia me he dejado llevar por la primera impresión que tuve al verlo: pensé que se trataba de un libro de hierbas mágicas, astrología y hechicería. El manuscrito está repleto de pequeñas estrellas, muchas de ellas con un punto en el centro y una cola sinuosa. Entre estas, las que me parecieron más singulares y enigmáticas fueron las que, con su cola en forma de garfio, imitaban un símbolo de interrogación, por eso las adopté como símbolo del Legado.

El segundo libro digno de mención, menos vistoso y conocido, es la *Concordia del Colegio de Apotecarios de Barcelona* de 1511. Los boticarios de Barcelona fueron unos verdaderos pioneros al publicar

esta obra que regulaba su oficio y la preparación de los medicamentos. Solo se conoce en todo el mundo una farmacopea similar más antigua: el *Nuovo receptario*, publicado por el colectivo médico de la Florencia de los Médici en 1498.

Esta novela, como no podía ser de otra manera, también contiene muchos ingredientes cercanos a mi experiencia. El berrocal laberíntico en el que se esconde Adaleda está inspirado en un lugar real, quizá algo distorsionado por la imaginación infantil, pues de pequeña yo solía pasar las vacaciones en la región y me encantaba perderme entre las grandes rocas. Con esta historia he querido devolver a ese rincón tan especial la sensación de magia y misterio que percibía de niña. Por desgracia, ahora se ha vuelto muy popular entre los practicantes de escalada de bloques o *bouldering*, por lo que a menudo está muy concurrido y muchas rocas se ven manchadas de polvos de magnesio.

La tradición de las hogueras en la noche de San Juan o el solsticio de verano es popular en toda Catalunya y también se mantiene en regiones del Pirineo aragonés y francés. Sin duda, es una de mis celebraciones preferidas del calendario. En los orígenes de esta tradición estaba la costumbre de recoger hierbas medicinales durante la noche, justo antes del amanecer, y reunirlas en un ramillete que aportaría suerte y salud durante todo el año. En uno de los cursos a los que asistí, descubrí que en la región del Conflent —Pirineo francés— hay una pequeña ermita llamada Sant Joan de Dossorons en la que aún mantienen viva la tradición. Los ramilletes recogidos por los vecinos durante la noche son luego bendecidos en una misa peculiar que tiene lugar al amanecer.

En el epílogo aparece otro guiño a un lugar que he frecuentado. En Llívia se conserva una de las farmacias más antiguas de Europa, ahora convertida en un pequeño museo muy recomendable para los interesados en la historia farmacéutica. Los indicios de la existencia de este establecimiento se remontan a 1415, aunque, según la información disponible en el museo, no están contrastados ni se trata de una fecha fiable. En esos inicios inciertos, seguramente se trataba de una tienda de plantas curativas y remedios tradicionales, y no es hasta 1594 que la farmacia aparece documentada en la inspección del Protomedicat de Catalunya.

He intentado que todas las menciones de plantas a lo largo de la novela respeten la realidad de su hábitat natural y fenología, pero es probable que alguien experto encuentre algún que otro desliz. Respecto a las hierbas que dan nombre a las seis partes y el epílogo, el beleño negro, la belladona, el matalobos y el hipérico son tan conocidas que no necesitan presentación. La serpentaria se refiere a *Bistorta officinalis*, conocida comúnmente como bistorta, y la adonis de primavera podría ser *Adonis vernalis* o *Adonis pyrenaica*, ambas de

aspecto parecido, aunque la más utilizada por sus propiedades curativas es la primera. Respecto a la trompeta del olvido, los efectos descritos son inventados, inspirados en parte en el estramonio —*Datura stramonium*— y sus virtudes estupefacientes y amnésicas. No obstante, el estramonio es de origen americano y no se extendió en Europa hasta el siglo XVII, así que si tuviera que ponerle nombre y apellido a esa planta, escogería *Datura metel*: una especie emparentada con el estramonio presente en el continente euroasiático desde la Antigüedad.

Por último, me siento en la obligación de incluir aquí una advertencia obvia: las recetas y utilidades de las plantas descritas —tanto las medicinales como las narcóticas— no han sido comprobadas respecto a su eficacia ni su seguridad. La mayoría se basan en usos populares o tradicionales, mientras que otras composiciones son completamente inventadas o extraídas con mucha imaginación de los dibujos del manuscrito *Voynich*.

El mundo de la medicina tradicional es atractivo, pero no debemos caer en el engaño de creer que los remedios antiguos o naturales son una panacea, pues su uso es ancestral y, sin embargo, la esperanza de vida a nivel mundial se mantuvo por debajo de los cuarenta años durante siglos, justo hasta principios del siglo XX, cuando se generalizaron la medicina basada en el método científico, los antibióticos, las vacunas, las medidas de higiene, *etc.* Soy partidaria de dedicar esfuerzos a estudiar y reunir los vestigios de la sabiduría tradicional de las plantas y sus usos, pues pueden ser una fuente de conocimiento redescubierto y se están perdiendo con rapidez debido a la globalización y la adopción de nuevas formas de vida alejadas del campo. Quizá la clave consista en apresurarnos por conservar esta sabiduría antes de que desaparezca para no olvidar lo que ya aprendimos, pero estar siempre dispuestos a comprobar su validez, corregir lo que no funciona y adoptar los avances que nos permiten mejorar.

Agradecimientos

MI PRIMER AGRADECIMIENTO va dirigido a mis lectores: gracias por acompañarme hasta el final en esta historia que tiene un significado tan especial para mí. La escritura de una novela es un reto solitario y se le encuentra el sentido cuando otras personas reviven el relato leyéndolo.

No habría podido escribir esta novela sin la influencia de todos los mentores que me han mostrado el camino desde el inicio y me han transmitido su pasión por la literatura. Eduardo Valiente fue mi profesor de lengua castellana en el bachillerato y la primera persona con criterio objetivo que me dijo que se me daba bien escribir. Lluc Berga me enseñó en sus talleres, hace también muchos años, que las buenas historias comparten una estructura y unos puntos de giro similares. Eduardo González me proporcionó las clases más esclarecedoras para crear atmósferas, pintar espacios, establecer el ritmo y marcar los tiempos. Laura Gomara me facilitó un pequeño clan de escritores con quienes compartí mi último año de trabajo, que fue el más productivo. Y Pablo Campos me dio el último empujón para encontrar editorial.

Me gustaría expresar mi gratitud hacia Mónika Feren por leer el manuscrito cuando aún estaba a medias para darme su opinión, y volver a leer el primer borrador completo. Sus comentarios fueron muy inspiradores para mejorar y seguir escribiendo. Y Begoña Torregrosa leyó el segundo borrador y me ayudó a identificar los puntos flojos que quedaban en el texto.

Gracias a Núria Ostáriz y a Mathilde Sommeregger, por confiar en el valor de esta historia y guiarme con mimo y dedicación en el proceso de darla a conocer al mundo. También agradezco a Leticia García sus correcciones detalladas.

Por último, mi agradecimiento más sincero y fundamental es para mi familia. Mis padres, Juan y Carmen, han leído innumerables veces la novela durante los años que me ha llevado escribirla y siempre me han animado a seguir escribiendo. Nadie podría pedir unos seguidores más entusiastas que ellos. Y, sobre todo, a mi marido Miguel, que con su buen criterio ha sabido encontrar todos los sinsentidos e incongruencias de la historia, ayudándome a mejorarla incluso antes de plasmarla sobre el papel. Además, me ha acompañado en todas las visitas culturales mientras me documentaba, ha sido testigo de miles de horas de trabajo silencioso y me ha ofrecido su apoyo incondicional desde la primera palabra hasta el punto final.

MAEVA

© Marta Renato, 2024

© MAEVA EDICIONES, 2024
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks BCN sobre imagen de Rebecca Sticce / Trevillion Images

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 9788419638687

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales